
EX-LIBRIS
VALENTIN RUIZ-SENEN

# VIDA

DE

# SAN FRANCISCO DE BORJA

# VIDA

DE

# SAN FRANCISCO DE BORJA

## DUQUE CUARTO DE GANDIA

### VIRREY DE CATALUÑA

Y DESPUÉS TERCER GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CON EL TEXTO DE SUS OBRAS INÉDITAS

POR EL

V. P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG

DE LA MISMA COMPAÑIA

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL "APOSTOLADO DE LA PRENSA,,
Plaza de Santo Domingo, 14, bajo.

1901

MADRID 1901.—TIPOGRAFÍA DEL SAGRADO CORAZÓN.—LEGANITOS, 54.

# APROBACION

DEL

# REVERENDO PADRE FRAY DIEGO NISENO

DEFINIDOR DE LA ORDEN DE SAN BASILIO

---

De orden y comisión del señor licenciado D. Gabriel de Aldama, Consultor del santo Oficio y Teniente de Vicario general de esta villa de Madrid y su partido, he leído con igual gusto y edificación la apostólica vida y evangélicas proezas de aquel bizarro y magnánimo despreciador de las teatrales y fantásticas pompas de esta vida, el excelentísimo señor antes Duque de Gandía, y después religioso, y dignísimo General de la sagrada religión y esclarecida Compañía de Jesús San Francisco de Borja, escritas y dispuestas por el religioso varón, y varón eruditísimo de nuestro siglo, que con esto se dice que es el doctísimo Padre Juan Eusebio Nieremberg, fecundísimo y facundísimo alumno de la misma Compañía, gustoso asombro y asombroso portento de los que en el orbe de la Iglesia hoy se esplayan sazonados soles y relumbrantes sales. No tienen aquí lugar alguno el rígido ceño de la austera censura, campo sí extendido y dilatado para el elogio, pues en esta piadosa fatiga y estudioso desvelo, hallamos la religiosa despansión en los ilustres hechos del sacro héroe Borja. La castellana elocuencia con que los refiere, lo judicioso con que los dicta para el universal aprovechamiento de las católicas almas, que con ardientes ansias de su eterna salud pretendieren y solicitaren el eterno reposo. Por lo cual juzgo, que tarea tan á todas luces grande, por el sujeto de quien se habla, y por el autor que la escribe, merece que se haga del público y común derecho, pues las vidas y acciones de tan venerables y apostólicos varones, y más ordenadas y dispuestas con tan cristiano acierto y piadosa erudición, son cristalinos espejos de armar cristianos caballeros, que sojuzgando los fieros y aliados enemigos del espíritu, gloriosamente triunfan laureados con la inmarcesible corona de la sempiterna vida. Este es mi parecer. En el gran Basilio de Madrid, á veinte del mes de Diciembre de mil seiscientos cuarenta y dos.

Fray Diego Niseno.

# APROBACIÓN

DEL

# RMO. P. FR. GABRIEL ADARZO DE SANTANDER

PREDICADOR DE SU MAJESTAD

*Señor:*

MANDÓME vuestra alteza viese este libro que escribió el P. Juan Eusebio, de la Compañía de Jesús, y significase mi sentimiento. En cuyo cumplimiento digo, que el mayor está en obedecer, por no ser fácil hablar. *Non sufficiunt verba cordi,* dijo en otra ocasión Agustino; y en esta, las materias vencen á la elocuencia. Todo llama: el autor y la obra, y excediéndose todo, todo se dificulta. El libro delinea un Príncipe santo, y el Padre Juan Eusebio da señas de sí mismo. De los dos entiendo lo que Demóstenes dijo de uno: *Heroicus vir totam gentem illustrat,* pues en uno y otro interesa España, por domiciliarios, no menos que la Compañía, por hijos. Ajustáronse felizmente sujeto y cronista.

*Invicti Vates Martis Apollo Fuit.*

Al Santo tenemos vivo, para el ejemplo, por beneficio de esta historia; y el autor vivirá siglos en ella misma, cuando no en el celo santo, que le inflama á la común enseñanza. En muchos pequeños cuerpos nos había dado su paternidad reverenda grandes preceptos de espíritu, y con la vida de San Francisco de Borja ya nos hace fácil la práctica, que supo este esclarecido varón ser grande por méritos en el cielo, siendo tan grande por opulencia en la tierra.

.....*Hoc bene non constat utrumque simul.*

¡Oh, embárguese para aquí la admiración y emulación de los señores!

*Ast, bene, qui vivit mundo; sic vivit ut idem,*
*Cogitet, hic vivens, se tamen usque mori.*
*Et bene, qui mundo vivit moriturque profecto.*

Y denle al Padre Eusebio con Foulero, hablando de Marco Marulo por todos, inmensas gracias.

*At tibi, qui mundoque mori et bene vivere mundo*
*Et coelo; hoc uno, tradis utrumque, libro*
*Et coelo, et mundo vivas, ut laude perenni*
*Per celebris, dabit hic unus utrumque liber.*

Y vuestra alteza la licencia pide para imprimirle, que el libro goza doctrina tan ajena de sospecha, como llena de piedad, fervor y ejemplo. Este es mi parecer. En este Real Convento de nuestra Señora de la Merced y Redentores de San Pedro Nolasco, nuestro Padre. En Madrid á primero de Enero de mil seiscientos cuarenta y tres.

FRAY GABRIEL ADARZO DE SANTANDER.

AL EMINENTÍSIMO

# SEÑOR D. GASPAR DE BORJA Y VELASCO

CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA DE ROMA
OBISPO DE ALBANO, ARZOBISPO DE SEVILLA, ELECTO DE TOLEDO,
DEL CONSEJO DE ESTADO DE SU MAJESTAD, SU PRESIDENTE EN EL SUPREMO
DE ARAGÓN Y EMBAJADOR ORDINARIO EN ROMA

---

Dedicando San Pedro Damián un tratado suyo (1) al Cardenal Bonifacio, Obispo de Albano antecesor del título de la púrpura de vuestra Eminencia; el que da de la elección de tal dueño, es la proporción del argumento con la persona del Cardenal, y apoyando su acción con la autoridad del Sabio, dice: *Cum viro religioso tracta de sanctitate, et cum justo de justitia. De Sacerdotibus ergo, nulli congruentius sermo dirigitur, quam Sacerdoti* (2). Otra causa dió en el libro que dedicó al Sumo Pontífice Alejandro II. Porque es calidad de un presente ser deseado ó pedido. *Nullum munus cuiquam congruentius datur, quam id quod ab eo ipso, cui datur, exigitur* (3). Asegura al gusto con que se recibe un servicio, el deseo con que se aguardó. Esta causa me basta á mí para con vuestra Eminencia, la otra para con los demás. Porque verá el mundo cuán proporcionadamente pongo á la sombra de la púrpura de vuestra Eminencia un sol, y por decirlo así todo un cielo, que es su santo abuelo, historiado de mi tosca pluma: mas no le han podido eclipsar mis borrones, ni quitar que deje de lucir con más claras luces de virtudes, que el firmamento de estrellas. Para con vuestra Eminencia también me excusará de no haber satisfecho á la grandeza del asunto, el haber fiado de mí su satisfacción, perdonando la culpa que he cometido por culpa de vuestra Eminen-

---

(1) Epist. 3, et opus. 22, in prooem.—(2) Ecclesiast., 23.—(3) Opusc. 23., in dedicat, seu prooem.

cia, con el favor que me ha hecho. Quiero usar del mismo estilo, con que San Anselmo habla con Hugón, Arzobispo de León, á quien solía dedicar y enviar sus libros, por el gusto con que los recibía este gran prelado. En una ocasión que le envía una obra suya le dice (1): *Non tam alicujus me utilitati quam vestrae scio servire voluntati. Quapropter si in illa legendo vos frustra tempus insumpsisse poenituerit; quia quod non putatis invenietis, non mittenti, sed exigenti imputare debetis.* El mismo cargo puedo hacer yo á vuestra Eminencia, para descargo de mi corto acierto, pues fió de mí una historia cabal, digna de la grandeza de quien rehusó todas las del mundo. Esto me pedía la largueza con que favoreció vuestra Eminencia su publicación, si no he respondido á la esperanza correrá por cuenta de su mucho favor. Mas dejando este punto, por estar cierto de la benignidad de vuestra Eminencia, que disimulará mis faltas, le concluyo con el bienaventurado Sidonio: *Nunc vero quod restat donate venia paginam rusticantem vobis obsecundantem* (2). Vengo á la proporción porque se debía esta obra poner en manos de vuestra Eminencia que sin duda la hay grande, por la sangre, dignidad, virtud y afecto de vuestra Eminencia con su santo antecesor. Porque ¿á quién era más debida esta historia del gran siervo de Dios el Beato Francisco de Borja que dejando de ser grande en el mundo, lo fué con el espíritu en la Iglesia, que es el Reino de Dios, por haber obrado y enseñado en ella heroicas virtudes, sino á aquel que entre los Borjas es grande visiblemente en la misma Iglesia? Quien siendo de su sangre y descendiente legítimo, no entró en la herencia de su Estado, sino de su espíritu, y tiene más parte en sus virtudes, que en sus patrimonios. Quien empleó toda su vida en servicio de la Iglesia, y de su Rey, como lo hizo el siervo de Dios, Francisco, que habiendo ocupado tantos años de su vida en servir á su Príncipe la acabó en servicio de la Iglesia, por el cual la arriesgó, y lo que fué dicha, la perdió. Esto fué tan grande gloria como lo primero valor: en que se ha señalado vuestra Eminencia, no pocas veces por el bien público, de que es testigo Italia, donde tanto tiempo resplandeció la Púrpura de vuestra Eminencia, y resonó con la voz de España, y singularmente Nápoles y todo el mundo, que reconocerá no cuadrar menos á

(1) Lib. 2., Ep. 11.—(2) Lib. 9., Ep. 3.

vuestra Eminencia, que á Greco Obispo, lo que de él dijo Apolinar (1): *Iu flos Sacerdotum, gemma Pontificum, scientia fortis, fortior conscientia.* Las demás virtudes, de modestia, templanza, prudencia, equidad, afabilidad de vuestra Eminencia, correspondencia tienen con las de su santo abuelo, cuya vida llena de heroicas obras, y grandes maravillas, recogidas de los procesos para su canonización, humilde presente á vuestra Eminencia, en cuyas alabanzas no me quiero detener, por no ofender su modestia, cuando le he menester propicio. Señalóse grandemente el Beato Francisco en la humildad y aborrecimiento de sus alabanzas; y no ha desdecido en esta parte de su imitación vuestra Eminencia, pues en tantas virtudes ha procurado parecerle. Si no fuere este servicio mío conforme á su espectación, en el afecto sí que no habrá que condenar. Añada Dios años á la vida de vuestra Eminencia, cuanto tiene el bien de muchos necesidad de ella.

De vuestra Eminencia, Menor Capellán:

**Juan Eusebio Nieremberg.**

---

(1) Lib. 5, Ep. 4.

# LIBRO PRIMERO

DE LA

# VIDA DE SAN FRANCISCO DE BORJA

TERCER GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

## CAPÍTULO PRIMERO

**De los padres y progenitores del Santo Padre Francisco de Borja.**

Habiendo de escribir la vida del santo Padre Francisco de Borja, duque de Gandía y Grande de España, pero más grande después que fué pequeño en sus ojos humilde, y pobre por Jesucristo, podría excusarme de tratar de sus padres y antigüedad de su casa, con San Gregorio Nisceno, que escribiendo la vida del gran taumaturgo, deja de decir de su linaje y sangre, pareciéndole menos á propósito alabar á los Santos de aquello que ellos despreciaron, que darlos á conocer por lo que ellos desconocieron. Pero porque las historias de varones insignes, no sólo se escriben para gloria suya, sino para ejemplo nuestro, tanto será éste mayor cuanto la persona que le da se propone más ilustre; por lo cual la sagrada Escritura está llena de genealogías y descendencias, y cuando ha de tratar de algún varón señalado, pone primero su linaje y el catálogo de todos sus mayores; por lo cual admiró mucho á San Pablo (y así reconoció gran misterio) que de Melchisedech, varón tan santo, no se pusiese su linaje; pero esto fué por particular sacramento, y quedando su persona bastantemente acreditada con decir que fué

rey. Siguiendo, pues, el estilo de los sagrados libros que relatan las genealogías de Abraham, Moisés, David, y del mismo Cristo, pondré aquí la de aquel que supo seguir á este Señor, é imitó tan perfectamente sus virtudes.

El rey D. Ramiro I de Aragón, y la reina su mujer, que fué de la casa de los vizcondes de Gavaret y Bearne, fueron padres de D. Sancho, conde de Ribagorza, cuya mujer fué la condesa Doña Urraca, de los cuales nació el infante D. García de Atarés y de Exavierre, el cual casó con Doña Margarita, de la casa de Potiers. De estos señores nació el ricohombre D. Pedro de Atarés, conde de Atarés y señor de la ciudad de Borja, del cual y de la Condesa su mujer, Doña Garcenda, nació D. Ximen Garcés de Borja, cuya mujer fué Doña Teresa Bastán, que tuvieron por hijo á Fortún Arnaldo de Borja, que casó con Doña Isabel de Baucio. De ellos procedió Gonzalo Gil de Borja, marido de Doña Francisca Sanz y Despiux. De éstos Rodrigo de Borja, cuya mujer fué Doña Sabina de Angresola, los cuales fueron padres de Rodrigo Gil de Borja, su mujer fué Doña Sibila Dons. De éstos nació Jofre de Borja, que casó con Doña Isabel de Borja, sobrina del Papa Calixto III. De los cuales nació D. Rodrigo de Borja, que hubo en Julia Farnesio á Pedro, Luis de Borja, primer duque de Gandía, que murió sin sucesión, y á D. Juan de Borja, duque segundo de Gandía y de Sesa, el cual casó con Doña María Enríquez, viuda de su hermano mayor sin consumar el matrimonio, y prima hermana del rey católico Don Fernando, los cuales tuvieron por hijo á D. Juan de Borja, tercer duque de Gandía, que casó con la duquesa Doña Juana de Aragón, nieta del mismo rey católico. Estos señores fueron los padres de Don Francisco de Borja, cuarto duque de Gandía, y después tercer General de la religión de la Compañía de Jesús, sujeto superior de nuestra historia, que con sus raras virtudes ilustró á sus mayores (1).

A esta familia tan calificada ha dado nuevos quilates la sangre real de Nápoles, Navarra y Aragón. El primer duque de Gandía tuvo por mujer á una hija del rey de Nápoles y su hermano Jofre Borja, príncipe de Esquilache, casó con otra. También César Borja, duque de Valentinos en Francia, y de Romana en Italia, tuvo por mujer una señora de la casa de Labriet, de los

(1) Philip. Guisolphi in Raguaglio.

Reyes de Navarra; de la cual casa advierte un docto historiador, que había en aquel tiempo cuatro reinas en la cristiandad. De la misma manera Lucrecia Borja, hermana de estos príncipes, casó la primera vez con un hijo del Rey de Nápoles, y después con Alfonso, duque de Ferrara. El parentesco que tuvo esta casa con los reyes de Aragón, ya lo hemos significado, pues á familia tan esclarecida con sangre real, repetida tantas veces, han esmaltado las tiaras de dos Sumos Pontífices tan nombrados como Calixto III, y Alejandro VI y muchas púrpuras de Cardenales para que no faltase á la casa de este Santo la gloria que quiso Dios tuviesen los progenitores de su Hijo, como notó san Juan Crisóstomo (1), que su linaje fuese ilustre, no sólo con los grandes príncipes que en él hubo; pero con la dignidad pontifical de grandes sacerdotes y sumos pontífices sus parientes. Esta gloria de su casa hizo dos veces glorioso á nuestro Santo, una por la sangre acrisolada de tales progenitores, otra por haber despreciado tanta gloria y nobleza. Pues como Diógenes (2) preguntando cual era el más noble de todos los hombres, dijo: aquel es más noble que más desprecia la gloria, así de la nobleza como de lo demás que pasa con el tiempo. Tiene toda la gloria de la tierra la calidad de las cosas de la tierra, que puesta sobre la cabeza, abate y oprime; pero pisándola, y puesta debajo de los pies levanta y sublima. Es buena para base, no para capitel. La gloria que más estimó en su linaje el Siervo de Dios Francisco, fué la que alaba el Nacianceno en la familia de San Basilio, que fué la de la piedad y virtud, que así en los príncipes eclesiásticos, como en los seglares, ha ilustrado á los Borjas. Y sin duda Calixto III fué uno de los Pontífices celosos y ejemplares, al cual siendo niño profetizó San Vicente Ferrer que había de ser sumo Pontífice. Y así antes que fuese sublimado á la silla de San Pedro hizo voto á Dios, que siendo papa perseguiría con guerra, y con todas sus fuerzas á los turcos crueles enemigos de la Iglesia, que entonces acababan de conquistar la ciudad é imperio de Constantinopla. En cumplimiento de este voto, luego que fué assumpto al Pontificado, hizo predicar la cruzuda por toda la cristiandad contra los turcos, y envió ejército con su legado el cardenal de San Ángelo, en defensa del reino de Hungría que le estaban destruyendo. Llegado el ejército de la Iglesia á la ciudad de Alba Real (la cual

(1) Homil. 1, in opus. Imper.—(2) Ptop. ser. 84.

tenía estrechamente cercada Mahometo, emperador otomano) le desbarató, é hizo grande estrago en su gente. En hacimiento de gracias por esta insigne victoria, reconociéndola de la mano de Dios, instituyó el Papa Calixto, que por todo el orbe cristiano se celebrase el mes de Agosto la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. Alábanse de este esclarecido Pontífice singulares virtudes en que se señaló, de caridad, misericordia, liberalidad, devoción, magnanidad, celo de la Religión y salud de las almas. El gran Sofí, rey de Persia, con el cual Calixto tenia hecha confederación en daño de los turcos, habiendo alcanzado una insigne victoria de los otomanos, le escribió estas palabras, que por ser dichas de un infiel, son mucho de ponderar: *Yo he alcanzado con las armas la victoria de nuestro común enemigo el Turco: pero reconozco deberla á vos y á vuestras oraciones hechas delante de Dios, y prometo que algún día con obras agradeceré el beneficio que es más divino que humano.* Acabó Calixto su vida y pontificado lleno de virtudes y de gloriosa fama, el año del Señor de 1458, del cual escribe un grave autor, vecino de aquellos tiempos estas palabras (1): *Fué estimado el Papa Calixto por honestísimo y rectísimo varón, y gran limosnero, dotaba á muchas huérfanas, socorría los nobles que habían caído de su estado en pobreza, y fué maravilloso defensor de la república cristiana.* Esto dice Nauclero. Lo mismo confirma Platina, y añade que fué Calixto un varón integérrimo por toda su vida y bien se echó de ver su gran entereza, pues una vez rehusó el capelo, y otra la prelacía de la Iglesia de Mallorca, y cuando fué obispo de Valencia, nunca quiso admitir beneficio alguno en encomienda, diciendo que él estaba contento con una esposa, y esa Virgen, esto es, con sola la Iglesia de Valencia, como manda el derecho Pontificio, por lo cual es muy alabado de los historiadores: ni es menor señal de su cristiano valor el haberse desavenido con el rey de Nápoles, cuando le presentó para obispos las personas que no podían servir á la Iglesia en aquella dignidad tanto como él deseaba.

En la doctrina y valor de Alejandro VI, lo que procuró amplificar el patrimonio de la Iglesia, los beneficios que hizo á los reinos de España, no es necesario detenernos, pues aun sus émulos no lo negaron. Los borrascosos y parciales tiempos en que

(1) **Nauclerus.**

este Pontífice vivió, fueron causa que los mal afectos hablasen de él en algunas cosas con pasión; por lo cual advierte Antonio Balinguen (1), que los herejes calumniaron á este Pontífice con algunos católicos parciales apasionados y demasiadamente crédulos. Pero añade que son autores gravísimos los que le alaban grandemente, y entre ellos los que son tan celebrados como Volaterrano, Panuino, Ciacon, Nauclero, Crancio, Illescas. Polidoro Virgilio le llama *Pontífice piadoso.* El mismo Antonio Balinguen, se admira de la piedad de Alejandro VI, en traer siempre consigo colgado del cuello en un globo de oro, el Santísimo Sacramento, para que se le representase Cristo más asistente á todas sus acciones, como juez de ellas y para defensa de los grandes peligros en que estuvo, para los cuales se ayudó también de la intercesión de la Virgen Santísima, y para obligarla más, cuando vino sobre Roma el rey Carlos VIII de Francia, que asombró á Italia, envió una estatua suya al templo de la Anunciata de Florencia, para que estuviese siempre delante de la Virgen como suplicándola de día y de noche le favoreciese, la cual estatua fué recibida en procesión de los Florentinos, con extraordinaria solemnidad. Otra cosa escribe muy para notar el Cardenal Egidio Viterbiense, que confirma la piedad de este Pontífice, y cómo le valió contra los peligros y grandes testimonios que le levantaron. Dice que cuando Carlos VIII entró en Roma muy enojado contra el Papa, por las calumnias con que le habían procurado desacreditar sus enemigos, fué el Rey muy airado á buscar á Alejandro; pero hallándole en su huerto, que estaba orando hincadas las rodillas con singular compostura y extraordinaria reverencia, dejó admirado al Rey y á los señores franceses que le acompañaban, trocando todo el aborrecimiento que le tenían, en amor y respeto, conociendo y confesando que les habían engañado, informándole siniestramente. Tuvo grande felicidad y acierto en la elección de Cardenales, escogiendo para esta dignidad varones doctísimos, prudentísimos y virtuosos. Tenía un día señalado de la semana para oir á los más desvalidos: y fuera de esto, como dice el Cardenal Egidio, nunca dejó de asistir á su oficio con singular vigilancia, y entre otras virtudes dice: *Tenía* Alejandro el ingenio acérrimo, tenía solercia, prudencia, *diligencia y una natural elocuencia de mucha efi-*

(1) Anton. Baling., in Kal. Mar. 18 August.

*cacia. Nadie trató las cosas con más exacción, ninguno persuadió con más fuerza, ninguno defendió con más constancia, pensando, hablando, haciendo, sufriendo. Parecía que nació para mandar, fué en la comida y sueño, parcísimo.* Angelo Policiano no le alabó menos (1), diciendo que tuvo una sabiduría singular, una grandeza de ánimo tan excelente, que parecía en esto exceder á todos los mortales, y un semblante lleno de majestad y dignidad. Nicolao Tigrino dijo que tenía un rostro divino, y el obispo Adriense, que era más majestuoso que si fuera humano. De este modo hablan muchos autores de este magnánimo Pontífice, en cuyas alabanzas no me detendré; como ni en las virtudes de otros mayores de esta esclarecida familia (2).

Pero no quiero dejar de hacer alguna memoria del primer señor de Borja D. Pedro de Atarés: de él hablan muy honoríficamente los historiadores de la religión de San Benito y San Bernardo, como fundador del monasterio de Veruela. La causa que tuvo para esto refiere el obispo de Solsona por estas palabras: *Yendo el Sr. D. Pedro de Atarés á caza hacia el monte Moncayo, dos leguas de la ciudad de Borja, de donde había salido, sobrevínole una tempestad de truenos, relámpagos y piedra. Viéndose perdido y dejado de sus criados, encomendóse muy de veras á nuestra Señora la Virgen María, se le apareció sobre una encina y le libró del trabajo en que estaba. Viéndose libre prometió hacer un Monasterio en el mismo lugar.* El mismo historiador dice: *Fué tan humilde D. Pedro de Atarés, que á poco trabajo pudiera ser rey de Aragón, y no lo quiso. Antes se encerró en este Monasterio, y tomó el hábito, aunque dicen para enterrarse, y acabó su vida santamente como si fuera desde su niñez religioso.* No contradice á esta historia lo que dicen otros historiadores, que habiendo muerto desgraciadamente el rey D. Alfonso de Aragón en la batalla de Fraga por los moros, los Grandes del reino quisieron echar mano del conde D. Pedro de Atarés, como descendiente y biznieto del rey de Aragón; mas por mostrarse grave con algunos de ellos no lo ejecutaron; y por esto se determinaron de elegir á D. Ramiro el Monje, y hermano del rey muerto; porque esta gravedad pudo nacer del poco caso que hacía de la corona,

(1) Apud Victorellum.—(2) Antonio de Yépes, centuria 7, anno 1146, capítulo 2 y Lanuza.

ó ser afectada para excusarla con este modo, y conservarse en el estado humilde y vida retirada y religiosa que deseaba tener. Basta este tan señalado principio para conocer la piedad que había de continuarse en sus descendientes. Aunque no es menester correr tan atrás, pues en los que tocaban más inmediatamente á nuestro Santo Francisco, veremos la virtud y piedad en su punto, y como una hermosa aurora preceder á la santidad de este siervo de Dios, que como sol resplandeciente había de ilustrar al mundo. De la rara santidad de su abuela y tía, favorecidas de nuestro Señor con muchas cosas sobrenaturales y milagros, diremos algo después. Bastará ahora decir las virtudes del príncipe cristiano y de su padre D. Juan de Borja, para ejemplo de grandes señores, siguiendo el estilo de las sagradas letras, que como notó San Ambrosio, no sólo alabaron al Bautista, á Isaac, á Samuel, por la sangre y nobleza de sus progenitores, sino de la virtud de sus padres.

Fué el duque D. Juan magnánimo, liberal, caritativo y muy devoto. No había vasallo en su Estado á quien con su misericordia no consolase en sus trabajos, ni pobre, á quien en su necesidad no socorriese, ni viuda, á quien en su soledad no amparase. Gastaba en sólo limosnas más de la tercera parte de sus rentas; porque habiéndose estrechado á solas treinta mil ducados por haber su madre Doña María Enríquez vendido el Estado de Seta, y dotado con esto la iglesia de Gandía, y fundado muchas obras pías. Su hijo D. Juan, de los treinta mil que le quedaron, daba doce mil ducados de limosna cada año, y diciéndole el mayordomo que no bastaba su hacienda para tantas limosnas, le respondió: «Cuando yo en vanos pasatiempos gastaba más que ahora en limosnas, nunca me fuiste á la mano y ahora me queréis estrechar. Pues yo os digo que ha de faltar para mi casa, y no para los pobres de Cristo»; ejemplo cierto que aun para los devotos eclesiásticos, y muy espirituales, sería raro, y se estimaría mucho, cuanto más en un señor secular. Tuvo también una singular devoción y reverencia con el Santísimo Sacramento del cuerpo de nuestro Redentor; porque en saliendo para algún enfermo dejaba el duque D. Juan cualquiera ocupación que tuviese, aunque jugase y estuviese perdiendo, que no tiene poca dificultad, é iba á acompañarle. Era tanta su devoción, que le acaeció en Valencia ir acompañándole á pie, llevando tras sí con su buen ejemplo, otros caballeros desde la parroquial de

San Lorenzo, donde los duques de Gandía tienen casa, hasta cerca de donde está ahora edificado el monasterio de los frailes Jerónimos, llamado San Miguel de los Reyes, á unas pobres casillas, que es grande trecho. Y porque salía muchas veces á caza, tenía mandado en su Estado que cuando hubiesen de dar el Viático á algún doliente, una hora antes se tocase la campana de la Iglesia mayor para poderla oir él aunque estuviese á una legua del pueblo. Acontecíale andar embebido en lo más sabroso de la caza, y oir la campana, y dejando de seguirla volver las riendas del caballo, diciendo: «Vamos, que nos llama Dios á su servicio»; y si estaba lejos iba corriendo para llegar á tiempo, y entrando con el Santísimo Sacramento al aposento del enfermo, se ponía á la cabecera. Si era rico le consolaba con dulces y amorosas palabras brevemente; mas si veía pobreza ó la sospechaba le dejaba buena limosna para su remedio debajo de la almohada con la mayor disimulación que podía, dando en estas y otras virtudes ejemplo á sus vasallos y criados, como señor cristiano. No le daba menor la duquesa doña Juana de Aragón, antes ella era gran parte con su misericordia y devoción, para que su marido la usase. De tales padres fué hijo primogénito el Padre San Francisco de Borja, cuyo nacimiento previno nuestro Señor, como luego veremos.

## CAPÍTULO II

### Cómo fué profetizado el nacimiento del Santo Francisco de Borja, y nació por oraciones.

Los grandes beneficios que hace nuestro Señor al mundo los suele prometer mucho antes para adelantar el gozo de ellos con el gusto de su esperanza, y darles á estimar por la prevención que de ellos hace; y como entre los mayores beneficios que hace á un reino ó nación, es darle varones señalados, así vemos que los nacimientos de personas semejantes los suele revelar primero, por lo cual reveló el nacimiento del Bautista, de Isaac, de Sansón, de Samuel y otros. Este mismo estilo guardó Nuestro Señor con su siervo Francisco de Borja, revelando su nacimiento y prometiéndole de la manera que diré. Una tía de San Francisco de Borja, hermana de su padre el duque don Juan, llamada Doña Isabel de Borja, fué de grande santidad y

perfección, y se entró religiosa descalza de Santa Clara, donde floreció con grandes virtudes y favores del cielo, la cual, siendo niña de edad de ocho años, la trató de casar su madre Doña María Enríquez, abuela de nuestro Santo, con el hijo heredero del duque de Segorbe; mas el Rey del cielo la escogió antes por esposa suya, y así la envió á llamar con su espíritu y con un mensaje visible, de esta manera: Salió del yermo donde vivía, con fama de rara santidad y penitencia, una mujer anciana, y llevó á Doña Isabel una crucecita del tamaño de una almendra, muy resplandeciente, que parecía de nácar ó concha de perlas (la cual testificó haber visto después en poder del Beato Francisco de Borja su confesor, el P. Dionisio Vázquez), y dijo á la niña: «Señora Doña Isabel, el Esposo eterno envía esta joya á la esposa que quiere por suya, y yo, de su parte, la presento á V. S.» Dicho esto se partió de su presencia dejándole en las manos la cruz, la cual ella con grande alegría guardó, y prometió desde aquella hora en su corazón, que nunca jamás sería otro esposo ni señor suyo sino el que murió por ella en la cruz. Desde allí á pocos días, entrando en el monasterio de Santa Clara de Gandía con su madre la Duquesa (que iba bien descuidada de lo que sucedió), se quedó dentro; de manera, que ni por ruegos ni por amenazas la pudieron sacar de él; sólo consoló á su madre, prometiéndola con luz del cielo, que presto su hermano el duque D. Juan tendría un hijo que se llamaría Francisco, y que con él no le faltaría sucesión de su casa, antes sería gloria suya para la tierra y para el cielo. Esta señora vino á hacer profesión siendo de dieciocho años, y llamóse sor Francisca de Jesús, creciendo siempre en grande santidad y heroicas virtudes. Cumplióse presto la profecía de la sierva de Dios, y la duquesa Doña Juana de Aragón se hizo preñada. Pero para que el fruto de su vientre fuese también de oraciones é hijo de lágrimas, estando muy fatigada con excesivos dolores del parto, que fué largo y peligroso (tanto que se temió mucho de su vida y de la criatura), después de hacerse decir muchas misas y oraciones, y de repartirse limosnas á pobres y en obras pías, la Duquesa ofreció y prometió al seráfico Padre San Francisco, del cual afectuosamente era devota, que si Dios, por su intercesión, le daba un hijo varón, le llamaría Francisco, y si fuese hija sería también su nombre Francisca. Luego pidió que le llevasen del monasterio de Santa Clara un cordón de San Francisco, y se le ciñó con mu-

chos suspiros y lágrimas, que la devoción y el dolor y temor de la muerte sacaban del corazón y de los ojos; y con tales medios fué á Dios servido, que con excesivo gozo de sus padres y vasallos, salió á lúz en dichosa hora un niño sobremanera hermoso. Sabiendo la Duquesa su madre que era varón, dijo muy regocijada: «Seáis bien venido Francisco, mi ángel»; y desde entonces le quedó el nombre de Francisco, por el cual fué y será siempre más conocido y honrado en el mundo que por los títulos y herencias que sus padres le dejaron. Y así como heredó de sus padres la casa como primogénito, no menos sucedió con la devoción y reverencia del glorioso San Francisco, al cual, como lo veremos en su vida, sirvió é imitó. Nació en 28 de Octubre, día de los gloriosos apóstoles San Simón y Judas, año del nacimiento de Nuestro Redentor 1510, presidiendo en la silla de San Pedro el Papa Julio II, siendo rey de los romanos el emperador Maximiliano. Gobernaba estos reinos de Castilla el católico rey D. Fernando (bisabuelo materno del niño), por el príncipe don Carlos su nieto, que aún no había venido de Flandes á España. Tuvo después el duque D. Juan otros muchos hijos é hijas, personas de gran valor y autoridad, entre los cuales fueron dos Cardenales de la Santa Iglesia de Roma, llamados el uno D. Rodrigo de Borja, y el otro D. Enrique de Borja á los cuales el Papa Paulo III promovió á la sagrada púrpura.

## CAPÍTULO III

### Cómo nuestro Señor reveló también á su abuela la crianza y virtud de San Francisco de Borja.

Tenía nuestro Señor tan delante de los ojos lo que se había de servir de nuestro bienaventurado P. Francisco de Borja, que iba como dando cuenta de casi cada paso de su vida á sus siervos y revelándoselos. Y así como reveló su nacimiento á su tía, así reveló su crianza á su santa abuela. Después descubrió, como veremos, á su gran siervo Fr. Juan de Texeda, la perfección á que había de subir, y á nuestro P. San Ignacio el haber de ser de la Compañía, y á otros santos varones el llegar á ser su General, como en sus lugares se dirá; porque aquí sólo quiero decir lo que Dios descubrió á su abuela y la grande religión y santidad de esta señora. La abuela del niño D. Francisco,

fué Doña María Enríquez, que era prima hermana del rey católico D. Fernando, la cual, siendo de poca edad, fué casada con Don Juan de Borja, duque de Gandía, y habiendo perdido á su marido y quedado viuda de diez y ocho años, crió dos hijos que de él tuvo, D. Juan y Doña Isabel, con admirable honestidad y recogimiento. Y habiéndose entrado niña en el monasterio de Santa Clara de Gandía y tomado el hábito de monja Doña Isabel, que se llamó sor Francisca de Jesús, y casádose el duque Don Juan su hijo, con Doña Juana de Aragón, hija de D. Alonso de Aragón, que era hijo del católico rey D. Fernando, y habiéndole ya nacido su hijo primogénito D. Francisco, ella entró monja en el mismo convento de Santa Clara: no lo hizo antes, como deseaba, por criar primero á sus hijos, y dar buena cuenta de ellos. El modo que tuvo en tomar el estado religioso fué muy fervoroso; porque yendo un día á visitar las monjas de aquel monasterio, con grande acompañamiento de criados, se hizo abrir las puertas con color de su visita, y despidiendo á todos los de su familia se quedó monja, dejándolos á ellos y al mundo burlados. Lloraba mucho su hijo el Duque, por la entrada en el monasterio de su santa madre, y dióle á entender que temía se le había de morir su hijo D. Francisco. Mas ella le respondió que no temiese, que no faltaría sucesión, y que aquel hijo sería tan grande intercesor suyo para con Dios, que vería cuán obligados le estaban él y ella de hacerle gracias y servirle por aquella merced que les había hecho en dársele. Tomó el hábito de edad de treinta y tres años, con tan poca salud, que los médicos afirmaban que con la aspereza de vida que en aquella santa casa se profesa, no podría vivir un año. Pero el Señor, que es sobre todas las leyes de la medicina, fué servido que viviese otros treinta y tres años, con tan rara observancia de su regla y penitencia, que era sor María Gabriela (que así se quiso llamar la Duquesa) un perfectísimo dechado de toda santidad y virtud; y no menos maravillosa y ejemplar fué su muerte, que había sido su vida. Muchas cosas se cuentan de esta santa madre, dignas de memoria: entre las cuales es una, que siendo su misma hija sor Francisca de Jesús, abadesa y superiora de su propia madre, y dándole un hábito nuevo y pidiéndole el viejo que traía su madre para vestírsele ella, al cabo de larga porfía que hubo entre las dos, madre é hija (porque cada una de ellas quería para sí lo más pobre y lo más viejo), dijo la madre á la hija: «Tomad,

pues así lo queréis, ese mi hábito, y yo suplico á mi Dios que os dure hasta que con él fundéis en Castilla la primera regla de nuestra Madre Santa Clara; que ya que yo no merezco llevarlo, deseo que vos vais con este mi hábito á plantarla en aquellos reinos»: lo cual se cumplió como ella lo dijo, y adelante se dirá. Otro es, que había en aquel convento una monja que se llamaba sor Inés Corella, hija del conde de Concentaina, la cual era muy regalada de esta santa madre, y temiendo que si moría primero que ella la madre sor María Gabriela, le faltaría el refugio y amparo que en ella tenía, y se hallaría muy sola y flaca para vencer las peleas que padecía, le pidió con mucha instancia que le alcanzase de nuestro Señor que la llevase presto de esta vida: ella se lo prometió, si algo podía con su Majestad; y el mismo año, siendo despensera sor Inés, le apareció la madre sor María, ya difunta, y la dijo que le había sido otorgado lo que le había pedido, y así murió santamente. No fué cosa menos admirable lo que le acaeció el día antes de su muerte; porque hablando con su sobrina sor María de Jesús (hermana del marqués de Denia D. Luis, y vicaria del monasterio), la dijo: «Hija, el Señor me hace misericordia de quererme llevar mañana, adonde le gozaré para siempre: y desde este punto hasta mañana á las once, tengo de purgar mis pecados con una ardiente fiebre: ruegoos, hija, que cuando os pidiere agua para beber, me la deis, porque será grande mi necesidad». Acabando de decir esto, le sobrevino una terrible calentura, y de tal calidad, que á los médicos pareció que no podía ser natural. Era tan ardiente, que tocándole el Duque su hijo, la mano para besársela, sintió en la suya un fuego tan encendido, como si la hubiera tenido en las llamas. Y así acabó á la misma hora que había dicho. Dió la bendición á su hija y madre abadesa sor Francisca, y mandóla que no volviese á ella porque no se enterneciese, y que estuviese haciendo oración ante el altar, y que en acabando de expirar entonase el *Te Deum laudamus*, y le cantasen todo en hacimiento de gracias por haberla ya nuestro Señor librado de este destierro, y que ella le daría señal cómo lo hizo. Pero no fué menor ni menos eficaz argumento de su santidad lo que sucedió después de muerta, porque las monjas sintieron cantar los ángeles en el aire estando aún su cuerpo en la enfermería, antes que le llevasen al coro. Y yendo el Duque su hijo con la clerecía y religiones á Santa Clara para hallarse en el entierro de su santa madre,

oyeron una suavísima música de celestiales voces, que salían de dentro del monasterio, y preguntando á las monjas qué música era aquella y cómo cantaban allá dentro, pues en la iglesia se había de hacer el oficio, respondieron ellas, que allá dentro había silencio, y no sabían cuyas eran las voces que se oían. Con esto se entendió que no eran voces humanas, sino angélicas las que hacían aquella tan concertada y suave melodía. Este fué el fin que tuvo esta sierva de Dios, grande en el señorío de la tierra, y mucho más grande en la herencia del cielo, y como abuela tal y de tal nieto, parece que se le alcanzó de Dios, y le dejó vinculada su virtud, y así decía después el Santo Padre Francisco, que aunque sintió gran soledad cuando supo su fallecimiento, porque tenía en ella madre, maestra, regalo y consejo, sabía que por sus oraciones nuestro Señor le hacía cada día muchas y muy grandes mercedes. Pero éstas no se menoscabaron, antes se le aumentaron después de su muerte; porque como estaba su purísima ánima más cerca del Señor, y no tenía ya necesidad de pedir gracias para sí, pedíalas para el que tanto le tocaba, y alcanzábalas cada día mayores y más copiosas. Y así decía su santo nieto, que su ánima había sentido particular esfuerzo y favor del Señor, después de que su santa abuela estaba en el cielo.

## CAPÍTULO IV

### De la crianza é inclinaciones de su niñez.

VENGAMOS ahora á la crianza y educación del niño D. Francisco, el cual dió desde luego claros indicios de las buenas inclinaciones y natural de que Dios le había dotado, para armar sobre tan firme cimiento el espiritual edificio que había su divina sabiduría trazado. En quitándole de los pechos del ama que le había dado leche, procuró su madre, que las primeras palabras que oyese y aprendiese fuesen devotas y santas nombrando á Jesús y á María. De cuatro años sabía ya, y rezaba las oraciones ordinarias, y de cinco decía de coro la doctrina cristiana cada día de rodillas á los pies de su maestro, que era un grave y honesto teólogo, llamado el doctor Ferrán, al cual para este efecto los Duques trajeron á su casa. Pero él tuvo muy poco que trabajar con su discípulo, porque siguiendo el niño su inclinación te-

nía particular gusto en todo lo bueno. Mostraba gran contento y devoción en rezar al Santo que le cabía en suerte, conforme á la loable costumbre que en aquel tiempo había en la casa de Gandía, y con la cual destetaban y criaban á sus hijos, que era sacar por suertes el Santo que cada uno había de tener por abogado y patrón para encomendarse á él y hacerle algún servicio aquel año; entre otros era uno el de dar de comer á dos pobres la víspera y el día de su fiesta, los hijos á dos hombres y las hijas á dos mujeres. Y siendo nuestro D. Francisco tan niño, era cosa de maravilla ver el gusto con que rezaba y quería levantarse de la cama para hincarse de rodillas y hacer muchas genuflexiones, por imitar al bienaventurado Santiago de quien era muy devoto; porque le había caído en suerte. Toda su recreación y entretenimiento era allegar imágenes de Santos, y hacer altares, y ayudar á Misa, é imitar al Sacerdote en sus ceremonias eclesiásticas, y enseñarlas á los otros niños, sus pajes, que con él se criaban: embebecíase tanto en esto, que el Duque su padre se maravillaba, y decía, que su hijo parecía se criaba más para eclesiástico que para Duque. Pero no era el doctor Ferrán el que le criaba para la Iglesia, sino el Soberano Maestro, que sabe y suele guiar ocultamente los corazones tiernos que para sí escoge, por minas secretas y sendas tan extraordinarias, que aun el mismo que guiado de Dios las camina, apenas las conoce. Era el niño afable á todos y agradable; aficionándose á su virtud y gracia cuantos le veían; á lo cual ayudaba la composición exterior de su persona y hermosura de su rostro, en que no menos se aventajaba á los de su edad, que en las buenas inclinaciones y modestia. No era travieso, ni desasosegado, como suelen los niños criados en abundancia y regalos, ni enojaba á nadie, ni se quejaba de nadie. No le hacían altivo ni enfadoso las lisonjas que le decían, ni las ceremonias y crianzas conque los suyos y los extraños le honraban. Era apacible, manso, sufrido, agradecido y desde aquella tan tierna edad se guardaba de lastimar, ó amargar, ni con gracias ni con desgracias á ninguno de los criados que hubiesen dado causa á ello. Llegado á los siete años quiso el Duque su padre, que el maestro comenzase á enseñarle los principios de la gramática, juntamente con el escribir, porque ya leía sueltamente en unas horas latinas de nuestra Señora: quiso también que en el mismo tiempo el ayo le diese avisos de institución y crianza y trato con todos conforme aquella edad, y á sus obligaciones. Ayudábase

el maestro del claro ingenio y feliz memoria, y el ayo se aprovechaba de la natural aplicación de la voluntad del niño, para que se imprimiesen en ella las buenas costumbres; porque ambas potencias se iban descubriendo en aquella cándida y pura alma, aplicadas para recibir y aposentar en sí la ciencia y la virtud. De manera, que con justo título podía usurpar para sí aquellas palabras, con que el varon justo reconoce en la divina sabiduría los dones que de la rica y liberal mano de Dios en su niñez recibió, diciendo: «Desde mi niñez fuí de buen ingenio y alcancé de Dios alma pura». Y no ayudó poco para su buena institución ser tales el ayo y el maestro, que se convenían en todo y repartían el tiempo en que cada uno de ellos le había de ocupar en sus propios ejercicios; no traían bandos ni enojos entre sí sobre cual le ganaría y señorearía más, como en los palacios mal ordenados se suele usar con notable daño de los niños que les hacen primero aprender los maestros sus ambiciones que sus buenos documentos; y como nuestra naturaleza depravada por el pecado se inclina más á lo malo que á lo mejor, sucede que á los niños se les asienta y pega más el mal ejemplo que ven con los ojos, que los buenos avisos que entran por el oído. Tenía lugar el niño D. Francisco para aprender muchas cosas juntas; porque fuera de favorecerle el ingenio, no le hurtaban el tiempo, ni le divertían los juegos y vanos entretenimientos, que suelen llevarse las mejores horas de aquella edad. De aquí vino de que con maravilla de los que lo notaban aprendía la gramática del doctor Ferrán, y del ayo la crianza y costumbres, y leyes cortesanas, y el andar á caballo, y hacedle mal, y jugar de aquellas armas que uno de su edad podía: vestirse arnés hecho á su talle y á sus fuerzas, ejercitarse así armado con los pajes de su edad y los mayores: y por haberlo tomado todo en tan tierna edad, salió bien con ello para cualquiera ejercicio de caballero, como después lo veremos. En el mismo tiempo le enseñaba á cantar y contar el canónigo Alonso de Avila, el cual le había dado la Duquesa por confesor, por ser conocido por hombre de virtud y buen espíritu. Aún no tenía diez años, cuando comenzó á gustar de las palabras de Dios y de las dichosas nuevas que le daban en los púlpitos de la gloria y vida eterna: estaba á los sermones tan atento, que cuando le agradaba y satisfacía la buena gracia del predicador, se le quedaba en la memoria buena parte de la doctrina, y la repetía con tal acción y donaire, que causa-

ba contento y admiración: y algunas veces por honesta recreación y consuelo suyo le rogaban é importunaban su abuela sor María y su tía sor Francisca de Jesús, que subido en el púlpito de su iglesia de Santa Clara les predicase, y aunque le oían como á niño, aconteció un día que le oyeron un sermón de la Pasión de nuestro Redentor, con tal sentimiento y gracia, que las religiosas y los criados que le acompañaban decían, que no había aquel niño hablado, sino otro más alto espíritu por él. De esta misma edad comenzó á tener alguna ternura y gusto en la oración vocal cuando rezaba sus devociones (que ya las tenía ordenadas). Siendo ya de diez años, cayó la Duquesa su madre enferma de la última dolencia que la llevó de esta vida: viéndola su hijo D. Francisco en tanto aprieto y peligro, sin que ninguna persona en ello le hubiese puesto, se encerró en un aposento á hacer por su salud oración, y acabadas de rezar sus devociones, no sin muchas lágrimas, se disciplinó un buen rato. Esta fué la primera vez que con tan pía causa usó la disciplina, sintió y lloró, como era razón, la muerte de su madre, la cual le solía alentar á la virtud: mas, no por faltarle ella aflojó el cuidado de su aprovechamiento, antes se iban cada día abriendo más las flores olorosas que el joven arbolito, como una primavera brotaba: porque se descubría una condición noble, un espíritu generoso, una conversación alegre y honesta, una liberalidad con los criados y misericordia con los pobres y afligidos. Y aunque era muy medido en las palabras y sosegado en el andar, y grave en su trato y meneos, pero huía de parecer triste ó esquivo con nadie, y procuraba mostrarse á todos alegre y afable.

## CAPÍTULO V

### Cómo salió de Gandía y fué llevado á Zaragoza.

Esta vida tan concertada y serena vino á turbar una tempestad que se levantó en aquel año que fué de 1520, cuando casi toda España ardía con el levantamiento de las Comunidades, rebelándose y armándose la gente común y popular contra las cabezas y gobernadores, y con falso pretexto y título de deshacer los agravios, traían escondido el veneno de su ambición y codicia desenfrenada: quitaban al Rey la obediencia, abaldonaban la justicia, perseguían á los leales, escandalizaban al mun-

do, publicaban patrocinar los agraviados, defender la república de las opresiones y cargas. Y lo que ellos hacían era matar los inocentes, robar las iglesias, deshonrar las vírgenes consagradas á Cristo en sus monasterios, ejecutar crueldades contra sus propios hermanos y padres, si no seguían sus desatinados pasos, y la parcialidad que ellos tan falsamente llamaban la santa comunidad. Llegó, pues, esta plaga al reino de Valencia, armóse entero ejército de Comuneros contra el Virrey y contra la nobleza que defendían la causa de Dios y de su rey D. Carlos (que en aquella sazón por causa del imperio había ido á Alemania): presentaron los señores la batalla á los rebeldes en la vega de Valencia, en el llano que llaman de Vernica, entre Palma y Gandía, y aunque como caballeros y por la justicia pelearon valerosamente, como los de la comunidad eran muchos más en número y combatían con desesperación, y como las acequias y arboledas de aquella huerta de Valencia impedían el uso de los caballos y ayudaban á los Comuneros que peleaban á pie y con arcabucería, el Virrey y la caballería fueron desbaratados, y los vencedores crueles siguiendo la victoria, anduvieron robando y destruyendo la tierra sin hallar resistencia. Llegado este ejército desenfrenado á Gandía la entró y saqueó con tanta presteza, que apenas el duque D. Juan pudo escapar su casa y sacar de Santa Clara á su madre y hermana monjas, para ponerlas en salvo. El ayo de nuestro D. Francisco le tomó en brazos, y así como estaba medio desnudo con una ropilla de luto, que traía por su madre, le puso en un caballo y con grande ventura le escapó de la rabiosa furia de los enemigos y le metió en una barca de aquella playa, donde por mar le llevaron á Denia, y allí por la seguridad de la fortaleza se pudieron reparar contra el enemigo que los había seguido, deseando hartar su crueldad con derramar aquella inocente sangre. De Denia fué llevado el niño adonde estaba su padre, que con el Virrey y mucha de la nobleza se embarcó en una nave, que fué á parar á Peñíscola. Supo esto el arzobispo de Zaragoza, que era hermano de la Duquesa, y enviósele á pedir al Duque, porque deseaba tenerle consigo, á lo menos entre tanto que aquella tempestad y ruido de las armas pasaba. El Duque se lo envió bien acompañado y él cobró presto su Estado, de los Comuneros. Mas, aunque lo procuró, no pudo cobrar á su hijo, porque el Arzobispo se le aficionó tanto, que no dejó diligencia para que se quedase en su casa, y pudieron sus

importunos ruegos acabar con el Duque lo tuviese por bien. Su tío le puso casa de propósito y le señaló oficiales, criados y maestros que le perfeccionasen en todas las cosas que en Gandía había comenzado á aprender de la gramática, música y ejercicio de armas y caballos. Pero en esta edad, que era de doce años, labraba Dios en él otras más perfectas labores que las que sus maestros le enseñaban, porque oyó un sermón del juicio á un religioso de San Jerónimo, no menos espiritual que docto, con el cual se confesaba, y desde allí á pocas semanas (porque todo fué en una cuaresma) oyó al mismo religioso otro sermón devotísimo de la Pasión y muerte de nuestro Redentor. El sermón del juicio le causó espanto y temor, y el de la Pasión ternura de corazón y amor entrañable de Dios y un fervoroso y amoroso deseo de dar la sangre y la vida por un Señor que por él había muerto en la cruz. Tuvo tan impreso este sermón en su alma, que la memoria de aquel día con todas sus circunstancias y particularidades, le quedó viva y presente toda su vida. Y cuando después contaba el regalo con que fué su espíritu regalado y visitado en aquel paso, mostraba claramente que no echaba en olvido las gracias y beneficios con que desde su niñez la Divina bondad le había regalado y favorecido, y de tal manera desde aquel tiempo se estamparon en su alma el temor del juicio divino y el amor del mismo Dios, á quien temía, que por muchos días sintió grandes toques é inspiraciones del cielo que le animaban á dejar el mundo y todas sus esperanzas, y dar consigo en una religión, donde toda la vida gastase en servir á su Criador. Y aunque para ejecutar esto ni tenía edad ni libertad, todavía aquellos estímulos y deseos le ocupaban con Dios y le aficionaban á las cosas eternas y criaban en su alma un seminario de santos propósitos y conversación del cielo, que paso á paso le iban disponiendo para lo que después vino á efectuar cuando en edad más madura y juicio más despierto y con mayor ejemplo y educación del mundo siguió la divina vocación, como adelante se dirá.

## CAPÍTULO VI

### Cómo fué á Baza y á Tordesillas y estudió filosofía.

IBA, con la edad, creciendo la devoción del niño D. Francisco, y de doce años oía misa cada día, confesaba los días más solemnes de Pascuas y fiestas de Nuestra Señora, asistía con

atención y gusto á los divinos oficios, y comenzó, por consejo de su confesor, á desear y recibir el divino manjar del Santísimo Cuerpo de Jesucristo, Redentor nuestro. Y cuanto más á deseo le daban esta licencia, tanto con mayor reverencia y hacimiento de gracias se llegaba á la celestial mesa, pues aunque era niño en los años, la gracia le despertaba y avisaba el entendimiento para gustar y ver cuán suave es el Señor á las almas puras que le aman y temen. Estaba en Baza Doña Magdalena de Luna, mujer de D. Enrique Enríquez, hermana de la reina Doña Juana de Aragón, la cual era bisabuela de nuestro don Francisco y madre de sor María, su abuela, monja de Santa Clara de Gandía. Como esta señora oyó decir de su biznieto tantas cosas mayores que lo que pedía su edad, tuvo grande deseo de verle antes que la muerte cerrase sus ojos, y por diversos mensajeros envió á rogar al Arzobispo de Zaragoza que se le enviase á Baza. Y aunque se le hizo de mal, por ser tan lejos esta jornada y tan niño D. Francisco, no le pareció que se podía á tal señora negar demanda tan justificada, y así se le envió bien acompañado; y ella, aunque se alegró mucho con él, no pudo gozarle como deseaba, porque luego le salteó al niño una enfermedad tan prolija y molesta que, con su convalecencia, le duró más de seis meses; y al cabo de este trabajo sucedió otro no menor, que tembló la tierra en Baza temerosamente y con tanta continuación, que cayéndose las casas sobre los moradores, fué necesario salirse todos á la campiña para no perecer, y á don Francisco le sacaron convaleciente al campo, y cuarenta días enteros le tuvieron dentro de una litera que le servía de casa y de cama, y á la litera cubría una gran tienda, debajo de la cual se guarecían los que estaban de guarda. Pasada esta tempestad y peligro, su bisabuela y el Arzobispo acordaron de enviarle á Tordesillas á servir á la infanta Doña Catalina, que allí acompañaba á la reina Doña Juana, su madre, mientras llegaba el tiempo de casarse con el rey D. Juan III de Portugal. Tomaron esta resolución, para que en aquel palacio real el niño aprendiese á ser cortesano y se desenvolviese en compañía de otros hijos de grandes señores que servían á la misma infanta. Para esta jornada le proveyeron cumplidamente de todo el aparato necesario para una casa que había de lucir y señalarse en la corte de aquellas reinas. De esta ida no le pesó al niño, porque como no había visto la corte, y de ella había oído grandes

nuevas, deseaba ver y servir en ella á los príncipes, y también le decían sus criados que era cosa indigna de su juventud y espíritu criarse fuera de la corte, donde se cría toda la nobleza y primor de los reinos. Fué muy benignamente recibido de la infanta Doña Catalina y de toda su casa, y sin dejar sus acostumbradas virtudes y ejercicios de armas y letras, la sirvió hasta el año 1525, que la llevaron á Portugal á su marido el rey don Juan, y el Duque su padre no consintió que pasase su hijo á reino extraño, y así alcanzó licencia de la Reina para volverse á Zaragoza, donde su tío le esperaba. Viendo el Arzobispo que era ya su sobrino de quince años y que no gustaba de vanos entretenimientos de mozos, y que había salido tan bien con la lengua latina y con las otras artes que le habían enseñado, porque no estuviese ocioso acordó que estudiase la lógica y la filosofía; dióle por maestro al doctor Gaspar Lax, que en aquel tiempo era tenido por famoso filósofo y residía en Zaragoza, el cual le iba á leer cada día dos lecciones, y en espacio de dos años salió con las artes como se deseaba; porque tomó á pechos D. Francisco este estudio, procurando no le llevasen ventaja ninguno de sus pajes, que hizo el Arzobispo que oyesen la misma facultad para mayor ejercicio literario; con ellos disputaba, y repetía las lecciones con un cuidado tan solícito, como si en aquella facultad se hubiera públicamente de examinar y graduar. Pero en este tiempo no se descuidaba el hombre enemigo de derramar su cizaña sobre el buen grano y santa semilla que en este fértil campo había sembrado el Divino Labrador de su propia mano, antes con maliciosa solicitud combatía al nuevo filósofo, sirviéndose de la edad, de su complexión sanguínea y amorosa, de la libertad y riquezas, y de los engañosos consejos de malos criados (fruta que se halla barata en los palacios de señores); con esto el enemigo sembraba vanos cuidados y representaba torpes pensamientos, y con infernales centellas procuraba profanar y contaminar el virginal y hermoso templo que, para su morada, había elegido y consagrado el Espíritu Santo. Pero siempre aquella alma inocente halló presente y favorable el socorro del cielo, que de lo alto le daba la mano y de presto arrancaba las malas hierbas del enemigo, y en su lugar inspiraba castos deseos, plantando de nuevo las dos flores olorosas de su amor y temor, y regaba el amor con la memoria de su sangre derramada, y el temor con la representación del juicio venide-

ro. Acudía D. Francisco á menudo á su confesor, al cual, con gran claridad, daba cuenta de sus batallas, reconocía sus victorias de la gracia soberana, pedía consejo para apercibirse contra los asaltos nuevos del cruel enemigo, porque estaba armado con un firme propósito de no consentir con la voluntad en cosa que fuese pecado mortal y le apartase de la gracia y caridad de Dios. Para nunca desligar de esta confianza traía á menudo en su corazón, y repetía con la boca, aquella generosa promesa del santo Profeta hecha delante del divino acatamiento: juré y determiné guardar los mandamientos de tu justicia. Para conservarse en este propósito, le aconsejaba su confesor que sus ordinarias armas fuesen la oración, la humildad, el uso y frecuencia de los sacramentos de confesión y comunión, la elección de libros espirituales, el desconfiar de sus fuerzas y acogerse confiadamente á la divina misericordia, de la cual esperase la perfecta victoria de todos sus enemigos, como la alcanzó conservándole Dios en su virginal pureza hasta que tomó el estado del santo matrimonio.

## CAPÍTULO VII

### Cómo fué enviado á la corte del emperador Carlos V.

Puso en cuidado al Arzobispo de Zaragoza ver en su sobrino tanta devoción y recogimiento en tan poca edad, comenzó á temer no le dejase un día burlado y se le desapareciese entrándose en alguna religión, y así le pareció enviarle á la corte del Emperador, medio proporcionado para divertir al más recogido; porque en los raudales de las grandes cortes, como en otros ríos Letheos, suelen muchas veces olvidarse la devoción y secarse los arroyos de las lágrimas tiernas y hundirse los santos propósitos que primero se amaban. Escribió, pues, al duque Don Juan su cuñado lo que pensaba y deseaba hacer, y con su beneplácito le envió á la corte siendo D. Francisco de diecisiete años. Estaba en Madrid el Emperador, con él la flor de la nobleza y grandeza de España y de otros reinos extranjeros; unos servían y otros pretendían servir y medrar en aquella sazón en que se juntaban muchas causas de alegría y regocijo; porque era recién nacido al Emperador el príncipe Don Felipe su primogénito y sucesor del reino. Otra causa era haber el César hecho traer á

Madrid la persona del rey Francisco de Francia, al cual habían sus capitanes vencido y preso en la batalla de Pavía. Juntábase la edad florida del César, ser amigo de ver su corte lucida con ejercicios belicosos, en que los cortesanos cada día se ensayaban. Llegado, pues, á esta corte nuestro D. Francisco, aunque era tan mozo, y como extranjero en Castilla no se hundió entre tanta grandeza, ni le obscureció la luz y resplandor de tantos grandes y antiguos cortesanos; hízose muy presto lugar en los ojos de todos y principalmente en los del Emperador y de la emperatriz Doña Isabel, que le acogieron y trataron con particular significación de amor, y cada día se le iban mostrando, porque iban más entendiendo su generoso trato y vida virtuosa. Nunca se esconde la virtud y tiene alas con que subir á los alcázares y oídos de los grandes príncipes. Y tanto más fué D. Francisco conocido y amado cuanto el Emperador era más sabio apreciador y favorecedor de todo valor y virtud. En su casa no se sufrían liviandades ni juegos, y él con su ejemplo y diligencia, puso á los criados de la misma librea que él vestía. Era muy bien hablado y cortés, no juraba, no murmuraba de nadie ni consentía que se murmurase delante de él; amicísimo por extremo de decir verdad, proponía su honra en honrar á todos, y no en la deshonra de ninguno. Holgábase de las mercedes que los reyes hacían á los otros caballeros, que por sus servicios las merecían y tenía esperanza de alcanzar él otras tales por semejantes servicios. Oía misa cada día y los sermones en palacio y en varios monasterios, confesando y comulgando las fiestas principales y apartándose de familiar amistad de personas menos honestas. Su trato era con caballeros y señores de buena fama, con hombres doctos y gente virtuosa. Mostróse juntamente tan diestro en hacer mal á un caballo, así desarmado, como en arnés, que luego le graduaron en la corte, y dando todos el primer lugar de la brida al Emperador (como lo merecía) se daba el primero de la gineta á D. Francisco de Borja, por lo cual le daban muchas veces los jueces la joya y premio en las fiestas y regocijos que los caballeros hacían delante del Emperador. Holgábase de tener buenos caballos y comenzó á darse mucho á la caza, de la cual fué muy aficionado. Era regocijado y con todos afable, y tan comedido y humano, que sin abatir un punto su autoridad daba á cada uno aquel lugar y título que entendía que el otro pretendía de él. Mas lo que en aquella edad y her-

mosa disposición de su persona, sobre todo maravillaba y aficionaba, era la virginal vergüenza y modestia con que trataba con las damas de palacio y señoras de la corte, á las cuales no visitaba más de lo que entendía que sin faltar á su obligación, crianza y buen comedimiento no podía excusar y no pudo encubrirse tanto que no le viese su camarero vestirse un cilicio á raíz de las carnes, cuando había de ir á estas visitas y conversación de damas, como aquel á quien Dios enseñaba, que con este arnés de áspero silicio debía armarse para entrar en tal tela: así como se armaba del de Milán para la de los caballeros. Esto usaba siendo de dieciocho años, por huir todas las ocasiones de ofender á Dios, aun con la vista ó con el pensamiento. Pero luego, el año siguiente, se efectuó, como veremos, su casamiento.

## CAPÍTULO VIII

### Cómo le casó el emperador Carlos V y la confianza que de él hizo.

Disponía el Emperador su jornada para ir á Italia á recibir la corona del Imperio en Bolonia, de mano del Papa Clemente VII, como ya lo tenía con el mismo Pontífice acordado. Sentía la Emperatriz tiernamente esta partida y ausencia tan larga de su marido. Rogóle que antes que se partiese á Italia le dejase casada á Doña Leonor de Castro, su camarera, á la cual amaba y favorecía mucho, porque lo merecían sus muchas partes. Respondióla el César que escogiese entre todos los señores de España con quién la quería casar, que luego sería sin falta. «Ya le tengo yo escogido (dijo la Emperatriz), que es D. Francisco de Borja, hijo del duque de Gandía, á este caballero quiero que me dé V. M. para mi Doña Leonor de Castro. Pesóle al César que hubiese puesto los ojos en cosa que tenía dificultad, por ser don Francisco de la corona de Aragón y entender que no sería gusto del Duque su padre, que se casara su hijo en Castilla. Dijo á la Emperatriz, que mirase cuál otro de los grandes sería á propósito y no se pusiesen á riesgo que el duque de Gandía dijese de no, el cual no corriera con ningún señor de Castilla. «Todavía se pruebe esto (replicó la Emperatriz), que yo no quiero otro para Doña Leonor, porque las costumbres de este mozo me han llenado mucho, y Doña Leonor, á quien tanto quiero por su virtud,

merece también que yo le pague en esto sus buenos servicios.» Aseguróla el César que ni por su voluntad ni por su diligencia quedaría; porque no menos (dice) que vos, estoy agradado de la virtud de este mancebo, y pretendo servirme de él. Luego mandó á D. Francisco de los Cobos, que despachase un mensajero al duque de Gandía, con una carta suya por la cual le daba á entender cómo se había satisfecho grandemente de la virtud y buenas partes de D. Francisco su hijo, y deseaba casalle de su mano, donde estuviese bien empleada su persona, y tenelle cabe sí en su servicio, por lo cual le rogaba fuese contento, que él y la Emperatriz le diesen la mujer que entendiesen le estaría bien, y que se fiase que sería muy á propósito, y que le tomaría en lugar de hijo y en su palacio le darían aquel lugar, cual él mismo que era su padre le podría desear. Respondió el Duque á esta carta agradeciendo esta merced, que su hijo era aún muy muchacho para tomar estado, y que cuando tuviese edad para ello él pretendía casalle en aquel reino donde había nacido, y así suplicaba á su Majestad suspendiese por entonces lo que le mandaba. Sintió esta respuesta el Emperador, pesaroso de haber puesto la mano en aquel negocio. Mas D. Francisco de Cobos dió aviso á D. Francisco de Borja de lo que pasaba, y le contó la sequedad con que su padre el Duque desechaba un casamiento por el cual cualquiera grande de Castilla quedara muy obligado y pensara que le hacía gran merced el César. Temía nuestro D. Francisco que su padre cayese en desgracia del Emperador, y más por causa suya, y deseando soldar esta quiebra, dió prudente medio con que se diese gusto al Emperador, y se recabase el consentimiento de su padre. Luego se despachó otro correo al duque de Gandía, escribiéndole que con toda brevedad se llegase á Madrid, donde su presencia era necesaria para cosas del real servicio, que con él se habían de comunicar antes de la partida á Italia. El Duque respondió suplicando á su Majestad, que si (como él sospechaba) la causa de llamarle á Castilla era para que el marqués su hijo se casase, no le mandase salir de su tierra, pues sin su venida se podía hacer el casamiento, que él entregaba su hijo en las manos de su Majestad, para que dispusiese de él según fuese servido, que bien cierto estaba no lo haría de otra manera que como se lo había ofrecido. Mostró el Emperador esta carta á la Emperatriz diciendo: «Ya, señora, tenéis casada á vuestro gusto á Doña Leonor», y sin perder tiem-

po la desposaron con D. Francisco de Borja, dándole el título de marqués de Lombay, habiéndose hecho las capitulaciones por D. Pedro González de Mendoza, Maestresala de la Emperatriz, que para este efecto la envió el Emperador al duque D. Juan. Fué todo con mucho gusto y satisfacción del Marqués, pareciéndole que con este casamiento servía á las dos Majestades, á las cuales sumamente deseaba tener propicias. La una era la Majestad divina de Dios nuestro Señor, á la cual temía mucho ofender con algún tropiezo de pecado, considerándose entre tantos lazos y ocasiones de corte, riquezas y libertad, y conociendo las astucias y ardides del enemigo, y fiándose poco de su carne en solos diecinueve años de su edad, los más peligrosos de la vida, y esperando con tal compañía vivir castamente, guardando perfectamente la fe y lealtad del Sacramento. La otra Majestad á quien pretendía agradar en su casamiento era la de los Emperadores de la tierra; porque hacía bien su cuenta que aquellos grandes príncipes que le pidieron y llevaron á su casa y se encargaban de él con prendas de tanto amor, no podían dejar de hacerle aventajados favores y mercedes, en lo cual no se engañó; porque fué grande la privanza y lugar que se dió al Marqués en la casa imperial y el amor que le cobraron por sus loables costumbres, que se iban dando á conocer más cada día á todos.

Esta señora Doña Leonor de Castro, á la cual casó la Emperatriz con el marqués D. Francisco, fué hija de D. Alvaro de Castro y de Doña Isabel de Meneses, todos de sangre muy ilustre en Portugal. Crióse desde su niñez con la emperatriz Doña Isabel, la cual la trajo á Castilla, cuando vino á casarse con el Emperador. Fué tan amada y favorecida de la Emperatriz por su valor y raras virtudes de prudencia, discreción y honestísima gracia, que pocas hermanas se quisieron entre sí tanto ni se trataban con más familiaridad. No sabía apartarse de ella la Emperatriz y entrábase en su aposento, como si fuera su hermana y no criada. En sus enfermedades asistía á su cabecera muy de ordinario y lo que á todas las damas causaba gran maravilla y algunas mayor envidia, era que se ponía á ver lo que era menester para su salud y regalo. Era la Marquesa devota, humilde y discreta, confesaba y comulgaba á menudo á ejemplo de su marido, nunca de la mano se le caía el rosario, rezaba las horas de nuestra Señora y de la Cruz, tan inviolablemente, que aun en sus graves enfermedades no la podían divertir de sus devociones. Goberna-

ba toda la familia, de manera que el Marqués casi descuidaba de ella en todo lo temporal, descansando con el cuidado y gobierno de Doña Leonor. Era misericordiosa y compasiva, y muchos querellosos en sus agravios y trabajos tenían seguro abrigo y reparo en la marquesa de Lombay, porque era la eficaz intercesión con los príncipes. Notábase mucho en aquella corte que los marqueses de Lombay no se aprovechaban del favor y privanza, para subir ellos más y tener mayores aumentos y grandeza, como se usa en el mundo, sino para sustentar á los que vacilaban, dar la mano á los caídos y amparar á los que andaban en la corte consumidos y gastados por falta de quien los valiese. Pero cuanto ellos menos buscaban su provecho, tanto más los favorecía Dios, y los engrandecía más cada día; porque desde que los casaron, no cesaban los príncipes de hacerles merced, dándoles joyas preciosas, rentas y oficios preeminentes en su casa. Hizo la Emperatriz al Marqués su caballerizo mayor, y de gajes llevaba, sin las extraordinarias ayudas de costa (que eran muchas), más de catorce mil ducados de renta, que para aquellos tiempos era más de lo que ahora parece. Pero todas estas mercedes eran muy poco en comparación de la opinión que había alcanzado acerca de los Príncipes. Toda la corte se maravillaba, y particularmente lo notaron las damas, de que siendo el marqués de Lombay mozo de veinte años, y el más bien dispuesto, agraciado y de hermoso rostro de cuantos andaban en la corte, y siendo el César y la Emperatriz diligentísimos celadores del recato de las damas de su palacio, que eran muchas y muy hermosas, no había para el Marqués guarda, ni puerta cerrada, porque á todas horas del día y de la noche entraba y salía por sus retretes. Su honestidad y modestia y lealtad era tanta, que sacaba de las fianzas á sus príncipes. Procedía de manera que jamás de él se habló ni calumnió cosa que oliese á liviandad. Doña Juana de Portugal, duquesa de Medinaceli, contaba muchos días después, que siendo ella dama de la Emperatriz, les causaba á todas grande admiración en palacio, ver que el marqués de Lombay en tal edad y disposición, entraba en cualquier tiempo en los aposentos de las damas, y que advirtiendo en ello con mucho estudio, nunca le vieron poner los ojos en ninguna de ellas, de manera que se pudiese sospechar que alguna le hubiese parecido bien. Pero el mayor argumento de su modestia y castidad, es que el Emperador se partió á Italia é hizo otras jornadas y largas ausencias de la

corte y de España, dejando en su palacio á este caballero mozo, como el guarda y seguridad de todo cuanto más en el mundo amaba y preciaba.

Tuvo el marqués D. Francisco de la marquesa Doña Leonor cinco hijos y tres hijas. El primero fué D. Cárlos de Borja su hijo primogénito, que fué duque de Gandía; el cual después de haber servido con gran valor y prudencia al católico rey D. Felipe II, en componer y pacificar la república de Génova, que se abrasaba con un incendio doméstico y sido su capitán general en el reino de Portugal, por su poca salud se retiró á su casa. Nació el año de 1530, y llamáronle D. Carlos por darle el nombre del emperador Carlos V que á la sazón estaba en Italia. Y la Emperatriz quiso ser madrina del niño en el bautismo, y que fuese su padrino el príncipe D. Felipe, que después reinó, aunque no tenía sino poco más de 3 años. De allí á año y medío nació Doña Isabel, que fué condesa de Lerma, y madre del Marqués de Denia, y duque de Lerma y de las condesas de Lemos y de Altamira y de D. Juan de Sandoval. El tercer hijo fué D. Juan de Borja, que yendo sus padres con el Emperador á las cortes de Monzón, nació en Belpuig de Cataluña en 1533, el cual habiendo sido embajador del rey D. Felipe, en el reino de Portugal y acerca del emperador Maximiliano en Alemania, fué mayordomo mayor de la emperatriz Doña María, hermana del mismo rey D. Felipe, y después de la reina Doña Margarita de Austria, mujer del rey D. Felipe III. Nació después D. Alvaro, el cual fué enviado del rey D. Felipe II á Roma á tratar negocios con Su Santidad, y murió marqués de Alcañices. Tras él tuvo á Doña Juana de Aragón, que casó con el marqués de Alcañices, cuya hija casó después con D. Alvaro su tío, y á D. Hernando de Borja que fué mayordomo de la emperatriz Doña María y comendador de Castellanos, y á Sor Dorotea, que en su tierna edad acabó monja descalza en Santa Clara de Gandía. El último de sus hijos fué D. Alonso de Borja que fué mayordomo también de la Emperatriz, los cuales he contado aquí por no romper después el hilo de la historia con sus nacimientos.

## CAPÍTULO IX

**Aprende matemáticas, y enséñalas al Emperador, y cómo se aprovechó de una enfermedad.**

Deseaba el Emperador tener alguna noticia de las ciencias matemáticas y particularmente quisiera aprender la cosmografía y astronomía. Entendía bien este valeroso y prudente príncipe, cuán necesario es el conocimiento de estas artes, para un excelente capitan, pues para los alojamientos y asiento de los reales, para guiar seguramente el ejército por tierras extrañas y mucho más para cercar, batir y asaltar las fuerzas del enemigo, para defender las propias, y para levantar fortificaciones, pueden estas ciencias ser causa de gloriosas victorias. Por el contrario el ignorarlas ha sido la ruina de grandes capitanes y poderosos ejércitos. Llamó un día el César al Marqués y dícele: «Yo tengo deseo de saber las matemáticas, porque sé que me podría de ellas aprovechar algún día, querría saber si vos las habéis estudiado entre otros vuestros estudios, porque no me inclino á aprenderlas de los que hacen de ellas profesión, y de vos las oiría de buena gana.» Respondió el Marqués: «Yo, Señor, aunque estudié filosofía, poco ó nada aprendí de esta facultad; pero si es servido vuestra majestad, yo llamaré á mi aposento los maestros, y aprendiendo de ellos, las mismas lecciones que á mí me leyeren repetiré yo á vuestra majestad: será esto fácil, porque en estas ciencias, por ser conclusiones y demostraciones necesarias, casi tanto puede saber el discípulo como el maestro, y la conclusión y verdad que yo entendiere la podré declarar también, como quien á mí me la enseñare.» Holgóse mucho de esto el Emperador, y mandóle que luego comenzase. El Marqués hizo llamar al cósmógrafo mayor del Emperador y oía de él cada día una lección, y comenzando de Euclides pasó á la esfera y á la aritmética y cosmografía y en efemérides y tablas que llaman del rey Don Alonso, y como él lo iba aprendiendo lo iba también leyendo al Emperador, con tanto estudio y diligencia del uno y del otro, que en espacio de seis meses llegaron á alcanzar lo que bastaba para los fines que movieron al César para hacerse discípulo en tal edad y con el peso del mundo que llevaba (como Atlante) en sus hombros. También paró allí el Marqués, y aun-

que su maestro le deseó inclinar á que aprendiese la Judiciaria, no quiso aprenderla, ni escudriñar las cosas por venir, que Dios reservó en el archivo de su pecho; conoció que los pronósticos que por los movimientos, posiciones y luz de los astros se puedan hacer, son tan inciertos y obscuros, y tan fáciles de impedir, que con razón los santos nos retraen de este género de doctrina, y así jamás quiso echar juicio, ni levantar figura de cosa por venir, no solamente de las que dependen de la libertad del hombre, pero aun de los sucesos naturales, los cuales sería posible rastrearse por los principios y conclusiones de aquella ciencia: no parece sino que adivinaba la prohibición tan segura y santa que la santidad del papa Sixto V, hizo después el año de 1586, contra los astrólogos que temerariamente pronostican los casos que han de suceder á los hombres.

De esta familiaridad tan grande cobró el Emperador más afición y amor al Marqués; comenzóle desde allí á comunicar más íntimamente y fiar sus consejos y secretos, y cuando más le trataba, tanto le hallaba más prudente, callado y fiel, que son tres calidades y virtudes muy esenciales y necesarias á un consejero y privado de tan grandes Príncipes. Algunas veces con ocasión de las matemáticas y consideración de las estrellas que estaban mirando, tenían pláticas muy espirituales, sacando grandes motivos de alabar á Dios y de menospreciar el mundo, con la contemplación del cielo, y se dió uno á otro palabra, que si enviudaban se habían de retirar del mundo.

En esta sazón adoleció el Marqués de una grave enfermedad y peligrosa, de calenturas continuas, y aunque escapó del peligro, no excusó una cuartana que con rigurosos accidentes le duró muchos meses. Visitábanle los señores y grandes de la corte, porque era universalmente de todos amado, y también porque veían el favor que le hacía el Emperador, el cual muchas veces se pasaba á su aposento, y sentado á la cabecera le entretenía en suaves prácticas la hora del accidente, con singular demostración de amor. Pero otras visitas tuvo más altas, más regaladas y más provechosas en esta enfermedad; porque Dios nuestro Señor le envió muchos avisos del cielo, vivas ilustraciones de altos conocimientos y santos deseos. Púsose á considerar á cuán poco se extiende el brazo y poder humano y conoció, á ojos vistas, la verdad de aquella palabra divina: Vana es la salud del hombre. Acordóse de un consejo de un santo Rey, que

dice: no confíes en los Príncipes, ni en los hijos de los hombres que no dan salud. Vió la experiencia de esto; pues toda la grandeza de la tierra que le visitaba y procuraba su alivio, no era parte para aliviarle una sola hora de calentura. Este conocimiento le despertó más el amor y temor de Dios y el deseo de agradar al que le daba la vida y hasta allí le había dado la salud y entonces se la podía dar. De lo penoso de esta enfermedad iba rastreando el tormento de los que por ofender á tan alta Majestad, están sin ninguna esperanza de alivio ni remedio, condenados en el infierno. Subía luego más alto á compadecerse de las ánimas que tanto tiempo están penando en el purgatorio, y sacó determinación de cada día rogar por ellas y hacerles decir misas. Hizo traer á su aposento libros espirituales y devotos é históricos de Santos. Dió de mano á los que con hermosas palabras y suave estilo encantan á sus poco advertidos lectores, tales son las vanas poesías y artificiosasnarraciones inventadasde hombres ociosos que por lo menos roban el tiempo, que tan medido se nos da para ganar en él y merecer la vida eterna. Aficionóse á la lección de libros santos y particularmente del nuevo Testamento, que desde entonces apenas le dejaba de la mano y yendo al campo cuartanario se holgaba de salir en litera por ir recogido leyendo el Evangelio ó Epístola de San Pablo ó alguna devota Homilía de San Juan Crisóstomo ú otro antiguo intérprete de la Sagrada Escritura, de la cual ya comenzaba á sacar conceptos y consideraciones espirituales. En hallando una sentencia moral ó devota, cerraba el libro y abríale Dios el entendimiento, y aficionábale la voluntad para buscar y servir á aquel Señor, al cual aquella lección le iba enseñando. Este, decía él, que había sido el primer escalón de su oración mental y de la contemplación, que después tantas raíces echó en su alma. Vuelto á palacio escribía de su mano los conceptos y consideraciones que en el camino se le habían ofrecido.

Curábale en esta enfermedad y en la cuartana un médico del Emperador llamado el doctor Villalobos, bien conocido por sus letras y por sus donaires en España. Un día le tomó el pulso estando con la cuartana y conoció que el humor que la causaba, ó era acabado ó se acabaría muy presto; dijo al Marqués: «¿Qué me manda V. S. en albricias, si le doy una alegre nueva que no le vendrá más cuartana?» Respondió el Marqués: «Aseguradme vos eso, y pedid lo que quisiéredes. «Pues yo me contento, dijo el

médico, que si no acude más cuartana, V. S. me dé un plato de este aparador» (estaba una rica vajilla de plata puesta en él). «Yo os lo prometo»; dijo el Marqués. Volvió al cuarto día el médico á la hora que solía acudir el accidente y halló al Marqués contento, porque se sentía con tanta mejoría que le parecía estar sin calentura, y dijo al doctor: «Creo que habéis ganado el plato; pero más gano yo si estoy libre.» Tomóle el pulso y cono ió que había calentura; pero era tan poca, que casi se escondía dentro de las venas y no se conocía. Preguntó el Marqués: «¿Qué decís, tengo calentura?» Respondió el médico, dando con mucho donaire un suspiro y diciendo: «*Amicus plato, sed magis amica veritas*. V. S. tiene alguna calentura, aunque muy poca y yo he perdido el plato». «No perderéis por cierto (dijo el Marqués riéndose), antes llevaréis dos en lugar de uno», é hízole llevar á su casa dos platos de su aparador, alegrándose mucho de la fidelidad y verdad del médico, que quiso más privarse del interés pudiendo (si quisiera disimular la calentura) que negar la verdad, que él solo con su arte conocía. Tan cumplido era en todo el Marqués y mucho más en premiar la virtud.

## CAPÍTULO X

### Pasa á Italia á las guerras del Emperador y asiste á la desgraciada muerte de Garcilaso de la Vega.

Habiendo pasado á Africa el emperador D. Cárlos y vuelto de ella victorioso y triunfante el año de 1536, dejando ganada la ciudad de Túnez y la Goleta y vencido y desterrado de Africa el famoso corsario Barbarroja, rey de Argel, el cual con la armada y favor del gran Turco, se iba apoderando del mar y de las fuerzas y puertos de cristianos. Llegado, pues, con este glorioso triunfo á Italia, supo cómo el rey Francisco de Francia había despojado á su cuñado, el duque Cárlos de Saboya, de gran parte de sus Estados, determinó deshacer este agravio con las armas y envió á llamar de España algunos señores. Pareciéndole en esta ocasión al marqués D. Francisco que estaba obligado á acudir á su Príncipe en tan justa guerra, pidiendo licencia á la Emperatriz pasó á Italia con mucho lucimiento, llevando en su compañía á Ruiz Gómez de Silva, que después fué Príncipe de Eboli y gran privado de Felipe II y á Jorge de Melo, que eran grandes amigos suyos y deudos de la Marquesa su mujer. Alcanzó

en Lombardía al César, del cual fué amorosamente recibido. Dióle parte del modo cómo pensaba proseguir la guerra. Entraron con poderoso ejército por Francia hasta Aix y Marsella, esperando al rey de Francia allí muchos días, si saliese en campaña. Iban en esta jornada armados en todas armas, desde que entraron en tierra de enemigos, así el Emperador como todos los caballeros y señores que le acompañaban, sino fué el marqués D. Francisco, al cual por la extraordinaria corpulencia que entonces tenía, con que se resolvía en sudor, mandó el Emperador que no caminase armado sino que se contentase con llevar el gorjal y brazales, que le llevasen allí cerca sus armas. Hízose este regalo muy grande al Marqués y suplicó al Emperador que no le mandase que yendo su señor cargado con el peso de las armas, él fuese á su lado sin ellas. Pero pudo más la humana porfía del César que sus comedidos ruegos, y así se hubo de desarmar hasta que llegaron á vista del enemigo. A la vuelta de Francia tuvo un gran desengaño el Marqués, viendo segar la muerte la más hermosa espiga de la juventud española y un grande amigo suyo, por la grande familiaridad que tuvo así en la corte como en el ejército con Garcilaso de la Vega, príncipe de la poesía española: no le daban menor título aún cuando vivía y era nombrado por toda España y querido de todos. La desgraciada muerte de este caballero, fué para nuestro D. Francisco gran principio para mejorar su vida, aunque siempre fué buena y ejemplar.

Nació Garcilaso de la Vega en la ciudad de Toledo, año de 1503; fué su padre Garcilaso de la Vega, comendador mayor de León de la orden de Santiago, del Consejo de estado de los Reyes Católicos y su privado y embajador de Roma cerca de la persona de Alejandro VI, con quien pasó los trances y negocios tan dificultosos, como cuentan Zurita y el P. Mariana. Dióse su hijo Garcilaso, de quien vamos hablando, en sus primeros años á las buenas letras, en que salió consumado, asistiendo en palacio con grande opinión de entendido y buen cortesano, y aún siendo muchacho hizo notable demostración de su ingenio. Salió á servir en sus guerras al emperador Carlos V, de quien fué muy favorecido y le enseñó la lengua española y el modo de las cartas familiares, que el Emperador escribía y no tocaban al Gobierno ni á otro negocio de esta calidad. Sirvióle en la jornada de Viena y Túnez y últimamente en esta de la Provenza, de Francia, en la cual, retirándose el Emperador á Italia, le encargó el gobierno de 13

compañías de infantería española, y escalando una torre cerca de Feux, en que se habían fortificado unos franceses, subiendo Garcilaso el primero con su espada y rodela, por una escala y tras él D. Antonio Portocarrero de la Vega, hijo del conde de Palma, y luego un capitán de infantería, echaron de lo alto una espuerta de piedras atada, que dió á Garcilaso en la rodela tan recio golpe, que cayó de espaldas y derribó á los dos que le seguían, cayendo todos de la escala, dándose Garcilaso un golpe en la cabeza, que entonces no se tuvo por de consideración. Llevάronle á curar á la ciudad de Nicia. El Emperador sintió tanto esta desgracia, aunque no se tuvo entonces por tan grande, que mandó sitiasen la torre y ahorcasen á cuantos franceses en ella hallaren, como se hizo luego derribando la torre por el suelo, para que no quedase memoria de ella. Pasado el seteno de la herida la juzgaron los cirujanos y médicos del Emperador por mortal. Dióle las nuevas su amigo el Marqués, que en aquel trance le quiso ser más fino, procurando el bien de su alma y su salvación eterna: asistióle á su cabecera, consolóle con mucho espíritu, porque bien lo había menester una persona tan gallarda y nombrada en el mundo, viéndose morir en la flor de sus años, que no pasaron de treinta y tres; recibió los Sacramentos con gran dolor y sentimiento, aprovechándose en aquella ocasión tan importante de su gran entendimiento y de la piedad y santas razones del Marqués su amigo. Murió á los diecisiete días de la herida, con gran desconsuelo de todos y llanto que se hizo por su muerte. Pero con mayor desengaño de nuestro Marqués viendo que la muerte no respetaba á la nobleza, ni temía á la valentía, ni la vencía el ingenio. Fué la muerte de este caballero para D. Francisco una nueva martillada con que afirmó en su corazón el clavo del temor de Dios, con que pedía estar atravesado con el rey David.

Mientras la guerra y los conciertos de la tregua que se hizo por diez años entre España y Francia á instancia del Papa Paulo III, se pasó hasta el año 1538, que se vió el Emperador en Aguas Muertas con el rey Francisco y se volvió á España el Marqués, el cual envió el Emperador para dar cuenta á la Emperatriz de su salud y de todo lo que había sucedido. En todo este tiempo se ocupaba el marqués de Lombay, en ejercicios militares y de caballeros, como lo hacía también el Emperador, de justas y torneos; pero sin pompas vanas ni demasías de gastos,

poco necesarios, ni otras liviandades que suelen los cortesanos mezclar en semejantes regocijos. El Marqués hacía en todo esto aquello que sin menoscabo de su lugar y oficio no podía excusar. Aborrecía juegos de naipes y otros semejantes y aun excusaba hallarse presente en la casa donde se jugase. Y preguntado por qué no gustaba de aquella recreación, respondía: «que hallaba por su cuenta que en el juego se pierden ordinariamente cuatro joyas preciosas, el tiempo y el dinero y la devoción y muchas veces el resto de la buena conciencia.» El año de 1537 estuvo en Segovia la Corte y allí llegó de una esquinencia á peligro de muerte: pero aunque pensó que acabaría allí su vida, se consolaba con tratar en su corazón con Dios cuando no podia hablar; ningún mes se le pasaba entonces sin confesar y comulgar, cosa en aquel tiempo rara, especialmente entre caballeros y cortesanos de su edad. Y así, teniendo delante la muerte la temía poco, pareciéndole que no le cogía tan desapercibido como en otro tiempo le podía coger.

## CAPÍTULO XI

### Usa el marqués D. Francisco dos honestas recreaciones.

Aunque se privaba el Marqués del juego y semejantes pasatiempos, no le faltaban otros entretenimientos más honestos y no menos gustosos. Particularmente dos recreaciones á que se había entregado, embebecíanle algunas veces tanto, que hacía escrúpulo y se acusaba de ello aunque las tomaba por alivio de los cuidados de la corte y por excusar otros entretenimientos ocasionados y de riesgo, por lo cual se le disminuía su escrúpulo. La una era la música de canto de órgano, en la cnal aprovechó tanto, que no solamente cantaba con singular destreza entre escogidos músicos; pero llegó á componer muchas obras como un excelente maestro de capilla. Todo lo que componía era para el culto divino y oficios eclesiásticos, nunca consintió amancillar su ingenio y el talento que Dios le daba, en obras vanas y poesías profanas, todas estas músicas, ni permitía que en su presencia se cantasen: tenía ya el gusto puesto en Dios, y así todo su estudio se enderezaba á lo divino. Era tan primo lo que componía, que se servían muchas iglesias de España de la misa y del *magnificat* y otras devotas obras, que llamaban del duque de Gandía, y siendo ya General de la Compañía, en la convalescen-

cia de una larga enfermedad que tuvo en Roma, compuso y apuntó excelentemente el salmo 118, *Beati inmaculati in via qui ambulant in lege Domini.* Y cuando el dolor de la gota le fatigaba mucho, en lugar del ¡ay! y del quejarse, cantaba algún salmo de David, ó alguna antífona á la Virgen, especialmente el *Regina Coeli loetare*, con que fomentaba su devoción con la Reina del cielo. La otra recreación de que también gustaba, era la caza de halcones, ocupación honesta para los señores si se toma con moderación y sin agravio de nadie; de manera que ni el qne se recrea se consuma con demasiados gastos, ni el campo del labrador sienta daño del entretenimiento ajeno. La caza de aves fué ejercicio de antiguos y sabios príncipes. Del emperador Marco Antonio, filósofo (así le llamaron por su virtud, por su doctrina y por el buen gobierno del imperio), escribe Julio Capitolino en su vida, que amaba la caza de halcones y en ella hallaba grandes recreaciones. De este ejercicio gustó mucho el Marqués y se dió al principio á él por huir otras recreaciones menos lícitas: mas, después, por el gusto que con él tenía, y porque el Emperador estaba entonces tan cebado en ella que solía socorrer á un jirifalte gruero que el Marqués tenía y ser de los primeros que llegaban al socorro en un caballo turco muy ligero con un lebrel suyo favorito que llegaba hasta avocar la grulla. Pero andando el tiempo, como Dios iba labrando al Marqués y comunicándole más su espíritu, tomaba la caza para su aprovechamiento espiritual y para gozar más de la soledad y libertad del campo y tener más ocasión de contemplar y conocer al Criador en sus criaturas; y por las cosas visibles subir á las invisibles y eternas; y así decía él, después que Dios nuestro Señor le había hecho muchas mercedes y regalos en el campo y dádole maravillosas consideraciones de la caza. Decía, estando en la Compañía, que la cosa que más sintió dejar y de que se privó con mayor repugnancia en su conversión á Dios, fué la caza. Con el estudio y tiempo que en ella empleó, vino á tanto conocimiento de la cetrería, que viendo volar cualquiera ave por alta que se remontase, decía qué pájaro era y que propiedades tenía y el modo de su caza. Después, ya de religioso, en un largo camino que hizo en España, notó su compañero el P. Dionisio Vázquez, que yendo fatigado del cansancio y el calor, se detuvo un rato, mirando unas aves que volaban muy altas, tanto, que apenas se divisaban; y preguntándole qué era lo que miraba, le dijo los nombres

de las aves y sus propiedades y la manera con que se cazaban, que era muy particular, y deseando saber el P. Dionisio en qué consistía el gusto tan grande que hallan los señores en esta caza de volatería, pues así se ocupan y consumen y aún muchos se destruyen en ella, y sufren tanto cansancio y trabajo y se desentrañan en sustentar y renovar pájaros tan costosos, y caballos y cazadores y ellos consumen en ella lo mejor de sus vidas. Respondióle el santo varón Francisco: «muy diferentes pueden ser los fines de los que cazan; á unos les lleva el gusto y deleite que hallan, y á otros pueden mover respetos santos y de su aprovechamiento espiritual, aunque éstos serán raros. De la recreación de esta caza no dudéis, padre, sino que lo es muy grande, porque ¿cómo no se deleitará un hombre de hacerse dueño y señor de unas aves que tienen alas y vuelan tan alto, y con la libertad y ligereza que Dios les dió, se remontan hasta donde nuestra vista no alcanza, y que desde allí las traiga el hombre á su mano con tanta facilidad, y que no sólo las prive de su natural libertad cautivándolas, sino que siendo bravas y esquivas las amanse y domestique y que las envíe sueltas por estos cielos, como soldados suyos para que peleen por él y den batalla sangrienta en medio del aire y le prendan y maten otras aves bravas, y tanto mayores que las que él envía á la escaramuza, y que se las den cautivas en sus manos, y que ellas, alcanzada la victoria se le vuelvan á la prisión? ¿Y qué mayor contento para un hombre curioso que estar dando trazas y hallar ardid para recobrar el señorío de las aves que se perdió por el pecado, tornándolas á sujetar á su voluntad y obediencia por medio de otras aves? Pero aún los temerosos de Dios y hombres más espirituales, hallarán otros más altos fines que estos en esta caza, porque con ella se excusan de mil bullicios y enfados y peligros que hay en tratar con las gentes, gozan de la soledad y libertad del campo, donde los prados floridos, los árboles y fuentes, con tanta variedad de hermosas criaturas y el cielo raso y extendido, levantan el espíritu para considerar y contemplar la grandeza, hermosura, sabiduría y bondad del Criador, y muchas veces se hallarán allí más recogidos y devotos que en sus oratorios y capillas. De mí, digo, que me hacía nuestro Señor regaladas misericordias en el campo; muchas veces, viendo las aves combatir en esos aires, se me representaba el oficio que hace el demonio para derribar las almas; qué arremetidas da; con qué rodeos y cercos las va seño-

reando; qué de ardides usa para que no se le defiendan y escapen. Por otra parte, miraba, para mi mayor confusión, cómo una ave, que es de su natural esquiva é indómita, con un poco de regalo y buen tratamiento que el hombre la hace, se le viene á amansar y á ser tan su criada y doméstica, que se le viene á la mano cuando la llama, y le sirve y recrea aunque la ate y prenda y con el capirote le quite la vista de los ojos. Y que siendo esto así, el mismo hombre, al cual Dios crió manso y tratable y sin alas para podérsele escapar, se le huye y desmanda, y aunque es llamado y convidado con tantos señuelos y beneficios, no vuelve á su mano. Otras veces consideraba cómo el perro y la ave que van cazando, por más hambrientos que estén y encarnizados en la presa, en llegando su señor ú oyendo su voz, la sueltan de la boca y se la entregan. Lloraba yo la desobediencia y rebeldía del hombre, el cual, cebado y encarnizado en sus iras, odios, apetitos de venganza, codicias desordenadas, deleites sensuales y otras pasiones, aunque llegue la voz y mandamiento de Dios y sus promesas y amenazas, no quiere soltar la presa que había comenzado á gustar. Cada día se ofrecían nuevos argumentos para sacar frutos de la caza; pero aún en ella me hacía Dios merced, que me daba ánimo para mortificarme y negar á mis ojos el mayor y mejor gusto de aquella recreación que con tanto trabajo se había buscado; porque acontecía muchas veces que al mismo punto que los halcones hacían su presa para matar la garza, bajaba yo los ojos y les quitaba á ellos la suya y el contento que todo el día habían procurado». He puesto aquí estas consideraciones del Marqués por ser suyas y por haberlas contado él mismo, y para que entendamos que aún en aquel tiempo de la flor de su juventud y resplandor de casa y ocupación de corte le favorecía el Señor y le regalaba con su espíritu, y que el varón espiritual de cualquiera cosa puede sacar aprovechamiento y servirse de los bosques y de los desiertos, como de oratorios y capillas.

## CAPÍTULO XII

**La muerte de la emperatriz Doña Isabel causó gran mudanza en el corazón del Marqués.**

Había hecho el Emperador llamamiento universal de los grandes, y ciudades de los reinos de España para celebrar cortes en Toledo el año 1539. No se veía en aquella ciudad sino

fiestas y saraos, con varias máscaras y disfraces y ejercicios de armas. Entraba en estas fiestas el Emperador, unas veces disimulado y otras públicamente y siempre mandaba al marqués de Lombay que saliese con él, porque su privanza iba muy adelante criándose sus hijos D. Carlos y D. Juan en compañía y servicio del príncipe D. Felipe, que era poco mayor de edad que ellos, y la Marquesa salía á las fiestas con la Emperatriz. Mas en esta sazón, quiso nuestro Señor, con sus admirables consejos y ocultos juicios echar acíbar en tantos regocijos y mezclar hiel en tanta dulzura, porque no se olviden los hombres en lo más sabroso del banquete que les hace el mundo, de su mortal y frágil condición; entiendan que la fruta de postre que se da en su mesa, se sirve en platos de barro y viene polvoreada con la ceniza de los muertos y rociada con lágrimas de los vivos que también morirán. Que este sea el dejo y remate de los placeres y deleites mundanos, bastantemente se experimentó en las cortes de Toledo, donde parecía que el mundo había desplegado las velas de su poder y echado todo su resto para hacer plato de cuanto en él lucía de grandeza, de poder, riqueza, nobleza, hermosura y alegría. Todo lo juntó para cogerlo todo debajo y hundirlo con un rayo que cayó del cielo. Tal podemos decir, que fué la temprana muerte de la Emperatriz, la cual de una aguda y casi repentina calentura, fué arrebatada de esta vida en lo más florido de su edad, en sus mayores alegrías y contentos y al tiempo que era más amada y reverenciada de las gentes, porque cada día se iba más descubriendo su extremado valor, cristiandad, modestia, liberalidad, misericordia, con todas las otras heroicas excelencias, que en tan alta reina se podían desear. No fueron parte para tenerla en la vida, el dolor y lágrimas del Emperador, no el sentimiento de todos sus vasallos, los cuales en su enfermedad, con públicas y secretas plegarias, votos y gemidos del corazón herían el cielo, ofreciendo sus vidas por una vida. En un instante se trocó el rostro de la corte: las justas y regocijos se mudaron en devotas procesiones: derramábanse no solamente oraciones y lágrimas, pero mucha sangre que salpicaba las calles y templos, de gente principal, que los pies descalzos se iba disciplinando, pidiendo á Dios la pública salud, en la salud de una enferma. Del marqués D. Francisco eran secretos los gemidos, continua la oración, y público el servicio y cuidado. Nunca se quitaba de su presencia, porque si bien deseaba irse algún rato á su

aposento á orar y llorar á solas, no le consentía el Emperador que se apartase de allí. Él y la Marquesa se llegaban de rodillas al lecho de la enferma y como si fueran religiosos la animaban y consolaban y aconsejaban lo que en aquel paso conviene no olvidarse. Decía después el marqués D. Francisco, que aunque sin ninguna duda diera su vida y la de todos sus hijos por la salud de la Emperatriz, con todo eso nunca se atrevió á pedirla á Dios absolutamente, con importarle á él tanto, sino con esta condición, si su vida convenía más para la gloria de su divina Majestad y para la salvación de aquella alma, porque si la salud temporal le había de ser estorbo para la eterna, no la pedía ni la quería. No fué servido el Señor que quedase más tiempo en este destierro aquella alma que tan rica morada merecía en el cielo, y así la llevó para sí el primer día de Mayo de 1539 años. Pagó la Emperatriz después de muerta los servicios que le hizo el Marqués en vida, y nunca más bien hizo aquella Reina viviendo á nuestro D. Francisco, que le hizo difunta, como se verá por lo que luego sucedió. Húbose de llevar su cuerpo á Granada para enterrarla en la capilla real, donde están sepultados los Reyes Católicos sus abuelos. Mandó el Emperador á los marqueses de Lombay que acompañasen el cuerpo, y sirviesen á la difunta en aquella jornada, pues con tanta voluntad y cuidado la habían servido en su vida. Al Marqués se le encargó la jornada y él la tomó y fué con la Marquesa su mujer y otras señoras, criadas de su Majestad acompañando el cuerpo con gran valor, liberalidad y cordura. Llegaron á Granada, y al tiempo de hacer la entrega del cuerpo de la Emperatriz, destaparon la caja de plomo en que iba y descubrieron su rostro, el cual estaba tan feo y desfigurado, que ponía horror á los que le miraban: no había ninguno de los que antes la habían conocido que pudiese afirmar que aquella era la figura y rostro de la Emperatriz. Antes el marqués de Lombay, habiendo de consignar y entregar el cuerpo y hacer el juramento en forma delante de testigos y escribano, que aquel era el cuerpo de la Emperatriz, por verle tan trocado y afeado no se atrevió á jurarlo. Lo que juró fué que según la diligencia y cuidado que se había puesto en traer y guardar el cuerpo de la Emperatriz, tenía por cierto que era aquél y que no podía ser otro. Apartáronse los demás de este espectáculo, porque les causaba espanto, lástima y mal olor; pero el Marqués, con el particular amor y reverencia que siempre había tenido á la Empera-

triz, no se podía apartar, ni desviar los ojos de aquellos ojos que poco antes eran tan claros y resplandecientes y entonces estaban feos y obscuros; y cotejando lo pasado con lo presente. decía en su corazón: «¿Dónde está, sacra majestad, el resplandor y alegría de vuestro rostro? ¿dónde aquella gracia y belleza tan extremada? ¿Vos sois aquella Doña Isabel? ¿Vos sois mi Emperatriz y mi señora?» Dióle Dios con esta vista un vuelco tan extraño á su corazón, que le trocó como de muerte á vida, é hizo en él mayor y mas maravillosa mudanza que la misma muerte había hecho en la Emperatriz, porque le penetró una soberana y divina luz y de tal manera le embistió é ilustró, que en aquel brevísimo espacio de tiempo, con grande claridad le representó y dió á conocer los miserables frutos que el pecado de nuestros primeros padres causó en el género humano, y el severo castigo de Dios en sus descendientes y la vanidad de todo lo que procuran y precian los hombres del mundo: allí conoció el desengaño de las lisonjas y engaños de la carne; allí se le figuró el horror y penas del infierno, y parecíale que una luminosa estrella del firmamento le penetraba lo más interior de sus entrañas y que con celestial ilustración le andaba mostrando la vileza de cuanto con apariencia de lindeza trae al pecador, ciego y engañado. Esta misma luz le estampaba en su corazón un desprecio y aborrecimiento de todo lo que puede apartar de Dios, y un vivo y vehemente deseo de conocer y amar las cosas eternas y divinas, en las cuales no puede caer muerte ni corrupción, y de trabajar valerosamente para alcanzarlas. Y á trueco de salir con esta empresa, no rehusar fatigas, dolores ni afrentas, ni cualquiera género de muerte que contra esto se atravesase. Fué esta luz de la divina gracia tan poderosa en aquella alma, que desde aquel punto hasta su última boqueada (que fué espacio de treinta y tres años) nunca se le tornó á esconder, ni se le olvidó lo que allí propuso, ni se entibió en su fervor. Llegaron algunos señores en este tiempo, que estaban maravillados, cómo osaba y pedía estar en aquel tan extraño espectáculo. Y como quien despierta á un hombre dormido le apartaron de allí. Mandó luego cerrar y calafatear la caja y que se pusiese en su debido lugar, que fué al lado de sus abuelos los reyes católicos, D. Fernando y D.ª Isabel.

# CAPÍTULO XIII

## Confírmase el Marqués en sus propósitos y la revelación que hubo de su conversión.

Vuelto el Marqués de la capilla real á su posada, se encerró en un aposento apartado, y echada la llave tras sí, se derribó en el suelo, y derramando copiosas lágrimas con unos profundos suspiros que le salían del corazón herido y afligido, comenzó á hablar consigo mismo y á decir: «¿Qué hacemos, alma mía? ¿qué buscamos? ¿tras qué andamos? ¿hasta cuándo habemos de amar la vanidad y buscar la mentira y creer á nuestros propios engaños? ¿Hasta cuándo correremos tras las sombras y seguiremos lo que parece que es y no es, y huiremos de lo que sólo es? ¿No has visto, alma mía, en qué paró lo más lucido y estimado del mundo? Si de esta manera trata la muerte á la Majestad é imperio de la tierra, ¿qué ejércitos se le pondrán delante? ¿qué grandeza le hará rostro? ¿quién le podrá resistir? Esta misma muerte que acertó á dar en la corona imperial, tiene ya flechado el arco contra mí; ¿pues no será cordura ganarle por la mano, y hacer yo para mi bien lo que ella ha de hacer para mi mal? ¿No será bueno morir al mundo en la vida, para vivir á Dios en la muerte? ¿No será ya tiempo de dar libelo de repudio á los pasatiempos y regalos y favores de la corte, y comenzar libro nuevo y tejer una nueva tela de santa vida, la cual no nos pueda cortar ni destejer la muerte?» Y volviéndose al Señor le decía: «Dadme, Señor mío; dadme, Dios mío, vuestra luz, dadme vuestro espíritu, dadme vuestra mano y sacadme de este atolladero y de estas aguas en que estoy anegado; que si vos me la dais, yo os ofrezco de no servir más á señor que se me pueda morir. Harto habemos servido á los príncipes de la tierra, harto habemos dado á la mocedad y libertad: tiempo es ya de acogernos á sagrado y de aparejarnos para la cuenta que en vuestro tribunal se nos tomará de todos los momentos de la vida: y muchas veces repetía: «Nunca más, nunca más servir á señor que se me pueda morir.» En estos propósitos y cuidados pasó toda aquella noche el Marqués sin pegar los ojos ni tomar reposo, tratando con Dios y consigo mismo nuevas trazas de vida. Juntáronse otras dos cosas que le alentaron y confirmaron más. La una fué, que el día siguiente, en la iglesia mayor de Granada, á las hon-

ras de la Emperatriz predicó el venerable maestro Juan de Avila, varón eminente y predicador apostólico de aquel tiempo en Andalucía, y en el sermón trató divinamente del engaño y vanidad de esta vida, de los devaneos y propósitos desvariados y falsas esperanzas de los hombres, y cómo al mejor tiempo la muerte les corta el hilo y deshace la rueda de sus locuras y los castillos de viento que han fabricado. Después habló de aquella eternidad de gloria ó de pena que se sigue tras esta misma muerte, y del desatino de los que en este soplo de vida que tenemos no procuran asegurar lo que tanto importa. Y como si hubiera oído las voces y gemidos del Marqués cuando la noche antes hablaba consigo mismo y con Dios, así parece que le hablaba al corazón y echaba el sello á los propósitos que el Marqués había hecho. Después le confirmó más á la tarde el Padre Maestro Avila (porque el Marqués le llamó y le dió cuenta de sus deseos) y le consoló y animó y aconsejó lo que había de hacer para retirarse á puerto seguro, ó navegar por el mar peligroso de la corte sin dar al través de las rocas que otros suelen, de la ambición, envidia y deshonestidad.

La otra cosa que le ayudó mucho y le confirmó en sus buenos propósitos fué una carta que su tía sor Francisca de Jesús, abadesa del convento de Gandía, le escribió, porque en ella esta gran sierva del Señor, de quien era muy visitada y regalada, le refería todo lo que había pasado en su alma al tiempo de la entrega del cuerpo de la Emperatriz en Granada, y le daba el parabién de sus nuevos propósitos y, entre otras cosas, le decía estas palabras: *Estaba yo, hijo de mi alma, aquel día de vuestra conversión, rogando afectuosamente al divino Esposo por vuestra salud, pero mucho más por vuestra salvación, y allí os vi estar postrado á los pies de Cristo y que con humildes lágrimas y gemidos le pedíades perdón de vuestros pecados, y vi que os daba su divina mano, y levantándoos en alto os prometía su favor. Dadle gracias como se las doy y servidle con más cuidado y amor que yo le sirvo. De la santa Emperatriz os quiero también dar alegres nuevas, que por la gracia de nuestro Señor, religiosas de esta casa hemos visto salir su ánima del purgatorio, y pasar, acompañada de muchos ángeles, á la eterna Bienaventuranza.* Esta carta recibió el Marqués, y con ella se esforzó y se confirmó mucho en sus buenos propósitos y se consoló por extremo con las alegres nuevas de la

salvación de la Emperatriz. Porque aunque es verdad, que en semejantes visiones puede haber engaños y que muchas veces los hay, queriendo alguna gente simple ó maliciosa adelantarse á hacer ciudadanos del cielo á los que ni por revelación de la Iglesia triunfante ni por determinación de la militante aún no se sabe que lo son. Pero tampoco no se puede negar que Dios nuestro Señor suele hacer estos regalos á sus grandes siervos y descubrirles sus secretos y favores. Y sabía el Marqués que su tía sor Francisca y las otras monjas de Gandía, eran ánimas puras y amadas del Esposo celestial, y que por ninguna cosa del mundo dijeran una liviana mentira, y que lo que escribía de la gloria de la Emperatriz era muy conforme á la santa vida que ella había hecho. Lo que sacó de este toque tan fuerte del Señor, el Marqués, después de haberlo pensado mucho y hecho grandes oraciones sobre ello, fué una resolución muy firme, de salirse lo más presto que pudiese del bullicio y tráfago de la corte y retirarse á su casa para servir á Dios en ella con más seguridad y quietud; y esto mientras que viviese la Marquesa. Pero si el Señor fuese servido que él la alcanzase de días, también se determinó en viéndose libre del vínculo del matrimonio, de hacerse esclavo de Cristo y de abrazar la desnudez é ignominia de la santa cruz; y hallándose con edad y salud para poderlo cumplir, entrar en alguna Religión; y á esto se obligó con voto delante de la divina Majestad, siendo á la sazón de veinte y nueve años. Tan poderosa es la mano del Señor cuando toca el corazón de sus escogidos, haciendo en ellos mudanzas maravillosas.

## CAPÍTULO XIV

### Hácele el Emperador Virrey de Cataluña, la cual gobernó prudentísimamente.

Ya era otro el marqués de Lombay, y en su corazón un verdadero religioso, aunque con obligaciones en lo exterior del príncipe, si bien se le echaba de ver la mudanza que había hecho su espíritu. San Gregorio Nacianceno dijo de su hermano San Cesario, que aunque estaba en palacio, andaba en el mundo con máscara, porque eran muy diferentes los sentimientos que tenía en su alma, de lo que en la vida cortesana representaba. Pero nuestro D. Francisco no podía encubrir tanto el aborrecimiento que tenía al mundo, que no lo mostrase en su rostro y

diferente trato. Tornando, pues, de Granada á la corte el Marqués, como venía en sí tan trocado, parecióle que las cosas de la corte lo estaban y que no eran las mismas que él había dejado, y que sus amigos y conocidos no eran los que solían, aunque esta mudanza no estaba en ellos sino en él; porque ya miraba con otros ojos, oía con otros oídos que antes, hablaba con otra lengua, porque era otro su corazón. Era esta mudanza tan notable, que él mismo no la podía disimular, ni dejarse de advertir de los que familiarmente le trataban. Luego que tornó, dió cuenta al Emperador de todo lo que había pasado en la jornada de Granada, y él se lo agradeció mostrando quedar muy bien servido y satisfecho del Marqués, el cual, queriendo poner en ejecución sus propósitos y retirarse de la corte, suplicó al Emperador que le diese grata licencia para irse á Gandía á ver á su padre. Extrañó el César la petición del Marqués, viendo que cuando estaba más favorecido quería huir de los favores y privanza. Preguntóle con la mucha familiaridad que tenían, la causa de aquella resolución tan nueva. «Sacra Majestad, respondió el Marqués, no negaré á mi Príncipe y señor lo que me pregunta. Después que vi morir á la Emperatriz mi señora, me ha despertado un arma que me dan cada hora y oigo recias aldabadas á las puertas de mi alma, las cuales me amonestan que no sirva de hoy más á ningún señor que se me pueda morir y volver en ceniza, ni siga más la corte y palacio, que se me desaparecerá el mejor tiempo, sino que comience á buscar y á servir á un Señor, el cual siempre viva para mí y yo pueda nunca morir á él. Y para entrar bien en esta escuela he pedido esta licencia á vuestra Majestad y tengo gran confianza que llevando delante las muchas y crecidas mercedes que siempre me ha hecho, no me negará ésta que será la que á todas las pasadas echará el sello, y con ella me dejará más obligado á su real servicio». Alabó el César la determinación del Marqués; pero juzgando su presencia más necesaria para su servicio, le quiso entretener consigo, pero fué tal la instancia que hizo nuestro D. Francisco, que condescendió con él en que saliese de la corte, pero no de su servicio, esperando emplearle en algún gobierno. Con esto se hubo de quedar algunos días en la corte con harta pena suya y con muy diferente vida que antes. Salía pocas veces, á visitas que no pudiese excusar; desviábase cuanto sin nota le era posible de las conversaciones donde, por lo menos, se pierden las mejores horas

del día. Buscaba lugares y tiempos recogidos, llevándose las dos y las tres horas en oración. Salía algunas veces á caza, porque tenía á su cargo la del Emperador, pero llevaba ya pocos cazadores, y de éstos es descabullía en el campo y se hacía perdidizo de los que le acompañaban, emboscándose solo por los ásperos montes de Toledo y por las riberas del Tajo, y donde le parecía que no le oía ninguno, enclavaba los ojos en el cielo y soltaba la rienda á los gemidos, y con claras voces llamaba á la puerta de la misericordia divina, y con afectuosos ruegos y lágrimas invocaba uno á uno los Santos que por él intercediesen. La caza, que á los principios tomó por recreación honesta y alivio de los cuidados, ya le servía de oratorio y lugar de contemplación. Comulgaba muy á menudo, trataba largas horas con religiosos santos, con los cuales era más que familiar, y con los otros señores como extraño. En breve tiempo le mandó su Majestad que le sirviese en el cargo de virrey y capitán general de Cataluña, y por mucho que se quiso excusar alegando su poca edad (que aún no era de treinta años) y poca experiencia y flacas fuerzas para carga tan pesada (que su modestia y el deseo de recogerse le hacían parecer aún más flacas de lo que eran), nunca pudo acabar con el Emperador que aceptase la excusa por la afición y estima grande que tenía de su persona; y así hubo de obedecer y aceptar el cargo, confiado en nuestro Señor, que pues él no le había pretendido, ni deseado, ni podídolo excusar, que le daría su gracia para servirle en él y al que con tantas muestras de confianza y amor se le había ofrecido. Partióse de la corte para Barcelona. A la partida, le mandó el Emperador tomar el hábito de Santiago, para poder gozar en Cataluña de los privilegios que gozan los que le tienen, y le dió una encomienda que á la sazón estaba vacante. Llegado á Barcelona, acordándose de las grandes obligaciones de su oficio, comenzó luego á tratar de cumplir con ellas y gobernar aquel principado como cosa encomendada de Dios, y de que le había de dar estrecha cuenta; y teniéndole á él delante de sus ojos y suplicándole con grande instancia que le diese prudencia para ello. La primera cosa en que puso la mano fué en limpiar la provincia de salteadores y bandoleros, los cuales eran tantos en número en aquel tiempo y tan perniciosos y atrevidos, que no había camino seguro, ni pueblo, ni ciudad en Cataluña que no sintiese esta plaga, y que no estuviese siempre con pavor y sobresalto, temiendo los insul-

tos y acometimientos de los bandoleros que andaban en cuadrillas arruinando y destruyendo la tierra. Dióse tan buena diligencia el nuevo Virrey, que en pocos días prendió y castigó gran número; y una vez salió él mismo en persona con gente y cercó á cuarenta y cinco que habían entrado en una torre cerca de Barcelona, y porque no se querían rendir mandó traer artillería para batirla. Al fin se rindieron y él hizo justicia de ellos, mandando ahorcar algunos y echar los demás á galeras. Con este castigo y con otros, se espantaron y enfrenaron los demás y muchos de ellos huyeron y salieron de Cataluña, porque no se tenían en ella por seguros. Decía el Virrey, que ninguna caza jamás le había dado tanto gusto como le daba ésta, porque le parecía que iba á caza en compañía de la justicia de Dios, el cual se servía que se cortase el miembro podrido, para que todo el cuerpo de la república se salvase. Pero no por esto dejaba de tener en su alma entrañable lástima y compasión á los que castigaba, y ninguna gota de sangre derramaba de ellos, que á él no le costase lágrimas de dolor. Pero consolábase con saber que era ministro asalariado de la justicia de Dios, y que era necesario que los malos muriesen á manos de los buenos jueces, para que los buenos pudiesen vivir seguramente entre los malos. Era tan grande su caridad, que mandaba decir un trentenario de misas por cada uno de los que mandaba ajusticiar. Diciéndole algunos de sus consejeros que parecía mal ajusticiar á tantos hombres juntos, respondía con mucha prudencia, que hacer justicia á cien hombres con aquella severidad, hacía que no se hiciese de mil; y privando de la vida á aquellos pocos culpados, se aseguraba la de muchos inocentes y se restituía á la república su paz y quietud, como sucedió así. También velaba sobre los jueces y les encargaba que hiciesen justicia y que despachasen con brevedad á los negociantes, los cuales no pocas veces reciben mayores daños de la dilación de la justicia que de otras injusticias que padecen. Y por darles ejemplo, él daba audiencia á todas horas del día y acogía con alegre rostro á los que venían á él y los despedía con dulces palabras y se compadecía de los miserables y afligidos, y sufría con paciencia las importunidades y groserías de los que poco sabían y procuraba que en los pleitos dudosos y enmarañados se concertasen las partes. Hizo visitar los notarios y escribanos públicos, por entender que había de ello necesidad. Hacía que los ricos pagasen á los pobres lo

que les debían; y si ellos de presente no podían pagar, mandábalos pagar de su casa y que después se cobrase de los ricos, para que ellos no se pusiesen en mayor necesidad y los pobres quedasen pagados y satisfecha la justicia. Hizo también visitar las escuelas donde aprendían los niños y buscar buenos maestros y que se les señalase casa y algún salario público, para que ellos con más gana y comodidad atendiesen á la enseñanza y buena institución de la juventud, que es la fuente de donde se deriva el bien de toda república. Puso grande orden en la gente de guerra, así en la ordinaria del principado, como en la que pasaba por él para Italia. No consentía que hiciesen fuerza ni agravio á los pueblos en que estaban ó por donde pasaban, y sabían los capitanes que de cualquier insolencia y desorden de sus soldados habían de dar ellos al Virrey cuenta con pago. Y porque en aquel tiempo Barcelona no tenía muralla por la parte de la mar, queriéndola cercar y fortificar por ser ciudad tan principal é importante, el Marqués puso la primera piedra en el baluarte de San Francisco, y se hizo en su tiempo todo aquel lienzo delante de la Lonja. Fueron también aquellos años muy estériles y trabajosos; no se hallaba pan sino á precios excesivos, y la gente moría de hambre. Para suplir esta necesidad, procuró el Virrey con extraordinaria solicitud que se trajese trigo de fuera, del reino de Francia, Inglaterra y Sicilia, para lo cual buscó dineros prestados. Trájose trigo en tanta abundancia, que se desahogó la gente que estaba muy apretada, la cual no acababa de alabar al Virrey y de hacer gracias á nuestro Señor, que le hubiese enviado por gobernador y padre de aquel principado, y con él la misericordia y la justicia, y sobró trigo para socorrer á los reinos de Aragón y Valencia. Hacía el Virrey grandes limosnas, casaba huérfanas, socorría á personas que se habían visto en honra y después habían venido á pobreza y necesidad. Proveía á los monasterios de frailes y de monjas y á todos los pobres y obras pías, de manera que ningún desconsolado y menesteroso acudía á él que no se partiese remediado y consolado en cuanto él podía. Dióse muy de veras á desarraigar de toda la tierra que estaba á su cargo los pecados públicos y escandalosos, y procuraba ser instrumento y medio para que Dios fuese servido y glorificado de todos. Cuando oía decir que se había cometido algún grave delito en desacato de la divina Majestad, se afligía en gran manera y se le marchitaba el corazón, porque no hubiese sido por su

culpa, juzgando que se le había de pedir estrecha cuenta, y así no reposaba hasta haber puesto el remedio. Al fin tuvo todas las partes de un excelente gobernador y cristiano príncipe.

## CAPÍTULO XV

### La oración que tenía siendo Virrey.

AUNQUE tenía grande solicitud y vigilancia en su gobierno, mucho mayor era el cuidado que ponía en el aprovechamiento de su alma; porque como estaba herido y tocado de la mano del muy Alto, la cual por medio de la muerte de la Emperatriz le había resucitado á él de muerte á vida, como él mismo decía, iba creciendo cada día más en el amor y temor santo del Señor, y cobrando nuevas fuerzas y dando con su ejemplo mayor admiración y edificación. Ante todas cosas, se determinó con gran resolución de romper con el mundo y no hacer caso de sus desvariados juicios y vanas murmuraciones, despreciar las lenguas maldicientes, que cortan como navajas, escupir y hollar al ídolo *¿Qué dirán?*, que es tan cruel tirano de la virtud y está tan apoderado de la mayor y más noble parte del mundo. Con este fundamento comenzó muy de veras á darse á la oración, mortificación y penitencia y al uso de los Sacramentos. Desde el primer día que entró en Barcelona sin guardar la cara á los cortesanos y perdido el miedo á los lenguajes y murmuraciones del mundo, frecuentó el uso de la confesión y comunión todos los domingos del año y las principales fiestas, como son días de nuestra Señora y de los santos Apóstoles. La Eucaristía recibía ordinariamente en su capilla y palacio, aunque por el ejemplo de los ciudadanos y caballeros, iba á comulgar á la iglesia mayor las fiestas solemnes. En la oración mental fué poco á poco aprovechando, porque desde este tiempo conoció y conversó familiarmente, con mucho fruto de su alma, al P. Fray Tomás de Guzmán, singular teólogo y famoso predicador del Orden de Santo Domingo, que era en aquel tiempo Provincial de aquellos reinos, y tuvo por su confesor al P. Fray Juan Michol, del mismo Orden de los Predicadores, gran siervo de Dios y maestro muy estimado de la vida espiritual. Tenía el Virrey y junto á sí ordinariamente á estos padres y guiaba por su consejo no solamente las cosas de su espíritu y conciencia, mas algunas cosas importantes del buen gobierno público, siguiendo el ejemplo del Santo

David, el cual aunque tenía el espíritu de Dios para saber regir el pueblo que le había encargado, traía á su lado para su consejo y dirección al profeta Gad y después al profeta Nathan. Ya experimentaba los frutos de las pláticas santas y de la lección devota y de la oración y meditación y de la frecuencia de los santísimos Sacramentos y sentía una lumbre maravillosa en su entendimiento, con la cual gustaba de los consuelos y regalos del espíritu, que con palabras quería y no sabía explicar á su confesor, mas él, como bien ejercitado en aquel lenguaje, le entendía y animaba á ir adelante. Desde allí le quedó al Virrey impresa en el alma aquella singular devoción con estos dos Sacramentos de la confesión y Eucaristía con que perseveró todo el tiempo que estuvo en la Compañía, hasta lo último de su vida mortal, confesándose cada día dos veces, y no pasarse día alguno sin recibir á nuestro Señor. Para la oración buscaba y hallaba tiempos oportunos, ésta era muchas horas cada día, y por no hacer falta á las obligaciones de su oficio, así en el público gobierno como en el de su casa y familia, ni tampoco al cumplimiento y urbanidad con que se debía corresponder á los señores que le visitaban, entresacaba las horas para la oración, quitándoselas á su reposo y al sueño. Y para mejor salir con esto, se recogía muy temprano, á la tarde á su aposento, que como nunca cenaba, le era fácil ganar aquel tiempo. Lo primero que hacía en recogiéndose, era rezar un rosario muy devotamente, con la consideración de los misterios por la orden del mismo rosario, como luego declararemos. Después hacía el examen de su conciencia, recorriendo por la memoria del empleo de aquel día hora por hora y pidiendo perdón de las faltas. Notaba las que le parecían dignas de confesión, para acusarse de ellas á su confesor después, y proponía la penitencia y la enmienda: este solía ser el ordinario tiempo de sus disciplinas, que las usaba ya mucho; de manera que antes que á los pies del confesor se acusase de sus defectos y culpas que se le descubrían en el examen, llevaba ya hecha la penitencia de ellas, harto más rigurosa de la que le daba su padre espiritual. Luego se postraba en tierra y allí tendido trataba de conocer su vileza y miseria, y con esto, rezando se dejaba vencer del sueño, y para dormir se encomendaba al ángel de su guarda y le pedía, que mientras él daba á su cuerpo el reposo que le debía, el ángel velase por él y le guardase con toda pureza y le decía lo que deseaba, que por él su-

plicase á Dios mientras él dormía. Este ejercicio con su ángel era cotidiano. Habiendo reposado cuatro, ó cuando más cinco horas, se levantaba á la oración y esto solía ser á las dos ó á las tres horas después de media noche; continuaba su oración sin romperla cinco ó seis horas arreo, con admirable sosiego y suavidad de su espíritu, y salía á la mañana temprano sin consentir que para desnudarle ni para vestirle entrase paje ni camarero donde dormía, y encima de un áspero cilicio que se vestía de ordinario á raíz de sus carnes, se ponía sus ropas de seda y de martas y salía bien compuesto al aposento de la Marquesa (con la cual ya guardaba perfecta castidad y de común acuerdo habían trocado el amor conyugal en una honestísima y hermanable caridad), y habiéndola saludado se iba á oir misa; después asistía á los negocios, audiencias y gobierno, de manera que el mismo que en los ojos de las gentes era un virrey y príncipe de grande autoridad, en los actos de Dios y en los suyos propios era un penitente que trabajaba de conocer sus miserias y vencer y mortificar sus pasiones y los asaltos del enemigo. Considerando que ya era comendador de la Orden de Santiago y que tenía obligación de rezar las siete horas canónicas, conforme á los estatutos de su regla (que señalan para cada una de ellas cierto número de Ave Marías y Pater noster), quiso cumplir con esta obligación, meditando cada día juntamente con la oración vocal, los siete misterios de las horas canónicas, que son los pasos de la santísima Pasión de Jesucristo nuestro Redentor repartiéndolos por sus horas y hacíalo con maravillosa atención, gusto y fruto de su alma. El modo con que los repartía era este. En los maitines, después de dichas las Ave Marías y Pater noster, meditaba la Pasión del Señor con la oración del huerto y sudor de sangre; en la prima, las injurias y afrentas que pasó en la casa de Anás, Caifás, Pilatos y Herodes, con los azotes y coronación de espinas; en la tercia, la condenación y sentencia de muerte y el llevar la cruz sobre sus hombros; en la sexta, el crucificarle y las palabras que dijo en la cruz; en la nona, cuando expiró en la cruz y la lanzada del costado; en las vísperas, el descendimiento de la cruz con el sentimiento y lágrimas de la Virgen nuestra Señora, teniendo el cuerpo muerto de su dulcísimo Hijo en sus brazos; en las completas, la deposición del Señor en el sepulcro. De este repartimiento y consideración de los altos y divinos misterios de nuestra redención, sacó mucho fruto y abun-

dancia de consolaciones que le comunicaba en sus buenos propósitos la liberal y graciosa mano del Señor. Para no errar en estos cimientos que del espiritual edificio deseaba abrir en su alma, hacía tres cosas que le aseguraban de ilusiones y tropiezos en que suelen caer los inconsiderados y principiantes. La primera cosa era, que no inventaba de su cabeza fantásticas imaginaciones ni mezclaba sus propios conceptos con estos misterios, antes llanamente se iba por la letra é historia del santo Evangelio, y en ella hallaba copiosa materia para meditar y encenderse en amor de Dios. La segunda cosa era, que de estas meditaciones y gustos del espíritu no sacaba presunción ni estima de su devoción, sino humilde confusión y deseo de servir á tal Señor, y padecer y morir por quien había padecido y muerto por salvarle á él. La tercera cosa era, que con mucha humildad y claridad daba cuenta de su oración y de lo que de ella sacaba á sus confesores, y con su aprobación llevó adelante este modo y orden de meditación. De este ejercicio de meditar la Pasión por las horas en que la santa Iglesia la reparte, sintió en breve tiempo no corto fruto ni pocas consolaciones y regalos de su espíritu. Decía él que cuando se hallaba bañado en las fuentes de sus dulces lágrimas, por considerarse bañado en la sangre y méritos del inocentísimo Cordero Cristo, se volvía al autor de todo su bien y le decía: «Señor mío y bien de mi alma, ¿quién ha sido poderoso para así ablandar y derretir este mi estéril corazón, más duro que el pedernal y que el diamante, sino Vos, Padre de misericordias, que convertís la piedra en estanques de agua y el peñasco en fuentes manantiales? Yo la reconozco por obra de misericordia vuestra, Dios mío, y á Vos se dé la gloria y para mí quede la confusión por lo poco que me sé aprovechar de tales beneficios.»

La manera cómo rezaba el rosario de nuestra Señora era esta. En cada uno de los quince misterios, con mucha devoción se detenía haciendo tres cosas. La primera, reconocía el don de Dios en aquel misterio. La segunda, sacaba su confusión por lo poco que de él se había aprovechado. La tercera, pedía alguna merced al Señor y esta era conforme al misterio.

Los cinco misterios gozosos meditaba de esta manera. En la Encarnación del Hijo de Dios reconocía el amor que le trajo al mundo; humillábase por lo poco que á Dios había amado; pedíale su amor y encendíala caridad con afectuosas palabras. En la vi-

sitación á santa Isabel consideraba la caridad y misericordia del Hijo y de la Virgen nuestra Señora con los prójimos. Confundíase de la poca compasión que él tenía con ellos, pedía la caridad con sus prójimos al que es fuente de caridad y misericordia. En el nacimiento del Señor miraba la pobreza y desnudez del Hijo de Dios; avergonzábase de verse rico y regalado; pedia amor y deseo de santa pobreza y aborrecimiento del regalo. En la presentación y purificación adoraba la limpieza de la Virgen nuestra Señora; lloraba la que á él le faltaba y suplicaba á Dios le diese perfecta castidad de su alma y de su cuerpo. En quedarse de doce años en el templo el Señor y obedecer á sus Padres, se confundía de no haber obedecido la ley de Dios, y pedía obediencia perfecta y conformidad con la divina voluntad. En los misterios dolorosos guardaba este orden: En la oración del huerto consideraba la fervorosa y resignada oración de Cristo; reconocía su tibieza en la oración y pedía espíritu y don de oración y resignación para beber el cáliz de cualquier trabajo que Dios le enviase. En los azotes de Cristo lloraba su poca penitencia, y pedía ánimo y esfuerzo para maltratar su carne y decía: «¡Oh mi dulce y soberano Redentor; que estéis Vos desnudo y tan maltratado en la columna y que esté yo vestido y regalado!» En la coronación se dolía de la ambición y estima de las honras mundanas y pedía el desprecio de ellas y el vivo deseo de verse fuera de las honras del mundo. En el llevar el Señor la cruz conocía cuán áspera se le hacía á él cualquiera tribulación, y decía: «Dadme, Dios mío, conformidad y alegría en llevar la cruz que me enviáredes, aunque más pesada y dura se haga á mi carne.» En el expirar Cristo en la cruz adoraba aquella perseverancia en la obediencia al Padre Eterno. Lloraba la poca perseverancia suya en los buenos propósitos y decía: «¡Oh Señor! si vos no me dais de vuestra mano la perseverancia que disteis á vuestros mártires, ¿qué valgo yo, miserable, para tenerla? Suplícoos, Dios mío, que me la deis para vivir y morir por amor y servicio de vuestra gloria.»

Los misterios gloriosos rezaba de esta manera. En la resurrección de Cristo glorioso cobraba esperanza de resurrección. Confundíase de no haber resucitado á tanta vida y pedía renovación del hombre interior. En la ascensión del Señor, gozábase de verle donde merecía estar su santísima Humanidad y decía: «¡Ay de mí, qué bajo y terreno soy! Dadme, Criador

y Redentor mío gracia, que mi trato y conversación sea en tus cielos. En la venida del Espíritu Santo, daba el parabién á la santa Iglesia de tener tal Huésped. Dolíase de su poco aparejo para recibirle en su alma; pedía sus divinos dones. En la subida á los cielos, de la Virgen, se regocijaba de tener allí tal Abogada. Pesábale de no haberle sido más devoto; pedía su intercesión con su Hijo. En la coronación de nuestra Señora miraba cómo se coronaba la virtud en el cielo. Confundíase de verse tan indigno de ser allí coronado y pedía á la Virgen que fuese su abogada é intercesora, para que él no perdiese por sus pecados el premio eterno para donde Dios le convidaba.

## CAPÍTULO XVI

**Otros modos de oración más subidos que tenía en el mismo tiempo.**

Después de estos principios de su noviciado espiritual, le levantó la mano del Señor á otras meditaciones y oración más subida y afectuosa. Postrado en tierra ó de rodillas, consideraba y reconocía con mucha pausa y sentimiento, de uno en uno los atributos, grandezas y excelentes perfecciones de Dios. Deleitábase y gozábase de sus bienes y de su infinita gloria: adorábale y bendecíale en cada una y por cada una de aquellas perfecciones y grandezas, y como un codicioso y avariento se está á sus solas deleitando en considerar sus rentas, sus vajillas, y cofres de joyas y tesoros y lo que aquí y allí le deben y de esta memoria nunca se cansa, así aquella alma dedicada á la gloria de Dios, enamorada de sus bienes eternos, nunca se hartaba de meditarlos y de alegrarse en ellos: alabábale y adorábale por ellos. Después consideraba los bienes y beneficios que él había recibido de la liberal mano de Dios y contándolos y refrescando en su memoria lo que por él había hecho desde que le sacó del abismo de la nada y le dió ser y cuerpo y alma capaz de su gloria. Hallábase obligado y cargado, mirábase luego en Adán caído y desheredado de la gloria y hecho hijo de ira, y no pudiéndose sufrir tal, acudía á la inmensa piedad de Dios y considerábase levantado y restituído por la redención de Jesucristo nuestro Señor, y en esta redención hallaba copiosísima materia de oración y contemplación y de suavísimas lágrimas y acción de gracias conociendo la grandeza del Redentor y adorándole por los medios tan costosos y amorosos, que inventó para su rescate y para sa-

carle del pecado y librarle del infierno y heredarle en su eterno descanso. De aquí bajaba á los beneficios particulares que en su cuerpo y alma conocía de Dios y luego le daba gracias por lo que él, ó no conocía, ó no se acordaba. De esta memoria de los bienes recibidos de Dios, descendía con gran confusión á la de sus pecados é ingratitud y del mal uso de tantos beneficios. Aquí revolvía todos sus años en amargura de su alma con el Profeta. Aquí se confundía, y humillaba, y avergonzaba y lloraba con profundos gemidos, conociéndose y confesándose por el mayor de todos los ingratos y pecadores y más digno de ser de Dios olvidado y desamparado de todas las criaturas; comparaba y calificaba sus culpas y ingratitud con todos los hombres pecadores y aun con los mismos demonios. Conocíase y juzgábase por digno del mayor castigo que todos ellos. De aquí volvía á hacer reflexión sobre la benignidad y misericordia de Dios, que siendo Él tal le había esperado con paciencia y llamado con blandura y convidado con amor á corregir la vida y hacer penitencia. Deseaba aprovecharse de esta bondad y proponía la enmienda y ofrecía á Jesucristo con entrañable resignación su hacienda, su Estado, su honra, su salud, sus hijos, su sangre, su vida, y finalmente, todo aquello que el mundo y la muerte y los tiranos le podían quitar, lo daba él con graciosa oferta al Redentor, y ningún día se le pasaba en el cual algunas veces en su oración no se ofreciese á padecer mil tormentos y muertes por su amor y servicio, y todas sus penitencias, mortificaciones y trabajos los enderezaba á padecer por Jesucristo, y muchas veces se hacía en la oración presentes, los tiranos, verdugos, prisiones y máquinas de terribles tormentos y todas las deshonras y afrentas con que suele y puede el mundo amenazar y herir: todo lo aceptaba con alegría y generosidad por amor de Cristo. Buscaba ordinariamente ocasiones para mortificarse y para negar su voluntad y quitar á sus sentidos los más sabrosos bocados á que los veía inclinados trayendo la mortificación del Señor en su propio cuerpo y crucificando su carne con los vicios y concupiscencias y desafiando como buen soldado de Jesucristo á mortal guerra de fuego y sangre (como dicen) á todas las criaturas que le querían apartar de Dios: nunca se perdonaba ni disimulaba la falta que conocía y leía en el libro de su conciencia y hacía el examen de ella todas las horas que daba el reloj, con brevedad. Pero dos veces al día se examinaba muy despacio, después que

conoció padres de la Compañía, sin faltar jamás á esto por ningún estorbo ni dolencia. Estaba tan actuado á este examen y visita de su misma alma, que le acontecía hallarse en una alegre música, sarao y regocijo (que no podía excusar), y cuando los otros pensaban que estaba muy atento á la fiesta, él estaba mil leguas de allí con el pensamiento y alma hablando con Dios y examinando su conciencia; de manera que no podía dar testimonio, ni acordarse de cosa que allí se hubiese dicho ó hecho. Tanto era el uso que tenía su alma de alejarse de todo lo visible y presente y de privar á sus sentidos de lo que los podía deleitar, aunque fuese en recreaciones lícitas y honestas.

## CAPÍTULO XVII

### Sus grandes penitencias por las cuales tuvo extraordinarias enfermedades y la devoción que tenía.

Comenzó el santo Virrey el año 1540 á ayunar el adviento de la Regla de San Francisco, que es desde los 4 de Noviembre hasta Navidad, y llevóle hasta el cabo con rigurosa abstinencia, así en la calidad como en la cantidad de la comida, que era una sola vez al día. Hallóse la noche de aquella Navidad muy consolado y regalado de Dios, estando siete horas continuas de rodillas en afectuosa devoción, luego se confesó y comulgó en la misa; en este divino Sacramento sintió aquel día admirable devoción y ternura de corazón, con un humilde acatamiento y reverencia á la Divina Majestad, que allí adoraba con aquella misma alegría y júbilo que si delante de sus ojos corporales viera reclinado en el pesebre al mismo niño Jesús. Solía él después decir, que desde aquella santa noche (que para él fué tan clara y alegre) había comenzado á conocer cuán eficaces y poderosos sean los toques interiores que Dios quiere dar á una alma. Desde entonces anduvo tan absorto en la presencia de Dios, que no solamente despierto le parecía que estaba todo el día en oración, más aun durmiendo, sus sueños eran de Dios y de oración, y cuando despertaba se hallaba tan absorto en ella que apenas discernía cuál era la vigilia ó cuál era el sueño. Desde este tiempo estrechó más los ayunos y las penitencias y mortificaciones. Quitóse del todo las cenas, de manera que no comía en todo el día más de una vez, en lo cual pretendió tres comodidades. La primera, hacer un poco de penitencia y satisfacer por lo que otros

tiempos le parecía haber excedido en los banquetes y manjares regalados. La segunda, ganar aquel tiempo de las tardes que se había de dar á la cena y al reposo y pláticas después de ella, y todo este tiempo, como hemos dicho, le aplicaba para tenerle de oración. La tercera, un grande deseo que en su alma criaba de enflaquecer el cuerpo que era demasiadamente grueso, y pareciale que con la dieta y estrechura del manjar y del dormir saldría con ello. Por estas tres causas acrecentó el ayuno de tal manera, que pasó un año entero siendo virrey, comiendo solamente al día una escudilla de hierbas ó de lentejas, con una rebanada de pan pequeña y un vasito de agua. Esto había primero usado dos cuaresmas y después lo continuó un año entero, y vino á dársele tan poco de lo que podían decir las gentes, que perdido el empacho de semejantes respetos, comía públicamente y hacía plato, como lo pedía su estado y su oficio, á todos los señores y caballeros principales de Barcelona y á los huéspedes que cada día tenía, así de los que le venían á visitar y buscar, como de los que iban venían por allí á Francia y á Italia. Ellos comían espléndidamente y despacio, y el Virrey se detenía todo aquel tiempo en comer su escudilla de hierbas, y los entretenía en pláticas santas y alegres, y causaba en todos grande maravilla, que con tales asperezas y mudanza de vida, no se le mudó la condición alegre, ni se hizo pesado, melancólico, ni desabrido con los negociantes, que no requiere esto segundo menor prudencia que lo primero santidad.

Pero, aunque la larga oración, estrechos ayunos, ásperas penitencias y continua mortificación no le pudieron trocar su buena condición y gran afabilidad, no le dejaron de mudar la complexión del cuerpo y gastarle sus fuerzas y acabarle la salud, porque de muy gordo y corpulento vino á enflaquecerse tan extrañamente, que deshechas las carnes quedó el cuero del cuerpo tan flojo y bofo, que parecía quitado de un cuerpo embalsamado y todo arrugado; y dándole un camarero suyo á vestir un sayo el cual había un año que le venía justo y no se le había vestido aquel tiempo, hallaron que media vara de medir le sobraba la cintura á su justo talle; de lo cual se entenderá lo que en un año se había deshecho. Y si las carnes se consumieron, más se consumió la salud, pues de su grande ayuno y de las continuas vigilias, disciplinas y cilicios y de estar postrado en la tierra desnuda las tres y las cuatro horas continuas en oración vino á que

las muelas todas se le cayeron de la boca en pocos días y el estómago se estragó y el pecho se debilitó tanto que era imposible digerir la carne y por el amor de la penitencia y pobreza no quería que cosa regalada le diesen. Con esta estrechura y rigor de las viandas y con las cosas dichas, se ensangostaron las vías é intestinos, no recibiendo su alimento necesario, y criáronsele en el estómago unas violentas crudezas y ventosidades tan fuertes que por haberlas de expeler por la boca, cada día estaba como reventando dos horas; daba arcadas con estallido y violencias mortal con admiración y espanto de los médicos, que oyeron ni leyeron tal género de enfermedad. Y al que no le había visto le parecía que no podía dejar de reventar quien tal tormento y violencia tanto tiempo sufría, y diversas veces siendo ya de la Compañía, caminando le tuvieron los huéspedes por muerto y salieron á decir, que aquel Padre se moría, que acudiesen á ayudarle á bien morir; y á los que ya le conocían causaba gran compasión verle cada día dos veces pasar aquel terrible tormento. Decían los médicos, que había con sus excesivas penitencias estragado la mejor salud y complexión que habían visto. Duróle este no comer más de una vez al día, todo el tiempo de su vida, aunque después de algunos años hacía una moderada colación á las noches.

Ya en este tiempo había el Virrey despedido la caza y el gasto que en ella solía hacer lo convirtió en tener capilla y música eclesiástica, porque fuera de ser él tan buen músico como hemos dicho, levantábale mucho su espíritu en devoción las alabanzas divinas y esta capilla y músicos que recibió en Barcelona le sirvieron después en Gandía y acrecentóse la que allí solía haber en la iglesia colegial, la cual era de las mejores y mejor servidas y fundadas de aquel reino. Hacía el Virrey grandes limosnas, casaba huérfanas, remediaba necesidades ocultas de personas que de honroso estado habían caído en pobreza, socorría los monasterios de frailes y de monjas y favorecía todos los pobres y obras pías. De manera que ninguno que por amor de Dios le pidiese, volvía desconsolado. Andaba ya imaginando trazas cómo podría fundar algunas obras pías perpetuas, como después las hizo. Cuando se recogía habiendo recibido el Santísimo Sacramento del Altar, sentía admirable consolación y con ella venía abundancia de lágrimas visitándole y regalándole nuestro Señor con tal blandura y serenidad de su espíritu, que le parecía que no

trocara una gracia de estas por cuanto poseía y podía esperar en el mundo. Y si con diligencia humana se pudiera alcanzar, no dudara por ganarla perder cuanto desean los hombres. Con este sentimiento hacía comparación de los regalos y gustos del buen espíritu alentado de Dios y de los que se hallan en la vida sensual y mundana, los engaños de esta y las verdades de la otra, el reposo y paz de la una y el trabajo mal empleado de la otra y decía: «¡Oh vida sensual, y cuán pobre, ciega, vil y miserable eres delante de las riquezas, y de la luz, y de la grandeza y felicidad de la vida espiritual á la cual tú tan poco estimas!» Tenía entrañable compasión y lástima de los que ciegos de sus pasiones, no creen esto y de los que lo creen y por no privarse de la golosina de los falsos bienes se dejan privar de los verdaderos y eternos. Nunca aflojaba en el fructuoso ejercicio de la frecuente meditación de la Pasión del Salvador, porque su alma experimentaba que en este prado hallaba conveniente pasto para satisfacer su entendimiento é inflamar su voluntad, para gustar y amar la suma Bondad.

En esta cátedra de la cruz le enseñaba el divino Maestro aquella alta sabiduría que despide toda la ignorancia y los errores que en la mala escuela del mundo se aprenden. En la cruz y muerte del Hijo de Dios se le descubría la severa justicia con que se castigan los pecados y la infinita misericordia con que perdona al pecador si se quiere aprovechar de ella. En la cruz se le manifestaba la bondad, el poder, el saber del Redentor del mundo. Aquí se conocía obligado á amarle como á Padre y Bienhechor y á obedecerle y servirle como á Señor que le había comprado con tan soberano precio de su inocentísima sangre, derramada con tantos dolores hasta dar el espíritu. Y como en esta meditación de la Pasión del Señor se veía tan regalado y visitado del cielo, llegándose la Semana Santa del año de 1541 tenía grande confianza que se le habían de doblar los regalos y consolaciones espirituales, porque hacía su cuenta que si su alma entre año era bañada con tan abundantes arroyos de misericordias, no podía ser menos sino que se le había de acrecentar la ración y mejorarse en su oración aquellos días de la Semana Santa cuando toda la Iglesia solemniza el sagrado misterio de la Cruz con tan devotas y fructuosas ceremonias y cuando aún los hombres derramados se suelen recoger y sentir compunción y acogerse á las lágrimas y penitencia. Con esta esperanza aguardaba los

días de la Pasión, pensando engolfarse con maravillosos sentimientos y dulces lágrimas en aquel infinito piélago de tan subido misterio. Mas aunque llegó la Semana Santa, no llegó lo que él se había casi prometido, antes la pasó toda en sequedad extraña y por más medios y diligencias que de su parte ponía, nunca pudo arribar al mediano estado y sentimiento de su ordinaria meditación: mas adonde le parecía perder, allí halló mayor ganancia, porque de esta divina lección aprendió, que aunque es sano y santo consejo hacer el hombre sus diligencias, no conviene estribar tanto en sus humanas industrias ni confiar en sus fuerzas, que piense que ellas basten á ponerle entre los regalos y gracias que han de bajar del cielo, las cuales no se deben de derecho, ni es bien que el hombre se las prometa y asegure, pues son graciosas dádivas que se comunican cuándo, cómo y cuanto quiere la Soberana Fuente de donde todas manan, que es Dios nuestro Señor. Pasada la Pascua de Resurreción le volvieron dobladas las consolaciones y halló más clara luz para su alma, aunqu para su bien se le había escondido un poco.

Finalmente, la vida del Virrey era más de un religioso muy penitente, que de un señor Gobernador mozo y casado y criado en regalo y abundancia. Y aunque algunos podían parecer excesos estos rigores y asperezas, pero como nacían de un vivo deseo de mortificarse y de vengarse de sí, es de creer que el Señor le movía y le quería llevar por este camino para nuestro ejemplo y reprensión de nuestra flojedad y tibieza y para mostrar lo que puede su gracia aun en los hombres criados en abundancia y regalo.

## CAPÍTULO XVIII

### Cómo nuestro Señor reveló la grande santidad en que iba creciendo el Virrey.

LLENABA Dios de bendiciones á su siervo é iba creciendo en virtud á largas jornadas agradándose mucho nuestro Señor en todas sus cosas, y como gozoso de tener tal siervo, dió parte de ello á sus amigos, porque así como uno á quien le sucede alguna gran dicha y causa de alegría, no se puede contener sin decirlo á sus confidentes y amigos, así nuestro Señor, agradándose en los servicios que le hacía el Virrey, y en su mucho fervor, no quiso dejar de comunicárselo á un grande siervo y

amigo suyo que tenía en Barcelona, el cual era el P. Fray Juan de Texeda, religioso de san Francisco. Era este santo varón muy favorecido de nuestro Señor con visitas del cielo, obras maravillosas é ilustrado con conocimientos sobrenaturales y profecías, al cual trajo nuestro Señor á Barcelona, para que ayudase en espíritu al Virrey: y como Ananías reveló la conversión de San Pablo y le señaló por su maestro en sus primeros principios, así reveló nuestro Señor al Padre Fray Juan la perfección y vida perfecta que hacía el Virrey y se le dió como maestro y padre espiritual de los primeros fervores del santo caballero. Para esto parece que le trajo nuestro Señor milagrosamente á aquella ciudad; porque habiendo hecho en un desierto gran penitencia de sus pecados, le llamó nuestro Señor á mayor perfección, dándole deseos de seguir la vida religiosa en la Orden de los Menores del seráfico Padre San Francisco. Acudió él al llamamiento del Señor, y como otro Abraham, dejando su tierra, sus parientes y la casa de su padre, por estar más encubierto al mundo y huir las alabanzas de los hombres, que son como carcoma de la virtud y alimento de vanidad, se partió para la ciudad de Barcelona, cabeza de Cataluña, para entrar en ella en religión. De la manera que nuestro Señor le llevó, no se sabe; pero sábese, que en día y medio anduvo este camino, siendo de más de 130 leguas. Llegando, pues, á esta ciudad, fué recibido de los Padres de San Francisco que en aquella provincia llaman de Jesús. Y aunque era hombre de grande entendimiento y partes naturales y no de mucha edad y estudiando algún tiempo se pudiera ordenar; pero como su principal intento era encubrirse á los ojos de los hombres y buscar en la religión, no honra que se ha de dejar en el mundo, sino el desprecio y abatimiento de sí mismo, tomando el consejo de Cristo de escoger el último lugar, entró para fraile lego y para servir como tal á los otros frailes, por amor y reverencia de aquel Señor, que siendo de cielos y tierra, se hizo siervo por nuestro bien. Pero cuanto él más se quiso encubrir, tanto más nuestro Señor le mannifestó, para que puesta la luz de su santa vida en el candelero de su Iglesia, alumbrase á muchos con su resplandor: y así algunos años después, sin pretenderlo él por obediencia de quien le podía obligar, se ordenó de sacerdote. Entrando, pues, en la Religión, comenzó á hacer una vida más admirable, que imitable. Tenía cada día once horas de oración, que era todo lo que él podía,

cumpliendo con los oficios que le habían dado, que esto es propio de los grandes siervos de Dios, acudir como á su centro al refugio de la oración todo el tiempo que les es posible habiendo cumplido con las obligaciones de sus oficios y con las de la caridad. Así lo hacía el santo Fray Juan y todo el tiempo le parecía poco para darse á nuestro Señor. Su comida no era más que pan mojado en agua caliente sin otra mezcla que le pudiese dar algún sabor; que como él había gustado el del espíritu, todo lo que no lo era tenía por desabrido, y así le parecía superfluo buscar gusto en cosas que tan poco pueden dar á quien le tiene en las del cielo. Su bebida era agua y esta en poca cantidad, porque aun en estas cosas tan comunes usan los santos con templanza y moderación. De esta manera se mortificaba el santo varón, para disponerse más para la oración y trato con Dios, padeciendo hambre y sed; pero mucho mayor era la de su alma, que sólo se satisfacía en las fuentes del Salvador. Dormía solas dos horas para satisfacer la necesidad natural y conservar su vida; y así aunque tenía muchos oficios en su convento, porque era juntamente cocinero y hortelano y despertador, acudía á todos sin hacer falta á ninguno y tanto al refrigerio de la oración, que más de doscientas veces se ponía de rodillas cada día delante del Señor. Con esta vida y con la aspereza de sus penitencias, que era grande, fué ganando tanta tierra, ó por mejor decir, tanto cielo, que ya parecía tener allá su conversación. Y el Señor, que sólo aguarda esta disposición en nuestras almas, para poner en ellas sus tesoros, enriqueció en gran manera la de este su siervo, con muchos dones sobrenaturales y divinos, declarándole muchas cosas ocultas.

Era por este tiempo virrey de Cataluña nuestro D. Francisco de Borja, y entre otras celestiales visiones que tuvo el Padre Fray Juan, fué una muy particular, que nuestro Señor le mostraba un hombre, al cual él no conocía, que como por grados iba subiendo en la santa Iglesia y en ella venía á ser un gran monarca. No supo el padre por entonces la declaración de esta visión, ni sabía quién era el que había visto, ni el fin para que nuestro Señor se lo mostraba, pero saliendo después por la ciudad, encontró al Virrey en una carroza y en viéndole conoció que era el hombre que en la visión había visto y entendiendo que era la voluntad de Dios que le diese estas buenas nuevas, lo hizo así, diciéndole cómo nuestro Señor le quería para cosas

mayores; y con esto le dió cuenta de la revelación que había tenido, con la cual y con la comunicación del santo varón quedó tan su devoto el Virrey que vino á alcanzar de los prelados y superiores del P. Fray Juan, que le mandasen anduviese siempre con él, lo cual ellos hicieron y le sujetaron á su obediencia. Quedó con esto el Virrey muy contento, pareciéndole, como era así verdad, que tenía un gran tesoro en tener consigo tan gran siervo y amigo de Dios. Y por asegurarle más, alcanzó del Sumo Pontífice, no sólo confirmación de lo que los superiores de la Orden de San Francisco le habían concedido, sino también que ninguno de ellos le pudiese quitar al santo varón; tal era la estima que tenía de él: y acabado el oficio, que el Marqués dejó con ocasión de la muerte del duque D. Juan su padre, habiendo de ir á Gandía á tomar la posesión de sus Estados y á regir y gobernar á sus vasallos, se llevó consigo al Padre Fray Juan y allí le tuvo mucho tiempo, gozando de su trato y comunicación, que como de quien la tenía tan estrecha con Dios, no podía dejar de ser dulce y de grande edificación. Aprovechándose también de sus consejos y ejemplo para el gobierno de su casa y Estado y para adelantarse en toda virtud. De este siervo de Dios tornaremos á hablar en su lugar.

## CAPÍTULO XIX

### Otra revelación de un peligro que amenazaba al Virrey y la cristiana discreción con que salió bien de él.

No solamente daba parte nuestro Señor á sus amigos de las virtudes de su siervo D. Francisco, sino de sus trabajos y peligros, para que rogasen por él y obligarse más su divina bondad á continuar las grandes mercedes que le hacía. Y así, el día en que la santa Iglesia celebra la invención de la Santa Cruz en el mes de Mayo, estando en el convento de las Descalzas de Gandía haciendo oración por el Virrey aquellas religiosas, de quien ya hemos hecho mención, en ella les fué mostrado, cómo en aquella misma hora le ponían al Virrey una pesada cruz sobre los hombros mandándole que la llevase; luego le escribieron esta visión á Barcelona, para que se apercibiese y armase para llevarla bien si ya acaso no fuese pasada ya la tentación y trabajo. Pero cuando le llegó el aviso dió muchas gracias á Dios, porque entendió claramente que era ya pasada la cruz y que el brazo de

la divina gracia se la había ayudado á llevar y á vencer el trance significado por las santas monjas, que fué un lazo que el mismo día de la Cruz de Mayo le armó el demonio, pretendiendo hacerle en una hora dar en tierra con toda la virtud y merecimientos adquiridos en muchos años con tantos trabajos, y fué de esta manera. Hacíase en Barcelona una solemnísima fiesta y regocijo este día de la Cruz y á la tarde se juntó en casa del Virrey toda la nobleza de la ciudad. Entráronse los caballeros con el Virrey á su sala y las señoras todas se recogieron al cuarto de la virreina Doña Leonor, y enviaron á rogar al Virrey, que porque ellas querían solazarse á sus solas, no consintiese que ningún caballero entrase donde estaban. Holgóse mucho el Virrey del recaudo, porque decía y frisaba mucho con el recato y honestidad que él deseaba en las damas. Enviólas á decir que él sería su guarda y portero, y que sobre su palabra estuviesen ciertas que ningún caballero les daría molestia; para cumplirlo mejor, se puso cerca de la puerta de los aposentos de la Virreina, y allí entretenía á los señores con apacible conversación. En esta sazón llegó un caballero mancebo, que era uno de los mayores grandes de España, el cual acertó á estar aquellos días en Barcelona. Llegado al palacio, saludó al Virrey, y como no sabía el concierto hecho, quiso entrar en la sala donde supo estaban las damas, con deseo por ventura de parlar con alguna de ellas. Púsosele delante el Virrey, diciendo: «No puede V. S. entrar allá adentro, porque hoy se nos han alzado estas señoras con la casa y no consienten que ningún caballero entre á turbar su entretenimiento, que solas quieren estar entre sí y á mí me han hecho su portero.» Alteróse el caballero sobremanera, tomando por afrenta el impedirle la entrada. «No soy yo hombre (dice) que se me deba ni pueda cerrar la puerta dondequiera que se me antojare entrar, que pues no se me cierra la del Rey, no consentiré que se me cierre la de su Virrey.» Respondió el marqués don Francisco: «Yo no la cierro á V. S., sino cumplo con el encargo que me han dado estas señoras y con la palabra que me tienen en prendas, de que no entrará allá ningún caballero. Pesaríame mucho de que se les diese disgusto habiéndose fiado de mí.» «Yo entraré, dice el caballero, aunque V. S. no quiera»; y diciendo esto puso la mano en la daga que traía en la cinta, y muy denodado encaró hacia el Virrey, el cual, favorecido singularmente en aquella hora de la gracia de Dios, consideró que si daba lugar á

la ira, aunque fundada en razón, y quisiese castigar aquella demasía, aventuraba perderse el reino y perderse á sí mismo con algún terrible escándalo y muertes y graves ofensas de Dios; y aunque se le presentaba, que como juez y superior y como poderoso, podía castigar fácilmente la altivez y atrevimiento de aquel señor (pues tenía á su lado copia de sus alabarderos, que con hacerles señas hicieran lo que quisiera), no quiso dar oídos á la ira ni usar de este poder, sino miró como prudente á lo que después podía suceder. Y así, con un grave sosiego y alegre semblante, se desvió á un lado de la puerta, y alcanzando el paño que estaba delante, le dice: «Entre V. S., que no es servicio de Dios ni del Emperador, que por causa tan liviana nos perdamos aquí todos.» Con esto entró el caballero, como lo pretendía, mas luego se salió, viendo el disgusto que habían recibido aquellas señoras, y no teniéndose por seguro, tomó la posta, y corriendo con toda diligencia se puso en Castilla, conociendo, cuando ya era sosegada la cólera, á cuánto peligro se había puesto por no haber reprimido su enojo y arrebatada ira; la cual no con menos violencia embriagaba el alma, que el vino al cuerpo, pues como el vino liga y tiraniza los sentidos, así la ira encadena y tiraniza la razón. Supo el Emperador luego este caso, y estimó y agradeció al virrey D. Francisco la prudente moderación con que había vencido la importuna insolencia del contrario; y al caballero culpado reprendió con palabras tan acedas y sentidas, que aunque no fueron más que palabras, bastaron para lastimarle y para atemorizar su corazón. El Virrey suplicó al Emperador que disimulase con él y tomase en cuenta de disculpa la edad, que era muy juvenil y la repentina cólera, que son dos consejeros que cuando se juntan, pocas veces aciertan, si no son corregidas con el favor del cielo. Decía después el virrey D. Francisco, que si de todo cuanto había trabajado para alcanzar de sí mismo victoria y de sus pasiones no tuviera otro galardón, sino lo que aquel día de la Cruz ganó, le había la virtud pagado largamente cuanto él podía haber merecido, y que sin comparación era de mayor momento y valor lo que recibió aquel día, que cuanto él en muchos años había puesto de su casa. Y cierto lo consideraba bien, porque con la virtud y divina gracia, se halló armado para resistir aquel golpe y desviar un lazo y tentación tan fuerte, que pusiera en gran riesgo á cualquiera caballero menos mortificado, para perder en una hora su casa y vida y tras todas las demás cosas su

alma, que es más que todas, llevando tras sí no pocos escándalos que con menores ocasiones suelen asolar grandes reinos. Sin duda ninguna, que para una ocasión sola se pueden dar por bien empleados muchos años de mortificación, por falta de la cual sucede que en una hora se pierde la vida y honra, y lo que es más, la eternidad. Este ejemplo que el santo Virrey nos dió, deben imitar los caballeros, procurando evitar con disimulación y cordura los trances en que les puede despeñar una cólera.

## CAPÍTULO XX

### Tiene noticia de la Compañía de Jesús y consulta por cartas á nuestro Padre San Ignacio.

No había hablado el religioso Virrey á ninguna persona de la Compañía de Jesús, hasta el año 1542, que fué el segundo de su fundación, en el cual pasó por Barcelona el P. Dr. Antonio de Araoz, el cual traía las Bulas Apostólicas de la confirmación de la nueva religión, con las gracias y privilegios que la santa Iglesia por su cabeza, que es el sumo Pontífice, había concedido á la Compañía. Como el P. Araoz oyó hablar tanto de la virtud y buen ejemplo con que la casa del Virrey se señalaba, y la devoción y religiosa vida de la virreina D.ª Leonor, fuela á visitar, y hablándola de las cosas de Dios y de los Padres de la Compañía y lo que trataban, la dejó muy aficionada. Cuando la Marquesa vió al Virrey, le contó lo mucho que se había su espíritu recreado con las palabras y doctrina de un sacerdote mozo que venía de Roma y decía ser de la Compañía de Jesús. Holgóse de oir esto el Virrey, porque de lo poco que había oído de aquellos Padres, sin haber visto á ninguno, ya los amaba y deseaba tratar. Luego envió á buscar por la ciudad al Padre Araoz, y venido se encerró con él algunas horas: vió las Bulas Apostólicas, informóse del instituto de la Compañía con mucha satisfacción de su alma, cuadrándole las ocupaciones y ejercicios y todo aquel modo de proceder de aquellos apostólicos sacerdotes, y no poco le aficionó el espíritu y discreción y doctrina del mismo Padre Araoz, con el cual trató de su oración y ejercicios de piedad, y le oyó de buena gana su parecer en todo. Vió también el libro de oro de los ejercicios espirituales que San Ignacio de Loyola, fundador y General de la Compañía, había compuesto, y

particularmente se informó de la vida y ocupaciones del mismo San Ignacio y de sus compañeros.

Quedó con gran deseo de tener cerca de sí algunos de aquellos fervorosos Padres, con lo cual tomó fácil ocasión para escribir al mismo San Ignacio, pidiéndole su bendición y oraciones y consejos en algunas cosas tocantes á su alma: particularmente deseó saber su parecer acerca de la mucha frecuencia del santísimo Sacramento del Cuerpo de nuestro Redentor, al cual recibía con particular disposición, recogimiento y devoción, y en acabando de recibir el Cuerpo sacratísimo de Cristo, quedaba como absorto y suspenso y comunmente tan regalado del Señor con las copiosas y suaves lágrimas que derramaba y con tal blandura y serenidad de su espíritu, que él mismo que la tenía apenas la conocía. Y se maravillaba y quedaba como atónito considerando su grandísima vileza y la inestimable é inmensa bondad de Dios, que tan sin merecerlo él así le regalaba. Y gustaba tanto de la dulcedumbre y suavidad de este convite real, que una gota sola del divino licor que Dios en él le infundía, la anteponía á todos los algibes rotos de deleite que hay en el mundo. Y le parecía que si pudiera comprar por precio de su vida y de la de sus hijos y de todo lo criado, que todo era poco por alcanzar y gozar de tal tesoro. Con este sentimiento hacía algunas veces comparación de los regalos espirituales y de los sensuales entre sí y considerando cuán verdaderos y macizos son los unos y cuán falsos y vanos son los otros; la paz y descanso que tienen los que poseen los unos y el trabajo y desasosiego que dan á sus poseedores los otros, decía con entrañable sentimiento y admiración: «¡Oh vida sensual! ¡oh vida de bestias! ¡cuán ciega, vil y miserable eres delante de la lumbre y de la grandeza y felicidad de la vida espiritual! ¡cómo se deshace y desaparece aquel vano y humoso resplandor con que deslumbras y ciegas á los que te siguen, cuando amanece en sus corazones el día claro de la verdadera luz!» De este sentimiento le hacía una lastimosa y piadosa compasión de los que por estar como esclavos aprisionados de sus pasiones, no creen esto, y de los que lo creen y por no privarse de la sombra y golosina de los bienes aparentes y caducos, pierden para siempre los bienes verdaderos y perdurables. Pero aunque recibía el santísimo Sacramento con tanta disposición y fruto y sólo cada ocho días y las fiestas principales del año, no faltaban algunas personas graves, doctos religiosos, que no menos

en los púlpitos y cátedras que en sus familiares pláticas, sentían mal de esta frecuencia, reprendiendo que á personas seglares se diese el santísimo Sacramento tan de ordinario, porque en aquellos tiempos estaba tan olvidada la costumbre antigua de la primitiva Iglesia (cuando los fieles comulgaban cada día y fortalecidos con la sangre del Cordero, derramaban por él la suya con alegría), que se tenía por cosa muy nueva el confesarse y comulger tan á menudo. Y aun á muchos varones doctos y religiosos les parecía poco respeto y poca reverencia el llegarse tantas veces al santísimo Sacramento del Altar un hombre seglar, casado y ocupado en tantos negocios, grandeza y regalos, como por razón de su oficio y estado tenía el Marqués. Y así decían que era falta de reverencia y sobra de presunción recibirle cada ocho días, á lo menos personas que viven en estado de matrimonio y por lo menos lo condenaban á grave pecado venial. Pero como otras personas no menos doctas y sin ninguna duda más espirituales y más dadas á la oración y recogimiento decían y predicaban lo contrario y le animaban á llevar adelante el frecuente uso de los Sacramentos, tan conforme al fervor y uso de la primitiva Iglesia, con que se conocía su mayor aprovechamiento y con que se daba ilustre ejemplo á todos para el buen estado de sus conciencias, quiso saber el parecer y determinación de algún alto espíritu en que Dios hubiese puesto grandes señales de prudencia en gobernar y guiar al cielo las almas, porque de este tal esperaba tener mayor luz que de los muy insignes letrados sabiendo lo que dice el Espíritu Santo: «El alma de un santo varón á veces acierta mejor la verdad que siete sabios puestos en atalaya á mirar desde la alta torre.»

Con este presupuesto escribió á nuestro Padre San Ignacio de Loyola á Roma, rogándole que le declarase su sentencia en esta materia tan partida entre letrados y en que á él tanto le importaba el no errar, porque estimaría y seguiría su parecer como de experimentado maestro en el camino de la vida espiritual.

Sobre esta misma duda que el Virrey quería saber de Roma, consultó desde España á San Jerónimo, que estaba en Bethleen un caballero español, natural de Andalucía, llamado Lucinio, el cual era casado y con su mujer tenía hecho voto de castidad, y preguntó al Santo Doctor si comulgaría cada día como se usaba en España y Roma ó se abstendría de tanta frecuencia; y San

Jerónimo le exhortó á llevar su devoción adelante y le alaba su buena costumbre.

Lo que respondió San Ignacio al Virrey, fué, que aunque de esto no se pueda dar regla universal que se ajuste á todos igualmente (pues la frecuente comunión que para unos sería provechosa y agradable á Dios, para otros podría ser dañosa é injuriosa á la divina Majestad), mas, que recibir el Santísimo Sacramento del Altar á menudo de suyo es santísima obra; y así se debe aconsejar, cuendo hay la disposición y aparejo en el alma que le ha de recibir cual le pide este celestial y divino manjar, y que este aparejo se debe conocer por el exámen de la conciencia, desengañada con luz limpia y libre de pasión de amor propio, porque no tenga por aparejo el que no lo es, ni tampoco tiemble donde no hay que temer, privándonos por indiscretos medios de un tan suave y provechoso pan de vida; porque es error presumir de sentarse á la mesa del celestial convite no siendo llamado del Señor; y también lo es, rehusar el alma la salud y vida cuando se ve con necesidad y que Dios la convida; pues el primero peca de arrogancia y el segundo de pusilánime, y por humanos respetos y por no trabajar en aparejarse se priva de la gracia del Sacramento. Dábale luego prudentes reglas y ajustado arancel para no errar. La primera regla era, que la intención sea pura y recta en el que ha de frecuentar el Santísimo Sacramento. La segunda, el consejo del padre espiritual y confesor escogido. La tercera, el aprovechamiento que el alma siente en crecer en virtudes, especialmente en la caridad y humildad, misericordia y devoción; porque si crece y se alienta á estas virtudes con el comulgar á menudo no debe acobardarse y privarse de tanto bien. Concluía su carta con decir, que si desde tan lejos podía ser de alguna importancia su pacecer, en cuanto la persona de su señoría, según lo que él entendía por relación de muchos, de su vida, ejemplo y uso de oración y obras de piedad se atrevía á aconsejarle, que confiado de la misericordia de Dios nuestro Señor, y animado con las que hasta entonces había recibido de su bendita mano, frecuentase el uso del Santísimo Sacramento; porque esperaba que no sería esto sin mucho fruto de su alma y de otras que con su imitación se animaban á la misma virtud; y ofreciόle, que ya que él, por tantas ocupaciones no podía venir á España, procuraría enviarle alguno de sus compañeros (persona de buen espíritu y conocimiento de las cosas di-

vinas), con cuyo consejo se pudiese determinar en esta y otra cualquiera duda que se le ofreciese. Y en cumplimiento de esto, algunos años después, viniendo el venerable Padre Maestro Fabro á España con la princesa Doña María de Portugal, le mandó San Ignacio que se llegase á Gandía, como lo hizo y se dirá á su tiempo.

## CAPÍTULO XXI

**Envía socorro á Perpiñán y va á las Cortes de Monzón, donde fué favorecido del Emperador.**

No embarazaba al cuidadoso Virrey, para la atención que tenía su espíritu, la que debía á su oficio. Estaba juntamente metido en devociones y en guerras; atendía á sí en su recogimiento y acudía á los negocios públicos, ayudando á la felicidad de ellos la humildad de su oración; porque primero negociaba con Dios lo que disponía con los hombres. Sucedió en este mismo año de 1542 el cerco de Perpiñán, cuando el delfín de Francia Enrique, hijo del rey Francisco, entró con poderoso ejército en Cataluña y puso apretado sitio á aquella plaza, estando ella bien flaca; los muros eran á lo antiguo, sin poder hacer resistencia á la artillería gruesa, la guarnición de gente muy poca. Socorrióla el Virrey con munición, mantenimientos y soldados y mucho más con oraciones. Para este socorro le escribió el Emperador, pidiéndole que hiciese encomendar á Dios aquella guerra á las monjas de Gandía, donde había tanto espíritu y el Virrey tenía tanta sangre y parientas. Era aquel santo convento un paraíso en la tierra, donde había Dios como amontonado personas de insigne santidad y señaladas en don de profecía, que experimentaron muchos. Uno de ellos fué San Francisco Javier, cuya heroica santidad y obras maravillosas reveló nuestro Señor á una hermana suya que tenía monja en el mismo monasterio, la cual siendo dama de la Reina, en medio de grandes esperanzas y en la flor de su edad, antepuso á la gracia de la reina de la tierra el amor del Rey del cielo, y con maravilla de todos se entró monja y vino á grande perfección. Esta sierva de Dios, queriendo su padre quitar de los estudios de París á su hijo Francisco, lo supo por revelación, y escribióle luego con espíritu profético no estorbase á su hermano el camino comenzado, porque Dios le tenía señalado para un gran siervo suyo y vaso escogido

que llevaría su santo nombre hasta los fines de la tierra; el cual aviso fué causa que quedase en París, donde poco después le convirtió nuestro Padre San Ignacio y redujo á su Compañía, donde hizo tantos servicios á Dios y á la Iglesia, como admira el mundo. La misma experiencia tuvo el emperador Carlos V, y fué prevenido del virrey D. Francisco de Borja, no hiciese la jornada de Argel, porque en su monasterio de Gandía había habido revelación del desdichado suceso de aquella empresa, como después se experimentó contra las esperanzas de todos y con llanto de la cristiandad. Con la satisfacción que tenía el César de la gran virtud y espíritu de aquellas esposas de Cristo, mandó en esta ocasión del cerco de Perpiñán á su Virrey las pidiese sus oraciones. El Virrey lo hizo y avisó al Emperador lo que del santo monasterio le respondieron, que no metiese tudescos en la plaza para defensa suya, porque sin duda se perdería; pero si no entraban, Dios la guardaría de sus enemigos, aunque con flaco presidio. Estaba ya un tercio de alemanes, que había para este fin hecho venir el Emperador para entrar en Perpiñán: mas oída la respuesta del Virrey, mandó que se estuviesen quedos en sus alojamientos y que sin ellos se defendiese la plaza, y fué Dios servido, que se defendió y quedó libre, retirándose (no sin grave daño) el ejército enemigo, que por su pujanza parecía que se había de llevar en las uñas aquella llave de todo el principado de Cataluña. La causa por que nuestro Señor estorbó la entrada de alemanes en Perpiñán, pudo ser porque eran herejes de la secta luterana y enemigos capitales de la santa Iglesia romana, y no quería que se sirviese de ellos el católico Emperador, sino que con sus fieles españoles esperase el socorro divino, como se lo dió.

Otras muchas veces se aprovechó el César de las oraciones y avisos de estas religiosas descalzas de Gandía; y cuando tenía alguna dificultad en algún negocio, decía al virrey D. Francisco: «Pedid á vuestras monjas que me encomienden á Dios este negocio, ved si os dicen algo sobre él; porque nunca he hallado registros más verdaderos que ellas para saber algo que me importe.»

Fué este mismo año de 42 el Emperador á Monzón á tener cortes de los reinos y Corona de Aragón. Llegó á ellas el Virrey, y como no llevó á la Marquesa su mujer, le mandó el Emperador que luego enviase por ella á Barcelona. Después de llegada á Monzón, la fué el mismo á visitar á su casa.

Fué un favor particular y no usado del César con ningún señor que fuese su vasallo, pero la rara virtud de los Virreyes mereció todo este privilegio y honra. Venía la virtuosa Virreina con hábito muy ordinario y compuesto, de suerte que Doña María de Mendoza, mujer del Comendador mayor de León D. Francisco de los Cobos hallándose en estas cortes con su marido, y visitando á la marquesa Doña Leonor, la reprendió amorosamente, porque andaba tan llanamente vestida y no se trataba conforme á su calidad y grandeza. La piadosa Marquesa la respondió: «¿Y cómo quiere V. S. que yo me ponga galas y aderece mi persona, viendo al Virrey mi marido vestido de un cilicio á raíz de sus carnes y buscando todo desprecio y bajeza en su persona? No podré acabar conmigo de tratarme, sino como se tratare el que Dios me ha dado por maestro y compañía y dechado de mi vida.»

No fué menor favor el que hizo el Emperador al santo Virrey, en descubrirle su pecho en estas mismas Cortes; estando paseándose el César una tarde con el virrey D. Francisco, por una galería de palacio movido de su ejemplo le dijo con grande confianza y familiaridad: «Bien me parece, Marqués, la vida que habéis tomado y que á vuestras solas os lo halláis con Dios, con tantas horas de oración, como nos dicen: presto os hartó á vos el mundo, y bien le habéis conocido; pues yo os certifico, que este yugo del imperio y reinos me tienen á mí también harto, enfadado y estoy del mundo tan desengañado, que si tuviera con quien descuidarme y en quien poner el peso, sin detrimento de la cristiandad, hoy en este día lo dejara todo y me recogería á vivir para mí solo, porque deseo salvarme y acogerme á sagrado, como vos me habéis dado ejemplo: mas, creedme Marqués (y esto fío de vuestro secreto), que si Dios me deja ver al príncipe D. Felipe en tal edad que me pueda asegurar en su prudencia y gobierno (como espero que lo veré) luego le renunciaré los Reinos y me apartaré á algún rincón, donde pueda tratar con sosiego de mi salvación, y miraré desde una alta talanquera el coso donde ahora tantos á mí me miran; hasta que allí me vea, se me hace cada día un año». Esto dijo entonces en Monzón este invicto Monarca y bien lo cumplió después, como lo veremos en el libro segundo, cuando estando el Emperador en Yuste, le trajo á la memoria esta su plática al Virrey, que ya entonces era de la Compañía de Jesús. De allí se volvió el Emperador á Castilla, haciendo nuevo favor á la Virreina en despedirse de ella, dando á su virtud lo que

no se debía á su dignidad y el Virrey se fué á su gobierno de Barcelona, donde siempre crecía en espíritu, devoción y penitencias y obras de misericordia y no por esto faltaba al oficio público, ni se olvidaba de la obligación del gobierno, al cual daba siete ú ocho horas cada día, sin menoscabo de su oración, lección sagrada y las demás cosas á que la piedad le inclinaban.

## CAPÍTULO XXII

### Sucede en el Ducado de Gandía por la muerte de su padre.

En este tiempo cuando estaba el marqués de Lombay tan bien ocupado en su gobierno de Cataluña y con tanta satisfacción de los que gobernaba y aprovechamiento de su ánima (como habemos dicho), sucedió la muerte del duque D. Juan, su padre, la cual fué muy sentida de sus vasallos y del reino de Valencia, porque era muy buen Príncipe, y por sus virtudes amado de todos. Muerto, pues, el duque D. Juan, D. Francisco su hijo, ya Duque y sucesor de su padre con el deseo grande que tenía de retirarse á su casa, aprovechándose de tan buena ocasión, suplicó con mucha instancia al Emperador (que á la sazón estaba en Barcelona de camino para Italia) que le diese licencia para irse á su Estado de Gandía y conocer y gobernar á sus vasallos como era obligado y cumplir el testamento de su padre.

El Emperador lo tuvo por bien; pero fué su voluntad que en casándose el Príncipe D. Felipe su hijo (á quien dejaba por Gobernador de los Reinos) con la princesa Doña María, hija de don Juan el tercero, rey de Portugal, como estaba concertado, que sirviese á la Princesa el Duque, de mayordomo mayor, y la duquesa Doña Leonor de camarera mayor, y sus dos hijas de damas, y dióle las cédulas de ello. Pero esto no tuvo efecto por la breve y acelerada muerte de la Princesa. Con esta licencia, en haciéndose el Emperador á la vela, se partió el duque D. Francisco á su Estado de Gandía con no menor dolor y tristeza de los que había gobernado y dejaba, que contento y alegría de los que iba á gobernar, y esto fué el año de 1543. Llegado á Gandía, lo primero que hizo fué recoger y amparar á todos los criados de su padre y recibirlos en su servicio, aunque él no los había menester porque tenía su casa bien proveída y llena de sus criados antiguos. Pero para que ni los criados de su padre padeciesen necesidad ni los suyos fuesen descompuestos de sus oficios, quiso

tener doblados los oficiales de su casa y cargarse de gente, que aunque no le era necesaria para su servicio, él era necesario para su remedio. Y así tenía dos mayordomos, dos secretarios y todos los demás oficios doblados. Luego reformó su Estado, quitando de él los vicios, y para que no hubiese en él ningún blasfemo, puso pena de 25 libras al que se le oyese alguna palabra injuriosa á Dios y á sus Santos, y mandaba ejecutar esta pena aun en los extranjeros que venían de fuera y no eran sus vasallos. Tras esto mandó reparar y edificar el Hospital de Gandía que estaba viejo y muy mal parado, y poner en él camas y todo recaudo para albergar los peregrinos y curar los enfermos, á los cuales hacía proveer de todo lo necesario con mucha liberalidad. Y porque con la vecindad de la mar y la muchedumbre de moriscos que había por la tierra, solía los veranos tener Gandía poca seguridad á causa de los rebatos de los corsarios de Argel y de Africa, que corrían aquella costa y era necesario que para tenerla hubiese guarnición de soldados con mucha costa y vejación de sus vasallos, determinó el Duque de fortificarla y proveerla de mucha y buena artillería de bronce á su costa (como lo hizo), para que los naturales de Gandía estuviesen seguros y sin sobresalto y los de los pueblos comarcanos se pudiesen guarecer en ella en tiempo de necesidad. Habiendo proveído á la necesidad de los pobres y enfermos y á la seguridad de sus vasallos con estos edificios, hizo el tercero para su morada y la de sus sucesores, reparando en su propia casa un cuarto y compró algunos lugares que venían bien á su mayorazgo, deseando la paz y quietud de sus vasallos. Hizo asimismo el Duque un convento de frailes de la Orden de Santo Domingo en su villa de Lombay, con buen edificio, suficiente renta y ricos y raros ornamentos para el culto divino. Porque aunque se empleaba con gran cuidado en remediar las necesidades de todos los pobres de su estado y más de los que se habían visto algún tiempo en honra y prosperidad, ó de los que se temía que, oprimidos de la necesidad harían vileza y perderían sus ánimas: todavía ejercitaba más su caridad para con las personas religiosas, que dando de mano á la vanidad y regalo del siglo se habían abrazado con la pobreza y perfección evangélica y crucificádose en la cruz con Cristo, porque le parecía que en la limosna que se hacía á estos siervos de Dios, se juntaban muchas limosnas; pues con ellas no sólo se sustentan pobres verdaderos, pero pobres de Cristo é intercesores con

Cristo y se hace beneficio á toda la república por las muchas é importantes obras que de ellos dependen para tanta gloria del Señor y utilidad de los fieles. Imitaba en esto, como en otras cosas, el piadoso Duque, á San Luis, rey de Francia, el cual decía, que en una limosna dada á un religioso siervo de Dios se juntaban muchas limosnas y obras meritorias, porque con ellas se sustentaban pobres de Cristo é intercesores con Cristo y provechosos á toda la república; y que en estas limosnas no sólo se sustentaban los cuerpos de aquellos siervos de Dios, á quien se hacen, sino también sus buenas obras con que ganan las almas de sus prójimos para gloria de Dios con la doctrina, oración, ejemplo de sus vidas y administración de los divinos Sacramentos. Y así el que leshace limosna participa de todo el mérito de sus buenas obras.

## CAPÍTULO XXIII

### Habla un Cristo al santo Duque y sucede la muerte de la Duquesa.

AYUDABA la duquesa Doña Leonor al santo Duque para todas estas obras del servicio divino. Era muy sierva de Dios é imitadora de la devoción, penitencia y uso frecuente de los Santos Sacramentos que veía usar á su marido, el cual iba delante de ella, de manera que, aunque la Duquesa de suyo no fuera tan inclinada como era á todas las obras de piedad, bastara el ejemplo del Duque, para hacer que imitase el modelo que tenía delante. Viviendo, pues, en esta santa conformidad, y habiendo convertido ya algunos años antes la licencia del matrimonio en espiritual amor y hermanable compañía, dió el Señor á la Duquesa una larga y trabajosa enfermedad para purgarla y perfeccionarla más, y después, librándola de este miserable destierro, llevarla á gozar de sí en las moradas eternas. Sintió el Duque tanto este trabajo y peligro de la Duquesa, cuanto era el entrañable amor que la tenía y le debía por su virtud, valor y prudencia, y por el vínculo tan estrecho del matrimonio, fortificado con prendas de tantos y de tales hijos. Y como donde hay amor hay dolor y obras que nacen del mismo amor, tomó muy á pechos el pedir muy eficazmente á Dios nuestro Señor la vida y salud de la Duquesa, y fuera de multiplicar las limosnas, misas y oraciones en todo su Estado por ella, postróse un día entre otros en oración, pidiendo afectuosamente á Dios que fuese ser-

vido de dar salud á la enferma. Estando en esta suplicación delante de un santo Cristo puesto en la cruz, fué visitada su alma con una esclarecida luz, y oyó una voz interior que acompañaba á las palabras del santo Cristo, que hablándole le decía: «Si tu quieres que te deje á la Duquesa más tiempo en esta vida, yo lo dejo en tus manos, pero avísote que á ti no te conviene»; y esto con tanta claridad y evidencia, que entonces ni después (como él mismo lo contó), no pudo dudar que aquella visitación había sido de Dios. Pero quedó él con ella y con aquella liberal oferta de su mano, tan confuso y tan abrasado de un amor tierno y dulcísimo del Señor que le habló, que le parecía que se le partía y derretía el corazón, y volviéndose á él con grandes sollozos y copiosas lágrimas, le dijo: «Señor mío y Dios mío, ¿de dónde á mi, que vos dejéis en mis manos lo que está en sola la vuestra? ¿Quién sois Vos, Criador mío y bien mío, ó quién soy yo, para que queráis Vos hacer mi voluntad, siendo yo el que tengo en todo y por todo de negar la mía para hacer la vuestra? ¿Quién mejor sabe que Vos lo que á mi me cumple? Pues desde ahora digo, Señor, que así como yo no soy mío sino vuestro, así no quiero que se haga mi voluntad sino la vuestra, y que yo quiero lo que Vos queréis y os ofrezco, no solamente la vida de la Duquesa, sino la de todos mis hijos y la mía, y todo lo que de vuestra mano tengo y poseo en el mundo, y os suplico que Vos dispongáis de todo según vuestro santo beneplácito.» Todo esto dijo el Duque con grande afecto y resignación y luego se vió el efecto de ella, porque hasta aquel punto parecía que la enfermedad de la Duquesa estaba en un estado que ni empeoraba ni mejoraba, ni los médicos la deshauciaban, ni la aseguraban. Pero después que el Duque hizo su oración, comenzó ella á descaecer é ir por la posta á la muerte, y así se entendió que era llegada su última hora, en la cual el Duque la asistió y la esforzó con palabras de singular amor y espíritu, y con todas las demostraciones de ternura y sentimiento cristiano. Y la Duquesa, recibidos todos los Sacramentos con singular devoción, y estando muy atenta á la sagrada pasión del Señor que la leían, y repitiendo muchas veces el nombre de Jesús y de María y adorando y besando la imagen de un devoto crucifijo, dió su espíritu al que la había criado, á los 27 de Marzo de 1546 años, dejando al Duque viudo á los treinta y seis de su edad, y aunque triste por haber perdido tan buena compañía, pero muy consolado con la espe-

ranza que le quedaba de su bienaventuranza y de las mercedes que por medio de esta muerte el Señor le había de hacer, porque fué la ocasión de entregarse totalmente á Dios y renunciar en todo al mundo, abrazándose muy de veras con la humildad y pobreza evangélicas.

## CAPÍTULO XXIV

### El siervo de Dios P. Pedro Fabro, da al Duque los ejercicios de San Ignacio nuestro Padre y funda el colegio de Gandía.

DESEMBARAZADO el santo Duque del vínculo conyugal, le trajo nuestro Señor á Gandía á un varón admirable cuyo espíritu había de heredar en la religión para que le tenía escogido, porque pocos días después de la muerte de la Duquesa llegó á Gandía el P. Maestro Pedro Fabro, el primero de los compañeros de San Ignacio nuestro Padre, el cual era gran siervo de nuestro Señor, que en España y en casi toda Europa había hecho obras apostólicas y maravillosas. Habíale pedido el rey de Portugal, por su rara santidad, celo y doctrina, para Patriarca de Etiopía, y el Papa Paulo III le llamaba á Roma para enviarle por su teólogo al Concilio Tridentino, al cual había ordenado nuestro Padre San Ignacio, que antes que saliese de España visitase en Gandía al duque D. Francisco de Borja, á quien siendo virrey en Barcelona, él había prometido que le enviaría algún padre de sus compañeros, y el Duque esperaba el cumplimiento de esta palabra con mucho deseo. Cuando vió y conversó al siervo de Dios Pedro Fabro, no se puede con palabras explicar el contento y regalo de su alma, porque decía que Dios le había deparado un maestro espiritual, cual él le pudiera desear. Platicóle el P. Fabro los ejercicios espirituales de la Compañía, los cuales el Duque hizo con gran recogimiento y sosiego, y humillóse á ser discípulo como si nunca en la oración y mortificación se hubiera ejercitado, y dióse á estas cosas tan de propósito, que el P. Fabro se maravillaba y tenía más necesidad de irle á la mano y moderar con freno el fervor, que de incitarle á proseguir la empresa. Entregóse tan de veras á la oración el santo Duque, que para darse más á ella se solía retirar á un monasterio de religiosos Jerónimos, adonde le hallaban de noche en una capilla tendido en el suelo en oración, todo desnudo, para significar aun en la postura de su cuerpo la desnudez y humildad que

pedía á nuestro Señor tener en su alma. Trató muy de veras el Duque de poner en ejecución el antiguo deseo de tener cerca de sí gente de la Compañía de Jesús, y pidió licencia á San Ignacio para fundar en Gandía un colegio de la Compañía, y rogóle que le enviase Padres y Hermanos que le morasen y enseñasen en él lo que se acostumbraba en los otros colegios. Remitiólo todo San Ignacio á la disposición del P. Pedro Fabro, el cual á 5 de Mayo del año 1546, acabando de decir misa con devotos salmos y oraciones, á los cuales ayudaban el Duque y sus hijos y los Padres de la Compañía, echando agua bendita á la planta del edificio, puso la primera piedra en él y el Duque puso la segunda y echó una espuerta de cal, y luego los hijos del Duque y los Padres de la Compañía prosiguieron la obra, y dióse el Duque tan buena diligencia en acabarla y perfeccionarla, que en breve tiempo se hizo la capilla mayor de la iglesia, casa y escuelas, y se dió bastante renta al colegio, cuyo primer rector fué el apostólico y santísimo varón P. Andrés de Oviedo, natural de Illescas, que después vino á morir Patriarca en Etiopía, esclarecido con grandes milagros.

Leíase latinidad, artes y teología en el colegio, é hízose universidad por privilegios del Papa y del Emperador, y fué la primera que tuvo la Compañía. Proveyóla el Duque de una buena y copiosa librería, y dió estudio á muchos hijos de sus vasallos para que aprendiesen letras y virtud, especialmente á los hijos de los moriscos, los cuales aunque bautizados, algunas veces eran más cristianos de nombre que de fe y corazón, y comunmente, como los hijos se crían con sus padres, siguen las costumbres y creencia de ellos. Por esto le pareció al Duque que el mejor remedio era apartarlos de sus padres desde chiquitos é imprimir en ellos, mientras que están blandos, la noticia y afición de nuestra santa fe, y así lo hizo dando (como dije) estudio á los hijos de los moriscos, y holgándose sus padres de ello por verse libres de cuidado y de la obligación de criarlos y de sustentarlos. Por este medio salieron algunos buenos y verdaderos cristianos. Mas no se contentó el celoso Duque con sólo el servicio que hacía á nuestro Señor en Gandía con la fundación de aquel Colegio, sino que deseó y procuró se fundasen en muchas partes para que en todas fuese glorificado nuestro Señor por los ministerios de la Compañía que experimentó ser tan provechosos á la república. En Alcalá sustentaba á su costa á muchos de los nuestros. A

Valencia envió también mil escudos de limosna para lo mismo, y escribió también que enviasen cuantos quisiesen recibir á su colegio de Gandía para estudiar, que no faltaría á ninguno lugar. Escribió también al arzobispo de Zaragoza su tío, y al virrey de Aragón, que procurasen se fundase en aquella ciudad un colegio, y para darles ejemplo hizo luego entrega de las rentas y bienes que tenía en Aragón y de una casa suya en Zaragoza. Al fin fué causa de que entrase la Compañía en aquella ciudad donde se ha servido de ella tanto nuestro Señor. Trató también con la duquesa de Medina Sidonia y la marquesa de Pliego, que se fundase otro colegio en Sevilla, y para eso quiso dar una renta que tenía junto á Sevilla. Decía este liberalísimo Príncipe, que era muy justo que dondequiera que tuviese renta pagase por lo menos el diezmo á Dios en sustentar Padres de la Compañía por el bien que hacían á la república y á la Iglesia. A otras muchas partes enviaba misioneros de la Compañía, sustentándolos á su costa porque no fuesen cargosos á los pueblos. En otras muchas cosas hizo tanto por la Compañía, que parece que así como quiso nuestro Señor ampararla y aumentarla en Portugal por medio del rey D. Juan el tercero, y en Alemania por el emperador Ferdinando I, así también en España escogió al duque de Gandía para aumentarla, acreditarla é ilustrarla. Sacó tan grande celo de los ejercicios y trato con el P. Fabro, que no contento con lo que hacía por los de la Compañía, el mismo Duque hacía pláticas muy fervorosas á las monjas, con que las animaba á la perfección y encendía su amor de Dios. Vino después el Duque el año de 1547 á Monzón, adonde celebraba cortes de los reinos de Aragón el príncipe D. Felipe, el cual (por aviso del Emperador su padre, que el año de 1542 en otras cortes se había hallado muy bien servido del Duque, siendo marqués de Lombay) le mandó llamar para que fuese uno de los tratadores de las dichas cortes. Y así lo fué y sirvió mucho en ellas al Príncipe con la gran prudencia que para todo tenía.

# CAPÍTULO XXV

**Por la muerte del siervo de Dios P. Pedro Fabro consuela nuestro Señor á San Ignacio con la entrada á la Compañía del duque de Gandía.**

Poco después que dió el apostólico P. Pedro Fabro los ejercicios de San Ignacio al duque D. Francisco y le comunicó su gran espíritu, ó por mejor decir, se le dejó doblado como otro Elías á su discípulo Elíseo, se partió para Roma, donde murió con grande sentimiento de toda la Compañía, por ser en ella la principal columna fuera de su santo Fundador y en quien después de él tenían todos tan puestos los ojos, que le prefirieron por entonces á San Francisco Javier, teniéndole por su Padre común después de San Ignacio. Y el mismo San Ignacio le encomendó á todos los demás de sus compañeros, para que en su lugar cuidase de ellos y los sustentase en el espíritu que les había comunicado de la nueva religión.

Fué el primero que convirtió en París para fundar la Compañía, y así se puede llamar su primogénito y de su medio se ayudó para convertir á San Francisco Javier, que fué el segundo de sus hijos, que aunque desde el principio de su conversión tuvo un fervor admirable, no bastó para ser antepuesto al santo Padre Fabro los años que vivió; y así San Ignacio le dió en su ausencia, antes que se fundase la Compañía, el gobierno espiritual de todos sus hijos y compañeros habiendo en ellos hombres tan apostólicos y raros, y en la fundación de la Compañía el que señalaron aquellos primeros Padres por su general, si acaso San Ignacio faltase de serlo era este santo Padre Fabro, no teniendo voto en contrario sino el suyo, porque él señaló en segundo lugar después de San Ignacio á San Francisco Javier. Mas, el santo le correspondió, porque en el voto que dió dijo: que después de San Ignacio señalaba al Padre Maestro Fabro, añadiendo una grande alabanza suya comparándole con San Ignacio. Demás de esto era tan grande el concepto y opinión que tenía San Francisco Javier del Padre Pedro Fabro que le invocaba como á santo, y cuando estaba en algún peligro y trabajo de los muchos que pasó y decía las letanías para salir bien de él, en medio de ellas decía: *Sancte Petre Fabre, ora pro nobis.* Todo esto es una grande prueba de la estimación común, que tenía este bendito padre de

santo y prudente y sus obras lo apoyaban, porque verdaderamente fué hombre santísimo de heroicas virtudes, celo apostólico; y en Francia, Italia, Alemania, Flandes y España hizo obras de apostol en el poco tiempo que vivió. Era tan favorecido del cielo, que aún estando vivo se apareció á algunos acompañando á la Virgen Santísima, la cual les decía que hiciesen lo que aquel padre que traía consigo les dijese. Era persona de grande oración y mucho trato con Dios, favoreciéndole su Divina Majestad con extraordinarias consolaciones. En Gandía, escribe el P. Fray Juan de la Parra, que una imagen de Nuestra Señora muy devota le habló y otra vez teniendo los ojos bajos estando el santo Padre presente, los alzó la madre de Dios y quedó con ellos así; por lo cual se llamó desde entonces Nuestra Señora del Milagro, la cuál imagen es tenida en mucha veneración y la tienen ahora en las Descalzas de Madrid por particular tesoro, y en varias necesidades la han sacado en público. Finalmente, el Padre Pedro Fabro fué hombre de rara humildad, mortificación invencible, extremada prudencia y suma sabiduría, con la cual confundió á los principales heresiarcas de Alemania disputando con ellos y obró por él, nuestro Señor obras maravillosas. Y así no sólo la Compañía; pero los príncipes cristianos y el Sumo Pontífice teníán grande estima de él y deseaban emplearle en grandes ocupaciones dignas de su celo y sabiduría. Pero llevóselo nuestro Señor á mejor tiempo, dejando en el mundo no menor fragancia de sus virtudes y santa vida, que sentimiento y lágrimas por la gran falta que hacía á la Compañía y á la Iglesia. Mas, nuestro Señor que después de muerto Moisés substituyó á Josué y faltando Elías traspasó su espíritu á Elíseo y apedreado San Esteban eligió á San Pablo, así también escogió al duque D. Francisco en lugar del santo Pedro Fabro, al cual con particular providencia le trajo Nuestro Señor á Gandía cuando iba á morir á Roma, para que dejase su espíritu al que había de suceder en su lugar para muy principal columna de la nueva religión. Este gran favor que hizo nuestro Señor á la Compañía no se le encubrió á su santo fundador Ignacio consolándole en la muerte de su hijo primogénito Fabro con que le había de dar otro tal. Y así, estando los de la Compañía en Roma muy tristes y llorosos por la pérdida y temprana muerte de aquel admirable varón Pedro Fabro, les dijo San Ignacio para consolarlos, que no tuviesen pena, porque el Señor, que les había llevado para sí al Padre Fabro, les daría otro

en su lugar que ilustrase y amplificase más la Compañía que no él. Y este fué el duque de Gandía D. Francisco, que sucedió al Padre Fabro é hizo profesión en su lugar, que es una grande prueba de la santidad de San Francisco de Borja haber llenado con ventaja el vacío que hizo en la Compañía y en el mundo aquel santísimo y doctísimo varón. Y no es menor gloria del Padre Fabro no haber substituído Nuestro Señor en su lugar menor santo que el bienaventurado Padre Francisco de Borja. En estos dos siervos de nuestro Señor se ha de considerar mucho, cómo siendo tan desiguales en los bienes de la tierra, los igualó la virtud solamente, y los que en la condición seglar eran incomparables, los comparó é hizo semejantes el espíritu. El Padre Fabro era de gente humilde, el duque de Gandía de la mejor sangre de España. El Padre Fabro era hijo de pastores y él también fué pastorcillo, el santo Francisco de Borja fué hijo de duques y él también duque, pero aunque en la suerte del mundo fueron tan diferentes, en la gracia del espíritu fueron tan unos, que no pudo estorbar que un duque sucediese á un pastor, y que un grande de España entrase á suplir el lugar de un labrador de Saboya, si bien fué mucho más gloria en un señor tan grande sujetarse en la obediencia que dió á San Ignacio renunciando todo por Cristo, que no que un pobre mozo que no tenía qué dejar, se allegase y sujetase á quien le podía dar los bienes eternos y no le podía menoscabar los temporales de que carecía. En la relación de la vida del Beato Francisco de Borja que sacó á luz Philipo Ghisolfi, se dice, cómo después de muerto el Padre Fabro escribió á Roma desde Gandía el venerable Padre Andrés de Oviedo, cómo una persona de santa vida le había visto en el cielo con particular corona por haber perdido la vida por obediencia; y añade que esta persona sería el duque D. Francisco que en aquel tiempo comunicaba su espíritu con el Padre Andrés de Oviedo y habiendo de ser sucesor del Padre Pedro Fabro y tener semejante muerte, convendría que viese la gloria de aquel santo varón á quien había de imitar.

## CAPÍTULO XXVI

**Alcanza el Duque del Sumo Pontífice, la confirmación del libro de los ejercicios de San Ignacio.**

Entre otras cosas que comunicó el siervo de Dios Pedro Fabro al duque D. Francisco, fué la devoción y estima que tenía del libro de los ejercicios de San Ignacio su Padre, porque los reconocía por el instrumento divino por donde nuestro Señor le llamó para sí y abrió puerta para la luz del cielo, de que le llenó en los ejercicios que hizo con tal fervor y penitencia, que en seis días enteros no comió no bebió, ni recibió su cuerpo sustento de esta vida, alimentando su espíritu con el pan celestial de la contemplación divina y así quedó devotísimo de aquel libro de oro- estimador de su doctrina y deseoso de que á todo el mundo se comunicase. El santo Duque de la misma suerte, como quedó tan aprovechado de ellos quedó juntamente aficionadísimo á su doctrina y deseoso que se comunicase á muchos, para que el fruto que él había sentido en su ánima se extendiese á las demás. Mas entendió, que algunas personas á bulto y cerrados los ojos sin saber lo que contenían estos ejercicios y sin haber experimentado ni probado el uso y fruto de ellos hablaban mal de cosa tan provechosa y de tanto peso y substancia. Para obviar al daño que de esto podía resultar, y poner silencio á los que juzgaban y condenaban lo que no habían examinado ni visto, suplicó á la santidad de Paulo III que mandase con diligencia examinar los dichos ejercicios, y hallando que eran de sana y católica doctrina y el uso de ellos para las almas provechoso, fuese servido de aprobarlos y confirmarlos con sus letras Apostólicas. Hizo el Papa lo que el Duque le suplicó y cometió el examen de los ejercicios al Cardenal de Burgos D. Fray Juan de Toledo, de la orden de Santo Domingo que era Inquisidor general y al Vicario general de Roma que era Felipe Archinto, Obispo de Seleucia (el cual después murió Arzobispo de Milán) y al maestro de su Sacro palacio, que así mismo era fraile de Santo Domingo y todos tres varones doctísimos y gravísimos, los cuales los vieron, examinaron y hallaron llenos de piedad y muy provechosos para la edificación y fruto espiritual de los fieles y como tales los aprobó y confirmó su Santidad por un Breve Apostólico, del cual me ha parecido poner aquí una parte, así por haberse hecho á

suplicación del duque D. Francisco (cuya vida escribimos) como para que se entienda el cuidado que tenía (aun en el tiempo que lo era) de aprovechar á las ánimas y el peso y miramiento con que de cosa tan grave y aprobada con tanta autoridad se debe tratar.

PAULO PAPA III PARA PERPETUA MEMORIA

El cuidado del oficio Pastoral que la divina misericordia Nos ha encomendado de toda su grey y el celo que Nos da de su gloria y alabanza hace que abracemos todo lo que puede ayudar á la salud y provecho espiritual de las almas y que oigamos y concedamos de buena gana lo que se Nos pide, que pueda favorecer y acrecentar la piedad de los fieles. Habiendo pues, entendido de nuestro querido hijo y noble varón Francisco de Borja, duque de Gandía, que el dilecto hijo Ignacio de Loyola, Prepósito general de la Compañía de Jesús que por Nos en esta nuestra ciudad ha sido instituída y con la autoridad Apostólica confirmada, había escrito ciertos documentos ó ejercicios espirituales, sacados de las sagradas Escrituras y de la experiencia que tiene de la vida espiritual y que los había reducido á orden y traza muy conveniente para mover los ánimos de los fieles á piedad, y que los tales ejercicios eran muy provechosos y saludables á los fieles de Cristo para su espiritual consuelo y utilidad; lo cual al dicho duque Francisco constaba no solamente por la fama que de muchas partes había oído, sino también por la experiencia clara y manifiesta y por lo que en Barcelona, Valencia y Gandía él mismo había visto; por lo cual el mismo duque Francisco humildemente Nos suplicó, que para que el fruto de los tales documentos y ejercicios espirituales se extienda más y más número de los fieles se muevan con mayor devoción á usar de ellos, los mandásemos examinar y hallándolos dignos de loa y de nuestra aprobación los aprobásemos y alabásemos y con la benignidad Apostólica Nos dignásemos de proveer lo que en esto conviniese. Nosotros habiendo hecho examinar los dichos documentos y ejercicios y entendiendo por testimonio y relación que Nos ha sido hecha por el amado hijo nuestro Juan, Presbítero Cardenal del título de San Clemente, Obispo de Burgos é Inquisidor contra la herética pravedad, y por el venerable hermano nuestro Philipo, Obispo de Seleucia, nuestro Vicario general en las causas espirituales de esta nuestra ciudad, y por el amado hijo Egidio Fosca-

rario maestro de nuestro Sacro palacio, que son lleños de piedad y santidad y muy provechosos para la edificación y aprovechamiento espiritual de los fieles. Teniendo respeto á esto y á los copiosos frutos que Ignacio y la Compañía que él ha instituído continuamente producen en la Iglesia de Dios en todas partes y á lo mucho que para este efecto han aprovechado los sobredichos ejercicios inclinándonos á los ruegos del dicho Duque, con la autoridad Apostólica, por el tenor de estas nuestras letras y de nuestra cierta ciencia, aprobamos y alabamos los dichos documentos y ejercicios y todas y cada una de las cosas que en ellos se contienen y con el patrocinio de este nuestro breve los amparamos exhortando mucho en el Señor á todos los fieles, así hombres como mujeres y á cada uno de ellos que con devoción quieran usar y ser aprovechados de los tales ejercicios. Y asimismo damos facultad para que los tales documentos y ejercicios espirituales los pueda imprimir libremente cualquiera impresor que el dicho Ignacio eligiere: con que después de la primera impresión, ni el dicho impresor ni otro alguno no los pueda imprimir sin consentimiento del dicho Ignacio, ó de sus sucesores so pena de excomunión y de 500 ducados que se hayan de aplicar para obras pías. Y mandamos á todos y á cada uno de los ordinarios y á las personas constituidas en dignidad eclesiástica y á los canónigos de las Iglesias Catedrales y Metropolitanas y á los Vicarios generales en las causas espirituales y oficiales de los Ordinarios, doquiera que estuvieren que ellos, ó dos, ó uno de ellos por sí ó por otro, ú otros (asistiendo á cualquiera de la dicha Compañía ó á otro cualquiera á quien tocare con eficacia á la defensa y patrocinio de los dichos ejercicios espirituales) hagan con nuestra autoridad, que ellos gocen pacíficamente de esta nuestra concesión y aprobación y no permitan que nadie los moleste contra el tenor de estas nuestras letras, y repriman á todos los que contradijeren y fueren rebeldes á ellas y lo apremien con las censuras y penas eclesiásticas y otros remedios de derecho convenientes sin admitir apelación; y si fuere menester invoquen el favor del brazo seglar. No obstante, etc. Dada en Roma en el palacio de san Marcos sub annulo Piscatoris, el postrero día de Julio del año del Señor de 1548 y el catorceno de nuestro Pontificado.

Con esta aprobación del Vicario de Cristo se holgó grandemente el religioso Duque, teniéndose por dichoso de haber sido parte en algo de lo mucho que nuestro Señor se servía y había de

servir con aquellos santos ejercicios. Hizo luego á su costa la impresión de ellos, y juntamente sacó indulgencia plenaria para los que en ellos hiciesen confesión general.

## CAPÍTULO XXVII

**Determínase el duque D. Francisco de entrar en la Compañía de Jesús.**

Lo que más deseaba en este tiempo el siervo de Dios y devotísimo Duque, y lo que traía metido en lo más íntimo de su corazón, era cómo había de cumplir lo que tenía prometido á Dios, y servirle en el estado de la perfección evangélica, pues estaba ya libre del vínculo conyugal, y en edad y con fuerzas para poner en ejecución el voto que había hecho (como arriba dijimos). Para acertar en una deliberación tan grande é importante y purificar más su alma y hacerla capaz de entender y abrazar mejor el Divino beneplácito, pidió á muchos siervos del Señor, grandes amigos suyos, que ofreciesen oraciones y sacrificios á Dios por su intención. Mandó repartir muchas limosnas, y él por su parte multiplicó la oración, estrechó los ayunos, acrecentó las penitencias y aflicciones de su cuerpo y determinó de gastar muchos días en la consideración y elección de la nueva vida que pensaba tomar. Lo primero en que se resolvió fué en dejar las riquezas y renunciar su Estado y ser pobre por Cristo (el cual siendo rico se hizo pobre por nosotros, como dice el Apóstol), y seguirle con la cruz á cuestas y vivir en perpetua pobreza, castidad y obediencia en alguna religión, abrazándose con la perfección y guardando los consejos evangélicos lo más altamente que él pudiese. Tras esta determinación de ser religioso, se siguió el deliberar en qué manera de religión lo había de ser; si tomaría alguna religión de las que, viviendo en soledad y contemplación, se ocupan en buscar su propio aprovechamiento y perfección, y apartados de la conversación y bullicio de los hombres, vacan á Dios enteramente, ó si escogiera alguna de las otras, que fuera de procurar su salvación propia, conversan también con los prójimos para ayudarlos con su doctrina y ejemplo á alcanzar aquel bienaventurado fin para el cual fueron criados.

La inclinación y condición natural del Duque, más le llevaba á la soledad y al desvío del mundo, porque deseaba acabar sus días (desconociendo de todo al mundo y desconocido del mundo)

en perpetua oración y penitencia. Pero desnudándose de su propio afecto é inclinación, entendió que Dios quería otra cosa, y así se resolvió de entrar en alguna religión, la cual se emplease en socorrer las almas que de sus ministerios se quieren aprovechar, porque le pareció que esta obra era más perfecta, pues es una imitación y tratado de la vida que hizo Cristo nuestro Señor y sus sagrados apóstoles y en ella se hermanan y abrazan las dos vidas activa y contemplativa, y con la caridad de Dios se junta también la caridad de los prójimos que el mismo Señor tanto nos encomendó. Llegado ya á este punto se le ofreció al Duque otra mayor dificultad y fué escoger de tantas y tan santas religiones que siguen este camino y se ocupan en cultivar la viña del Señor y en llevar almas al cielo, la que más á su propósito había de ser. Inclinábase él á la sagrada religión del Seráfico Padre san Francisco, porque así como había nacido debajo de su amparo y protección y tenía su nombre, así parece que había mamado con la leche la devoción á este glorioso Santo y á sus religiosos. Demás de esto, porque le parecía que hallaría buen aparejo en aquella santa regla y hábito para ejercitar la pobreza y penitencia que él deseaba abrazar. Pero como los caminos de Dios son muy diferentes de los nuestros y Él quiere que sigamos en todo su voluntad, era cosa maravillosa ver que cuantas veces el Duque se determinaba de tomar este camino y ofrecerse al Señor en la religión de San Francisco, tantas se hallaba seco y desabrido su espíritu, y movido y como violentado á entrar en la religión de la Compañía de Jesús, que entonces era nueva y no conocida ni estimada en el mundo. Sucedióle esto muchos días continuamente, y hallándose perplejo y confuso, quiso conferirlo con un religioso de la misma Orden de San Francisco, á quien él tenía por gran siervo del Señor y con quien se solía aconsejar, que era el P. Fray Juan de Texeda, del cual hemos hecho ya mención; y así le dió cuenta de todo lo que pasaba por su ánima y le rogó que lo encomendase muy de veras á nuestro Señor y que después le dijese su parecer. Hizo el santo religioso mucha y ferviente oración sobre el caso, y después con mucha claridad y firmeza le dijo, que la voluntad de Dios era que se entrase en la Compañía de Jesús. Con esto y con otros motivos que adelante se dirán, se acabó de resolver y se determinó de entrar en ella é hizo voto de ello. Pero en esta su determinación aconteció una cosa al Duque, que por ser rara y haberse hecho

sobre ella grandes discursos, la quiero yo aquí referir. Acabado de determinarse, estando en oración vió claramente con los ojos corporales una rica mitra que estaba como sobre su cabeza levantada en el aire, y temiendo él que no fuese significación de alguna dignidad eclesiástica que el Señor le quisiese dar, se afligió en gran manera, suplicando con amorosas y abundantes lágrimas á su Divina Majestad, que pues él se hacía pobre por seguirle en su cruz y por huir los peligros que la hacienda y grandeza traen consigo, no permitiese que entrase en otros mayores aprietos y peligros que nacen de semejantes dignidades. Siete días duró aquella visión, apareciéndole cada día á la misma hora y de la misma manera la mitra suspensa en el aire sobre su cabeza cuando estaba en oración, y hallándose muy congojado y extrañamente afligido se volvió á Dios, y con gran fe le dijo: «Perdonadme, Señor mío, que no lo puedo más sufrir. Yo os prometo que si esto no cesa y si no me aseguráis la pobreza y el estado perpetuo en la religión, que no tomaré jamás hábito ni estado eclesiástico; porque mayor peligro temo de lo que aquí se me representa que no de lo que ahora quiero dejar.» En diciendo esto se desapareció la mitra y no tuvo más que temer. Esta fué la visión como el mismo Padre la contó. Lo que pretendió con ella nuestro Señor, él se lo sabe. Pero el mismo bienaventurado Padre Francisco, siendo ya general de la Compañía, preguntado por el Padre Gaspar Fernández (que era su confesor) si había que aguardar más para el cumplimiento de aquella visión, le respondió (como el mismo Padre Gaspar Fernández lo dijo): «que á lo que él podía entender, el día que le hicieron general de la Compañía se había cumplido todo lo que Dios nuestro Señor con aquella visión había querido significar.» Y muy bien pudieron denotar aquellos siete días, en los cuales duró la visión, los siete años que fué general de la Compañía, que no fué para su espíritu humilde pequeña dignidad y más segura para la quietud de su alma y conforme al amor que tenía á la santa pobreza.

## CAPÍTULO XXVIII

**Escribe el Duque á San Ignacio pidiéndole le admita en la Compañía y respóndele el Santo Patriarca.**

Había entonces en Gandía grandes siervos de Dios de la Compañía como luego veremos, porque todo aquel colegio era de personas santas, y con la fragancia que echaban sus heroicas virtudes y buen olor de Cristo, que de ellos se esparcía se movió mucho el devoto Duque á juntarse á su santa Compañía; por lo cual juntándose el consejo de persona tan espiritual como el Padre Fray Juan con el ejemplo de personas tan santas como el santísimo varón Padre Andrés de Oviedo, rector del colegio de Gandía y los demás súbditos suyos, se determinó el Duque á entrar en la Compañía, y así volviendo á nuestra historia, luego despachó un criado suyo á Roma con cartas á San Ignacio de Loyola, que era fundador y primer Prepósito general de la Compañía, en las cuales le escribía su determinación y le rogaba le admitiese entre sus hijos y súbditos y como uno de ellos se ponía en sus manos para que le enviase á mandar lo que había de hacer. Y para que el santo Padre pudiese hacerlo con más resolución le avisó muy particularmente de todo lo que le podía dar luz. De su edad, salud, fuerzas, hijos é hijas, estado, rentas, negocios comenzados y finalmente todas las circunstancias y particularidades que le parecieron necesarias para que mejor desde tan lejos nuestro Padre San Ignacio le acertase á poner en camino y señalase el tiempo en que sus deseos y propósitos se debían ejecutar. Mucho se consoló San Ignacio con estas nuevas del nuevo súbdito, que Dios le enviaba para lustre y acrecentamiento de su nueva religión. Y el mismo Señor que había movido á entrar en la Compañía al Duque había ya dado al santo Patriarca ciertas prendas de ello, con la revelación que ya hemos referido. El cual respondió al Duque con el mismo mensajero, la carta que me ha parecido poner aquí, para que se vea la prudencia de este santo varón y el término que usa en ella, tratando unas veces al Duque como á gran señor, y otras como á súbdito é hijo espiritual y de la manera que trató siempre á todos los otros sus hijos de la Compañía.

Ilustrísimo señor:

Consolado me ha la divina bondad con la determinación que ha puesto en el alma de V. S.; infinitas gracias le den sus ángeles y todas las almas santas que en el cielo le gozan, pues acá en la tierra no bastamos á dárselas por tanta misericordia con que ha regalado esta su mínima Compañía en traernos á ella á V. S. de cuya entrada espero que sacará su divina Providencia copioso fruto y bien espiritual para su alma y para otras innumerables que de tal ejemplo se aprovecharán. Y los que ya estamos en la Compañía nos animaremos á comenzar de nuevo á servir al divino padre de la familia, que tal hermano nos da y tal obrero ha cogido para la labranza de este su nuevo majuelo, del cual á mí (aunque en todo indigno) me ha dado algún cargo.

Y así en el nombre del Señor, yo acepto y recibo desde ahora á V. S. por nuestro hermano, y como á tal le tendrá siempre mi alma aquel amor que se debe á quien con tanta liberalidad se entrega en la casa de Dios, para en ella perfectamente servirle. Y uniendo á lo particular que V. S. desea saber de mí, del cuándo y cómo de su entrada, digo: que habiéndolo mucho por mí y por otras encomendado á nuestro Señor, me parece que para mejor cumplir con todas las obligaciones, se debe esta mudanza hacer despacio y con mucha consideración, á mayor gloria de Dios nuestro Señor. Y así se podrán ir allá disponiendo las cosas de tal manera, que sin que á ningunos seglares se les dé parte de su determinación, en breve tiempo os halléis desembarazado, para lo que en el Señor tanto deseáis. Y para venir aun á declararme más en particular, digo: que pues estas señoras doncellas tienen ya edad para ponerlas en sus casas, V. S. las debería casar muy honradamente, conforme á cuyas hijas son; y si hay buena ocasión, el Marqués también se case. Y á los demás hijos, no sólo les deje el amparo y sombra de su hermano mayor, al cual quedará el Estado; pero demás de esto les quede á ellos hacienda competente, con la cual puedan honestamente pasar, á lo menos en una principal Universidad, prosiguiendo los estudios en que tienen echados tan buenos cimientos; pues es de creer que la majestad del Emperador, siendo ellos los que deben (y yo espero que serán) les hará la merced que tienen merecida vuestros servicios y promete el amor que siempre os

ha tenido. Débese también poner diligencia en las fábricas comenzadas, porque deseo queden en su perfección todas vuestras cosas, cuando nuestro Señor fuere servido que se haya de publicar la mudanza de vuestra persona. Entre tanto que estas cosas se concluyen, pues V. S. tiene tan fundados principios de letras, para sobre ellas edificar la sagrada teología, holgaría yo, y espero que Dios de ello se servirá, que aprenda y estudie muy de propósito la teología y si ser puede querría que en ella se graduase de doctor en esa Universidad de Gandía, y esto con mucho secreto por ahora (porque el mundo no tiene orejas para oir tal estampido) hasta que el tiempo y las ocasiones nos den con el favor de Dios, entera libertad, y porque las demás cosas que ocurrieren se podrán ir cada día declarando, no diré en esta más de que esperaré á menudo cartas de V. S. y yo escribiré ordinariamente, y suplicaré á la divina y soberana bondad, lleve con su favor y gracia adelante las misericordias comenzadas en el alma de V. S. Roma, etc.

## CAPÍTULO XXIX

### Hace profesión el Duque en la religión de la Compañía y casa á sus hijos.

Con la respuesta del patriarca San Ignacio, fué maravilloso el contentamiento que tuvo el Duque, por verse ya admitido en la Compañía por el fundador de ella, y despojado de sí mismo y puesto en tan buenas manos. Pero toda su ansia era verse desatado de las cadenas con que le parecía estaba aprisionado en el siglo para atarse más fuertemente con Dios, porque puesto caso que había hecho voto de entrar en la Compañía y estaba ya admitido en ella y se regía por obediencia de San Ignacio en todo lo que podía; pero andaba tan encendido del amor de Dios, y con tan vivos deseos de romper todös los lazos de las cosas que le trababan, ó podían dilatar su entrada en ella, que cada hora le parecía mil años. Y hacía cada día examen particular para ver si se detenía ó dejaba de hacer cosa que pudiese aprovechar para abreviar y salir presto de aquel que él llamaba cautiverio. Y aunque le detenía y sosegaba lo que le había escrlto su Padre San Ignacio, que deseaba que todas sus cosas quedasen en perfección, para cuando se hubiese de publicar su mudanza, todavía trasportado de este abrasado y vehemente afecto, andaba buscando algún medio, para que sin detrimento de las otras cosas

que á su parecer importaban menos, él pudiese desde luego desnudarse de sí y entregarse á Dios y gozar de la gloriosa y libre servidumbre de la religión. Escribió este su deseo á San Ignacio y él después de haberlo mirado y encomendado mucho á nuestro Señor, se resolvió de dar parte de ello á Su Santidad y suplicarle que diese licencia al Duque de hacer profesión en la Compañía, para que desde luego cumpliese con su devoción y que juntamente le diese facultad para administrar por espacio de cuatro años su estado y su hacienda, porque en este tiempo parecía que podría poner en estado sus hijas y acabar las cosas que tenía entre manos y cumplir con las demás obligaciones. Hízolo el Papa como se lo suplicó, y despachó un Breve de ello, por virtud del cual el Duque hizo su profesión el año de 1548. Hízola en la capilla del Colegio de Gandía delante de pocas personas, por el secreto, y con tantas y tan dulces lágrimas y tan entrañable gusto de su ánima, como si aquel día hubiera salido de un penoso y largo cautiverio. La fórmula de la profesión fué esta: *Yo Francisco de Borja, duque de Gandía, pecador abominable é indigno de la vocación del Señor y de aquella profesión, confiado de la benignidad del Señor, del cual espero que en este punto me será propicio, hago voto solemne de pobreza, castidad y obediencia, conforme al Instituto de la Compañía, por privilegio que me ha enviado el Padre Ignacio, Prepósito General, por lo cual ruego á los ángeles y santos del cielo, que sean mis protectores y testigos y lo mismo pido á los Padres y hermanos que están presentes. En Gandía, día de San Ignacio á primero de Febrero de 1548.* Entre algunos papeles antiguos se halló una oración que hizo el B. Padre San Francisco de Borja este mismo día de su profesión, ofreciéndose al Señor en holocausto y perfecto sacrificio lo cual me ha parecido también poner aquí para que se vea el espíritu, que ya en sus principios había comunicado el Señor á este su siervo y el conocimiento y sentimiento que tenía de sí y de todo lo que poseía, y podía poseer en el mundo y de la merced inestimable que el Señor le hizo cuando le llamó á sí y le dió su luz y gracia para ponerlo debajo de los pies y abrazarse con el estado de la santa pobreza y religión.

«Señor mío y todo mi refugio: ¿qué hallastes en mí para mirarme? ¿qué hallastes en mí para llamarme? ¿qué vistes en mí para quererme en la Compañía de los vuestros? Porque si con-

viene que ellos sean animosos, yo soy cobarde; si han de ser menospreciadores del mundo, yo estoy rodeado de sus respetos; si han de ser perseguidores de sí mismos en mí hay mucho amor propio. ¿Pues qué hallastes en mí? ¿Hallastes por ventura porque fuí más animoso para contradecir vuestros mandamientos? ¿Ó porque los menosprecié más que los otros? ¿O porque aborrecí más vuestras cosas, por querer más las mías? Si esto, Señor, buscáis hallado lo habéis; si tras esto andáis recado tenéis. *Domine, ecce adsum, mitte me.* ¡Oh piélago de inmensa sapiencia! ¡Oh grandeza de infinita potencia! ¡Cómo buscáis lo más flaco para mostrar en ello las riquezas de vuestra fortaleza! Con razón os alabarán los ángeles con admiración y este pecador con confusión, viendo que sobre fundamentos tan flacos queréis levantar vuestros edificios. ¡Oh alma mía! considera esto con atención; porque si te dicen que esto te dan por satisfacción de tus pecados, no menos te debes maravillar, porque ahora eres cautiva, entonces serás libre; ahora posees poco y con dolor; después lo poseerás todo con gozo. Al fin sales de la vida activa desabrida y entras en la dulce contemplativa. ¡Oh Señor, qué cambios son los vuestros! ¡Y qué cosa es tratar con Vos! ¡Y cómo es cosa de ver la satisfacción del pecador! Verdaderamente, Señor, Vos sois el que fingís trabajo en lo que mandáis, pues en lugar de penitencia regaláis, y por la abstinencia dais hartura.

«Pues si esto se ordena por satisfacción de los pasos que anduviste por mí y para que, imitando vuestra pobreza y obediencia, os siga, de esto, Señor, me espanto mucho más. Porque Vos, Señor, salísteis de vuestra casa y heredad, y yo salgo de la ajena; Vos salísteis del Padre sin dejarle, para venir al mundo, y á mí haceisme dejar al mundo para llevarme al Padre; Vos salísteis para la pena, y yo salgo de ella. ¡Ay, Señor, qué salida la vuestra y qué salida la mía! Vos para ser preso, y yo para escapar de las prisiones; Vos para la amargura, y yo para el gozo; Vos para la tribulación, y yo para la quietud. ¡Oh Señor! ¿Vos sois el Dios de las venganzas? ¿Y qué venganza es ésta? Cierto, Vos sois el Dios de las misericordias, pues tomasteis la venganza en Vos por no tomarla ahora en mí, y por regalarme en lugar de castigarme. ¿Pues qué diré, Señor, de esta vuestra misericordia? ¿Con qué responderé á vuestro amor? ¡Fáltame el entendimiento para entender y la lengua para decir! Porque si algunos, sintiendo bien de vuestra bondad, os

alaban porque perdonáredes á Judas si os pidiera perdón, y si con razón os deben por ello infinitas alabanzas, ¿cuántas os debo yo, pues siento y veo que siendo otro Judas, no sólo me perdonáis, más aún, me llamáis como si ninguna traición hubiese hecho en vuestra casa? ¿Volveré á hablar á mi Dios, aunque sea polvo y ceniza, Señor? ¿Qué hallastes en mí? ¿Qué hallastes? Bendito seais Vos para siempre; apiadaos de mí, toda mi esperanza, pues tenemos estos vuestros tesoros en vasos de tierra, para que esto no venga á ser para mayor condenación mía. Conozca la tierra su miseria, conozca el flaco su flaqueza, y dadme, Señor, á entender cuán poco merece el vaso tener en sí tal licor, habiendo tan mal conservado el que hasta aquí habéis infundido en él, pues no soy yo sino disipador de vuestros bienes. Téngame yo por otro Judas, pues soy otro traidor; confúndame yo con mis hermanos, pues he vendido á su Maestro por menor precio que Judas. Tema de comer con ellos, pues comiendo vuestro pan me levantaré contra Vos. Tema de tratar su hacienda, pues tan mal recaudo he puesto en la vuestra. Cofúndase mi desobediencia con la obediencia que vuestras criaturas tienen. Y si aun esta es pequeña confusión para con ellas y para los que moran en la tierra, ¿cuál será la que debo tener con los que os gozan en el cielo? ¿Cuánto debo confundirme en la presencia de los ángeles, habiendo dejado el estandarte de mi Rey de gloria? ¿Y con qué abatimiento debo pedir merced á vuestra bendita Madre, habiendo crucificado á su precioso Hijo en mí mismo? Pues delante vuestro acatamiento, ¿qué dirá el gusano podrido y miserable que no sabe sino apartarse de Vos? ¡Oh Señor, alumbrad ya mi ceguedad para que, conociéndome, os conozca; confundiéndome, os alabe; humillándome, os ensalce, y muriendo todo á mí, viva yo todo en Vos. Y pues me sacáis por vuestra bodad del estado de los ricos (de los cuales digistes que con dificultad se salvarían los que en él estuviesen), hacedme merecedor, por vuestro Santo nombre, de lo que prometistes á los pobres diciéndoles: «Ciertamente os digo, que los que dejastes por mí todas las cosas y me seguistes, cuando en la regeneración se sentare el Hijo del hombre en el trono de Su Majestad, vosotros también os sentaréis sobre las doce sillas, á juzgar las Tribus de Israel.»

Después que el religioso Duque hizo su profesión y se ofre-

ció al Señor de esta manera, en sacrificio, queriendo como buen obediente excusar lo que en la carta pasada su superior y padre le había escrito, trató lo primero de casar al Marqués, su hijo, que ya tenía edad para ello y había de ser padre y amparo de sus hermanos, y así le caso el año de 1548 con doña Magdalena Centellas, hija de D. Francisco Centellas, conde de Oliva, y de doña María de Cardona, hija del duque de Cardona (demás de las otras causas que para ello hubo), por la vecindad de aquel Estado y esperanza de juntarle en el suyo. Tras esto puso en estado á sus dos hijas, doña Isabel y doña Juana, porque sor Dorotea, que era la tercera y la menor, antes que muriese la Duquesa su madre, siendo niña había escogido por su esposo al Rey del cielo y entrado monja en Santa Clara de Gandía. A Doña Isabel casó con D. Francisco de Rojas y Sandoval, conde de Lerma y sucesor del marqués de Denia su padre, y á Doña Juana de Aragón, con D. Juan Enríquez, marqués de Alcañices. Los dos yernos, demás de ser tan principales caballeros, eran mancebos de conocida discreción y virtud. Para que se entienda el recato y celo santo del Duque y sirva de doctrina y ejemplo para los padres, que en cosa tan grave y peligrosa desean acertar, quiero decir aquí la cautela y aviso que tuvo el religioso Duque cuando casó á Doña Isabel con el conde de Lerma para evitar entre los desposados ocasiones de ofensas de nuestro Señor. Concluídos los conciertos y hechos los capítulos matrimoniales, escribió el Duque al Conde su yerno que tal día llegase á Gandía, á hora que pudiese oir misa, la cual él tendría á punto. Vino el Conde, halló al Duque que lo esperaba, el cual sin detenerse le llevó á la pieza donde estaba su hija y allí se desposaron y luego sin perder tiempo se fueron todos juntos á la iglesia donde se comenzó la misa y en ella los novios se velaron y desde la iglesia volvieron á la casa del Duque y se hicieron las fiestas del casamiento. Toda esta traza inventó el santo Duque para que no se hablasen antes que fuesen legítimamente casados y tuviesen la bendición de la Iglesia por quitarles las ocasiones que suele haber de perder la gracia de Dios en la entrada del sacramento del matrimonio, que á los que le reciben como deben, suele el Señor comunicar.

# CAPÍTULO XXX

### Estudia y gradúase de doctor.

Casado, pues, el Marqués y las dos hijas que era el primer negocio que San Ignacio encargaba al Duque, y lo que él más deseaba (para desembarazarse de aquel cuidado y poder atender más libremente á los demás), prosiguió muy de veras los estudios, como el mismo Padre San Ignacio se lo ordenaba. Para hacerlo mejor había dejado su casa y pasado á morar en un cuarto que había labrado para este efecto en el mismo colegio de la Compañía, donde se había recogido con sus hijos y algunos pocos criados y se dió muy de propósito á oir la sagrada Teología, así la escolástica como la positiva, con gran solicitud y cuidado. Para esto trajo de Valencia á un docto y famoso teólogo de la sagrada Religión de Nuestra Señora de la Merced, llamado el maestro fray Jerónimo Pérez, que había escrito sobre las partes de Santo Tomás; para que las leyese en su colegio de Gandía, y le oía las lecciones con los otros estudiantes y las repetía y disputaba y defendía sus conclusiones y hacía todos los otros ejercicios literarios como uno de ellos con tanta continuación, humildad y diligencia, que á todos ponía admiración. Y así con su lindo ingenio, feliz memoria y perseverancia y particular favor que le comunicaba nuestro Señor aprovechó tanto en pocos años, que acabados sus estudios y precediendo su examen y los actos que en semejantes grados suelen preceder se graduó secretamente, primero de maestro en artes y después de doctor en la sagrada Teología, como nuestro Padre San Ignacio se lo había escrito. Dióle el grado de doctor el gran siervo de Dios Andrés de Oviedo, que entonces era Rector del colegio de la Compañía de Jesús, y juntamente de la Universidad de Gandía; pero halláronse presentes muchos y su hijo D. Juan de Borja aderezó por sus manos juntamente con los Padres Mauuel de Saa y Antonio Cordeses, la sala de la librería para aquel acto. Pero las lecciones había ido á oir públicamente el Duque: admiraba á los que lo oían y veían cómo un tan gran señor y de crecida edad entraba en las escuelas y entre los estudiantes oía sus lecciones con tanto cuidado y las repetía con los otros oyentes como cualquiera persona ordinaria lo pudiera hacer y con su

buen entendimiento y ejercicios literarios de cada día vino á alcanzar tal erudición, que se pudo graduar con muchas ventajas. Y en la relación de Philipo Ghisolphi, se dice que adquirió tal nombre y fama de doctrina que después de sacerdote fué señalado por uno de los teólogos del Concilio Tridentino.

El modo de estudiar que tenía el Duque era un continuo modo de orar. Las sentencias de Santo Tomás y las conclusiones de sus artículos resumía por modo de letanía, de suerte que cuando hacía memoria de lo estudiado, era rezar unas letanías de las alabanzas y perfecciones divinas. Hizo unas conclusiones todas de su propia confusión, las cuales remitió al Padre Manuel Saa, que entonces era Hermano y de diecisiete años leía curso de artes, con este billete: *Carísimo Hermano: mire estas conclusiones y en ellas añada ó quite lo que mejor juzgare; y si le parecieren bien, muéstrelas al Padre Rector y después á mi carísimo César. Ojalá que á él y á nosotros nos conceda el Señor tal grado de esta virlud, que podamos decir alguna vez con el Profeta: Pro nihilo salvi facti sumus.*

*Petitionis confusionis.*
*Ex nihil factus sum.*
*Ad nihilum, redactus sum.*
*Quid sim ignoro.*
*Si aliquid scio hoc tantum scio infernum domun meam.*

PROBLEMA

*Ex me ipso facio nihil.*
*Defendentur crastina die a prandio.*

Hizo también un libro bien provechoso, de la confusión de sí mismo, con muchos y muy devotos incentivos, que le obligaban á humillarse y confundirse delante de todas las criaturas.

## CAPÍTULO XXXI

### Cuán santamente gobernaba el religioso Duque su familia y Estado.

En lo que más se esmeró el santo Duque en este tiempo fué, juntamente con las letras crecer en santidad y mirar por el bien espiritual de su familia y Estado; porque hecha su pro-

fesión parecióle que el nuevo estado que había tomado le obligaba á nueva vida y más alta perfección; y así comenzó á darse más de veras á Dios y á perseguirse y maltratarse, doblando sus penitencias y acrecentando sus oraciones y los otros santos ejercicios. Tenía una tarima de tablas á los piés de la cama, cubierta con una alfombra, como para reposar en ella alguna siesta, y esta era á las noches su cama ordinaria sin otro abrigo. Levantábase á las dos horas después de media noche y postrado en tierra ó de rodillas se estaba en continua oración hasta las ocho de la mañana y cuando salía de ella le parecía que no había durado un cuarto de hora. Acabada su oración se confesaba y comulgaba en su capilla cada día y algunas veces en el monasterio de Santa Clara y los domingos y fiestas principales públicamente en la iglesia mayor, porque era amigo de dar buen ejemplo á sus vasallos. A las nueve oía su lección de teología y la repetía con algún buen estudiante. Luego daba audiencia á los ministros de justicia y á los que querían negociar con él. A las doce comía con tan grande templanza que no le estorbaba la comida las pláticas espirituales que después tenía familiarmente con sus hijos y con sus criados, las cuales comunmente era contar algún beneficio divino, ponderando la inmensa liberalidad del Señor, que le había hecho aquel particular beneficio. Y para que este fuese con más aprovechamiento de otros, mandaba á algunos de sus hijos ó criados que dijesen también algún beneficio que de nuestro Señor hubiese recibido y después iba preguntando á otros lo mismo y habiendo oído dos ó tres de los que estaban presentes, tomaba la mano el Duque y con grande sentimiento y reposo contaba algún beneficio suyo y ponderaba mucho en él las misericordias de Dios y con humilde conocimiento sacaba su ingratitud y contaba cuán mal había usado de aquella gracia y luego decía el castigo que su ingratitud merecía y concluía con admirarse y engrandecer la paciencia y longanimidad de Dios que disimulaba y esperaba la enmienda y juntamente proponía lo que con su favor esperaba hacer de allí adelante en aquel caso para satisfacción del descuido que había usado en los beneficios pasados. Esta costumbre de contar los beneficios divinos cada día acabando de comer, le duró muchos años aún estando en la Compañía. Mientras comía con sus hijos solía acudir allí el Médico, y el santo Duque le preguntaba muy en particular por todos los enfermos pobres del lugar para acudirles con limosnas, y de su mesa les

enviaba los platos más regalados. Gastaba después la tarde parte en los estudios y lecciones, parte en el gobierno de su casa y Estado y recogíase temprano porque nunca cenaba y su ayuno era perpetuo todo el año. En su recogimiento, rezaba sus horas y su rosario y leía en la Divina Escritura y en los santos y hacía sus penitencias y mortificaciones á que era muy inclinado. Finalmente, todo el día y toda la noche (quitando las pocas horas que tomaba para el sueño y reposo necesario) era un perpetuo sacrificio que hacía de sí mismo, un estar siempre presente delante del acatamiento de Dios, una tela de santas obras, entretegiendo unas buenas con otras mejores. Y con ser tal la vida del religioso Duque, era cosa maravillosa ver cuán imperfecta le parecía á él y como al tiempo que hacía el examen de conciencia se reprendía y castigaba, haciendo él mismo juntamente muchos oficios, de portero que citaba y de fiscal que acusaba y de juez que condenaba y de reo que conocía y confesaba su culpa y de verdugo que ejecutaba la sentencia para ser absuelto y dado por libre en el tribunal de Dios.

Con este admirable ejemplo de su señor, con el gran cuidado que el Duque tenía, toda su casa era como una casa recogida de religión; porque en ella no consentía el Duque que se jurare, ni jugare, ni murmurare, ni mintiere, ni los otros vicios que son tan ordinarios y familiares en las casas de los señores; antes imponía á sus criados que oyesen cada día misa, que rezasen el rosario de nuestra Señora, que examinasen sus conciencias, que se confesasen á lo menos las fiestas principales y se ocupasen en otros santos ejercicios. Y como en otras casas de señores se hallan por aposentos naipes, dados, libros vanos y deshonestos, en la del Duque se hallaban libros devotos y rosarios, y á veces debajo de los colchones de los criados, cilicios y disciplinas, las cuales tomaban ellos por su voluntad, movidos por el ejemplo de su amo (que era tal que no podía dejar de quebrantar las peñas), y de las palabras dulces y santas amonestaciones que les decía, y no menos por el grande amor con que le servían, agradecidos al cuidado que el Duque tenía de ellos. Cuando alguno caía malo, les visitaba en sus casas y les ayudaba á bien morir; y cuando murió un Capiscol de Gandía, que era su criado, se estuvo hincado de rodillas junto á la cama hasta que expiró: porque demás de pagarles muy cumplida y puntualmente sus salarios, si alguno de ellos caía enfermo, man-

daba que le curasen en su casa con mucho cuidado, y que se le diese médico y medicinas y todo lo necesario, á su costa. Decía que la limosna que se había de dar á otros pobres, era muy bien empleada en los pobres que tenía en su casa y en su servicio habían perdido la salud. Con los de fuera, aunque no fuesen sus criados, si le hacían algún servicio era también muy agradecido. Decía que era desdichada la casa en la cual anocheciese el sudor y paga del jornalero. Quien tenía este amor y cuidado de sus criados, ¿qué pensamos que haría con sus hijos? Dióles ayos y maestros escogidos, y teníales siempre ocupados y atentos. Hizo que todos estudiasen á lo menos latinidad, y algunos de ellos lógica y filosofía. Para enseñarles á que fuesen liberales con los pobres, les daba dinero para que ellos por sus manos lo repartiesen de limosna. Instruíalos en la oración, y él por sí mismo los examinaba y pedía cuenta de sus devociones; y finalmente, con el ejemplo (que es el arma más poderosa) y con la voz viva los encaminaba para el cielo. Al Padre doctor Juan Bautista Barma de nuestra Compañía, había dado el Duque particular cuidado del aprovechamiento espiritual de sus hijos, el cual, un día de la Semana Santa, en nombre de uno de aquellos señores hijos del Duque, pidió una disciplina á su padre, diciéndole cómo deseaba que le prestase una disciplina para hacer un poco de penitencia aquellos días santos, y el Duque se la dió con estas palabras: «Dadle, Padre mío, esta disciplina de mi parte, y decidle que no haría mucho en sacarse con ella algunas gotas de sangre, que yo le certifico que él me cuesta á mí mucha derramada por él con muchas lágrimas, delante del divino acatamiento.»

No solamente la casa del Duque estaba compuesta y concertada, pero en Gandía y todo su Estado y vasallos redundaba la fragancia y buen olor de la santa vida del Duque; y en la reformación de la vida y buenas costumbres y obras pías y uso de los Sacramentos, se echaba de ver lo que puede y vale el buen ejemplo de la cabeza. No paraba aquí, ni se encerraba dentro de tan estrechos límites la fama de esta vida tan ejemplar del religioso Duque, antes salía fuera y se derramaba y extendía por todo el reino, porque no se puede esconder la ciudad puesta sobre el monte, ni encubrirse la extraordinaria virtud, y así venían á visitarle algunos caballeros movidos de esta fama, más por ver á un santo que por ver al Duque. Entre estos que

vinieron fué uno, D. Esteban de Almeida, obispo de Cartagena, el cual quedó tan admirado y edificado de lo que vió en la persona y casa del santo Duque que vuelto á su casa escribiendo á otro señor eclesiástico esta jornada que hizo á Gandía, le dice entre otras, estas palabras: «Llegué á Gandía y vi un duque don Francisco como un milagro de duques y de caballeros; todo humilde y todo santo y verdaderamente varón de Dios; con cuya vista (igual á la pública fama de sus virtudes y cristiano gobierno) quedé yo en gran confusión y vergüenza de ver en mí el poco fruto en la vida sacerdotal y pontifical, si me mido delante de este caballero seglar. Y así con verdad puedo decir: *Verecundia mea contra me est et confusio faciei meae cooperuit me.* Pues la vergüenza y confusión cubren mi rostro y lloro yo lo que primero lloró San Jerónimo, que vemos con ignominia nuestra que hay en la Iglesia de Dios algunos seglares que dan mejor ejemplo que muchos sacerdotes. ¡Oh, cuántas cosas noté en el palacio de este Duque, las cuales no se ven en las casas que tenían mayor obligación! ¡Oh, qué reformada familia! ¡Qué crianza de hijos! ¡Qué gobierno de subditos! ¡Qué Religiosos en su compañía! no solamente los que llaman de Jesús, más un fraile lego de San Francisco llamado Fray Juan Texeda, del cual no sabría declarar, cual cosa más me maravilló, ó su humilde simplicidad, ó la prudencia espiritual, ó la luz que del cielo se le comunica. De Murcia 25 de Abril del año 1548.»

Verdaderamente no es maravilla quedar espantado este prudente Prelado, de lo que vió en Gandía; porque estaba llena de santos, que con sus oraciones y los de la Compañía también con sus frutosos trabajos y santo celo, reformaron todo el pueblo; porque fuera de aquellas vírgenes santísimas y esposas de Jesucristo, que en el monasterio de Santa Clara hacían vida angélica en las cuales había monjas tan insignes en santidad, milagros y don de profecía, como hemos ya significado y fuera del P. Fray Juan de Texeda, los religiosos de la Compañía de Jesús que había en aquel colegio, eran todos grandes siervos de Dios y salieron de él personas muy insignes en el mundo y la disciplina religiosa florecía en él con admirable fervor y edificación, á cuyo buen olor y ejemplo se recreaba el espíritu del fervoroso Duque y crecía con grandes aumentos procurando imitar sus heroicas virtudes y darles también á ellos materia de edificación pagándoles la que de ellos recibía.

# CAPÍTULO XXXII

## Del gran fervor de los religiosos de la Compañía de Jesús de Gandía, con los cuales trataba el Duque.

Era cosa maravillosa, cómo se alentaban sus súbditos, con grande admiración del Duque, que estaba atento á todo y se alentaba con sus grandes virtudes. Acudían con extraordinario fervor al aprovechamiento de los prójimos. Y para que aquello fuera con más ganancia, predicábales primero con el ejemplo de su santa vida. Admiración causaba á los del pueblo su templanza, ó por mejor decir, su continuo y riguroso ayuno; porque su ordinaria comida era las más veces un poco de pan muy seco y duro, añadiendo por regalo para sazonarlo, unas gotas de aceite y sal. Había en el refectorio común dos mesas, en la una no se ponía sino pan y agua y en la otra se daba una ración tan moderada, que apenas podía sustentar la naturaleza. Cada uno tenía licencia de sentarse en cualquiera de las dos mesas: pero todos se sentaban en la primera, sino es cuando alguno tenía particular necesidad. Dábanse tanto á la mortificación que no perdían ocasión de ella en cosa que sintiesen repugnancia, usando de cilicios muy ásperos, vallos y cadenas y disciplinas muy largas y rigurosas. En la oración gastaban gran parte de la noche, no contentándose con la que tenían casi todo el día. Con este estudio y ocupación ordinaria de oración y de contemplación, llevaban tras sí los ojos de todos. Muchas veces para que esta fuese más quieta, más larga y retirada se salían por algunos días de la frecuencia del pueblo y se iban á algunos bosques ó montes vecinos y escondidos en sus mayores espesuras y breñas, allí se daban libremente á Dios para poderse dar después más provechosamente á los prójimos. Bajaban después al poblado, íbanse algunos días á vivir á los hospitales públicos entre los más enfermos y asquerosos pobres, allí les servían en sus necesidades, consolábanlos, hacíanles compañía, confesábanlos y ayudábanles á bien morir. De allí salían á las plazas á enseñar á los niños é ignorantes la doctrina cristiana y los principios de la fe y á predicar el Evangelio á los mayores. Finalmente no había ocupación, ni ministerio del servicio de Dios y bien de las almas por humilde y trabajoso que fuese á que no acudiesen con sumo gusto y prontitud los súbditos del santo P. Andrés de Oviedo, como imitadores verdaderos

de su Rector y guía. El fervor de las penitencias excedió tanto, que fué necesario lo templase San Ignacio, porque no impidiese mayores bienes espirituales: y como tenía el santo Padre bien conocida la virtud de aquellos siervos de Dios al principio de la fundación de aquel colegio, donde estaban diez religiosos, los seis hermanos y los cuatro sacerdotes, les ordenó eligieren Rector por votos. Fué esta la primera elección de Rector que se ha hecho en la Compañía por esta forma y por ventura la postrera. Todos estos religiosos eran santísimos y así fió el santo Patriarca Ignacio, que harían la elección con grande paz y acierto, y por ser cosa tan particular en la Compañía, pondré el modo con que se hizo.—Lúnes á 10 de Octubre del año de 1547. Se leyó á todos la carta de su santo Padre, en que les exhortaba á una perfecta obediencia, cometiéndoles que eligiesen por votos un Superior. Recogiéronse luego todos por tres días á darse totalmente á la oración cesando las lecciones que oían y las demás ocupaciones, cargados de cilicios, ayunando estos tres días y haciendo otras muchas penitencias y oraciones vocales bien largas: porque á veces rezaron juntos todo el Psalterio. Pidieron también á las monjas descalzas de Santa Clara, donde había personas santísimas, que les ayudasen con sus oraciones; las cuales tuvieron asimismo diez horas de oración mental y cinco de vocal, ofrecieron una misa cantada y dijeron trescientas veces el himno *Veni Creator Spiritus*, y mil veces la antífona del Espíritu Santo, con otras muchas oraciones. Habiendo después de esto confesado y comulgado los hermanos por esta intención, se juntaron el jueves siguiente por la tarde después de haber estado en oración, teniendo cada uno su voto escrito en una cedulita. Estaba ya aparejada una mesa cubierta decentemente y en ella una caja con dos candeleros encendidos, tornaron á tener oración y dijeron el himno *Veni Creator Spiritus* y la antífona, versículo y oración del Espíritu Santo. Después contaron los votos que estaban cerrados y los pusieron en aquella caja, la cual sellaron en cinco partes y la entregaron á uno para que la guardase en un arca cerrada con llave y otro que guardase el sello y otro que guardase el arca hasta el día siguiente. El viernes después de oir misa los hermanos y haberla dicho los sacerdotes, se tornaron á juntar todos y pusieron la caja otra vez sobre la mesa. Tornaron á tener oración y después de haber dicho el himno y oración del Espíritu Santo y otras oraciones, fueron tres que se señalaron á abrir la caja y entre

ellos un sacerdote que leyese los votos. Parecióles á todos, por quitar inconvenientes para adelante si aconteciese haber otra elección semejante y para que ninguno se nombrara á sí mismo, que estos tres diputados, *quia in ore duorum vel trium stat omne verbum*, leyesen cada voto como se sacaba todos tres, cada uno de por sí y el que era sacerdote leyese en alto á los demás el elegido, sin nombrar quién le elegía, pues ya lo sabían los tres, los cuales lo habían de callar, para que se hiciese con más libertad la elección, de cuya ambición estaban todos aquellos siervos de Dios bien libres, deseando muy de corazón huir toda honra y cargo de Superior; antes teniendo grandes ansias de obedecer al más mínimo. En esta conformidad abrieron la caja, en presencia de todos; tornáronse á contar los votos y después de haberlos leído los tres testigos, publicó el sacerdote por Rector al santo varón Andrés de Oviedo, sin faltarle voto alguno sino sólo el suyo, que dió á un Hermano muy santo. Fué grande la alegría y devoción de todos y arrodillándose al punto dijeron el *Te Deum laudamus* y el versículo *confirma hoc Deus* y la oración del Espíritu Santo. Luego se abrazaron con grande amor y unión de ánimo muy gozosos y contentos con tan santo Rector; y San Ignacio cuando lo supo confirmó con grande gusto la elección y el santo Duque quedó muy edificado y satisfecho de la mucha virtud y religión de aquellos siervos de Dios. Y el ayo de los hijos del Duque, el maestro Francisco de Saboya, le movió tanto el ejemplo de los nuestros, que también se entró en la Compañía donde acabó santamente; confirmando nuestro Señor la opinión que dejó de santidad con un milagroso suceso, porque habiendo tomado á peso buena cantidad de cera para sus exequias, después de haber estado ardiendo veinticuatro horas, no se menoscabó ni una onza de todo el peso; lo cual causó gran admiración en Tortosa donde murió y de donde era natural.

## CAPÍTULO XXXIII

### Algunos actos de gran edificación que ejercitó el Duque con los Padres de la Compañía de Jesús.

Con el ejemplo de tan fervorosos religiosos como tenía junto á sí el duque D. Francisco, no pudo detener su fervoroso espíritu, sin que en muchas ocasiones se abatiese á ejercicios de grande humildad, hasta hacer los que se ejercitan en la cocina;

y habiendo llegado á Gandía el Padre provincial Antonio de Araoz, que les alentó mucho con su ejemplo, se pegó de él sobremanera el Duque; porque estando el P. Araoz muy enfermo y achacoso y necesitado de regalo, no consintió que le diesen cosa ninguna que no fuese lo que se daba á toda la Comunidad, que era muy tenue y corto: no quería sentarse en la mesa en lugar señalado, sino como caía, como el más humilde hermano.

Comía el último ordinariamente después de los demás, á los cuales él primero servía á la mesa, y después se iba á la cocina á fregar los platos y ollas y lo demás que era necesario. El vestido que traía era muy pobre y raído, y porque uno de casa traía unos zapatos peores que los suyos, los trocó con él. Edificado el Duque de tanto ejercicio de humildad y severidad consigo, en persona tan grave como el P. Araoz, así por sus partes personales, grandes letras y eminencia en el púlpito, como por el oficio de Provincial, una noche que le fué á visitar, y era hora de cenar, se fué derecho á la cocina para aderezarle la cena, que aunque no fué más que un par de huevos cocidos, fué de mucha edificación ver á un señor, grande de España, entrar en una cocina y, como el más humilde religioso de todos, abatirse á encender la lumbre, poner el agua á calentar y aderezar lo que había de cenar un pobre religioso, con gozo extraño de su alma. Cocidos los huevos se los envió el Duque al P. Araoz, suplicándole recibiese aquellos huevos y perdonase si no estaban buenos, por ser los primeros que había cocido en su vida: mas no fueron los postreros; porque después fué mucho lo que se ejercitó el P. San Francisco en las cocinas de nuestros colegios. Mientras cocía el Duque los huevos estaba frente el santo Rector Andrés de Oviedo, y preguntó al nuevo cocinero en cuánto estimaba la merced que Dios le hacía en que ejercitase aquel oficio de humildad. A lo cual respondió el Duque con profunda humildad: «estímola en tanto, que me conozco por muy indigno de ella». Pero más pública edificación fué la que dió el devoto Duque en una viña que plantaron los Padres para uso de aquel colegio. Tenía tanto concepto de la santidad de aquellos religiosos, que él mismo por su persona quiso ir, como otro Constantino, á dar en ella las primeras azadonadas; y para que se hiciese todo con bendición, hizo bendecir el campo primero, con canto de órgano y toda la capilla y música que había en Gandía, estando presentes todos los

Canónigos. Quitóse luego el piadoso Duque la capa, y arrebatando un azadón empezó el primero á romper la tierra. Cargóse uno de sus hijos de los sarmientos, como otro Isaac, é iba dando á su padre el Duque los sarmientos que había de plantar, lo cual él hacía con singular devoción y afecto, invocando á cada vid que plantaba algún santo del cielo, consagrando aquella tierra con sus manos y lágrimas. Imitó luego su ejemplo el marqués de Lombay, hijo mayorazgo del Duque y luego los demás sus hijos. ¡Raro espectáculo, y más agradable á los ángeles que imitable á los hombres! Aunque les fué bien admirable ver á su señor preciarse de jornalero en servicio de unos pobres religiosos. No fué menor ejemplo de moderación y grandeza de ánimo el que dió al mundo, cuando el Papa Paulo III le escribió diciéndole: que pues dos hermanos del Duque, á los cuales había hecho Cardenales, habían muerto, que quería dar la sacra púrpura á un hijo suyo, al que el mismo Duque le señalase, y así le pedía se le nombrase. A esta carta y ofrecimiento tan liberal respondió el Duque con suma modestia, diciendo á su Santidad que por aquella tan gran merced y gracia que le ofrecía le besaba humildemente los pies; pero que sus hijos aun eran de tan poca edad que no los tenía él por idóneos, para que en la cabeza de ninguno de ellos se debiese poner una dignidad eclesiástica tan preeminente como era la de la sacra púrpura, la cual se debía á virtud muy confirmada, y ésta no cabía en la edad de sus hijos. Con estas y otras excusas rehusó esta grandeza y autoridad que se le entraba por las puertas, no atreviéndose con segura conciencia á admitir la gracia que otros príncipes procuran tanto alcanzar para sus casas, y cuando la consiguen la estiman por felicidad. Tenía ya el religioso Duque tan embebido en el alma el espíritu de la Compañía en huir semejantes dignidades, que no sólo en su persona, pero aun en su casa las rehusó.

## CAPÍTULO XXXIV

### Cómo salió de su Estado para ir á Roma.

Por este ejercicio de virtudes tan heroicas admiró mucho la santa vida que hacía en Gandía el religioso Duque, donde estuvo hasta el fin del año de 1549 creciendo cada día más en vir-

tud y doctrina y gobernando su casa y Estado con el ejemplo y fama admirable que habemos dicho: y acabando y dando perfección á las cosas comenzadas, para cumplir con las obligaciones precisas que tenían. Parece, que así como él lo enderezaba todo al servicio de nuestro Señor así le favorecía Dios en todo lo que por su amor ponía las manos; porque cierto si miramos lo que el Duque hizo por espacio de ocho años, que fué señor de su Estado y lo cotejamos con lo que vemos en casa de otros señores más ricos y de más copiosas rentas, conoceremos bien claramente que Dios le ayudaba y la diferencia que hay entre el concierto en el gastar, y el desconcierto entre la buena cuenta y razón y el derramamiento y el desperdicio; porque el duque D. Francisco, en el breve tiempo que lo fué, hizo las obras y edificios que arriba contamos: casó sus dos hijas principalmente; tuvo una casa muy lucida y de muchos y doblados criados con su capilla de cantores y caballeriza de muchos y buenos caballos; repartió grandes limosnas y todo esto con una renta para tanto gasto, moderada; pero (como dijimos) favorecíale Dios y multiplicaba lo que tan bien se gastaba y atribuíalo el buen Duque á particular misericordia del Señor, que quería por este medio que él cumpliese con sus cargos y obligaciones, para librarle más presto del cautiverio que le parecía tener, aunque bien decía, que cuando hay cuenta y razón y fidelidad en los ministros de la hacienda y ella no se vierte por desagüaderos de viciosos apetitos, lo poco luce mucho; y al revés, si el señor derrama y los oficiales mayores no son fieles, los otros menores asimismo quieren ir á la parte y cada uno tira para sí; y como á ninguno duele la pérdida, tampoco tiene suelo el daño y que por no saber los señores irse á la mano en sus gustos desordenados ni tener cuenta consigo y con sus haciendas, vemos muchas familias principales hundidas y arruinadas y los mismos señores comer y pastar por mano ajena, como menores y pupilos y con necesidad de reparar los excesos que hicieron en cosas superfluas y deslucidas, con la mengua y falta en lo honoroso y necesario. Esta es muy provechosa doctrina para los señores, que les podrá servir para el alma, para la hacienda y para el sosiego de sus vidas y para no tener necesidad de dar á un extraño mil ducados de salario, porque les venga á concertar sus casas y pagar sus deudas, dando de comer al señor como á menor y pupilo, como lo vemos en algunas casas, que enfermando por el exceso de los manjares vienen á sanar

con dieta tan verdadera y vergonzosa y á veces peor que la misma dolencia.

Llegado, pues, el año de 1549 pareció al Duque que ya tenía acabadas todas las cosas precisas que le podían obligar á sustentar aquella representación de Duque que tan cansado le traía y que aunque no fuesen acabados los cuatro años de la administración de su Estado que el Papa le había concedido (como dijimos), era bien acabar con ella y romper las ataduras y lazos que le detenían en su casa y así se determinó salir de ella como otro Abraham y olvidarse de sus hijos, criados y vasallos y amigos y desnudarse de todo lo que es mundo, para abrazarse más perfectamente con Cristo desnudo en la cruz. Pensando, pues, cómo lo haría y dónde, si en España, si en Roma y consultándolo con su Padre San Ignacio, hallábanse grandes dificultades; porque quedando en España, temía el Duque (no sin graves fundamentos) que el Emperador se quisiese servir de él y ocuparle en cosas que le estorbase, ó dilatase la ejecución de sus santos intentos. Si iba á Roma temía mucho más que el Papa le hiciese cardenal, porque vivía á la sazón el Papa Paulo, tercero de este nombre, el cual por haber sido hecho cardenal del Papa Alejandro VI, bisabuelo paterno del duque D. Francisco (reconociendo el principio de su grandeza de la casa de Borja) la favorecía por extremo, y había dado dos capelos de cardenal á dos hermanos suyos, á D. Rodrigo de Borja el año de 1536 y á D. Enrique el año de 1539 y siendo ellos muertos en la flor de su juventud, había querido dar aquella sagrada dignidad á cualquiera de los hijos del mismo Duque, que él escogiese. Aunque conociendo el Duque lo mucho que pide el grado tan alto de cardenal y la poca seguridad que se podía prometer de la edad tierna de sus hijos (que era más flor y esperanzas para adelante, que fruto presente) con cristiana prudencia y rara modestia, no quiso tratar de ello, como habemos dicho. Pero conociendo, que el Papa, como príncipe agradecido, buscaba ocasiones para favorecerle y hacer merced á su casa, temía que si iba á Roma y en ella se despojaba de su estado y entraba en la Compañía, tendría gana de darle á él el capelo que había dado antes á sus dos hermanos y ahora mostraba querer dar á alguno de sus hijos: y que se le mandaría aceptar tan precisamente que no lo pudiese excusar; lo cual era muy contrario á sus propósitos y no salir del mundo, sino engolfarse de nuevo en él. Pero estando suspenso en esta deli-

beración, fué el Señor servido de llevarse para sí, el mes de Noviembre de este mismo año de 1549 al Papa Paulo III y que le sucediese en el Sumo Pontificado el Papa Julio, también tercero de este nombre. Con esto respiró el Duque y le parecía que ya no tenía qué temer. Y así habiéndolo mirado todo y encomendado mucho á Dios y comunicándolo con el Patriarca San Ignacio, se resolvió de ir á Roma, con ocasión de ganar el jubileo plenísimo que el año de 1550 se celebraba en aquella santa ciudad y visitar y reverenciar los santuarios y reliquias de ella y juntamente ver á su Padre San Ignacio y echarse á sus pies y regirse en todo por su santo consejo y obediencia. Y el mismo Santo Patriarca deseaba tenerle en Roma en aquella sazón, porque había enviado á llamar á los profesos de la Compañía para comunicar con ellos las constituciones de la misma Compañía, y entre otros quiso que fuese el Duque, de cuya santidad y prudencia hacía grande estimación. Hecha esta resolución se aparejó el Duque para el camino, otorgó su testamento el cual fué breve y claro y sin las cláusulas enmarañadas y antiguas, que suelen causar pleitos; porque no tenía descargos que hacer, ni legados que dejar; pues con cristiana prudencia había él mismo sido en vida ejecutor de su testamento, y fiado más de sí que de sus herederos. El marqués de Lombay su hijo primogenito, quedaba ya casado y gobernador del Estado; las tres hijas puestas en estado; D. Juan de Borja su hijo segundo, deseaba acompañar y servir á su padre en esta jornada, como lo hizo; los otros hijos quedaban ocupados en sus estudios. Acercándose, pues, el tiempo de la partida llamó un día el Duque al Marqués aparte y díjole: «Bien creo D. Carlos, que por las cosas que habéis visto aparejar habréis podido entender mi determinación, que es hacer una larga jornada á Roma para visitar los Santuarios de ella y ganar este santo jubileo; justo es que lo sepáis de mí: voy con propósito de no volver por acá tan presto y de renunciaros el estado con licencia del Emperador nuestro señor y retirarme á servir á Dios en la Compañía de Jesús, como se lo tengo prometido. En pocas palabras os diré lo que deseo que hagáis, dejando lo demás á vuestra discreción. Importa mucho para la gloria de Dios y para mi satisfacción y bien vuestro, que viváis y gobernéis vuestros vasallos de tal manera, que ninguno pueda con razón, culparme por haberos dejado el Estado en esta vuestra edad y fiado tanto de vuestro buen entendimiento y obediencia. Tened siempre en vuestro corazón la ley de Dios y obe-

decedla y acatadla más que las leyes que ha promulgado el mundo contra ella, y tened por grande honra y gloria vuestra, servir á la gloria y honra de Dios. Acordaos que os dejo por padre y amparo de vuestros hermanos y procurad serlo, no menos de vuestros criados y vasallos tratándolos con tal amor y blandura que seáis de ellos más amado que temido. La virtud tenga en vos siempre las espaldas seguras y la maldad tema parecer delante de vos. No os desvanezcáis por poder más que otros, antes os humillad más por ello, reconociendo lo que tenéis de la mano del Señor y considerando que le habéis de dar cuenta de ello y que á la hora de la muerte no llevaréis con vos más que el más triste y desechado hombre del mundo. No os determinéis con brevedad ni precipitación en ninguna cosa de importancia, y para mejor acertarla, tocadla con la piedra del toque, que es la consideración de la muerte. Aunque Dios os ha dado buen entendimiento no os fiéis de él, ni hagáis cosa de importancia sin consejo de los sabios y buenos. Tened siempre por más fiel y verdadero amigo al que os reprendiere y fuere á la mano vuestros apetitos, que al que os lisonjeare y disimulare vuestras faltas. Encomiéndoos que favorezcáis mucho á los Padres de Santo Domingo de Lombay y á los Padres de la Compañía de Gandía acordándoos que son fundaciones de vuestros padres y que no haréis menos en conservarlas que ellos hicieron en edificarlas. Las monjas de Santa Clara no tengo que encomendároslas, pues vos sabéis qué gente son y tenéis entre ellas una hermana y muchas tías y con sus oraciones procuran vuestra defensa y salvación. Sobre todos los consejos que yo os puedo dar, os servirá tratar vuestras cosas en la oración con la Fuente de la luz y de la verdad, y si vos con humildad y deseo de acertar le pidieredes la sabiduría, no faltará de su parte el Señor.» Enternecióse el Marqués oyendo tan dulces y saludables consejos á su padre y con muchas lágrimas y pocas palabras, besándole humildemente la mano le dijo que con el favor de Dios cumpliría todo lo que le mandaba. Tras esto se despidió el Duque de los otros hijos y de algunos más principales criados y vasallos suyos y de Doña Juana de Meneses, hermana de la duquesa Doña Leonor, á quien por esto y por su gran virtud y valor, siempre había tenido en lugar de verdadera hermana. Y dióle un devotísimo Crucifijo, delante del cual él solía orar, diciéndole que se le dejaba porque el Señor le había hecho grandes misericordias por medio de

aquella imagen. Finalmente, se entró en el colegio de la Compañía, á abrazar los Padres y hermanos de él y cerrado en su aposento con el Padre Bautista de Barma (que era persona de singular religión y letras y murió después Provincial de la provincia de Aragón) se le echó á los pies sin podérselo estorbar y besándoselos muchas veces y regándolos con copiosas lágrimas le dijo: «Padre mío, mucho siente mi alma dejar á V. R., acuérdese de mí delante de nuestro Señor y mire por estos mozos que quedan aquí.» Y con esto se levantó y salió del aposento, dejando al Padre Bautista confuso y atónito y como fuera de sí.

## CAPÍTULO XXXV

### El orden con que hizo su camino.

No fué de menor edificación el orden con que hizo este santo Príncipe su jornada que lo fué su despedida: fué el último día de Agosto del año de 1550 cuando salió el duque D. Francisco de Gandía para ir á Roma. Llevaba consigo á su hijo D. Juan de Borja y á nueve Padres de la Compañía, entre los cuales eran el P. Antonio de Araoz, Provincial que entonces era de España; el P. Andrés de Oviedo, Rector de aquel colegio; el P. Francisco de Estrada, el P. Diego Mirón con algunos criados á caballo. Salido de Gandía el Duque, alzó sus ojos con lágramas de alegría al cielo, diciendo en alta voz el Psalmo *In exitu Israel de Aegipto*, y acabando añadió: *Laqueus contritus est et nos liberati sumus in nomine Domini.* Rompídose han ya los lazos, y nosotros quedamos libres en nombre del Señor.—Salió con firme resolución de nunca más volver á Gandía, y cumpliólo tan á la letra, que tornando veintiún años después por orden del Papa Pío V á España, y llegando á Valencia, nunca se pudo acabar con él que fuese á Gandía, que está distante una sola jornada. Prosiguió su camino con tal concierto y orden, que toda su gente y compañía parecía más una Congregación de religiosos que de criados de señor. El vestido que llevaba era muy ordinario y llano, y casi religioso; tratábase como tal, así hacía obras de grande humildad, hasta llegar á dar su mula ó caballo á los pobres peregrinos que encontraba en el camino, y él se iba á pie con gran trabajo. Cada día, después de su larga oración de muchas horas, se confesaba el Duque y oía Misa. Comía una sola vez al día con mucha templanza, y á la noche tomaba una lige-

ra colación. Hacía su disciplina las noches, y aunque procuraba que fuese mientras los otros dormían, no podía en los mesones ser esto de manera que muchas veces los pajes no le oyesen y aun le contasen los azotes, que pasaban de quinientos. Tenía por el camino unos ratos oración y otros conferencias espirituales y santos y dulces razonamientos. Tenían el Duque y D. Juan de Borja y los Padres de la Compañía, repartidas sus horas de oración todo cuanto duraba el camino, y uno tenía el reloj con cargo de ir avisando á cada uno cuando le tocaba la oración, para que luego se apartase á tenerla con silencio y sosiego; tal era su concierto y camino religioso. Entrado en Italia, llegó al Duque un criado de Hércules de Este, duque de Ferrara (que era su tío, primo hermano del duque D. Juan, su padre), con cartas en que le rogaba encarecidamente que hiciese su camino por Ferrara, porque deseaba verle en su casa y servirle como era razón. Hízolo el duque D. Francisco, y fué recibido del Duque su tío con gran fiesta y regocijo, y regalado y servido más de lo que él quisiera. Pero en medio de las fiestas y regocijos él estaba tan dentro de sí, que no podía dar razón de nada. A la noche, llegando al aposento donde le llevaban á dormir, colgado de ricos brocados, con la cama de lo mismo, despedía los que le acompañaban, cerraba las puertas y, hecha su oración, se echaba á dormir vestido sobre una alfombra que estaba en tierra á los pies de la cama. De esta manera gozaba de los sabrosos bocados de la honra y de los contentos que el mundo le ofrecía. Por este mismo norte se gobernó en Florencia en casa del gran duque Cosme de Médicis, donde también se hospedó, no consintiendo aquel Príncipe otra cosa, aunque más se quiso excusar el duque D. Francisco. En Ferrara no le pudo detener el Duque más de cuatro días, ni el de Florencia más de dos, porque se le hacían largas las horas hasta verse en Roma con su Padre San Ignacio, y así con mucha diligencia prosiguió su camino.

## CAPÍTULO XXXVI

### Entra en Roma el duque D. Francisco, y lo que hizo en ella.

Cumpliéronse últimamente los deseos del fervoroso Duque, y entró en Roma con grande recibimiento que le hicieron, muy contra su voluntad, porque deseaba entrar de noche y sin rui-

do. Mas fueron tantas las importunaciones de algunos Cardenales y del Embajador del Emperador y de otros señores, que le pidieron que entrase con el recibimiento que á su persona y estado convenía, que San Ignacio le escribió al camino, que recibiese esta mortificación con las pasadas, pues venía tan sin quererla y tan contra su voluntad. Saliéronle á recibir algunos Cardenales, el Embajador de España y Fabricio Colona. Convidóle Su Santidad con su sacro palacio, y muchos Cardenales con sus casas; pero él escogió para su habitación la pobre casa de la Compañía de Jesús, en la cual le estaha aguardando á la puerta su Padre San Ignacio.

Viéndole el Duque se arrojó á sus pies, pidiéndole de rodillas la mano y su bendición, como á Padre y superior suyo y varón tan señalado en el mundo. Pero el Santo Patriarca le abrazó y se regaló y enterneció con él; porque claramente veía ya en el Duque los efectos maravillosos de la divina gracia y de lejos lo que aquella planta había de fructificar en la santa Iglesia é ilustrar su Compañía. En descansando un poco del camino fué á hacer reverencia y besar el pie á Su Santidad el cual le acogió muy amorosamente y con más favor que solía á los otros señores sus iguales, agradeciéndole con graves palabras el ejemplo que en su ida á Roma de partes tan remotas y en todas sus cosas daba al mundo. Y díjole que si muchos príncipes y señores cristianos le imitasen, sin duda reviviría la piedad y la antigua reverencia y devoción con que en los dichosos tiempos de la Iglesia iban las cabezas del mundo á visitar los gloriosos sepulcros de los príncipes de los apóstoles y hacer reverencia al Vicario de Cristo. Tornóle á ofrecer su sacro palacio dando por causa, que se consolaría tenerle cerca de sí el tiempo que hubiese de estar en Roma. Mas el Duque besando el pie al Papa por aquella merced, le suplicó que hubiese por bien, que él se estuviese en la casa de la Compañía, en la cual se hallaba muy consolado, y que le diese licencia para ir muchas veces á tomar su santa bendición. Después pagó las visitas que le habían hecho los cardenales y embajadores y señores principales de la corte romana, y desembarazado de los cumplimientos del mundo, se dió á visitar con moderada compañía aquellos santos lugares, informándose muy particularmente de las casas notables de devoción que hay en cada uno de ellos y regando su espíritu con la sangre que tantos y tan esforzados mártires derramaron por la confesión de la fe

en aquella santa ciudad. Y ante todas cosas para disponerse mejor y ganar aquel jubileo, hizo con grande estudio y cuidado una confesión general de toda su vida. Mucho regaló nuestro Señor al Duque en Roma, así cuando andaba las estaciones y visitaba las reliquias de los Santos que hay en ella como en casa con el trato y comunicación familiar de los Padres más principales de la Compañía que á la sazón estaban en Roma y particularmeute con la de San Ignacio, que era padre de todos. Porque como el Duque deseaba tanto acertar, y agradar á nuestro Señor en su oración y penitencia y ser verdadero hijo de la Compañía y entendió que ningún hombre en la tierra le podría mejor encaminar para lo uno y para lo otro que el que Dios le había dado por padre y maestro y tomado por instrumento para fundar y establecer aquella religión, á la cual le había llamado comunicó su espíritu con su Santo Padre Ignacio, dióle parte de sus oraciones y penitencias, descubrióle toda su alma con grande sencillez y humildad, rogándole que le guiase y encaminase y juntamente se informó de él muy distintamente del instituto, fin y medios de la Compañía y de todo lo que para ser útil obrero de ella le podía aprovechar. Entre las otras obras de piedad que hizo el Duque en Roma, fué muy señalada y de gran servicio de nuestro Señor y beneficio de su Iglesia el haber dado principio al colegio romano de la misma Compañía, del cual han salido innumerables bienes para toda la cristiandad y particularmente para Alemania, Francia, Flandes, Inglaterra, Escocia, Polonia y para las otras provincias inficionadas de herejías. Y puesto caso que el Duque no quiso aceptar el nombre de fundador, que San Ignacio le ofrecía (pareciéndole que era mejor guardarle para otro, que le pudiese fundar) todavía bastó una limosna que dió entonces, de seis mil ducados, para dar principio al colegio, y el cuidado que después tuvo de su provisión para acrecentarle y sustentarle todo el tiempo que él vivió. Y después el Señor movió á la santidad del Papa Gregorio XIII, que le fundase con la magnificencia y liberalidad que á tan gran príncipe y pastor de la Iglesia universal convenía.

Viendo también el duque D. Francisco, que la iglesia de la casa profesa de Roma era muy pequeña y estrecha y nada bastante para el gran concurso de gente que acudía á ella para frecuentar los Sacramentos, determinó hacer nueva iglesia, lo cual recabó del obispo de Esquilache, el cual juntamente con el Du-

que y San Ignacio pusieron la primera piedra, asistiéndoles don Juan de Borja y otros caballeros de la casa del Duque, que ayudaron á la obra, trayendo agua y cavando la tierra. Y aunque después se labró iglesia mayor y en otro sitio se reconoció en esto la voluntad del Duque de amplificar cuanto pudo el culto divino y el provecho en los prójimos que hacía la Compañía; y así exhortó también á los duques de Florencia y Ferrara y al obispo de Génova, fundasen en sus ciudades colegios, y al legado de Bolonia que acabase el que estaba comenzado.

La edificación que dió el duque de Gandía al pueblo romano fué grande y le reverenciaban como á santo, adivinando lo que había de ser, que tanta virtud y ejemplo de aquel Príncipe no podía parar en menos que en entrarse religioso de la Compañía. En nuestra casa era el consuelo de todos, ejercitando con los nuestros los oficios más humildes; servíales á la mesa descubierta la cabeza juntamente con su hijo D. Juan, que acompañaba á su padre, puesto un delantal de lienzo como lo usan los religiosos, sobre sus vestidos de seda, y lo que más es, que esto hicieron una vez en una cena particular á San Ignacio y á otros Padres que estaban con él, sirviéndolos toda la cena como el más humilde paje, sin poder recabar con el Duque hiciese otra cosa. Quiso también el duque de Gandía comer un día en nuestro refectorio con toda la comunidad, lo cual le concedió San Ignacio y mandó que le diesen, como era razón, el principal lugar de todos; pero para recompensar esta honra que le parecía al humilde Duque que le hacían, con algún ejercicio de humildad, hizo grande instancia á nuestro Santo Padre, que le diese licencia á él y á su hijo D. Juan, para comer otro día en la mesa de las penitencias, que es una mesilla pequeña y baja, que está en medio del refectorio, donde se suelen sentar por penitencia algunos y mandan sentarse los que han de ser reprendidos públicamente y llevar alguna penitencia. Condescendió el santo Patriarca con la devoción del Duque y mandóles tratar como á los religiosos que hacen alguna falta; y así salió un Padre á darles públicamente una reprensión, que fué para el duque D. Francisco de gran consuelo y alegría. El día de la Purificación del año 1551 dió el duque la comida á toda la comunidad en reverencia de la Virgen, y este día sirvió él y D. Juan en el refectorio, descubiertas las cabezas y después de haber servido á la mesa primera se fueron á la cocina á fregar los platos y escudillas y otros instrumentos

de la cocina, donde sucedió que porfiando D. Juan de Borja con su padre por fregar más, estando poco diestro en este oficio, quebrase un plato de barro, luego hizo lo que había advertido hacer los religiosos en semejantes sucesos, fuese al refectorio donde aún estaban comiendo los de segunda mesa, y desnudos los brazos como estaba, y puesto su delantal de fregar, dijo públicamente su culpa y pidió penitencia por ella. Con estos y otros ejercicios de humildad, daban padre é hijo mucha edificación á todos, principalmente el espíritu con que el santo Duque los ejercitaba.



# LIBRO SEGUNDO

## CAPÍTULO PRIMERO

**Envía á pedir licencia al Emperador para renunciar su Estado y vuelve á España.**

Estaba el humilde duque D. Francisco en su centro mientras ejercitaba los oficios más humildes de casa, y contentísimo con la santa compañía de San Ignacio y de los otros Padres y con la devoción que Dios le daba en visitar y regar con lágrimas aquellos Santuarios. Inclinábase á quedarse y acabar sus días en ella; y para poderlo mejor hacer y desnudarse del todo y renunciar en el marqués de Lombay su hijo, el Estado, envió al emperador D. Carlos, que á la sazón estaba en Alemania, un caballero de su casa que se llamaba Gaspar de Villalón, para suplicarle que le diese licencia para hacerlo y escribióle una carta del tenor siguiente:

«S. C. C. M.

»Nuestro Señor sabe lo que yo he deseado la venida de vuestra Majestad á Italia, para poder decir lo que tengo de escribir. Mas, como sea no alcanzar lo que me había de consolar, pues no merezco ser consolado, doy gracias al Señor por ello. Y aun me persuado que podré más servir á vuestra Majestad en ausencia que en presencia: y así dirá la pluma lo que había de decir la lengua. Y de cualquiera manera con grande confusión, por haber de decir á vuestra Majestad, que siendo tan grande pecador, como vuestra Majestad en parte ha visto por el mal ejemplo que he dado andando en su imperial corte siendo criado de su casa

(de lo cual cuan humildemente puedo suplico el perdón, ofreciéndome á la pena que nuestro Señor desde el cielo y vuestra Majestad en la tierra me quisieren dar). Tras esto digo, cesárea Majestad, que habiendo merecido mis pecados tantas veces el infierno y el más abominable lugar de él ha querido este Señor Dios de las misericordias aguardarme hasta que abriese algo los ojos de mi alma, para ver lo que ha hecho por mí y lo que yo he hecho contra él. Y así deteniéndome en esta elección desde que falleció la Duquesa, después de haberlo considerado cuatro años y habiéndose sobre ello hecho muchas oraciones á nuestro Señor por diversos siervos suyos, creciendo cada día más los deseos, quitándose más las tinieblas de mi corazón, me da confianza, que no obstante que no merecía entrar en la viña del Señor y más viniendo tan tarde y habiendo sido mi oficio arrancar las cepas que otros plantaban. Con todo por ser la divina bondad sin medida y su clemencia un piélago sin suelo, ha sido servido de mover á estos siervos suyos de la Compañía de Jesús, á que me admitiesen en su Religión, en la cual aunque ha días deseo servir y morir, no he podido efectuarlo hasta cumplir con la obligación que el padre debe á sus hijos; de la cual pienso ser libre dentro de dos ó tres meses. Y así no mirando estos padres á mí, sino á las palabras de Cristo nuestro Redentor, que dice no haber venido á llamar á los justos, sino á los pecadores, creo que cumplirán mis deseos. Por lo cual suplico á vuestra Majestad, como su vasallo y criado y Comendador de la Órden de Santiago, sea servido de darme su imperial, graciosa y agradable licencia, para que en estos pocos días que me quedan de vida pueda en alguna manera acordarme del tiempo perdido y reconocer la miseria y peligro del presente y proveer para la incertidumbre del venidero. Y ofrezco que si nuestro Señor me da gracia para enmendar en algo mi vida, será para muy continuamente en los sacrificios y oraciones rogar á su divina bondad acreciente en vuestra Majestad la salud espiritual y corporal, para que así como le ha dado victorias contra los infieles y herejes, las dé también contra las guerras y pasiones del hombre viejo, si algunas quedan por mortificar y vencer, y abrase y encienda su alma en el amor y memoria de la Pasión de Cristo y pueda decir con el Apóstol: *Mihi absit gloriari nisi in Cruce;* porque los que la gustan, la cruz tienen por deleite y los deleites por mayor cruz: saboreando en los trabajos y llorando cuando se ven sin ellos y sin dolores. El

que los padeció en la cruz por vuestra Majestad tan intensamente, guarde su imperial persona. De Roma á 15 de Enero de 1551.»

Escrita esta carta y aguardando la respuesta de ella, se comenzó en Roma á sospechar y después á publicarse más claramente esta determinación y mudanza que quería hacer el Duque. Venida á noticia del Papa, se trató con mucho calor de hacerle Cardenal, que era lo que el religioso Duque tanto había temido, y por lo que se había detenido de venir á Roma en tiempo del Papa Paulo III (como dijimos). Sabido lo que se decía, tuvo tan grande espanto de aquella dignidad como otros suelen tener deseo de alcanzarla; y así con el parecer de San Ignacio tomó por medio para escaparse de ella salir de Roma y quitarse de delante de los ojos del Papa y poner tierra en medio: y con casi la misma compañía que había llevado de España y con el mismo orden y edificación que en la primera jornada para Roma se volvió á ella, habiendo estado solos cuatro meses en Roma dejando de visitar la santa casa de nuestra Señora de Loreto, que lo deseaba grandemente, por no dar lugar con la tardanza en salir de Italia, á que el Papa le mandase detener para darle el capelo, y porque deseaba vivir apartado del bullicio de corte y en un perfecto recogimiento escogió para su morada la provincia de Guipúzcoa, así por ser lugar remoto y fuera de tráfago, como por haber nacido en ella nuestro Padre San Ignacio á quien él tenía entrañable devoción. Llegado á España se fué derecho á aquella provincia y la primera cosa que hizo fué entrar en la casa de Loyola y preguntar por el lugar en que había nacido San Ignacio y besando la tierra de él comenzó á alabar al Señor con grande afecto por la merced que había hecho al mundo en haberle dado en aquel lugar un tan fiel ministro suyo y á suplicarle que, pues le había hecho hijo de tal Padre y discípulo y soldado de tan buen maestro y capitán, le hiciese verdadero imitador de sus virtudes. Allí oyó misa en un oratorio de la misma casa y recibió el cuerpo de nuestro Señor. De allí se partió á la villa de Oñate, que está á cuatro leguas de Loyola, donde Pedro Miguel de Araoz nos había dejado unas casas suyas para colegio de la Compañía. De aquí se despidieron algunos de los Padres que habían venido con él; y otros y D. Juan de Borja su hijo quedaron con el Duque, el cual aguardaba la respuesta y licencia del Emperador, que sola faltaba para hacer la renun-

ciación de su Estado en su hijo D. Carlos, como deseaba, para acabar de abrazarse con la pobreza y cruz de su Señor Jesucristo á quien tanto deseaba imitar.

## CAPÍTULO II

### Dale licencia el Emperador y hace renunciación de su Estado.

CUMPLIÓ muy presto el Señor los deseos de su siervo el duque D. Francisco, porque pocos días después llegó Gaspar de Villalón de Alemania con la respuesta del Emperador, que es la que sigue:

«Ilustre Duque, primo: Con Gaspar de Villalón, vuestro criado, recibí vuestra carta, y aunque la determinación que me escribís que tenéis de recogeros, para trocar lo del mundo y tierra por lo del cielo, es santa y no puedo dejar de loarla, no se excusa que no la sienta como es razón. Mas el sentimiento no estorbará el daros la graciosa licencia que me pedís, de renunciar en D. Carlos, vuestro hijo, el Estado, que ésta yo huelgo de darla de voluntad. Y entiendo que de lo que emprendéis hacer, tendréis más envidiosos que imitadores; porque teneros envidia costará poco y el seguiros mucho. En dejar vos á vuestros hijos me obligáis á que yo mire por ellos, y así lo haré en lo que se ofreciere; porque su madre nos lo mereció y su padre no lo desmerece, ni creo que ellos perderán por su parte lo que sus padres les ganaron. Guie Dios nuestro Señor vuestros consejos, ilustre Duque, y encomendadle mucho los nuestros y las cosas de la cristiandad en vuestras oraciones. De Augusta, 12 de Febrero de 1551.»

Leída esta carta se retiró el Duque á su oratorio, y postrado en tierra, ante un devoto Crucifijo, con profunda humildad oró de esta manera:

«Señor mío, Dios mío y Criador mío: yo, vuestra criatura, vuestro siervo, vuestro redimido, yo, vilísimo gusano, conociendo mi vileza y mis gravísimos pecados con que tanto os he ofendido, me presento delante de vuestro Divino acatamiento confiado en vuestra inefable clemencia y misericordia; y primeramente os hago infinitas gracias por los grandes beneficios y graciosas mercedes que de vuestra liberalísima mano (sin en nada merecerlas) he recibido. Y suplícoos humildemente que perdonéis la ingratitud con que os he respondido y el mal uso

con que estragué vuestros dones y misericordias. Y de hoy más dispongo, con vuestro favor y gracia, de renunciar y desnudarme, por vuestro amor y servicio, de todas las cosas transitorias y bienes temporales que en alguna manera me podrían ser estorbo para seguiros y para caminar con derechos pasos por las sendas de los consejos de vuestro santo Evangelio, y para nunca más fiar en arrimo de criatura ni cosa perecedera, deseo, Rey mío y riqueza mía, ser pobre y morar entre vuestros pobres todo el tiempo de mi vida. Y Vos sabéis, Sabiduría eterna, que si ahora estuvieran en mis manos todos los reinos de la tierra y la monarquía del universo, lo renunciara y desamparara todo con la misma voluntad y alegría que dejo esta miseria que de vuestra mano poseía. Recibidme, Dios mío, en vuestra casa, acojedme en vuestra Cruz, pues para caber en ella con Vos me desnudo. Yo hago lo que es mi bajeza, y ofrezco lo poco que de mi parte puedo: haced Vos ahora lo que pertenece á vuestra grandeza y clemencia infinita. Aceptad mi servicio, agradaos de mi sacrificio, favoreced mis deseos, esforzad mi flaqueza, pelead mis batallas, y de la misma fuente de donde ha salido este mi deseo de serviros en estado más perfecto, salga también la virtud para que se ejecute y perfeccione en mí el beneplácito de vuestra santísima voluntad, y yo viva en Vos, muriendo en mí, y mueran en mí todas mis imperfecciones y pasiones, y Vos viváis en mí, Rey de soberana Majestad, que con el Padre y con el Espíritu Santo, vivís y reináis en los siglos y eternidad».

Después que con estas y otras afectuosas palabras se hubo ofrecido á su Criador, salió de su oratorio, y con escritura pública y solemne auto, renunció en el marqués D. Carlos, su hijo primogénito, que estaba ausente, sus Estados, títulos, rentas y vasallos, sin reservar para sí cosa alguna.

Hecho esto se despojó del vestido secular y se vistió del de la Compañía. Quitóse la barba y abrió la corona para recibir los sacros órdenes. Lloraban á esta sazón todos sus criados, como si ante sus ojos le vieran morir y á escondidas recogían los cabellos cortados para guardarlos como reliquias de su señor, al cual ya le tenían por muerto y le estimaban por santo. Mas él se entró otra vez en su oratorio con increible regocijo y como se miró el vestido y se halló desnudo del de duque y cubierto del de pobre, que tanto tiempo y tan de veras había deseado, como na-

vegante que arrojado de la tempestad del mar se halla á deshora salvo y libre en el puerto seguro, con abundancia de suavísimas lágrimas, se tornó á postrar en tierra ante la misma imagen de nuestra Redención, diciendo estas palabras:

«Ahora sí, Señor mío, ahora sí que me veo pobre y hecho vuestro esclavo y más obligado que nunca á serviros, por este precioso estado en que sin merecimientos míos me habéis puesto. Ahora confiadamente diré y cantaré con vuestro profeta: ¡Oh Señor, que vuestro esclavo soy: yo me conozco, y me precio de ser vuestro esclavo é hijo de vuestra sierva que es la religión que me ha prohijado! ¡Oh, cuánto os debo Dios mío, porque rompistes mis cadenas, y por esta gracia os ofreceré sacrificio de alabanza! Y pues me habéis acogido y asentado debajo del estandarte de vuestro santo nombre de Jesús y escrítome en la Compañía de vuestra sagrada milicia con mayor confianza que primero invocaré el nombre del Señor, para que Jesús me sea siempre dulce Salvador. Y pues ya no tendré causa de respetar ni temer los juicios del mundo, saldré públicamente para que todos entiendan que soy todo vuestro y haré públicos mis votos y manifestaré mi profesión, no como hasta aquí en rincones y escondiéndome de los ojos de los hombres, sino en público y en los ojos de todas las gentes. *Vota mea Domino reddam in conspectum omnis populi ejus: in atriis domus Domini in medio tui Hierusalem.*»

Hecha su oración, salió luego á entender en una obra de misericordia, que fué proveer de amparo y remedio á todos los criados que allí tenía. Parte de ellos encargó á D. Juan de Borja su hijo, y parte envió al duque D. Carlos. No sufría su compasivo y agradecido corazón, que ninguno de los que le habían servido y acompañado se viese necesitado de buscar nuevo señor. Eran todos hombres honrados y tan virtuosos, que bien daban á entender en qué escuela habían aprendido, porque todos procuraban imitar á su señor, edificados y movidos de su ejemplo.

## CAPÍTULO III

### Ordénase de sacerdote y hace una vida apostólica.

HECHA su renunciación, despedidos los criados y vestido el Duque de pobre religioso, no se puede explicar con pocas palabras el contentamiento y alegría espiritual con que quedó el

Duque, cuando se vió desnudo de este título y dignidad, porque le parecía que comenzaba á ser suyo, ó por mejor decir, de su Criador y Señor, y que no habría ya cosa que le pudiese estorbar el entregarse totalmente á El; y para comenzarlo á hacer con más fervor, se ordenó luego de misa. Aparejóse con mucha oración y penitencia para entrar en el *Sancta Sanctorum* y traer del cielo y tener en sus manos el Pan vivo y causador de la vida. Cuando tuvo bien aprendidas las santas ceremonias de la misa, se fué á Loyola por su devoción, y en una devota capilla que los señores de aquella casa tenían aderezada en el lugar donde nació San Ignacio, dijo su primera misa rezada con suma devoción suya y muchas lágrimas de los presentes, el primer día de Agosto del año 1551, y para ella le envió su hermana Doña Luisa de Borja, condesa de Ribagorza, unos ornamentos labrados por sus manos.

En ella, por buen principio, dió la sagrada Comunión á don Juan de Borja, recibiendo el hijo por mano de su padre el más precioso don que la tierra y el cielo posee. Y porque el Papa Julio III había concedido al Padre San Francisco de Borja un jubileo plenísimo para todos los que estando en estado de gracia se hallasen presentes á la primera Misa que dijese en público, deseando el siervo de Dios que muchos gozasen de este beneficio, quiso decirla en la villa de Vergara, que es á dos leguas de Oñate. Pero habiéndose publicado la Misa y el jubileo, fué tan grande el concurso de la gente que vino de toda aquella comarca, que no cabiendo en la iglesia del pueblo (aunque es bien capaz), fué necesario salirse al campo, y allí poner un altar y púlpito en una ermita dedicada á Santa Ana, adonde el bienaventurado Padre dijo su Misa y predicó. La muchedumbre de los que recibieron el Santísimo Sacramento aquel día de su mano fué tanta, que se acabó la Misa algunas horas después de mediodía. Volviéronse todos muy consolados y edificados á sus casas, por ver en hábito sacerdotal, haciendo oficio de predicador evangélico, á un hombre que sabían que poco antes era gran señor, y había trocado la grandeza y hábito del siglo por la pobreza y estado de la religión. La más de la gente no percibía lo que decía el predicador, así por ser mucha y no poderse acercar al púlpito, como porque no entendía la lengua castellana. Pero era cosa maravillosa ver la atención con que todos le oían, y las lágrimas que derramaban. Preguntados algunos qué

era la causa porque lloraban en el sermón, pues no le entendían, respondieron que por ver á un Duque santo (que este nombre le ponían ya aquellos devotos pueblos), y porque dentro de sus almas sentían unas voces é inspiraciones de Dios que les significaban y daban á entender lo que el predicador desde el púlpito les estaba predicando.

Viéndose sacerdote y profeso ya declarado de la Compañía de Jesús, vínole deseo de mayor recogimiento que el que tenía en el pueblo, y pareciéndole que la soledad del campo y cielo descubierto le ayudaba más para su oración y para ejercitar las obras de humildad y mortificación y penitencia, rogó á la villa de Oñate que le diesen una ermita muy devota, que estaba un tercio de legua distante del pueblo, y es dedicada á la gloriosa Santa María Magdalena: á esta estancia le convidaba el lugar solitario y devoto y la vocación de la santa penitente, á quien deseaba imitar. Holgóse la villa de darle gusto en esto, y alcanzada la ermita, hizo luego edificar para su habitación y de los que le acompañasen, unos aposentillos con sus oficinas de refectorio y cocina, todo de labor tosca y la madera deslucida y rústica, como se cortaba del monte, y parecía bien edificio para que en él habitase la pobreza y el deseo de padecer frío, calor y estrechura. Allí se pasó el santo Padre á morar con algunos Padres y Hermanos de la Compañía; y D. Juan de Borja, que en aquellos principios no quiso dejar á su padre, se estaba en Oñate. Comenzó allí el nuevo sacerdote á hacer una vida anacorítica y, como un ermitaño del yermo, pasaba en silencio y oración y contemplación y lágrimas y ayunos y cilicios y disciplinas. Y en esto y en el aparejo para la Misa que cada día celebraba, gastaba los días y las noches, sin que se atravesase quien le inquietase su paz y sosiego. Pidió con humilde sujeción al Padre Miguel Ochioa Navarro (el cual era superior en aquel lugar) que le dejase servir al Hermano cocinero, y alcanzado esto, luego se ocupó en traer cántaros de agua para el servicio de la cocina, y leña para guisar, y en hacer lumbre, y fregar las vasijas, y barrer la iglesia y los aposentos. Y cuando los Padres estaban sentados á la mesa les servía, y entraba en el refectorio, y con las rodillas en tierra, pedía perdón de sus faltas, y rogando que le ayudasen con sus oraciones, iba de rodillas de uno en uno besándoles los pies á todos. No había medio de sacar al fervoroso novel de sus mortificaciones y penitencias, y no se sa-

tisfaciendo con lo que hacía dentro de casa, salía por aquellos lugares comarcanos con unas alforjas al cuello, pidiendo de puerta en puerta limosna por amor de Dios. Lo más ordinario iba á Oñate y Vergara y Mondragón y como ya todos le conocían, ó por haberle visto, ó por la fama que se extendía de su vida por toda la provincia, salían de sus casas á verle y encomendarse en sus oraciones, salían la mujeres vizcainas á darle el pan que pedía de limosna, pero llegaban las rodillas en tierra y su devoción la ponía á los que lo miraban, ni se querían levantar hasta que las daba la bendición que le pedían. Salía también de su ermita enseñando por aquellos pueblos la doctrina cristiana, llevando en la mano una campanilla, con que llamaba y congregaba á los niños. Y aunque él llamaba y convidaba á los niños para su doctrina, no venían sólos ellos porque los pueblos enteros acudían, así hombres como mujeres á ver y oir hablar de Dios á un hombre que les parecía había bajado del cielo y que se les enviaba Dios para su enseñanza y ejemplo. Exhortábanse unos á otros diciendo: «Vamos á oir y aprender lo que nos dirá del cielo este varón tan santo que con ejemplo tan nuevo en la flor de su edad ha acoceado el mundo, despreciado la grandeza, desamparado su patria, hijos y prosperidades y todo lo ha trocado por unas alforjas y una campanilla para llamar las gentes y enseñarles el camino de la bienaventuranza.»

Mucho había que admirar en los Padres que estaban en la ermita de Oñate, principalmente en el Superior de todos el Padre Miguel Ochioa, persona de mucha santidad y raras maravillas. Daba vista á los ciegos, habla á los mudos, pies á los cojos y sanaba tantas enfermedades que traían á él de toda la comarca y de partes muy lejos, los enfermos para que les pusiese las manos y recibiesen de él la salud, la cual también dió repentinamente al Padre Juan de Polanco. Con todo eso lo que más espantaba á los pueblos, era un Duque hecho mendigo por Cristo y predicador con palabra y ejemplo de su divina doctrina, aunque no le habían visto hacer entonces milagro alguno; pero el de su ejemplo era tan grande, que les espantaba más que los muchos y continuos que hacía su Rector. Venían á oir al bienaventurado Padre San Francisco tantos, que le obligaban á hacerles pláticas y sermones, sin haberlos preparado. Unas veces se entraba por esto en las iglesias y otras veces en las plazas, como muchos Santos lo han usado y lo usan, llevando á los en-

fermos de espíritu, que no tienen fuerzas para ir á las iglesias, la palabra de Dios á sus plazas y á sus corrillos así como se lleva el cuerpo sacratísimo de nuestro Dios y Redentor, á los enfermos del cuerpo que no tienen fuerzas para irle á recibir á los templos. Lo primero que hacía era enseñar á los niños con mucha llaneza, las oraciones y mandamientos y artículos de la fe y las obras de misericordia y lo demás que es necesario ó muy provechoso á todos los fieles. No se desdeñaba de bajarse y medirse con la edad, capacidad y necesidad de los que se llegaban á oirle. Luego les preguntaba una y muchas veces lo que convenía que se les quedase firme en la memoria, y después para los grandes y más entendidos, tomaba alguna materia ó punto de un Evangelio y declarándole literalmente sacaba de él doctrina moral y llana para sus costumbres, dando su pasto espiritual á cada estado y suerte de personas. De esta manera hacía sus correrías llegando á San Sebastián y hasta la ciudad de Vitoria, donde muchas veces enseñó la doctrina cristiana y predicó. El vestido que traía era tan sencillo y pobre, que se conocía bien que era más honesta cobertura del cuerpo, que abrigo; porque defendiéndole de la desnudez, no le defendía, ni del fervor del estío ni del rigor del invierno y con ninguna mudanza, ni de tiempos ni de lugares le quitaba ó mudaba, ni tampoco le renovaba aunque estuviese gastado y envejecido, sino era engañándole de noche quien, sin que él lo conociese, le quería trocar por otro menos gastado ó mandándoselo quien para ello como Superior tenía facultad.

## CAPÍTULO IV

### La fama que derramó de sí por toda España.

Virtudes tan heróicas esparcieron tanta fama de sí que se derramó hasta provincias muy distantes y, como veremos después, por toda España y aun por toda Europa, porque aunque el bienaventurado Padre San Francisco se había retirado á aquel rincón de la provincia y estaba en su ermita de la Magdalena tan recogido y apartado del bullicio de la corte y de la conversación de los hombres, no por eso dejaban sus cosas de salir á luz y de publicarse y extenderse por todos los reinos de España, acrecentándolas la fama, como suele y dando ocasión á los hombres para hablar de ellas, cada uno según su gusto y afi-

ción. Los hombres carnales, como tenían los ojos puestos en la tierra y los corazones arraigados en la vanidad, juzgando con su humana prudencia (que como dice el Apóstol es desatino y locura) lo que el Padre San Francisco había hecho, decían que había sido disparate, que un hombre de su calidad en la flor de su edad y en el tiempo de tanto favor y propio para gozar de su grandeza y de acrecentarla para sus hijos, lo hubiese todo dejado y trocado por un hábito pobre de religioso, con tanto menosprecio del mundo. Pero toda la gente virtuosa, cuerda y grave, quedaba admirada de una tan maravillosa mudanza, y alababa al Señor, que había enviado en sus días un ejemplo tan raro como este al mundo y con él renovado los ejemplos de los santos antiguos, que en todos los siglos le despreciaron y se abrazaron con la cruz de Jesucristo y siguieron la perfección evangélica. Apenas se hablaba de otra cosa en España, defendiendo los prudentes lo que los mundanos condenaban. Entre otros, aquel gran siervo de Dios fray Bernardino de Arévalo, el cual después de sus ásperas penitencias y fructuosa predicación, acabó tan loablemente su vida en el monasterio del Abrojo de Valladolid.

Llegó este religioso un día acaso en la corte á una conversación de caballeros y halló que algunos de ellos murmuraban del duque de Gandía, porque siendo padre de tantos hijos mozos y señor de tantos vasallos, había desamparado los unos y los otros; ponían á su cargo ciertos bandos y alborotos que hubo en el reino de Valencia, porque decían que si él allí estuviera ó aquel fuego no se hubiera emprendido ó fácilmente se apagara. No pudo el santo celo de fray Bernardino sufrir con paciencia una plática tan indigna de caballeros cristianos, y díjoles con alguna indignación: «callen, callen, por amor de Dios y entiendan que todo eso que dicen es dictamen de la carne y mengua del espíritu de Dios. Yo ciertamente no puedo tener paciencia que en tierra de católicos haya quien tan libremente se atreva á vituperar la perfección cristiana y consejos evángelicos. Creánme señores, una cosa; que si el rey San Luis de Francia hubiera por Dios, renunciado á sus hijos el reino, aunque ellos después no hicieran lo que eran obligados, él por haberle renunciado y héchose pobre de Cristo por su amor é imitación fuera más santo de lo que fué y ahora tuviera más gloria en el cielo de la que tiene.» Con esta reprensión puso silencio aquel verdadero discí-

pulo de San Francisco á los que en su presencia disminuían la gloria á un hecho que tanto la merecía.

El arzobispo de Toledo D. Juan Martínez Siliceo, con ser muy contrario á la Compañía, dijo: «Que si hubiera conocido á San Francisco de Asís, hubiera conocido á tres Franciscos santos, que eran San Francisco de Asís, San Francisco de Paula y el Santo Francisco de Borja, porque á todos tres tenía por Santos y sólo había conocido á los dos postreros.» En otros muchos causó tanta admiración aquella vida apostólica que hacía que venían de muy lejos á verle como un gran prodigio que puso Dios sobre la tierra. Vinieron á visitarle muchos señores y entre ellos el duque de Gandía D. Cárlos y D. Alvaro de Borja sus hijos, y D. Martín de Aragón, duque de Villahermosa, su cuñado, y el conde de Lerma y el marqués de Alcañices, sus yernos. Otros señores y Prelados le enviaban á visitar y á dar la norabuena del nuevo estado que había tomado, y algunos le rogaban que los guiase y enderezase por el camino cierto de su salvación.

Entre estos fué uno D. Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda, Virrey que entonces era del reino de Navarra, al cual vino gran deseo de ver al nuevo predicador y comunicar familiarmente con él las cosas de su conciencia y gobierno, y para salir con su pretensión le despachó un caballero, criado de su casa, con una carta que decía así:

«Muy ilustre señor é ilustrísimo Padre:

»Esta ciudad y reino de Navarra está, con lo que acá se oye y llega de esa provincia, con gran deseo y necesidad de gozar algunos días de la presencia de vuestra señoría: si fuésemos tan dichosos que nos alcanzase alguna parte de lo mucho que goza Guipúzcoa, lo estimaríamos por gran regalo de nuestro Señor, y para mí en particular sería señalada merced. Y si mi oficio se acordase con mi deseo, yo fuera en lugar de ésta á procurarlo; mas bien sabe vuestra señoría (como quien lo ha probado) que no es lícito al Virrey poner los pies fuera de la jurisdicción y términos de su provincia. Pero podría ser esta la traza, si vuestra señoría quiere hacernos esta merced, que ambos partamos el camino, llegándonos hasta la raya de estos reinos, pues no tengo yo más licencia, y si llegados ahí fuera servido

de llegarse hasta Pamplona á consolar toda nuestra gente (que no menos que yo le desean ver y servir), yo le acompañaré desde allí. Y créame vuestra señoría que no es esto gana de renovar la amistad antigua, ni tampoco curiosidad de ver cosas nuevas, sino puro deseo de aprovechar y mejorar algo mi alma con el consejo y doctrina de vuestra señoría, á quien suplico me mande dar aviso de lo que en esto piensa hacer. De Pamplona.»

A esta carta respondió el Padre San Francisco al Virrey, que su señoría perdiese cuidado de lo que le escribía, porque él le tendría de dar orden como se viesen con brevedad, y de avisarle el cuándo y cómo. Esto escribió, y luego que se partió el criado del Duque, se partió él también, con dos compañeros, para Pamplona, adonde llegó estando el Duque de ello bien descuidado, el cual le llevó por fuerza á posar á su casa, y se encerraba con él muchas horas á tratar las cosas de su alma, pidiéndole consejo para gobernar sus vasallos y aquel reino que estaba á su cargo. Y quiso que el Padre le dejase por escrito una instrucción de todo lo que ha de hacer un señor y gobernador y padre de familia cristiana. Y el santo Padre lo hizo y se la dió, y el Duque la estimó y tuvo en mucho. En Pamplona predicó diversas veces en la iglesia Catedral, con extraordinario concurso y admiración. Visitó algunos monasterios de frailes y de monjas, animando á todos con su vida y con su doctrina á la perfección de su estado. Acompañábale siempre el Virrey, que no se sabía apartar de él. Después que hubo cumplido con la devoción del Duque y de toda aquella ciudad, se volvió á su deseada ermita de Oñate por la provincia de Alava, predicando en todas partes con notable fruto y edificación, alabando todos al Señor por lo mucho que servía en las obras del bienaventurado Padre.

## CAPÍTULO V

### El Infante de Portugal D. Luis desea imitar á San Francisco de Borja, entrando en la Compañía, y escríbele.

CORTOS eran los reinos de Castilla para la grande fama y opinión de santidad que por todas partes derramaba el siervo de Dios Francisco, porque dió tan grande estampido la mudanza y nueva vida que hacía con tan provechosos efectos, que

resonó en Portugal con tan gran voz, que hizo extremecer los más altos cedros, y herido de Dios el infante D. Luis, hermano de D. Juan el tercero, rey de Portugal, y de la emperatriz doña Isabel, ya difunta, deseó imitarle y entrar en la Compañía, en lo cual después se confirmó más con la vista de su ejemplo, como en su lugar veremos, pero su fama sola le causó grande admiración.

Para que mejor esto se entienda quiero poner aquí la carta que este cristianísimo Príncipe escribió al santo varón Francisco, en la cual muestra bien su gran prudencia y piedad y la estima que del santo Padre hacía, y asimismo lo que el siervo de Dios le respondió. La carta que el Infante escribió al Padre San Francisco es la que sigue, al pie de la letra:

«Muy reverendo Padre:

»Otras tengo escritas á vuestra reverencia, y en la presente solamente añadiré que recibiré gran contentamiento si lo que por ellas he pedido se pudiese hacer sin algún disgusto suyo, porque aunque el hacerse me importa mucho por los fundamentos que en esta obra tengo puestos, ninguna cosa mía puede tanto importar como la consolación y acontentamiento que siempre por los tiempos pasados deseé á vuestra reverencia, como es Dios buen testigo. Y si no lo mostré exteriormente tanto en muchas cosas que deseé mostrarlo, también sabe Dios que no fué ni por falta de amor ni de buen deseo y voluntad que tengo á los pasados y presentes de la casa de vuestra reverencia, la cual habéis hecho mucho más ilustre con dejarla. Y esta sola razón basta, aunque no hubiera otras como las hay, para que yo sea más obligado y deseoso de darle todo contento, pues ya se ve que ahora ningunas otras cosas le dan á vuestra reverencia sino las que contentan á Dios nuestro Señor. El sea muy alabado por esto. Maravilloso es Dios en sus siervos, y sus misericordias no tienen fin. Dele vuestra reverencia gracias infinitas, porque su conversión hace mayores frutos de lo que vuestra reverencia piensa. De mí lo sé certificar, que sus palabras muchas veces me suenan en mis orejas como si las estuviese oyendo de su boca y considero sus pasos como si presente los tuviese. ¡Oh bienaventurado siervo de Dios, que en tiempo de tan grandes perturbaciones, ha sabido hallar la paz del hombre interior, de-

jando al mundo burlado á lo mejor del juego que él armaba con engaños, y recogiendo los sentidos y potencias á la voluntad pura y justa del Señor; en lo cual consiste esto poco que de felicidad se puede remedar en esta vida y lo que sin medida y sin fin se desea gozar en la otra! Por esto, señor, pido encarecidamente á V. R. que de aquí adelante tenga memoria de mí y siempre me encomiende en sus devotas oraciones y sacrificios, para que el Señor me enseñe el propio camino de su voluntad, y sin nunca tener otra, viva y acabe en ella, dónde y como su Divina Majestad fuere servido. Y si V. R. de mí mandare alguna cosa entienda que lo haré con mucho gusto de complacerle en todo. De Almeriná 13 de Julio de 1551. Infante D. Luis.»

A esta carta del infante D. Luis respondió el Bienaventurado P. San Francisco lo que aquí pondré:

«Serenísimo señor:

»El Espíritu Santo, que es llamado padre de pobres y es remunerador de las misericordias que á ellos se hacen, retribuya á vuestra Alteza la merced que con sus cartas he recibido de su muy poderosa mano, que no fué pequeña haberse servido de acordarse de este su siervo y tan miserable pecador; y mas queriéndose servir de mí en cosa que es toda de vuestra Alteza, pues tan particularmente toda la Compañía de Jesús, hasta el mínimo de ella que soy yo, nos gozamos mucho en el Señor nuestro de llamarnos y tenernos por siervos de vuestra Alteza. Veo tanto en las cartas de vuestra Alteza, y por la mano que las escribe, la mano interior del Señor eterno, que no sé cómo diga y explique lo que en ellas se me trasluce. Bien sé decir y afirmar que mi alma se ha consolado mucho más de lo que sabría encarecer. Y aunque estaba de antes muy rendido al servicio de vuestra Alteza, por las mercedes recibidas, se ha de nuevo rendido á desear más servir y mostrarse agradecido á ellas. Y así espero en el Señor me dará gracia para que continuamente me emplee en suplicar á su inmensa bondad ensalce á vuestra Alteza en lo exterior y le humille en lo interior para sublimarle más en el cielo. Bendito sea aquel Señor. *Qui aufert spiritum Principum*, que si en eso es terrible con los otros príncipes, no lo ha sido con vuestra Alteza, sino muy piadoso y benigno, en quitarle aquel espíritu que algunos de los príncipes suelen tener, que es

espíritu levantado, desconocido é ingrato á su Dios; y en lugar de este le ha dado el espíritu principal, del cual deseaba y pedía ser confirmado el Santo Príncipe y Profeta David. ¡Oh serenísimo y cristianísimo señor, y qué buenas y dichosas ferias ha hecho vuestra Alteza; y cuán mejorado ha sido en tercio y quinto entre los otros príncipes! ¡Oh, cuánto debe Portugal á Dios, por haberle dado príncipes sin espíritu de príncipes! ¡Oh, Señor, y quién supiese entender qué cosa es faltar en el príncipe el espíritu de príncipe y ser confirmado de espíritu principal! ¡Oh, quién supiese decir la diferencia que hay del uno al otro; y como el uno es de guerra y el otro de paz; el uno desconsuela y enfada y el otro es consolador; y al fin el uno es espíritu humano y el otro divino! ¡Oh, qué ganancia sería, si la diligencia que se pone en probar los usos del mundo y de la carne, se pusiese en probar y experimentar los del espíritu celestial, como nos lo aconseja el Apóstol diciendo: que probemos los espíritus y conozcamos si son de Dios! ¡Oh, cuántos se desengañarían de sus errores y engaños que los traen tan ciego! Mas, el dolor es, que se pone tanta industria y diligencia en los unos y tanta negligencia en el otro. Y por esta causa dan tantas sentencias contra el buen espíritu, porque le condenan sin llamarle, sin conocerle y sin oirle, y síguese y crécese el propio espíritu, que es ciego y terreno y nos lleva á tantos despeñaderos, pidiendo la razón y la verdad de Dios, que este se dejase y olvidase y se buscase y procurase el espíritu principal. Vendrá día cuando se haya de pasar el golfo de este siglo, en que estos engaños se conozcan, donde muchos se hallarán burlados, llenos de espíritu que era de tinieblas, vanidad y falsedad, y vacíos del espíritu de Dios que los debiera llegar al puerto de la eterna felicidad. Y por esto, poderoso señor, doy yo muchas gracias á nuestro Señor, viendo á vuestra Alteza tan ajeno y apartado del mal espíritu propio, y tan deseoso y ansioso por el espíritu principal. Este es el que hace rendir al espíritu propio como lo experimentaba aquel santo Rey que decía: *Expectabam eum qui salvum me fecit á pusillanimitate spiritus et tempestate.* Este es aquel divino espíritu, *qui ubi vutt spirat* que entra y vivifica dónde, y cómo y cuando le place. Este es aquel espíritu el cual y con el cual clamamos *Abba Pater*, porque es espíritu de adopción. Este es el que debemos encender siempre con los manojos de dolores y obras hechas en caridad, porque con esto se cumplirá lo que San Pablo man-

da. No queráis apagar el espíritu. Este es el que (como yo espero de la divina bondad) se acrecentará siempre en el alma de vuestra Alteza, y á su entrada dirá con el otro santo Príncipe: *Defecit spiritus meus.* Y no hallará en sí otra voluntad y querer sino lo que el espíritu del Señor quiere y manda; ni su entendimiento buscará, ni se ocupará, ni abrazará sino las verdades que la santa Iglesia católica nuestra Madre le enseña; ni su memoria se acordará de las criaturas, sino para reducirlas al Criador y tomarlas por escaleras para subir á su conocimiento y amor. Pues todas las criaturas resplandecen más y son más lindas en el Criador que en sí mismas y en él dan gozo considerándolas; y sin él dan pena deseándolas y temor poseyéndolas y dolor dejándolas. Si con el espíritu de Dios vuestra Alteza vive, vivirá vida verdadera y sus sentidos no buscarán ni querrán otros deportes y gustos que no sean conformes al espíritu y voluntad divina; y con esto podrá decir de verdad: *Deficit spiritus meus.* Y de aquí subirá á decir: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Pluguiese al Redentor y Señor nuestro que yo pudiese con verdad decir: *Deficit spiritus meus.* Mas pues siquiera en lo exterior con la mudanza del estado, parece que ha faltado mi propio espíritu por la gran misericordia de Dios, que me llamó y se dignó recibirme entre los siervos de su casa: ofrezco á vuestra Alteza, que aunque antes estaba ya atado, ofrecido y obligado, de hoy más ofreceré la voluntad que sola me queda, y el deseo persuadiéndome yo, que pues Dios nuestro Señor la recibe y se contenta con ella (cuando no hay otra cosa con que servirle) que también vuestra Alteza la recibirá; pues es su voluntad conforme á la Divina, cuya caridad infinita guarde su muy alta y poderosa persona, para la engrandecer más en su Reino eterno. Amen. De Oñate 15 de Agosto. *Francisco Pecador.*»

Esta carta es como un claro espejo en que se puede echar de ver el gran espíritu de este siervo de nuestro Señor. No entró el infante D. Luis en la Compañía, porque nuestro P. San Ignacio lo estorbó, porque no hubiese falta de sucesión en aquel reino de Portugal, como después la hubo; y temiendo esto y lo que por ello podían murmurar las gentes, juzgó por más prudencia no admitirle y por otras razones como después diremos.

## CAPÍTULO VI

**Extiéndese por Europa la fama de su santidad y quiérele hacer cardenal el Papa Julio III.**

Salió de los reinos de España la fama de la ejemplar vida del duque de Gandía, ya religioso de la Compañía de Jesús y llenó á Europa, esparciendo por reinos muy apartados la suave fragancia de sus heroicas virtudes. Especialmente recreó á Italia y Alemania, donde tenía muchos que le habían conocido en otro estado, lo cual fué ocasión que le quisiesen inquietar del humilde en que vivía y había escogido por más seguro; pero cuanto él más había procurado huir las grandezas y honras de este mundo, ellas, como sombra, iban tras él y le seguían. Pensaba que estaba seguro con haber dejado el mundo y que ninguno se acordaría de él, porque él estaba olvidado de todos; pero cuanto él más se escondía, tanto más Dios N. S. le manifestaba, y cuanto más se aborrecía y despreciaba, tanto era más amado y estimado de los buenos. Como supo el emperador don Carlos la renunciación de su Estado, que el P. San Francisco había hecho en su hijo y la vida tan ejemplar que hacía, parecióle que sería gran servicio de nuestro Señor, que un hombre como él fuese Cardenal y uno de los grandes príncipes de la Iglesia. Hubo también causa para procurar el César esto con más instancia, y fué que pocos días antes habían muerto en la Transilvania al cardenal fray Jorge Martinusio, obispo daradino y vaiboda, los capitanes y ministros de D. Fernando, rey de Hungría, hermano del Emperador, y era fama haberse esta muerte ejecutado por mandato del mismo rey de Hungría por informaciones y avisos que de Constantinopla tuvo, que aquel prelado en daño de sus reinos y de toda la cristiandad, traía perniciosos tratos con el gran turco Solimán, de la cual calumnia se purgó bastantemente el rey D. Fernando. Y como de esta violenta muerte del cardenal húngaro había nacido escándalo, y de ella se platicaba diferentemente entre los cardenales, que la verdad de su inocencia ó culpa, se revelara en su día, deseaba el sabio emperador D. Carlos como celoso y solícito del bien universal de la Iglesia, dar de su mano á aquel sagrado Colegio un Cardenal de tales calidades, que con el valor y ejemplo de su vida, olvidasen aquellos Reverendísimos Padres el gran

sentimiento que mostraban por haberse sacado de su gremio uno con muerte tan atroz é indigna de aquel lugar y por esta causa hacía gran instancia con la Sede Apostólica por esta promoción. Representólo á la Santidad del Papa Julio III y suplicóle que diese el capelo al beato P. Francisco, porque demás de darse á persona que tan le merecía, él recibiría en ello particular gracia y favor. Poco fué menester para persuadir esto á Su Santidad, porque como ya conocía y había tratado antes al P. San Francisco el tiempo que estuvo en Roma y le había juzgado digno de aquella dignidad y de suyo pensado dársela, fácilmente vino en lo que el Emperador le pedía, y así se resolvió de hacerlo con grande aprobación y contentamiento del Sacro Colegio. Supo esta determinación del Pontífice, San Ignacio que estaba en Roma, y temió que si tenía efecto, se menoscabaría el buen crédito que el beato P. Francisco había ganado en todas partes y se daría ocasión á los que la buscan para murmurar y decir que no era oro todo lo que reluce, ni verdadera devoción todo lo que lo parecía; y que el renunciar el Duque su Estado había sido para dejarle á su hijo y tomar el capelo para sí. Y asimismo que por ventura con este ejemplo se abriría en la Compañía la puerta á la ambición que es el veneno de toda virtud y religión. Por estas razones se determinó San Ignacio de poner todas sus fuerzas para estorbar que no pasase adelante lo que se tenía ya por concluido ni se diese el capelo al santo P. Francisco. Para esto habló al Papa y le persuadió que le ofreciese el capelo pero que no le obligase á aceptarlo, porque con esto su Beatitud honraría la persona del P. Francisco y cumpliría con el Emperador y con el Colegio de los Cardenales y con todo el mundo, y mostraría su santo celo y no afligiría á aquel siervo de Dios ni pondría en peligro á la Compañía, la cual recibiría señaladísima merced en que Su Santidad hiciese lo que él en su nombre y de toda ella le suplicaba. Hízolo así el Papa convencido de las razones que le dió San Ignacio y ofreció el capelo al santo P. Francisco que estaba en su rincón bien descuidado de lo que en Roma se trataba. Cuando lo supo se afligió en gran manera, por ver que la voluntad del Papa había pasado tan adelante, y consolóse cuando entendió que San Ignacio con su oración y singular prudencia había dado salida á un negocio tan dificultoso y alabó al Señor, que le había puesto en sus manos aquella dignidad, para ofrecérsela de nuevo, como le ofreciera con ella todo el mundo, si

fuera señor de él; y así respondió á Su Santidad con el agradecimiento que debía, suplicándole que le dejase acabar en lo que había comenzado y morir en su santa pobreza.

No se vió en este trabajo esta sola vez el P. San Francisco, porque otra vez el mismo Papa Julio III quiso darle el capelo á suplicación del príncipe D. Felipe, que después reinó, el cual lo trató por medio del cardenal Juan Pagio, Nuncio de Su Santidad. Pero después que el Cardenal se vió en Santo Domingo de la Calzada con el P. San Francisco y le habló de esta materia y oyó las razones que el santo Padre le alegó y le vió tan firme y constante en no aceptar aquella dignidad, quedó tan convencido que dió aviso al Papa y al Príncipe de lo que pasaba y que no convenía apretar y afligir tanto aquel siervo de Dios. No obstante esto cuando el mismo Príncipe se fué á casar con la reina de Inglaterra, tornó á tratar con el mismo Pontífice que le diese la sacra púrpura pues tan bien la merecía y no tuvo efecto por interceder para ello la princesa de Portugal que se compadeció de la pena que recibiría el santo Padre y por entender que edificaba más al mundo con su ejemplo religioso. Después el Papa Paulo IV, que estimaba mucho al siervo de Dios, tuvo el mismo intento, lo cual entendido por el santo Padre se excusó de ir á Roma á la elección de general cuando murió nuestro Padre San Ignacio, por la misma causa no quiso ir á Roma, hasta después de la muerte de Pauló III, porque este Pontífice, como muy favorecedor de la casa de los Borjas, ya que el siervo de Dios no admitió un capelo que le ofreció para uno de sus hijos, deseaba dársele á él. También los Papas Pío IV y Pío V algunas veces estando el Santo Padre Francisco en Roma trataron de darle el capelo y cada vez que se hablaba de ello se congojaba y afligía por extremo y le costaba muchas lágrimas y gemidos y penitencias, suplicando á nuestro Señor muy afectuosamente, que pues le había hecho merced de sacarle del siglo y hacerle pobre por su amor, que no permitiese que por sus pecados volviese al golfo tempestuoso de donde había salido, ni tiznase y abatiese su ánima con el afecto y amor de las riquezas. Una vez hablando de esta materia con el Padre Gaspar Hernández su confesor, le dijo que había muchos años que suplicaba á nuestro Señor de todo corazón, que fuese servido llevarle de esta vida antes que permitir tal cosa, y así se lo cumplió el Señor, habiendo rehusado siete veces el capelo en su persona y otra en la de un hijo suyo.

# CAPÍTULO VII

**Mándale San Ignacio que salga de aquel enterramiento de Oñate.**

No deseaba el siervo de Dios otra cosa, sino que le tuviese tan olvidado el mundo como él le tenía, y así quedó contentísimo cuando se vió libre del capelo, que negocio de tanto cuidado y pena para él se había acabado con tanta paz y quietud, por la cual él suspiraba y pensaba tener en aquella ermita de la Magdalena: allí estaba ocupado en las ocupaciones que hemos dicho y juntamente entregado á la contemplación de las cosas divinas y escribiendo algunas cosas de grande espíritu y devoción para encender las almas en el amor divino. Particularmente escribió aquí un devotísimo libro, que trata de las excelencias y perfecciones dadas de mano del Padre Eterno á la santísima ánima de Jesucristo desde el punto de su creación y encarnación, hasta que por la resurrección volvió á vivificar el cuerpo sepultado, del cual por la muerte se había apartado en la cruz, el cual tratado fué de gran doctrina y espiritual fruto para enternecerse y enamorar nuestras almas viendo lo mucho que por ellas hizo el Hijo de Dios. Empleándose el Santo Padre en estas ocupaciones que hemos contado, estaba bien descuidado de salir de aquella provincia pensando que aquella santa morada le había de ser su perpetuo nido y que le serviría aquella ermita en vida de oratorio y en la muerte de sepultura y decía con gran reposo de su espíritu con el Profeta: «Este es mi descanso para siempre, aquí tengo de morar, pues le escogí.» Mas, despertáronle de este reposo, al mejor sueño, con una obediencia de nuestro Padre San Ignacio su General, que con expresa obligación le ordenaba (aunque con dulces y amorosas razones) que no porfiase ya de guardar más aquel rincón, pues Dios no le había llamado y traído á la Compañía para que buscase la soledad y su contento particular, sino para que ayudase á la salvación de muchos prójimos, saliendo por el mundo y padeciendo trabajos y renunciando su propio sosiego y gusto por el bien de sus hermanos, por cuyo amor y celo vino el Hijo de Dios del seno del Padre, á tomar en hábito peregrino de nuestra carne mortal, fatigas y dolores y á poner la vida como buen Pastor por la salud del ganado encomendado, y con esto le acordaba, que no le sacó

Dios á él de su encerramiento y recogimiento de Gandía para que le volviese á hallar en Guipúzcoa: mas que se tuviese por citado y llamado con aquel mensaje que Dios nuestro Señor envió con su profeta y secretario Isaías (1). Súbete al alto del monte, tú que llevas las buenas nuevas á Sión, ensalza tu voz con fortaleza y no tengas temor tú que predicas á Jerusalén. Por lo cual dice la carta del Santo Patriarca San Ignacio: «En el nombre de Dios os exhorto, Hermano carísimo, y ordeno que saliendo de esa provincia paséis á la corte de Valladolid y vayáis por diversas partes, cuanto la corporal salud lo sufriere, cumpliendo con tantas personas principales, que para bien de sus almas os han deseado y llamado, y juntamente ayudad y dad valor á esos pequeños principios de fundaciones de colegios de la Compañía, según que en el Señor entendiéredes que será mayor gloria suya». Salió el Padre San Francisco con esta obediencia de Oñate, y con muchos suspiros se apartó de su dulce ermita; la cual á la despedida dejó bañada de copiosas y regaladas lágrimas, porque le decía el corazón que aquella era la última vez que en sus mortales días la había de ver. Fué á la casa de la Reina, lugar del condestable D. Pedro Fernández de Velasco, cuya mujer era Doña Juliana Angela de Aragón, duquesa de Frías, tía del Santo Padre Francisco y prima hermana de su madre, la cual muchas veces le había rogado que la visitase. No quiso aposentarse en su casa, por mucho que fué importunado sino en una pobre casilla. Trató la Duquesa con el Santo Padre las cosas de su conciencia y del buen gobierno de su casa y vasallos. De allí pasó á Burgos y predicó en la iglesia mayor, á petición de su cabildo y de la ciudad; y despidiéndose brevemente tomó el camino para Valladolid donde estaba la corte, y muy pocos Padres de la Compañía que habitaban en una pobre y estrecha casilla del hospital de San Antonio. De Valladolid fué á Toro, llamado de la princesa de Portugal Doña Juana, donde estuvo la Semana Santa predicando y haciendo pláticas espirituales á la misma Princesa y á la gente de su palacio con grande gusto y aprovechamiento de sus almas. De Toro llegó á Salamanca, donde predicó, y algunos estudiantes de raros ingenios con su ejemplo se movieron á entrar en la Compañía: de Salamanca vino á Tordesillas, donde estaba enferma la reina Doña Juana; y

(1) Isai., 40.

aunque allí procuró la condesa de Lerma su hija, de sacarle del hospital y aposentarle en palacio, nunca pudo acabar con él. De Tordesillas volvió á Medina del Campo y predicó en la primera misa que dijo el Padre Antonio de Córdoba y dió calor al colegio de la Compañía que algunos años antes estaba comenzado en aquella villa. Allí le vinieron cartas de la marquesa de Priego, madre del Padre Antonio de Córdoba y de la duquesa de Arcos, hermana del mismo Padre y de la duquesa de Medinasidonia (que todas eran deudas muy cercanas del Padre San Francisco; y la de Medinasidonia tía, hermana de su madre), en las cuales le rogaban y pedían con mucha instancia que les viese. Juzgó el Santo Padre, que sería servicio de nuestro Señor cumplir con aquellas señoras y con esta ocasión dar en la Andalucía noticia de la Compañía. Y así se partió luego para ella y anduvo las estaciones de Montilla, Marchena y Sanlúcar enseñando la doctrina cristiana y predicando y tratando en sus conversaciones y pláticas familiares con estas señoras del bien de sus almas y del gobierno de sus familias y Estados y declarándoles el Instituto y fin de la Compañía y dejándolas aficionadas á ella y deseosas de favorecerla y de tenerla en sus estados; y no menos admiradas y edificadas de lo que veían en el Santo Padre y oían de él.

Pero antes de acabar este capítulo quiero contar una cosa que le aconteció en el camino, cuando fué de Castilla á Andalucía, que muestra mucho su gran paciencia y humildad. Yendo por Sierra Morena, con sus compañeros (que eran los Padres Antonio de Córdoba y Bustamante) llegó á una venta que tenía sólo un aposentillo, en el cual un caminante que había llegado antes había puesto su hato y salídose á pasear fuera de la venta. El P. San Francisco, no sabiendo nada de esto (como era tan amigo de oración) luego se entró en aquel aposento, pensando que estaba desocupado y se hincó de rodillas y se puso en oración: cuando volvió el caminante, hallóle de esta manera y creyendo que era algún clérigo que hacía del devoto y le quería quitar su aposento, se enojó terriblemente y comenzó á dar voces y amenazarle y decir que le había de dar de palos por su descomedimiento. El Santo varón, así como estaba puesto de rodillas, se volvió á él con mucha paz y humildad y le dijo, que por amor de Dios le perdonase y se sosegase, porque no era su intención quitarle el aposento, sino dársele si él le hubiera toma-

do antes y fuera suyo, y que en lo que decía de los palos que él estaba aparejado para recibirlos y que bien los merecía por sus pecados. A las voces, llegaron otros que conocieron al siervo de Dios y á sus compañeros y dijeron al hombre quiénes eran. Quedó confuso y corrido, echóse á los piés del Santo Padre, pidióle perdón y que rogase á Dios por él. El siervo de Dios le levantó del suelo y le abrazó amorosamente y le hizo sentar cabe sí y le rogó que de allí adelante tuviese más paciencia y refrenase la ira cuando se le ofreciese ocasión de sufrir algo por amor de Dios; aunque le pareciese que la razón estaba de su parte.

## CAPÍTULO VIII

### Los reyes de Portugal llaman al siervo de Dios, para aprovecharse de su doctrina y ejemplo.

Con la salida que hizo el siervo de Dios Francisco por los reinos de Castilla, se vió ya con los ojos ser mayor la santidad de su vida, que había publicado la fama, la cual ya más acreditada con la vista de más testigos, causó por todas partes tan grande admiración, que los serenísimos reyes de Portugal, don Juan el tercero y doña Catalina, tuvieron deseo de verle y cocomunicarle, por lo mucho que oían decir de él; y así lo significaron al P. Maestro Jerónimo Nadal, que á la sazón se hallaba en Lisboa, enviado de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio, por Comisario general en todos los reinos de España y le pidieron que enviase á llamar el Santo Padre Francisco. El Padre Nadal respondió, que aunque él era Comisario general, el P. Francisco no era su súbdito, ni él podía mandarle que viniese á Portugal, porque San Ignacio le había eximido de su obediencia. Mas, que él le avisaría de la voluntad de sus altezas y que tenía por cierto, que dando de mano á cualesquiera otros negocios vendría luego por servirles y darles gusto, como era razón. Recibió el Padre San Francisco el aviso y juzgó que no podía faltar al mandato de tan grandes príncipes y tan singulares protectores y señores de la Compañía (que con verdad así lo podemos llamar) y él era tan humilde, que bastara que el P. Nadal, siendo Comisario general, aunque no superior suyo, se lo significara para obedecerle luego: y así se partió para Portugal llevando consigo al Padre Bustamante. Llegaron á Lisboa, donde el Santo Padre fué recibido de aquellos piadosísimos reyes, con extraordinarias

muestras de favor y contentamiento, usando con él de nuevo y más familiar trato que solían usar con los hombres de su calidad y honrándole más que si todavía estuviera en su estado y antigua grandeza. El día que llegó le envió luego el Rey un caballero de su casa que en su nombre le diese la bienvenida y se le agradeciese, y la Reina otro. Saliéronle á recibir los señores de la Corte y entre ellos el arzobispo de Lisboa, el Nuncio de Su Santidad, el duque de Avero y dos hermanos del duque de Berganza. Al día siguiente fué á besar la mano á los Reyes, los cuales en entrando el siervo de Dios se levantaron y le salieron á recibir algún espacio, quitándose el Rey el sombrero. Dióle luego silla, instándole que se sentase, más no lo pudieron recabar con el humilde Padre, que se estuvo hablándoles de rodillas; por mucho que el Rey hizo para que se levantase y asentase; porque no le miraban, ni trataban ya como duque de Gandía, sino como á Santo, que había hollado y puesto debajo de los pies lo que los otros tanto precian y estiman, para que se entienda cuánto vale más la pobreza y humildad de Cristo que la grandeza y honra del mundo y que Dios nuestro Señor aun acá levanta más á los que se abajan por su amor. La reina doña Catalina particularmente gustó mucho de la comunicación del Padre San Francisco, á quien había cobrado grande afición, desde que en Tordesillas la había servido, siendo niño y ahora como oía sus sermones y sus razonamientos y pláticas espirituales y veía la santidad de vida que en él resplandecía, estaba admirada, le daba grande crédito en todas las cosas de su ánima y en las demás que el Santo Padre la aconsejaba.

Predicó el Santo Padre en Lisboa el día de San Mateo, en nuestro colegio donde concurrió toda la corte á oirle, quedando todos no menos edificados que admirados de su doctrina y espíritu. Dióse entonces principio á la casa profesa de San Roque, en una ermita que estaba fuera de la ciudad, junto al muro y cercada de olivares, y porque se ofrecieron algunas graves dificultades en darse aquel sitio á la Compañía, el Rey mandó á don Pedro Mascareñas (el cual siendo embajador suyo en Roma, negoció que se enviasen los Padres de la Compañía á la India Oriental) que entendiese en este negocio de su parte y allanase todas las dificultades con los cofrades de la ermita de San Roque, como se hizo dándoles el Rey liberalmente, de su hacienda, la recompensa de ella. El día que se hubo de tomar la posesión,

que fué el 1.º de Octubre de 1553, el Rey se quiso hallar presente con el Príncipe su hijo y oyó en la ermita de San Roque la misa que dijo el Padre Nadal y el sermón que predicó el Padre San Francisco, que fué admirable. Y bastaba ver al Santo Padre en el púlpito para que lo fuese, y el príncipe D. Juan, que fué el padre del rey D. Sebastián, volviéndose á los grandes señores que allí estaban, les dijo: «A este predicador sí que huelgo yo de oir, porque predica con obras y hace lo que dice.» En esta ermita después se edificó casa y un templo suntuoso y de los mayores y más hermosos que hay en la ciudad y se ha poblado todo aquel barrio de casas principales. Todo esto se debe al bienaventurado Padre San Francisco, el cual con su presencia dió principio y echó los primeros fundamentos de la casa de San Roque. Después de haber cumplido con aquellos príncipes y personas reales y acrecentado la benevolencia y devoción que antes tenían á la Compañía se volvió á Castilla, donde le llamaban otros negocios importantes y de mucho servicio de nuestro Señor, que cada día se le ofrecían. A la vuelta pasó por Évora, adonde le estaban aguardando el infante cardenal D. Enrique Arzobispo de aquella ciudad, el cual había sido informado por cartas del infante D. Luis su hermano, de todo lo que había pasado en Lisboa con él y le deseaba mucho ver y conocer, y había mandado al Rector de nuestro colegio de Évora, que en llegando el Padre San Francisco le avisase, y quiso que luego el otro día después de su llegada predicase en la iglesia catedral de Évora, y le oyó con grande alegría y le regaló y honró y visitó con extraordinarias muestras de favor y benevolencia. El duque de Berganza D. Teodosio, que estaba en Villaviciosa, ocho leguas de Évora, sabiendo lo que había sucedido en ella y en Lisboa, al Santo P. Francisco, deseando por extremo verle y regalarle y llevarle á su casa al tiempo que él volvía para Castilla, le salió al camino con grande acompañamiento y viéndole desde lejos, se apeó y lo mismo hizo luego el siervo de Dios echándose á los pies del Duque, el cual le llevó á su casa y le tuvo en ella y regaló con gran magnificencia algunos días aunque todo aquel regalo y aparato era nueva cruz y particular mortificación para el Santo varón y en lo que podía lo procuraba excusar. Quedó el Duque muy admirado y edificado de todo lo que oyó y vió en él y con mayor devoción de la Compañía y deseo de acrecentar el favor que siempre, desde que ella comenzó,

le había hecho y los otros señores sucesores de su casa han continuado esta misma protección. Por cualquier parte por donde pasaba el siervo de Dios, derramaba grande fragancia de sus virtudes y ejemplo y ganaba los corazones de todos para la Compañía, la cual religión procuraba nuestro Señor acreditar por su medio.

## CAPÍTULO IX

### Llega á Valladolid y muévela grandemente con su vida y sermones.

Después de haber ilustrado á Portugal con los rayos de santidad que dondequiera esparcía como un claro sol, el siervo de Dios Francisco volvió á Castilla, donde era muy deseado y vino á parar á Valladolid, adonde por estar entonces la corte del príncipe D. Felipe, que gobernaba los reinos de España por el Emperador su padre, le llamaban algunos negocios de gran servicio de Dios nuestro Señor. Llegado á Valladolid se aposentó con los Padres de la Compañía en aquel hospitalejo de San Antonio, el cual en edificios y en estrechura era muy semejante á su antigua ermita de Oñate; mas á aquel rincón le venían á buscar y conversar los señores y los grandes de la corte, con los cuales eran cotidianas las porfías, pretendiendo el santo Padre que no le tratasen con los títulos y cortesías que otros tiempos pedía su estado, y no hallaba para excusarlo mejor remedio que pedirlo en reverencia de Dios hincadas en tierra las rodillas, y alegaba que él no era más que un vil pecador y novicio indigno de la Compañía, y un día dijo sobre esto á D. Bernardino de Velasco, condestable de Castilla: «Vuestra señoría no mira que en hablarme como solía cuando yo era seglar, hace notable agravio á la merced que Dios me ha hecho, pues da á entender que estima en más lo que dejé, que lo que ahora tengo, siendo lo presente tanto de mayor estima que lo pasado.» Como la gente de Valladolid le fué conociendo y oyó decir de él tantas cosas, cuando iba por las calles en aquellos principios le salían á mirar á las puertas y á las ventanas, y echándolo de ver el humilde Padre, todo avergonzado y lleno de confusión, dijo al P. Bartolomé de Bustamante que le acompañaba: «¿No mira Padre, cómo esta gente sale á ver á la gran bestia? De la manera que salen los hombres á mirar con maravilla y espanto á un rinoceronte

ó tigre atraillado, así salen estos con gran razón á mirarme á mí como á fiera bestia atraillada y encadenada con este hábito de religioso, porque sin duda si con estas ataduras Dios no me tuviese atado, peores cosas haría yo que las bravas fieras.» ¿Quién duda sino que con esta humilde confusión se volvía corrido el demonio, que pensando hacerle desvanecer con el viento de las humanas alabanzas y presumiendo que se empinaría sobre sí con vanagloria, le veía humillarse y abatirse, sacando su confusión de donde otros suelen salir lastimados en sus conciencias con pérdida de sus buenas obras?

Oía la Princesa las pláticas y consejos del santo Padre; ayudábase de su espíritu y prudencia en las cosas graves del buen gobierno de los reinos. Y sabiendo la grande estrechura que en la casa de San Antonio tenían los Padres, y la incomodidad de la iglesia, que apenas era capaz para decir misa, cuanto más para predicar, y sabiendo que aun aquella pobreza les querían quitar los cofrades, hizo que á ellos se les pagase el justo valor de su sitio y dejasen libre á la Compañía la casilla é iglesia. Procuró también que del vizconde de Altamira se hubiesen unas principales casas que estaban juntas á San Antonio, y su alteza liberalmente las pagó, y dándolas á la Compañía hizo reparar y acrecentar la iglesia, para que pudiese servir bastantemente para predicar y administrar en ella los Sacramentos. Y aunque cuando el santo Padre vino á la corte estaba ya ejercitado en el púlpito, habiendo predicado en tantas ciudades del reino; pero como entró en Valladolid se deseaba excusar de predicar, pretendiendo que donde concurrían los más insignes predicadores de España, era su púlpito y doctrina poco necesaria, mas no pudo salir con ello.

Y así al principio, rogado de algunos monasterios de monjas, iba á hacerles pláticas y exhortaciones y juntándose todas, las animaba á la observancia de la vida religiosa y al perfecto cumplimiente de sus votos y les declaraba el tesoro escondido y riquezas incomparables del alto estado que profesaban, allí les alababa su encerramiento y estrecha pobreza, y juntamente les mostraba los trabajos, amarguras y peligros de las almas, que por todas partes rodean á los que andan entre las olas del siglo. Tras esto les declaraba, cuánto es mayor la culpa y lo será el castigo de aquellas almas, que habiendo entrado en la casa de Dios y gustado de los regalos y abrazos espirituales del divino

Esposo y participado de sus dones y luz, vuelven atrás en sus caminos y desdicen de su vocación y conversan aseglaradamente y niegan con las obras lo que profesan con las palabras y con las ceremonias exteriores. Con estas pláticas, que fueron muchas y en diferentes conventos, se vió grande mudanza y reformación en muchas personas religiosas y en conventos enteros, que voluntariamente se redujeron á la antigua y verdadera observancia de su instituto.

Después comenzó el siervo de Dios á predicar en su iglesia de San Antonio y en los otros templos más principales de Valladolid, con admirable concurso y notable fruto del pueblo y de los cortesanos. Y aunque él era bien hablado y elocuente, como antiguo cortesano y plático en el lenguaje castellano, pero su predicar era sin humano artificio de arreos de palabras escogidas y afectación procurada para deleitar y contentar á los oídos. El blanco donde tiraban sus sermones, era aficionar las almas á la virtud y enamorarlas de Dios y dar á conocer al mundo las riquezas que tenemos en Jesucristo y en su cruz y Redención si de ellas nos queremos aprovechar. Descubría los lazos del enemigo y daba los remedios contra las tentaciones y engrandecía los frutos de las victorias alcanzadas contra los pecados. Ponía espanto de las penas eternas y convidaba á los hombres á la eterna bienaventuranza que los espera y mostraba los caminos que llevan allá que son lágrimas, penitencia, oración, ejercicios de las virtudes, y uso de los Santísimos Sacramentos de la confesión y comunión, dignamente recibidos. Trataba unas veces de la hermosura de la virtud, otras de la fealdad del pecado, otras de la memoria de la muerte y otras del espantoso juicio de Dios. Unas contaba los soberanos beneficios con que nos tiene nuestro buen Dios obligados. Y otras las miserables caídas del hombre ingrato. Iban las razones en sus sermones tan bien enlazadas y fortificadas con autoridades y ejemplos y figuras de la Escritura, é imprimíalas con tal nervio y fortaleza en las almas, que parecía dejar convencidos los entendimientos y encendidas las voluntades, para no dejar de obedecer y consentir con lo que de parte Dios les proponía. El estudio y aparejo para estos sermones, eran cinco ó seis horas de oración, con la lección del sagrado evangelio y de algún Santo de los padres antiguos y doctores de la Iglesia, sobre el evangelio y misterio que pretendía declarar. No buscaba que saliesen alabando

el sermón sino que se doliesen de haber á Dios ofendido y llevasen firmes propósitos de confesarse y mejorar sus vidas.

Allí en Valladolid declaró al pueblo por modo de lección sacra de la divina Escritura, los Trenos ó Lamentaciones del profeta Jeremías, y el año siguiente los acabó de leer en Alcalá de Henares. A oir estas lecciones, que eran de mucha doctrina y espíritu, concurrían las más principales personas y más doctas de Valladolid y de la Universidad de Alcalá, los maestros más versados toda su vida en escuelas y entre libros de Teología, conocían y publicaban que aquella doctrina no era tomada de los libros y cartapacios que ellos solían leer, ni eran conceptos de ingenios sutiles: antes se mostraba que era ciencia comunicada del cielo de la divina Sabiduría y sacada de los riquísimos archivos de la oración y contemplación, y hallada en la vida cristiana y perfecta. Alabando un día ciertos caballeros delante del duque de Maqueda (que era prudente y leído) los sermones de un teólogo, que en aquella sazón era estimado por gran letrado y famoso predicador, llamado el doctor Constantino (cuya vida y doctrina al cabo se descubrió ser perniciosa y contraria á la fe católica), dijo el duque de Maqueda: «Yo os digo que después que oí predicar en Navarra al Padre Francisco de Borja, he perdido todo el gusto que solía tener en todos los sermones de ese Constantino; porque no sé de qué nace; mas lo que en mí experimento es, que cuando á éste oigo, me marchita la devoción y me envía seco y desabrido el espíritu: mas el Padre Francisco me habla al corazón y casi me fuerza á querer y amar las virtudes que alaba y quiere persuadir; y cuando le veo subir al púlpito, me parece que miro á un ángel, que me viene con embajada del cielo.»

Lo que más edificaba y movía en los sermones del santo Padre, era saber todos, cuán bien obraban sus manos lo que su lengua persuadía y cómo le salía de lo íntimo de su alma lo que enseñaba á los otros. Un día acaeció que acabando de predicar en la iglesia mayor de Valladolid aquel alto Evangelio de las bienaventuranzas, unos graves teólogos, que eran en aquella iglesia prebendados, se juntaron á hablar del sermón, y alabando los canónigos la alteza de la doctrina y el espíritu con que la propuso, uno de ellos, que era el Doctor Alonso Velazquez (el cual habiendo con gran loa presidido en la iglesia de Santiago, con deseo de vida sosegada y santo recogimiento, dejó el Arzo-

bispado), dijo á sus colegas estas palabras: «¿Cómo no predicará bien y con espíritu las bienaventuranzas, un hombre en quien todas ellas se hallan cumplidas, cuanto podamos en la tierra conjeturar y la humana flaqueza lo sufre en esta vida?» Y si lo que este gran prelado y sabio teólogo con breves palabras apuntó se quisiese verificar, recorriendo cada una de las ocho bienaventuranzas, fácil cosa sería declarar su concepto; porque la primera bienaventuranza, que es: Bienaventurados son los pobres de espíritu, bien se ve cuánto la comunicó la divina Bondad á éste su pobre y predicador de la pobreza, porque si entendemos esta pobreza ser la voluntaria desnudez de t dos los bienes temporales, por amor de Dios y el seguir á Cristo con voto de pobreza, guardada exactamente, ya vemos con cuánta alegría y liberal renunciación se desnudó el siervo de Dios de sus títulos y rentas para comprar la desnudez de la cruz. Y si con otros santos entendemos la pobreza de espíritu ser la profunda humildad y sentir de sí bajamente con propio conocimiento y despreciarse en sus ojos; este era el primero y más ordinario ejercicio de la oración y sermones del siervo de Dios, el cual se andaba confundiendo y abatiendo á todas criaturas.

La segunda bienaventuranza de la mansedumbre, no menos resplandece en él, pues nunca supo dar por mal, ni murmurar de ninguno, ni aun quejarse de los que le murmuraban, calumniaban y perseguían. Con esta mansedumbre venció las olas y tempestades que casi le cubrieron y anegaron. Con esta mansedumbre amaba y preciaba á sus perseguidores, porque los miraba como á crisol y fragua en que Dios le probaba para coronar sus virtudes.

La tercera bienaventuranza del llanto y lágrimas y penitencias, bien de veras le asentó, pues sus ojos eran unos manantiales de devotas lágrimas, y su vida era una perpetua penitencia y ejercicio de mortificar su carne y todos sus sentidos.

La cuarta bienaventuranza de la hambre y sed de justicia, le venía muy ajustada, pues le parecía tan poco todo cuanto hacía y trabajaba en servicio de Dios; y siempre quedaba con ansioso deseo y apetito de crecer en la justicia y santidad y venciéndose á sí mismo. El mismo celo, ansia y hambre tenía de que todos sirviesen á Dios en santidad y justicia, procurando con todas sus fuerzas que los males y pecados se desarraigasen de la República.

La quinta bienaventuranza, que abraza la misericordia y

compasión de las calamidades ajenas, la tuvo desde niño y cortesano, y la ejercitó en todos los estados que tuvo y en las ocasiones que se le ofrecieron. De esta misericordia nacieron tantas limosnas y la fábrica del hospital que hizo para acoger y remediar á los pobres y el andar enseñando por los pueblos y calles con una campanilla la Doctrina cristiana á los niños é ignorantes, y hacer casas de oración y de religiosos, para que en ellas los prójimos fuesen ayudados.

La sexta bienaventuranza, que es limpieza de corazón, se manifestaba en el recato con que siempre velaba, por no manchar su conciencia con alguna culpa. Para esta limpieza eran los ordinarios exámenes de la conciencia. Á esta se enderezaban las confesiones tan á menudo y la actual presencia de Dios, y por ella andaba su alma hecha un templo de oración en todos los lugares y tiempos.

La séptima bienaventuranza de los pacíficos, no menos le cuadraba con la paz que traía en sí mismo y conservaba con los prójimos, y con el oficio que por tan propio tenía de poner paz y amistad entre las personas y pueblos donde faltaba.

La última bienaventuranza de los que son perseguidos por hacer bien, tampoco le faltó al santo varón en tantas ocasiones, en que por hacer bien fué mal agradecido y perseguido en cosas graves, de donde le celebró la poderosa mano y agradecida misericordia del omnipotente Dios, como lo veremos á su tiempo. Todo esto se ha dicho porque se entienda cuánta razón tuvo aquel sabio doctor y prelado de aprobar el sermón del santo Padre, con el testimonio de su vida.

## CAPÍTULO X

### Trae á Castilla las monjas descalzas de Santa Clara.

No dejaba de mover piedra este siervo fiel de Jesucristo por adelantar su servicio, porque era tan grande el celo de la gloria de Dios y del bien de las almas, que ardía en el pecho del Padre San Francisco, que le hacía buscar nuevas trazas, para que la religión y piedad se aumentasen en todas partes. Entre otras cosas que para esto procuró, fué que viniesen á estos reinos de Castilla algunas monjas descalzas de la primera regla de Santa Clara del monasterio de Gandía, para que en ellos se fundasen otros con su ejemplo de aquella tan observante y santa,

institución. Habíase comenzado este convento de Santa Clara de Gandía el año de 1462 por unas señoras francesas que llamaban las Señoras Pobres, las cuales con cierta ocasión huyendo de su tierra llegaron por mar á Barcelona, donde fueron acogidas y favorecidas del rey de Aragón D. Juan el segundo, y enviadas á Gandía dándoles la casa de Santa Clara, en la cual á la sazón habitaban ciertas beatas. En esta casa hicieron estas Señoras Pobres su morada y fundaron la primera regla de Santa Clara, con admirable recogimiento, oración y aspereza de vida, y derramaron tan suave fragancia de su santidad por todas partes y obró el Señor por su intercesión cosas tan maravillosas, que aquella casa parecía, y verdaderamente era, lo que dijo Jacob, casa de Dios y puerta del cielo. Por esta puerta han entrado y en esta casa después han morado, otras señoras más ilustres y tan santas como las primeras, y entre ellas la abuela del P. San Francisco y una hija y muchas tías, hermanas, sobrinas y nietas suyas, las cuales han conservado siempre aquella antigua religión con que aquella santa casa se plantó, y vivido en la tierra como ángeles del cielo. Como el santo varón conocía el tesoro escondido que estaba encerrado en Gandía, deseaba que se publicase y derramase para bien de muchas almas que anhelan á la perfección y no se contentan con la vida ordinaria y común que hay en algunos monasterios de monjas.

Y aunque de aquel convento de Gandía habían salido antes monjas para fundar otros conventos en otras partes, como en Gerona de Cataluña, en Setubal de Portugal, en Valencia, en Castellón de Ampurias y en Alicante: pero no se había fundado en Castilla. Pues para que estos reinos gozasen de este don del cielo y no careciesen las almas puras y ansiosas de su perfección de un modo tan eficaz para alcanzarla, el P. San Francisco dió noticia primero á Doña Juliana Angela de Aragón, duquesa de Frías (que como dijimos era su tía, prima hermana de su madre) y después á la princesa de Portugal Doña Juana, y comunicóles su deseo y dioles á entender lo mucho que se serviría Dios nuestro Señor, si de aquel verjel de Gandía se trasplantasen en Castilla algunas de aquellas generosas plantas y flores olorosas. Por la relación y consejo del siervo de Dios procuraron estas señoras que esto se pusiese en ejecución; y así, con la obediencia y bendición de la Sede Apostólica, salieron del monasterio de Santa Clara de Gandía dos tías del P. San Fran-

cisco, la madre sor Francisca de Jesús, hermana del duque don Juan, su padre, y sor María de Jesús, hermana del marqués de Denia, y dos hermanas también suyas, sor María de la Cruz, y sor Juana Bautista, con otras religiosas escogidas entre muchas para dar principio y plantar su religión en Castilla. Venidas que fueron hicieron su primer asiento en la casa de la Reina, que es un lugar del condestable (como dijimos) en la Rioja. Mas siendo fallecida la duquesa de Frías que las había llevado, la princesa Doña Juana pasó estas religiosas á Valladolid, adonde acabó su jornada la madre sor Francisca, de cuya admirable entrada en religión siendo niña y de su vida santísima y muerte dichosa, ya hemos dicho algo y podríamos contar muchas más cosas, las cuales callamos porque no escribimos aquí su vida sino la del P. San Francisco su sobrino, y porque es mejor dejar entera su vida para que otros la escriban y no hablar nada de sus heroicas virtudes que obscurecerlas con breve y corta narración. Muerta la madre sor Francisca, siendo abadesa la madre sor María de Jesús, la Princesa compró las casas del tesorero Alonso Gutiérrez, en que ella había nacido en Madrid y comenzó á labrar en ellas un monasterio de descalzas de Santa Clara y un cuarto en que morar para que fuese recogimiento de su viudez en la vida y sepultura de su cuerpo en la muerte, la misma casa que le había sido albergue en su nacimiento. Pero habiendo sido el Señor servido de llevarse en breve para sí á la madre abadesa sor María de Jesús, vino de Gandía en su lugar para regir aquella casa de religión y ser abadesa, la madre sor Juana de la Cruz hermana del santo P. Francisco, con cuyo ejemplo é institución, y con la entrada y santa vida de muchas esclarecidas señoras é ilustres doncellas (que menospreciando la loca pompa del mundo en la flor de su edad, tomaron por su celestial Esposo á Cristo crucificado y le sirven en él en santa pobreza) es aquel monasterio un dechado de perfección para las demás religiosas; y un reclamo y estímulo, para que las seglares quieran imitar á las que con tanto espíritu y fortaleza las incitan á esta santa imitación, especialmente después que la serenísima infanta Doña Margarita de Austria, hija de los emperadores Maximiliano y Doña María ha echado el sello y esclarecido tanto con su entrada aquella casa. La cual Infanta tuvo por mayor gloria y felicidad ser pobre discípula de Santa Clara y traer el velo humilde de la Religión, que alcanzar la corona é imperio de la tierra, que

sus padres, y tantos y tan gloriosos progenitores suyos poseyeron y dejaron con la muerte. Estos monasterios de la primera regla de Santa Clara, que saliendo de Gandía se han fundado en estos reinos, tuvieron (como habemos dicho) su origen y principio del siervo de Dios Francisco de Borja; y por esta causa los escribimos aquí. Pero sigamos lo que tenemos comenzado y vamos tejiendo la tela de nuestra historia y veamos cómo nuestro Padre San Ignacio le hizo Comisario general de la Compañía en España y el fruto grande que el Señor sacó de ello como de todas las cosas en que ponía mano este siervo suyo.

## CAPÍTULO XI

### Hácele San Ignacio Comisario general de la Compañía en España é Indias.

IBA cada día creciendo la veneración y estima que todos hacían de la santidad del P. San Francisco por sus admirables efectos en prevecho de las almas; y así, como vió nuestro Padre San Ignacio que Dios nuestro Señor le favorecía tanto y la edificación y moción que obraba en las ánimas de los que trataban con él y los buenos sucesos que daba á todas las cosas que emprendía, determinó de nombrarle Comisario general en España é Indias. Tenía en esta sazón la Compañía en Portugal una provincia como la tiene ahora. El resto de la Compañía de España gobernaba el Padre doctor Araoz y como la religión se iba extendiendo y creciendo cada día más, no podía con la carga. Ordenó, pues, nuestro P. San Ignacio que se quedase con buena parte de ella y que fuese provincial de Castilla (que abrazaba entonces las provincias que ahora llamamos de Castilla y de Toledo) y proveyó de nuevos provinciales para las provincias de los reinos de Aragón y de Andalucía, que entonces se instituyeron. De todas estas cinco provincias y de las Indias Orientales, hizo Comisario general al P. San Francisco. Alegó el siervo de Dios muchas razones para excusarse, mas no pudo; porque San Ignacio le escribió que esta era su determinada voluntad y que bajase la cabeza y tomase sobre sí la carga que Dios le imponía, porque el mismo Señor le daría fuerzas para llevarla. Que procurase de alentar los de la Compañía á la perfección y visitar y acrecentar los colegios que ya estaban comenzados y fundar otros de nuevo, donde se esperase más fruto para las almas y

mayor gloria del Señor. Y que el tiempo que le sobrase de los caminos y visitas, residiese en la corte por ser lugar más cómodo y oportuno para comunicarse y entenderse con todos y para el buen despacho de los negocios universales que cada día se le ofrecerían. A esta obediencia tan precisa, no pudo el P. San Francisco (que era obedientísimo) replicar ni contradecir. Obedeció con humildad, y tomó el cargo de Comisario general. Pero entendiendo que había de dar cuenta á Dios de todas las almas que estaban á su cargo, comenzó á tener aún más cuidado que antes de la suya propia. Y viéndose ya superior y libre y sin quien le fuese á la mano á sus penitencias y mortificaciones, dobló la oración y apretóse más rigurosamente con vigilias, cilicios y disciplinas, hasta que siendo de ello avisado San Ignacio y que iba perdiendo cada día más la salud, le moderó y sujetó á la obediencia de otro en todo lo que tocase al tratamiento de su persona.

No se puede fácilmente decir lo mucho que se sirvió Dios nuestro Señor del santo P. Francisco siendo Comisario general de la Compañía, para el establecimiento y acrecentamiento de ella en estos reinos, porque en el tiempo que él tomó el cargo, la Compañía era tierna, pequeña, desconocida y muy perseguida en el mundo (como lo suelen ser todas las cosas de Dios y más en sus principios), pero él la ilustró con su persona y la acrecentó con su gobierno y la animó á la perfección con su ejemplo y la amparó y defendió con su valor y autoridad de muchos encuentros y terribles y poderosas contradicciones que tuvo. Recibió en la Compañía un grandísimo número de sujetos, que eran parte mozos ilustres y de raras habilidades, parte hombres maduros y consumados en letras, parte varones de canas y prudencia. Dió vigor y fuerza á los colegios que estaban en sus primeros principios y como en mantillas, comenzó otros muchos con flacos instrumentos, á veces entrando en casas pajizas, los cuales después han crecido y hecho gran fruto en la santa Iglesia. Y parecía que en cualquier cosa que el P. San Francisco ponía su mano, Dios nuestro Señor ponía también la suya y le echaba su bendición.

No faltaban personas que mirando con prudencia humana las cosas, juzgaban que lo que hacía el siervo de Dios nacía de aquel espíritu y amor entrañable que él tenía á la pobreza, más admirable en su persona que imitable para otros y que el abrazar

tantos colegios con tan flacos fundamentos, era dañoso para los sujetos que se enviaban á ellos, por cogerse como en agraz; y para la Compañía, por abrazarse mucho y apretarse poco. Pero como nuestro Padre San Ignacio tenía otra más alta y divina prudencia, y era guiado y movido de aquel espíritu soberano del Señor, que por mano del mismo Santo Patriarca había plantado é instruido la Compañía y la regaba y multiplicaba por la del Padre San Francisco, y la misma experiencia le enseñaba, que no era él el que obraba y comenzaba los colegios, sino Dios por él, advirtiéndole de lo que le parecía, le daba larga mano, y le dejaba hacer: y el tiempo después ha descubierto, que la mano de Dios guiaba al Santo P. Francisco, y que con la orden y dirección de tal Padre, no podía dejar de ser muy acertado todo lo que hacía. Y en las fundaciones de las otras religiones leemos haber usado nuestro Señor de esta misma providencia y misericordia en sus principios, inspirando á los Santos Padres y fundadores de ellas, muchas cosas, que miradas con ojos y prudencia humana parecían desatinos; y guiadas y encaminadas por su soberana mano, encerraban en sí admirables efectos y tan profundos consejos, que sólo con el mismo espíritu de donde nacían como de su fuente, se podían descubrir y comprender. Como muy bien lo nota el Padre Maestro Fray Hernando del Castillo (1) hablando de los novicios sin letras que enviaba á predicar Santo Domingo. Venían algunas veces á noticia del Padre San Francisco los sentimientos de algunos en admitir colegios tan pobres, y él con gran paz y alegría respondía, que él esperaba en la bondad de Dios, que ni sus colegios caerían, ni se desampararían, sino que irían cada día en acrecentamiento y se serviría mucho de ellos la Majestad de Dios. Pero cuando fuese así, que estos colegios se cayesen y deshiciesen con el tiempo ¿qué habríamos nosotros perdido? (decía el siervo de Dios) ó ¿qué personas quedarían agraviadas de nosotros? ó ¿qué culpa se nos podía de ello imputar? la ganancia á lo menos harto manifiestamente se ve; una por una lo que hubiéramos hecho y trabajado y padecido en servicio de Dios y de nuestros prójimos, nos lo hallaremos y llevaremos á la despedida. Y cuando las paredes se cayeren por ser flacas y de tierra, á lo menos no se caerá el mérito de haberlas morado por amor del Señor, que no tuvo pro-

(1) En su Cronic., lib. I, cap. 45.

pia morada en la tierra, ni donde reclinase su cabeza: ninguno me podrá negar que cuanto con menos comodidades temporales y menor arrimo de socorro humano entraremos á servir á Dios, tanto será mayor edificación para los hombres y más crecido mérito para nosotros y mayor gloria para Dios: ¿caeráse este colegio de aquí á diez años? cáigase enhorabuena; á lo menos en este tiempo se habrán muchas almas ayudado, muchos ignorantes doctrinado, muchos pecadores salido de mal estado, muchas confesiones oído, muchas enemistades compuesto y muchos ayudados en su última hora á morir santamente. Y aunque se salgan de un pueblo los de la Compañía, ya en él quedarán introducidas muchas buenas costumbres, extirpádose muchos abusos y quedará plantado el buen uso y frecuencia de confesar y comulgar á menudo y la devoción de muchas cosas santas impresa en los corazones, en los cuales Dios nuestro Señor la sustentará sin los de la Compañía. Y cuando de aquí á diez años nos hubiésemos de salir y desamparar un colegio, haríamos cuenta que venimos á una misión, ó residencia temporal y que se nos acabó el tiempo de nuestra obediencia y buscaremos otro lugar, donde no seamos por ventura menos provechosos.

De manera, que de aceptar yo ahora estos colegios y de envíar á ellos buenos obreros, vemos ciertas las ganancias y no vemos daños ningunos, cuanto más que yo sé cierto que las esperanzas que Dios pone en mi corazón no me dejarán burlado; antes entiendo, que estos flacos principios crecerán con mucho aumento temporal y espiritual. Santo Domingo y San Francisco, ¿esperaban acaso rentas y riquezas grandes y alcázares suntuosos para fundar en ellos sus casas? Muy lejos estaban de esto, porque antes las querían y procuraban pobres. Y si Dios nuestro Señor después acá las ha amplificado y enriquecido, es porque les galardonaba aun en esta vida, la confianza que de su misericordia y providencia hicieron. Estas y otras semejantes cosas decía el santo Padre, y cuando enviaba dos Padres á dar principio á algún colegio, les daba su bendición y con mucha alegría les decía: «Yo envío á ese nido un par de palomas, confío en mi Dios que si lo sois en la simplicidad santa é inocencia, presto me daréis aviso que tenéis aparejado un buen palomar, para que enviemos más hermanos y compañeros que os ayuden para la gloria de Dios y edificación de vuestros prójimos.» Pero no solamente los enviaba, mas todas las veces que él podía se iba con

ellos á poner aquellos primeros cimientos y participar de los trabajos y necesidades de los principios, que no eran ni pocas ni pequeñas, porque como el Santo Padre buscaba siempre en qué padecer y mortificarse más, se iba á morar en los hospitales pobres y casillas llovedizas y destejadas, y el trabajo era extraordinario, porque eran pocos, y de muchas partes para varios oficios y ministerios los llamaban, yendo á gustar como á fruta nueva, de la doctrina y ejercicios de los Padres; y sanos y enfermos se querían aprovechar de su trabajo; y ellos, ni de día ni de noche, que fuesen llamados para ayudar á morir ó para otras necesidades, se sabían excusar. Y aunque en algunas partes los pueblos querían aposentar bien al Santo Padre Francisco, no lo aceptaba él, antes se iba á lo más pobre y desechado. Este dictamen de la fundación de colegios pobres que tenía el santo varón, es el mejor para aquellos tiempos, cuando el mundo tenía tanta necesidad de doctores, y una religión no está extendida é hierve en todos los particulares de ella el espíritu apostólico y primitivo celo de padecer mucho por Cristo, y no han de menester pertrecho para guardar la disciplina religiosa. Pero cuando con la multitud no puede en una religión vivir en todos igual fervor y observancia, mejor se guarda ésta en conventos grandes. Y no habiendo necesidad de extenderse una religión, no será tanta prudencia multiplicar casas tan pequeñas y necesitadas; porque cuando no hay grande espíritu pueden ser causa de mucha relajación.

## CAPÍTULO XII

### Cómo visitaba las provincias y colegios.

Porque los colegios eran nuevas plantas, tenían más necesidad de ser visitados y alentados á menudo. Para esto andaba el siervo de Dios por las provincias y por las casas, de una en una, casi sin descanso ni reposo. Era cosa maravillosa cómo su salud tan debilitada y gastada podía llevar tan continuo trabajo de caminos largos y dificultosos: mas ayudábale Dios á llevar tantas fatigas, aliviándoselas con el gusto que él tenía en padecer por su servicio. Su fieltro y capa aguadera, así en invierno como en verano, era su manteo doblado y cubierto al revés por no gastarle tanto. No quería llevar botas ni otra defensa de las lluvias; decía que harto regalo y bastante defensa del sol y del agua era

un sombrero. De esta manera llegaba á las posadas no pocas noches empapado en agua, y penetrado del hielo, que para el estómago que él tenía muy malo, le hacía mucho daño. Decía que se le recompensaban todos los trabajos de los caminos, y los daba por bien empleados en hallar por los campos más tiempo para su oración y contemplación. En esta y en rezar sus horas y devociones se le pasaba toda la mañana; solía llegar al lugar á hora de mediodía, ó poco antes, y en apeándose el santo Padre y su compañero, se iban á la iglesia, reconciliábase y decía misa, y si era ya muy tarde ó no había disposición en el templo para hacer su sacrificio, le daban el santísimo Sacramento del Altar, porque no quería privar á su alma de este regalo. Por hallar lugares convenientes para decir misa rodeaba algunas leguas; y si para esto era necesario quedarse la noche antes en una venta solitaria y sin abrigo ni provisión, antes lo escogía que ponerse á riesgo de quedar sin ofrecer á Dios el divino sacrificio de nuestra redención. A la tarde caminando se holgaba de platicar algún rato con los que iban con él de cosas espirituales, preguntándolas ó respondiendo á ellas cuando se les prevenían; sacaba copiosa materia para su consideración, y para hablar de Dios, de la vista de las criaturas del cielo y de la tierra, y de las avecitas que volaban por el aire, y de cada una hallaba conceptos y puntos muy delicados y devotos para conocer y amar y alabar al Criador. No consentía que se llevase para su persona nada, ni cuando estaba más enfermo una sábana limpia, ni que un Hermano se adelantase un poco para buscarle posada. Cuidaba muchas veces de su cabalgadura, ayudando al Hermano que tenía este cuidado, y aun se apeaba y caminaba á pie por los lodos cuando iba alguno con él á pie, para que subiese en su mula y descansase. Su alegría y contento era cuando, llegando muy fatigado á la posada, no hallaba cama, ni comida, ni abrigo, cosa que no pocas veces al año le acontecía.

Pasando un dia por el campo llamado Alzálvaro, entre Avila y el Espinar, por ser invierno y mal abrigado y haber caminado gran rato á pie, por dar la mula á un Hermano que venía con él á pie, le vino la gota en los pies con excesivos dolores, pasóla con mucha alegría en el pobre hospital de San Gil de Avila. Viéndole así un Hermano con tanto dolor y los pies hinchados, le dijo: «Padre, ¿por qué no se queja? que el quejarse suele aliviar algún tanto los dolores»: y él respondió: «No tengo yo causa por qué

me deba ni pueda quejar, sino por qué alegrarme y bendecir al Señor que me hace infinitamente más regalo que yo merezco, y me da lo que le pido». Y á quien bien lo consideraba era causa de no pequeña admiración ver que las fatigas de un hombre criado en tanto regalo y abundancia del mundo, se encaminasen y enderezasen á solamente visitar y consolar cuatro ó cinco pobres religiosos que estaban dando principio á algún colegio de la Compañía; y que para este fin caminasen las ciento y doscientas leguas en medio del invierno y del verano, con tanta falta de salud: pero no se le hacía á él grave ni pesado, porque traía delante los ojos de su alma los caminos de Cristo y de su apóstol San Pablo, y de tantos otros fieles ministros del Evangelio, que por buscar y remediar su alma no perdonaban á los trabajos y fatigas de sus cuerpos, por grandes y ásperas que fuesen.

Encontró en un camino el santo Padre cierto señor de título de Castilla, y compadeciéndose de la pobreza y maltratamiento que con tanta incomodidad pasaba por aquellos caminos, díjole cuánta pena y maravilla le causaba verle pasar de aquella manera y rogóle que le tratase con alguna moderación. El santo Padre con mucha disimulación y alegre rostro, respondió: «No tenga V. S. pena, ni le dé cuidado eso, que no voy desapercibido tanto como le parece, que le hago saber que siempre envío delante un aposentador, que cuando yo llego me tiene aderezada la posada con comida y cama y todo regalo bastante.» Y deseando aquel caballero saber qué aposentador era este tan solícito, le dijo el siervo de Dios: «El aposentador que envío es mi propio conocimiento y la consideración de lo que yo merezco, y que de toda justicia y razón había de llegar á aposentarme en el infierno por mis pecados. Y cuando con esta memoria llego á una posada ó venta del campo, cualquiera esterilla ó escaño que halle para reposar y cualquiera tratamiento que se me haga, lo tengo por demasiado regalo y doy muchas gracias á Dios, que aquel día no soy tan mal hospedado como yo merezco.» No le admiró poco aquel señor de oirle hablar estas razones, y tuvo que contar muchos días en la corte á sus amigos del regalo y aposentador del Padre Francisco.

Tenía el siervo de Dios ordenado á su compañero, que á todos los pobres que en el camino le pidiesen limosna por amor de Dios se la diese del pobre viático que para sí llevaban, pero quería que fuese limosna de pobre y como dada á otro pobre, si no

fuese en alguna gran necesidad, porque en tal caso no quería otra tasa que la necesidad del prójimo. En viendo un pobre decía dentro de su corazón: «Si yo ahora fuera rico, y me hallara con facultad para ello, te diera de buena gana cien escudos de oro». Holgábase de considerar que por aquella buena voluntad Dios nuestro Señor la asentaría en sus libros cien escudos dados á aquel pobre de limosna no menos que si con efecto los hubiera dado. Cuando en sus caminos no podía excusar el aposentarse en casa de algún señor, ninguna cosa de regalo admitía, ni los manjares delicados quería gustar, sino sola su ordinaria comida en un plato como si en un refectorio de la Compañía se hallara con sus hermanos. Llevado á los aposentos ricamente aderezados y camas delicadas, no decía que le quitasen cuanto había: pero despedidos los seglares que le acompañaban, cerraba bien su puerta y sacaba un colchón cuando estaba más achacoso y tendíale en tierra y esta era su cama y á la mañana le tornaba á su lugar lo mejor que podía. Y cuando alguna vez le aposentaban en Toro ó en Alcañices ó en Lerma en casa de sus hijas no se contentaba con dormir de esta manera en el suelo, más ponía sus disciplinas debajo de la cabecera (que siempre las traía consigo) y á la media noche se levantaba y antes de comenzar su oración larga se disciplinaba una hora rigurosamente. De esta manera gozaba los regalos y comodidades que hallaba en las casas y palacios donde le procuraban más servir y honrar.

No eran sus caminos solamente llenos de trabajos y fatigas del cuerpo; mas también se juntaban algunas veces peligros manifiestos de la vida, así de despeñaderos, como de salteadores. Yendo el Santo Padre á la fundación del colegio de Plasencia se llegaron á él una tarde á deshora dos gentiles hombres en buenos y briosos caballos, y sus rostros tan cubiertos con rebozos que solamente se les descubrían los ojos, y apartando un poco del camino el Santo Padre, le dijo uno de ellos: «Venimos, señor, de muchas leguas de aquí á ver á vuestra Paternidad y á suplicarle que mire mucho cómo anda tan descuidado y desapercibido por tantas partes con extraño peligro de su vida. ¿Cómo, señor, es posible que no mira que tiene muy poderosos enemigos y que no pudiéndose vengar de las personas que los han injuriado se volverán cruelmente contra la sangre de aquellos de quien se sienten cargados? ¿Sabe vuestra Paternidad que el Duque su hijo por una parte y el maestre de Montesa su hermano por otra tie-

nen lastimados tantos corazones de personas grandes y ellos miran por sí y se guardan y vuestra Paternidad se anda de día y de noche por caminos solitarios tan solo y tan sin recelo? ¿Sabe que trae su vida en grande peligro? ¿Y acuérdase de las leyes del mundo, que obligan á los injuriados á satisfacerse de cualquiera manera que pudiesen?» A estas palabras respondió el siervo de Dios con semblante grave y alegre, «que les agradecía mucho su diligencia y trabajo, y el amor con que le daban este aviso, y que en lo que él pudiese como pobre religioso gratificarlo le hallarían siempre á su servicio: mas que les aseguraba, que como no había él hecho mal, ni agraviado á ninguna persona del mundo, cuando se podía entonces acordar, si no era á sí mismo, con sus pecados, no tenía por qué temer ni temería á nadie sino sólo á Dios, al cual concedía haber ofendido mucho. Y cuanto á esos señores (dice) que tienen por enemigos el Duque y el maestre de Montesa, yo sé que son tan nobles caballeros y los tengo por tan buenos cristianos que no querrán hacer afrenta á su sangre ni lastimar sus conciencias poniendo manos en quien nunca las meneó para ofenderlos, ni las tiene para defenderse. Muy bien saben esos señores que yo no tengo culpa aunque llevo grave pena y dolor de sus trabajos y disgustos; y Dios N. S. que conoce los corazones sabe que si yo con derramar mi sangre les pudiese restituir su paz y alegría lo haría con gran voluntad y con gusto de mi espíritu. Y no menos ruego á Dios por ellos que por el Duque de Gandía. Y así digo, que ni me guardaré ni mudaré un punto de mi modo de vivir, ni dejaré los caminos en que el servicio de Dios, y el bien de mi religión me tienen ocupado. Y si con todo esto me mataren, no pondrán entre sus armas esta hazaña de haber quitado la vida á un sacerdote, y pobre religioso, que con un breviario en la mano, anda de hospital en hospital por hacer penitencia de sus pecados. Ni por matarme á mí, quedarán ellos más honrados. Verdad es que tendrían el perdón de Dios más fácil por haber arrancado del mundo un gran pecador, en quien es la vida harto mal empleada.» Con estas razones los despidió.

## CAPÍTULO XIII

### El cuidado que tenía del provecho espiritual de sus súbditos.

El cuidado que tenía el siervo de Dios en el aprovechamiento espiritual de sus súbditos, para que ellos creciesen en virtud y edificasen á los demás, era muy grande. Suplicaba continua y afectuosamente á nuestro Señor, que pues le había dado la carga, le diese fuerzas para llevarla y para cultivar aquellas plantas suyas que él le había encomendado. Después con el ejemplo de su vida, porque él era el primero á todas las cosas del trabajo y de virtud: é iba delante de su ganado como cuidadoso y vigilante pastor. Tras esto, procuraba de visitar los colegios que estaban ya comenzados, y de ir cuando podía él mismo á los que se fundaban de nuevo por cumplir en la obligación de su oficio y por tener más ocasión de padecer, como hemos dicho. Era cosa maravillosa ver un hombre criado en tanta grandeza y regalo andar tantos caminos con soles y lluvias en inviernos y en verano; de noche y de día con tanta incomodidad, durmiendo en el suelo y no teniendo que comer, por visitar á unos pocos religiosos y pobres hermanos, y considerar la alegría y contento con que lo hacía, como quien tiene delante de los ojos los cansancios y fatigas de Cristo nuestro Redentor, y lo que le había costado cada una de las almas, que con su preciosa sangre redimió. Era tan grande este contento y júbilo que llevaba en su ánima el Padre San Francisco que estando en algún colegio parecía que lo pegaba á todos los que moraban en él y que con él entraba en casa el consuelo, la devoción, el espíritu y deseo de padecer por Cristo. Y si por ventura había alguno afligido con sola la vista del Santo Padre se recreaba y serenaba su corazón. Hablaba á cada uno por sí, y animábale á la perfección dándole los avisos espirituales que entendía había menester, aplicando la medicina á propósito de la enfermedad. Otras veces, estando todos juntos, los exhortaba á la santa perseverancia y les acordaba el beneficio incomparable que habían recibido de la mano del Señor que los había sacado de la servidumbre y tinieblas de Egipto y pasádolos á pie enjuto entre las horribles y espantosas ondas de la mar y sustentádolos por este desierto con pan del cielo. Traíales á la memoria la brevedad de la vida, la eternidad del

premio, los ejemplos de los Santos, los trabajos desmedidos y sin fruto de los hijos de este siglo en cuya comparación los suyos se podían tener por descanso. Ponderaba mucho cuánta miseria é infelicidad sería si sacando el Señor á tantos seglares por medio del pecado y librándolos de los lazos y enredos del enemigo ellos quedasen ahogados en las aguas de donde por sus manos otros habían salido. Traíales á la memoria la brevedad de las fatigas que se llevan por Dios, pues se rematan con el morir y de la grandeza y duración del premio que se mide con la eternidad. Mostrábales cuánto más trabaja un labrador en sus campos y un soldado en sus guerras y un hijo de este siglo en sus locas pretensiones, que los más trabajados Hermanos de la Compañía. Y que el peso mayor que llevamos, comparado con el de los mundanos, es un suave descanso. Y como lo dice San Pablo, aquéllos trabajan por alcanzar premio corruptible, mas nosotros por la corona eterna. A los súbditos animaba á la perfecta obediencia y sujeción de sus mayores que les rigen en lugar de Cristo y llevan todo el peso de los cuidados y velan por la salud de todos, para dar á Dios cuenta por todos. Y aparte llamaba á los superiores y con eficacia les acordaba que nunca se desviasen del suave y blando espíritu de verdaderos Padres, en el cual deben regir á sus hermanos, y se acordasen que son siervos y ministros y no amos de aquellos á quien gobiernan y que tomasen en las manos y alzasen ellos el peso, antes que le carguen en los hombros ajenos. Que procurasen ganarles para Dios los corazones; porque con esto se ganaba lo demás. Si por ventura alguno de sus súbditos, como hombre, caía en alguna falta, la primera cosa que él procuraba era que el tal se reconociese, y que hubiese enmienda y digna satisfacción. Para esto el mismo Santo Padre le animaba y le decía: «Yo veo hermano carísimo que por mis pecados Dios nuestro Señor ha permitido que vos cayésedes en esta falta. Y por esto será justo, que yo y vos hagamos alguna satisfacción y penitencia. Yo de mi parte ofrezco tantos días de cilicio ó tantas disciplinas y Rosarios; ¿vos ved qué será razón que ofrezcáis?» ¿Qué corazón podía haber tan duro que no se ablandase con tan dulce y paternal caridad?

Holgábase cuando le venían á preguntar dudas de la oración y los medios para llegar á las perfectas virtudes y para vencer las dificultades que en la vida religiosa se suelen ofrecer. Iba á predicar á las iglesias y á consolar á los presos de las cárceles ha-

ciéndoles pláticas y sermones. Visitaba los hospitales y doctrinaba, y consolaba á los enfermos que en ellos se curaban. Entrábase en las escuelas de los niños y estudiantes de los colegios y hacíales pláticas muy conformes á su edad y capacidad, é ingenios, juntando en una misma obra de misericordia, la humildad, la caridad y la prudencia. De los nominativos y casos y tiempos de los verbos sacaba conceptos y puntos de alto espíritu para que no se hundiesen en aquellas niñerías de la gramática los espíritus de la juventud, sino que de ella subiesen á mayores consideraciones de las virtudes y de la gloria; y todo esto con mucha gracia y modo muy apacible y sin enfado.

En Plasencia iban los canómigos y dignidades de aquella Santa Iglesia á oir á las escuelas de la Compañía las lecciones de retórica. Y en Medina del Campo que fué el primer lugar donde se pusieron estudios de humanidad de la Compañía de Castilla, entraban á oir veinte y cuatro sacerdotes, y todos los caballeros enviaron luego á sus hijos al colegio; solo un Regidorcico contradecía y murmuraba así en el Ayuntamiento como en los corrillos de la plaza públicamente, diciendo que poner la Compañía aquel estudio en Medina no era un celo de caridad y deseo del bien común, sino celo y artificio para coger los hijos para la Compañía y con ellos las haciendas. Y en un razonamiento de su Ayuntamiento, dijo: «Yo, señores, á lo menos me guardaré de enviar mi hijo á la casa de esos Padres, porque le quiero gozar á él y á mi hacienda muchos años». Tenía este hombre un solo hijo y muy rica hacienda en que había de suceder y empleaba todas sus fuerzas en que se impidiesen los estudios de la Compañía, temiendo que su hijo no fuese á ellos, ni tratase con los Padres; mas alcanzóle muy en breve un temeroso juicio y severo castigo de Dios, que dejó maravillados á todos y escarmentados á los que con malicia calumniaban la virtud, cuyo resplandor aun no podían sufrir: porque dentro de pocos días que andaba sembrando estas pláticas le llevó Dios el hijo, sin que le pudiese guardar de la muerte el que le guardaba tanto de las escuelas, y él vino á morir huído de su tierra, condenado á muerte y confiscada su hacienda. Y ni el colegio de la Compañía, ni el Padre San Francisco le quitaron nada de esto, sino aquel justo Señor, que desde su alto Tribunal volvía por la verdad é inocencia y por el celo que movía á su siervo de trabajar y sufrir estas murmuraciones, sin por ellas volver las espaldas á su

servicio y mayor gloria divina. Finalmente, no sólo plantaba, sino también regaba el siervo de Dios, Francisco, las nuevas plantas de sus colegios, y el Señor las acrecentaba y las echaba del cielo su bendición, no solamente en las cosas espirituales, sino también en las temporales. Porque muchas veces acontecía llegar el Santo Padre á un colegio falto de todo lo temporal y abastado de divino consuelo, pobre y rico con su pobreza; y en entrando él, no parecía sino que con él entraba la bendición del Señor y la abundancia de todo lo que había menester, lo cual, aun milagrosamente, se lo proveía nuestro Señor, como después diremos.

## CAPÍTULO XIV

**Cómo era recibido en las ciudades donde llegaba y cómo Santa Teresa de Jesús comunicó con el siervo de Dios su espíritu y quedó muy consolada.**

No solamente consolaba el siervo de Dios á los colegios de la Compañía que iba á visitar, pero á las ciudades y pueblos en que entraba regocijaba con su presencia y edificaba con su ejemplo, estándole esperando muchos de fuera de la Compañía para provecho de sus almas y todos deseando verle y festejarle. En Alcalá concurrió á verle toda la Universidad, porque sin haberle tenido presente ya lo estaba en los deseos y corazones de todos. Visitándole el rector de la Universidad le rogó que honrase y consolase las escuelas públicas, yendo un día á oir á los profesores de las facultades principales, porque sólo verle sentado entre ellos, sería grande consuelo para los maestros y para los discípulos. No pudo excusar esto el humilde Padre, y al día siguiente, acompañado del mismo rector y de los colegiales mayores (porque no pudo evitar esta honra por mucho que lo procuró), se entró á oir lecciones, y la primera donde le llevaron fué la grande clase y general de la Teología, donde el doctísimo maestro Fr. Pascual Manció, del orden de los predicadores, hombre muy salado y gracioso, pero de grande autoridad y bien nombrado en el mundo por sus grandes letras, leía la Cátedra de prima de Santo Tomás. Acudió allí luego de todas las escuelas la flor de la Universidad. Estaba en su cátedra el Padre maestro Manció, y esperó á que se sosegase el bullicio y rumor de la gente que por la apretura no era pequeña. Cuando tuvo el silencio de todos, con aquel buen donaire y natural gracia que siem-

pre tenía en el púlpito y en las escuelas, dijo volviéndose á todos los circunstantes estas palabras, que he querido referir aquí porque con grande sal mezcló en ella su gran doctrina: «¿A qué han venido aquí esos señores? ¿Tanto les parece que hay que ver en un Padre Francisco de Borja? ¿Piensan que fué gran hazaña descargarse del Estado y de la señoría y rentas para entrarse en la Compañía y hacerse pobre de Cristo? Pues créanme y no lo tengan en mucho, ni se lo agradezcan tanto porque buscó su mejoría y acrecentamiento, y para valer más y ser mayor señor ha dejado de valer y de ser señor. Y porque vean que digo verdad, quiéroles contar el cómo esto pasa. Sabíanle muy bien al señor duque de Gandía los Estados, los favores, las rentas, las privanzas, las grandezas y los vasallos. Saboreábase en los títulos y en los criados y caballeros que le servían, gustaba de la salva de las ricas vajillas de los banquetes y saraos, de los caballos y armas, cazas y músicas, y como su señoría es tan prudente y había estudiado mucho, púsose á considerar que todas aquellas grandezas y contentos se le habían presto de desaparecer con la muerte, y que como habían dejado á sus abuelos y á sus padres también le dejarían á él. ¿Pues qué remedio (dice) podría yo hallar para gozar de tal manera estas grandezas y favores que nunca se me salgan de las manos ni me alcen el plato al mejor bocado? ¿Cómo haría yo una discreta alquimia de mis Estados para ser Marqués, Duque y Virrey y alcanzar perpetua corona, de manera que ni tema caer, ni empobrecer, ni morir? Para hallar esta alquimia se acordó de haber leído en la divina Escritura el modo de hacerla que dice (1): «¡Oh príncipes del pueblo! si os agradan los cetros y el mandar, amad la sabiduría y reinaréis para siempre, amad la luz de la divina sabiduría todos los que tenéis gobiernos de los pueblos». De estas palabras sacó que le enseñaba Dios, que el hacerse pobre dejándolo todo por el Criador y el ser humilde y mendigo de Cristo es el más verdadero y breve camino para poseer el Reino que nunca se acabará y también se acordó que el mismo Cristo (que es la sabiduría del Eterno Padre) aún más claramente nos enseña esta misma verdad diciendo: «Ganadito pequeño, no tengáis miedo porque tiene por bien vuestro Padre Soberano de daros su Reino» (2). Y luego

(1) Sap., 6.
(2) Luc., 12.

abre el camino para ir á este Reino diciendo: «Vended vuestras posesiones y haciendas y dadlas á los pobres, proveed de sacos que nunca se gasten y allegad tesoros que nunca se os acaben». Con tales promesas acogióse como sabio á poner en ejecución esos consejos evangélicos y desnudóse del duque para ser rey y renunció al estado momentáneo para gozarle después mayor eternamente. Muy bien ha hecho vuestra señoría y gran ejemplo ha dado á los señores y caballeros y á todo el mundo y buena pascua le dé Dios, que sí dará, pues le tiene aparejada la corona en el cielo para su perseverancia, más rica y preciosa que la que por su amor y servicio é imitación dejó en la tierra». Holgáronse todos los presentes de oir esto de boca de aquel doctísimo Maestro, sino fué el mismo Padre San Francisco el cual sin gran molestia y pesadumbre, no podía oir cosa que fuese en su alabanza, más allí se halló en parte donde no pudo hacer más de tener paciencia y silencio. Recogióse mientras le alababan á su acostumbrado refugio y enclavando en la tierra los ojos, entró dentro de sí, considerando su vileza y cuán otro se conocía él en sus ojos y en los de Dios, de lo que los hombres daban á entender de su virtud.

Predicó en Alcalá algunas veces oyéndole con admiración todos los mayores letrados de la Universidad, y particularmente les movió un sermón que hizo en San Ildefonso, el día de la Conmemoración de los difuntos, cuyo argumento fué mostrar lo que con la muerte podemos merecer, porque en él con delicada y devota traza descubrió el admirable artificio de la sabiduría divina. La cual de los efectos que salieron del pecado (que son dolores, trabajos, angustias, enfermedades, llagas y muertes) hizo remedios y saludable medicina con el mismo pecado. Enseñó el siervo de Dios, cómo se han de usar y aplicar estas medicinas para que aprovechen al alma enferma. Y declaró el engaño y ceguedad de los hombres que convierten estas medicinas en su ponzoña y las hacen instrumento de nuevos pecados y de su condenación habiéndolas Dios corregido para nuestra salud. Sosegó el Santo varón á la Universidad que estaba alborotada é inquieta y á un alcalde de corte que había venido por pesquisidor á ella, redujo á blandura y dejó todas las cosas sosegadas de suerte que por todas las partes por donde pasaba dejaba algunos frutos de su asistencia aunque de corrida.

El que recibió el espíritu de Santa Teresa de Jesús, cuando

pasó el Padre San Francisco por Ávila, fué tan notable que ella quedó no menos consolada que agradecida, porque cuando andaba esta gran Santa más temerosa de su espíritu y más cuidadosos sus confesores acertó á llegar á Avila el siervo de Dios Francisco. Procuró luego su confesor y un santo caballero de Avila llamado Francisco de Salcedo, que le hablase y comunicase con él su espíritu. Hízolo así la Santa Madre y después que la hubo visto y comunicado, díjola el Santo varón, que era su espíritu de Dios y que le parecía no era bien resistirle más. Echó luego de ver este varón tan excelente y experimentado que era aquella grande obra de Dios, y así la consoló mucho y esforzó aconsejándola comenzase su oración, meditando algún paso de la Pasión de Cristo, mas que si el Señor la suspendiese se dejase llevar de él sin hacerle más resistencia. Quedó el alma de la Santa con mucha satisfacción y contento de tan alegres nuevas, procurando siempre de allí en adelante alargar cada día más el paso en el bien y apartarse de aquello que lo estorbaba, siendo San Francisco de Borja ocasión para que el gran espíritu de Santa Teresa se entregase más á Dios nuestro Señor y subiese á la alta perfección adonde llegó. Quedó la Santa Madre tan agradecida á este beneficio que Dios le hizo, de tratar con tan gran siervo suyo para el bien de su alma, que no se olvidó de hacer memoria de él en el libro que escribió de su vida en el capítulo XXIV, cuyas palabras son estas: «Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese á Dios por pequeña que fuese; de manera que si alguna cosa superflua traía no podía recogerme hasta que me lo quitaba. Hacía mucha oración porque el Señor me tuviese de su mano, pues trataba con sus siervos no permitiese tornarse atrás, que me parece fuera gran delito y que habían ellos de perder crédito por mí. En este tiempo vino á este lugar el Padre Francisco que era duque de Gandía y había algunos años que dejándolo todo había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor y el caballero que he dicho también vino á mí para que le hablase y le diese cuenta de la oración que tenía, que sabía iba muy adelante en ser muy favorecido y regalado de Dios que como había dejado mucho por él, aun en esta vida le pagaba. Pues, después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios y que le parecía no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho sino que siempre comenzase en un paso de la Pasión que si después el

Señor me llevase el espíritu que no le resistiese, sino que dejase llevarle á su Majestad no lo procurando yo: como quien iba bien adelante dió la medicina y consejo que hace mucho en esto la experiencia. Dijo que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada y el caballero también: holgábase mucho que dijese era de Dios.» Todo esto es de Santa Teresa, la cual preguntó muchas cosas al Santo Padre Francisco y él como hombre de tanto espíritu y experiencia la satisfizo en todo. En el libro de *El camino de perfección*, cap. XXXI, dice la Santa estas palabras, hablando de sí, como lo refiere el Padre Ribera, que vió el propio original de la mano de la Santa Madre: *Yo sé una persona que la ponía el Señor aquí muchas veces y no se sabía entender y preguntólo á un gran contemplativo, que era el Padre Francisco, de la Compañía de Jesús, que había sido Duque de Gandía y dijo que era muy posible y que á él le acaecía así.* El Apóstol de Andalucia y venerable Maestro Juan de Avila cuando entendió que el Santo Padre Francisco entró en las ciudades de aquella provincia, se holgó mucho. Remitióle varias veces algunos de sus discípulos para que le siguiesen y entrasen en la Compañía. Hubo entre ellos tanta semejanza de espíritu y amigable correspondencia, que teniendo necesidad el Padre San Francisco de dos buenos Teólogos para poner á leer Teología en las fundaciones nuevas que hacía por no haber tanta gente en la Compañía avisó de ello al venerable Maestro, para que le remitiese dos de sus discípulos, los que fuesen á propósito para ello, el cual, en diciendo á dos grandes Teólogos que tenía que fuesen con el siervo de Dios Francisco de Borja, é hiciesen lo que les mandase, ellos obedecieron al punto y fueron y se entraron en la Compañía á la cual sirvieron mucho y en ella acabaron muy ejemplarmente.

## CAPÍTULO XV

**Desea el Emperador estar recogido con el beato Padre Francisco, teniéndole consigo y la plática que les pasó á los dos.**

Por este tiempo en que el Padre San Francisco andaba visitando sus colegios, el gloriosísimo emperador y digno de eterna memoria D. Carlos V, habiendo en el largo discurso de su imperio vencido todos sus enemigos y émulos de su gloria ayudado de la poderosa mano de Dios, cuyas batallas peleaba,

quiso en los últimos años de su vida sellar sus grandes victorias, alcanzando la mayor y más dificultosa y más importante de todas que fué, no ya vencer turcos, africanos, alemanes y franceses (como había hecho otras veces), sino al mismo que á todos estos había humillado. Esta victoria alcanzó, venciéndose á sí mismo, dejando por su propia voluntad y elección aquellos reinos y monarquía que casi todo el mundo conjurado contra él nunca pudo quitar ni menoscabar. Renunció el cetro y reinos de España en el príncipe D. Felipe su hijo, y la corona del imperio en D. Fernando su hermano, rey de Hungría y Bohemia, al cual había mucho antes hecho rey de Romanos: y vuelto de Alemania con maravilla y espanto del mundo se retiró y encerró en San Jerónimo de Yuste, monasterio muy religioso y apartado de poblado del Orden del glorioso San Jerónimo, en aquella parte de España que se dice Extremadura, y allí con moderada familia, despedidos todos los cuidados de negocios temporales, pasó lo restante de su vida en santa soledad, oración y contemplación y en aparejarse para cuando fuese llamado á dar cuenta de aquellos grandes y multiplicados talentos que la liberal mano de Dios le puso en las suyas para granjear con ellos el reino soberano. Luego que se vió en aquel tan deseado rincón, aunque excusaba las visitas de los otros señores y conocidos y se negaba á los negocios, no se olvidó del Padre San Francisco, cuya memoria no poco le animó para poner en ejecución aquella gloriosa resolución (como él mismo lo dijo) y mandó al conde de Oropesa que de su parte le enviase á llamar porque le deseaba ver y comunicar despacio, y el Conde despachó al santo Padre un correo. Halló este correo al Padre San Francisco en Alcalá de Henares, luego se puso en camino para el monasterio de Yuste. Apenas era salido de Alcalá, cuando le alcanzó otro como despachado por mandado de la princesa Doña Juana desde Valladolid, con una carta escrita de su mano, por la cual le daba aviso que el Emperador su padre, le llamaría presto y que le pediría que trocase el hábito y vida de la Compañía en la religión de San Jerónimo ó de la Cartuja, y que con él se estuviese en una santa soledad, retirándose ambos á vivir lo que de la vida les faltaba en oración y dulce comunicación de las cosas del cielo, y al fin de su carta añadía la Princesa estas palabras: «Este aviso os envío, Padre, para que con él tengáis tiempo antes que seáis llamado, para aconsejaros con Dios y deliberar lo que debéis res-

ponder á mi padre, de cuya boca sé lo que aquí os escribo. Bien creo que ni os olvidaréis de lo que debéis á la Compañía, ni tampoco de la obligación que tenéis á dar en todo contento y servir al Emperador mi señor. A Dios suplico que os enseñe cómo os gobernéis prudente y santamente para cumplir con la una parte sin faltar á la otra.» Dióle pena al siervo de Dios Francisco verse obligado á negar á su señor y príncipe lo que le pidiese: porque por ninguna cosa del mundo dejaría á la Compañía, donde Dios le puso y á la cual él amaba como madre, aunque conocía bien que el mayor favor y merced que él pudiera del mundo pretender, era que un tan soberano monarca y prudente príncipe le escogiese á él solo entre todos sus privados y conocidos, para que en tan estrecha comunicación y compañía le acompañase y sirviese, y juntamente entendía que ningún grande ni príncipe de sus reinos rehusara este favor convidándole con él el Emperador; antes fuera deseado y estimado por singular merced y grandeza.

Con esto se juntaba la memoria de cuán obligado le tenía el Emperador con amor y beneficios; para no poder salir de su mandado en cualquier cosa que para su contento y gusto le pidiese. Con todo eso tenía tan gran estima de su vocación, que nadie preponderaba en su acatamiento respecto de la voluntad de Dios, que conocía haberle dado de su mano aquel estado de pobre religioso de la Compañía. No ignoraba tampoco que aun dejados aparte respetos superiores, fuera murmurada en él cualquiera mudanza y la atribuirían á ambición ó liviandad antes que á obediencia y buen respeto á su Príncipe. Pero acudiendo á su acostumbrado refugio de la oración halló gran paz y sosiego, y suplicó afectuosamente á nuestro Señor que le desviase aquel trance, y pues los corazones y voluntades de los reyes están en su mano y los vuelve donde le parece, fuese servido de quitar del corazón de aquel Príncipe esta demanda. Hecha esta oración se sosegó más y le pareció que podía ir seguro y dijo á los que iban con él: «Llevo gran confianza en la misericordia de nuestro Señor que ni yo quedaré corto con el Emperador, ni la Compañía quedará quejosa de mí». Llegó á Yuste, donde el Emperador le recibió con singulares muestras de amor y no solamente le mandó aposentar á él y á sus compañeros en el monasterio donde él estaba (cosa que no quiso usar con ningún señor) pero mandó desembarazar los aposentos del Prior y de los religiosos que cerca de él habita-

ban para que en ellos fuesen hospedados; y porque era invierno dijo á Luis Quijada su mayordomo, que hiciese colgar el aposento para el Padre San Francisco y oyendo que ya le tenían aderezado, preguntó qué habían colgado en él y respondió Luis Quijada, que buena tapicería, le hizo que la quitase luego porque aquella no agradaría al Santo Padre, sino cosa más religiosa, y mandó descolgar los paños negros que estaban en su propia antecámara y que aquellos pusiesen en la del Padre y así se hízo con mucha admiración de todos por ver tanto favor y benevolencia usada con un pobre religioso. Cuando llegó á besar las manos al Emperador, le echó los brazos y ambos se enternecieron, no pudiendo disimular el sentimiento que les causaba la memoria de los tiempos pasados la mudanza que veía el uno en el otro. Tratábale el Emperador como solía, y mandábale cubrir y sentar. El Santo Padre le suplicó que le permitiese estar como era razón que estuviese un pobre religioso delante de su Majestad; pues era el menor de sus vasallos. El Emperador le dijo, que le había tenido envidia cuando supo que se retiró, y que si las guerras y los negocios tan forzosos de la cristiandad á él hubieran dado el mismo lugar, mucho antes se desembarazara. «¿Y vos (dice), no os acordáis que os dije muchos años ha, que si Dios me dejase ver al Príncipe mi hijo en tal edad, que pudiese llevar el peso de los reinos, se los renunciaría, como ahora lo he hecho?» «Bien me acuerdo, señor, dijo el Santo Padre, que vuestra Majestad, me dió parte de esa su voluntad, y me encargó el secreto, en las cortes que tuvo en Monzón el año de 42.» «Pues ahora es ya tiempo que lo digáis, le replicó el Emperador, y aun me holgaré que se entienda que esta mudanza que hice no fué acuerdo nuevo, ni repentino, sino propósito maduro y asentado en mi alma de muchos años atrás. Y aun cuando yo os lo dije y lo determiné no me desechaba el mundo, que salud y prosperidad tenía, y hartas victorias me daba Dios de todos mis enemigos.» Preguntóme después de varios razonamientos, de sus penitencias y oración, y si podía dormir vestido, porque de mí (dice), os sé afirmar que con la gota y las enfermedades tan ordinarias, no puedo hacer las penitencas que deseo. Pero sobre todo, me parece que estoy imposibilitado de poder dormir vestido. Respondió el Santo Padre: «Las muchas noches que vuestra Majestad pasó en el campo, no solamente vestido de ropas, pero de hierro y acero sin desnudarse el arnés, fueron

causa que ahora no pueda dormir con ropa. Pero demos gracias al Señor, que más tendrá vuestra Majestad ganado y merecido en pasar las noches armado en su servicio y en defensa de su Santa Iglesia, que los religiosos merecen por dormir en sus celdas vestidos y con cilicios.»

Después le preguntó de la Compañía, y qué cosa era, y cómo en ella se hallaba, y abiertamente le declaró que se había mucho maravillado cómo deseando servir á Dios en Religión, no se llegó á alguna de las más antiguas Ordenes, sino á la Compañía, de la cual, como de cosa nueva y no conocida, unos hablaban bien y otros mal. Vió el Santo Padre que era ya tiempo de cerrar la puerta á lo que temía que le quería tratar de su mudanza, según la Princesa le había avisado, y vió comenzar la plática, y suplicóle que, pues su Majestad tocaba una materia que pedía más largo tiempo y ya se hacía tarde, fuese servido que se dejase para el día siguiente, y con su licencia se retiró á su aposento.

El día siguiente, acabando de comer, envió el Emperador á llamar al Padre San Francisco, y aunque porfiaba á estar de rodillas, no le consintió hablar hasta que se cubrió la cabeza y se sentó cerca de él, y entonces le dijo: «Ahora es tiempo que nos digáis de vuestra entrada en la Compañía y cómo en ella os halláis, que mucho tiempo ha que lo deseo saber.» «Yo, Señor, (dijo el Padre), me conozco por muchos títulos obligado á dar cuenta y razón de mí á vuestra Majestad como vasallo y criado, y como quien tantas y tan señaladas mercedes ha de su poderosa mano recibido, y esta presente de quererse informar de mi estado y religión estimo por una de las mayores, y con que vuestra Majestad más me ata con nuevas cadenas, para reconocer con el alma lo que nunca llegaron las obras á poder servir, y aunque yo he deseado dar cuenta de mis cosas y de la Compañía y de mi venida á ella á vuestra Majestad, nunca se ha ofrecido para ello coyuntura por su larga ausencia de estos reinos; y estas cosas no se aclaran por cartas como el alma las desea explicar, mas ahora, con este favor y merced, diré como supiere lo que se me manda. Yo, señor, fuí grande pecador desde mi niñez delante de Dios, y di mal ejemplo al mundo con mi vida y conversación, y cuando plugo á la divina bondad abrir mis ojos y darme algún conocimiento de mis culpas, propuse, mediante su divina gracia, apartarme del mundo y corregir

mis pasos y hacer alguna enmienda y penitencia de la vida pasada todo el tiempo que en este destino me fuese dado, y deseando hallar el lugar y el modo de vivir en una religión, donde con mayor perfección pudiese conseguir este intento, supliqué á Dios nuestro Señor que él me enseñase cuál estado y religión me convenía á mí más y á su eterna bondad sería más agradable que yo le siguiese. Y para mejor disponerme á entender esta voluntad divina, puse de mi parte todos aquellos medios que yo pude entender que serían para ello eficaces, como eran oraciones, ayunos, limosnas y sacrificios de Misas, ofrecidos por muchos siervos de Dios á esta misma intención.

»Y aunque yo de mi parte, y según mis deseos é inclinación, me hallaba más facilitado y movida la voluntad á entrar en la religión de San Francisco, así por la antigua devoción de mi casa y padres con este glorioso Santo, como porque yo desde mi niñez me crié en ella, y esta religión me agradó siempre por la santidad de vida y ejemplo de pobreza, humildad y penitencia de los que la profesan; pero era cosa maravillosa que nunca mi espíritu halló paz ni reposo en esta elección, antes cuantas veces pensaba entrar en ella experimentaba notable sequedad y esterilidad en mi alma, y una privación y desvío de aquella abundancia de consuelo espiritual y anchura de devoción que mi alma solía gozar en su contemplación y en la preparación para las buenas obras; de tal manera que yo no me entendía ni me acababa de admirar cómo mi voluntad quería y amaba y deseaba y mi entendimiento aprobaba una cosa, para cuya ejecución la misma alma que la apetecía hallaba dentro de sí tantos desvíos y padrastros que casi violentamente la tiraban y forzaban á no querer lo que quería ni poner por obra lo que deseaba.

»Y estos mismos efectos y aun con mayor evidencia, sentía cuando pensaba entrar en alguna de las otras santas religiones monásticas, como son la de Santo Domingo, de San Jerónimo y la Cartuja. Y por otra parte, cuando me imaginaba y representaba entrar en la Compañía de Jesús, me daba Dios nuestro Señor tanta ternura y suavidad de mi espíritu que la abundancia de esta consolación vencía á la esterilidad y sequedad primera. Y esto, sacra Majestad, no me sucedió una vez, ni un día, sino muchas veces y largo tiempo. Lo cual tuve por no liviana señal

de cuál fuese la voluntad del Señor nuestro acerca de la elección de mi vida.

»La segunda razón que me movió á entrar más en la Compañía de Jesús, que en alguna otra religión, fué que como Dios por su inmensa misericordia me comunicaba un vivo deseo de huir de las honras y glorias del mundo y buscar la bajeza y desprecio, consideraba que si me acogía á una de las religiones antiguas y estimadas, podría ser tenido en algo, como hombre conocido de muchos, de la manera que lo hemos visto en algunos, que sin pretenderlo ellos han sido en las religiones más honrados que lo eran antes en el siglo. Mas parecíame que si entraba en la Compañía (la cual como nueva religión, no era conocida ni estimada, sino antes despreciada y aun perseguida) podría en ella alcanzar lo que deseaba y estarme en algún rincón, olvidado de todos, para allí llorar mis pecados y vacar á la oración, penitencia y vida religiosa sin estruendo de humanos favores y de gloria temporal.

»La tercera razón, fué considerar que si un gran príncipe ó monarca de la tierra (como Dios ha hecho á vuestra Majestad) teniendo tantos verjeles y deleitosos jardines por diversas partes de sus reinos, holgase de plantar ahora un nuevo jardín para su recreación propia y entretenimiento, le haría mayor servicio y le daría más gusto á este príncipe quien le presentase para el nuevo verjel una postura y una florecita, que no quien le diese alguna rica planta ó árbol para alguno de los otros huertos, que ya estaban poblados y medrados. Pues, de aquí señor, consideraba yo cómo las otras santas religiones son huertos y jardines deleitosos que nuestro gran Príncipe y Monarca Dios, tiene en el reino de su Iglesia militante, plantados y crecidos y que la Compañía de Jesús era un nuevo verjelito, que ahora nuevamente comenzaba á poner en su Iglesia; y que habiéndome yo de ofrecer á su divina Majestad, como una hierba y pequeña planta, le sería más agradable que le sirviese con mi cornadillo para este nuevo jardín, que si me plantase en uno de sus antiguos y medrados huertos. También me convidó á elegir la Compañía, ver que esta religión abraza con el aprovechamiento de sí misma, el perfecto deseo del aprovechamiento y bien de los prójimos y que tienen los medios muy acomodados para conseguir ambos fines, juntando la vida activa con Marta, á la contemplación de su hermana María; á ejemplo de Cristo nuestro Señor y de sus

sagrados discípulos, que siguieron este mismo camino. Y aunque estas y otras razones me persuadían la venida á la Compañía no me satisfice de mi solo parecer, antes tomé consejo con personas espirituales de prudencia, doctrina y experiencia de las mismas religiones antiguas, las cuales, oídas mis razones, me enderezaron y confirmaron en esta elección de la Compañía, en la cual puedo con toda verdad afirmar á vuestra Majestad, que siempre me ha nuestro Señor hecho grandes misericordias y me ha tenido y tiene muy contento y consolado y obligado, por esta vocación y estado á darle mil alabanzas y servirle por esta merced, dando mil vidas que tuviese, por su amor.»

Muy atento estuvo el Emperador á este razonamiento, y con alegre semblante le respondió: «Holgado me he de saber esto que me habéis dicho, que no os quiero negar habernos causado maravilla vuestra determinación. Y aunque cuando de Roma me lo escribistes á Augusta, no me pareció poneros desvíos, por veros tan determinado, no dejé de recelar que con el tiempo vendríades á sentir lo que otros han sentido de esta nueva religión; pues por serlo parecía que las más antiguas se le debían anteponer.»

«Sacra majestad (dijo el santo Padre Francisco), ninguna religión es tan antigua que no fuese nueva en sus principios, y no fué por ser nueva, antes nos ha ya mostrado la experiencia, que los principios de todas las religiones y aun del mismo Evangelio y ley de gracia, fueron más fervorosos y tuvieron gente más aprovechada en devoción, espíritu y santidad. Y después que la santa Iglesia aprueba y confirma una nueva religión y con la apostólica autoridad alaba su instituto y modo de vivir, bien seguros de engaño y de error pueden acogerse á ella los que desean en vida santa servir á Dios.» «Bien está eso cuanto á la novedad (dijo el Emperador), pero también se han contado algunas cosas de la Compañía, que si fueran verdaderas, no se pueden defender por buenas.» Respondió el santo Padre: «Bien sé, señor, que han dicho y dicen de nosotros algunas cosas inventadas de hombres ociosos y añadidas de algunos por ventura no bien afectos: mas paréceme á mí que se debe dar mayor crédito á quien vive en la Compañía, por quien todo pasa, que no á los que les va tan poco y la miran desde tan lejos, y tendría yo vergüenza del cielo y de la tierra si á vuestra Majestad dijese cosa que no sea pura verdad, cuanto más que mañana se sabría para

mi confusión lo que yo encubriese; pues con esta verdad á que me obliga la lealtad con que debo tratar con mi natural y soberano señor, á quien tanto debo, le certifico, que si cosa mala ó indigna de santa y perfecta religión yo supiera de la Compañía, nunca en ella pusiera los pies. Y si ahora que estoy en ella la supiese, me saldría de ella, que no es razón que se crea de mí que desamparase mi casa y Estado, que el mundo estima en algo, pudiéndolo poseer con buena y segura conciencia, y que con daño de mi alma y menoscabo de mi honra escogiese esta vida.» «Yo lo creo por cierto como lo decís (respondió el Emperador), porque nunca hallé en vuestra boca falta de verdad: mas ¿qué me responderéis á esto que se dice, que todos son mozos en la Compañía y que no se halla una cana en tantas cabezas?» «Señor (dijo el santo Padre), si la madre que es la religión, es moza, ¿cómo serán viejos los hijos que le nacen? Y si esta es falta, presto la curará el tiempo, pues de aquí á veinte años tendrán hartas canas los que ahora son mozos, y no lo somos tanto como se dice, que yo cuarenta y seis años he vivido, aunque pudieran ser mejor empleados, y aun algunas venerables canas nos envía Dios á la Compañía, y aquí viene conmigo un sacerdote viejo, que siendo de cerca de sesenta años, se nos vino á ser novicio, varón de probada doctrina y virtud.» Quísole ver el Emperador y mandóle llamar, que era el Padre Bartolomé de Bustamante, al cual luego que le vió le conoció el Emperador y se alegró de que anduviese con el Padre San Francisco, porque con aquella felicísima memoria que el César tenía de cuantas personas le habían hablado, se acordó que el Padre Bustamante le trató de varios negocios en España é Italia, antes de ser de la Compañía. Más de tres horas se detuvieron en este razonamiento. El remate y fin de él fué decirle su Majestad, que se había holgado mucho de haber oído del santo Padre todo lo que le había dicho, y que el creía ser así. Y que aunque había estado dudoso y con alguna sospecha acerca de la Compañía, por lo que había oído de ella, pero que ahora con su testimonio quedaba muy satisfecho de la verdad y virtud que en ella había, y de allí adelante la favorecería, así por servir con ello á nuestro Señor, como por estar en ella su persona; y que en señal que lo había de hacer, le quería dar algunos buenos consejos para la conservación y aumento de nuestra religión, y así lo hizo con grandes muestras de amor.

Habiendo el Padre San Francisco detenídose tres días en Yuste, pedida licencia al Emperador, se volvió á proseguir las visitas de sus colegios y nuevas fundaciones, alabando al Señor por el buen suceso que le había dado en esta jornada. Y aunque el Emperador le encargó mucho que le volviese presto á visitar, nunca lo hizo, hasta que él mismo le tornó á llamar, como adelante se dirá. Más á la partida le dió devoción á su Majestad de mandar á Luis Quijada que diese doscientos ducados de limosna al Padre San Francisco, y que no le admitiese réplica ninguna para no tomarlos, y que le dijese de su parte, que aunque era poca la limosna, pero que respecto de lo poco que entonces su Majestad tenía, nunca le había dado tanto, en cuantas mercedes le había hecho. El Santo Padre tomó la limosna y la estimó y agradeció más que todas las otras mercedes que había recibido de su mano imperial, por ser limosna que por amor de Dios le daba como á pobre, un príncipe tan grande, y con tan buena voluntad. Quedó el Emperador tan edificado de la santidad del siervo de Dios, Francisco, que solía repetir muchas veces: «Cortos hemos andado en nuestro retiramiento, respecto de lo que ha hecho el Padre Francisco de Borja.»

## CAPÍTULO XVI

**Hace el siervo de Dios Francisco una casa en Símancas para recogerse.**

Tornó á llegar el siervo de Dios á Valladolid, cuyo colegio iba en grande aumento, así en la morada como en el número de Padres. Predicaba muchas veces en su iglesia de San Antonio y en los otros templos de aquella ciudad, con notable fruto; y aunque era fatigado de la gota y de otras enfermedades, no por eso dejaba de predicar y acudir á las obras de piedad cuanto le era posible. Venían á él muchos con varias pretensiones y ocupábanle grandes ratos. No le causaba al Santo Padre tanta pena y molestia el buscarle y ocuparle muchas gentes, cuanto al ver que de cuantos le querían para sus favores, pleitos y negocios temporales, muy pocos en proporción eran los que pretendían el bien de sus conciencias y aprovechamiento de sus almas; y por esto con angustia de su espíritu solía decir: «¡Oh, cuán pocos de los que nos buscan vienen de Jerusalén, y cuánto mayor número es el de los que llegan de Egipto!» Esto decía el Santo Padre acordándose de lo que Paladio cuenta del gran An-

tonio, que solía preguntar á su discípulo Machario cuando salía del encerramiento de su larga oración: «¿Hanme hoy buscado algunos?,» y oyendo que sí, tornaba á preguntar: «Éstos venían de Jerusalén ó de Egipto?,» entendiendo el santo y espiritual Padre, que los que venían á buscarle para sus intereses humanos y negocios temporales, eran como gitanos; mas los que eran atraídos por deseos más altos de cosas eternas y de su espiritual acrecentamiento, eran como ciudadanos de la celestial Jerusalén. Y si en la soledad y desiertos de Egipto, no faltaba quien turbase el sosiego y oración y silencio de San Antonio para alcanzar por su medio humanos favores, sin duda eran muchos más los que en la corte de España buscaban é importunaban al Padre San Francisco para el mismo fin, porque era notorio que tenía cabida y podía mucho con los presidentes y tribunales de la corte y con los príncipes y señores, de quien tantas gentes se querían valer. Mas él se moderaba tanto en estas intercesiones, que de muy pocos negocios seculares se quería encargar, porque ni importunaba de buena gana á los que le comunicaban, ni con los magistrados quería interceder por los litigantes, no menos por el escrúpulo de la conciencia que temía que se agraviase por sus ruegos la justicia, que por entender que dificultosamente él podía rogar por la una parte, sin que la contraria se ofendiese é indignase. Y también conocía que si á estos negocios no cerrara la puerta, ni le bastara el tiempo, ni las fuerzas, ni quedara lugar para las obras espirituales que siempre traía entre manos. Y cuando alguna vez pedía para alguna persona cosa temporal, era en causa tan mirada y justificada, que aquellos á quien rogaba no se la podían negar. Pero por muchos negocios que despidiese, eran tantos los que en la corte cargaban de él, que le faltaba tiempo para el reposo necesario de su cuerpo; y (lo que él más sentía) para el de su espíritu, porque al mejor tiempo le cortaban el hilo de sus devociones y le ocupaban en cosas (aunque provechosas) no tan gustosas para él. Y viendo por una parte que no podía alejarse de la corte, conforme á la obediencia de nuestro Padre San Ignacio y por otra la necesidad que tenía de algún refugio y lugar de descanso, le deparó nuestro Señor uno muy acomodado y á su propósito dos leguas de Valladolid, en una casa que le ofrecieron en Simancas, á la cual se acogía él todas las veces que se podía escapar de la corte y recreaba su espíritu y cobraba nuevas fuerzas con sus oraciones y penitencias que

allí hacía más largas y más rigurosas, por medio de las cuales alcanzó de nuestro Señor muchas cosas y entre ellas se puede contar la mudanza que hizo el Papa Paulo IV, en la resolución que tuvo de descomulgar al Rey de España, la cual no se sabe cómo la supo el siervo de Dios en Valladolid y juntamente que le enviaba el Papa á él sus letras Apostólicas, obligándole con todas las censuras posibles, á que él mismo desde los púlpitos de la corte declarase y publicase á la majestad del Rey católico y á sus ministros y tribunales, por descomulgados y apartados del gremio de la Iglesia. Dióle al siervo de Dios gran cuidado, así por la perplejidad en que aquel negocio le pondría, como por el escándalo que había de causar en el mundo. Luchaban en su corazón las dos más extremas obligaciones y obediencias que tenía. Pero no era lo que le daba pena su peligro, sino los daños y escándalos, que de aquel caso se habían de seguir; y así decía: «No me da cuidado mi peligro corporal, que ningún día pasa que no ofrezca mi sangre y mi vida por el servicio de Dios y de su Iglesia, pero ahora si obedezco al Papa, temo el escándalo mayor de lo que podemos imaginar y la pérdida de tantas gentes en las almas y en los cuerpos. Pues si no le obedezco, ya se ve si son para no temer las censuras y armas de la Iglesia y del Vicario de Cristo.» Era esto el año de 1555 en el cual por nuestros pecados se había encendido disensión y guerra entre el Papa Paulo IV y el católico rey D. Felipe por causa de unos parientes del Papa que por subir ellos á mayor grandeza y salir con sus inmoderadas pretensiones no temían revolver al mundo y turbar la paz de Italia y de la cristiandad. Encomendólo muy de veras el Santo varón, á nuestro Señor, y desde su recogimiento de Simancas clamaba al cielo por los que estaban en Roma, para que no permitiese Dios pasase adelante tal resolución, y parece que le oyó su Divina Majestad, porque brevemente llegaron ciertas nuevas, que la Santidad de Paulo IV, mirando como bueno y sabio Padre la razón y la justicia, hizo amorosa paz con el Rey católico y con los ministros que tenía en Italia, y con santa severidad desterró sus sobrinos, que le habían con engaños enredado en tan dificultosos lances y riesgos, de donde le sacó la divina Bondad, la cual también ordenó que para mayor justificación de la causa del rey D. Felipe, el Papa Pío IV, que luego sucedió á Paulo IV, cortó las cabezas por justicia á aquellos sobrinos de su predecesor, por lo que hicieron en el Pontificado de su

tío. Este fué el fin que tuvieron el cardenal Garrafa y el duque Palliano. No es para pasar en silencio el modo con que le ofrecieron aquella casa de Simancas; que fué maravilloso, porque fué dado de la mano del mayor enemigo que tenía la Compañía en la corte. Era este un regidor de Valladolid, llamado D. Juan de Mosquera, persona de gran cabida con todos los señores y grandes de la corte, el cual aborrecía con tal extremo á la Compañía que no podía ver á ninguno de ella, y por no encontrar á alguno rodeaba muchas calles y en viéndole de lejos huía. Pero es tan poderosa la mano de Dios, que le trocó de repente tan de veras el corazón, convirtiéndole el odio en amor y estima, que de su voluntad ofreció liberalmente al Santo Francisco de Borja una casa que tenía en Simancas, para su retiro y habitación de los de la Compañía, quedando allí adelante no sólo aficionado, pero apasionado; y por decirlo así, cautivo de la Compañía.

Esta mudanza tan repentina, y de un extremo á otro tan contrario, tuvieron todos por milagrosa, reconociendo ser de la diestra del muy Alto. No se sabe que hubiese mayor ocasión para ello, si no fueron las oraciones del Padre San Francisco, como lo fueron después sus ejemplos, para pasar de la benevolencia á la admiración: ya no sólo amaba á la Compañía, pero la admiraba y reverenciaba como obra divina, viendo de cerca las heroicas virtudes del siervo de Dios, Francisco, unos días que estuvo con él en Simancas. Pasmábase de ver tanta modestia en su persona, habla y trato, tanta mortificación y humildad, que aun á su compañero el Hermano Juan Paulo no sólo se igualaba en todo, pero se le humillaba, principalmente cuando vió que el Hermano mandó una vez con gran sencillez llamar á la puerta del Santo Padre, el cual, como saliese al punto á ver qué le quería, le preguntó lo que se había hecho del cabestro de su jumentillo. El Santo varón, con gran humildad y alegría, le respondió y dió razón de lo que pedía. Viendo esto aquel caballero, y acordándose de la grandeza del Santo Padre y cotejando con ella su humildad presente, fué tanto lo que se maravilló y lo que se movió con este ejemplo, que de allí adelante decía: «No hay que estimar ya grandeza del mundo, todo es vanidad, todo es engaño, todo es humo y sombra cuanto hay en el mundo»; é hizo tal mudanza en su corazón y vida, que también se humillaba á hacer oficios muy humildes, principalmente en nuestra casa, porque llegaba hasta fregar los

platos en que comían los de la Compañía. Era también este caballero odiado de muchos, y tenía su vida tan poco segura, que no se atrevía á andar sino armado y acompañado de escopeteros ó de criados cargados de pistoletes. Pero de allí adelante andaba sin arma alguna por las plazas de Valladolid, perdonando á unos los agravios que de ellos había recibído, y pidiendo á otros perdón de los que les había hecho, y ofreciéndose á darles toda satisfacción, y creciendo tanto en la devoción que tenía á los de la Compañía, que se deshizo de parte de su hacienda para sustentarlos.

## CAPÍTULO XVII

### Hace un noviciado en Simancas, de notable observancia y rigor.

Comenzó á gustar el siervo del Señor, Francisco, de aquel rincón de Simancas, y le halló muy sazonado para oratorio y lugar de su penitencia. Consideró que sería hermoso asiento para plantar en él casa de probación, donde se criasen los novicios que por aquellas provincias se recogiesen á la Compañía. Estas casas de novicios deseó él siempre ver en su religión, y asentarlas de su mano y cerca de sí, mas hasta aquel tiempo nunca pudo acaudalar en Castilla que se juntasen los novicios en habitación señalada para su probación, porque como cada día se iban fundando nuevos colegios, y los ya fundados pedían gente de refresco, apenas eran los buenos ingenios entrados en la Compañía, cuando ya estaban empleados en diversos ministerios y oficios, repartiéndolos para servir en los colegios, en los cuales tenían su noviciado y probación lo mejor que podían. Mas ahora la comodidad de Simancas y la experiencia que él en sí tomó, convidó al Santo Padre á llamar allí los novicios que se recibían en las Universidades de Salamanca y de Alcalá y en las otras partes de Castilla. Era gran regalo de su espíritu ver venir á su nuevo majuelo tales y tantas plantas como nuestro Señor le enviaba para que en él se criasen, que cierto fué aquella una florida primavera de la Compañía en España, cuando á docenas venían escogidos letrados y graduados en las Universidades y otros de muy buenas partes á ser allí sus novicios. Con todos los que el Señor le enviaba se gozaba el Padre San Francisco por extremo, pero

mucho más con los hombres maduros y doctos que entraban en la Compañía.

Porque decía, que estos tales, por haber entrado con más consideración y maduro juicio, comunmente son más firmes y estables en su vocación, y que privándose del premio y fruto de sus letras, que ó habían alcanzado ó fácilmente podían alcanzar en el mundo, merecían ser amados y estimados, y que desde luego podían servir de obreros en la Religión, sin esperar los muchos años que se han de esperar en los que entran de tierna edad y que se ahorran los gastos y trabajos de criarlos, enseñarlos y perfeccionarlos; pero esto entendía de los que con la prudencia y letras, juntan humildad y verdadera resignación de sí mismos, y siendo grandes, se dejan tratar como pequeñuelos de Cristo.

Era de ver lo que para su enseñanza y ejemplo el Santo varón hacía, enseñábales la oración, teníales pláticas espirituales, juntábalos á conferencias y colaciones á imitación de los antiguos Padres, y para la mortificación y desprecio de sí mismos y ejercicio de las virtudes, se animaban unos á otros, deseando ser cada uno el primero, siendo en todo esto y en las penitencias el Santo Padre Francisco, que con su ejemplo, más que con exhortaciones, les tenía persuadidos que sus pretensiones debían ser sobre alcanzar los más bajos oficios y más humildes y pobres vestidos, y las más dificultosas mortificaciones, y así, ninguna disonancia se veía entre ellos de voluntades y juicios, si no era en querer cada uno para sí todo lo que era más bajo y despreciado. Ponía el Santo Padre suma diligencia en el aprovechamiento de los que estaban en estas probaciones y repetía muchas veces esta sentencia: «El que fuere buen novicio, será después bueno y virtuoso estudiante de la Compañía, y el que hiciere buen estudiante, hará después buen profeso y útil operario de la Religión y de la Iglesia; porque lo ordinario es, que el que comenzare con fervor y diere buen principio, acabará bien, y por el contrario, el tibio y el flojo al comenzar, se irá hasta el fin por los mismos pasos: y aun será maravilla si no se empeorare con el tiempo». Hacía salir á los novicios que eran teólogos y sacerdotes, á predicar y enseñar la doctrina cristiana y á pedir limosna con unas alforjas, así en Simancas, como en los pueblos comarcanos, y el Santo Padre el primero en servir en la cocina, pedir limosna y todo lo demás, como en su ermita de Oñate lo solía usar, y cuando le era lance forzoso ir á Valladolid, ó hacer otra

ausencia de sus novicios, dejaba en su lugar por su maestro al Padre Bustamante, á quien hizo Superior de aquella casa, que de la misma manera era muy celoso del aprovechamiento de los nuevos soldados de la milicia religiosa, que venían á servir á Dios. Los edificios que allí fabricó el Santo Padre, fueron semejantes á la traza de su espíritu de pobreza. De adobes de tierra por cocer y de toscos palillos labró su morada, y él llevaba con los novicios la tierra y los otros materiales, y con unas esteras viejas de esparto atajaban el un aposento del otro. Al talle de esto eran las demás cosas de la ropa y alhajas y comida, por lo cual, algunos que venían recibidos, en llegando á Simancas y viendo tan estrecha pobreza y aspereza, volvían atrás y daban en tierra con la devoción y religión, espantados del rigor y estrechura de vida.

El fervor de su oración era extraordinario, raro el cuidado y vigilancia de su mortificación, extremado el rigor de sus penitencias, entrañable el amor entre sí, y la competencia que había entre todos, de ser cada uno el primero en el trabajo y más pobre en el vestido y en el oficio más bajo y en las cargas más dificultosas. No había entre ellos diversidad de voluntades y juicios, sino suma paz y concordia entre todos y una alma y un corazón, maravillosa igualdad en grados y personas desiguales, rara puntualidad de obediencia, particularmente en el levantarse por la mañana á dar gracias y alabar al Señor.

El silencio era admirable, porque fuera de los tiempos señalados, apenas se hablaba palabra, tan tasados eran entonces, en lo que ahora los tibios somos pródigos, como si no fuesen los labios porteros del corazón y estuviese en esto el calor y la vida espiritual que por ellos á veces se entibia y á veces se apaga. Excusar las faltas, mayormente reprendidas, teníase por crímen de religión. La pureza de la intención era tan amada y tan ejercitada en las obras, pretendiendo en todas ellas la mayor gloria de Dios, que para refrescar esta memoria había señalado quien después de la oración, de la misa y los demás ejercicios, dijese en voz alta: *examen*, y era como advertirles que examinasen con qué intención habían hecho la obra pasada y la continuasen y corrigiesen en la que habían de comenzar.

Iban también cada mes cuatro á Valladolid, repartiéndose en dos hospitales, asistían á los enfermos de día y de noche. En todo aquel mes no se apartaban de las camas y servicio de los

dolientes, velándolos de noche: servíanlos con tanta diligencia, que decían los mayordomos de los hospitales, hacían más un par de aquellos novicios, que una docena de criados. Pero no sólo ayudaban á los cuerpos, sino también á las almas de los enfermos, consolábanlos con sus palabras y persuadíanlos tanto la conformidad con la voluntad divina, que aun no se quejaban los más apretados. No había queja en todo el hospital, y en los dolores más agudos no se oía palabra impaciente, antes los mismos dolientes unos á otros se exhortaban á paciencia y conformidad con Dios; tanto les aprovechaba la caridad y ejemplo de aquellos fervorosos hermanos. Mas, no eran solos los novicios los que se ejercitaban en toda virtud, sino también los otros Padres y hermanos más antiguos en la religión, cuyas virtudes eran muy raras, las costumbres loables, y la vida irreprensible; porque primeramente tenían un amor para con Dios muy encendido y deseoso de trabajos y padecer mucho por él, y cuando se ofrecía la ocasión padecían muchos trabajos y padecíanlos con gran contento y alegría, porque lo que les faltaba de comodidad y regalo del cuerpo, el Señor lo suplía interiormente con la abundancia de la dulzura que daba al alma. También se descubría este amor por las llamas que arrojaba en todos los que trataban con ellos: todas sus pláticas eran hablar de Dios, y exhortar á los hombres que lamentasen y llorasen sus pecados, que huyesen las ocasiones de caer, que se levantasen si estaban caidos, que se diesen á la oración y penitencia, que examinasen sus conciencias y las purificasen con el uso de los Sacramentos: como estaban llenos de Dios rebosaban lo que tenían dentro.

¿Pues qué diré de la caridad admirable que tenían entre sí, así en acudir á socorrer las necesidades unos de otros, como en no reparar en cosillas ó palabras que algunas veces se dicen ó hacen sin malicia é inadvertidamente, y no menos en procurar de dar satisfacción y pedir perdón á la persona que podía tener queja de él, y esto antes de acostarse? Había un amor tan tierno y entrañable entre todos, que cuando alguno partía de un lugar para otro, parece que se les partía el corazón: tantas eran por una parte las lágrimas y sollozos de los que se iban y de los que quedaban; y por otra no era menos la alegría, por ver que iban enviados del Señor como obreros para cultivar su viña. Pues cuando venían algunos huéspedes, allí era el recibirlos como si fueran ángeles venidos del cielo, el abrazarlos y regalar-

los, el lavarlos á porfía los pies, y el dejar sus aposentos y camas (cuando era menester). También se echaba de ver este amor en la paz y unión con que vivían entre sí los Padres y hermanos de diferentes tierras y provincias, y los súbditos con los superiores, porque verdaderamente estaban tan hermanados como si tuvieran una sola alma y un solo corazón, y el amor espiritual cerraba los ojos de la carne y los abría á lo que sólo en la religión se debe estimar. Mostrábase asimismo este amor en otra cosa muy substancial, que era avisar con grande llaneza, caridad y libertad los unos á los otros de cualquiera falta que veían entre sí, porque cierto, era cosa maravillosa la sinceridad y llaneza con que esto se hacía y la humildad y hacimiento de gracias con que el aviso ó reprensión se recibía.

No digo nada de la obediencia y de la reverencia amorosa de los súbditos para con los superiores, no solamente en las cosas de importancia, sino también en las mínimas, porque no se puede fácilmente creer la alegría, prontitud y puntualidad con que se obedecía aun en las cosas trabajosas y dificultosas, y la confianza que nuestro Señor daba á los que las emprendían por obediencia y el buen suceso que tenían. Juzgar mal de lo que los superiores ordenaban, se tenía por sacrilegio; hablar mal, por blasfemia; buscar razones en lo que se mandaba, por culpa grave, y no menos ser curioso en querer saber lo que habían de ordenar. Finalmente, estaban los nuestros como una cera blanda en manos de sus superiores y tan rendidos á su voluntad, que la prontitud en obedecer de los súbditos, era grande alivio para los superiores.

Eran muy humildes y menospreciadores de sí y del mundo, de los juicios vanos de los hombres, buscaban los lugares más bajos, contentábanse con cualquiera cosa que les daban y todo parecía que les venía ancho y que les sobraba, teniéndose por indignos de cualquiera honra y dignidad, especialmente del sacerdocio, el cual ninguno le pretendía, ni hablaba de ordenarse más que una castísima doncella de casarse. Estas eran algunas de las virtudes en que los nuestros se esmeraban, y tanto agradaban á Dios nuestro Señor y edificaban y movían á sus prójimos á toda virtud con su ejemplo.

# CAPÍTULO XVIII

## Algunos ejemplos de mortificación y humildad que sucedieron en Simancas, particularmente del santo Padre Francisco de Borja.

No es maravilla que anduviesen todos tan fervorosos en aquella santa casa, pues el siervo de Dios Francisco con sus oraciones les ayudaba, con sus pláticas les exhortaba, y con sus ejemplos les alentaba é iba adelante en todo ejercicio de humildad. El era el primero en el trabajo y en la cocina y en el pedir limosna y en todas las obras de mortificación, con tanta alegría que ponía espanto. Vino un día de Valladolid á Simancas y entróse luego en la cocina, donde estaba por cocinero un novicio recién llegado, que no conocía al Santo Padre, el cual le preguntó si era aquel día cocinero. Y como el novicio le dijese que sí, dijo el siervo de Dios: «Pues hermano, yo os vengo á ayudar, mirad qué mandáis que haga.» Pensando el novicio que era otro Padre novicio como él, le preguntó qué sabría hacer. «Ninguna cosa sé hacer bien, dijo el humilde Padre, pero lo que menos mal sabré hacer será fregar y barrer». «Pues, Padre, á buen tiempo llega, dijo el novicio; frégueme todas estas ollas y escudillas y platos». Púsolo luego el santo Padre por obra y estuvo gran rato cansándose en este oficio, hasta que buscándole su compañero le halló que acababa su obediencia.

Una vez partió tarde de Valladolid á Simancas, y con mucha nieve y viento frío y riguroso; vino á llegar muy de noche y á tiempo que ya estaban reposando los novicios. Estuvo gran rato llamando á la puerta, cayendo copos de nieve sobre él, y como era al primer sueño y la puerta estaba lejos de la habitación, no había quien respondiese. Al cabo de gran rato le oyeron y abrieron, quedando muy corridos los novicios de haber hecho aguardar tanto á su Padre y verle traspasado y tiritando de frío. Díjoles el santo varón con muy buena gracia y alegre semblante: «No tengáis pena, hermanos carísimos, que yo os certifico que el Señor me ha regalado mucho el tiempo que he estado aguardando, porque estaba pensando que el Señor era el que me tiraba los copos de nieve y enviaba los aires helados sobre mí, y que todo lo que obra, lo obra con infinita alegría y gusto suyo: y que debía yo regocijarme considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y gozarme del gozo

que tenía en esta obra, pues se despedaza un león ú otro animal bravo delante de un gran príncipe sólo por darle contento.» Con estos y otros semejantes ejemplos se animaban y alentaban cada día más los novicios, aunque no faltaba quien volviese atrás por la aspereza de vida y extremada mortificación y pobreza que había en aquella casa.

El pueblo estaba admirado de tanta mortificación como veía en aquellos siervos de Dios, y tan mudados los particulares de la villa en sus vidas y costumbres, que eran otros. Daban largas limosnas á los nuestros, y cuando iba á comprar algo alguno de ellos (era lo más ordinario ir á comprar el Hermano Juan Manuel, persona en el siglo de mucha nobleza), se corrían al vendérselo, por el respeto que le tenían, porque la vergüenza que no tenía el Hermano en ser comprador, tenían los tenderos en ser con él vendedores. Y ya que no podían recabar que lo recibiese de balde, remitían grande parte del precio, teniendo tanto respeto á su sangre y más á su virtud, que no querían dárselo para que no fuese cargado, sino ellos mismos la llevaban á casa, á la cual respetaban como casa de Dios y un prodigio de la tierra, donde estaba la grandeza del mundo verdaderamente hollada, y ensalzada la virtud y humildad de Cristo. Asombrábanse las gentes de ver allí un grande de España y otro hijo de grande y otros señores y mayorazgos y de sangre nobilísima humillarse tanto por Cristo, honrándose de los oficios más humildes y andar en competencia los que habían despreciado púrpuras y ricos Estados, sobre cual se había de abatir más. Fué tan nueva en el mundo esta práctica tan perfecta del Evangelio, que venían á verlo por sus ojos muchos grandes y señores y personas religiosas de diversas Ordenes, quedando admirados de lo que veían, porque ni en humildad, ni en obediencia, les parecía poderse pasar más adelante.

## CAPÍTULO XIX

### Cómo puso el Padre San Francisco en gran devoción y fervor al palacio de la princesa Doña Juana.

No era de tanta admiración que la casa de Simancas, que había escogido el siervo de Dios para recogimiento y escuela de perfección, la hubiese comunicado tanto espíritu y fervor. Mayor maravilla fué que la introdujese en palacio, como si fuera

en una observante religión, porque por el mismo tiempo en que él dió principio al noviciado de Simancas, era el palacio de la princesa doña Juana, Gobernadora de estos reinos, un dechado de virtud y, por decirlo así, otro noviciado, por el ejemplo, consejo y celo del Padre San Francisco. Comenzó esta devoción desde que el santo varón fué á Portugal, llamado de aquellos Reyes. Estaba entonces la princesa Doña Juana en Lisboa, porque vivía el príncipe D. Juan, su marido, hijo del rey D. Juan el tercero. Comunicó entonces la Princesa al siervo de Dios y se aprovechó mucho de sus santos consejos, entre los cuales era el cuidado de aumentar la piedad y devoción de las damas y señoras de su palacio, á lo cual ayudaba también el Santo Padre, y juzgando sería para esto medio muy eficaz la devoción de la Sacratísima Virgen, deseó aumentarla en todas las señoras, y así usó de esta santa traza. Para el día de la Natividad de nuestra Señora escribió en muchas cédulas varias virtudes y alabanzas de la Virgen, poniendo á propósito de cada virtud una devoción muy devota, y después en otras tantas cédulas escribió los nombres de todas las señoras y damas de palacio. Luego echó suertes, juntando una cédula de los nombres con otra de las virtudes de la Virgen y de la oración de ella, para que la rezase á quien le cupiese, por todos los días de aquella octava. Agradó mucho á la Princesa aquesta santa invención; pero como el celoso Padre no perdía lance en que pudiese sacar algún provecho para las almas, pidió á la Princesa que le pagase aquella devoción que la había enseñado con otra, y era que diese buen ejemplo á su familia, confesando y comulgando ella y todo su palacio aquel día del nacimiento de la Madre de Dios. Dijo la princesa que lo haría; pero que él mismo había de ser quien les dijese la misa y diese á todos la comunión. Llegado el día y volviéndose el siervo de Dios para dar las comuniones, estando con el Santísimo Sacramento en las manos, les hizo una breve plática, pero fervorosísima y ardiente, declarándoles quién era aquel Señor que tenía en las manos, cuán infinita era su santidad y majestad, y al contrario, cuán suma era la vileza é indignidad de quien le recibía. Dijo esto con tanto afecto y eficacia, que movió al auditorio á devoción y lágrimas. Desde este tiempo, por persuasión del santo Padre, comenzaron todas las señoras y personas de la casa real de la Princesa á frecuentar los Sacramentos de ocho en ocho días, por

lo menos no pasaban de quince, y se encendió en todas tanta devoción con las pláticas y ejemplo del Santo varón, que no hablaban de otra cosa sino de Dios y de las devociones que habían de hacer, y ya las damas no parecían personas de palacio, sino monjas de un retirado monasterio. Y para que esta devoción se conservase, hizo el celoso Padre, gustando mucho de ello la reina Doña Catalina y la princesa Doña Juana, que un Padre de la Compañía fuese todos los días de fiesta á palacio á declararles la doctrina cristiana y las obligaciones que tenemos de servir á Dios. Esta devoción que plantó en Lisboa el Padre San Francisco, la regó é hizo crecer en Valladolid, adonde volvió la Princesa después de la muerte del Príncipe su marido. Y para que la frecuencia de los sacramentos se continuase y aumentase, hizo que muchos Padres acudiesen á confesar á palacio, donde tenían bien que hacer. La Princesa era una perfecta idea de como quería San Pablo á las viudas, orando de día y de noche y mostrándose irreprensible en todo, así en el gobierno de su casa como en el de todo el reino; imitaban las criadas á su señora, y así muchas damas se entraban monjas, siendo más las que salían para monasterios y sagradas bodas del Cordero, que las que abrazaban á esposos de la tierra. No había entre ellas otra habla sino las virtudes y de servir á Dios, sus ocupaciones eran de disponerse para confesar y comulgar dignamente, frecuentando muy á menudo estos saludables sacramentos. La oración era casi continua; la penitencia de muchas maneras, mucho uso de cilicios y disciplinas y otros géneros de mortificaciones. Y para que no les faltase la de la propia voluntad escogían cada mes una por superiora, á quien obedecían, y con gran rendimiento, juntábanse como capítulo en una sala retirada y allí hacían la penitencia que les daba la superiora, ó por las faltas que se habían notado en algunas ó ellas mismas las confesaban con gran humildad y verdad. Y con el ejemplo de San Francisco de Borja se inclinaban tanto al desprecio del mundo y abatimiento propio, que servían las damas y señoras á sus mismas criadas, haciendo con ellas los oficios que ellas debían hacer con sus amas. De suerte que todo palacio era una escuela de virtud y perfección. Gozábase de esto mucho la piadosa Princesa y reconociendo ser causa de tanto fervor en su casa el Padre San Francisco, cada día le encomendaba á nuestro Señor á él principalmente y luego á otros Padres de la Compañía, haciendo por ellos oración particular,

nombrándolos por sus mismos nombres. Y porque había experimentado en sí y en las de su palacio gran provecho de sus almas y desengaño de la vanidad del mundo con el ejemplo de humildad que daba á todos el Padre San Francisco, decía la prudente Princesa que no podía hacer aquel santo más provecho con las mayores honras y dignidades del mundo, y así aunque estuviera en su mano hacerle Sùmo Pontífice, no lo hiciera por lo mucho que le estimaba y deseaba todo bien, para no quitarle la ocasión que tenía de dar tan heroicos ejemplos de humildad, y cuando su padre el Emperador y su hermano el príncipe D. Felipe le quisieron hacer Cardenal, ella les pidió que no lo hiciesen por las razones dichas.

## CAPÍTULO XX

### Muere el Rey de Portugal y consuela el Padre San Francisco á la Reina.

Por este mismo tiempo sucedió que el año de 1557 á los 11 de Junio falleciese el rey de Portugal D. Juan el tercero, príncipe en paz y en guerra glorioso, y en piedad, devoción y religión esclarecido. El cual amó y favoreció entrañablemente á la Compañía antes de conocerla y la amparó en sus primeros principios y aun procuró é interpuso su autoridad con el Papa Paulo III para que la confirmase y fué el primer Rey que pidió Padres de ella y los trajo á su reino y les fundó en él colegios y casas con real magnificencia y los envió á la India Oriental, para que alumbrasen con la luz del santo Evangelio la ciega gentilidad y colocasen el glorioso estandarte de la Cruz en tantos y tan distantes y tan extendidos reinos y provincias de bárbaras naciones, como han hecho con el favor del Señor. Grande fué el sentimiento que hubo en toda la Compañía por la muerte de este grande y religiosísimo Rey; porque demás de la falta que hizo á sus reinos y vasallos, tenía la Compañía en él un verdadero protector y padre. Sucedióle en el reino D. Sebastián su nieto, que era niño, quedando por su tutora y Gobernadora del reino de Portugal la reina Doña Catalina su abuela. A la cual escribió el Padre San Francisco, consolándola de la muerte del rey don Juan su marido, una carta que me ha parecido poner aquí y es la que sigue:

Muy alta y muy poderosa señora

Si los consoladores de Job callaron siete días, más hubiera yo de callar, pues la materia de la aflicción es mayor y el sentimiento del protector y señor que ha perdido la Compañía, con justo título pudiera poner silencio por años, cuanto más por días. ¿Quién hay que tenga lengua para tratar de los secretos juicios de Dios? ¿Quién es el que teniendo su casa con puntales para no caer se los va quitando, pretendiendo remediarlo con ello? ¡Oh, cómo es cosa de ver la casa de Dios puesta en puntales, que son los príncipes cristianos que la sustentan y que el Señor para remediar su casa los quite y aun á uno de los más principales! ¿Quién hay que tenga lengua para decirlo? Y que esto sea para reparar su Iglesia es de mayor admiración. Digo que para reparar la Iglesia triunfante sacaron este puntal de la militante. Y si quieren saber los mortales la causa, es porque dice el Espíritu Santo: *Diligit Dominus portas Sion super omnia Tabernacula Jacob.* Quiere Dios tanto que se repare la Iglesia triunfante y se hinchen las sillas de los ángeles caidos, que á los principales puntales arranca de esta tierra, por enjerirlos en el cielo y por esto le quedan obligados todos los que entienden este lenguaje. Y pues vuestra Alteza es una de las personas reales, que por la bondad de Dios mejor lo entiende, queda más obligada á reconocer el beneficio, pues no tiene que ver la vida de allá con la de acá, ni el reino del cielo se puede comparar con el de la tierra. Y la respuesta que se debe á este favor y merced de Dios, es poner los hombros y la cabeza para sustentar el peso que llevaba aquel Rey Santo, para ayudar á sustentar la parte que de la Iglesia le cabe. Y cuanto más apretaren los trabajos de este gobierno y peso, alce vuestra Alteza los ojos al cielo y diga: Alábenos, Señor, los ángeles, por el gozo que dais á los de la casa de Jacob. Y pues él se goza, yo tengo por bien empleado el dolor y por su descanso ofrezco yo el trabajo del peso de mis hombros; y porque él esté sin cuidado acepto yo el peso de los cuidados, y porque él duerma en paz, quiero yo velar en guerras; y porque sea él de aquellos á quien vos enjuguéis las lágrimas, ofrezco yo las mías por vuestra Pasión, suplicandoos me las deis de soledad de vos que sois mi Criador y Redentor, olvidando toda la soledad de las criaturas, ó á lo menos para que no

la tenga, sino acordándome de vos y de vuestras criaturas en vos y como de cosa vuestra y no mía, pues no me la distes á mí para mí, sino para que os sirviese con ella. Y tras esto, haciéndolo así confíe vuestra Alteza en el Señor, que ambos reinarán en la eternidad, gozándose del premio de los trabajos y de la paciencia y del ejemplo cristianísimo que dieron en el mundo. Y así serán en el día del juicio, de los reyes que condenarán á los pecadores; pues por su ejemplo fueron predicadores del evangelio y por la justicia fueron ejecutores de él y llevarán allá la corona, porque llevaron acá la cruz y por haberla puesto en tan diversas partes de la gentilidad. Plega á la divina Majestad, que conforme á lo que suplicamos sea servido de concederlo. Porque viendo nuestra suplicación oída en el divino acatamiento, su Alteza gozará de muchos grados de gloria, y V. A. se acrecentará en muchos de gracia, á los cuales correspondan los de gloria, cuando el Señor fuere servido darle el premio de sus trabajos. De Simancas 24 de Junio 1557. De vuestra Alteza obedientísimo siervo, *Francisco.*

Esta carta consoló mucho á la piadosa Reina, así por las razones tan cristianas y prudentes que contiene, como por la persona que se la escribía, por la mucha estimación que siempre tuvo de la grande santidad de este varón de Dios.

## CAPÍTULO XXI

### Envíale el Emperador á Portugal.

ESTABA en su recogimiento y noviciado de Simancas el Padre San Francisco, deseando nunca salir de allí hasta ir al eterno descanso del cielo, cuando llegó un recado de la princesa Doña Juana, que le significaba cómo el Emperador le mandaba por una carta que le enviase á Yuste porque le quería ocupar en una cosa que importaba al servicio de Dios y suyo. Y que si la falta de la salud no lo impidiese, holgaría que luego se pusiese en camino. No faltaban hartas indisposiciones al siervo de Dios y el tiempo era muy contrario, por ser en medio del estío; pero ninguna cosa se le puso delante para no obedecer á su Príncipe. Partió para Yuste, donde le recibió el Emperador con las mismas muestras de amor y favor que solía, hasta enviarle al tiempo de la comida lo que de su plato le sabía bien, con palabras que no las usaba con otros por grandes y privados que fuesen. Y

el segundo día que le habló le quiso probar y conocer de él, si era verdad lo que le decían, que tenía ya perdido el afecto del mundo y de los hijos y parientes, como si no fueran: preguntóle por los hijos muy particularmente y después le dijo: «Sabed que el almirante D. Alonso de Cardona se me queja mucho del duque D. Carlos, porque dice que contra la justicia le tiene los lugares del real; deseo que me digáis lo que sentís del derecho de vuestro hijo y qué os parece que yo provea en ello». Respondióle el Santo Padre: «Yo, señor, no sé cuya es la justicia: mas suplico á vuestra Majestad, cuan eficazmente puedo, que no solamente mande que se guarde el Almirante su entera justicia, mas que le haga todo el favor y merced en que la gracia puede tener lugar, dentro de los límites de la justicia, porque cualquiera merced será en él bien empleada y la tendré yo por propia.» «¿Pues cómo (dice el Emperador) de esa manera volvéis por vuestros hijos? ¿No será mejor ese favor y gracia para el Duque que para sus contrarios?» «Sacra Majestad (dijo el Santo Padre), el duque D. Carlos es rico y no le falta lo necesario para pasar. Y por ventura el almirante de Aragón tendrá más necesidad.»

Holgóse mucho el César de ver cuán despegado estaba el Santo varón de sus cosas y de sus deudos, quien así pasaba por lo que á su hijo y casa tanto importaba como aquel estado, y dijo al conde de Oropesa, que le edificó mucho el Santo Padre en este punto; mas no perdió el Duque nada en mostrarse su padre tan desasido y tan ajeno de buscarle favor; tras esto le trató el Emperador de un negocio que era de gravísima importancia y se había de tratar en Portugal con la reina Doña Catalina, su hermana, y con los otros príncipes de aquel reino. Díjole que no le encargaría á otra persona sino á él, así por la confianza que hacía de su prudencia y secreto, como porque entendía que ninguna persona podría él enviar, que á aquellos príncipes de Portugal fuese más agradable, que le rogaba y encomendaba, que en su ida y en el negocio, pusiese toda diligencia. Ofreció el Santo Padre, que como era obligado, serviría á su Majestad, y partióse camino de Lisboa. Pero antes de llegar á la ciudad de Ébora, cayó enfermo de una tan recia modorra y fiebre pestífera, que le llegó casi al último de la muerte, y los médicos que le curaban en el colegio de Ébora, le daban por muerto y como á tal le lloraban, mas allí se mostró su paciencia, su oración, su alegría en los trabajos y peligros, el consolar y animar á los que de-

cían que no hallaban humana esperanza de cobrar la salud. Pero con maravilla de todos estuvo bueno de repente y llegó á Lisboa, como el mismo Santo Padre lo había profetizado, pero no sin otro grande peligro, por una furiosa tempestad que súbitamente se levantó al pasar del río de Tajo desde Aldeagallega, en la cual perecieron al mismo tiempo algunas barcas cargadas de gente. Como supo la Reina que el Santo Padre era llegado, le envió á visitar y pedir que mientras convalecía se fuese á la casa de Xobregas (que es un palacio que el Rey tiene á la ribera del río, de aires sanos y frescos), adonde envió la Reina todo lo necesario para servicio y regalo del enfermo, con tanto cuidado como si el Santo Padre fuera su propio hermano. Hallándose el bienaventurado Padre con fuerzas, fué á hacer reverencia á la Reina y al rey niño D. Sebastián, su nieto, y trató algunos días con aquellos príncipes los negocios que del Emperador llevaba encomendados, y también se ocupó en visitar (aunque de paso) las casas y colegios que por allí cerca tenía la Compañía. Vuelto á Castilla, dió cuenta al Emperador de lo que había hecho en lo que su Majestad le había mandado, y tornando otra vez á Yuste desde pocos meses, también llamado, hablaron de cosas de su espíritu, y de la oración y obras satisfactorias, en las cuales deseaba el Emperador ejercitarse, aparejándose cada día más para la cuenta que brevemente había de dar al divino y Supremo Emperador.

## CAPÍTULO XXII

### Muere el Emperador y lo que predica el Santo Padre en sus honras.

Pocos días después que el Padre San Francisco llegó de Yuste á Valladolid, se publicó el fallecimiento del Emperador, que fué á los 21 de Septiembre, día de San Mateo Apóstol, del año de 1558. Dejó, entre otros, por testamentario al mismo Padre San Francisco, que le deseó tener consigo en la hora de la muerte, y el Santo Padre sintió mucho el no haberse hallado presente entonces para servirle en aquella hora, como lo debía á tan grande príncipe, señor y bienhechor suyo. Pero predicó en sus honras en Valladolid, tomando por tema del sermón aquellas sentidas palabras del Profeta: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.*—Alejéme y huíme y permanecí en mi soledad.—Trató del gran valor y admirable consejo con que el

Emperador dió de mano al mundo y se despidió de él, antes que el mundo le despidiese; y después de haber vencido y alcanzado tantos y tan gloriosos triunfos de sus enemigos, venció á sí mismo y puso la corona del imperio y la de tantos otros reinos y señoríos á los pies de Cristo, para mejor buscarle y gozarle á sus solas, y alcanzar aquella bienaventurada eternidad que esperamos.

Entre otras muchas y heroicas virtudes que del Emperador refirió en el sermón (como quien bien las sabía), fué haber oído de la boca del mismo Emperador, que desde que tuvo veintiún años de edad tenía cada día un rato de oración mental. Y acabó el sermón con alabar su muerte, que fué el remate y fin de su vida ó por mejor decir, fin de la muerte y principio de la verdadera y eterna vida. Y porque viene á propósito de lo que predicó el santo P. Francisco, y hablamos de un Príncipe, que fué más feliz en dejar lo que poseía que en poseerlo, y más admirable en morir como murió tan desengañado y apartado del mundo, que en haberle hecho temblar tantas veces con sus armas y ejércitos poderosos, aunque parece que no es propio de esta historia, quiero poner aquí un capítulo de una carta de Juan de Vega, Presidente que á la sazón era del Consejo Real de Castilla, para el P. Diego Laínez, Prepósito general de la Compañía. En el cual este cristiano, prudente y valeroso caballero, con graves y sentidas palabras declara el fruto que de esta muerte del Emperador podemos sacar y para que le saquemos las escribo yo aquí: «El Emperador (dice) nuestro señor, fué Dios servido llevarle para sí que según las buenas señales que de cristiano dió en su fin y la devoción y esperanza con que murió, así se puede esperar y piadosamente creer. Falleció á los 21 de Septiembre, en aquel monasterio de Yuste, con tan poco ruido de los grandes ejércitos que por mar y por tierra trujo, con que tantas veces hizo temblar el mundo y tan poca memoria de sus falanges, armados y estandartes y señas tendidas, como si todos los días de su vida hubiera vivido en aquel yermo. Ha sido cierto, cosa de gran consideración, para en lo que se debe estimar este mundo (si quisiéramos mirar en ello) haber visto el fin del mayor hombre que ha habido en él grandes tiempos ha, tan cansado de él y tan desengañado, que antes que se le acabase la vida no pudo sufrir su manera de vivir, ni los trabajos que traen consigo la gloria y grandezas de él. Y de todo ello no se aprovechó, sino

antes tuvo por superfluo y dañoso en su fin: si no ocurrir á la misericordia de Dios y á los méritos de su Pasión, encomendóse siempre á un crucifijo que tuvo en las manos, con que murió la Emperatriz que haya gloria, que desde entonces tuvo guardado para aquella hora. Bien creo que vuestra Paternidad habrá hecho encomendar el ánima de su Majestad cesárea á Dios por todas las casas de la Compañía: porque allende de haber muerto Rey y Príncipe natural, fué bien hecho de ellas por los colegios que fundó en Sicilia. De Valladolid 7 de Octubre de 1558.»

No sé cuál de las veces que estuvo el Santo Francisco en Yuste con el Emperador, le preguntó su Majestad, si le parecía que había algún rastro de vanidad en escribir uno sus propias hazañas. Porque le hacía saber, que él había escrito todas las jornadas que había hecho y las causas y motivos que había tenido para emprenderlas; y que no le había movido apetito de gloria, ni de vanidad á escribirlas, sino de que se supiese la verdad; porque los historiadores de nuestros tiempos que él había leído la obscurecían, ó por no saberla, ó por sus aficiones y pasiones particulares. También habiendo mandado antes al Padre San Francisco, que le avisase de algunas personas y cosas muy importantes tocantes á su imperial servicio y al bien de los reinos, y habiéndolo hecho el Santo Padre como el Emperador se lo había mandado y suplicado á su Majestad que le guardase secreto y no supiese nadie lo que él le escribía, lo guardó tan puntual y exactamente, que volvió sus papeles de su mano al mismo Padre diciéndole: *Bien podéis creer, que ninguno los ha visto sino yo*. Las cuales dos cosas he referido, para que mejor se entienda la modestia, celo de la verdad, secreto y recato de este gran Príncipe y glorioso Emperador (que aunque no son las mayores de sus virtudes, son muy agradables y necesarias en los reyes) y también para que sepamos el caso que él hacía del Padre San Francisco.

## CAPÍTULO XXIII

**De algunas misiones que hizo de Padres de la Compañía á diversas partes, que fueron de grande importancia.**

El celo de la gloria de Dios que ardía en el pecho de su siervo Francisco, no se limitaba á lo que él por su persona hacía; porque quisiera multiplicarse en mil lugares y presencias

para hacer en todas la causa divina. Y así procuraba enviar Padres de la Compañia, varones apostólicos á varias provincias y lugares donde no había colegios ni había llegado ninguno de la Compañía, para esparcir en ellos la doctrina del cielo y como nubes copiosas regasen las tierras mas sedientas y secas. Fué avisado el Santo varón, de D. Cristóbal de Rojas y Sandoval (el que habiendo sido Obispo de Oviedo y Badajoz murió Arzobispo de Sevilla) la extrema necesidad que la gente de las montañas y Asturias de Oviedo padecía, así de doctrina y mantenimiento espiritual para las almas, como de corporal sustento para los cuerpos, por la esterilidad de los tiempos y aspereza y pobreza de la tierra. Dió parte á la princesa Doña Juana de esta necesidad y suplicóle que la proveyese y remediase diciéndola: «Señora, Dios nos abre el camino y los ojos con su misericordia, para que nosotros también la usemos con el prójimo por su amor. La mina de Guadalcanal (era esta una mina en aquel tiempo riquísima) da á vuestra Alteza en Sierra Morena cada día del mundo más de 3.000 ducados de fina plata, volvámosle á Dios alguna parte de lo que nos da y vuestra Alteza y yo partamos el cuidado del socorro de esta miserable gente.

»Yo enviaré Padres de la Compañía que les prediquen, y enseñen la doctrina de que están faltas y les administren los Santos Sacramentos: mas porque no oirán bien, ni con alegría la palabra de Dios, si tienen hambre y les falta sustento y pan que dar á sus hijos, envíeles vuestra Alteza la limosna y sustento corporal y habremos cumplido con las obras de misericordia corporales y espirituales.» Parecióle á la católica y piadosa Princesa muy bien la traza y luego proveyó de 4.000 ducados para que se repartiesen en las Asturias y montañas. Y el Padre San Francisco envió á los Padres Doctor Pedro de Saavedra, gran siervo de Dios y al Maestro Carvajal, buen Teólogo y predicador, los cuales anduvieron muchos meses por aquellos pueblos, doctrinando y remediando sus almas y sus vidas con singular ejemplo de los Padres. No se podrá explicar el bien que resultó de esta obra y reconociéndola todos, se juntaban los consejeros á escribir y agradecer á la Princesa y al Padre San Francisco su singular caridad. La misma princesa Doña Juana deseó que un Padre de la Compañía de prudencia, letras y confianza fuese en su nombre á Alemania á visitar á la emperatriz Doña María su hermana, la cual le había enviado á pedir persona con quien descansase su espíritu y

comunicase algunas cosas que en tierras tan desviadas y en el golfo de tantos negocios no eran pocas ni pequeñas. Para este efecto envió el Padre San Francisco desde Valladolid á Viena de Alemania al siervo de Dios Padre Cristóbal Rodríguez, Doctor Teólogo, hombre de muchas letras y mayores virtudes y gracias espirituales, de que nuestro Señor le había dotado y de él fiaba mucho el Santo Padre, porque conocía su virtud y el raro talento de tratar en personas grandes y pequeñas, con aprovechamiento de sus conciencias. Fué de grande importancia su ida á Alemania para bien de aquel imperio, desde donde dió principio á las muchas é importantísimas misiones que después hizo: porque este mismo Padre Cristóbal Rodríguez sirvió también en Roma después de negocios importantes de la santa Iglesia y enviado con su autoridad Apostólica redujo á la fe católica muchos millares de herejes y pueblos enteros de las provincias de Calabria y Pulla, que con engaño é ignorancia se apartaron de ella al principio y después con obstinación y pertinacia resistían á la verdad católica: pero el Padre Cristobal ayudado de la divina gracia los supo tan diestramente desengañar y ablandar, que todos sin quedar ninguno, se redujeron á la obediencia de la santa Iglesia y tomaron con alegría la penitencia y castigo que Su Santidad por medio de este Padre les quiso dar. A este mismo Padre la Sede Apostólica envió también al Cairo y á Alejandría de Egipto, á procurar con el Patriarca y Obispos de Egipto que se redujesen á la unión y fe de la Iglesia Romana, de la cual se habían apartado con tan ciegos errores y llevó á aquellos Prelados cartas y presentes de parte de Su Santidad y les predicó con mucho espíritu y doctrina, padeciendo juntamente increibles trabajos. Después que fué General el bienaventurado Padre San Francisco, empleó al mismo Padre en otras misiones, porque conocía bien su gran celo y virtud, de la cual diremos en otro lugar.

Envió también el Beato Padre á la Isla de Cerdeña á dos muy celosos varones, al P. Baltasar de Piñas y P. Francisco Antonio. Estaba en aquella sazón la Isla de Cerdeña como una tierra yerma é inculta, llena de vicios causados de la grande ignorancia de las cosas de nuestra santa ley. Comenzaron luego los nuestros á predicar la Cuaresma del año de 1560 en la iglesia mayor de Sacer y en otras y en la cárcel y hospital y enseñar la doctrina cristiana á los niños por las calles y á leer una lección de casos

de conciencia en romance, á la cual acudían muchos eclesiásticos y seg'ares admirados y como espantados de aquella novedad, viendo en su tierra hombres venidos de España, que con tanto celo, caridad y solicitud los enseñaban el camino del cielo y les predicaban lo que nunca habían oído ni entendido de sus padres. Juntóse con los dos Padres el Padre Pedro Espiga natural de Caller, también de nuestra Compañía, que el año antes hallándose enfermo había venido de los Estados de Flandes á los aires naturales para cobrar salud. No se puede fácilmente creer lo mucho que aquella gente se movió con el ejemplo de los tres Padres y con su doctrina y continuos trabajos, porque de suyo es piadosa y bien inclinada y los males que reinaban en ella, que eran muchos, nacían (como dijimos) de la falta de doctrina y sobrada ignorancia. No había antes uso de Sacramentos y después que oyeron á los nuestros, concurrieron muchos á confesarse con ellos con notable aprovechamiento de sus almas, dejando los amancebamientos, sacrilegios de clérigos, usuras manifiestas y paliadas, hechizos y supersticiones y haciendo diversas restituciones, con otras obras de verdadera cristiandad, que era para alabar á Dios. Fué tanto lo que el Señor obró, que no se puede en pocas palabras decir, y tanto lo que aquellos Padres edificaron y movieron con sus trabajos y ejemplo, que comunmente no los llamaban con otro nombre sino de los Padres Santos, ó Santos Padres. Y demás de lo que hicieron en beneficio de los particulares y naturales de aquel reino, se sirvió mucho nuestro Señor con haber procurado que en aquella Isla se pusiese el Santo Oficio de la Inquisición, que era muy necesario para conservar la pureza de nuestra santa Fe, por los muchos extranjeros de tierras inficionadas que acuden á ella.

Finalmente, dieron tal ejemplo y edificación los nuestros, que dieron principio á aquella provincia fundando dos colegios, porque eran todos varones muy fervorosos, especialmente el Padre Baltasar de Piñas, el cual merece eterna memoria, porque fué siempre operario incansable, abrasado de amor de Dios. Habiendo enfermado por grandes y continuos trabajos le libró Dios milagrosamente, pasando su enfermedad á otro, que viendo el mucho fruto que pendía de la salud del Padre, se había ofrecido á Dios nuestro Señor á padecer aquella enfermedad. De edad de cincuenta años pasó al Perú, donde predicó siempre con mucho espíritu, celo, provecho y concurso. Los vi-

rreyes iban á oirle á la plaza admirados de su gran espíritu y del fruto maravilloso que hacía. Comparábanle á San Vicente Ferrer, San Bernardino de Sena y San Pablo. El Padre Diego Alvarez, Provincial del Perú, habiéndole confesado generalmente á la hora de su muerte, dijo que no había hallado en él pecado venial grosero de hombre imperfecto y que había habido revelación muy cierta de que se había ido desde la cama al cielo, sin pasar por el purgatorio. Era común lenguaje, que los pájaros y tortolitas se iban á las manos del P. Piñas y con su bendición se volvían. Otros muchos varones insignes y de gran caridad, envió el Santo Padre Francisco á diversas partes del mundo, que dieron grande ejemplo y edificaron á todos.

Pasaba á África un grande ejército de españoles el año de 1558, y el general que le guiaba pidió al Padre San Francisco algunos Padres de la Compañía que ayudasen en las cosas espirituales á la gente de guerra. Pidió esto, no tanto por gana que de llevarlos tuviese, como porque con mostrar este amor y confianza, esperaba tener mejor despacho de la corte para sus provisiones. El Santo Padre se los concedió y envió dos Padres teólogos y predicadores, el maestro Pedro Martínez, que después fué martirizado en la Florida (como lo diremos á su tiempo) y el maestro Pedro Domenech. Llegados estos Padres á Cartagena, donde se hacía la masa del ejército y embarcación para Orán, fueron á presentarse al General que los había pedido, diciendo, que el Padre San Francisco los enviaba, que su señoría viese en qué habían de ocuparse y servir. Él les envió á decir con un paje sin hablarlos ni verlos que fuesen al coronel del ejército, que é los acomodaría. El coronel (que no debía poder más) les echó á ellos y al hermano Juan Gutiérrez, que los acompañaba, en una nave, donde estaban muy apretados 800 soldados tan pobres y necesitados, que ni para sí ni para los Padres, tenían otro substento que bizcocho podrido y agua tan dañada que no la podían llegar á las narices. De esta manera estuvieron muchos días en el mar. Llegados á Orán yendo el General con su ejército á poner cerco sobre Mostagar, envió á decir á los Padres de la Compañía, que no tenía cómo llevarlos con el ejército ni modo de acomodarlos; pero que se quedasen curando los enfermos del hospital de Orán. Ellos lo hicieron así, tomando á su cargo la cura de las almas y de los cuerpos de más de 500 enfermos. Y aunque pensaban entonces que el haberlos dejado allí era falta

de voluntad y de favor de los hombres, presto conocieron que no fué sino favor del cielo y regalo de nuestro Señor, que por sus secretos (aunque justos) juicios, tenía determinado de castigar todo aquel ejército y de escaparlos á ellos del azote; porque fué así, que al tiempo que el campo cristiano estaba batiendo con la artillería los muros de Mostagar, los salteó el rey de Argel con un campo de muchos turcos y grandísima multitud de alárabes y cogiendo á nuestros soldados casi muertos de hambre (porque la provisión que sacaron para cuatro días les había durado catorce) y los bergantines y urcas que llevaban la vitualla, ó fueron tomados de las fustas del turco, ó no pudieron salir del puerto, no hallaron resistencia bastante. Y de esta manera de 12.000 que eran en el ejército, los 6.000 fueron pasados á cuchillo con su General. Y los otros 6.000 se llevaron cautivos sin escapar hombre y los Padres de la Compañía se volvieron á España, cuando teniéndolos por muertos, se les habían dicho las misas, como á difuntos.

Entre otros muchos Padres y hermanos que envió de España San Francisco en aquel tiempo á las Indias Orientales, fueron el Padre Andrés González de Medina y el hermano Alonso López de Navarra; encalló é hízose pedazos la gran nave en que iban, no muy lejos de la India en unos desiertos arenales y salieron al arenal más de 500 hombres de la nao y unos pocos que en las barcas se salvaron, convidaban á los de la Compañía, rogándolos, que se fuesen con ellos, que los pondrían presto en su colegio de Goa; mas fué tan grande el alarido de la gente desamparada en el arenal, que con lágrimas les pidió que no se fuesen ni los desamparasen, sino que se quedasen para oirlos de confesión y ayudarlos á acabar allí sus vidas, que se determinaron quedar y perder allí tan manifiestamente las vidas, muriendo de hambre y de sed, antes que faltar á la caridad y al consuelo y remedio de tantas almas. Enviaron á los de los barcos y ellos sin humana esperanza de salud, pero con mucha alegría comenzaron su oficio, oyendo confesiones el Padre y el Hermano, consolándolos y repartiendo la poca vianda y sustento que pudieron sacar de la nao quebrada y si no fuera por ellos, allí se mataran los que habían luego de morir, sobre el agua y mantenimientos que les duraron pocos días y con la exhortación y consejos de los Padres murieron todos en paz y encomendándose á Dios. De los postreros que murieron fueron los que se quedaron volunta-

riamente á morir, porque no muriese la piedad y caridad en sus almas.

También envió á Roma el Padre San Francisco, muchos Hermanos de escogidos ingenios y señalada doctrina, así en tiempor de nuestro Padre San Ignacio, como después siendo general de la Compañía el Padre Diego Laínez, para que en el colegio Romano enseñasen las artes liberales y la sagrada teología y las letras de humanidad griegas y latinas. De estos fueron después de Roma á leer las mismas ciencias á las universidades y colegios que tiene la Compañía en Alemania, Francia, Sicilia y otras provincias, donde han hecho gran servicio á la santa Iglesia. Fueron muy estimados de los católicos y temidos y aborrecidos de los herejes, que los tenían por enemigos, siéndolo ellos de la verdad y doctrina católica. Alegrábase el Santo Padre después cuando se acordaba, que por su medio y diligencia había nuestro Señor remediado en aquellas partes tan necesitadas millares de almas que tenían ignorancia y vivían en tinieblas, hasta que con los maestros católicos y de vida ejemplar, les llegó la luz del santo evangelio puro, como lo entiende y cree la santa Iglesia Romana, y no contaminado y depravado como antes le oían.

## CAPÍTULO XXIV

### De la persecución que se levantó contra el Santo Padre Francisco de Borja.

No sólo quiso nuestro Señor agradarse de su siervo Francisco con lo que hacía por su gloria, sino con darle que padecer mucho por su amor, para que de todas maneras fuera consumado y poderoso en obras y paciencia y él deseaba imitar tanto á su capitán Jesús, que se regocijaba con los mayores trabajos y persecuciones y se aprovechaba tan bien de ellas, que parece las enviaba nuestro Señor por su causa á toda la Compañía, para acrisolar más la rara virtud de su siervo y cumplir el gran deseo que tenía de ser ultrajado y humillado en este mundo. De lo cual admirado el siervo de Dios Padre Antonio de Córdoba, escribía estas razones al Padre Diego Laínez, general de la Compañía: *El Padre Francisco huye tanto su estimación y buena fama, que algunas veces le he dicho que tanto desprecio de su honra y nombre es contra la caridad que debe á los prójimos y á toda la Compañía. Pero téngole por tan amigo de Dios que ya que el*

*martirio (el cual pide con gran instancia á su divina Majestad) no se le concede perdiendo la vida por su amor, que se le ha de conceder, aunque sea á costa de nosotros con el sacrificio de su fama; por lo cual todos estos casos, sospecho que no es otra cosa que favor del cielo y condescendencia de Dios con él, para que resplandezca más la santidad de que le ha dotado. Y para probarle parece que ha dado licencia á Satanás para que extienda la mano en todas sus cosas, en sus hijos, en su casa y en él mismo: y lo que más me doliera, si permitiera que también la extendiera en la Compañía para aumentar la santidad de este varón, la cual es tan grande en mi acatamiento, que entiendo que hay Santos en el cielo, con los cuales no ha mostrado nuestro Señor semejante benevolencia con tan singulares dones suyos.* Todo esto es del Padre Antonio de Córdoba.

Nunca desde el principio del mundo dejó de estar la inocencia y la justicia perseguida y la verdad combatida y la virtud aborrecida. Muere el inocente Abel á manos del cruel hermano. Escarnece el desvergonzado hijo al justo Noé. Aflijen los deshonestos príncipes al peregrino Abraham. Vende la envidia al casto José. Destierra el ingrato Saúl al santo David. Persigue la soberbia Jezabel al celador de la honra de Dios, Elías. Apedrean los falsos testigos al inocente Nabot. Empozan al profeta Jeremías sus oyentes, porque predica la verdad: y crucifican los ingratos hombres al Hijo de Dios, que les traía la vida eterna y les abría el reino de Dios. Siendo este el antiguo estilo del mundo, no hay que maravillarnos que se levanten ahora persecuciones contra los siervos de Dios. Dolíale grandemente y atormentábale al demonio desde la juventud del Padre San Francisco, ver que un mozo saliese de los palacios y cortes de los reyes á desafiar á todo el infierno. Y que este mantenedor se tuviese tan firme, en la tela, que ningún poderoso vicio le pudiese derribar: y que no solamente él se escapase de sus redes y engaños; mas que fuese eficaz instrumento para que saliesen tantas almas de su poder y jurisdicción. Rabiaba el soberbio enemigo de que esto crecía cada día con notable menoscabo de su reino; determinó, pues, de vengarse y atajar este negocio de cualquiera manera que pudiese. Bien veía esto desde su alto trono el Señor de la Majestad y tuvo por bien de disimular y consentir que se pusiese el oro fino en la fragua ardiendo y que un poco de tiempo fuese con duros mar-

tillos golpeado, para que del crisol y de la yunque saliese puro y hermoso y más precioso. Y que con esto el demonio quedase corrido y con pérdida, y su siervo saliese más glorioso y triunfador. Con esta licencia tomó el demonio para sus ministros para derribarle, á dos hijas suyas bien ejercitadas en infamar las virtudes y derribar á los buenos y levantar á los malos, que son, la envidia y la ambición. A estas infernales furias, que en las cortes de los príncipes suelen hallar honradas posadas, y como hermanas moran juntas, procuró el demonio aposentar en los corazones de algunos antiguos cortesanos, que no podían llevar en paciencia que aquel pobre religioso tuviese tanto lugar en las voluntades de los príncipes. Veían que el Emperador habiéndose olvidado de todos los otros privados y dádoles de mano, le envió á llamar tres veces á Yuste y recibídole con tanto favor y familiaridad y que á la hora de su muerte le llamó y deseó tener á su cabecera y le nombró por su testamentario. Veían que la princesa que gobernaba los Reinos oía su doctrina y seguía sus consejos en cosas importantes del gobierno: pero sobre todo les turbaba un miedo no poco fundado, de que en volviendo de Flandes el católico rey D. Felipe (al cual en la corte esperaban cada día) victorioso en las guerras de Francia y conquista de San Quintín, había de tenerle cerca de sí: todo lo cual ellos reputaban por daño suyo. Y por ventura temían también que el resplandor de su gran virtud podría en algo obscurecer el crédito y nombre de otros. Pues con el viento destas dos furias, envidia y ambición, maquinaron invenciones, para procurar que el rey tuviese siniestra opinión del Padre San Francisco y le apartase de sí y le aborreciese, diciéndole cosas muy ajenas de Su Santidad y persona. Llegaron á decir de él ser hipócrita y sospechoso en la fe y que había comunicado con Fray Domingo de Rojas, á quien prendieron por hereje. También que era amigo del Arzobispo de Toledo, Carranza, la cual fama creció más, cuando el Arzobispo por declinar al Tribunal de la Inquisición de España en las pruebas que hizo de las causas de la recusación, alegó por testigo al bienaventurado Padre, por lo cual se disgustó mucho con el siervo de Dios el Inquisidor general. Y para que viniese todo junto y se diese más ocasión á sus émulos de decir del Santo Padre lo que querían, sucedió que en el índice Expurgatorio se diese por prohibido un libro impreso, que tenía por autor al duque de Gandía, D. Francisco de Borja; porque antes de entrar en la Compañía hizo el

devoto Duque unos tratados espirituales, los cuales imprimieron ciertos libreros, y como corriesen mucho y fuese la obra tan pequeña, añadieron en las segundas impresiones (con que abultase el volumen y fuese la ganancia mayor) otros tratados de diversos autores, que tenían cosas que expurgar, y por acreditar toda la obra, la intitularon con el nombre del duque de Gandía, ordenando esto nuestro Señor, para ejercitar á su siervo con aquella humillación. Juntóse á lo dicho que se partió el Santo Padre á Portugal al llamamiento del infante D. Enrique, y juntamente á visitar los colegios de aquel reino, tomando sus émulos ocasión de esta jornada para hablar de él más libre y siniestramente, interpretando mal aquella ausencia. Hallaron también el ánimo del rey D. Felipe, ofendido, por un casamiento que hizo un hermano del Santo, contra la voluntad de su Majestad, pensando el Rey que había sido por consejo ó consentimiento del Padre San Francisco. Todo esto dió ánimo á los envidiosos, para que dijesen á su Majestad cosas imposibles de creer de una persona tan santa, llegando á poner dolo y sospecha en su pureza, no atribuyendo á celo santo y espíritu, la devoción en que deseaba conservar al palacio de la Princesa, aunque el católico Rey no les dió crédito, ni escuchó de buena gana á los que pretendían indignarle; y cuando los escuchara no fuera cosa nueva en el mundo, ni digna de maravilla, que á un tan gran príncipe divertido en tantos cuidados, se le diese á entender algo contra la verdad. Santo era y sabio el rey y profeta David, y con estar lleno del espíritu de Dios le engañó su criado Syba, y le indignó de tal manera contra el inocente Miphiboset, que llegó á dar sentencia contra él. Y al valeroso y gran emperador Constantino (que tan celador era de la justicia y del bien de la Iglesia), le persuadieron los patriarcas y obispos del Oriente, que desterrase y quitase de su iglesia al gran Atanasio, que era el único amparo de la Fe y defensor de la Iglesia católica, levantándole que era hechicero, encantador, homicida, adúltero, revolvedor del reino, hasta persuadir al Emperador que era traidor á su Majestad y había conjurado contra su vida é imperio. Mas no hicieron este efecto las oposiciones contra el Padre San Francisco en el pecho católico del rey D. Felipe, ni las estimó más de lo que ellas y sus inventores merecían, como el suceso al fin lo mostró.

No se pudieron estas cosas tratar con tanto secreto, que no las viniese á saber enteramente el siervo de Dios. Pero ni abrió

su boca para quejarse de ninguno, ni dar mal por mal; y cuando no se podía excusar de hablar del negocio y de los que le injuriaban, hablaba él y quería que se hablase con tanta moderación y comedimiento, como si ellos mismos estuviesen presentes á sus pláticas, y á los más íntimos decía: «Dios nuestro Señor, que conoce y rije mi corazón, sabe, que si esta persecución que se me levanta tan sin propósito, no infamara y agraviara más de á mi persona solamente, y no envolviera con mi daño el daño y pérdida de los que me tocan, y juntamente la infamia de la Compañía y el escándalo que recibirán tantas almas, ninguna pena sintiera mi espíritu, ni rehusara el padecer trabajos y afrentas, que bien sabe mi Señor, que las deseo y se las pido cada día, y que tengo por mi gloria el padecer y llevar una partecita de su cruz sobre mis hombros. Pero en esta persecución temo, y no sin gran fundamento, que mi infamia y caída será causa de las caídas y daños de muchas gentes que no tienen culpa. Y muchas personas que han comenzado á seguir y pisar los estrechos caminos de la virtud, y se dan á la oración y penitencias y uso de los Sacramentos, se pondrán á riesgo de volver atrás, ó de aflojar, y las sendas del cielo se estrecharán más y los imperfectos y sin espíritu triunfarán de la virtud y pensarán que los caminos anchos de la libertad y de la carne, llevan de vencida á los del espíritu y estos dirán ahora lo que sus semejantes decían en tiempo del profeta Malachías (1): «Loco es el que sirve á Dios: ¿qué provecho sacamos de haber seguido sus mandamientos y de las penitencias hechas en su acatamiento? Ahora conocemos, que son bienaventurados los soberbios, pues vemos que Dios los ha prosperado, siendo ellos malos y que con tentar á Dios han hallado la salud.» Esto dirán los libres y anchos de conciencia, viendo caídos y perseguidos á los que andan exhortando á la virtud y con esto se darán armas al mundo y quedará arrinconada la devoción y la causa de Dios.» Estas cosas le movieron á perseverar ausente de la corte, y como Jacob se fué á Mesopotamia, por dar lugar á la envidia y odio de su hermano Esaú; y también David se ausentó de la corte del rey Saúl, quiso también el Santo Padre dar lugar á sus contrarios y que parase la furia de la tempestad. Y así confiando en Dios, al cual muy cordialmente encomendaba su causa, se estuvo visitando sus colegios, sin dejar de

(1) Malac., III.

predicar y de hacer las otras cosas que solía en ellos. Multiplicó la oración con la tribulación y abrazado con la cruz y amando y aceptando la mortificación y humillación, desconfiando de todo humano favor y consuelo, suplicaba con instancia á Dios tres cosas principalmente. La primera, que en aquella su persecución no fuese su Majestad ofendida de ninguna persona, y que perdonase á cualquiera que á él le hubiese ofendido y levantado algún testimonio y le diese luz y gracia para que conociese su engaño y se arrepintiese. La segunda cosa, explicaba, que si por lo que sus pecados merecían se servía de castigarle en esta vida (el cual castigo él aceptaba y aunque más duro y áspero fuese á la carne le tenía por gran misericordia), que la pena parase en su persona y no participasen de ella ni los que le tocaban, ni la Compañía, para que él solo que la merecía llevase el castigo. La tercera cosa, pedía, que de este su trabajo no resultase escándalo, ni pérdida á ninguna alma ni nadie por esta ocasión retrocediese de la virtud y santos propósitos de servir á su divina Majestad.

Llegábanle cada día cartas en que le daban aviso, que cada día se iba más atizando la llama de la persecución, y que con su ausencia no aflojaba la diligencia de sus contrarios, en cargarle y desacreditarle por diversas vías. Oíalo todo y recibíalo con gran paciencia y mansedumbre y nunca se le oyó palabra de enojo, ni de queja contra ellos, antes hablaba y quería que se hablase de ellos, como si le fueran verdaderos amigos y bienhechores. Ni dejaba por estos cuidados los del gobierno de la Compañía. Escribía á las provincias de España y proveía en las cosas necesarias. Iba él mismo á los hospitales y cárceles á consolar y enseñar á los pobres y afligidos.

## CAPÍTULO XXV

### Cómo nuestro Señor volvió por la honra de su siervo Francisco.

TODA la persecución, que fué muy grave, paró en mayor honra del siervo de Dios: porque mientras más era murmurado de unos, era más alabado de otros, dando la verdad en su favor tales voces, que hizo callar á sus émulos y resonó por toda Europa, y el Papa Julio III deseoso de tener cabe sí persona de quien publicaba la fama tales obras y paciencia, le llamó á Roma para

honrarle y nuestro Señor para hacerle General de la Compañía, como luego veremos, y el rey Felipe II le estimó y veneró después como gran Santo escribiéndole de su mano le encomendase en sus oraciones, de las cuales confiaba mucho y haciéndole grandes honras y comunicado con él muchas cosas de su conciencia. Finalmente, vino día en que nuestro Señor le restituyó con logro á toda España cuanta estimación parece había perdido en ella, y como se verá en su lugar. También la Inquisición general le vino á honrar mucho. Y aunque el siervo de Dios no quiso hablar palabra contra aquellos libreros que le habían hecho tan grande agravio, habló Dios en su defensa y favor y le libró de aquella nota; ordenando que todas sus obras se tornasen á publicar y estampar en la lengua latina y anduviesen por el mundo con pública aprobación y con testimonios de muchos y muy graves teólogos y religiosos, cuyos pareceres acerca de la doctrina y de la vida del Padre San Francisco, fueran dignos de que se pusieran aquí; aunque por no alargarme pondré solamente el testimonio del Padre Maestro Fray Hernando del Castillo del Órden de Santo Domingo, por la autoridad y doctrina con que por toda España fué tan conocido y estimado. Su testimonio es el que sigue: «Los seis libros, ó tratados de D. Francisco de Borja, duque de Gandía y prepósito general de la Compañía de Jesús, llenos de piedad y del espíritu de Cristo, merecen ser publicados é impresos, porque abrazan aquellos principios, con que aquel clarísimo varón y honra de nuestro siglo, se ejercitaba para la sincera religión, en la eual hizo tan grande progreso, que en un solo D. Francisco podemos mirar un perfecto dechado de piedad, á cuya imitación enderecen sus vidas y costumbres, así los cortesanos que se crían en los palacios de los príncipes, como los que viven en los monasterios de las religiones. En Madrid 26 de Enero de 1577». Y en la nueva publicación del catálogo de los libros prohibidos que sacó el Santo Oficio el año de 1585, el cardenal D. Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo é inquisidor general de España, declara que «la prohibición que se hizo de las obras de D. Francisco de Borja, duque de Gandía y del obispo Rofense y de Fray Luis de Granada y de otras personas de grande cristiandad muy conocida en el mundo, no es porque los tales autores se hayan desviado de la Santa Iglesia Romana, ni de lo que ella nos ha enseñado siempre y enseña, que antes la han reconocido por su verdadera madre y maestra

y como á tal la han reverenciado, honrado y servido; sino porque ó son libros que falsamente se los han atribuído, no siendo suyos, ó por hallarse en los que lo son algunas palabras y sentencias ajenas, que con el mucho descuido de los impresores, ó con el demasiado cuidado de los herejes, se les han impuesto; ó por no convenir que anden en lengua vulgar: ó por contener algunas cosas, que aunque los autores píos y doctos las dijeron sencillamente y en el sano y católico sentido que reciben, la malicia de estos tiempos las hace ocasionadas para que los enemigos de la fe las puedan torcer al propósito de su dañada intención. Lo cual no es razón que obste en manera alguna al honor y buena recordación que se debe á aquellos, cuya vida y doctrina siempre se enderezó á mayor servicio y aumento de nuestra sagrada religión y de la Santa Silla Apostólica Romana.» Todas estas son palabras del inquisidor general.

## CAPÍTULO XXVI

### Cómo se hubo en las graves persecuciones que padeció la Compañía en su tiempo.

Cumplióse bien lo que recelaba el religioso varón Padre Antonio de Córdoba, que por dar que merecer nuestro Señor á su siervo Francisco y cumplir sus deseos de padecer de todas maneras por Cristo, había de permitir que fuese perseguida la Compañía para ejercitar su heroica paciencia en la cosa que más estimaba y tocarlo en lo vivo. Fueron muchas y sensibles las persecuciones que en su tiempo padeció la Compañía en Granada, Zaragoza, Sevilla, Salamanca y toda España, en las cuales se hubo el Santo Comisario con singular igualdad de ánimo y rara confianza en Dios, á la cual favorecía nuestro Señor con particular providencia, sacando mayor bien para la Compañía, dándole grandes defensores contra los muchos calumniadores que se levantaban contra ella. Todo el tiempo que fué Comisario general el bienaventurado Padre San Francisco de Borja florecieron los de la Compañía en gran fervor de su espíritu y obras maravillosas, que hacían en bien espiritual de los prójimos. Pero para que el aplauso popular no desvaneciese á los nuestros, y ellos se reconcentrasen en su humildad y creciesen y se afirmasen más con la paciencia, permitió

nuestro Señor que otros muchos interpretasen diferentemente lo que los de la Compañía hacían, y que los tuviesen en muy contraria figura de la que eran en la realidad de la verdad, y aunque atribuyesen las obras de Dios á Satanás, y que dijesen lo que los fariseos dijeron de Cristo nuestro Señor, que echaba los demonios en virtud de Belcebú. Lo que pasó entonces y lo que comunmente por España se decía de los de la Compañía, se podrá ver más distintamente por el traslado de una carta que el Padre Fray Luis de Estrada, de la Orden de San Bernardo, y abad de Huerta, escribió sobre esta materia, consolando á un Padre de la Compañía, que para este efecto me ha parecido ponerla aquí.

### Carta del Padre Fray Luis de Estrada, abad de Huerta, escrita al Padre Alonso Román, de la Compañía de Jesús.

«Cierto, no sin gran dolor, he entendido de dos predicadores de España, inconstancia grande cerca de la Compañía de Jesús. Porque el uno mostraba en público amarlos, entenderlos y defenderlos extrañamente y públicamente, á deshora me dijeron que los acusaba, quiero decir, que los desfavorecía y mostraba tener acedía con ellos, y estado yo maravillado, dijéronme que la causa de la mudanza era porque se le había entrado en la Compañía un pariente que tiernamente amaba. Pobre de mí, ¿si este predicaba palabra de Dios y amaba á su pariente en Cristo, qué más bien le podía desear que verle empleado en un bien tan grande como el que predicaba de la Compañía? Porque cierto si era buena, no lo dejaría de ser porque uno más entrase á servir á Dios en ella. Y no nota vuestra Reverencia la inconstancia. ¡Ay de la blandura de los hombres, que se piensen ser espirituales! *Nam sunt aliqui (nisi me fallit conjectura) qui peregrinantur in fervore atque adeo eadem facilitate, qua prius construxerant iterum exaedificant et destruunt.* Mucho debería mirar el grande predicador lo que aprueba en público, porque blandear en las opiniones es mostrarse, no solamente hombres no razonados, sino impedir notablemente el fruto que podrían hacer. Y también noté otro varón señalado en España, que con harto escándalo desfavorecía la Compañía en público, notándoles los vestidos y camisas y aderezo conforme al habito de San Pedro que profesan, y toman-

do ocasión de estas y de otras semejantes menudencias, parece que pretendía desacreditar la Compañía en presencia del vulgo. Y á este después sentí mudado, y que no solamente cesaba de contradecirlos, pero visitábalos y tratábalos con benevolencia y amistad. Pues preguntado qué fué la causa de su mudanza, sencillamente confesaba que cuando les acusaba no los entendía, y que cuando los entendió que volvió la rienda y los honró, y plega á Dios que este bendito y otros semejantes hallen abierta la puerta de la misericordia de Dios, como la halló San Pablo cuando dijo: *Ideo misericordiam consequutus sum quia ignorans feci in incredulitate.* Porque estas y semejantes ignorancias no sé qué excusas pueden tener delante del acatamiento de Dios. Y si á semejantes inconstantes tenemos lástima con razón, ¿con qué lagrimas acabaremos de llorar aquellas almas ciegas, que tan de veras han profesado persecución contra la santa Compañía, que en público y en secreto pretenden desacreditarla y condenarla, siendo personas que por sus letras y estado deberían de tener hecho el pecho á mejores opiniones? A estos semejantes lamentaba el profeta cuando decía: Ay de vosotros ciegos, que al bien llamáis mal y al mal bien y que tenéis á la luz por tinieblas y á las tinieblas por luz. Cierto, aunque se me hace de mal apuntar cosas particulares en esta mi letra, no dejaré de decir un caso particular, escandaloso para mi ánima, para que se pruebe la ceguedad de los perseguidores de la Compañía. Y es, que había cierto cristiano después de la vida seglar y viciosa, mejorádose grandemente con la conversación de los de la Compañía; de manera que sus limosnas, recogimiento y oración fueron manifiestas á muchas gentes por algún espacio de años y daban gloria á Dios de ver la mudanza de la diestra del muy alto. Pero como que esta alma después de muchos días se apartase de la santa Compañía y se resfriase en los buenos ejemplos que de ella había recibido, dió en otro modo de vivir tan imperfecto, que escandalizaba á muchas gentes. Estando, pues, esta alma tan derramada como tengo dicho, vínola á visitar una persona de harta reputación en calidades y estima del siglo y entre otras muchas doctrinas que le dijo, fueron estas palabras: «¡Oh señor, que lástima os tenía yo cuando en días pasados andábades engañado en la conversación y compañía de estos teatinos!» Porque vea vuestra Reverencia qué buena doctrina y á buen tiempo, todo esto es dolor relatarlo: *Quoniam laudatur*

*peccator in desideriis animae et iniquis benedicitur.* Mas, ay dolor, que los ciegos vieran y en la capa se les parecía aquella pobre ánima las pérdidas en que había venido por desamparar la Compañía que la solía edificar. Otros hay tan ciegos, que piensan que todos los peligros en que la Iglesia ha de venir, han de acontecer por mano de los de la Compañía. Y yo vi uno que firmaba en sus letras diciendo, que estos son alumbrados y los dejados y añadía, que ofenda las pías orejas, diciendo, que si era posible, estos habían de dar fin á la Iglesia de Dios. ¡Oh gran blasfemia! ¡Oh gran temeridad! ¡Oh singular ceguedad! ¿Con qué penitencia, ó con qué restitución satisfará esta fama el hombre famoso que tal doctrina firma de su mano? ¿y con qué lágrimas llorará el pecado, el que habida esta carta á las manos la publica en diversos lugares para detraer la santa Compañía? Yo confieso que mis letras no son tantas que me deba de tener por letrado, ni mi teología es tan levantada, que me precie de llamarme teólogo. Pero no puedo acabar de entender en qué letras estudian estos letrados, ni por qué teología se llaman teólogos; pues abiertamente dan en dislates tan extraños, que muestran ignorar el A. B. C. de los cristianos. Pecador de mí; ¿dónde leen estos? ¿No saben que Cristo Maestro de la vida dijo: que el que se ensaña con su prójimo, merecía ser condenado en juicio y el que mostrase la saña con palabras, sería condenado en concilio y el que le llamase tonto sería condenado al fuego del infierno? ¡Santo Dios! ¿pues si esto es verdad, pues es Evangelio, de qué tormentos será digno aquel que se desvergüenza públicamente á infamar no solamente á su prójimo, pero á toda una comunidad de siervos de Dios y una religión entera aprobada por la Iglesia y no solamente les llama fatuos, sino herejes y alumbrados y otros títulos no menos escandalosos? A estos tales temerarios excusan algunos diciendo, que tienen celo de Dios, aunque no con mucha discreción; pero yo tengo gran sospecha, que es celo del diablo y doctrina conforme á la de los fariseos, que negaban la verdad en la doctrina de Cristo. Tan ciegos estaban con su hipocresía y ambición. Y si vuestra Reverencia quiere ver abiertamente la ceguedad que ha sembrado el príncipe de las tinieblas en los ánimos de los contrarios de la santa Compañía, no ha menester más de considerar lo que ha pasado en este año de 1558 en esta miserable España, y es que como á deshora se levantasen gentes engañadas con la herejía de los luteranos,

luego los contrarios de la Compañía triunfaron diciendo, que esta era la maña de los teatinos, y que todos los presos eran de ellos, y esto, ó por parte de ello, yo lo oía á la mesa de un gran señor de nuestros reinos.

«Y porque sabía que en esa ciudad de Zaragoza ha perseverado más que en otra parte ninguna el poder de Satanás contra la Compañía, por tanto avisé yo en días pasados á V. R. y á los santos religiosos de esos reinos, la verdadera relación de lo que pasaba, conviene á saber, que ninguno de la Compañía estaba preso ni tampoco notado de menos católico. Pero, válame Dios, si uno viésemos que lo blanco era negro, y lo dulce amargo, y lo sano enfermo, y lo vil precioso, ¿no diríamos que este tal era loco, era tonto, estaba frenético? Sí, por cierto; porque tal es la condición de las cosas contrarias, que abiertamente manifiestan su diferencia y no pueden disfrazarse para parecer una misma cosa. Pues de la misma manera digo, que el que dice que los de la Compañía son luteranos, lo podemos tener por tonto y por loco y por frenético; porque así como la luz contradice á las tinieblas, así el instituto de los de la Compañía contradice al de los luteranos. El luterano niega la obediencia al Papa, la Compañía le hace particular profesión de ella, y á los pies del Vicario de San Pedro tienen los manaderos que se derivan á todas las cosas del universo. Los luteranos niegan la confesión; los de la Compañía la persuaden y ejercitan con más continuación que jamás vimos en nuestras naciones. Los luteranos no piden sino un poco de fe para llegar al santo Sacramento del Altar; y los de la Compañía piden contrición con lágrimas, confesión muy cumplida y satisfacción entera. Los luteranos niegan la gracia de los Sacramentos; los de la Compañía como verdaderos cristianos, los ejercitan tanto, que muestran tener de allí el principal socorro. Los luteranos, contentos con la fe, desprecian las obras; los de la Compañía están tan fervientes con las obras de caridad, que por la mayor parte les hallaréis confesando, comulgando, haciendo amistades, predicando, sirviendo á los enfermos, barriendo los hospitales, ayudando á bien morir á los que mueren, sepultando á los muertos y peregrinando con grandes sudores, en seguimiento de la santa obediencia. Los luteranos reprueban las religiones; los de la Compañía las abrazan todas y las favorecen por particular estatuto de sus constituciones. Los luteranos quieren que se casen los sacerdotes y religiosos

que prometieron limpieza; los de la Compañía están tan ajenos de aquesta abominación, que aun á los casados persuaden limpieza á los tiempos que han de llegar á la santa Comunión y oración, conforme á la doctrina del Apóstol y de los santos doctores, que en esto hablaron. Los luteranos niegan los merecimientos de los Santos, y los de la Compañía los estiman en tanto, que tienen particulares ejercicios para invocar los Santos de todo el calendario y socorrerse de todos sus merecimientos con su singular devoción. Y porque manifestamos la gran contrariedad que hay entre los luteranos y los de la Compañía, yo digo y afirmo, que pienso tener espíritu de Dios en lo que voy á decir, y es que envió Dios á la Compañía al mundo, por ciertos particulares fines y provechos que de ella se siguen á la Iglesia de Dios, los cuales en parte yo declararé á los siervos de Dios, que me le pidieren y en parte tengo declarado en mis escritos, que son manifiestos en grandes partes de la cristiandad. Pero tengo para mí, que el particular provecho que Dios pretendió con esta Religión, fué enviar nueva gente contra la nueva herejía de los luteranos, como se prueba manifiestamente por las contrariedades que tengo aquí señaladas entre la perversa doctrina y la católica, y si es lícito apuntaré algunas cosas particulares en esta mi letra. Miento si en cierta ciudad principal de España, donde yo me estuve por algunos días, no aconteció el caso miserable que yo ahora diré. Y fué que por debajo de las puertas de una casa de la Compañía una noche metieron (no se sabe quién es) ciertos libelos difamatorios contra la Compañía, los cuales condenaban su modo de vivir y aprobaban abiertamente partes de la facción luterana. Miento también si no tengo entendido, que los principales de los herejes aborrecen, con grande odio á los que llaman teatinos, y yo lo he entendido abiertamente de sus doctrinas y sermones, pero ya yo he entendido las mañas de Satanás: *Non enim ignoramus astutias eius.* ¡Ay dolor! ¡quién tuviese tantas lágrimas, que pudiesen lavar la mancilla que hizo Satanás en los corazones de los hombres con esta cizaña diciendo que los teatinos eran luteranos! Digo que bien puede ser el teatino luterano; ¿pero decir que el modo de vivir de estos que llaman de la Compañía de Jesús es vida de herejes? Digo que este falso testimonio, que ha hecho en algunas almas poco menos estrago que la herejía de los luteranos; porque de aquí ha venido en muchas

partes de España á condenar la oración y meditación y la contemplación y la confesión y la comunión y lección de los libros santos y devotos y coloquios espirituales, diciendo que los que comulgan más de una vez en el año son los herejes, los que confiesan son los luteranos, los que contemplan y meditan son los alumbrados, y llaman católicos á los hombres secos, distraidos y derramados y que apenas se acuerdan de Dios. ¡Oh cielo, oh tierra, oh mar, oh ángeles, oh criaturas celestiales y terrenales! Si este mal no es gran mal, no sé qué mayor mal puede venir en los fines de los siglos sobre las ánimas redimidas por la sangre de Jesucristo. Y si este es gran mal y tan gran cizaña, ¡ay dolor, España mía, que nuestros antecesores nunca te pensaron ver tan dolorida, tan engañada y en tan ruin estado, que te haya Satanás hecho entender que está tu perdición en las cosas en que Cristo puso tu remedio! Cristo dice que conviene siempre orar y nunca desfallecer, y ahora te enseñan que basta rezar un *Pater noster* cada semana. Cristo dijo que nuestra vida consistía en comer de su carne y beber de su sangre, y ahora te enseñan que este manjar aparta á los hombres de Dios. Sabe el Señor que digo la verdad, y es que estando yo en cierta casa de un caballero casado, harto católico y por él semejante su mujer no menos cristiana, como se tratase de los luteranos, teniendo ella entendido que llevaban la vida de los teatinos, dijo delante de mí, con gran exclamación y suspiro: «Oh, gracias sean dadas á Dios, Padre Abad, que nunca en esta casa dimos en comulgar á menudo, sino de tarde en tarde». Esto dijo la devota mujer, porque le pareció que si hubiera frecuentado el Sacramento, ya ella y su marido hubieran caido en herejía. Y quien lee las doctrinas de los santos y los derechos canónicos y el fervor de los Príncipes de la Iglesia, bien podría entender cuán gran mal es este verdaderamente. Lo que tengo entendido del ingenio de Dios es, que de grandes males suele sacar mayores bienes. Y por el contrario, tal es el ingenio de Satanás, que de los males saca mayores males y de los grandes bienes querría inventar mayores males. ¿Quién pensara que por huir los hombres la herejía de los luteranos, habían de dar en huir de los Sacramentos? ¿Y quién pensara que unas partes tan necesarias para la vida eterna, como son la oración, meditación y ejercicios espirituales, habían de hallar los hombres por estropiezo en la vida cristiana? Gran sospecha tengo que esta gran ceguedad ha venido en los

pueblos por tener guiadores ciegos: porque como dice el Profeta: *Propter peccata Sacerdotum erraverunt coeci in plateis.* ¿No es harta ceguedad de los capitanes, que viendo los enemigos manifiestos delante, asestan la artillería contra las mariposas que no les ofenden, ó contra los que vienen de refresco en su socorro? Pues por cierto no es menor ceguedad ver en algunos pueblos escuadrones de adúlteros, de fornicadores, de amancebados, de homicidas, de blasfemos, de logreros, de bandoleros, de simoniacos, perjuros, jugadores, vagamundos, salteadores y ladrones y otros enemigos manifiestos de la república y contra éstos no hay lanza enhiesta, ni se pone diligencia, solamente todos los escuadrones contra las mariposas inocentes de los teatinos, ó contra la gente de socorro que Dios envía para ayudar á los que tienen cargo de gobernar las almas. Nuestro Señor, por su misericordia lo remedie todo, pues sabe cuánto importa para el bien de las almas.

»De todas estas cosas, Padre mío Román santo y bendito, infiero yo una gran misericordia que ha usado Dios con la santa Compañía, la cual si entendiésemos bien los aficionados de ella, no tendríamos tanto dolor, cuando la vemos perseguida é infamada. Pero con todo esto yo confieso sinceramente que tanta envidia tengo de la Compañía por sus infamias, cuanto dolor tengo de sus contrarios é infamadores. Válame Dios, si todas las criaturas caminan á más andar, pretendiendo ser bienaventuradas, ¿qué mayor bien podemos desear á una república, que verla evidentemente constituída en el estado de la bienaventuranza? Cristianos, pues, tan ciegos somos y tan poco sabemos de cristiandad, que no sabemos que dijo Cristo: «Bienaventurados seréis cuando os aborrecieren los hombres y cuando os persiguieren y dijeren de vosotros muchos males, mintiendo; gozaos y regocijaos en aquel día, porque grande es vuestro galardón en los cielos.» Pues donde está el sentimiento cristiano de aquellos que tienen por desdichados á los teatinos, porque les levanten testimonio, diciendo que son luteranos; cierto en esto consiste más la bienaventuranza, que no la infelicidad: y por tanto los que bien queremos á la Compañía, si no fuese por desengañar las almas que con ceguedad la persiguen, habíamosla de dejar gozar de su bienaventuranza, cuando la viésemos cercada de persecuciones é infamias; pues sabemos que no padece como los homicidas y ladrones por sus maldades, sino como los bienaventura-

dos de Cristo por la justicia. Y de aquí viene que mayores tentaciones tiene la Compañía de parte de sus amigos que de parte de sus contrarios, como muy largamente pretendí persuadirlo á los santos religiosos de Simancas, cuando ciertos días por su gran molestia y humildad me compelieron que les hiciese algunas pláticas espirituales; aunque sabe nuestro Señor cuánto mayor gusto deseaba yo oirlas de ellos mismos. Decíales yo, pues, aquel día, hablando de la vida de los apóstoles, lo que afirmaba de ellos mismos en su doctrina cristiana el bienaventurado San Agustín diciendo: *Neutra tentatio illis defuit*, que quiere decir: no era menor la tentación del favor de los que se convertían por sus milagros y sermones y los seguían y favorecían, que la de los tiranos, que con odio y tormentos los perseguían y que con testimonios los infamaban.—Cierto, en la persecución, que no en la bienandanza puso Cristo la felicidad; y si esto es así, por tentación se ha de tener el favor y por buen suceso la persecución. Y por tanto, guiado de las reglas de Cristo, yo afirmo que si alguna república conozco que se pueda llamar bienaventurada en la tierra, es la Compañía de Jesús, porque ésta es la perseguida y con testimonio disfamada; y si de esta bienaventuranza se apartan algún tanto, la causa son los favores de los aficionados; aunque no puedo negar que no sea providencia de darles quien los defienda, porque no desfallezcan en la persecución; así como permite que los infamen, porque no se ensoberbezcan con el aplauso y favor.»

Hasta aquí es la carta del Padre Fray Luis de Estrada, la cual he puesto en este lugar, para que por ella se entienda lo que en aquel tiempo se decía y hablaba de la Compañía. Y cómo los mismos herejes, que nos tienen por enemigos, echaban aquella mala voz, para hacernos odiosos y sospechosos de las mismas cosas que ellos hacían. Algunos años duró esta voz y ruin fama contra la Compañía, la cual los enemigos de ella sustentaban, tomando ocasión de las herejías que en aquel tiempo se descubrieron en España; porque en esta ocasión publicaron que muchos de la Compañía estaban presos, que á otros habían traído maniatados y que el mismo Santo Padre Francisco de Borja, nuestro Comisario general, estaba en la Inquisición, y otras cosas tan falsas como estas, que el mismo R. Padre Francisco escribió de Valladolid al Padre Pedro de Rivadeneyra, que á la sazón estaba en la corte del rey D. Felipe II en Flandes, y dice así:

«Lástima es, Padre, lo que por acá pasa: bendito sea el Señor, que ha comenzado á poner el remedio. Hanse descubierto muchos luteranos en lo que teníamos por más limpio, y hanse comenzado á prender, y entre ellos no faltan ilustres, y de cada día se van descubriendo ser mayores las raíces de este mal de lo que nos pensábamos; porque la infección se extiende á muchas partes de Castilla y otras. Tiempos son muy dignos de lágrimas, porque son grandes las calamidades de la Iglesia, remédielo el Señor que puede. Por otras vías entenderá vuestra reverencia las particularidades; sólo diré yo aquí, que en estas necesidades ha puesto la Compañía su cornadillo en ocasión y tiempo y de manera que han conocido los señores Inquisidores del Santo Oficio no haberles sido ayuda de poco momento, y así lo dan á entender con mucha satisfacción. Aunque no ha faltado quien ha echado fama en esta misma corte y en Castilla, y así será fácil cosa que se extienda por esas provincias que los teatinos eran causa de estos errores (así nos llaman por acá), y que á mí me habían prendido, y que á otros habían traído maniatados, y que otro se ahorcó, que en otras partes nos queman, etc.; esto es lo que por este mundo dicen y otras cosas como éstas. *Et ecce vivimus*, y damos gracias al Señor porque nos da tan sin merecerlo ocasiones de merecer y nos hace dignos de su vestidura. De todo esperamos nos dará nuestro Señor gracias para sacar nuestro mayor aprovechamiento y conocimiento, y su bondad tendrá cuidado de acrecentar el crédito y autoridad de la Compañía por estos medios como suele y experimentamos. Encomiéndenos, Padre mío, al Señor para trabajar en esta necesidad; me hallé estos días con mayores fuerzas que ha mucho he tenido; aunque ahora últimamente me vinieron unas tercianas; pero ya estoy (bendito Dios) bueno.»

Pasó tan adelante esta voz y falsa opinión, que para atajarla y descubrir la verdad, fué necesario que D. Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla, inquisidor general, escribiese á algunas inquisiciones declarándoles la verdad y dando testimonio de la sinceridad é inocencia de la Compañía. El traslado de la carta que escribió el Inquisidor general á los inquisidores de Zaragoza, es el que sigue:

«Reverendos inquisidores: aquí se ha dicho que en esta ciudad y en Huesca y en otros lugares del reino, han publicado algunas personas que en la cárcel del Oficio de la santa Inquisi-

ción de esta villa de Valladolid y su partido, están presos algunos religiosos de la Compañía de Jesús, no siendo así la verdad. Y porque además de lo que toca á la autoridad y devoción de su orden, es materia escandalosa y perjudicial á los que la tratan para sus conciencias, será bien que por la vía que os pareciere más conveniente y con menos estruendo significáis á los señores Prelados y personas de calidad y á los demás que entendiéredes que es bien que lo sepan, desengañándoles de lo que en esto se ha publicado de la captura de personas de la Compañía. Pues á Dios gracias, lo contrario es la verdad, como de personas que en general y en particular ejercen vida y obras de virtud en servicio de Dios nuestro Señor, y él les dará gracia para que así lo continúen y él aguarde y acreciente vuestras reverendas personas. En Valladolid 12 de Junio de 1558.

»*Ad mandata F. Hispalis.*»

Esta es la carta del Inquisidor general, la cual obedecieron los inquisidores y avisaron á los Prelados y á otras personas graves de la verdad, é hicieron las demás diligencias para que el pueblo se desengañase y entendiese la bondad é inocencia de los que tanto condenaban.

Mas no sólo la gente ignorante era la que sentía mal de la Compañía, pero para ejercitarla más en paciencia y acrisolar más su inocencia, permitió Dios nuestro Señor que mucha gente docta la tuviese entre ojos y anduviese recelosa de su nuevo instituto, naciendo en muchos esta demasiada atención de celo no muy medido.

Entre otros se señaló un religioso gravísimo y doctísimo, y de suma estimación por sus grandes letras en estos reinos y con su autoridad inclinó á muchos á su siniestro sentimiento. En tres cosas, entre otras muchas mostró este Padre la mala información que tenía de los nuestros. La primera, en decir y publicar que éramos alumbrados y los gnósticos antiguos y uñas del Antecristo. La segunda, en que venido el emperador D. Carlos de los Estados de Flandes á recogerse á España, procuró por medio de su confesor ganar al Emperador, é imprimir en su pecho la mala opinión que él tenía de nosotros y darle á entender, que si el turco quisiera destruir á España, no pudiera hallar gente para hacerlo más á propósito que los de la Compañía. La

tercera, viendo que todos estos medios y diligencias que había usado no le salían, se puso muy de propósito á leer en Valladolid (donde á la sazón estaba la corte) las Epístolas que San Pablo escribió á Timoteo su discípulo, interpretándolas á su modo y escandalizando á la gente con sus razones y palabras. Mas para que se entienda el fin que tuvieron los intentos de este gran Maestro, que lo fué verdaderamente y lo mucho que la Compañía ganó con las contradicciones que nos hizo al mismo tiempo que él, nos opugnaba, otros varones doctísimos y gravísimos en la opinión de toda la gente cristiana y cuerda, más santos y más desapasionados que él, nos defendían y hablaban con gran sensentimiento de aquella contradicción. Uno de estos fué el Padre Maestro Fray Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo, varón tan conocido y tan estimado en toda la cristiandad y que tanto la ha ilustrado con sus escritos; el cual, habiendo sabido lo que pasaba, escribió á un Padre de la Compañía la carta que se sigue:

«*Carta del R. P. Fray Luis de Granada.*

»Muy reverendo señor: Sabe nuestro Señor con cuánta pena leí la carta de vuestra Reverencia, porque no quisiera yo, que con tanta costa nuestra creciera el provecho de vuestras reverencias, porque en este negocio no temo el daño de quien padece la injuria sino de quien la hace: porque bien sé que el estilo de nuestro Señor es hacer dulces las aguas con sal y alumbrar los ojos con barro y sanar las llagas con masa de higos y multiplicar los hijos de Israel con la persecución de Faraón y el pueblo de los cristianos con la guerra de los tiranos: antes la más común manera de obrar suya es, usar de los medios de sus adversarios para hacer sus hechos, como usó de la venta de José, con que los hermanos querían deshacer sus sueños. Y así me parece que en esto ha de venir esta nueva contradicción, que aunque tira á derribarlos los ha de ser ocasión de andar más humildes, más religiosos, más ejemplares, más cautos y más devotos, y por consiguiente, más bien quistos y más bien acreditados del mundo. Y así, lo que aquel Padre toma por remedio para abatirlos, toma Dios por remedio para levantarlos. Y más verdad es, que él barbeche para vuestras reverencias que vuestras reverencias para el Antecristo. Para mí tengo por cierto, que aquel de

quien dice Job: *Qui ponit ventis pondus*, y proveyó á San Pablo de aquel estímulo de carne, para que la grandeza de las revelaciones no lo ensalzase; ese ha proveído á vuestras reverencias de este azote, para que la grandeza del aplauso y buen recibimiento del mundo no los levante. Acuérdese vuestra Reverencia que los sembrados á tiempos, han menester blandura y á tiempos helada y seca, para que con lo uno suban á lo alto y con lo otro arraiguen en lo bajo y lo mismo han menester las plantas espirituales, que Dios planta en su Iglesia, para ser en ella glorificado. Porque así como con las alabanzas, cuando no son demasiadas, crece la virtud, así con las tribulaciones la fortaleza. Alégrese vuestra Reverencia que la Compañía procede por los mismos términos por donde procedió la primitiva Iglesia. ¡Y ay de Roma cuando le faltare Cartago! Lo que á vuestra Reverencia pido es, que ruegue á nuestro Señor en celo de perfecta caridad, que no nos azote el Señor por la culpa de uno, que este es el mayor temor que tengo.

»Yo no tendría por inconveniente, que por parte del Conseo de la Inquisición, se pusiese silencio á persona que escandaliza el pueblo, poniendo boca en el estado que la Iglesia tiene tan aprobado y llamando uñas del Antecristo á los que no puede probar que sean herejes; porque tales habían de ser los que este nombre merecían. El libro envío á vuestra reverencia que ha contentado mucho al doctor Torres y paréceme que con razón pienso que así hará á vuestra reverencia. Ahora imprimo aquí la tercera parte del libro de la oración, que al principio prometí, con algunas cosas añadidas: como estuviere impreso lo enviaré á vuestra reverencia, y todavía espero los dos sermones que vuestra reverencia me escribe. Y porque estoy en Semana Santa con cargo de predicar tres sermones, no me alargo más en esta, sino suplicar á nuestro Señor more siempre en su ánima y le saque con muchas riquezas y prosperidad de esta nueva tribulación. De Lisboa postrero de Marzo de 1556.

»*Fray Luis de Granada.*»

Y después, viniendo el mismo Padre Fray Luis de Granada con cierta ocasión á Valladolid, al tiempo que el dicho Padre leía las Epístolas de San Pablo (como dijimos) contra la Compañía, el Padre Fray Luis en el púlpito la defendió y la alabó, oponiéndose á lo que ese otro religioso mal informado decía. En lo

que procuró también malear al Emperador, é instalar en su real pecho el mal concepto de la Compañía, no le sucedió mejor porque otros religiosos y personas doctas escribieron cartas contrarias á las suyas; y para que esto mejor se entienda, quiero poner parte de su carta, y lo que sobre ella escribió el Padre Fray Luis de Estrada, abad de Huerta, de quien hemos hecho mención, predicador evangélico, y por su vida, doctrina y púlpito muy estimado en estos reinos. Lo que escribió aquel insigne maestro al confesor del Emperador, el Padre Fray Juan Regla, de la Orden de San Jerónimo, es lo siguiente:

«Una de las cosas que me mueven á estar descontento de estos Padres teatinos, es que á los caballeros que toman entre manos, en lugar de hacerlos leones, los hacen gallinas, y si los hallan gallinas, los hacen pollos; y si el turco hubiera enviado á España hombres aposta para quitar los nervios de ella y hacernos los soldados mujeres y los caballeros mercaderes, no enviara otros más á propósito; que como vuestra paternidad dice, esta es Orden de negocios. Pero no sé cómo me he divertido, por ventura lo causa, que veo los males á montones y la destrucción á la clara, así de las religiones, como de la cristiandad, como de la policía, y vigor de estos reinos. Y no puedo disimular el fuego que veo prendido para abrasar y asolar el mundo; mas soy como Casandra, que nunca fué creída hasta que Troya se perdió sin remedio. *Dico igitur et vere dico*, que estos son los alumbrados y dejados, que el demonio tantas veces ha sembrado en la Iglesia, de los gnósticos hasta ahora, casi luego con la Iglesia comenzaron, *et si posibile est*, ellos la han de acabar. De su Majestad todos dicen el buen conocimiento que en este caso Dios le dió. Cuando su Majestad se acordare de los principios de Lutero en Alemania y de cuán pequeña centella por algunos respetos y favores que tuvieron se encendió el fuego, que con haber puesto todas sus fuerzas no se ha podido apagar; verá que la negación que al presente se tiene con estos nuevos negociadores, ha de causar un daño irremediable en España, tal y tan grande, que aunque su Majestad y el Rey nuestro señor su hijo lo quieran remediar no podrán. *Dominus servet te ab omni malo. Amen.* De Salamanca 25 de Septiembre de 1557.» Hasta aquí son palabras de la carta, de la cual dice así el Padre Fray Luis Estrada, escribiendo al doctor Torres, el que después fué Obispo de Canarias.

«El otro día me partí de Sigüenza, con tanta priesa que no pude besar las manos de vuesa merced, ni tampoco volver aquella carta de aquel bendito, la cual me dió harta pena, por ver cuánto poder debe tener Satanás príncipe de las tinieblas, sobre la gente ignorante, pues tales temeridades puede sembrar en los ánimos de los que se tienen por sabios en este siglo. No se ha perdido nada que yo haya visto esta carta, porque por donde vuesa merced no piensa se ofrecerán favores espirituales y temporales de hoy más á la santa Compañía, los cuales por ventura cesarán si no tuviera noticia de este disfavor tan injusto. De mí sé decir, que por veinte arzobispados de Toledo no quisiera haber firmado de mi nombre palabras tan temerarias y perjudiciales contra el menor cristiano del siglo; porque no puedo entender qué satisfacción haya de hacer que baste, el que en infamia de tantos se arroja á afirmar tantos escándalos, y no me edificó menos mal del que con achaque de buen celo anda publicando esta carta particular y secreta por el reino: porque si tuviese buenos ojos vería la poca honra que de estos negocios ha sacado y daría gracias á Dios, pues trayendo la soga arrastrando tantos días ha no le ha permitido nuestro Señor caer en alguna deshonra notable. Pero yo gran temor tengo, que ó esta gente le ha de confundir, ó Dios le ha de castigar. De mí sé decir, que en este caso defiendo y apruebo lo que veo que defiende y aprueba la Iglesia. De estos competidores sé decir que hallan herejías y las publican firmadas de su nombre, en las personas que la Iglesia, ni la santa Inquisición nunca las halló. Plegue á Dios que su Majestad alumbre al que de nosotros yerra. Yo me quisiera quedar con esta carta, ó con traslado de ella, pero es de tan poca edificación y de tan mal ejemplo, que más quiero remitirla á la cristiandad y discreción de vuesa merced, que verla más de mis ojos, aunque si como esto debe ser secreto pudiese ser público, no me parece que haría poco sacrificio á Dios el hombre que perdiese la vida en competencia de declarar esta verdad á los pies del Papa, ó en el Consistorio de la santa Inquisición, ó en el Consejo del rey; porque harto perjudicial hombre es el que se atreve á decir firmado de su nombre que son alumbrados y dejados y públicos herejes tantos siervos de Dios, como moran en estos reinos, y es caso que toca á la cristiandad saber por dónde se guía este hombre particular. Pues ve más que todos vemos, plegue á Dios de alumbrarle y de darle lugar, para

que haga penitencia. De esta santa casa de Huerta, de Marzo á los 16 de 1558.»

Esto es del Padre fray Luis, y el Emperador quedó tan desengañado y tan satisfecho del instituto y modo de proceder de la Compañía (especialmente después que el beato Padre Francisco de Borja le visitó y dió cuenta á su Majestad de su entrada en ella, y de lo que había hallado, y de lo mucho que Dios nuestro Señor se servía de sus ministerios) que dió algunos consejos muy prudentes al Padre San Francisco para bien de la Compañía y para que sus santos intentos fuesen adelante, ofreciéndose su Majestad de ampararla y favorecerla como á obra de Dios. El cual así en esto, como mucho más en las lecciones de las Epístolas de San Pablo, que aquel Padre Maestro hizo en Valladolid contra la Compañía, mostró su providencia y declaró qué flacas son las fuerzas humanas y cuán inciertos y engañosos los consejos de los hombres, aunque sean grandes letrados, cuando se oponen á los de Dios. Porque tomó el Señor la mano para acrecentar con nuevos sujetos y acreditar y honrar más á la Compañía por este medio; y no solamente no se hundió el navío con los vientos de esta contradicción, sino que llegó más presto al puerto: porque como aquel doctor comenzase á leer en Valladolid las Epístolas de San Pablo, concurrió la flor de la corte y gente principal á oirle, por sus grandes letras y rara opinión y por la materia tan alta y admirable que trataba. Mas como las interpretase contra la Compañía, muchos se comenzaron á escandalizar y algunos á dudar, si habían de dar crédito á lo que decía, ó no; porque por una parte les parecía que si no fuera verdad llana é indubitable lo que publicaba, no se atreviera á decirlo con tanta aseveración una persona de tantas prendas y de tanta autoridad y decirlo en la corte del rey de España, donde estaban todos los presidentes y consejos, y muchos grandes y señores del reino. Por otra parte les parecía, que si fuera verdad lo que él decía no era posible que consintieran los reyes y sus ministros que los de la Compañía viviesen en la paz y seguridad con que vivían en la misma corte, sino que los echaran de ella y aún de todo el reino; con esta perplejidad algunos quisieron saber de raíz la verdad y apurarla y entender nuestro instituto y manera de vivir, y vinieron á nuestro colegio, á informarse si la Compañía era religión, si estaba confirmada de la Sede Apostólica, si tenía

bulas del Papa de esta su confirmación; si tenía constituciones, y reglas, cuál era el fin de su instituto, qué medios tomaban para alcanzarle y todo lo demás que toca á esto. Y después que muy por menudo se habían informado de todas sus dudas, y respondido los nuestros á sus preguntas y mostrádoles las bulas, constituciones y reglas de la Compañía, quedaban ellos tan satisfechos y aficionados á lo que habían oído, que pedían ser admitidos en ella, y en efecto, fueron admitidos allí en Valladolid ocho ó diez muy raros sujetos, trayéndolos Dios nuestro Señor á la religión por este medio. Y así decía á los de la Compañía el siervo de Dios Francisco, que encomendasen en sus oraciones aquel maestro, como á bienhechor de la Compañía. De esta manera recibía el santo varón los agravios, estando tan lejos de airarse por ellos, que daba al Señor muchas gracias, y su divina Majestad los volvía todos en beneficios y utilidad suya y de la Compañía. Al fin el Provincial de aquel religioso le mandó que no pasase adelante en aquellas lecciones, y todo el mundo conoció la verdad, y juzgaron que la lozanía de su entendimiento le había dado audacia para sentir tan libremente contra la Compañía, como para hablar contra el Sumo Pontífice Paulo IV, por lo cual Su Santidad le mandó comparecer en Roma. Por lo mismo siendo electo Provincial, nunca quiso consentir en su elección la gente más grave de su religión. El mismo dice de sí estas palabras, traducidas del latín en nuestro romance castellano:

«Fray Francisco de Vitoria, á quien Dios dió á España con singular providencia por su maestro de la sagrada Teología, he oído decir que después que yo me partí de su escuela, solía decir que se deleitaba mucho de mi ingenio, mas que temía que yo, desvanecido é hinchado por la excelencia de él, me dejase llevar y siendo ya mayor no solamente corriese lozano y libre por la carrera que él me había enseñado, sino que temeraria y licenciosamente no hiciese caso de las pisadas de mi maestro.» Estas son las palabras del mismo doctor, en las cuales muestra el temor que su maestro tenía del ingenio de su discípulo, porque aunque era grande, era confiado, como lo mostró en algunas cosas muy graves y que nos quitan la admiración de lo que hizo contra la Compañía, mal informado de sus cosas.

Por no alargar más este capítulo no cuento en particular otras muchas persecuciones que se levantaron contra la Com-

pañía, en tiempo que estuvo el santo varón en Castilla por Comisario general, y cómo con su prudencia, paciencia y ejemplo de sus heroicas virtudes las venció y Dios las permitió para contrapeso de las alabanzas y gloria que con su rara santidad adquiría toda la Compañía. Veamos ahora lo que le pasó en Portugal, hasta que fué llamado á Roma.

## CAPÍTULO XXVII

**Parte el siervo de Dios tercera vez á Portugal, y despierta en muchos gran fervor de espíritu.**

PORQUE las veces que había ido el Santo Padre á Portugal fueron como de paso (por las otras ocupaciones y negocios importantes que llevaba), determinó de ir la tercera vez más despacio, y para visitar y consolar los colegios de aquel reino, que estaban á su cargo; y también porque se hallaba tan cansado y oprimido de importunidades y negocios pesados en Castilla, que deseaba retirarse un poco de tiempo para desahogarse y poderse dar más libremente á Dios. Con este intento partió de Valladolid para Portugal, visitando de camino los colegios y casas de la Compañía, que estaban cerca. No quiso admitir la litera y acompañamiento que la reina Doña Catalina le envió, sino ir, aunque enfermo, como pobre de Cristo y humilde religioso. Llegó á Évora, donde el infante D. Enrique (que después fué rey y entonces era Cardenal y Arzobispo de Évora) había fundado un colegio y Universidad muy ilustre de la Compañía. Fué recibido el Santo Padre del Infante Cardenal, con todas aquellas muestras de amor y alegría con que los años pasados había sido recibido de él y del rey D. Juan el tercero y del infante D. Luis, sus hermanos. Edificó á todos con su grande santidad, por lo cual los Padres de Santo Domingo, que por muchos años continuos habían adquirido posesión y como derecho de predicar los domingos de Cuaresma en la iglesia mayor, pidieron instantemente al siervo de Dios Francisco, que él lo hiciese aquel año, y así lo hizo, con gran fruto de aquella ciudad y Universidad, y consuelo del Cardenal. El cual, queriendo una vez que predicase, y diciéndole que estaba malo y cansado el Padre San Francisco, porque había venido de camino, respondió: «No quiero que predique, sino que suba al púlpito, y que vean al que dejó cuanto tenía, por Dios.» Y era tan grande la caridad del Santo Padre y

el celo tan encendido que tenía de aprovechar las almas, que algunas veces, por estar flaco y no poderse tener en pie, le llevaban dos Hermanos en brazos, hasta ponerle sobre una pobre cabalgadura, en la cual iba á la iglesia mayor, y de allí le tornaban á tomar los Hermanos y le subían al púlpito, y puesto en él predicaba con gran fervor suyo y fruto y admiración de los oyentes.

El Cardenal, por favorecer al Padre San Francisco y mostrar el amor que tenía á la Universidad de Évora, como á obra suya, vino un día desde su palacio á nuestro colegio acompañado de todos los Padres y Hermanos estudiantes de la Compañía, y de todos los otros graduados con sus insignias y de los demás estudiantes de la Universidad, y de su Cabildo y de toda la nobleza de la ciudad, trayendo á su lado al Padre León Enríquez, rector de nuestro Colegio, que también lo era de la Universidad. El bienaventurado Padre, como en todo procuraba abrazarse con la verdadera humildad, se quedó en casa y salió á la puerta con el portero y cocinero y con los otros oficiales y Hermanos legos á recibir al Cardenal. Y después de haberle hecho gracias de parte de la Compañía, por la protección que su Alteza tenía de ella y por haber fundado aquel Colegio y Universidad tan insigne para tanto servicio de nuestro Señor y beneficio de todo el reino, le dijo, que los Padres y Hermanos que profesaban letras, con mucha razón habían ido á acompañar á su Alteza, mas que él con aquellos Hermanos también se ofrecía á su servicio. Estas y otras razones dijo el Santo Padre, con grande modestia y humildad, estando siempre en pie y descubierto; porque el infante Cardenal (que también lo estuvo), por mucho que porfió nunca pudo acabar con él que se cubriese. De allí se fueron juntos á visitar la Universidad y colegio, y después estuvieron muy gran rato apartados, tratando de cosas del servicio de nuestro Señor, con tan grande gusto y satisfacción del Cardenal, que no se hartaba de mostrar el contento que tenía con la presencia del santo varón. Con su grande humildad y fervor se encendieron tanto nuestros Hermanos que estudiaban, y aun los mismos maestros, que hacían mortificaciones de gran caridad y humildad, siendo de tanta eficacia sus ejemplos, que movieron á hacer lo mismo á los seglares, y topando un prebendado de Évora á un maestro de Teología de los nuestros, y doctor, que iba cargado de leña á la cocina, quedó admirado por muchos días, repi-

tiendo á los canónigos de aquella santa iglesia estas palabras: «¡Oh buen Dios, cuán diferentes son los pensamientos y cuidados de estos Padres á los de los otros hombres! Tienen á la humildad por gusto y recreación y el despreciarse á sí mismos por descanso y regalo.» No fué de menos edificación que caridad el ir públicamente trayendo desde la fuente cántaros de agua á las cárceles de la ciudad y del arzobispo de la cual tenían necesidad los presos. Iban también á los hospitales á barrer las salas y hacer las camas y á ejercitar otras obras de caridad y humildad con cuyo ejemplo se movieron á hacer lo mismo lo más florido de la universidad. Fué espectáculo de mucha edificación, ver á los más principales caballeros de ella ir cargados de cántaros por las calles públicas para socorrer de agua á los presos. Era tanto el fervor, aun de los estudiantes seglares, que un día que no hallaron qué hacer en el hospital, por no perder el mérito se determinaron de limpiar cuanto en él había, sin dejar basura debajo de las camas, ni telaraña en los techos, trastornando cuantas alacenas, arcas, sillas y alhajas había en el hospital, dejándolo todo limpio como una plata. Ni es para pasar en silencio un caso que sucedió á dos de los nuestros, que iban en peregrinación. Había ley en Portugal, que el que estando fuerte y sano pidiese limosna, fuese azotado públicamente. Viendo, pues, á los nuestros buenos y sanos y que pedían limosna, los prendieron por eso y examinándolos cada uno aparte de dónde venían y por qué mendigaban, ellos por padecer algo por Cristo é imitar á los Santos, no quisieron descubrir que eran religiosos de la Compañía, ni decir cosa que les excusase, deseando pasar aquella afrenta por Cristo de ser azotados del verdugo. Pronunció el juez la sentencia de azotes, mas quiso nuestro Señor, que estando ya para salir y ejecutarse los conociesen unos estudiantes del pueblo, que habían estado en Évora y avisaron al juez que eran de la Compañía. De lo cual el juez muy admirado se postró á sus pies y les pidió perdón y la gente más principal del lugar les convidaba con sus casas, sacándoles de la cárcel con grande honra y acompañamiento, mas ellos iban muy humillados y desconsolados de no haber sido dignos de padecer algo por Cristo.

Cuando llegó el siervo de Dios á Coimbra, despertó el mismo fervor en nuestros estudiantes, que postrados de rodillas le pedían licencia para mortificaciones bien arduas y no fueron inferiores á los de Évora en la edificación que dieron y fervor que

mostraban: por dondequiera que iba el Santo varón Francisco, comunicaba su fervoroso espíritu. Consolóse en gran manera de ver aquel colegio que el rey D. Juan el tercero, con su grande magnificencia y religión había fundado para la Campañía. Del cual colegio en gran parte se proveen las Indias Orientales de predicadores y confesores, y de los obreros que por ellas andan esparcidos convirtiendo las ánimas con tan gran fruto de ellas y amplificación de nuestra santa fe y honra y gloria del Señor. Consoló y edificó mucho á todos los de casa con sus pláticas espirituales y ejemplo, y á los de fuera con sus sermones y santa conversación. Porque cierto era muy extraordinaria la suavidad y dulzura que nuestro Señor le daba en hablar de las cosas del cielo. Ayudó asimismo á la fundación del colegio de Braga, el cual, el bienaventurado Fray Bartolomé de los Mártires, religioso de la orden de Santo Domingo y arzobispo de aquella ciudad, varón no menos señalado en santidad de vida, que en doctrina, con gran caridad fundó y dotó; queriéndose servir de los de la Compañía para la institución y buen gobierno de las ovejas que el Señor le había encomendado. Y después de haber hecho algunos años oficio de vigilante y santo Pastor, dejó el arzobispado y se recogió á su pobre celda, para mirar por sí y acabar la vida en el quieto y seguro estado de la santa religión. Murió santísimamente, y así fué en vida y en muerte tenido por Santo.

## CAPÍTULO XXVIII

### Recójese en la ciudad del Puerto.

Deseaba el siervo de Dios Francisco andar todo ocupado en el trato con nuestro Señor y el menosprecio de sí mismo, y se hallaba fatigado de graves y trabajosas enfermedades; y acosado de las importunidades y negocios de las personas más principales del reino de Portugal, que á él acudían (como lo hacían los de Castilla, cuando estaba el Santo Padre en ella), y por huir de ellas y por sus deudos y conocidos y tener alguna más quietud y descanso, se retiró á la ciudad del Puerto, la cual está fundada sobre el río Duero que allí cerca entra en el mar y goza de aires sanos y templados y de lindas vistas. La gente es de buenos naturales y aficionada á la Religión y virtud, y á la Compañía mucho, después que el Padre Francisco de Estrada residió

y predicó allí algún tiempo, con notable fruto y edificación. La ocasión que tuvo para quedarse en el Puerto, fué esta: «Llegó allí el Padre San Francisco con sus compañeros en el principio del mes de Agosto del año de 1560, con intento de pasar á San Fins, que es un lugar apartado y saludable que tiene la Compañía en los confines de Portugal hacia Galicia, donde pensaba recojerse algunos días. Fuese á posar al hospital de Roque Amador; adonde luego le vino á visitar el Obispo D. Rodrigo Pinhero y la ciudad. El Santo Padre se postró á los pies del Prelado y de rodillas le pidió su bendición, con tan grande reverencia y humildad, que la ciudad sabiendo quién había sido en el siglo y que al presente era Comisario General de la Compañía, quedó asombrada y edificada y muy aficionada á su doctrina; porque estando fundada sobre tales cimientos, jugazba le sería muy provechosa. Pidiéronle que les diese algunos Padres de la Compañía que predicasen y confesasen. Y el Santo Padre se los concedió y alcanzó licencia del Obispo para tener casa é iglesia. Había allí un hombre noble y rico, llamado Enrique de Gobea, el cual entre las otras personas que con los sermones del Padre Estrada se movieron en aquella ciudad á servir mucho á nuestro Señor, había causado con su mudanza mayor admiración. Porque le tocó Dios el corazón de tal manera, que (además de ejercitarse él por su persona en socorrer y servir á los pobres, y en todas las obras de misericordia y piedad) era un perpetuo estímulo y despertador de todos los que veían sus ejemplos y oían sus palabras, para servir más al Señor. Muchos reformaron sus vidas por su consejo é industria. Muchos entraron en Religión y particularmente en la Compañía, á la cual dió tres hijos y su casa y persona. Porque cuando murió de una enfermedad contagiosa (que se le pegó por servir á los enfermos), ya estaba recibido en la Compañía y por su buena diligencia había llevado algunas veces Padres de ella y los tenía en su misma casa. En ella, pues, aderezó Enrique de Gobea, una capilla y recibió al Padre San Francisco y á los demás Padres que por su orden vinieron á la ciudad del Puerto y el día de San Lorenzo de este mismo año de 1560, el Santo Padre dijo la misa y puso el Santísimo Sacramento en la capilla, con gran contento y alegría de toda la ciudad y aun de la reina Doña Catalina, la cual, cuando lo supo, escribió al Santo Padre Francisco una carta, que decía así: «Padre Francisco, ahora supe cómo pasando vos por esa ciu-

dad el Obispo, juez y vereadores, vos pidieron ordenásedes en ella un colegio, por el gran fruto y servicio de nuestro Señor, que esperaban se haría. Y también supe que vos se lo concediéredes y que estaban ya en la ciudad algunos Padres, de lo que recibí mucho consuelo, porque siempre deseé que la Compañía asentase en esa ciudad. Y porque tendré gran gusto, si diéredes orden como se perpetúe, pues de ella se espera tan gran fruto, vos ruego mucho lo hagáis así. Yo escribo al Obispo, juez y vereadores sobre ello; y por muy cierto tengo holgarán de dar toda ayuda y favor necesario para bien de ella. Escrita en Lisboa á 26 de Agosto de 1560.»

De esta manera se comenzó el colegio del Puerto, donde el Padre San Francisco fué recibido como un ángel del cielo. Aquí olvidado de su edad y de sus enfermedades, comenzó á ejercitar los ministerios que usan los de la Compañía, con tanto fervor, como si fuera mozo y muy sano y robusto. Predicaba de ordinario y daba el Santísimo Sacramento á los que querían comulgar, que eran muchos, haciéndoles unas pláticas devotísimas con el cuerpo de Cristo nuestro Redentor en las manos. Iba los días de fiesta con la campanilla por las calles y plazas llamando los niños á la doctrina. Era continua y fervorosa su oración y los otros ejercicios espirituales, que mostraba bien que de ellos, como de fuente, manaba todo el fruto y edificación, que él derramó en toda aquella ciudad, en la cual con este principio y su santo ejemplo, después se fundó y estableció un buen colegio para beneficio de aquellas almas y mucha gloria del Señor.

No quiero dejar de decir, cómo en este tiempo, estando un día el Santo varón diciendo misa en su nueva iglesia del Puerto, se eclipsó el sol á mediodía, de tal manera, que convertida la luz en obscuras tinieblas se contaban las estrellas del cielo, como si la media noche fuera en tiempo sereno. Fué tanto el espanto de aquella gente popular, que como si el Juicio Universal llegara y el mundo se acabara, daban gritos y con alaridos pedían misericordia y desamparadas sus casas los vecinos se fueron á la iglesia del colegio, donde el Santo Padre decía misa, consolándose con tener allí tan Santo varón, confiando que por sus merecimientos é intercesión había el Señor de usar misericordia con ellos. Allí lloraban y gritaban, de manera que tuvo necesidad el siervo de Dios, acabando de decir el Evangelio, de volverse hacia el pueblo y pidiendo silencio hizo un muy prudente y devoto razo-

namiento, en el cual, habiéndoles primero declarado la causa natural del eclipse del sol, les exhortó que considerasen, que si por esconderse una sola hora la luz y alegría de este sol corporal, por ponérsele la luna delante, sentían tanta angustia y tribulación sus corazones, en cuánto debían estimar y procurar que nunca se les obscureciese y faltase el eterno sol de justicia, que crió á este sol y á nosotros, con cuya falta tantas faltas y miserias se le recrecen al hombre. Luego les declaró cómo por el pecado mortal pierde á Dios el alma y el daño y peligro que de este eclipse resulta; y finalmente, le amonestó, que por la penitencia y obras de misericordia y uso de los Sacramentos, le procurasen volver con la gracia á sus almas; y acabado este sermón, que fué escuchado de todos con mucha devoción y consuelo, se volvió al altar y acabó su misa.

## CAPÍTULO XXIX

### Es llamado á Roma de Su Santidad.

Estaba el siervo de Dios en el retiro de la ciudad del Puerto, contentísimo porque había llegado á la felicidad que de sí confiesa el apóstol de estar crucificado al mundo y el mundo á él; porque aunque tantos años antes había despreciado el Santo Padre al mundo, no llegó el mundo á despreciarle á él hasta esta ocasión que con el menor favor del rey de España, ocasionado de los testimonios que hijos de Belial le levantaron, corría gran tormenta su fama estando en Castilla, quitando los ausentes el honor, á quien en Portugal los presentes se le daban como á Santo, admirados de su heroica santidad, la cual también conservó muy claros sus rayos en tierras bien distantes, donde no les pudo escurecer la envidia ni añublar la pasión.

Y así, movido de su fama le envió á llamar á Roma el Vicario de Cristo, para ponerle de nuevo sobre el candelero y descubrirle al mundo, cuando él más se quería sepultar. Gobernaba en aquella sazón la santa Iglesia, presidiendo en la Silla Apostólica el Papa Pío IV, el cual deseaba hacer en la corte romana y en los oficios y Tribunales una notable reformación y corregir las costumbres y libertades de algunas familias y suertes de gentes que procedían con menos ejemplos de virtud de lo que requería el nombre de la santa ciudad.

Y también trataba de introducir la observancia de los decretos del santo Concilio Tridentino, que aunque no era acabado, ya se guardaba en algunas provincias con la aprobación apostólica. Y para que en todas estas cosas ayudase con su consejo y buen ejemplo, deseó Su Santidad que el santo Padre Francisco asistiese en Roma cerca de su persona. Decía que personas tan raras y ejemplares nunca se debían apartar del lado de los Sumos Pontífices. Envió á llamar el Papa al Padre Diego Laínez, el cual por muerte de nuestro Padre San Ignacio había sido electo General de la Compañía de Jesús, varón digno de aquel lugar y de suceder á tal prelado, por la señalada doctrina que juntaba con singulares virtudes, y venido á su presencia le preguntó si entendía que el P. Francisco se le haría muy grave y trabajoso venir á Roma enviándole él á llamar, porque si no le fuese molesto se holgaría de tenerle cerca de sí para muchas cosas importantes al bien de la santa Iglesia. «Beatísimo Padre, respondió el Padre Laínez, que deseaba también tenerle en Roma; es tan humilde y tan hijo de obediencia de esta Santa Sede Apostólica el Padre Francisco, que tengo por muy cierto que si él entiende ser voluntad y deseo de vuestra Santidad, aunque no se lo envíe á mandar, él se pondrá en camino y estará luego aquí; porque á él le basta entender la inclinación de cualquier superior para cumplirla sin otro precepto, cuanto más la de vuestra Santidad.» «Pues enviarémosle, dice el Papa, un breve y le exhortaremos á tomar este trabajo, entre los otros que en servicio de Dios ha llevado.» Este breve vino con tales palabras y tan amorosas razones, que me pareció ponerle aquí por sus mismas palabras en latín, que es el siguiente:

*Pius quartus, dilecto in Christo*
*filio Francisco Borgiae.*

*Dilecte fili, salutem et Apostolicam benedictionem. Pastoralis officii sollicitudo, quam (sicut Domino placuit) nostris meritis, et viribus imparem sustinemus, facit ut ad tuendam tam necessario tempore gregi Dominico salutem bonorum, atque fidelium Christi copiam praesto nobis esse, quam maximam in hac alma urbe cupiamus. Cum itaque inter cocteros ordines eorum, qui se cultui divino dicarunt, Societatem istam, ipso, ex quo nomen sumpsit, auctore Jesu Domino nos-*

*tro, excitatam fuisse, declarent magni, et uberes fructus, quos Ecclesiae attulit et quotidie affert. Te de ejus fideli, ac strenuo ministerio, ipso vitae ac bonorum operum tuorum odore late fragrante cognovimus, huc diximus evocandum. Proinde devotionem tuam (quam acriora mandata nostra non expectaturam esse confidimus) hortamur in Domino, ut ad Apostolica limina (si modo adversa valetudine non impediris) primo quoque tempore venias, ita tamen iter te facere volumus, ut rationem habeas valetudinis. Gratus erit nobis adventus tuus, idemque fratribus tuis cunctis, qui in hac urbe resident, cumque avide expectant opportunus. Datum Romae apud Sanctum Petrum sub annulo Piscatoris die decima Octobris MDLX. Pontificatus nostri anno primo.—Antonius Floribellus, Episcopus Abellinus.*

Este es el breve del Papa, en latín, que quiere decir en castellano:

PÍO IV AL AMADO HIJO EN CRISTO
FRANCISCO DE BORJA

Amado hijo: salud y bendición Apostólica. La carga del oficio pastoral que el Señor ha puesto sobre Nuestros hombros y es mayor que nuestras fuerzas y merecimientos, nos obliga á desear tener cerca de Nos en esta santa ciudad copia de buenos y fieles ministros para ayuda de las almas en un tiempo tan necesitado. Y porque entre las otras religiones de las personas que se han dedicado al servicio de Dios, se ve claramente que la Compañía de Jesús ha sido fundada por el mismo Señor que le ha dado su santo nombre, como lo testifican los grandes y copiosos frutos que hasta ahora ha producido y cada día produce en su Iglesia, Nos ha parecido enviaros á llamar á Roma á vos, cuya vida y santas obras derraman tan suave olor y fragancia en todas partes, que podemos confiar que vuestro ministerio y servicio nos será provechoso. Por lo cual, entendiendo que la devoción y reverencia que tenéis á esta santa silla, es tal, que no serán menester otros mandatos nuestros más apretados, os exhortamos en el Señor, que lo más presto que pudiéredes (no teniendo enfermedad que lo estorbe) os vengáis á esta santa ciudad. Pero es nuestra voluntad que de tal manera hagáis esta jornada, que tengáis cuenta con vuestra salud. Seranos vuestra

venida muy grata y de gran consuelo á todos estos vuestros Hermanos, que residen en Roma y os esperan con gran deseo. Dada en Roma en el Palacio Apostólico de San Pedro, y sellada con el anillo del Pescador, á diez días del mes de Octubre de 1560, años, que es el primero de nuestro Pontificado.—*Antonio Floribello, Obispo Abelino.*

Con este Breve, y obediencia de Su Santidad, determinó el santo Padre Francisco su partida para Roma; porque aunque estaba flaco y con muchos achaques é indisposiciones ordinarias, todavía tomó esta voz y exhortación del Vicario de Cristo, como mandato del mismo Cristo nuestro Señor, y como si un ángel hubiera venido del cielo á significarle de su parte su voluntad. Pero quiso antes de partirse dar al rey D. Felipe II razón de su ida, y escribió á D. Gómez de Figueroa, duque de Feria, y á Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli, íntimos amigos suyos y grandes privados de la casa real, que diesen en su mano á su Majestad esta carta, la cual el Santo Padre escribió de la suya propia:

«Católica Majestad.

»Nunca yo pudiera imaginar que hubiese de venir tiempo, ni ocasión, en que tuviese necesidad de escribir descargos míos á vuestra Majestad, y mucho menos en la materia presente, que es tan indigna de tratarse. Mas, si el callar se ha de atribuir á rendimiento, no quiera Dios que yo calle, y confiese por obra, ó por intención mía lo que siempre aborrecí y abominé. Preciéme desde mi niñez, en la cual vine á servir á los gloriosos padres de vuestra Majestad, de serles fiel y leal vasallo y criado, y no me acusa mi conciencia de haber en ello faltado un punto, ni en ninguna cosa de las que ahora ante vuestra Majestad se me oponen. Sería por cierto muy dichoso este pecador, si la divina justicia no tuviese otros capítulos que oponerme de mis culpas, sino estos que los hombres ahora me acriminan. Pero conozco que aunque de estos cargos me hallo libre, no por esto soy justificado; porque son sinnúmero mis pecados; de los cuales, si como los conoce Dios y los conozco yo, he de ser juzgado conforme á la justicia de mis merecimientos, desde ahora doy mi causa por perdida y yo firmaré la sentencia de mi condenación. Mas, si se trata de las invenciones que sacan los hombres para derrribar-

me de aquel lugar que solía tener en el real corazón de vuestra Majestad, solamente diré con David, que ha faltado la verdad en los hijos de los hombres. No pienso traer á la memoria de vuestra Majestad, para justificarme, mis antiguos servicios, ni la vida gastada con tanta voluntad en el palacio imperial de la gloriosa memoria de sus padres, ni creo que del verjel de sus reales y cristianas virtudes se consentirá arrancar fácilmente una tan hermosa planta como es la memoria de los leales servicios y beneficios; ni se olvidará vuestra Majestad de las muchas horas que en su tierna edad le traje en estos brazos y se adormeció en ellos; mas una cosa no callaré, que cuando miro y atentamente considero el amor y lealtad con que siempre he reverenciado mis príncipes en la tierra, más temor y vergüenza saco de la Majestad de mi Dios, porque no he tanto á él servido y amado; que no recelo de haber faltado á lo que debo á vuestra Majestad. Pues siendo esto así (como sabe Dios que lo es), ¿cómo no sentirá mi alma acedía de ver que hayan sido parte lenguas de hombres para escupir ponzoña y mezclar rejalgar en los manjares, donde sólo la verdad y lealtad pusieron las manos y se aderezaron al fuego de tanto amor y reverencia? ¿Y cómo no lloraré con sangrientas lágrimas, que vivan en el mundo personas, que á trueque de subir ellas un escalón más alto y de alcanzar sus humanas pretensiones, y de que ninguno en la privanza se les ponga delante, no teman abatir la verdad y atropellar la justicia? No es, sacra Majestad, ni de mi hábito, ni de mis inclinaciones y costumbres, lastimar ni tocar la fama de ningún prójimo. Mas, también sé que todas las leyes del cielo y de la tierra, permiten que el agravio que se hace contra la inocencia y verdad, se pueda propulsar y sacudir, aunque de mi justa defensión resultase algún daño á los que me quitan mi justicia. Y arrimándome yo á este derecho tan natural y tan conforme á toda buena razón, pudiera en defensa mía lastimar y aun sacar sangre á los caudillos é inventores de las acusaciones que contra mí se han levantado ante vuestra Majestad. Mas, no permita el Señor nuestro que yo use de este derecho, ni haga á nadie mal, aunque sea para limpiar y defender mi fama (la cual no la pretendo, ni quiero para alzarme con ella; si para gloria de Dios fuere, él la defenderá y sacará á salvo), solamente en este punto digo, que nunca me temí, ni imaginé, que hombres á quien jamás ofendí, antes les hice buenas obras, como ellos saben, pudiesen acabar consigo, que

para desviarme á mí de cabe vuestra Majestad (la causa por qué ellos lo saben y de mí no lo sabrá nadie) artificiasen tales invenciones, si no pretendían más que ausentarme de la Corte. Y si tenían, por seguridad de su lugar, el no tener yo ninguno en la voluntad de vuestra Majestad, más breve y más barato lo hubieran negociado conmigo, porque sin quiebra de sus conciencias y sin menoscabo de la fama ajena alcanzaran de mí, que por darles contento, yo me privara de cualquiera comodidad temporal. Pero ellos escogieron un camino con que dañaron á sí y á mí, y no sirvieron á vuestra Majestad. Y plega á la eterna que no quede de ellos ofendida; pero no teman, ni piense ninguno que yo busque en qué satisfacerme, antes digo, que les deseo toda prosperidad de las almas y de los cuerpos, y suplico á Dios nuestro Señor los prospere en el cielo y á vuestra Majestad que les haga bien y merced en la tierra. Ellos alcanzaron lo que pretendían; pues hallaron audiendia donde la buscaban, yo les hago el campo franco y de mi voluntad les dejo el lugar y la corte, y bien saben ellos y el mundo, cuántos años ha que renuncié yo voluntariamente y desamparé lo que ellos ahora andan mendigando. Y si algún tiempo me han visto residir en la corte con este hábito, bien saben que no fué por voluntad ni elección mía, sino por la de mis superiores, que expresamente me lo ordenaron así, entendiendo que sería servicio de Dios nuestro Señor. Y lo mismo me mandaba la serenísima princesa de Portugal, la cual para algunas importantes ocurrencias del gobierno que vuestra Majestad le tenía encargado de sus reinos, se quiso servir de mi parecer y consejo, el cual pudo ser menos acertado que el de otro lo fuera. Pero soy cierto, que en darle nunca me faltó la debida lealtad, ni el deseo que hiciese entera justicia á todos. Y si, Señor, para descargo mío hubiera de dar testigos de abono, á ninguno de los vivos presentara yo sino á vuestra Majestad católica, ni de los ya difuntos, sino á la gloriosa memoria del emperador mi señor, y en sus manos y juicio pusiera toda mi justicia. Mas, cuando en la tierra me faltase el abono y la defensa, espero en aquel alto é inmortal Señor, que escudriña los corazones, que ante su justo y misericordioso tribunal seré oído y que allí se verá quién es el culpado y quién el inocente.

»Entre tanto, con licencia y la buena gracia de vuestra Majestad, yo me parto para Roma, donde por un su breve apostólico, la santidad de Pío IV me manda ir, diciéndome que en aque-

lla santa ciudad se quiere servir de mi ignorancia y bajeza; allí y dondequiera que me hallare, seré muy cierto y leal vasallo y siervo y capellán de vuestra Majestad, y continuamente suplicaré al Padre de las misericordias, que en este mundo prospere á vuestra Majestad y á sus reinos, para que gozándolos y gobernándolos con soberana paz muy largos años, sea después mejorado en el Reino eterno de la liberal y piadosa mano del altísimo Rey de los reyes. De la ciudad del Puerto 6 de Febrero de 1561.»

Presentaron esta carta el duque de Feria y el príncipe Ruy Gómez á su Majestad, y leyéndola delante de ellos, les dijo: «Yo nunca de la persona del Padre Francisco he creído cosa que fuese indigna de sus ejemplares virtudes y del lugar que tiene y estado que profesa.» Con esto cesaron sus adversarios, que no se habían tenido por seguros, mientras estuviese en España el inocente que ellos tanto condenaban. Cesaron las calumnias y la verdad con su mismo peso se restituyó á su lugar y después se escribieron otras cartas el Santo Padre y el católico Rey, de mucha familiaridad, encomendándose el Rey muy afectuosamente en las oraciones del Santo Padre, pidiéndole con mucha devoción que hiciese oración por él y por su reino, lo cual escribía el católico príncipe de su propia mano.

## CAPÍTULO XXX

### La jornada que hizo á Roma, y cómo fué recibido en ella.

Había rehusado ir á Roma el Santo Padre Francisco en ocasión tan forzosa de estar en aquella santa ciudad, como era elegir segundo General de la Compañía, después de la muerte de nuestro Padre San Ignacio, porque deseaba estar muy lejos de que le pasase alguno por pensamiento de poner los ojos en él, y no se engañó en la sospecha que tenía de esto, porque era mucha la estimación que de él hacían en Roma, tanto, que sabiendo la dificultad que tenía su jornada, hicieron con él una particular demostración, concediéndole que aunque estuviese ausente enviase su voto por escrito. Lo cual aunque no sucedió así, mostró mucho la estima que de su juicio y santidad hacían aquellos primeros Padres. Quiso nuestro Señor ahora llevarle con tiempo á aquella santa ciudad para darle lo que antes había tanto excusado, haciéndole General de la Compañía. Y así ordenó

que con gran facilidad se dispusiese su jornada á Roma, adonde partió con gran prontitud en lo recio del verano del año de 1561 llevando en compañía al Padre Pedro Saavedra y al Padre Gaspar Hernández y al hermano Marcos su antiguo compañero. Hizo todo su camino por tierra atravesando la Francia, la cual estaba ya alterada é inquieta con el lastimoso incendio que los herejes de nuestros tiempos habían emprendido en aquel poderoso y cristianísimo reino, para destruir en él la católica y antigua religión y con ella la justicia, paz y quietud. Visitó en Italia la santa casa de nuestra Señora de Loreto, que es en la que la Madre de Dios nació y se crió y concibió en sus purísimas entrañas al unigénito Hijo de Dios en Nazaret. La cual por manos de ángeles fué traída por el aire y puesta en el lugar donde hoy está y es venerada con increíble concurso y devoción de infinitas gentes, que de todas partes á ella vienen, para agradecer á la Reina de los ángeles las grandes é innumerables mercedes que de su mano cada día reciben.

Llegó á Roma á los 7 de Septiembre de aquel año, con extraordinario consuelo de todos los Padres y hermanos de la Compañía que en ella había. Favorecióle mucho nuestro Señor en todo el camino, librándole de muchos peligros de los herejes, y dándole fuerzas para acabarle; porque su fervor y espíritu esforzaba la flaqueza del cuerpo, y con los mismos trabajos se alentaba y hacía más robusto. Como supo Su Santidad que había llegado á Roma, le envió luego á visitar por un su camarero secreto, y darle el parabién de su venida y decirle el contentamiento que había recibido de ella, y ofrecerle para su morada su sacro palacio, al cual recado respondió el Santo Padre con la humildad y modestia que era razón. Al cabo de tres días fué á besar el pie á Su Santidad, el cual le acogió con grande benignidad y favor. Mandóle una y dos veces levantar, y como el siervo de Dios porfiase á estar de rodillas, le mandó la tercera vez por obediencia que se levantase, y así lo hizo. Después de haber tratado algunas cosas que se le ofrecieron, le dijo el Papa en su lengua italiana estas formales palabras: *Nosotros tendremos cuenta con vuestra persona y con vuestras cosas, como somos obligados, por el raro ejemplo que habéis dado al mundo en nuestros días.* Y como el Papa lo dijo, así lo hizo, favoreciendo de suyo las cosas que tocaban al Padre San Francisco, aunque él no se las suplicase, como en esta historia se verá.

Visitábanle los Cardenales, y edificábanse ellos y toda la corte romana de verle y oirle hablar, porque en todo le tenían por un dechado de virtud y de desprecio del mundo, y por un desengaño de los hijos de este siglo, que andan bebiendo los vientos por conseguir lo que él tan poco estimaba y tan liberalmente desechaba. El Papal e enviaba muchas veces á llamar, y gustaba de darle cuenta de las cosas de la corte y del Concilio Tridentino, que en aquella sazón se tornaba á congregar y continuar para ponerle la última mano. También trató con él de la reformación que comenzaba de los Oficios y Tribunales, y en todo escuchaba de buena gana su parecer. Señaladamente se le aficionaron algunos principales Cardenales, y se conoció en ellos lo que mejoraban y lucían con la comunicación y amistad del Santo Padre Francisco. El cardenal D. Bartolomé de la Cueva, hermano del duque de Alburquerque, varón de mucho valor y prudencia y muy estimado en aquella corte, se holgaba grandemente de que se entendiese que era verdadero amigo y devoto del Padre San Francisco, y no le parecía que estaba contento el día que no le veía. Pagóle el Santo Padre esta amistad en la vida y en la muerte; persuadióle, viéndole enfermo, que dejase herederos de todos sus bienes á los pobres del hospital de los incurables de Roma. Y así lo cumplió el Cardenal, el cual, como se sintió agravado de su última dolencia, rogó encarecidamente al Santo Padre que no se le quitase de la cabecera ni le dejase de hablar de Dios y ayudarle en aquel trance, hasta que le viese expirar. Y el bienaventurado Padre se lo prometió y lo cumplió, mostrándosele fiel amigo en aquella última jornada de la vida, de la cual totalmente depende la eterna felicidad ó la eterna miseria. Decía aqueste Cardenal, cuando era el tiempo de decir las verdades, que le llevaba nuestro Señor muy consolado y con gran confianza de su salvación, pues le había traido á Roma en tal tiempo al Santo Padre Francisco, y que creía que por usar con él aquella misericordia le sacó de España y se le envió á Roma.

También le fué grande amigo y devoto el Cardenal Alejandro Farnesio, cuya esclarecida casa siempre se reconoció obligada á la de Borja, por antigua correspondencia de amor y beneficios hechos de una á la otra. Y no menos le fueron íntimos en benevolencia los Cardenales Oton, Truchses de Augusta, Juan Aldrobandino, Estanislao Hosio, Alejandro Tri-

belli, Guillermo Lirleto, Gabriel Palesto, Antonio Garrafa, Cervantes de Tarragona y San Carlos Borromeo, con otros muchos que podría decir, pero he querido referir estos señaladamente, por tan conocidos y estimados por su calidad y excelencia. Llegó en este tiempo de Constantinopla á Roma, libre de su cautiverio, aquel valeroso soldado y antiguo capitán D. Alvaro de Sande y visitando al santo Padre, le contó las miserias y peligros de tantas almas de cristianos, que en poder de turcos perecen en Constantinopla, no menos de los griegos naturales que de los cautivos, por falta de personas que los enseñen y esfuercen en la fe y los aparten de la desesperación con que desamparan la religión y se hacen discípulos del falso Alcorán. Afirmaba D. Alvaro de Sande que si algunos Padres de la Compañía se enviasen á Constantinopla, ó con pretexto de rescatar cautivos, ó con nombre de venecianos, excusarían innumerables males y remediarían muchas almas y serían un consuelo universal para aquella miserable gente, que se ve sin libertad y sin sacramentos y rodeada de tantos peligros de su eterna perdición. El santo varón con su gran celo comenzó á tratar de esta misión de Constantinopla y aunque no se pudo efectuar luego, todavía de aquellos principios y deseos ha venido después la entera ejecución con singular fruto y remedio de muchos cautivos que allí son hoy ayudados de los Padres de la Compañía.

## CAPÍTULO XXXI

### Hácenle dos veces Vicario General de la Compañía.

Cuando el siervo de Dios llegó á Roma no estaba en ella el Padre Maestro Diego Laínez, General que á la sazón era de la Compañía. Porque la santidad de Pío IV le había enviado á Francia en compañía del Cardenal Hipólito de Este, su Legado, para tratar con el rey Carlos IX y con la reina Doña Catalina, su madre, que pusieran remedio á los errores, herejías y alteraciones con que se abrasaba su reino. Había dejado el Padre Laínez en su lugar por Vicario General en Roma al Padre Maestro Alonso Salmerón, que entonces era Provincial de la Compañía en el reino de Nápoles, varón eminente y de grandes prendas y letras. Pero poco después fué necesario que ambos, los Padres Laínez y Salmerón, el uno desde Francia y el otro desde Roma fuesen á Trento, por orden de Su Santidad, á asistir en el Con-

cilio, que habiendo sido interrumpido por las guerras y otras calamidades de la Iglesia, con su autoridad se tornaba á continuar. Por la ausencia del Padre Salmerón, quedó en Roma por Vicario General el Padre San Francisco: y aunque él procuró cuanto pudo excusarlo, la obediencia de su General fué tan precisa y estrecha que hubo de bajar la cabeza y hacer lo que se le mandaba. Comenzó á visitar y consolar los Colegios que estaban en Roma y hacer en ellos pláticas espirituales animando y exhortando á todos á la perfección y como él iba delante de todos y su vida era un vivo retrato de religión y virtud, imprimíase lo que decía en los corazones de los oyentes y sacaban nuevos deseos y nuevos fervores de agradar á Dios y de imitar el dechado que tenían delante. Predicaba asimismo en la igiesia de San Santiago de los Españoles y concurrían á sus sermones no solamente los cortesanos de nuestra nación (que eran muchos) sino también los cardenales, embajadores y señores de las otras y gran número de caballeros romanos, por ver en el púlpito y oir predicar á un duque santo, como ellos decían. Admirábanse y edificábanse de ver un hombre tan ilustre y que había sido en el siglo tan grande, ahora tan humilde y tan pobre y tan desengañado de él, que le había acoceado y sacudido de sí y desechado tan valerosamente, lo que muchos con tantas ansias desean y procuran y no pueden alcanzar. Causaba tanta admiración entonces el fervor que tenían los de la Compañía, con el ejemplo de su santo Vicario, que habiendo llegado un caballero de Roma, á su patria y preguntándole qué había visto bueno en Roma, respondió: «Á la Compañía de Jesús». El Vicario del Papa, quiso por curiosidad averiguar un día, que tantos de la Compañía predicaban en diversas partes de Roma y halló que 15 estaban predicando con gran fervor. A la fragancia y buen olor de las virtudes del Santo Padre Francisco quiso el cardenal San Carlos Borromeo, después de haber dicho su primera misa en público decir, la segunda en nuestra casa profesa en la misma capilla y altar en que la decía el Santo varón Francisco y la había dicho San Ignacio nuestro Padre. Por lo cual es aquella capilla muy venerada; pues estos tres santos la consagraron con sus sacrificios. Finalmente con la comunicación de los nuestros y con unos ejercicios de San Ignacio que le dieron, se determinó San Carlos á servir á nuestro Señor, con la perfección que ahora admira al mundo.

Fué Vicario General el Santo Padre Francisco, todo el tiempo que el Padre Maestro Laínez estuvo en Trento, que fué hasta que se acabó el Concilio y más lo que tardó en visitar los colegios de Italia y volver á Roma. Lo cual hizo el año de 1564, adonde poco después de haber llegado hizo asistente de la Compañía al bienaventurado Padre Francisco. Luego adoleció de una grave enfermedad y acabó santamente su carrera á los 19 días del mes de Enero del año siguiente de 1565. Por esta muerte del Padre Laínez, Prepósito General, fué otra vez electo Vicario General el Padre San Francisco de los Padres Profesos y electores que para este efecto se juntaron en Roma. Porque demás de la autoridad y vida tan ejemplar de su persona, la otra vez que lo había sido, habían quedado todos muy satisfechos y contentos de su gobierno. Era tan grande y rara su virtud, que todos le juzgaban por digno de toda dignidad y honra, por lo cual el Papa Pío IV le quiso hacer otra vez Cardenal, la cual honra aunque la evitó con todas sus fuerzas, no pudo excusar la carga del gobierno de la Compañía, pero por descargarse presto de ella escribió luego á todas las provincias de la Compañía, que había en Europa, la muerte del Padre General y convocó la congregación general para Roma, señalando el tiempo en que se había de hacer y dado priesa á los provinciales, para que juntasen sus congregaciones y se eligiesen en ellas los otros electores y viniesen con toda diligencia y brevedad.

# LIBRO TERCERO

## CAPÍTULO PRIMERO

**Cómo Dios nuestro Señor declaró mucho antès que había de ser General de la Compañía su siervo Francisco, revelándoselo al Padre Pedro de Saavedra, de cuyas virtudes se trata.**

TENÍA Dios escogido para capitán del nuevo escuadrón que había levantado en su Iglesia, al bienaventurado Francisco de Borja, como quien era, según su corazón, varón admirable y santísimo, y pronto para todas sus voluntades; y así mucho antes había significado esta gracia que quería hacer á toda la Compañía y á la Iglesia; así se lo reveló á San Ignacio nuestro Padre, el cual habiendo recibido una carta del beato Padre Francisco, que era entonces virrey de Cataluña, encontrándose con el doctor Miguel Arrobio, su amigo, le dijo: «Leed, señor, esta carta y sabed que quien la escribe entrará en la Compañía de Jesús y será su cabeza y General de toda ella.» Otra vez, estando el santo patriarca con mucho sentimiento de la pérdida que tuvo la Compañía con la muerte tan temprana de su hijo primogénito en Cristo el venerable Padre Pedro Fabro, varón de rara santidad y en quien tenía puestos los ojos la Compañía, para hacerle General de toda ella después de su primer fundador. Consoló la divina Majestad á su siervo Ignacio revelándole que en su lugar le daría al duque de Gandía, que había de ser General de la Compañía, y con su persona la había de dar á conocer y aumentar mucho. Significó esto propio el Señor al mismo Padre San Francisco, con una mitra que se le apareció sobre la cabeza, por una semana continua, dando á entender la Prelacía suprema, que le había de durar una semana de años, esto es, siete años, sobre toda esta sagrada religión. También parece tuvo noticia de lo mismo el Padre Diego Laínez, antece-

sor en el generalato al santo Padre Francisco; y así, cuando estaba muriendo, no hacía sino mirar al bienaventurado Padre, con tal modo, como quien le decía que le dejaba la Compañía encargada, habiendo de ser él en cuyos hombros dejaba todo su peso. Fuera de esto, estando en oración el venerable Padre Pedro de Saavedra, le mostró nuestro Señor al bienaventurado Padre Francisco de Borja ya como General de la Compañía; y así lo dijo, y él quedó tan cierto de la visión, que escribió desde España al mismo santo varón, diciéndole que había sido escogido de Dios para General de la Compañía; que aunque no lo era cuando escribía la carta, lo sería cuando llegase á sus manos, y así daba el parabién á toda la Compañía de que le hubiese dado tal Superior y que á él le pedía por la amistad antigua que habían tenido, cuyo compañero había sido, le concediese que lo que le quedaba de vida lo gastase en andar en misiones por los pueblos, confesando pobres y sustentándose de mendrugos.

Era este siervo de Dios, Pedro de Saavedra, muy parecido al Santo Padre Francisco, así en el espíritu y santidad, como en el modo de vida y en la vocación religiosa. Porque así como el bienaventurado Padre Francisco había sido casado, tenido hijos y vivido en el estado matrimonial perfectamente, y después de muerta su mujer, deseando ser religioso de San Francisco, Dios le llamó con particular revelación á la Compañía de Jesús, y después de entrado en ella vivido santísimamente, lo mismo le sucedió al bendito Padre Pedro de Saavedra; por lo cual, y por haber sido íntimo amigo y querido compañero del santo varón Francisco de Borja, y tan semejante en espíritu, y por acreditar la revelación que tuvo de su generalato, con la santidad de su persona, que no es tan conocida, me ha parecido hacer aquí alguna memoria de él.

Fué este Padre, antes de entrar en la Compañía, Doctor en Cánones, catedrático de Alcalá é insigne letrado y casado, viviendo en el estado conyugal con la perfección de religioso. Veía, cuando oía Misa en la capilla de San Diego de Alcalá, que cuando alzaba la hostia el Sacerdote, se levantaba el cuerpo de San Diego de su sepulcro y adoraba al Señor. Adelantóse grandemente en espíritu desde unos ejercicios que le dió el siervo de Dios Padre Francisco de Villanueva, gran maestro de espíritu. Desde estos ejercicios comenzó á vivir muy de otra manera, con mayor ejemplo de vida, ejercitando

su oficio con mucha claridad y verdad. Desengañaba á los que no tenían justos pleitos, favorecía á los pobres, y á los que tenían justicia ayudaba mucho, procurando con el juez y partes que abriesen términos y plazos. Por esta brevedad y por el gran nombre de letrado y nada interesado que cada día iba cobrando, acudía á su casa gente innumerable. Y porque la vanidad no deslustrase la pureza de su intención, y entre tantos negocios exteriores tuviese algún recuerdo para su alma, usaba dos cosas dignas de memoria. La una era que tenía industriada á una niña de sus hijas, la menor de todas, que sería de tres á cuatro años, que entrase muy frecuentemente en su estudio, donde él estaba, y le dijese: «Señor padre, acuérdese usted que se ha de morir»; y porque la niña no le olvidase y lo hiciese más veces, solía darle después de dicho esto, como en premio, alguna moneda ó cosa semejante. Con esto acaecía estar la sala llena de gentes, que venían á pedir parecer para sus pleitos, y la muchacha rompía por medio de todos, y en alta voz decía: «Señor padre, acuérdese que se ha de morir». La otra cosa era que tenía mandado á esta niña que siempre que llegase algún pobre á la puerta no se despidiese, sino que ella entrase á pedirle limosna, y se la llevase y besase la mano al pobre, con amenaza de que si no lo hacía le había de azotar. Y así la muchacha cuando daba la limosna pedía la mano y la besaba, aunque más asco le diese, y porque algunos pobres no se la querían dar, lloraba la niña, temiendo los azotes, hasta que cumplía lo que le habían mandado. Para que el Señor le ayudase en cuanto hacía, llegábase muchas veces á su divina Majestad, recibiendo muy á menudo los Santos Sacramentos de la confesión y comunión, con mucha ternura de lágrimas y devoción que Dios le comunicaba muy á manos llenas. Usó desde que hizo los ejercicios tener algunas horas de oración, hurtando á los negocios y al sueño lugar para ella, una hora antes de acostarse. Sucedió un día que los negocios y pleitos fueron tantos, que no se vació la casa hasta media noche y, viéndose muy cargado del sueño, quiso por aquella noche dejar la oración y otras penitencias que acostumbraba ejercitar. Habíale casi vencido la tentación y el sueño, cuando muy pesaroso reparó en el engaño del enemigo, y reprendiéndose á sí mismo, se determinó de no dejar un punto lo que solía hacer antes de acostarse, y en pago de su determi-

nación, fueron tantos los consuelos interiores de su alma y la luz que nuestro Señor le comunicó, que le parecía que estaba en el cielo; y aun exteriormente sintió en su aposento una fragancia de olores tan suaves que, como él decía, exhortando á no dejar jamás las buenas costumbres, en su vida, ni antes ni después, había sentido tan suave y delicado olor. Entre tantas mercedes que le hacía nuestro Señor, le quiso probar llevándole su mujer, cuando más necesidad tenía de ella para la crianza de sus hijas, la cual, estando ya cercana á la muerte, sintiendo mucho que sus hijas, que eran pequeñas, viniesen á poder de madrastra, le pidió con lágrimas que por el amor que se habían tenido, pues sabía cuánto había querido aquellas niñas, le hiciese esta merced por ser la postrera cosa que le pedía; que escogiese mujer que les fuese madre y no madrastra. No quiso pedirle cosa mayor, pareciéndole que era razón casarse quedando de tan buena edad, porque entonces tenía solos cuarenta y dos años. El doctor respondió:—«Espero en Dios, señora, que os dará salud; mas si otra cosa dispusiera su divina Majestad, digo que haré lo que me pedís;» é hincándose luego de rodillas, tomó un crucifijo que tenía la enferma y abrazándose con él dijo:—«Yo hago voto á este Señor de castidad; y aunque la suegra, que allí estaba, le impedía diciendo:—«¡Mirad lo que hacéis!», respondió él:—«Digo que prometo á mi Dios castidad; y yo lo cumpliré, y yo os prometo de decir la primera misa que dijere por vos.» Agradecióselo mucho su mujer y con esto murió muy consolada.

Viéndose ya el doctor libre y suelto del vínculo matrimonial, comenzó á deliberar sobre qué estado tomaria, supuesto que no había de casarse otra vez. Toda la duda estaba entre dos religiones, que por algunas razones le tenían perplejo. Deliberaba, ó entrarse en la Compañía, donde él hallaba gran descanso de su ánima y mucho consuelo por la continua comunicación que tenía con el Padre Francisco de Villanueva y los demás, ó hacerse fraile Francisco, á lo que mucho le movía la devoción de San Diego, de quien había recibido tan singulares mercedes; no sabiéndose él por sí determinar, fuese á su acostumbrado refugio, que era su grande patrón San Diego, y sin algún temor que haría las partes de su religión, pidió á nuestro Señor, por los méritos de su Santo, le declarase su voluntad, para escoger entre aquellos dos estados el que fuese para su mayor servicio. Estando en su oración, tratando de esto con nuestro Señor, súbita-

mente oyó un ruido dentro del arca, donde estaba el cuerpo santo, como si se meneara, y oyó una voz que le dijo que nuestro Señor se serviría más que fuese de la Compañía de Jesús. Oyendo esta respuesta, se le ofreció luego que tenía esto grandes dificultades, y que él no las podía vencer, y pensando en ello le pareció de repente que veía la imagen de San Cristóbal, como comunmente se suele pintar, y como esto lo tuviese por distracción y tentación, procuraba echarlo de sí y volver á su oración, mas como le volviese esta representación segunda y tercera vez, dijo al Señor: «Si es ésta impertinencia, quitadmela, y si por aquí me queréis responder, declaradmelo, que no lo conozco.» Luego entendió que le decía el Señor: «Mira ese hombre cómo pasa contrastando las aguas y olas de ese río, estribando sobre el báculo que lleva en la mano y mirando, no las aguas que pasa, sino al Niño Jesús que lleva sobre sus hombros. No mires la dificultad que has de pasar, sino la ayuda del báculo de la cruz en que has de estribar, abrazando con gana los trabajos y mirando á Jesús, que es la guía y capitán, en cuya Compañía entras y con cuyo favor todo te será fácil.» Con esto se determinó luego y ofreció al Señor para entrar en la Compañía, y viniendo muy consolado á su casa, queriendo saber también el gusto de sus hijas, las llamó á todas siendo niñas, pues la mayor no pasaba de diez años, y puestas en orden por su edad, unas tras otras les fué preguntando á cada una cuál gustaría ella más que se hiciese fraile Francisco ó de la Compañía de Jesús; ¡cosa maravillosa! con tener las niñas grande miedo á los de la Compañía y mucha familiaridad y amor con los Padres de San Francisco y tener dos tíos frailes y hermanos de su abuela, todas, sin empacho alguno, fueron diciendo que gustarían más que fuese de la Compañía.

Con esto, muy consolado y cierto de su vocación, trató este negocio con el Padre Villanueva, el cual desde luego, por orden del beato Padre Francisco de Borja, le admitiera; mas parecióle mejor por entonces que se detuviese, dando orden en sus cosas y rematando muchos negocios que tenía, y también para que fuese ganando para poner en estado á sus hijas. De la misma manera como San Ignacio nuestro Padre lo hizo con el santo Padre Francisco de Borja. Recibióle después el bienaventurado Padre Francisco en la Compañía, en la cual floreció con raras virtudes. Fué tan favorecido de nuestro Señor, que no le pe-

día cosa que no le concediese, y así obró cosas maravillosas. Tuvo muchas ilustraciones, visitas y revelaciones del cielo, que por pedir historia entera no quiero amontonar aquí. Al fin acabó tan santamente como vivió, y su cuerpo, después de diez años, fué hallado entero. Semejantes hombres eran los amigos del siervo de Dios Francisco de Borja, ayudándose él con el ejemplo de tan grandes virtudes, y alentándolos á ellos con su ejemplo.

## CAPÍTULO II

### Es electo Prepósito general de la Compañía.

El mes de Julio del año 1565 se hallaron en Roma los Padres que de las provincias de Europa vinieron con todos los Provinciales de ellas, para elegir por votos el nuevo General. Los de las Indias, así Orientales como del Brasil, no pudieron llegar á tiempo, y por eso ni se llamaron ni se esperaron. Fueron los de Europa treinta y nueve escogidos, tres de cada provincia, como lo ordenan las constituciones de la Compañía; y aunque eran tantos y de tan varias naciones, lenguas y costumbres, todos se conformaron en tener un eficaz deseo de dar á la Compañía una cabeza que la gobernase, cual entendiesen que sería más acepta y agradable á Dios nuestro Señor, en cuyo nombre y lugar todos le habían de obedecer Poníales mayor deseo de ver un perfecto superior la memoria tan fresca que en sus almas estaba de los dos Generales que sólo habían precedido después que se comenzó esta religión y fué por la Sede Apostólica aprobada, los cuales, cada uno en su manera de virtudes, fueron con razón estimados por singulares capitanes de la espiritual milicia que profesaban, porque si nuestro Padre San Ignacio de Loyola floreció en la santidad de vida y una gran prudencia y valor, también el Padre Laínez juntó con la santidad de vida la eminente doctrina con que tanto sirvió á la santa Iglesia. Parecíales, pues, á aquellos celosos Padres, que era razón que el tercer General que había de correr tras los dos precedentes fuese señalado en nuevas y excelentes gracias y dones de Dios nuestro Señor, para que sustentase y adelantase la fábrica que con tales cimientos se edificaba á los ojos de toda la Iglesia. Con este presupuesto y determinación, así como iban llegando á Roma lue-

go les parecía que el Padre San Francisco les llevaba sus ojos y arrebataba tras sí sus corazones. Temió luego el verdadero humilde no cayese sobre él la suerte, de que se juzgaba tan indigno, y no se determinaba si sería mejor el hablar ó el callar para desviar la carga que ya sin verla le hacía temer y desde lejos le amenazaba. En esta duda se quiso aconsejar de dos Padres, á quien amaba y de cuya prudencia y amor mucho confiaba, que fueron el Padre Alonso Salmerón y el Padre Pedro de Rivadeneira, y con mucha humildad les conjuró que por reverencia de Dios le aconsejasen lo que debía hacer en un caso como este, que tanto le afligía el espíritu. «Bien veo (dice), Padres míos, que no hay en mí partes ningunas para que nadie me haya de dar su voto para General, donde hay tantos y tales siervos de Dios que lo merecen tanto cuanto estoy yo lejos de merecerlo.

»Pero temo que por castigo de mis grandes pecados no permita Dios que estos Padres se cieguen conmigo y se engañen, como se engañaron y cegaron los que me hicieron Vicario General. Y temo también que la santa llaneza y simplicidad de estos Padres de las provincias septentrionales se deje llevar de un no sé qué vano título ú opinión de que renuncié yo en el mundo esta vil miseria que tenía y con eso quieran cargarme con un peso para el cual delante de Dios conozco con toda claridad y verdad que me faltan las fuerzas corporales y sin comparación más las espirituales, y que entre cuantos aquí se han congregado no veo hombre más inepto é indigno de este cargo: pues lo que pido á vuestras reverencias es me digan si será bien que yo hable á todos los Padres de esta Congregación y echado á sus pies le pida (declarándoles esta verdad de mi alma) que no les pase por la imaginación hacer elección tan indigna de sus personas y de la mía, con tan manifiesto deservicio de Dios y perjuicio de la Compañía, ó si juzgan vuestras reverencias que será más acertado que yo calle y disimule, no dando á entender que tenga yo recelo de que en mí se puedan poner los ojos, por no despertar á los que por ventura no han pensado tal cosa». Oído este razonamiento, los dos Padres le respondieron que siendo la cosa dudosa y tan importante, la querían pensar y encomendarla á Dios y que el día siguiente le darían la respuesta; y aquel mismo día acordaron ambos entre sí hacerle un santo engaño y descuidarle de aquel temor, y á la mañana siguiente cada uno de ellos por

sí le dijeron que en ninguna manera convenía que hablase en aquella materia á ninguno de los electores, porque podría ser que ellos no tratasen de darle sus votos y quizá á alguno le parecería que aquel ruego y humilde desvío de la dignidad era un sutil modo de presentarla y que sería mejor disimular y dejar hacer á Dios lo que tuviese por servicio suyo: que si acaso fuese electo le quedaba su tiempo para poder alegar aquellas razones y otras que tuviese; mas que anticiparse y prevenirlos, no le estaba bien á su autoridad, ni era ejemplo usado en la Compañía. Con este parecer se sosegó algún tanto, y á la mañana siguiente, que fué el segundo de Julio, consagrado á la visitación de Nuestra Señora, en amaneciendo comulgaron todos aquellos Padres á la misa del Espíritu Santo, que les dijo el mismo Padre San Francisco como Vicario General, y luego se encerraron en su capilla, y oído un sermón que en lengua latina les hizo uno de ellos, exhortando á la perfecta elección, y dicho el himno *Veni Creator Spiritus*, habiendo también estado de rodillas todos una hora de oración mental, se tomaron los votos y salieron tan conformes al primer escrutinio, que pareció bien que fué llamado á la elección el Espíritu Santo, y con casi universal acuerdo fué electo el Santo Padre Francisco por General de la Compañía, y al momento, sin darle lugar que hablase, ni se menease, acudieron todos con singular regocijo y le llevaron á la silla del General, y sentándole en ella, con gran devoción y reverencia uno á uno le besaron la mano. Quedó tan turbado y casi fuera de sí el humilde Padre, que ni palabra ni sentido tuvo para decir cosa del mundo, ni tampoco estuvo en su mano el rehusar aquella reverencia; lo que no pudo expresar la lengua de lo que estaba en su corazón, lo manifestó su rostro lleno de lágrimas y su mesura y silencio, porque así se le iban unos colores y le venían otros, como estaría una honestísima doncella que se viese en público espectáculo, puesta á la vergüenza; tanta era su humilde confusión. Fué luego el Santo Padre con todos los de la congregación á besar el pie y dar la obediencia á la Santidad del Papa Pío IV, el cual le recibió con aquella alegría con que había recibido la nueva de su elección, y con claras muestras de muy familiar amor y benevolencia le dijo: «Estos Padres han hecho en vuestra persona la más acertada elección que ellos para seguridad de sus conciencias y para acrecentamiento de su religión y para el servicio de esta Santa Sede podían hacer. Yo os digo, Padres,

amados en Cristo, que para nuestro contento y satisfacción no podíades salir con cosa que más á propósito fuese, y lo mostraremos en todo lo que se os ofreciera pedirnos de vuestra satisfacción.» Dijo después el siervo de Dios, Francisco, que siempre había deseado y pedido á nuestro Señor su cruz, pero que no creyera que la Compañía se la había de poner tan pesada como era aquella honra.

Al tiempo que se hubo de acabar la congregación general, hizo el beato Padre Francisco á todos los Padres que estaban allí congregados una plática llena de espíritu y doctrina, en la cual, entre otras cosas, les dijo que se acordasen que el peso que habían puesto sobre sus flacos hombros era mayor que sus fuerzas; y que él, de su parte, haría lo que pudiese para no caer con él, pero que ellos también de la suya le ayudasen, no solamente con oraciones, consejos y avisos, pero también con amonestaciones y reprensiones, como los obligaba la caridad; y que les rogaba que hiciesen con él lo que harían con un jumento que no pudiese ir con la carga adelante; que así como le descargarían de ella, así les pedía y encargaba que le descargasen á él y le quitasen el oficio que le habían dado, cuando entendiesen que era superior á sus fuerzas, y que no le podía llevar, pues de ello resultaría beneficio á la Compañía, servicio á Dios y descanso y gozo para él. Como esto hubo dicho, les mandó que estuviesen todos quedos y sentados como estaban y él se levantó de su asiento y anduvo de rodillas besándoles los pies á todos de uno en uno, y abrazándoles, los envió á sus casas, llenos de edificación y alegría por dejar de sus manos electo un tal prelado, que con obras y con palabras se mostraba tan verdadero Padre, tan amoroso hermano y tan buen imitador de los dos generales pasados, que fueron nuestro Padre San Ignacio y el Padre maestro Diego Laínez, sus predecesores.

Estando los Padres en su congregación general, vino una armada poderosa del gran turco Solimán sobre la isla de Malta, que es de los caballeros de la religión de San Juan, los cuales, después de haber defendido con increíble valor algunos meses la isla de Rodas, donde residían, y haberla ganado el gran turco Solimán por su gran poder y porfía y por no haber sido socorrida de los cristianos, pusieron su asiento en la isla de Malta, que para este efecto les concedió el emperador Carlos V, de gloriosa memoria. Fué cercada esta isla este año de 1565 por mar y por

tierra, tan apretadamente de los turcos, que fué milagro no perderse. Y demás del favor y misericordia de Dios nuestro Señor, que lo guardó con su mano poderosa, ayudó también mucho para ello el extremado esfuerzo con que pelearon los de dentro y la vigilancia y solicitud con que la Santidad de Pío IV procuró que fuesen socorridos, y la magnanimidad y cristiandad con que en efecto los socorrió el católico rey de España D. Felipe II. Para este socorro mandó Su Santidad que fuesen Padres de la Compañía, y por su orden, fueron algunos de los mismos que se habían juntado en la congregación, y fué el Señor servido de librar aquella isla y á toda Italia de peligro y pavor y á los príncipes cristianos de cuidado y sobresalto. Lo cual he querido referir aquí por haber salido de esta congregación algunos de los Padres de la Compañía que fueron al socorro de Malta, á los cuales les concedió Su Santidad grandes facultades é indulgencias, que para hacer bien su oficio en aquella empresa eran menester. Cuando se esparció por diversos reinos y provincias la nueva de haber sido electo el Santo Padre Francisco de Borja por general de la Compañía fué grande el contento que en todas partes causó. El cardenal de Augusta, cuando lo supo en Alema- : hizo cantar en Dilinga, donde estaba, el *Te Deum laudamus* con gran solemnidad; y el cardenal Osío escribió congratulándose mucho, y dando á Dios las gracias que con la elección de tal general, tan prudente y santo, hubiese mirado, no sólo por el bien de la Compañía, sino de la Iglesia.

## CAPÍTULO III

### Da principio al Gobierno de la Compañía.

COMENZÓ luego el nuevo General á hacer su oficio y gobernar la Compañía, lo cual hizo con la vigilancia y amor del buen Pastor, ayudándose en todo para el acierto de su gobierno de continuas oraciones. Decía como humilde que se maravillaba cómo á un lobo como él había hecho Dios pastor, y pedía á nuestro Señor le concediese las partes del buen Pastor del Evangelio, deseando dar su sangre y su vida por sus ovejas. Tres veces cada día echaba su bendición á la Compañía, pidiendo á nuestro Señor se la echase él llenándola de sus gracias, y otras veinticuatro veces al día repetía esta oración: *Pater serva eos in nomine tuo*, y por tener siempre en su corazón presente á toda

la Compañía, tenía distribuídas todas las provincias y los provinciales de ellas por los días de la semana, para encomendarlas á Dios con particular oración y á los ángeles tutelares de las tales provincias. Al principio de su gobierno, habiendo dado orden y asiento á las casas y colegios que estaban á su cargo en Roma, luego dió principio á una casa de probación, donde los novicios que cada día le enviaba Dios nuestro Señor en gran número, fuesen enseñados en la oración y mortificación, y amoldados al instituto y uso de la Compañía. Porque esto (como arriba dijimos), decía el Santo Padre «que era el fundamento de todo lo que para adelante en la Religión se ha de edificar.» Favoreció nuestro Señor este santo intento del Padre San Francisco, con mover al obispo de Tíboli que nos diese una iglesia de San Andrés y un sitio cómodo que tenía en Montecabalo (que es el que antiguamente llamaban Monte Quirinal); y después movió á la duquesa Doña Juana de Aragón, mujer que había sido de Ascanio Colona, y señora de grande autoridad y valor, á fundar en el mismo sitio y dotar con renta perpetua la casa de probación. Para lo cual edificó una iglesia nueva y una casa conveniente para criar los novicios, con lo cual, de las tres casas que ya teníamos en Roma, encomendaba la casa profesa al Padre Eterno; el colegio, al Hijo de Dios; y el noviciado, al Espíritu Santo. Con el mismo celo ordenó el siervo de Dios que en cada provincia de la Compañía se instituyese ó señalase casa particular para criar é instituir los novicios de ella; y puso mucho cuidado y fuerza en que esto se ejecutase, como en cosa que tanto importa y depende en gran parte el buen ser de la Religión. Ordenó asimismo que en cada provincia se hiciese un seminario, en el cual se enseñasen y leyesen todas las ciencias que usa la Compañía, para que en él los estudiantes de cada una de ellas aprendiesen lo que habían menester para ser buenos y provechosos obreros de su Religión. Porque antes que el Santo Padre fuese general, como las cosas de la Compañía todavía estaban en sus principios y no tenían tantas raíces y fuerzas, de casi todas las provincias de Italia y de Alemania y Francia, venían muchos de nuestros estudiantes á oir las Artes y Teología al colegio romano; lo cual era de mucha carga, costo y trabajo. Pero con estos colegios seminarios que hicieron en las provincias se dió gran alivio á toda la Compañía.

Cuando comenzó á ser general el Santo Padre Francisco, era

muy estrecha y desacomodada la iglesia que tenía nuestra casa profesa en Roma, para la muchedumbre de gente que á ella venía á oir la palabra del Señor y recibir los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Inspiró el Señor al cardenal Alejandro Farnesio, vicecancelario de la Santa Iglesia de Roma, protector grande de la Compañía y grande amigo del Santo General, á fundar un templo para su entierro, tan capaz y suntuoso, que de su traza y tamaño, es de los más lucidos y hermosos de toda aquella ciudad; además de las ocupaciones y cuidados que tenía el bienaventurado Padre Francisco en el gobierno de tantas casas y personas como había en Roma y de los negocios universales que acudían á él como á cabeza de toda la Compañía, eran tantas las cartas que recibía de los príncipes, señores y reyes de muchas partes de la cristiandad, que para responder y satisfacer á ellas era menester gastar mucho tiempo y quitarlo de su sueño y quietud. Porque unos queriendo servirse de los Padres de la Compañía, otros fundar en sus tierras colegios, otros deseando ser encomendados en sus oraciones, otros por otros fines é intentos, le escribían y le obligaban á responder. Y si pondera San Atanasio que el emperador Constantino escribió á San Antonio Abad, que allá en su yermo le encomendase á Dios, bien podemos afirmar que muchos de los mayores príncipes de la cristiandad escribían muchas cartas de sus propias manos al Santo Padre Francisco, en las cuales, con mucha devoción é instancia le pedían y rogaban que se acordase de ellos en sus santos sacrificios y oraciones. Pero aunque para cumplir con tantas y tan estrechas obligaciones quitaba (como dijimos) las horas debidas á su reposo y salud, no las quitaba á la oración ni á sus devociones, porque ningún cuidado hubo tan grande, que le hiciese aflojar en el mayor de todos los cuidados que tenía, que era de crecer en toda virtud y de mejorar cada día su alma con nueva santidad y gracia, y al paso que él crecía en su aprovechamiento, echaba Dios su bendición á la Compañía y la aumentaba siempre más.

## CAPÍTULO IV

**Estima mucho el Papa Pío V al nuevo General y hace muchos favores á la Compañía.**

Sucedió que en el mismo año que fué electo general el Padre San Francisco, murió el Papa Pío IV, por cuya muerte fué en su lugar asumpto al Pontificado en el principio del año 1566, Fray Miguel Ghisterio, Cardenal Alejandrino, religioso de la orden de Santo Domingo, que en su elección se llamó Pío V. Al cual puso el Señor en aquella Silla para gran bien y reformación de su Iglesia. Había sido este Pontífice, siendo Cardenal, íntimo amigo y devoto del Santo Padre Francisco: porque tenía un mismo espíritu y celo de la gloria de Dios; y después de asentado en la Cátedra de San Pedro, acrecentó este amor con más estrecha comunicación y estima de sus virtudes, y servíase de su consejo en cosas árduas del bien universal. El primer día que fué el nuevo Pontífice á tomar la posesión, como se suele, pasando por la puerta de nuestra casa, viendo al Santo Padre Francisco, que estaba entre los otros Padres, hizo parar la litera, y llamándole, le abrazó tiernamente y estuvo luego hablando con él medio cuarto de hora, estando parado todo el acompañamiento con gran maravilla de los Cardenales y Obispos y de todos los demás, por ser aquel un extraordinario favor nunca usado en semejante ocasión; y después, cuando el Santo General fué á besar el pie á Su Santidad, acordándole que la Compañía tenía hecho cuarto voto de andar entre infieles y herejes, según dispusiese de ellos Su Santidad, y así le ofrecía para esto á toda la Compañía, que estaba pronta para obedecerle en todo, no pudo el piadoso Pontífice detener las lágrimas viendo las veras con que aquel siervo de Dios que tenía delante le decía aquello. El cual respondió que siempre se valdría del consejo y ayuda de la Compañía, y así lo hizo.

Entre las otras cosas en que el Santo Pontífice Pío V mostró la opinión que tenía de la Compañía, fué el darle cargo del colegio de la Penitenciaría de San Pedro, y mandarle que los Padres de ella le predicasen en su palacio apostólico, lo cual pasó de esta manera: Estaban en la Penitenciaría de San Pedro de Roma por penitencieros de Su Santidad muchos sacerdotes, seglares

y religiosos de diversas naciones y lenguas. Deseó el Papa Pío V para mayor uniformidad y buen ejemplo y para alivio y consuelo de los que acuden á aquel santo tribunal, que todos los penitencieros fuesen religiosos de una misma religión, y que la Compañía se encargase de aquel colegio de la Penitenciaría y pusiese en él Padres graves y suficientes de varias lenguas y provincias, que asistiesen á la iglesia de San Pedro y se ocupasen en el oficio tan santo y provechoso de confesar. Envióselo á decir Su Santidad al Santo Padre Francisco con el cardeual Alciato, que á la sazón hacía (por el cardenal San Carlos Borromeo) oficio de penitenciero mayor, y juntamente las causas que le movían á ello, y el servicio y contento que recibiría en que así se hiciese. El bienaventurado Padre Francisco, con toda humildad, resignación y llaneza, representó á Su Santidad muchas y graves razones para excusarlo. Entre otras, alegó el agravio que se haría á los que se habían de quitar de la Penitenciaría, habiendo servido muchos años en ella loablemente. El sentimiento que podrían tener las otras religiones más antiguas y llenas de merecimientos, que hay en la Iglesia de Dios, si dejándolas á ellas se diese á la Compañía cosa tan importante y honrosa. La dificultad que tendría la Compañía en proveer bien aquel colegio, el peligro que los de ella no quisiesen con esta ocasión eximirse de la obediencia de sus superiores y tener libertad y pretender dignidades y favores contra su instituto y contra la humildad que profesan. Y mandándolo así el Papa, le dió por escrito estas y otras razones, á su parecer de mucho peso y consideración. Pero por más que hizo no pudo excusar esta carga, que aunque es muy honrosa, se tomó por tal. Porque Su Santidad, oídas y tornadas á leer y considerar las dichas razones, mandó resolutamente que se ejecutase lo que había determinado. Y así se hizo, acomodando á los penitencieros antiguos y poniendo Padres de la Compañía, los que les escogió el santo Padre Francisco, de las provincias y naciones de Europa, teólogos y canonistas. Y para obviar el daño que la Compañía para adelante podía temer, si los tales penitencieros quedasen libres y exentos, mandó Su Santidad que de allí en adelante el general que fuese de la Compañía los pusiese y quitase á su voluntad, y que ellos se quedasen tan sujetos á su obediencia como lo estaban primero. Señalóles renta bastante para ellos y para otros Padres y Hermanos que como en un colegio de los otros de la

Compañía residen en el de la Penitenciaría. Después en el pontificado del Papa Gregorio XIII, que sucedió á Pío V, volvió la Compañía á hacer instancia á Su Santidad para que la librase de esta carga; pero no hubo remedio, por hallarse bien servida la Sede Apostólica en aquel ministerio de los Padres de la Compañía.

La otra cosa en que el Papa mostró la estima que tenía de la Compañía, fué ordenar al santo Padre Francisco que de su mano le diese un predicador que predicase á su persona y familia y á los cardenales y cortesanos que acuden al sacro palacio; porque quería que de allí adelante hubiese en él sermones ordinarios y provechosos. Tampoco esto no se pudo excusar y así nombró el bienaventurado Padre Francisco para este efecto al Padre Benito Palmio, italiano de nación, al cual oyó Su Santidad un año, y otro al Padre maestro Alonso de Salmerón, español y uno de los primeros compañeros que ayudaron á fundar la Compañía á nuestro Padre San Ignacio. Pero no pudiendo él pasar adelante en el oficio de predicar (que con gran loa y fruto había ejercitado más de treinta y cuatro años) le sucedió el Padre doctor Francisco de Toledo, también español, el cual continuó después los sermones en el sacro palacio el tiempo que vivió el Papa Pío V y los otros Papas que después le sucedieron, hasta que Clemente VIII le hizo Cardenal.

Demás de estas cosas de tanta confianza que la Santidad de Pío V mandó á la Compañía, fué otra bien grave é importante, pero pesada y odiosa para ella; quiso Su Santidad que la Compañía se encargase de examinar, no solamente á los que en Roma se habían de promover á los sacros órdenes (como antes por mandado de Pío IV se hacía), sino también á los que se oponían á los beneficios eclesiásticos. Deseó mucho el santo Padre Francisco excusar esta ocupación, no tanto por ser trabajosa, cuanto porque guardando fielmente lo que pide la verdad y justicia, la gente se tiene por agraviada y se queja de quien no le da todo lo que pretende, y el enojo y sentimiento que tiene contra uno quiebra con toda la religión. Pero el Papa no admitió excusa ni razón que se alegase en contrario. Fuera de esto encomendó á la Compañía el Papa Pío V su guarda, para que cuidasen de sus almas; quiso que un Padre de la Compañía fuese consultor para reformar la dataría. Dió también á la Compañía la superitendencia de los catecúmenos, y obligando á las mu-

jeres públicas que acudiesen á dos iglesias solas, mandó á dos de la Compañía que predicasen allí, con lo cual fueron muchas las que se convirtieron. No solamente se sirvió Su Santidad de la Compañía en Roma en las cosas que habemos dicho, sino también en otras muchas fuera de ellas, de grande trabajo, confianza y edificación. Envió á diversas partes Padres de la Compañía para negocios importantes del servicio de nuestro Señor y provecho de las almas.

Y porque sabía Su Santidad que el principal fin de nuestro instituto es defender nuestra santa fe católica contra los herejes, y dilatarla entre los gentiles, y el cuidado y solicitud con que esto se hace, á suplicación de la Compañía instituyó una congregación de cuatro cardenales que tratasen y confiriesen entre sí los medios que habría para reducir los herejes, y otra de otros cuatro cardenales para ayudar á la conversión de los gentiles. Y con gracias y armas espirituales favoreció á los de la Compañía que andan ocupados en estos ministerios, haciendo en todo oficio de Santo Padre y universal Pastor de la Iglesia. Cuando sabía Su Santidad que en alguna ciudad tenía contradicción la Compañía, escribía al magistrado y superiores de ella breves de mucho favor, reprimiendo y reprendiendo á los que la perseguían, como lo hizo al ayuntamiento de la ciudad de Aviñón, en una borrasca que allí se levantó contra la Compañía. Otras veces la encomendaba á los príncipes católicos y les encargaba que la amparasen y favoreciesen, mostrando en lo uno y en lo otro entrañas de verdadero padre. Y para que esto mejor se entienda y lo que este santo Pontífice estimaba la Compañía, quiero poner aquí uno de estos breves de Su Santidad, escrito en su recomendación al Arzobispo electo de Colonia, que es del tenor siguiente:

*A nuestro amado hijo Salentino, de los Condes de Isemburg, electo Arzobispo de Colonia, Pío Papa V.*

Amado hijo: salud, etc. Tenemos tanta satisfacción del cuidado y diligencia con que la Compañía de Jesús se emplea en el aprovechamiento y salud de las almas (y vos también creemos que lo sabéis), que nos parece que el Señor con su inefable providencia la ha enviado é instituido en estos miserables y calamitosos tiempos de la Iglesia. Porque así como los herejes á gui-

sa de vulpejas procuran arruinar y destruir la viña del Señor, así estos sus fieles obreros y diligentes ministros, con su continuo trabajo se esfuerzan á defenderla, cultivarla y dilatarla, arrancando las espinas de las herejías y la cizaña de los vicios y las malezas que en ella se crian, y plantando é ingiriendo todo lo que es fructuoso y puede aprovechar, de manera que por haberse visto los grandes y varios provechos que la santa Iglesia ha recibido de esta Compañía, por la caridad, piedad y pureza de costumbres y santa vida de los que en ella viven, dentro de pocos años ha crecido tanto esta religión, que apenas hay provincia alguna de cristianos donde no tenga algunos colegios ya fundados, y pluguiese á nuestro Señor que tuviese muchos más, especialmente en las ciudades que están tocadas ó inficionadas de herejías.

Por estas razones debemos abrazar y amparar con paternal cura toda esta Compañía, como lo hacemos, y habemos querido encomendaros afectuosamente el colegio que tiene en la ciudad de Colonia. Porque en gran manera os habéis de alegrar de tener colegio de la Compañía en esta ciudad, en el cual hallaréis muchas ayudas para ejercitar loablemente el oficio de pastor y la carga que habéis tomado sobre vuestros hombros con grande esperanza y expectación nuestra. De manera que si no tuviésedes á mano tales ministros, los habríades de buscar con gran cuidado, como lo han hecho otros muchos prelados. Por tanto, os exhortamos y encargamos que abracéis con vuestra benignidad al dicho colegio y le amparéis y defendáis de cualquiera contradicción y molestia, para que pueda pacíficamente emplearse para bien y provecho de las almas y utilidad de la república en todos sus ministerios y particularmente en enseñar y doctrinar la juventud, conforme al loable instituto de su religión. Y finalmente, que tengáis al dicho colegio por muy encomendado y procuréis que tenga lo que ha menester para su sustento, en lo cual haréis lo que la dicha Compañía merece y lo que debéis á nuestra persona y á la reverencia de esta Santa Silla. Dada en Roma en nuestro palacio de San Pedro, á 21 de Mayo de 1568, en el tercer año de nuestro pontificado.—*Antonio Floribelo, Obispo Avelino.*

Demás de favorecer Su Santidad á la Compañía con el testimonio gravísimo de su aprobación y recomendación, le concedió muchas gracias y privilegios muy importantes. Entre ellos

fué uno muy particular el haber declarado (como declaró) que la Compañía siempre había sido y es religión de mendicantes y que como tal debía gozar de todos los privilegios, favores y gracias espirituales y temporales que gozan y gozaren las otras religiones mendicantes, como en su bula (despachada el año sexto de su pontificado, que fué el de 1571, á los 7 de Julio) se puede ver. Y viendo que la Compañía es perseguida de muchos y molestada con pleitos y desasosegada con varios colores y pretextos, para ampararla y darle brazo y fuerza para defenderse mejor, le concedió que pudiese nombrar conservador en cualquiera parte y en cualquier negocio, para su defensa, como se ve en la bula que por la muerte de este Santo Pontífice despachó Gregorio XIII, su sucesor, el primer año de su pontificado y el de 1572 del Señor.

Con haber sido este Sumo Pontífice tan favorable á la Compañía y haber hecho tantas y tan grandes demostraciones de lo que la quería y estimaba, no faltaron algunos que se imaginaron y publicaron que el Papa Pío V nos era contrario y que quería trocar y alterar nuestro instituto y hábito: y supiéronlo pintar con tales colores y persuadirlo, no solamente al vulgo, sino también á alguna gente grave, como si fuera verdad, que de España y de otras partes se escribió á Roma al santo Padre Francisco, el cual (aunque estaba bien seguro de la protección que el Señor tiene de la Compañía y del santo ánimo del Pontífice para con ella) quiso certificarse más de él por medio del cardenal D. Francisco Pacheco, arzobispo de Burgos, el cual habló á Su Santidad y le dijo la voz que corría y lo que publicaban algunos adversarios de la Compañía, y Su Santidad le respondió estas palabras (como el mismo Cardenal las escribió primero y después se las dijo al santo Padre Francisco): «*Absit a nobis hoc peccatum grande.*—Dios nos libre de pecado tan grande.—Nosotros vemos que el Señor se sirve de estos Padres y de este instituto y modo de vivir y que con él hacen gran fruto en su Iglesia. Mientras que así lo hicieren no hay sino dejarlos hacer y favorecerlos, para que hagan lo que hacen y sirvan con su instituto al Señor.» Esta era la estimación que Pontífice tan santo y uno de los mejores que ha habido en la Iglesia hacía de la Compañía.

## CAPÍTULO V

**Mueve el ejemplo del santo General al hijo del duque de Atri á entrar en la Compañía, y otros excelentes sujetos que entraron en el noviciado que fundó en Roma el siervo de Dios.**

No sólo robó el corazón del Papa Pío V la virtud y santidad del siervo de Dios Francisco, sino el de otros muchos señores de Roma, llegando en algunos á ser tan poderoso su ejemplo, que le quisieron imitar. Entre otros fué Monseñor Claudio Aquaviva, hijo del duque de Atri Juan Antonio de Aquaviva, el cual fué camarero de honor del Papa Pío IV, y entónces lo era de Pío V. El cual siempre que veía al santo General Francisco se edificaba sumamente de su humildad y modestia, principalmente cuando le veía ir al sacro palacio á hablar á Su Santidad sólo con su compañero al lado; porque consideraba lo que había dejado en el siglo, donde andaba cercado de criados y grandeza, lo cual todo trocó por la pobreza de Cristo. Cavó tanto en su pecho el ejemplo que veía tantas veces del desprecio del mundo, que determinó imitar una vez lo que había admirado tantas, y así se entró en la Compañía y vino á ser su quinto General, y uno de los hombres más afamados en su tiempo, de prudencia, gobierno y valor, el cual fué electo General siendo el más mozo de todos los que entraron en la congregación general. Y fué visto de un siervo de Dios cómo la Virgen y San Bernardo, cuyo devoto era, le habían ofrecido y escogido á Cristo para General de su Compañía. Pero no pasó esto sólo en el Padre Claudio Aquaviva; porque la fragancia y buen olor de Cristo que daba la Compañía, principalmente su santo General, trujo del reino de Nápoles á Roma á otro señor de la casa de Aquaviva, que fué un sobrino del Padre Claudio, llamado Rodolfo Aquaviva, hijo del duque de Atri Juan Girólamo y de Doña Margarita Pía, el cual, no conociendo al bienaventurado Padre Francisco y á la Compañía sino por fama, al mismo tiempo que su tío entró en la Compañía sin saber nada de él, habiendo hecho voto estando en Atri de ser de la Compañía. Abrióle el Señor poco después la puerta para ejecutarlo, porque dispuso que le trajese su padre á Roma con bien diverso intento; mas el fervoroso mozo, apenas hubo llegado á aquella santa ciudad, cuando, deseoso de ver á su tío, que le había ganado por la

mano, fué á buscarle; hallóle, no acomodado de criados ni vestido de sedas, sino pobre y humilde, sirviendo en los oficios más bajos á los pobres en el Hospital de la Consolación. Fué luego sin decirle nada á abrazarle delante de todos. El Padre Claudio se quedó espantado porque no sabía quién era; mas luego se dió á conocer, con gran gozo de su espíritu, y le declaró sus intentos. Procuró luego ejecutarlos, y aunque con gran resistencia de su padre y de otros parientes, venció varonilmente á todos, y perseverando firme después de muchos y fuertes combates, con ayuda del Papa (á quien acudió á dar cuenta el santo General) entró en la Compañía juntamente con su tío. Fué de tanto fervor el Padre Rodolfo, que después de haber padecido muchos trabajos por Cristo y hecho una vida penitentísima y apostólica, mereció ser mártir por Cristo, capitán de aquella lucidísima escuadra de los mártires de Salsete, si bien su vida y penitencia fué un continuo martirio. El tiempo que estuvo en Mogor no comió sino pan y agua; su cama era el duro suelo, y en los demás rigores no era su vida sino la de los anacoretas. Dábase largas horas á la oración, y como otro Antonio, le aconteció muchas veces ponerse en oración al poner del sol y no levantarse de ella hasta que saliese al día siguiente; otras veces estaba en oración los días enteros. Al fin fueron tan grandes los rayos de santidad que echaba en medio de aquellas tinieblas de infidelidad, que los mismos moros y gentiles le llamaban y tenían por ángel. ¿Pero qué mucho saliese tal, si fué connovicio y compañero de espíritu de aquel ángel en carne, el beato Estanislao Kostka, que fué el primero que murió en el noviciado de Roma que fundó el santo Padre Francisco de Borja, y es venerado en Roma como santo muy favorecido y privilegiado de Dios, al cual recibió en Roma el santo General, habiendo venido de Alemania á pie el santo mozo, para pedir le admitiese en la Compañía, adonde le mandó la Virgen que se entrase religioso? Fué este santo mancebo tan regalado del cielo que la Virgen le trujo una vez á su bendito Hijo y se lo dejó sobre la cama, estando malo, y los ángeles le trujeron dos veces el Santísimo Sacramento, estando él deseoso de recibirle. Y después de muerto son grandes los milagros que ha obrado nuestro Señor por este su siervo.

Fué cosa notable y bien sensible la bendición que echó nuestro Señor sobre aquel noviciado, que fundó el bienaventurado

Padre Francisco en Roma, enviándole el primero y segundo año después que se comenzó sujetos tan grandes y calificados, que bien se echaba de ver que el Señor había puesto allí su santa y poderosa mano, y son dignos de que se tenga en la Compañía eterna memoria de ellos: porque fuera de los dichos, uno fué el Padre Francisco de Torres, hombre de eminente doctrina y prodigiosa erudición, por lo cual es tan ilustre en el mundo como muestran sus obras. Por su grande doctrina le envió por teólogo el Papa Pío IV al Concilio Tridentino, y después entró en Roma en la Compañía. El otro fué el Padre Francisco de León, doctor en el derecho civil y canónico, y uno de los doctores que el Papa Pío V señaló para revisar el decreto de Graciano. Otro, el Padre Estanislao Versevischi, caballero muy rico de Polonia, que en aquel reino tuvo grande autoridad y grande privanza con el rey, el cual, deseoso de dejar el estado seglar, y no queriendo admitir un obispado que le daban, se vino á Roma para entrar en la Compañía, juntamente con otros de su familia, que se movieron con su ejemplo. y así entró allí con mucho contentamiento del Papa Pio V. Otro fué el Padre Fabio de Fabij, caballero romano, el cual vivió en la Compañía con grande entereza y santidad de vida, siempre con el mismo tenor y gran perseverancia. Tuvo cuantos cargos puede dar la Compañía, fuera de general de ella. Semejantes varones enviaba Dios á su siervo Francisco para que fuesen fundamento de su noviciado de San Andrés, y después vinieron á ser columnas de la Iglesia. Y no debo pasar en silencio al Padre Ludovico Corvinelli, que fué caballero florentino, y entró en la Compañía el primer año que se hizo noviciado en San Andrés, y fué tan gran benefactor del colegio romano, que después de su fundador el Papa Gregorio XIII, á ninguno debe más por la hacienda que le dió. Tuvo siempre deseo el santo Padre Francisco de ayudar al colegio Romano, por el gran servicio de Dios que esperaba de sus aumentos.

Y así como él dió principio á ellos con seis mil ducados que dió la primera vez que estuvo en Roma, con los cuales le empezó San Ignacio nuestro Padre, así también después que volvió á España alcanzó del emperador Carlos V que por cinco años le diese cada año mil ducados y otros tantos de un caballero amigo suyo, con lo cual, y con otras limosnas que le envió el bienaventurado Padre Francisco, sustentó en él muy escogi-

dos sujetos para gran bien de la Compañía y provecho de la Iglesia. Pero después de general, le procuró ayudar mucho más, no sólo temporal, sino espiritualmente.

## CAPÍTULO VI

**Lo que hizo el siervo de Dios Francisco de Borja en una grande mortandad que hubo en Roma.**

No era maravilla que tuviese tan grande opinión el santo Pontífice Pío V de la Compañía de Jesús, y el favor que la hizo siempre, porque nacía de las buenas nuevas que de todas las partes de la cristiandad le daban de lo mucho que nuestro Señor se servía de ella para conversión de los gentiles, confusión de los herejes, institución de los católicos y defensa de la Santa Sede Apostólica, y del fruto que por sus ojos veía en Roma en los colegios y seminarios que en ella tiene la Compañía. Y particularmente le movió una obra de gran caridad que se hizo en el primer año de su pontificado, de la manera que aquí diré. Al fin del verano del año de 1566 hubo en Roma una grande y peligrosa enfermedad, causada (á lo que se creyó) de unas aguas estantías y sucias que se recogieron hacia la parte de la ciudad que llaman del Pópulo, y de las huertas que entonces había hacia el monasterio de la Trinidad. Estas aguas se corrompieron é inficionaron los pozos por debajo de tierra y, por consiguiente, á los que bebían de ellos. Y cundió tanto el mal, que eran 4.000 casas (á lo que se decía) las que estaban inficionadas. Eran tantos los enfermos, que apenas se hallaba casa que no estuviese llena de ellos. En un monasterio donde había cien religiosas, las noventa estaban en la cama, y sólo diez en pie, aunque también flacas y con poca salud para servir á las demás. Moría mucha gente, especialmente pobre, y algunos sin Sacramentos, ó porque no se sabía que estuviesen enfermos, ó porque, estándolo también los clérigos de sus parroquias, no había quien se los diese ni quien socorriese á su corporal necesidad. Otros murieron sin saberse que eran muertos, hasta que con el mal olor de sus cuerpos avisaban á sus vecinos de lo que tenían cerca de sí. Tuvo noticia el Padre San Francisco de este estrago y mortandad que había en esta parte de Roma, y después de haber enviado algunos Padres que anduviesen de casa en casa y viesen más particularmente el

daño y la necesidad que había, entendido que era mayor aún de lo que se decía, y que se iba extendiendo cada día más, con peligro de inficionarse el resto de la ciudad, envió dos Padres que diesen razón de lo que había á la Santidad del Papa Pío V. Su Santidad, como verdadero Padre y Pastor, con gran caridad y liberalidad hizo muchas y gruesas limosnas para socorrer á los pobres y remediar á los enfermos y atajar los daños que se podían temer, y dijo que para obra tan santa vendería las cruces y los cálices, si fuese menester. Mandó proveer de médicos y de todas las medicinas y regalos necesarios. Ordenó que el Cardenal de Gambara tuviese la superitendencia de esta obra; pero que los de la Compañía se encargasen de ella y que por su mano, trabajo é industria se guiase y encaminase todo lo que se hubiese de hacer. Como vió este mandato de Su Santidad el santo Padre Francisco, y que el peso de toda aquella máquina cargaba sobre la Compañía, y que era cosa dificultosa que ella sola la pudiese sustentar y acudir al socorro de las ánimas y cuerpos de tantos enfermos, demás de haber hecho avisar á los Cardenales, Obispos, Prelados y señores que había en Roma para que ayudasen ellos también por su parte (como lo hicieron abundantemente, movidos de la piedad y de la grandeza de la obra y del ejemplo de Su Santidad), ordenó que los nuestros hablasen al magistrado y pueblo romano para que ellos, como más interesados, favoreciesen también obra tan digna de ser favorecida. El pueblo romano ofreció toda la carne, pan y vino necesario para los enfermos. Ordenó á los caporriones (que son los capitanes y cabezas de los barrios ó cuarteles en que está repartida la ciudad de Roma) que allegasen la mayor limosna que pudiesen para este efecto. Señaló doce caballeros romanos para que asistiesen á los nuestros y los ayudasen en todo lo que fuese menester.

Estando las cosas en tan buen término los de la Compañía procuraron primeramente saber las casas en que había enfermos y escribir el número de ellos. Después repartió en quince calles ó cuarteles todo el número de las casas. Pusiéronse las boticas, cocinas, bodegas, despensas y hornos que eran menester, con sus ministros y oficiales. Y para cada cuartel se señalaron dos de la Compañía, los cuales cada mañana y tarde andaban con el médico por todas las casas de su cuartel (que estaban señaladas con sus números) visitando los enfermos y escribiendo lo que

para cada uno ordenaba el médico, de medicinas y comida. Luego volvían á la cocina de su cuartel, en la cual, demás de los oficiales, había también uno de la Compañía, que era como veedor y solicitador de todo lo que se hacía. Hallábanse las viandas ya guisadas y á punto, y cada uno de los Padres tomaba su escuadra de doce ó más personas, que le eran señaladas para llevar la comida y distribuirla á los enfermos, según que el médico lo había ordenado; y el mismo orden se había seguido en el dar las medicinas. Los que principalmente estaban deputados y se ocupaban en servir y proveer á los enfermos, eran los de la Compañía, y entre ellos había algunos superiores, maestros, catedráticos y Padres más graves y muchos de los discípulos del colegio romano y germánico y del seminario y otra mucha gente noble y principal y los clérigos de la congregación del oratorio de San Jerónimo ayudaron también mucho con grande celo y edificación. Fué cosa maravillosa y mucho para alabar á nuestro Señor, que habiendo sido tantos los que se emplearon en esta obra de tanta piedad, así de la Compañía como de los de fuera, y entre ellos muchos mozos y estudiantes nobles y delicados, y siendo las ocupaciones de tanto trabajo y peligro y en tiempo de otoño, que es malsano en Roma, y siendo tanta la infición y muchedumbre de los enfermos, ninguno de los que ayudaron y sirvieron cayó malo por esta ocasión; guardándoles el Señor con su particular providencia para que le sirviesen en cosa que le era tan acepta y meritoria y para que otros se animasen con este ejemplo á hacer semejantes obras.

Y porque había muchos enfermos totalmente desamparados y que por su pobreza no tenían casa, ni donde recogerse, se dió orden se hiciese un hospital y que en una pieza grande de él se pusiesen los hombres, con hombres que los sirviesen, y en otra las mujeres, con mujeres que las sirviesen, y que allí fuesen curados todos y proveídos de la manera que los otros en sus casas. Fué nuestro Señor servido que con esta diligencia y providencia sanasen los enfermos y se atajase el mal que se temía y que muchas criaturas (que sin duda se murieran, por no poderles dar el pecho sus madres) se diesen á criar.

Si para los cuerpos fué de tanto provecho esta obra, mucho más lo fué para las almas de los enfermos que sanaron y no menos de los que murieron. Porque el santo Padre Francisco deputó confesores de la Compañía que acudiesen á esta necesidad,

para que confesasen y administrasen los Sacramentos, porque ninguno se muriera sin ellos y todos los recibiesen con la debida reverencia y devoción. De esta obra se sirvió mucho nuestro Señor y los pobres enfermos recibieron gran beneficio para sus almas y para sus cuerpos, y toda la ciudad y corte romana no menos admiración que edificación. Y el santo pontífice Pío V quedó tan aficionado á la Compañía, que después, el año siguiente de 1568, en otra enfermedad que hubo en Roma aunque no tan grande y tan peligrosa, tratándose del remedio de ella, nunca quiso Su Santidad que se encargase sino á los Padres de la Compañía (como se hizo y ejecutó, por la orden que el santo Padre Francisco dió), por la grande satisfacción que tenía de lo bien que se había hecho en estotra enfermedad.

## CAPÍTULO VII

**Cómo ayudaba el Papa Pío V al santo General, para la disposición de sus súbditos.**

Fuera de lo que á vista de ojos veía en Roma el santo Pontífice Pío V, le venían de todas partes nuevas de lo mucho que hacía la Compañía de Jesús en servicio de la Iglesia, por lo cual se ayudaba mucho el santo General Francisco del favor del santo Pontífice para disponer de sus súbditos á mayor gloria de Dios, y el santo Pontífice se ayudaba del santo General y de sus hijos para negocios gravísimos del bien universal de la Iglesia, por lo cual, habiendo llegado á Roma la fama del venerable Padre Canisio, de lo mucho que trabajaba en Alemania en la extirpación de la herejía, le mandó que fuese con su Nuncio á la Dieta de Augusta, que se celebró en tiempo del emperador Maximiliano II. Las cosas llegaron á punto de gran mal; pero el santo Padre Canisio dió salida á grandes dificultades sin disgusto del Pontífice y con contento del Emperador, que desde allí le quedó aficionado. Ayudáronle aquí el Padre Nadal y otros insignes varones de nuestra Compañía. Tornó después á la misma ciudad á la Sínodo que en ella se celebró, cuyo felicísimo suceso atribuyó, como era así, el Cardenal Oton á este celoso Padre, con el cual también puso su trabajo el Padre Alonso Pisano. Apenas se desembarazó el Padre Canisio de esta Sínodo, cuando el Papa le envió á ciertos Obispos de Alemania para que tratase con ellos algunas cosas del bien de

la Religión, porque fué continua obediencia la vida de este varón de Dios, y unas órdenes prevenían á otras, acudiendo él á todo con igual alegría y anchura de corazón, con entender hacía la voluntad divina. Ejecutó este mandato con la prudencia, celo y dicha que los demás. Con esta experiencia de los celosos trabajos del Padre Canisio, y con la satisfacción que tenía de su virtud y fama de su sabiduría, le quiso hacer Pío V Cardenal, como lo testifica Teodoro Petreio en su Biblioteca Cartusiana, el cual dice, refiriéndolo de testigos de vista, que después de muerto este Pontífice le hallaron una memoria de hombres doctísimos que quería hacer Cardenales, estando en principal lugar Pedro Canisio.

También quiso el mismo Pío V, como su predecesor Pío IV, hacer Cardenal al santo Padre Francisco de Borja; mas sus oraciones alcanzaron que no llegase á ejecución la voluntad de estos Pontífices, y el siervo del Señor suplicó muchos años continuos á su divina Majestad que primero le llevase de esta vida que permitiese tal cosa.

Comunicó también el santo General al celoso Pontífice los excesivos trabajos que padecía entre los abisinios aquel admirable varón Andrés de Oviedo, Patriarca de Etiopía, su antiguo amigo, y la dificultad que había por entonces en la conversión de aquellas gentes á la unión y obediencia de la Santa Sede Apostólica, y de la necesidad que había en la nueva cristiandad del Japón de Obispos. Escribió luego Su Santidad el Breve que me ha parecido poner aquí, y para que mejor se entienda, decir antes (aunque brevemente) las causas que hubo para escribirse. Por instancia y ruego del rey de Portugal, D. Juan el tercero, la Santidad del Papa Julio, también tercero, envió á Etiopía por Patriarca al Padre Juan Núñez, portugués de nación, é hizo Obispos al Padre Andrés de Oviedo, castellano, y al Padre Melchor Carnero, portugués, para que acompañasen al Patriarca y, en caso de que él muriese, le sucediesen en el Patriarcado el uno al otro. El nuevo Patriarca Juan Núñez llegó á Goa para embarcarse desde allí para algún puerto de Etiopía, donde fué necesario detenerse por las dificultades que ocurrieron de nuevo, y así, antes que lo pudiese hacer, acabó su peregrinación y murió, aceptando el Señor los buenos y fervorosos deseos de este Padre y librándole de los muchos y graves trabajos y peligros que tuviera en aquella jornada. El Padre Andrés de Oviedo, que

ya con algunos compañeros había entrado en Etiopía, é iba adelante para explorar la tierra y disponer las cosas para cuando viniese el Patriarca, con su muerte quedó electo Patriarca, conforme á la orden é institución de Su Santidad. Al principio no fué bien recibido del rey de Etiopía, Claudio, después fué muy mal tratado de su sucesor, llamado Adamante, enemigo capital de nuestra santa fe católica y hombre cruel y feroz. No se puede con pocas palabras explicar lo mucho que este bienaventurado Padre y santo Patriarca padeció en cárceles, prisiones, destierros, pobreza, desnudez, hambre y todo género de tribulaciones, las cuales él sufrió con maravillosa constancia, paciencia, y alegría por amor del Señor y por dejar algún número de cristianos que con su santa vida y predicación había convertido y traído á la unión y obediencia de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Fué avisado el Papa Pío V, luego que fué electo por cartas del rey de Portugal, D. Sebastían, y por el Padre San Francisco (como dijimos) de este trabajoso suceso y de lo mucho que padecía el Patriarca en Etiopía y la poca ó ninguna esperanza que había de reducirse aquel reino por las continuas guerras que se habían levantado en él y por la inhumanidad y enemistad que tenía el rey con nuestra santa fe. El cual por justo juicio de Dios era vencido y destrozado de los turcos á cada paso y todo el reino por los pecados de aquel tirano castigado y afligido. Representaron más á Su Santidad que en los reinos del Japón no había ningún obispo que confirmase á los cristianos nuevamente convertidos y que pudiese dar las Ordenes sagradas á algunos Hermanos de la Compañía, ó á otros de los mismos japoneses ya cristianos, que estaban bien enseñados y hábiles para el sacerdocio, y que no convenía dejar tanto número de cristianos nuevos, que el Señor había llamado á su aprisco y rebaño, sin pastor que les administrase estos dos Sacramentos. Las cuales cosas sabidas, después de mucha consideración, se resolvió el Papa de mandar al Patriarca Andrés de Oviedo que con la primera buena ocasión saliese de Etiopía y fuese al Japón y allí ejercitase el oficio y cura patriarcal que no podía ejercitar en Etiopía. Y para esto le escribió el Breve que (como dije) me ha parecido poner aquí, traducido fielmente del latín en nuestra lengua castellana y es el que se sigue:

*Al venerable hermano Andrés de Oviedo, Patriarca de Etiopía.*

Venerable hermano: Salud, etc. Por cartas de nuestro carísimo hijo Sebastián, rey ilustre de Portugal, escritas á su embajador que reside en nuestra Corte, y de otras personas dignas de fe, habemos sabido que habiendo sido vuestra Paternidad enviado por esta santa Silla Apostólica á esas partes de Etiopía para reducir los pueblos de ella al conocimiento de la fe ortodoxa y á la unión de la Iglesia católica, después de haber gastado muchos años no habéis sacado fruto con todo vuestro trabajo y piadosa industria, por la dureza de corazón de estos pueblos y por la pertinacia que tienen en querer confesar sus antiguos errores. Y que si fuésedes enviado á la isla del Japón y á la provincia que llaman China (que son habitadas de gentiles), en las cuales provincias la fe de Jesucristo nuestro Señor con gran devoción ha comenzado á ser recibida, habría esperanza que con el favor del Señor, vuestro trabajo sería muy provechoso en aquellas partes por haber en ellas gran mies y pocos obreros. Nosotros, oída esta relación, movidos de la caridad fraternal, os habemos tenido compasión, por ver que no habéis cogido el fruto deseado de tantos y tan grandes trabajos y de tan larga peregrinación. Mas si vuestro trabajo ha sido inútil para aquellos pueblos, no lo habrá sido para vos, que habéis padecido tantas y tan grandes molestias por Cristo nuestro Señor, del cual recibiréis el premio de vuestra piedad, obediencia y caridad. Por tanto, hallándonos colocados en esta santa Silla, aunque sin nuestro merecimiento y conociendo que somos deudores á todos y (por el oficio que tenemos) obligados á servir á la honra y gloria de Dios todopoderoso y á procurar la salud de las almas, saludándoos con la caridad de hermano y teniendo muy graves testimonios de vuestro piadoso celo y de la ansia que tenéis de propagar la Religión católica, os exhortamos en el Señor y en virtud de santa obediencia y en remisión de vuestros pecados, os mandamos que en pudiendo salir seguramente y teniendo comodidad para navegar, después que recibiéredes estas nuestras letras, os partáis para la isla del Japón y para la China, y en ellas prediquéis la palabra de Dios conforme á la doctrina de la Santa Iglesia Romana, que es Madre y Maestra de todos los fieles, y que administréis los Sacra-

mentos que son propios del oficio pontificial y procuréis ganar para Dios las más ánimas que pudiéredes, confiando en el favor de su divina misericordia. Y para que mejor lo podáis hacer, con autoridad apostólica que tenemos, os damos facultad y potestad para ejercitar los oficios pontificales en aquellos lugares y en cualesquiera otros adonde llegáredes (con tal que en ellos no haya propio y particular obispo), y para que podáis usar de todas las facultades é indultos que os han sido concedidos del Papa Julio III, de feliz recordación, y de los otros romanos pontífices nuestros predecesores en este reino de Etiopía. Y con la misma autoridad dispensamos con vos para que sin ningún escrúpulo de conciencia podáis morar y permanecer en los dichos lugares, si no tuviéredes mayor esperanza de poder recibir los pueblos de Etiopía á la unidad de la fe católica. Y porque el Concilio ecuménico y general que fué congregado por el Papa Paulo III, de feliz recordación, y continuado por Julio también tercero, y acabado y concluído con el favor de Dios por el Papa Pío IV, nuestros predecesores, ha sido confirmado con la autoridad de esta Sede Apostólica, habemos mandado que se os envíe un traslado auténtico con estas nuestras letras. Y vos le debéis recibir con toda devoción y guardar la doctrina y cánones que pertenecen á la fe. Tomad, pues, hermano este trabajo con alegre y pronto ánimo, por servicio de Dios y bien de las ánimas, confiando en la divina Bondad que no os faltará su favor. Ejercitad fiel y diligentemente los talentos que habéis recibido de la mano del Señor y empleadlos en buscar su gloria. Y cuando tuviéredes aparejo para hacerlo, avisadnos de lo que con la gracia del Señor hiciéredes en aquellas tierras y de lo que juzgáredes que es bien que sepamos y tocara á esta Silla apostólica. Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, os guarde, hermano, y os lleve con bien á aquellas tierras y acreciente en vos su gracia, para que podáis convertir aquellas gentes y sacarlas de la ceguedad de su idolatría y propagar la fe católica; al cual, con el mismo Señor nuestro Jesucristo y el Espíritu Santo, sea alabanza, honra y gloría en los siglos de los siglos.—Dada en Roma en primero de Febrero del año de 1566.—*Antonio Floribelo Avelino.*

Este fué el Breve del Papa, del cual no usó el santo Patriarca Andrés de Oviedo, porque Su Santidad dice en el Breve que le daba facultad de estar en Japón y en la China, sin escrúpulo de conciencia si no tenía mayor esperanza para adelante

de hacer fruto en Etiopía; y el celoso Padre siempre esperaba que las cosas se podían mejorar y se le hizo grande escrúpulo dejar sin Pastor aquellos cristianos que había convertido, y en medio de tantos riesgos y enemigos de la fe, fuera de los peligros y dificultades que tenía en salir de Etiopía sin caer en manos de los turcos y de otros enemigos de nuestra santa fe.

Y así murió, después de muchos trabajos, santamente en aquel reino, donde fué tenido, aun de los mismos infieles, por hombre divino y un grande prodigio de su santidad, porque los milagros que hizo fueron grandes, y las virtudes que ejercitó fueron heroicas. Su caridad y pobreza fueron tan grandes que, por dar todo cuanto tenía de limosna, él pasaba tan grande necesidad, que le fué forzoso para sustentarse y para dar limosna arar un poco de tierra por su persona tan venerable con un par de bueyes ó búfalos. Habiendo de escribir al rey D. Sebastián de Portugal, no tuvo una hoja de papel, y así quitó la primera hoja del Breviario blanca y en ella le escribió una carta. Y habiendo de escribir al Sumo Pontífice Pío V, no teniendo ya otra hoja blanca en el Breviario, cortóle como pudo las márgenes y, cosiéndolas, hizo una plana ó pliego en que le escribió la carta, la cual, cuando la recibió el Papa Pío V, derramó muchas lágrimas de ternura, admirado de la paciencia y celo del santo Patriarca, que quisiese perseverar en tan extremada pobreza y con tantos trabajos en aquella pequeñuela grey que tenía ganada para Cristo.

Otro Breve semejante y de la misma sustancia envió el mismo Papa Pío V al Obispo Melchor Carnero, el cual, al cabo de algunos años, pasó á Macao (que es un puerto junto á la China, y escala de los portugueses para el Japón). Allí estuvo algunos años confirmando á los cristianos de la China y Japón que venían á él, y dando órdenes y ejercitando los otros oficios pontificales, y tratando de ir al Japón, y disponiendo su entrada, se le llevó nuestro Señor, dejando santa memoria de sus virtudes y celo, el cual fué tan grande como se verá por este caso: Habían embargado los chinos, que estaban muy enojados, todas las mercaderías y haciendas que tenían los portugueses en Cantón, y amenazándoles grandemente si no enviaban de Macao un mozo chino que se había hecho cristiano. Los portugueses de la China enviaron una embajada al gobernador portugués de Macao, para que en todo caso les enviase aquel mozo, por-

que no se perdiesen todos ellos. El celoso Obispo, cuando lo supo, encargóse de guardar aquella oveja y de poner la vida por ella. Y así, aunque le fuese á pedir el gobernador al chino cristiano, no se le qüiso dar, diciendo que le ponía á manifiesto peligro de perder la fe, pues para eso le pedían sus naturales. Pero el mozo, qne estaba muy firme en la fe y veía el riesgo que corrían los portugueses en Cantón y el Obispo en Macao, temiendo que le había de perder el respeto el gobernador, dijo que le dajase ir, que él esperaba en nuestro Señor que, aunque le hiciesen pedazos, no faltaría en la ley y fe de Jesucristo. Entonces el buen Pastor dijo que enhorabuena que entregasen el mozo á los chinos, pero que le habían de entregar también á él, porque no podía desamparar aquella oveja, á la cual había de acompañar y dar por ella la vida. Y así se hizo, que los enviaron á los dos á la China, adonde iba el celoso Prelado muy dispuesto para padecer todo género de tormento, por confirmar y confesar en la fe á aquella oveja de Cristo. En llegando á Cantón, tomaron los chinos al mozo y le azotaron cruelísimamente, y lo mismo quisieron hacer con el Obispo Melchor Carnero, sino que los portugueses le cogieron, diciendo á los chinos que ya tenían restituído su chino, que este otro no les tocaba. Sintió mucho el siervo de Dios verse apartado de su oveja, que quedaba en manos de los lobos; mas con oraciones la procuró ayudar, y fué nuestro Señor servido que después de haber atormentado mucho al mozo en varias veces que le azotaron impiamente en las corvas con aquellas cañas que usan, él mostró tanta constancia, que desesperaron de poderle convertir, y así, despechados, se lo entregaron á los portugueses para que le sacasen de la China y no estuviese en su reino, con lo cual restituyeron al Pastor su oveja, y ambos juntos volvieron á Macao victoriosos, donde entraron, triunfando del demonio, con grande alegría de todos.

De esta manera acabaron los tres Padres Patriarcas y Obispos que fueron enviados á Etiopía. Pero algunos años después, viviendo ya el católico rey D. Felipe II de Portugal y de la India Oriental, considerando que no se había conseguido lo que se había pretendido en la misión de estos Prelados, y deseando proveer con su gran celo á los nuevos cristianos del Japón de obispo y prelado que fuese su propio pastor y les administrase los sacramentos de la confirmación y órdenes, como los Padres

de la Compañía lo deseaban y pedían, suplicó á Su Santidad Sixto V que nombrase por obispo del Japón al P. Sebastián de Morales, que había sido provincial de la Compañía en el reino de Portugal, y Su Santidad le nombró y envió. Mas también plugo al Señor (cuyos juicios son secretísimos) que muriese en el camino, antes de llegar á Goa, sin poder cumplir con el fin é intento de tan larga y peligrosa navegación. En lugar del Padre se enviaron después para el mismo efecto otros dos Padres de la Compañía, para que en caso que el uno muriese, el otro pudiese ejercitar su oficio. Porque aunque la Compañía huye de las dignidades ricas y honrosas, ha obedecido y tomado con alegría las que no tienen otras rentas sino trabajos, peligros, pobrezas y afrentas, como son las de Etiopía y Japón, donde tanto se ha servido á Dios y á la Iglesia.

## CAPÍTULO VIII

### La entrada de los de la Compañía en las Indias Occidentales y muerte de nueve de ellos en la Florida.

Hasta el tiempo que fué General de la Compañía el siervo de Dios, Francisco, no había entrado ninguno de la Compañía en las Indias Occidentales, sujetas á la corona de Castilla. Solamente se habían extendido y derramado los nuestros por el Brasil y por la India Oriental y llegado á las puertas de la China y fundado casas y templos en el Japón, con el fruto que se sabe. Había muchos en la Compañía, á quien nuestro Señor daba encendidos deseos de morir por él y particular vocación de trabajar en las Indias Occidentales, de la manera que los otros sus compañeros y hermanos trabajaban en las Orientales, y suplicaban á nuestro Señor que les abriese puerta y les cumpliese sus deseos. Y como era tan grande la caridad y celo de la gloria de Dios nuestro Señor con que era abrasado el santo Padre Francisco, había ofrecido aun antes de ser General, muchas oraciones, sacrificios y penitencias para este efecto. Oyólas el Señor y aguardó (como tiempo más oportuno) que el mismo santo Padre fuese General, para que por su mano y á su contento enviase á esta empresa los Padres y Hermanos que á él le pareciesen. Casi al mismo tiempo ó poco después, que fué á los 3 de Mayo de 1566, movió al católico rey D. Felipe para que él escribiese una carta, en la cual, entre otras, le decía estas palabras: «Por

la buena relación que tenemos de las personas de la Compañía y del mucho fruto que han hecho y hacen en estos reinos, he deseado que se dé orden como algunos de ellos se envíen á nuestras Indias del mar Océano. Y porque cada día en ellas crece más la necesidad de personas semejantes, y nuestro Señor sería muy servido de que los dichos Padres vayan á aquellas partes, por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente á propósito para la conversión de aquellos naturales, y por la devoción que tengo á la dicha Compañía, deseo que vayan á aquellas tierras algunos de ellos. Por ende, yo vos ruego y encargo, que mandéis ir á las dichas nuestras Indias veinticuatro personas de la Compañía, adonde les fuere señalado por los del nuestro Consejo, que sean persónas doctas, de buena vida y ejemplo y cuales juzgáredes convenir para semejante empresa, que demás del servicio que con ello á nuestro Señor haréis, yo recibiré gran contentamiento y los mandaré proveer de todo lo necesario. Y demás de esto aquella tierra adonde fueren recibirá gran contentamiento y beneficio con su llegada».

En ejecución de lo que el Rey mandaba, señaló el bienaventurado Padre Francisco algunos Padres escogidos de la Compañía para esta misión. Y los primeros fueron los Padres Maestro Pedro Martínez (que era aragonés, de una aldea de Teruel) y Juan Rogel y el hermano Francisco de Villarreal, los cuales aquel mismo año partieron á los 28 de Julio para la Florida, donde llegaron á los 24 de Septiembre del dicho año, fué nuestro Señor servido de recibir, como primicias de la Compañía, al primero de ella que en aquel nuevo mundo puso los pies. Porque en saltando en tierra de los floridos el P. Pedro Martínez para predicar y dar noticia del Evangelio á los naturales bárbaros que andaban por la ribera del mar, le derribaron en tierra con las porras que traían en las manos, y tomándole medio muerto le arrojaron al mar, dándole nuestro Señor por pago de los trabajos que había en la Compañía, con vida religiosa y ejemplar, un fin tan dichoso y gracia de morir por su amor. Mas ni á sus compañeros, ni á los otros sus hermanos que quedaban en Europa, no les espantó ni acobardó esta muerte del P. Pedro Martínez, antes los animó más, entendiendo que podían más fácilmente alcanzar en la Florida lo que deseaban, que era morir por Cristo. Y así el año de 1568 envió el santo Padre Francisco para seguir la empresa comenzada, once de la Compañía, de los

cuales iba por superior el P. Juan Bautista de Segura. y se habían de juntar con el P. Rogel y el hermano Francisco de Villareal, compañeros del P. Pedro Martínez, los cuales después de su muerte, se retiraron al puerto de la Habana y habían ya vuelto á la Florida, para donde partieron de Sanlúcar los once Padres y hermanos, á los 13 de Marzo de este año de 1568. Iba con ellos un cacique ó señor principal de la misma tierra de Florida, el cual había traido de ella el adelantado Pedro Meléndez á España, y habiendo sido enseñado en las cosas de nuestra santa religión, recibió con grandes muestras de contento y alegría el agua del santo bautismo y se llamó D. Luis; porque se juzgó que por ser plático en aquella tierra y hombre principal y de muchos deudos, podría ayudar á los nuestros en la conversión de sus vasallos y amigos, como él lo prometía.

Llegados á la Florida el P. Bautista de Segura y otros siete compañeros (los demás quedaron en la Habana), se entraron animosamente la tierra adentro guiados de D. Luis, sin consentir que ningún soldado español los acompañase, aunque muchos se ofrecían. Llevaron sus ornamentos y el recaudo necesario para decir misa y algunos libros para su devoción. Pasaban grandes desiertos y pantanos de agua, de que hay mucha abundancia en aquella tierra. Faltóles presto el mantenimiento y hubieron de sustentarse con las hierbas que hallaban por los campos y con el agua que bebían de los charcos. Arribaron á la tierra de D. Luis, que estaba bien apartada del mar y de todo humano abrigo, y habitada de salvajes desnudos. Avisóles D. Luis que le aguardasen en un lugar medio despoblado, y él se fué á otro donde estaba su gente, cinco leguas más adelante. Y como hubiesen los Padres esperado seis días más de lo que estaba concertado, envió el P. Bautista Segura un Padre y un hermano para saber cómo no venía y si quería que ellos fuesen adonde él estaba. En llegando (ó porque D. Luis había ya apostatado y vuelto á sus idolatrías y se halló confuso, ó porque ya tenía urdida y tramada la maldad) dió con sus deudos y amigos sobre los dos, Padre y hermano, y quitáronles las vidas, y al alba del día siguiente dieron sobre los demás, y sin hablarles palabra, yendo D. Luis por capitán y guía, hallándolos á todos seis puestos de rodillas, esperando con devoción y alegría la muerte, se la dieron, y luego los desnudaron de sus vestidos y robaron los ornamentos y aderezos del altar y se los vistieron, y las ropas de los muertos, y

bailaron en su borrachera. Tres de ellos fueron á abrir una arquilla de los Padres, pensando hallar dentro alguna riqueza grande, y halláronla, si la supieran conocer, porque dentro de la arquilla estaba un libro de la divina Escritura y un misal y libros devotos, rosarios, imágenes, cilicios y disciplinas y un devoto Crucifijo, el cual se pusieron á mirar muy atentamente y mirándole cayeron súbitamente muertos.

Los compañeros de ellos, que estaban á la mira, quedaron tan escandalizados y atónitos de lo que vieron, que sin tocar cosa de las que tenían delante se fueron cada uno por su cabo. Todo esto vió y notó un mancebo español que los Padres llevaban consigo, el cual por ser muchacho y por saber que no iba á predicarles y quitarles la adoración de sus ídolos, le dejaron de matar y estuvo entre ellos continuo algunos años, hasta que el Señor le libró de tan bárbara y fiera nación y contó lo que queda referido. Los que allí murieron por la propagación de nuestra santa fe fueron el Padre Bautista de Segura, natural de Toledo (que por sus virtudes y vida religiosa había sido en España muy amado del santo Padre Francisco), el Padre Luis de Quirós y los Hermanos Gabriel Gómez Zavallos, Juan Bautista Méndez, Pedro de Linares, Cristobal Redondo y Gabriel de Solís. He puesto aquí sus nombres para que quede la memoria de estos dichosos religiosos, que por el celo de las almas derramaron su sangre, con tanta constancia y alegría; y por la misma causa quiero hacer mención aquí del Padre Francisco López, el cual el año antes de 1567, yendo del colegio de Cochín á Goa, con otros tres compañeros, cayó en manos de los moros y de ellos fué conocido por la corona que traía en la cabeza é importunado que dejase la fe de Jesucristo. Mas como él con gran fortaleza y constancia perseverase en el amor y confesión de su Señor y se ofreciese á cualesquier género de tormentos y muerte por ella, fué atravesado por una lanza por el costado, de los bárbaros, y descabezado pasó de esta breve y miserable vida al premio de la eterna felicidad. De sus tres compañeros, el uno fué cautivado de los moros y los otros dos no parecieron. Esto fué el año 1567, en el cual envió el santo Padre Francisco á los Padres Pedro Domenech y Jerónimo Mur, á Orán, para asistir á D. Pedro Luis de Borja, su hermano, Maestre de la Caballería de Montesa (que era gobernador y capitán general por el rey D. Felipe de aquella ciudad y después fué virrey y capitán general de Cataluña), y

para ayudar á los soldados y gente de guerra que tenía á su cargo, en las cosas espirituales y propias de nuestros ministerios, como lo hicieron algunos años que allí estuvieron, con aprovechamiento del pueblo y de la gente militar y satisfacción del siervo de Dios.

## CAPÍTULO IX

**Envía el santo general gente de la Compañía al Perú. Hácese memoria de algunos varones muy insignes.**

Escribió el rey D. Felipe otra carta al santo General el mismo año de 1567, en la cual le decía que por la necesidad que había en las provincias del Perú de religiosos, que atendiesen á la conversión é instrucción de los naturales de ellas y por la devoción que su Majestad tenía á la Compañía, le pedía y encargaba que diese orden para que veinte religiosos de ella fuesen al Perú y se ocupasen en la conversión y enseñanza de los indios y comenzasen á fundar casas y colegios, porque él les mandaría proveer de todo lo necesario para su pasaje. En ejecución de esto, el mismo año de 1567 partieron para el Perú del puerto de Sanlúcar, á los 2 de Noviembre, los Padres Jerónimo de Portillo (que iba por Provincial), el Padre Antonio Alvarez (que murió en Panamá), el Padre Maestro Luis López, el Padre Miguel de Fuentes y los Hermanos Diego de Bracamonte, Juan García de Yanguas, Francisco de Medina y Pedro Lobet. Estos fueron los primeros de la Compañía que entraron en el Perú y asentaron casas y fundaron colegios y abrieron escuelas, en las cuales han enseñado y enseñan hoy día las ciencias y facultades que suele la Compañía, con notable fruto de la juventud y de los españoles que residen en aquel extendido reino y de los mismos indios, que con la doctrina de los Padres se convierten á nuestra santa fe. Fué tanto lo que nuestro Señor se sirvió con la ida de estos nuestros Padres y Hermanos al Perú y tan buenos los principios de su predicación, que convidó al rey católico D. Felipe á pedir nueva gente de la Compañía, y así partieron en 19 del mes de Marzo del año de 1569 con D. Francisco de Toledo (que iba por virrey del Perú) los Padres Bartolomé Hernández, Juan García, el Maestro Alonso de Bárcena, Hernán Sánchez, Rodrigo Alvarez y los Hermanos Sebastián Amador, Juan de Zúñiga, Juan Gómez, Antonio Martínez, Juan de Casasola, Diego Orun y Diego

Martínez (de los cuales murió en Panamá el Padre Juan García). Y después del año de 1571, á los 8 de Julio partieron para la misma provincia del Perú los Padres José de Acosta y Andrés López y el Hermano Diego Martínez. El fruto que hicieron estos religiosos en aquel nuevo mundo fué conforme á su fervor y espíritu, porque muchos de ellos fueron hombres apostólicos. Y aunque en esta historia no es propio lugar para referir sus vidas, que pedían enteras y prolongadas historias, con todo esto fueron tales las virtudes de algunos, que merecen se haga aquí alguna memoria de ellas.

El Padre Jerónimo Ruiz Portillo, á quien con particular moción del Señor envió el bienaventurado Padre Francisco á fundar la provincia del Perú y por superior de los demás, fué natural de Logroño, tan venerable en su persona, que en sólo verle se componían los personajes más graves y se movían á reverencia y respeto. Fué hombre de gran pecho, ánimo y valor. Mostróse en el púlpito apóstol de Cristo, gran celador de la honra de Dios y bien de las almas, que no sólo enternecía, mas mudaba de repente con sus palabras, obrando nuestro Señor por su medio admirables conversiones de pecadores sinnúmero, y de tan gran humildad, que siendo provincial hacía adobes para la iglesia que iba labrando, y de la obra se subía al púlpito. Murió donde hechos los primeros cimientos de la Compañía, que fundó en el colegio de San Pablo, en Lima, de setenta y dos años de edad, día de la Purificación de nuestra Señora, cuyo devoto era y le favoreció con su preferencia en compañía de muchas vírgenes, á la hora de su muerte, que fué con extremada paz y gozo de su alma, quedando en la memoria de todos sus heroicas virtudes y apostólicas hazañas.

El Padre Maestro Alonso de Bárcena era andaluz, uno de los primeros y más queridos discípulos del Padre Maestro Juan de Avila, enviado por él á predicar por los pueblos de Andalucía, y entrando en la Compañía, por orden del beato Padre Francisco de Borja pasó al Perú y á las provincias del Tucumán y Paraguay, donde convirtió gran número de infieles, llevándole el Señor milagrosamente á una y otra parte. En once horas anduvo el camino de ocho días. Toda su vida fué una continua misión: iba casi siempre á pie de pueblo en pueblo, expuesto á todas las inclemencias del cielo. Sacóle Dios, y por él á muchos años de evidentes peligros de la vida. Aconteciόle

pasar cinco y seis días con sola la santísima Comunión, sin comer otra cosa. Supo los pensamientos y cosas más ocultas en los otros. Tuvo espíritu de profecía. Hablaba en once lenguas, de que tuvo especial don. Fué cuarenta años perseguido y maltratado visiblemente del demonio, de quien él y otros por su medio alcanzaron gloriosas victorias. Fué regaladísimo de la Virgen y del Niño Jesús; estando dolorido en la cama, el Niño Jesús, que estaba en la mesa, se fué á él y se puso en sus brazos, con gran júbilo y gozo del enfermo, señal de la santidad de este apostólico varón, que murió con gran paz y serenidad de conciencia á los setenta años de su edad y cuarenta de la Compañía.

El Padre Diego Martínez fué natural de la villa de Ribera, en Extremadura; fué hombre prodigioso y de espíritu apostólico.

Estando en oración delante de un Cristo, le habló y encomendó el ministerio de los indios. Fué el primero de la Compañía que pasó á Santa Cruz de la Sierra, donde con espíritu apostólico, fervientes oraciones, con suma humildad, caridad y todas las demás virtudes, ejercitó el oficio de apóstol. Discurriendo por tierras remotísimas y gente inculta, hizo increíble fruto, así en fieles como en infieles. Dió milagrosamente salud á muchos enfermos, y á muchos libró del poder del demonio, de quien fué perseguido y maltratado visiblemente muchas veces, y salió siempre vencedor. Fué visto varias veces levantado en el aire, cercado de muchas luces y resplandores, enajenado de los sentidos, hombre de altísima oración, regalado de Dios y de la Virgen. Hacía cada día, unas veces cuatro, otras seis mil actos de amor y gracias á Dios. Veíase siempre cercado de una resplandeciente luz de la Santísima Trinidad. Hablaba con Dios, con la Virgen, con ángeles y santos, con la familiaridad que con su Padre espiritual. Hallóse varias veces presente en espíritu á las fiestas del cielo. Tuvo don de profecía, conoció los pensamientos humanos, supo el día y hora de su muerte, y sintióse después de ella en su celda, olor celestial que exhalaba su venerable cuerpo. Finalmente, con varias gracias y milagros, antes y después de su muerte, ha mostrado el Señor el grado de inefable gloria que goza su bendita alma en el cielo.

Con semejantes sujetos que envió el santo General al Perú, se hizo tanto provecho en los infieles y con algunos que allá se recibieron. Entre otros, es muy digno de memoria el apostólico

Padre Pedro de Añasco, natural de la ciudad de Lima, á quien estando gravemente enfermo, se le apareció la Reina de los ángeles con su preciosísimo Hijo en los brazos, certificándole de su salud y animándole á dejar el mundo y entrarse en la Compañía. En ella vió otras veces á la misma Señora, hermosísima y amorosísima para consigo, y experimentó extraordinarias mercedes y regalos suyos. Parecía un serafín en el fervor grande con que acudía á todos los ministerios de la Compañía, especialmente en el celo de las almas y en la perfección de todas las virtudes. Catequizó, predicó y confesó en nueve lenguas de indios á muchos millares de ellos, que de otra manera no tuvieran remedio alguno. Hizo artes, vocabularios, catecismos y oraciones en ellas. Era padre, madre, médico, enfermo y esclavo de todos, principalmente de los pobres; curaba á los más llagados, besaba con devoción sus llagas y chupaba la podre con gran victoria de sí mismo. Obró Dios nuestro Señor por él muchas maravillas. Llegábanse á él los tigres fieros como mansas ovejas. Visitando á los enfermos, de ordinario les daba entera salud. Murió como varón apostólico en la misión de Tucumán y Paraguay, habiéndole perficionado nuestro Señor con una larga enfermedad, que sufrió con singular paciencia, á 12 de Abril de 1605 años, á los cincuenta y cinco de su edad y treinta y tres de la Compañía, con prendas ciertas de eterna gloria.

## CAPÍTULO X

### Envía misioneros á las islas de Canarias.

Entre otras misiones de gran servicio de Dios, que ordenó el celoso cuidado del santo General, fué muy señalada la de las Canarias, por lo cual merece se haga aquí de ella particular memoria. Envió el santo varón á los Padres Diego López y Lorenzo Gómez, y á los Hermanos Luis Ruiz y Alonso Jiménez, á aquellas islas, en compañía de D. Bartolomé de Torres, Obispo de Canarias, varón muy docto y santo y perfecto, el cual, llegado á las islas con los cuatro Padres y Hermanos de la Compañía, y habiendo sido recibido como un ángel del cielo, no se puede fácilmente explicar las obras que en pocos meses que allí estuvo y vivió hizo, representando á su ganado uno de aquellos antiguos pastores y varones apostólicos de la primera Iglesia. Visitó á pie toda la isla de Canarias, sin fausto ni muchedumbre de

criados ni gasto y carga de los pueblos. Confesaba por su persona á los pobres, visitaba y curaba los enfermos, enterraba por sus manos á los difuntos, enseñaba la doctrina cristiana por las calles á los niños, andaba por los hospitales y servía á los dolientes en los más bajos y viles oficios, sacaba á los presos por deudas de la cárcel, hacía toda la limosna que podía, viviendo él y los suyos con mucha moderación y templanza. Y finalmente, resplandeciendo como un nuevo sol en una tierra obscura y tenebrosa, donde la gente había visto semejante luz y claridad. A todas estas obras le sirvieron los nuestros como compañeros y ministros, trabajando y padeciendo mucho, con grande alegría y gozo de su espíritu por ir en compañía de tan santo prelado y ver á los ojos reverdecer toda aquella tierra, que había estado tan inculta y tan llena de malezas y espinas, causadas de la ignorancia y de las torcidas costumbres de los vicios. Y demás del ejemplo de su santo Obispo y del respeto con que miraba y trataba á los de la Compañía, ayudó también mucho para que todo el pueblo se le tuviese, lo que nuestro Señor obró por el Padre Diego López, luego á los principios que llegaron, porque en el primer sermón que predicó la Pascua del Espíritu Santo del año de 1567, á los 18 de Mayo, en la iglesia de los Padres Agustinos, en la ciudad de Santa Cruz, de la isla de Tenerife, donde habían desembarcado el viernes antes, y yendo en el mayor fervor de su predicación, dijo, arrebatado de una fuerza superior, estas palabras: «Llorad y lloremos, no con lágrimas de los ojos, sino del corazón y con sangre, porque está oyéndome un hombre que ha diez años que está amancebado y hoy antes que coma bocado morirá sin confesión é irá á dar cuenta á Dios»: y luego prosiguió su sermón. Acabado el oficio, estando comiendo el Obispo y el prior del convento y el Padre Diego López, con sus compañeros, le preguntó el Obispo ¿cómo había dicho aquellas palabras? El Padre no sabía que las hubiese dicho y así claramente negó haberlas él dicho ni haberle pasado tal cosa por el pensamiento. Estando en este debate, si lo dijo ó no lo dijo, llamaron á gran priesa á la portería del convento, pidiendo confesor para una persona que allí frontero se estaba de repente muriendo. Levantóse con la misma priesa de la mesa el Padre Diego López sin tomar su manteo y halló á un hombre que había oído su sermón sentado en una silla á la cabecera de su mesa, descogiendo una servilleta para comer y trastornado á un lado de la silla, torcida

la cabeza, al cual le tenía una mujer, con quien había estado amancebado más de diez años, sobre el un brazo y con el otro le quitaba los botones del sayo y del jubón; pero hallóle ya sin sentido y muerto sin confesión ni señal alguna de arrepentimiento, entregando su alma al que por tantos años la poseía.

Otro caso semejante á este le sucedió después, porque habiendo el demonio á muchos enredado en la isla de Canarias con bandos y enemistades, tratando los unos y los otros de vengarse y acabar con sangre las injurias que les parecía haber recibido de sus contrarios, el Padre Diego López el Jueves Santo en la noche les hizo una plática, exhortándoles á pedir perdón unos á otros y á reconciliarse y tener paz por amor de aquel Señor que es nuestra paz y por dárnosla murió en la cruz. Todos se rindieron á sus palabras, si no fué uno que se salió de aquella junta, diciendo siempre que se había de vengar; al tiempo que se salía le asió el Padre Diego López por el pecho y le dijo: «Plegue á la sangre de Jesucristo y á su Pasión, que no se venguen los demonios de vos,» y con voz y semblante terrible añadió: «Míreme al rostro, ¿conóceme? pues no quiere perdonar, antes de doce días morirá de una muerte subitánea y sin confesión y se lo llevará el diablo». Esto dijo delante de todos los que allí estaban y con voz alta que todos la pudieron oír; al cabo de nueve días, estando aquel hombre desventurado muy cerca de la ciudad, arrancando un pasmito, se le cayó de las manos un azadón y él con él, y murió súbitamente sin confesión. Y como se supo su muerte y se vió el efecto tan claro y evidente de lo que el Padre le había dicho, tuviéronlo por profecía, y mirábanle como á hombre del cielo y en quien habitaba el espíritu del Señor.

Estos casos fueron de terror y espanto para castigo de los malos que se atreven á Dios. Pero otro caso sucedió de alegría y consuelo para toda aquella tierra; porque estando aquel año muy seca y muy falta de agua y perdida la esperanza de poder coger pan ni frutos de ella, sin haber ablandado el cielo con las muchas oraciones, Misas, procesiones, disciplinas y penitencias que para este efecto se habían hecho, el Padre Diego López tomó la mano y ordenó que se hiciese una doctrina solemne, en que iba el regente de la Audiencia real y los oidores y deán y gobernador en la procesión, con sus insignias en las manos, pidiendo misericordia del Señor; y aunque al principio el tiempo era sereno y el cielo de metal y el sol muy claro, fué Dios

servido que antes de llegar á la mitad del camino donde iban comenzó á llover con gran tranquilidad y sosiego, y llovió tres días, y se reparó el daño y se cogió mucho pan, vino y azúcar, que son los frutos de aquella tierra.

Como era tanta la opinión y estima del Padre Diego López, obraba nuestro Señor grandes mudanzas por medio de sus sermones en las almas de los que le oían. Señora hubo muy rica y principal, que solía gastar el tiempo y gran parte de su hacienda en componerse, afeitarse, engalanarse, provocando á las otras mujeres á hacer lo mismo con su ejemplo, y con sólo oir un sermón del Padre Diego López, antes de hablarle, mandó tomar el cofrecillo donde estaban los colores, salserillas, botecillos, espejos y olores y todos los otros aderezos é instrumentos de su vanidad y quemarlos en la calle; después se confesó generalmente con él, y vivió toda su vida con gran recogimiento, devoción y penitencia, moviendo con ello tanto á las otras señoras para que siguiesen y le abrazasen con la virtud, cuanto antes les procuraba hacer locas y vanas. No fué menos maravillosa la conversión de otro caballero, que era escándalo y tropiezo á todo el pueblo, y por su mal terminó, muy malquisto sobremanera. Este, oyendo un sermón del Padre Diego López, abrió los ojos del alma y se trocó y convirtió á Dios con notable mudanza, en la cual perseveró hasta la muerte, siendo ejemplo de virtud á los que antes había sido motivo de disolución y estragada vida. Dióse á visitar los hospitales y á servir y á socorrer á los pobres, y en este santo ejercicio gastó los catorce meses que después vivió. Bien podemos juntar con éste la conversión de un escribano, que causó no menor admiración, porque restituyó mucha hacienda y vendió luego el oficio, y se ocupó en los mismos oficios de misericordia y piedad. Con esta y otras semejantes conversiones de personas conocidamente estragadas y perdidas, se sirvió Dios nuestro Señor del Padre Diego López y de sus compañeros en las islas de Canarias, donde fueron tenidos por varones apostólicos y hombres enviados para salud y remedio de los moradores de ellas. Y esto en vida del Obispo Bartolomé de Torres y después de su muerte, porque como el Obispo estaba tan razonado y maduro, quiso nuestro Señor galardonarle y llevarle para sí el 1.º de Febrero del año 1568, á un año de su consagración y ocho meses y medio después que entró en las islas de Canarias, con gran sentimiento de aquella

gente, que á boca llena le llamaban santo. Después de su muerte los nuestros llevaron adelante con santo celo la labor que habían comenzado, predicando, confesando, enseñando la doctrina, ejercitándose en los otros ministerios de la Compañía, hasta el fin del mes de Enero del año de 1570, en que, habiendo recibido orden del beato Padre Francisco de Borja, determinaron volver los tres á España, porque el Padre Lorenzo Jaime, que era natural de Trigueros, en Andalucía, ya era muerto ético en la isla de Tenerife, donde fué enterrado con mucha solemnidad y gran contienda de algunos caballeros, que cada uno quería que se le enterrase en su capilla.

Mas el P. Diego López, temiendo que si se supiese en la ciudad de Canarias que trataba de volver á España, habría algún embarazo, por el grande amor que todo el pueblo le mostraba, deseó encubrir su intento con disimulación; mas no pudo, porque se vino á sospechar y entender su resolución, y el gobernador y los regidores, el provisor y todo el clero, el inquisidor y todo el pueblo hicieron lo posible para estorbarle la partida; hasta los niños y negros vinieron de noche cantando la doctrina á la puerta de la casa de los de la Compañía llorando, y con lastimosas voces clamando: «Padres nuestros, no se nos vayan»; y como todas estas diligencias no bastasen para que el P. Diego López mudase de parecer, porque la obediencia del santo General le apretaba y como á verdadero religioso le hacía mayor fuerza, la audiencia real mandó dar un pregón, que so pena de vida y perdimiento de bienes, ninguna persona de cualquiera calidad, fuese osada á sacar de la isla á los Padres de la Compañía de Jesús, á meterlos en batel ni en navío. El mismo mandato mandó publicar el inquisidor, so pena de excomunión mayor y otras penas pecuniarias. Y dieron orden para que el navío que estaba aprestado y los Padres se habían de embarcar en él se hiciese luego á la vela y se partiese para España, so pena que le hundirían, y así partió, y los Padres, forzados por no tener en qué pasar á España, se quedaron por entonces en las Canarias con gran contentamiento y regocijo de toda la ciudad; mas después, como el P. Diego López mostrase sentimiento de lo que con él se había hecho, hizo entender suavemente á las cabezas de aquella república, que él estaba determinado de no predicar ni confesar allí más, ni que los otros sus compañeros se ocupasen en los ministerios que antes solían, é hizo tanto, que le dieron licencia para

poderse embarcar en el primer navío que de Canarias viniese á España; fué nuestro Señor servido que dentro de mes y medio hubo una carabela que iba á Portugal, en la cual se embarcaron los dos Padres y el hermano, habiendo primero dado dos mil ducados que para su sustento les había dejado el obispo, para que se empleasen en comprar trigo para hacer un depósito para los pobres. Cuando se supo que se embarcaban, fueron á acompañarlos hasta el puerto, que está distante de la ciudad como una grande legua, más de cuatrocientas personas, hombres, mujeres y niños. Al tiempo de entrar en el batel, fué tanto el alarido y lágrimas, que quebraba el corazón, y muchos de todos estados hacían promesas y votos por que se quedasen. Oyó nuestro Señor los ruegos de aquella gente, porque embarcados los Padres, padecieron una grave tormenta y arribaron y tornaron á la isla y no pudieron encubrirse y fueron visitados de la audiencia, canónigos é inquisidor y superiores de las religiones de Santo Domingo y San Francisco, y los niños y negros en procesión entapizaron las calles por donde habían de pasar, y así se detuvieron otros seis ó siete meses, ocupándose en sus acostumbrados ministerios, con notable aprovechamiento de las almas, hasta que habiendo llegado á Canarias el P. Fray Juan de Azora, General que había sido de la Orden de San Jerónimo y electo obispo de Canarias, se entendió que no era tan necesaria su presencia, y con su bendición y beneplácito de los gobernadores de aquella isla se tornaron á embarcar en otra carabela, y en seis días pasaron á España con muy próspera navegación, dejando en Canarias muy viva la memoria de sus virtudes y piadosos trabajos.

## CAPÍTULO XI

### Envía á fundar la provincia de Méjico al Padre Pedro Sánchez.

IBA creciendo cada día la fama de los fructuosos trabajos que la Compañía hacía por diversas partes del mundo, principalmente en las Indias, y como sucedió también la entrada de los nuestros en el Perú, con tan gran provecho de las almas, deseó el católico rey Felipe II que se hiciese lo mismo en la Nueva España, y así, por instancia y mandato de su Majestad, partieron para la Nueva España catorce Padres y hermanos, que fueron los primeros de la Compañía que entraron en aquella provincia,

llevando por su Provincial al P. Dr. Pedro Sánchez, y con él fueron los PP. Diego López, Diego de Fonseca, Pedro Díaz Concha, Bazau, Camargo, y los hermanos Juan Sánchez, Mercado, Curiel, Matilla, Bartolomé Larios, Lope Navarro, Martín González. Los cuales, con los demás, he querido nombrar en esta historia para que quede memoria de los primeros de la Compañía que fueron á alumbrar con la luz del santo Evangelio las ánimas de los moradores de este nuevo mundo, que estaban cautivas bajo la tiranía de Satanás.

Llegados estos Padres y hermanos á la Nueva España, hicieron su asiento en la ciudad de Méjico, cabeza de aquel reino, y después se dilataron y extendieron en otras ciudades y provincias de él, con notable edificación y fruto de los naturales y españoles que en él residen, acrecentándose el número de los nuestros con los que cada año á él se le enviasen. Lo que la divina Bondad se ha servido del ministerio de los de la Compañía en las Indias Occidentales del Perú y de la Nueva España, ayudando á los otros religiosos en la conversión de los gentiles y en la institución de los ya convertidos, y en la reformación de las costumbres de los cristianos viejos, y en la enseñanza de la juventud y en todas las demás obras de caridad, quiero yo callar por ser tan notorio, y tanto que no cabe en breve narración, lo cual se podrá echar de ver por lo que hizo solo el venerable P. Pedro Sánchez, á quien escogió el bienaventurado Francisco de Borja para Superior de los demás, enviándole á aquel nuevo mundo para fundar la provincia de Méjico y extenderla en el estado que hoy tiene.

Cuando llegaron los Padres con próspera navegación al puerto de San Juan de Lúa, y de allí á Méjico, se aposentaron en un hospital de la ciudad y fueron recibidos como ángeles del Señor, de todos los estados, eclesiástico y seglar. El P. Pedro Sánchez, sabiendo la extrema necesidad que había en la Nueva España de la buena educación de la juventud, trató luego de asentar estudios y hacer colegios para que todo el mundo consiguiese lo que tanto deseaba y había menester, y Dios nuestro Señor lo asentó y puso de manera, que bien se vió ser obra de sus manos, porque en breve tiempo los mozos que andaban ociosos y distraídos se recogieron y ocuparon en ejercicios de letras y virtud. Y la Real Universidad de Méjico, que estaba caída, se reparó y floreció con muchos varones doctos y graves y graduados en todas

las facultades, y las iglesias y catedrales se poblaron de gente ejemplar, y las Religiones se vieron llenas de los discípulos de la Compañía, y toda la gente movida á frecuentar los santos sacramentos de la Confesión y Comunión, con tan gran reformación en las costumbres, que el virrey de la Nueva España, que á la sazón era D. Martín Enríquez, gran gobernador y varón prudentísimo, y D. Pedro Moya de Contreras, Arzobispo de Méjico, que murió después en Madrid, presidente en el Real Consejo de las Indias, llamaban al P. Pedro Sánchez, á boca llena, reparador de la Nueva España, y decían que públicamente, por decreto de todo el reino, se le había de poner una estatua de bronce en la plaza de Méjico.

Luego, en el tribunal de la santa Inquisición, le elogió por su Calificador, y el Arzobispo le pidió que le leyese el Catecismo á todo el clero, en su propia casa, y él lo hizo, asistiendo el mismo Arzobispo á la lección. Y porque entre los estudiantes que entonces acudieron á nuestros estudios, que fueron todos los de la ciudad de Méjico y Nueva España, concurrieron muchos de grandes habilidades y aplicados á la virtud, pero tan pobres y desamparados de remedio temporal, que no podían proseguir en el buen camino comenzado, el Padre Pedro Sánchez, los amparó y acomodó en los colegios que había fundado, sustentándolos de comida y vestido y lo demás necesario, con limosnas que para ello pedía y le daban con grande liberalidad. Fué muy provechoso este trabajo, porque estos pobres, en virtud y letras, hacían raya entre todos los demás, y acabaron felizmente sus estudios y se graduaron en Artes y Teología, y tuvieron muy honrados puestos en la Universidad y en las iglesias catedrales y en todas las religiones, que se llenaron de tan escogidos sujetos, llamando al Padre Pedro Sánchez, como á otro Abraham, padre de muchas gentes. Había mucho que decir en las virtudes de este siervo de Dios, porque toda su vida estuvo llena de ellas y obras heroicas, que por pedir historia más particular, no se ponen aquí todas.

Algunos años antes de su muerte pidió á Dios con grande instancia, que le diese trabajos y dolores en qué padecer y merecer más, y visitóle su divina Majestad con una enfermedad de agudísimos dolores y continuos, que llevó con singular valor, constancia y conformidad con la voluntad del Señor. Muchas veces decía que le convenían mucho, para su ejercicio y purificación y para poder decir á la hora de la muerte: «*Venit Prin-*

*ceps mundi huius et in me non habit quicquam.»* Y añadía que en aquellos postreros años le había enseñado Dios y hecho mayores mercedes que en los cincuenta años pasados, y en el último, más que en todos tres, en el cual, como la vela que se va acabando echa mayores llamaradas, con el ejemplo de sus virtudes resplandecía más. Lo que sentía en su enfermedad era que algunas veces le apretaba el mal con tanta vehemencia y tan fuertes dolores, que le impedían decir misa, y así rogó á nuestro Señor que le suspendiese los dolores hasta haberla dicho, y que después le enviase cuantos le fuese servido, y así se lo concedió, dándole él por ello muchas gracias. Aunque siempre hablaba de nuestro Señor con mucho fervor y aprovechamiento de los que le oían, pero en sus últimos días parece que se enfermó más, como quien estaba más cerca de su centro y con mayor ímpetu corría á él; y no es maravilla, porque no se le mitigaban los dolores cuando trataba de Dios, aunque le pesaba de esto porque no merecía tanto sin ellos.

Sintiéndose ya más cercano al fin de la jornada y temiendo las penas del purgatorio, que sabía ser gravísimas, y sin merecimientos, pidió á nuestro Señor con grande instancia en las misas, y rogó á otros que le ayudasen para ello, que las penas que había de padecer en el purgatorio se las conmutase en esta vida, y nuestro Señor se lo concedió, porque los dolores le apretaron con tanta fuerza y con una ardentísima y continua fiebre, que le derribaron en la cama sin poderse levantar, aun á las cosas necesarias, y con ser los dolores tan excesivos y tener grandes llagas en las partes delicadas y sensibles, no se le oyó un gemido, ni una voz alta, hasta que dió su espíritu al Señor el día del triunfo de la Cruz, que se celebra en España á los 16 de Julio del año de 1609. Fué muy llorada su muerte de todo el reino, y su cuerpo venerado como de santo, encomendándole en sus oraciones y procurando todos alguna reliquia suya, así llamaban cualquier cosa que le tocase, y guardándola como prenda de tan gran Padre de todos y siervo de Dios; y el Virrey guardó algunas con gran veneración; de tales personas como ésta se servía el santo General para extender el reino de Cristo.

## CAPÍTULO XII

**Entra en Polonia la Compañía, con consentimiento y patente del Rey.**

Antes de ser General el santo Padre Francisco, comenzó la Compañía á tener asiento en el reino de Polonia, por haberle fundado un colegio el Cardenal Varmiense en la ciudad de Bransberga, que es en la provincia de la Prusia. Mas aquel colegio hízole el Cardenal, como príncipe valeroso y de grande autoridad, sin patente del rey de Polonia, que á la sazón era Segismundo Augusto, el cual, por las muchas falsedades y mentiras que los herejes habían sembrado en su reino contra la Compañía, estaba mal informado de nuestro instituto y modo de proceder. Y aunque él era príncipe católico, como no sabía la verdad de las cosas que oía, estaba con recato y sobre aviso, hasta que Francisco Comendón, que á la sazón era Nuncio apostólico en aquel reino, y después por sus merecimientos fué Cardenal de la santa Iglesia de Roma, dió al Rey noticia de la Compañía, de su verdad, instituto y celo, y del provecho que con su vida y doctrina hacía en todas partes, y más en las contaminadas de herejía. Con esta información que le dió el Nuncio quedó el Rey muy satisfecho y aficionado á la Compañía, é inclinado á darle un cargo de un colegio universal que tenía en la ciudad de Wilna (que es cabeza del gran ducado de Lituania), para que la Compañía reparase los daños que en su reino iba haciendo la herejía. Habiendo determinado esto el Rey y la Santidad del Papa Pío IV, mandado que se aceptase aquel colegio, se revolvieron las cosas en Polonia, de manera que el Palatino de la misma ciudad de Wilna, que era príncipe poderoso y grande hereje arriano, se rebeló contra el Rey. Para castigarle fué menester tomar las armas y trocar los cuidados de la paz con los de la guerra, y dilatar para otro tiempo más quieto y oportuno lo del colegio de Wilna. En su lugar se hizo el colegio de Pultobia, que es en el mismo reino de Polonia, en la provincia de Moscobia, y el Rey dió licencia para ello y admitió en todo su reino y abrazó la Compañía, estando en las Cortes de él, con la patente que (para que esto mejor se entienda) me ha parecido poner aquí.

«SEGISMUNDO AUGUSTO

*por la gracia de Dios rey de Polonia, gran duque de Lituania, de Rusia, de Mazovia, de Samegicia, etc., señor y heredero.*

»A todas y cualquier personas á quien tocare y perteneciere, ó á cuya noticia estas nuestras letras vinieren, hacemos saber: que nos ha dado noticia el Reverendo en Cristo, Padre D. Andrés Noskouskis, Obispo de Plozia, que desea fundar un colegio de la Religión de la Compañía de Jesús en su villa de Pultobia, y suplicándonos que para esto le diésemos nuestro beneplácito y consentimiento, Nosotros, considerando que esta su voluntad y deseo será para mucho provecho de la santa Iglesia y de la república cristiana, y para defensa de la Religión católica, la cual en estos tiempos algunos hombres desvariados y furiosos procuran destruir y extinguir con todas sus fuerzas, y que la Santidad del Papa señor nuestro ha confirmado este instituto y dado su asenso, de muy buena voluntad concedemos la dicha licencia que se nos pide, y alabamos este cuidado piadoso y voluntad que tiene el Obispo de conservar y acrecentar la religión santa de nuestros padres y antepasados. Por tanto, suplicando á nuestro Señor que sea para su gloria y bien y felicidad de estos reinos: Por estas nuestras letras damos licencia al dicho Obispo de Plozia para que, libre y enteramente, pueda en la dicha villa de Pultobia fundar el dicho colegio de la Compañía de Jesús, de la mejor manera que le pareciere, y dotarle con las rentas y bienes que fueren menester para sustentar los religiosos que ya hay en él, ó para adelante hubiere y para hacer todo lo que juzgare que conviene, para llevar á cabo y perficionar esta obra tan loable y piadosa, de la cual esperamos tanta utilidad para la república cristiana. Y demás de esto, es nuestra voluntad que la dicha Religión de los Padres de la Compañía de Jesús, goce en nuestro reino de todas las libertades, inmunidades y privilegios, que son conformes á los estatutos de él y gozan todas las religiones de todas las naciones de la cristiandad. Y en nuestro nombre y de nuestros sucesores lo recibimos debajo de nuestro patrocinio y amparo. En testimonio de lo cual esta nuestra patente va sellada con nuestro sello. Dado en Petricobia, en

las cortes del reino á 13 de Marzo de 1565 y á los treinta y siete de nuestro reinado».

Con este beneplácito y favor del rey de Polonia se hizo el colegio en Pultobia el año 1565 y andando el tiempo también se hizo el de Wilna y el de Jaroslabia y el de Pomania, gobernando la Compañía el santo Padre Francisco, en cuyo tiempo estaban sujetos estos colegios al Provincial de la provincia de Austria, el cual á sus tiempos los visitaba, hasta que después por haberse multiplicado los colegios y casas de la Compañía en el reino de Polonia y haberse añadido á los que aquí he dicho los colegios de Polonia, de Riga, de Galisca, de Neblisia, de Lublin y las casas profesas y de probación de Cracovia (que es cabeza del reino), con algunas otras residencias, y por ser cosa muy trabajosa para el Provincial de Austria el gobernar y visitar estos colegios por ser las provincias tan grandes y tan distantes y de diferentes reyes, se ordenó que Polonia fuese provincia por sí, y tuviese su Provincial que la rigiese y administrase.

## CAPÍTULO XIII

### Algunos colegios que por este tiempo se fundaron.

Fuera del colegio de Pultobia en el mismo año que comenzó el bienaventurado Padre Francisco de Borja á ser Prepósito General (como acabamos de decir), acá en España se dió principio al colegio de Marchena, en la provincia de Andalucía, porque Doña María de Toledo, hija de D. Lorenzo Suárez de Figueroa, conde de Feria, y de Doña Catalina Fernández de Córdoba, marquesa de Priego y mujer de D. Luis de León, duque de Arcos, fué tan hija de su madre y tan hermana del Padre Antonio de Córdoba (que era de la Compañía) en todo género de piedad y particularmente en la devoción y afición de la misma Compañía, que se determinó fundar un colegio de ella en su villa de Marchena, vendiendo buena parte de sus joyas de gran precio, para ello, y dándole todo lo que le podía dar. Y esto con tanto fervor y celo del bien de sus vasallos y tanto favor y benevolencia de la Compañía, como si en ello le fuera la salvación. Tomóse la posesión del colegio á los 18 de Diciembre, día de la expectación del parto de Nuestra Señora, del año de 1565, aunque no se pobló hasta el de 1567, y fué el Padre Gaspar de Salazar el primer Rector del colegio de Marchena. Edificóse un suntuoso y hermoso tem-

plo y labróse una casa capaz, cómoda y de muy fuerte edificio. Y por esta y otras comodidades se han hecho allí algunas congregaciones provinciales de la provincia de Andalucía. Y especialmente por la devoción y liberalidad de D. Rodrigo Ponce de León y de Doña Teresa de Zúñiga, su mujer, duques de Arcos, los cuales siempre favorecieron y acrecentaron con sus limosnas aquel colegio, abrazando con su caridad ó protección toda la Compañía, mostrándose no menos cristianos y piadosos que grandes y poderosos señores.

El colegio de Toledo se convirtió en casa profesa, siendo el Padre Juan Valderrábano el primer Prepósito que había de ser Provincial en la provincia de Toledo, y después se hizo también colegio en la misma ciudad.

En la provincia de Castilla, de la misma manera, el año 1567 se pasó el colegio de la Compañía, que estaba en Valladolid, por orden del Padre San Francisco (dejando la casa é iglesia de San Antonio para casa profesa), á unas casas que se compraron junto á la puerta de San Esteban, y se llamó el colegio de San Ambrosio, ayudando para la dotación de él Doña Mayor de Vivero. Y después que se hizo este apartamiento y hubo en Valladolid casa y colegio de la Compañía, ha sido más fácil el acudir á las necesidades espirituales y á las letras de aquella nobilísima ciudad y universidad; y con el favor de nuestro Señor se ha seguido aún más copioso fruto que antes de los trabajos y ministerios de los de la Compañía.

En la provincia de Toledo, el año 1568, aceptó el Santo Padre Francisco el colegio de Caravaca, el cual fundó Miguel de Reino, natural de dicha villa, hombre rico y celoso é inclinado á todas las obras de piedad. Y fué tan grande su devoción para con la Compañía y el deseo que tuvo que aquel colegio se acrecentase, que dejó ordenado que si en el suceso de tiempo se hallase alguno que diese más hacienda al colegio de Caravaca, que él le había dejado, aquel tal fuese fundador y gozase de los privilegios y gracias de que gozan los otros fundadores de la Compañía, porque él de buena gana le daba su lugar.

En la misma provincia, el año siguiente de 1569, se aceptó el colegio de Segura de la Sierra, que Cristóbal Rodríguez de Moya, y Catalina Díaz y Francisca de Avilés, hijas suyas, con gran liberalidad fundaron, haciéndole donación de su mucha hacienda por la devoción grande que tenían á la Compañía y deseo

que los de ella sembrasen la palabra de Dios por toda aquella tierra, tan necesitada de doctrina, y con sus ministerios se aprovechasen las almas.

En Francia se hizo el colegio de Aviñón, que es ciudad de la Sede Apostólica en aquel reino, y el año de 1565 se envió gente al colegio de Berduán, que fundó el Obispo de aquella ciudad, monje de San Benito. Y al de Ciamberí, que es la cabeza del ducado de Saboya; aunque estos dos colegios habían sido aceptados viviendo el Padre Laínez.

En la provincia de Austria se comenzó el colegio de Olmuz, en Moravia, por el doctor Gudielmo, obispo de aquella ciudad.

En la provincia que llamamos del Rheno, en la ciudad de Herbípoli, el año 1567, Federico Hubisperge, obispo de aquella ciudad, fundó el colegio de la Compañía, dándole para su habitación y morada un monasterio de Santa Inés, que había sido de monjas de Santa Clara, y á la sazón estaba desamparado y arruinado, como lo estaban muchos otros de todas las religiones, en Alemania. Que este es el fruto de las herejías que la han contaminado y destruído.

En la provincia de Alemania la baja, fundó el colegio de Duay el abad de Arquicincto, Juanes de Lentailleur, varón de gran religión y muy celoso de nuestra santa fe católica.

En la provincia de Suavia, que es la que llamamos de Alemania la alta, se fundó el año 1569 el colegio de Hala, en el condado de Tirol; fundáronle las serenísimas infantas Doña Magdalena y Doña Elena de Austria, hijas del emperador D. Fernando, las cuales escogieron el estado glorioso de virginidad y vivieron en aquel pueblo, con grande recogimiento y ejemplo de toda virtud, y con tanta devoción á la Compañía, que con pocas palabras no se puede explicar.

En la provincia de Lombardía, por satisfacer á la voluntad del duque de Saboya y á la devoción de una persona rica y sin hijos, se aceptó el colegio de la ciudad de Turín, que es cabeza del Estado del Piamonte. Aceptóse el mismo año de 1565, en que fué electo por General el santo Padre Francisco, aunque no se envió la gente hasta el año 1567.

En la misma provincia de Lombardía comenzó la Compañía á tener colegio en la ciudad de Bresa, que está sujeta á la república de Venecia, y por haber sido cosa particular la manera con que se hizo este colegio, la quiero aquí contar. Estaba en la ciu-

dad de Bresa un hombre noble, clérigo y natural de la misma ciudad, el cual mucho tiempo y en muchos lugares había tratado con la Compañía y aun deseado y pretendido de ser de ella y por su poca salud no había podido salir con su intento. Este comenzó á ejercitar los ministerios de la Compañía, confesando, exhortando y haciendo obras de piedad. Y como era tenido por hombre ejemplar y prudente, llevó tras sí los ojos de muchos, así clérigos como seglares, mozos y de edad madura, letrados y sin letras. De éstos más de treinta le siguieron y se pusieron en sus manos y vivían debajo de su obediencia; reverenciándole como á su cabeza y Padre espiritual. En suma, hicieron una manera de junta ó congregación, no religiosa ni con obligación de votos, sino de personas que voluntariamente y por el tiempo que les daba gusto se ejercitaban á una en las obras de caridad. Confesaban y predicaban en los templos que tenían y les había dado la ciudad. El uno de San Antonio, y otro se llamaba Galera. Daban buen ejemplo y hacían mucho fruto en la gente que los trataba. Estando las cosas en este estado, pareció al Superior de ellos y á algunos de los más principales que aquella obra no podía durar mucho porque no tenía fundamento, y para que lo tuviese y ellos pudiesen más aprovechar á sí y á otros, les convenía hacerse religiosos y dar obediencia á la Compañía. El P. San Francisco los aceptó y alabó al Señor, que había traido tantos y tan buenos sujetos juntos á su rebaño, de cuya entrada hubo entonces grande admiración y edificación y no ha sido menor el fruto que después, con el favor del Señor, se ha seguido de ella en toda la ciudad. En esta misma provincia de Lombardía, el año de 1569, se aceptó á la casa de probación en Novalara, la cual fundaron los condes de aquel Estado, movidos de la devoción que tenían con la Compañía y del fruto maravilloso que con los trabajos y ministerios de los hijos de ella se cogía en todas partes.

## CAPÍTULO XIV

### Matan los herejes á treinta y nueve de la Compañía que envió al Brasil el santo General.

No solamente quería Dios nuestro Señor acrecentar la Compañía que tenemos en la tierra, con multiplicarle colegios y fundarle nuevas casas en diversas provincias (como habemos

visto), sino mucho más la regalaba y favorecía con poblar el cielo de los hijos de ella y con enriquecer y aumentar la Compañía de los que ya gozaban del premio de sus victorias, dando á sus hermanos nuevas victorias y coronas, como lo hizo el año 1570 con un suceso notable que quiero acordar aquí, como lo han hecho todos los historiadores de la vida del beato Padre Francisco de Borja: yo lo referiré con más brevedad por haberle escrito en otra parte más copiosamente. Porque no es justo que pasemos con tal silencio un beneficio inimitable que la Compañía recibió de la mano del Señor por medio de ciertos herejes franceses, los cuales mataron, en odio á nuestra santa fe católica, cincuenta y uno de sus hijos, siendo Prepósito general el Padre San Francisco. Porque uno de los mayores frutos que la Compañía ha sacado del trabajo é industria de los nuestros (que andan entre los gentiles y herejes alumbrándolos y convirtiéndolos á nuestra santa fe), ha sido el haber derramado muchos de ellos su sangre por la misma fe que predican y confirmando la verdad de su doctrina con la muerte: lo cual ha sido en muchas partes y muchas veces en diferentes tiempos, entre las cuales, fué una la que aquí diré.

Envió el santo Padre Francisco al Padre Ignacio de Acebedo, portugués, de la ciudad del Puerto (varón no menos ilustre en santidad que en sangre), á la provincia del Brasil, con una lucidísima escuadra de soldados de Cristo, que extendiesen el Evangelio por aquellas dilatadas tierras; la cual constaba de sesenta y nueve de la Compañía, conforme á la orden que se le había dado. Repartidos en tres naves, en la una, llamada *Santiago*, tomó consigo cuarenta y cuatro y en otra iban otros y por superior de ellos el Padre Pedro Díaz: á los 5 de Junio, con don Luis de Vasconcelos, caballero cristiano y valeroso, que con las tres naves y otras cuatro iba por gobernador del Brasil y muy contento por llevar en su compañía tantos y tan observantes religiosos. Los cuales en su navegación iban con tanto concierto como si cada una de las naves fuera un colegio de la Compañía. Tenían sus horas señaladas de oración, examen de conciencia, lección á la mesa, cantaban cada día las letanías y *Salve Regina* á Nuestra Señora. Enseñaban á los marineros, soldados y pasajeros la doctrina cristiana, y les predicaban y leían vidas de santos y les daban rosarios, imágenes, cuentas benditas de perdones, libros devotos y provechosos, por otros no tales, que con

blandura y buenas palabras les quitaban. Con este orden y concierto llegaron todas las naves á la isla de Madera, de donde fué necesario que la nave *Santiago* en que iba el Padre Ignacio Acebedo, con sus compañeros, se apartase de las demás y fuese sola á la isla de Palma, que es una de las Canarias. Habiendo de partir llamó el Padre Ignacio á todos sus compañeros y díjoles que creía que en aquella navegación no faltarían corsarios herejes que los viniesen á buscar, y por todo lo que podía suceder convenía que fuesen muy apercibidos y resueltos á morir por Cristo. Y si por ventura había alguno entre ellos que no se sintiese con este ánimo y esfuerzo, y desease quedarse con las otras naves, que él gustaría mucho de ello. Entre todos los cuarenta y cuatro que él llevaba solamente hubo cuatro (que eran novicios y después salieron de la Compañía), los cuales mostraron flaqueza y claramente dijeron que como hombres temían aquel peligro que el Padre les ponía delante, y le rogaron que los dejase en la isla de Madera, y así quedaron. Los demás se ofrecieron á cualquier trabajo y peligro y siguieron á su provincial, y ello y los demás que iban en la nave, por aviso del Padre, se confesaron antes de salir del puerto y recibieron el cuerpo de nuestro Señor, la víspera de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y el Padre les repartió algunos *Agnus Dei* y cosas santas que traía de Roma, aparejándose todos para cualquier peligro de muerte.

Partieron los de la Compañía muy gozosos con las prendas que tenían en su corazón, de la merced que el Señor les quería hacer, y á uno le reveló claramente la corona del martirio que le aguardaba. Sus pláticas familiares eran del martirio y hablando entre sí decía: «¡Oh, si Dios nuestro Señor fuese servido que encontrásemos por este mar con quien, por causa de la fe católica nos quitase las vidas! ¡Qué dichosa suerte y qué alegre día sería para nosotros! ¡De cuántos y cuán crueles enemigos nos libraríamos!» Pero señaladamente el Padre Ignacio de Acebedo, desde que partió de la isla de Madera, le oían los Hermanos dar unos suspiros muy encendidos, repitiendo muchas veces: «¡Oh, si Dios nos hiciese, Hermanos, tan señalada merced que muriésemos por su amor!» Cumplióle el Señor su santo deseo, porque cayendo en poder de herejes, que con gran odio de la religión católica les mataron, como ya lo esperaba el siervo de Dios por inspiración divina, porque andando todos muy encendidos en

deseos del martirio, ya que estaban muy cerca del puerto de la Palma, vieron venir sobre sí cinco velas francesas, en las cuales venía Jaques Soria, famoso corsario y criado de la que se decía reina de Navarra, el cual con su señora hacían profesión de herejes y capital enemigo de católicos. Venía en un galeón grande y poderoso, con mucha artillería y gente. El Padre Ignacio, como vió el peligro, conoció que esto era lo que le decía antes su corazón y lo que el Señor daba á entender. Después de haber animado la gente que venía en la nave á pelear y morir por la fe, mostrándoles que no podían dejar de tener victoria, ó venciendo á los enemigos ó muriendo á manos de los herejes por Jesucristo, sacó el retrato que traía de Roma de la imagen de nuestra Señora, que pintó San Lucas, y volvióse á sus Hermanos, que estaban cantando la letanía, pidiendo con vivas lágrimas misericordia y perdón de sus pecados á Dios, y con alegre rostro y pecho esforzado les dijo: «Ea, carísimos Hermanos, el corazón me da que hoy en este día, así como estamos, habemos de ir todos á poblar el cielo con Jesucristo nuestro Redentor, y con la gloriosa Virgen María su Madre y toda aquella bienaventurada compañía. ¿No veis cuán mejorados seremos, pues en lugar del Brasil tomaremos puerto en el cielo? Pongámonos en oración, Hermanos, y hagamos cuenta que esta es la última hora que Dios nos da para merecer y para aparejarnos á morir por su amor.» Levantaron todos las manos y los ojos llenos de lágrimas al cielo, diciendo en voz alta: «Hágase así, Señor; cúmplase en nosotros vuestra santa voluntad, que aquí estamos todos aparejados á dar la sangre por vos.» Llegaron los herejes y aferraron con la nave *Santiago*, y aunque con alguna resistencia y muerte de los suyos, la entraron y rindieron. Como Jaques Soria supo que había en ella Padres de la Compañía de Jesús, mandó que los matasen á todos sin quedar ninguno, diciendo á grandes voces: *Mueran, mueran los papistas que van á sembrar falsa doctrina al Brasil.* Después de rendida la nao, llegándose el mismo Jaques á ella desde su galeón, dijo: *Echad á la mar esos perros jesuítas, papistas y enemigos nuestros.* Al mismo punto que oyeron este mandato de su capitán, arremetieron sus soldados (herejes calvinistas como él) á los nuestros, desnudándoles sus pobres sotanas y dándoles muchas heridas, especialmente á los que eran sacerdotes y tenían corona abierta en la cabeza, y cortándoles á algunos los brazos,

los echaron al mar. Pero porque el bendito Padre Ignacio de Acebedo, como valeroso soldado de Cristo y Padre y capitán de los demás, los estaba animando con la imagen de nuestra Señora en las manos, y les decía: «Muramos, Hermanos, alegremente por amor de Dios y por la confesión que estos sus enemigos impugnan», uno de los herejes descargó sobre su sagrada cabeza una tan fiera cuchillada, que se la abrió hasta los sesos, y el animoso Padre, sin retirarse ni moverse de su lugar, le esperó, y allí le diron tres lanzadas conque cayó, diciendo en altas voces: «Séanme los hombres y los ángeles testigos, que muero por defender la santa Iglesia romana, y todo lo que ella confiesa y enseña.» Y vuelto á sus compañeros y abrazándolos con una singular caridad y alegría les decía: «Hijos de mi alma, no tengáis miedo á la muerte; agradeced la misericordia que Dios os hace en daros fortaleza para morir por El. Y pues tenemos tan fiel testigo y tan liberal remunerador, no seamos pusilánimes ni flacos para pelear por el Señor.» Dichas estas palabras expiró. Quisieron los herejes sacarle de las manos la imagen que tenía de nuestra Señora, mas nunca pudieron. Al Hermano Benito de Castro, que estaba con un devoto Crucifijo, y mostrándolo decía: «Yo soy católico é hijo de la Iglesia romana», le atravesaron con tres balas de arcabuz, y viendo que todavía estaba en pie y perseveraba en su confesión, le dieron muchas estocadas, y antes que expirase le echaron al mar. A otro Hermano, que se llamaba Manuel Alvarez, el cual, encendido en vivas llamas de amor de Dios, deseaba morir por El, y reprendía á los herejes su ceguedad, le hirieron el rostro, y tendiéndole en tierra le quebrantaron las piernas y los brazos, moliéndole los huesos, y para que penase más no le quisieron luego acabar de matar, y él, volviendo los ojos serenos á sus Hermanos, les dijo: «Tenedme, Hermanos, envidia y no lástima, que yo confieso que nunca merecí de Dios tanto bien como me hace en estos tormentos y muerte; quince años ha que estoy en la Compañía, más de diez que pido esta jornada del Brasil y me aparejo para ella, y con sola esta dichosa muerte me tengo por muy bien pagado de Dios y de la Compañía por todos mis servicios.» Y estando ya boqueando le echaron al mar. Y porque hallaron á dos Hermanos haciendo oración de rodillas delante de las imágenes que ellos tanto aborrecen, con un diabólico furor y rabia arremetieron á ellos, y con los pomos

de las espadas quebraron los cascos á uno de ellos, que se llamaba Blas Ribero, el cual, faltados los sesos, cayó luego muerto, y al otro Hermano, que se decía Pedro de Fonseca, le dió un hereje con la daga tal puñalada por la boca, que le cortó la lengua y le derribó una quijada. Y al Padre Diego de Andrada (que muerto el Padre Acebedo era el principal y cabeza de los demás), porque vieron que era sacerdote y que había confesado algunos de sus compañeros, y que les exhortaba y decía: «Hermanos, aparejad vuestras almas, que muy cerca está vuestra redención», dándole muchas puñaladas, medio vivo le lanzaron al mar. Cuando esto pasaba estaban enfermos en sus camas dos Hermanos, cuyos nombres eran Gregorio Escribano y Alvaro Méndez, y aunque pudieran disimular y echarse quedos, no obstante, con el deseo que tenían de morir por Cristo, se levantaron, y echadas sus sotanas sobre las camisas, así, descalzos y medio desnudos, se pusieron entre sus Hermanos, por no perder tan buena ocasión, y así murieron con ellos. Habían llevado los herejes como á otro Hermano, llamado Simón de Acosta, al galeón de Jaques, entendiendo que era hijo de algún caballero ó persona principal, porque en el gesto lo parecía, y era mozo de diez y ocho años, muy bien dispuesto. Llamóle aparte Jaques, y preguntóle si él era también de los Padres jesuítas, y aunque negándolo pudiera escapar con la vida, no quiso contestar sino que lo era, y compañero en la Religión y Hermano de aquellos que morían por la fe católica, apostólica y romana, lo cual indignó tanto á Jaques, que le hizo luego degollar y arrojar al mar, y poco antes había entrado en la Compañía. Estaba la nao tan maltratada de la artillería, que temían se fuese á fondo, por la mucha agua que hacía. Para desaguarla juntaron los herejes á los Hermanos que habían quedado y, dándoles muchos bofetones y pescozones, los echaron á la bomba. No duró mucho este trabajo, porque el corsario Jaques, como supo que estaban vivos, envió á decir desde su galeón: «Mueran los papistas, que van á sembrar falsas doctrinas al Brasil»; y llegando él mismo con su navío más cerca, dijo: «Echad á la mar esos perros jesuítas.» Al mismo tiempo que oyeron esto sus soldados y herejes calvinistas, arremetieron á los nuestros, y desnudándolos de sus pobres sotanas, á unos daban de cuchilladas, á otros de estocadas, á otros de puñaladas, y de esta manera los arrojaron todos al mar, y con ellos el cuerpo del ben-

dito Padre Ignacio, que hasta entonces estuvo tendido en el navío. Fué cosa maravillosa, que vieron todos los marineros, ir aquel santo cuerpo sobre el agua, tendidos los brazos en forma de cruz, el tiempo que con su vista pudieron alcanzar á divisarle, y no era mucho que quien en el discurso de su vida la había tenido siempre conforme á la misma cruz, quedase después de muerto hermoseado su cuerpo con esta figura. De todos los cuarenta compañeros que habían entrado en la nao *Santiago* con el Padre Ignacio Acebedo no quedaba más que solo uno, que se decía Juan Sánchez, al cual dejaron los herejes vivo porque, sabiendo que servía de cocinero á los demás, le guardaron para servirse de él en la cocina, y estuvo con ellos hasta que volvieron á Francia, de donde nuestro Señor le libró para que fuese testigo de vista y contase lo que de la muerte de sus compañeros queda referido; y aunque no fué él solo, sino otros también que se hallaron presentes y después dieron relación de todo lo que había pasado.

Pero para que el número fuese justo y hubiese cuarenta coronas de la Compañía que habían entrado en aquella nave con deseo de morir por Cristo, en lugar de este hermano Juan Sánchez que se escapó, dió el Señor otro que se llamaba San Juan, que era mancebo virtuoso y honrado, sobrino del capitan de la misma nave, el cual comenzó á aficionarse tanto á los hermanos de la Compañía que pidió ser recibido en ella. Y aunque el Padre Ignacio no le recibió, él no se apartaba de su lado ni dejaba de hacer la oración y penitencia que veía hacer á los Hermanos, y se tenía por uno de ellos y como si lo fuese se trataba. Al tiempo que los herejes apartaban á los de la Compañía de los seglares para matarlos y echarlos al mar, conforme al mandato del corsario, él se pasó á su banda y sin hablar palabra se dejó llevar á la muerte para entrar por medio de ella en la Compañía de los bienaventurados del cielo; de manera que si contaban este San Juan por de la Compañía fueron cuarenta los que murieron de ella á los 15 días del mes de Abril del año 1570, cuyos nombres no es razón que callemos, pues están escritos en el libro de la vida, y fueron los siguientes: El Padre Provincial Ignacio de Acebedo, Padre Diego Andrada, Antonio Suárez, Benito de Castro, Juan Fernández de Lisboa, Francisco Alvarez Cobillo, Domingo Hernández, Manuel Alvarez, Juan de Mayorga, aragonés, Alonso de Baena, del reino de Toledo, Gonzalo Enríquez, diácono, Juan

Fernández de Braga, Alejo Delgado, Luis Correa de Evora, Manuel Rodríguez de Valconete, Simón López, Manuel Hernández, Álvaro Méndez, Pedro Muñoz, Francisco Magallanes, Nicolás Diney de Berganza, Gaspar Alvarez, Blas Ribero de Braga, Antonio Hernández de Montemayor, Manuel Pacheco, Pedro de Fontaura, Simón de Acosta, Andrés González de Viana, Amaro Vaz, Diego Pérez, Juan de Baeza, Márcos Caldera, Antonio Correa del Puerto, Hernán Sánchez, de la provincia de Castilla, Gregorio Escribano, de Logroño, Francisco Pérez de Godoy, de, Torrijos, Juan de Zafra, de Toledo, Juan de San Martín, de junto á Illescas, y Estéban Zuraine, vizcaino. Cuando este hermano salió de Plasencia para esta jornada dijo al Padre José de Acosta, que era su confesor, que iba muy contento al Brasil porque estaba cierto que había de morir mártir. Y preguntado cómo lo sabía contestó que era muy cierto porque así se lo había revelado Dios.

El mismo día que sucedió el martirio de estos santos religiosos, se le reveló nuestro Señor á su gran sierva Santa Teresa de Jesús, á la cual mostró el triunfo con que entraban en el cielo aquellas santas ánimas. Vió á todos muy gloriosos y adornados con coronas y hermosísimas aureolas de mártires de Cristo, para reinar con él por toda la eternidad, pues compadecieron con él, como habla el apóstol. Conoció en aquella gloriosa procesión á un pariente de la misma Santa Madre, que fué uno de los que murieron en manos de los herejes. Quedó muy consolada y regalada de Dios Santa Teresa con este favor, pero no fué esta sola revelación la que hubo de la gloria de estos dichosos Padres, porque á otras personas santas se la manifestó nuestro Señor.

## CAPÍTULO XV

### Martirio del Padre Pedro Díaz y otros once de la Compañía.

PARA cumplimiento de esta historia añadiré lo que otros escritores de la vida del siervo de Dios, Francisco de Borja, también añaden, y es, que en otro navío tuvieron otros doce de la Compañía semejante dicha; porque algunos religiosos de los que llevaba el Padre Acebedo al Brasil se quedaron con el Padre Pedro Díaz en la isla de la Madera, y no son menos dignos de memoria que los pasados, pues los trabajos que padecieron por Cristo no fueron menores. Pasaron grandes

tempestades que les derrotaron por diferentes puertos en las islas de Barlovento, Santo Domingo y Cuba. Llegó la nave del Padre Pedro Díaz á la isla de Cuba, toda destrozada hasta el puerto de Santiago, que sin tener otra nave la hubieron de dejar; tan perdida estaba. Y así fueron los religiosos á pie y descalzos y en tiempo de grandes lluvias por pantanos y sin hallar que comer, hasta que después de tres días toparon en otro puerto una embarcación descubierta toda al cielo, que no tenían donde defenderse, ni de las aguas, ni de los vientos. Y así, no sólo su corto matalotaje, sino los mismos vestidos que traían puestos se les pudrieron. Con este trabajo llegaron á la Habana, habiendo andado con el trabajo que hemos dicho sesenta y cuatro leguas. De esta manera ejercitaba el Señor á sus siervos y les disponía para la corona del martirio, y ellos tenían tan grande caridad, que nada les parecía mucho padeciéndolo por Dios. De la Habana tornaron á las Terceras, adonde hallaron á D. Luis de Vasconcelos y el Padre Francisco de Castro, con otros cinco compañeros; allí se recogieron catorce de la Compañía con el Padre Pedro Díaz en la nave capitana del gobernador D. Luis de Vasconcelos, el cual fué forzado á dejar las otras naves que llevaba por la mucha gente que se le había ido y muerto, y con la que le había quedado armar bien una sola nave, y con ella se partió á los 6 de Septiembre del año 1571 de la isla Tercera para el Brasil. Habiendo navegado con prósperos vientos ocho días, descubrieron á deshora cinco naves de alto bordo, cuatro de francesas (de las cuales venía por capitan Juan Cadavillo, francés, tan grande hereje y tan cruel enemigo de los católicos como Jaques Soria) y una de ingleses, y todas de corsarios, herejes y enemigos capitales de nuestra santa religión. Muerto el capitán, rindieron los enemigos la nave y se apoderaron de ella y entraron con gran furia en un aposentillo, donde el Padre Castro oía á la sazón de penitencia al maestro de la nave, que estaba herido y para expirar. En viéndole, conocieron que era sacerdote católico y que administraba el sacramento de la confesión, que ellos tanto aborrecen, y con grande rabia dieron en él y con muchas estocadas y heridas le acabaron. Lo mismo hicieron al Padre Pedro Díaz, que también había estado hasta aquella hora confesando y había acudido donde estaba el Padre Castro, y al hermano Gaspar Goes, que por ser mozo de tierna edad le había mandado el Padre que no se apartase de su lado. Los otros once

que quedaban vivos se juntaron á consolarse y esforzarse unos á otros para morir constante y alegremente por la fe católica. A todos así como estaban, después de haberlos todo aquel día ultrajado, dándoles de bofetones, maltratado con mil ensayes y escarnios, les ataron los herejes las manos atrás y los cerraron en un aposento y les pusieron sus guardas. Mas porque el Hermano Miguel Aragonés, al tiempo que le ataron las manos, dió un gemido del dolor que sintió (por estar malamente herido en un brazo) echaron mano de él y de otro Hermano que estaba á su lado, llamado Francisco Paulo, y dieron con ellos en las ondas del mar, donde constantemente acabaron. Los demás estuvieron aquella noche atados, oyendo grandes baldones é injurias contra sí y horribles y espantosas blasfemias contra Dios nuestro Señor y contra su Iglesia, que aquellas furias infernales vomitaban, Venido el día, la primera acción que hicieron los herejes fué condenar á muerte á todos los jesuítas, sus grandes enemigos, que así llaman y por tales tienen á los de la Compañía. Al principio determinaron de colgarlos á todos de una entena, pero después, entendiendo que podrían sacarles grandes riquezas de oro y plata (que ellos pensaban que llevaban de Portugal, para fundar y arreglar las iglesias en el Brasil), se detuvieron hasta que se desengañaron. Con las espadas desenvainadas les amenazaban y decían: «Malditos papistas, aquí habéis de perecer todos.» Ninguna humanidad usaron con ellos, y dejándoles en ayunas aquella noche y día.

Mandó el capitán Cadavillo, que dejando en aquella nave dos, que eran el hermano Diego Caraballo y el hermano Pedro Díaz, del mismo nombre que el Padre que había ya muerto, los cuales también mataron después, los demás llevasen á su navío. Aquí empezaron de nuevo los malos tratamientos é injurias; llamábanles perros, ladrones, embusteros y engañadores. Decían los herejes: «Por estos jesuítas queda que no haya paz en el mundo y florezca en todo él nuestra religión. Ellos contaminan á Alemania, Francia, Brasil y á todo el mundo con su doctrina falsa.» Los siervos de Dios á todas estas palabras generales é injurias propias callaban con gran paciencia, como reses que llevaban al matadero. Pero precediendo las sacrílegas bocas de los herejes á decir mal del Sumo Pontífice y muchas blasfemias contra los santos y contra los sacramentos de la Iglesia, principalmente de la Eucaristía, les resistían, respondiéndoles con gran valor. Los

herejes no lo pudieron sufrir, cargaron sobre ellos muchos bofetones, puñadas y golpes, principalmente sobre los que tenían corona abierta, en las cuales les daban como en yunque de herrero. Al hermano Pedro Fernández, que era novicio, pero de gran fervor, le quitaron la sotana al entrar en el navío y se quedó en calzas y en jubón, el cual temiendo que le tuviesen los demás por seglar y así careciese de la palma del martirio, procuró con la modestia que siempre guardaba dar á entender que no le faltaba hábito de la Compañía, y así, andando sus ojos bajos é inclinada la cabeza con gran compostura, no se apartaba un punto de los demás. Enfadados los herejes de su rara modestia, le tomaron y por fuerza le alzaban la cabeza, dándole muchas bofetadas y forzándole á que abriese los ojos. Pusiéronle también dos palos debajo de la barba para que tuviese levantado el rostro. Decíanle: «Perro, levanta la cabeza y extiende la frente», con otras muchas injurias. El lo llevaba todo con tanta serenidad y gusto como si estuviera en las mayores fiestas del mundo, que á los mismos herejes admiraba. Alzó algunas veces los ojos, pero al cielo solamente, dando muchas gracias á Dios por haberle hecho digno de padecer contumelias por su nombre. Decía con gran ternura y afecto: «Señor, ¿qué merecimiento hay en mí para que padezca por ti?» Al fin se cansaron los tiranos de maltratar á los siervos de Dios, no ellos de sufrir, antes se animaban con mayor fervor unos á otros. Esmerábase entre todos este bendito hermano Pedro Fernández, animando á los demás con su alegre rostro, raro ejemplo y fervorosas palabras, diciendo que no podían esperar en el mundo mayor bien, ni más digno de un cristiano. Allegaron algunos á disputar con los siervos de Dios, proponiéndoles varias cuestiones, á que ellos respondían mejor que quisieren los herejes. Uno entre ellos les dijo: «¿No veis, papistas, cómo estáis cautivos y en nuestra mano y potestad? ¿Para qué rogáis á los santos y á la Virgen, pues no os libran de nuestras manos?» A esto respondieron los santos confesores de Cristo: «Si nos conviniera vivir más, la Virgen y los santos nos libraran de la muerte y de vuestras manos. Pero porque nos está mucho mejor morir por la fe verdadera, por eso es gran merced que no nos libren, sino que muramos todos.»

Pareció á los infieles blasfemia esta divina filosofía de los siervos de Dios, y empezáronles á escupir y echar en sus modestísimos rostros asquerosos flemones envueltos en mil baldo-

nes é injurias. Uno de aquellos herejes dijo al hermano Alonso Fernández, que había hablado con más libertad: «Por esta respuesta solamente has de morir, maldito.» El santo confesor respondió en nombre de todos, como superior, á quien los demás habían elegido por tal después de muertos los otros dos Padres, y dijo: «No solamente yo, pero todos mis compañeros, estamos muy determinados á morir cuando Dios fuere servido.» «Pues esperad poco—dijo el hereje,—perros infames; yo os quebraré la cabeza y arrojaré en el mar.» Fuéronse á cenar los herejes, y entre tanto dieron con mucho más afecto gracias al Señor, sus siervos, por lo que padecían por él y á la corona del martirio que ya esperaban por momentos.

El entretenimiento que tuvieron los herejes después de cenar, fué coger aquellas víctimas consagradas para el cielo y echarlas, no en el fuego, sino en la mar, cuyas muchas aguas no pudieron extinguir las llamas de su caridad, en las cuales lucieron holocausto de sí á su Dios y Señor. El fervoroso hermano Pedro Fernández y hermano Juan Alvarez luego se hundieron por no saber nadar; los otros cinco se juntaron y exhortaron unos á otros á morir por Jesucristo, hasta que acabándoseles las fuerzas y el aliento los tres de ellos, diciendo: *Tibi soli peccabi*, é invocando el nombre de Jesús, por cuyo amor morían, se hundieron sus cuerpos debajo de las aguas, pero sus almas volaron sobre los cielos. De los otros dos, el uno, que se llamaba Diego Hernández, nadó tanto, que llegó á uno de los bajeles franceses más pequeño, que iba algo zorrero, donde fué acogido y amparado por voluntad del Señor. El otro, que se llamaba Sebastián López, quedó en el mar de noche y muy obscura y cayendo mucha agua del cielo. Pero viendo de lejos, como á una media legua, en uno de los navíos luz, siguiéndola los alcanzó y rogó á los de dentro que le ayudasen y acogiesen. Halló malas palabras y peores obras (como suelen ser las de los herejes, y por postrer remedio se fué á una de las barcas ó esquifes que llevaban, y en él fué admitido de un hombre que, aunque era hereje y enemigo, no era tan cruel ni furioso como los demás, y, en fin, tenía algo de hombre. Este le acogió y escondió en un rincón, dándole de comer y vestido con que se cubriese. Los que murieron en esta nave fueron doce: el Padre Pedro Díaz, el Padre Francisco de Castro y los hermanos Alonso Fernández, Gaspar Gois, Andrés País, Juan Alvarez, otro Pedro Díaz, Hernando

Alvarez, Miguel Aragonés, Francisco Paulo, Pedro Fernández, Diego Carballo, á quien otros llamaban González ó Gonzalo, y los demás que escaparon nadando (de los cuales y de otros se supo este discurso) se llamaban Sebastián López y Diego Hernández, como está dicho. No se contentaron los herejes esta vez ni la pasada, con derramar la sangre inocente de tantos siervos de Dios, porque defendían y predicaban su santa fe católica; pero también mostraron su rabia y furor contra el mismo Dios y contra sus santos, porque habiendo hallado algunas reliquias é imágenes de santos y *Agnus Dei* y cuentas benditas y otras cosas de devoción (que los nuestros llevaban para su alivio y consuelo y para despertar la piedad de los fieles del Brasil), contra todas ellas mostraban los herejes su impiedad y aborrecimiento, arrastrándolas, pisándolas y haciendo en ellas todo el escarnio y ultraje que podían, y finalmente, echándolas en la mar, para que por sus mismas obras conozcamos quién es el que los guía y mueve á hacer cosas tan impías, crueles y lastimosas. Quemaron también las reliquias que toparon, diciendo mil blasfemias contra los santos cuyas eran. Después de veinte días hallaron dos imágenes, una de la Virgen y otra del arcángel San Gabriel; la cortaron la cabeza, la cual trujeron por toda la nave haciendo grandes escarnios. No disimuló Dios la atrocidad de estos hombres, porque el principal tirano Cadavillo, fué después muerto en su misma patria de un alabardazo desastradísimamente.

Pero tiempo es que volvamos al hilo de nuestra historia y continuemos lo que tenemos comenzado de la vida del santo Padre Francisco. El cual cuando tuvo la nueva de la dicha muerte de estos fuertes guerreros y bienaventurados hijos suyos, aunque por una parte sintió pena por la falta que harían en el Brasil, por otra se regocijó mucho más por ver que en su tiempo se dignaba el Señor aceptar esta ofrenda y sacrificio de sangre que la Compañía le ofrecía, y con gran ternura y sentimiento se encomendaba á los muertos y alababa sus virtudes, y suplicaba al Señor que diese gracia á los que quedaban para seguirlos con efecto, como con el afecto y deseo se ofrecían.

## CAPÍTULO XVI

### Fúndanse nuevos colegios en la Compañía.

Con tan gloriosa corona volaron al cielo aquellos nuestros bienaventurados Padres y hermanos, dejándonos acá ejemplo para seguirlos, y mostrándonos el camino por donde los habíamos de seguir. Mas el Señor, que á ellos dió esfuerzo para pelear y vencer, y gloria y triunfo por la victoria que con su gracia habían alcanzado, enviaba en este mismo tiempo á la Compañía otros fuertes guerreros y le daba muchedumbre de hijos fieles en todas partes, para que pudiesen suceder á los muertos y propagar é ilustrar con sus piadosos trabajos la Compañía. La cual, no solamente crecía en número de los sujetos que entraban en ella, pero también en la multiplicación de nuevos colegios que en varias provincias se fundaban.

En la provincia de Portugal se fundaron los colegios de las islas de la Madera y de las Terceras. Porque fué tan grande la devoción y liberalidad de los serenísimos reyes de Portugal para con la Compañía, que no contentándose con haberla favorecido y amparado desde sus principios, y fundándola en sus reinos, extendiéndola por los del Oriente con tanta gloria del Señor, quisieron también plantarla y establecerla en las islas de la Madera y en las que llamamos Terceras, para que cultivasen á los naturales de ellas con su doctrina y con los ministerios que ella usa. Y así á petición del rey D. Sebastián envió el Padre San Francisco á la isla de Madera, el año de 1570, algunos Padres y hermanos, de los cuales iba por superior el Padre Manuel Sequeira, para dar principio al colegio que en ella tenemos, y al Padre Luis de Vasconcelos por rector, con otros Padres que fueron á poblar el de la ciudad de Angra (que está en la isla que propiamente se llama Tercera y de la que toman apellido las demás), como lo hicieron, proveyendo el Rey á un colegio y al otro de renta perpetua, para sustento de los Padres, con singular deseo de ayudar y hacer bien á sus vasallos.

En la provincia de Andalucía este mismo año de 1570 tomó la Compañía la posesión de la hacienda que Doña Elvira de Ávila había dejado para fundar un colegio de ella en la ciudad de Baeza; con lo cual, y con la de otro colegio, que llamaban

de Santiago, fundado por D. Diego Carrillo de Carvajal (que á suplicación de los mismos patrones, aplicó á la Compañía Su Santidad, por no poderse cumplir bien lo que había ordenado en su testamento el fundador) se vino á fundar y establecer el colegio de Baeza.

Este mismo año de 1570 en la provincia de Toledo se comenzó á poblar el colegio de la ciudad de Huete, al cual desde el año de 1567 había hecho donación de su hacienda un clérigo virtuoso y celoso del bien de su patria, que se llamaba Estéban Ortiz. Fué el primer rector el Padre Pedro Sevillano. Díjose la primera misa en la iglesia del colegio el día de Pascua de Navidad de aquel año. Y con el amor y liberalidad de toda aquella ciudad ha obrado el Señor mucho por medio de los trabajos de los nuestros en ella, así en la enseñanza é institución de la juventud, como en aprovechamiento de los demás.

En la provincia de Sicilia se hizo el colegio de Calatagirona (que es una villa grande y rica y abundante, casi en el corazón y centro del reino de Sicilia), la cual por la gran devoción que tiene á la Compañía ha dotado aquel colegio de sus propios y se aprovecha mucho de su doctrina.

En España, en la provincia de Castilla, D. Juan de San Millán, obispo de León, varón excelente y desde su niñez recogido, casto y penitente, deseando tener buenos clérigos á quien proveer los beneficios y criar ministros fieles que le ayudasen á llevar el peso de tantas ánimas que estaban á su cargo, después de haber hecho decir muchas misas y hacer mucha oración sobre ello, y consultándolo con otros prelados y siervos de Dios, se resolvió de fundar y dotar un colegio de la Compañía, como lo hizo el año de 1571, aunque no se comenzó á poblar hasta el año 1572.

Este mismo año de 1572, se comenzó asimismo el colegio de Málaga, por D. Francisco Blanco, Obispo de aquella ciudad, el cual había sido antes Obispo de Orense, y estado en el Concilio de Trento y conocido en él á los Padres Laínez y Salmerón, y entendido de ellos nuestro instituto, y quedado tan aficionado y devoto de la Compañía, que vuelto á España acrecentó la renta del colegio de Monterrey, que cae en la diócesis de Orense; y después siendo Obispo de Málaga, fundó el colegio de ella. Y habiéndole nuestro Señor levantado por sus grandes merecimientos á la Silla arzobispal de Santiago (en la cual murió), fundó otro co-

legio en la misma ciudad de Santiago y acrecentó la renta del de Málaga y favoreció con sus limosnas al colegio de Salamanca, mostrándose en todo celoso y santo pastor y grande benefactor de la Compañía.

En el mismo tiempo se dió principio á la casa de probación de Villagarcía, porque Doña Magdalena de Ulloa, señora de gran cristiandad, prudencia y valor, parte por cumplir con el testamento de D. Luis Quijada, su marido (que fué presidente del Consejo Real de Indias y del Consejo de Estado del rey D. Felipe II y señor de Villagarcía), y parte por aprovechar á sus vasallos y á toda aquella comarca con la doctrina de los Padres de la Compañía, la fundó con gran liberalidad y piedad. Esta fué la postrera casa que aceptó el santo Padre Francisco en España cuando vino á ella con el cardenal Alejandrino, como adelante se dirá; aunque no fué la postrera que la dicha Doña Magdalena fundó, porque después dotó otro colegio en la ciudad de Oviedo, sin otro ningún respeto más que de aprovechar las ánimas bien necesitadas de doctrina de aquellos pueblos de las Astúrias.

En la misma jornada y año de 1572 (que fué el en que murió), estando en Francia, aceptó el Padre San Francisco el colegio de la ciudad de Burdeos y el de Nevers, que D. Ludovico de Gonzaga, duque de aquel Estado, fundó. Y en el mismo año se sentó el colegio y universidad de Pontemosón (que es en el ducado de Lorena), la cual instituyó y dotó D. Carlos de Lorena, Cardenal de la santa Iglesia de Roma, príncipe de gran prudencia y valor y fuerte defensor de nuestra santa fe católica, como lo han sido siempre y lo son los otros príncipes de la casa de Lorena y Guisa, sus deudos, hasta perder la vida por ella. El celo de esta misma fe movió al Cardenal á fundar la universidad y colegio de Pontemosón, para que los señores y caballeros y gente noble de aquel Estado se crien en él y se pueda más fácilmente resistir á las mañas y violencia diabólica de los herejes, que por aquellas partes arruinan nuestra santa religión y la justicia, paz y quietud.

En Alemania asimismo, en la provincia del Rhero, se asentó el colegio de Fulda, por el Abad, que es muy rico y poderoso príncipe del imperio. Y en la provincia de Polonia el colegio de la Posmania, que fundó el Obispo de ella. En la provincia de Austria se hizo una casa de probación para criar é instruir nuestros novicios en Bruna, que es en Moravia.

En Italia, en la provincia de Lombardía, se aceptó otra casa de probación en Arona, que fundó San Carlos Borromeo, cardenal y arzobispo de Milán, después de haber fundado el colegio de la ciudad de Milán. El cual colegio, habiendo estado muchos años en la iglesia de San Fidel, se traspasó á la iglesia de Breda, que es un templo y casa suntuosa, que era de la religión de los Humillados y cabeza de ellos. Y por haber extinguido esta religión Pío V se la dió á la Compañía, y en la casa de San Fidel se hizo casa profesa en la ciudad de Milán, la cual por ser tan principal y populosa y la gente tan apacible, bien inclinada y piadosa con los ministerios espirituales y de letras, de la casa y colegio ha recibido notable provecho y beneficio singular. Heme adelantado á escribir las fundaciones de algunas de estas casas y colegios antes del tiempo que sucedieron, por atar las de unos colegios con las de otros y no interrumpir la narración que nos queda de las cosas que son propias del Padre San Francisco. Y puede ser que haya algunas otras fundaciones que, por haberse hecho en partes muy remotas, por no haber podido yo saber puntualmente el año en que se fundaron (aunque lo he procurado mucho), se dejen aquí de contar.



# LIBRO CUARTO

## CAPÍTULO PRIMERO

**Lo que ilustró el siervo de Dios Francisco á la Compañía, con sus excelentes virtudes. Trátase de su profunda humildad.**

De todo lo dicho hasta aquí se podrá fácilmente entender cuánto dilató la Compañía el santo General con su providencia y gobierno, y no lo hizo menos con sus heroicas virtudes, acreditadas con muchos sucesos sobrenaturales, profecías y milagros. Y porque son mayores los de las virtudes, empezaré por ellas, porque fueron los rayos con los cuales, como un lucidísimo sol, esclareció á este orbe de la religión é influyó celestiales efectos en sus súbditos. Y aunque toda la historia de su vida que hasta aquí hemos escrito está llena de virtudes, porque toda su vida estuvo llena de ellas, con todo eso quiero recoger algunas para proponerlas por dechado á todos, para que las procuren imitar, que éste ha de ser el fin con que se han de leer y escribir las vidas de los santos, porque entonces nos aprovechan cuando imitamos sus virtudes y favorecidos de la mano del Artífice soberano trabajamos que se imprima en nuestras ánimas lo que en ellas con admiración leemos y alabamos. Y no hay duda, sino que mirada cada virtud aparte y por sí despierta y mueve más el corazón que cuando va acompañada y como ahogada en la narración de otras cosas que necesariamente se han de contar en la historia.

Pues habiendo de hablar de las virtudes del santo Padre Francisco en este libro, comenzaré por la humildad, que es como madre y fundamento y guarda de las demás y particularmente se llama virtud de Cristo, así porque los filósofos y sabios del mundo no conocieron esta virtud y fué necesario que él

viniere del cielo para enseñárnosla perfectamente con su doctrina y ejemplo, como porque el mismo Señor y Maestro nuestro nos exhorta que aprendamos de él, porque era manso y humilde de corazón. De ella dice San Agustín (1): «Si me preguntares cual es el camino para llegar á la verdad, responderte he, que el primero es la humildad y el segundo es la humildad y el tercero es la humildad y cuantas veces me preguntares, tantas te responderé, que es la humildad, la cual hace de hombres ángeles, así como la soberbia de ángeles demonios.» Entendió esto bien el bienaventurado Padre Francisco, y deseando de corazón esta virtud y sabiendo que el camino para alcanzar la humildad es la humillación y el continuo ejercicio de abatirse (como dice San Bernardo) (2), ninguna cosa parece que tomó tan á pechos como el confundirse y aniquilarse delante de todas las criaturas. Este era el principio de su oración, esta la materia de sus pláticas, este el más común ejercicio de su vida.

Luego que renunció su Estado y tomó el hábito de la Compañía comenzó á firmarse *Francisco pecador*, queriendo (á lo que creo) mostrar el sentimiento que tenía de sí mismo é imitar en esto á muchos santos, que por su humildad se solían llamar y firmar así. Pero nuestro Padre San Ignacio después le ordenó que para huir la singularidad y quitar materia de juzgar y hablar á las gentes, se firmase Francisco solamente y dejase el pecador, y así lo hizo. Yendo un día el Padre Bustamante acompañando al santo Padre Francisco por Valladolid, parecióle que iba más encogido y avergonzado de lo que ordinariamente solía, y preguntándole la causa de ello respondió, que había salido aquel día de una larga meditación del infierno, el cual le parecía ser su propia morada, y que cuando iba por la calle se le representaba que las gentes le miraban como á un hombre salido del infierno, y que se maravillaba cómo no se levantaban contra él todos los oficiales por donde pasaba y le arrojaban los instrumentos de sus oficios diciendo: «*¡Al del infierno! ¡al del infierno!*» De esta consideración del infierno decía él que sacaba mucho amor de Dios y que convenía en vida residir allí siempre para escaparse de él en la muerte.

Un Jueves Santo, haciendo en Simancas una plática á los

(1) Epst. 56 ad Diosc.
(2) Epist. 87.

novicios dijo: «*Que aquel día se había hallado sin lugar en el mundo.*» Porque seis años había andado considerándose á los pies de Judas, pareciéndole que aquel era su propio lugar y muy debido á sus pecados. Mas que aquel día, mirando á Cristo nuestro Redentor postrado á los pies de Judas, para lavárselos, se tenía por indigno de ponerse cabe aquellos pies, que el Señor había lavado, y delante de los cuales había estado arrodillado, y que así echado de este lugar quedaba sin lugar en el mundo.

La primera vez que fué á Valladolid, después de haber renunciado en Oñate su Estado, cuando iba por las calles salía la gente á verle, como á cosa nueva, y como él reparase en ello dijo al Padre Bustamante: «Paréceme, Padre, que esta gente me sale á mirar como á un elefante ó á una bestia fiera atraillada, porque sin duda que fuera yo más brava y fiera bestia que ninguna otra, si Dios no me hubiera con este hábito de religión, como con unas cadenas, atraillado». Y aun el año 1550 cuando en hábito de Duque fué á Roma, saliéndole á recibir (como allá se usa) las familias y mulas de los Cardenales, dijo: «*Que nunca en aquella corte se había hecho recibimiento más natural y conveniente, pues á recibir una bestia salían otras bestias.*» Desde que se dió al ejercicio de larga oración mental empleaba cada día las dos primeras horas de ella en este conocimiento y menosprecio de sí mismo, y cuando oía y leía y miraba, todo le servía para este abatimiento y confusión, y daba gracias al Señor porque habiendo sido tantos sus pecados pasados, no le desamparaba y él no caía en todos los pecados que caían todos los otros hombres.

Ninguna cosa le daba tanta pena como cuando se veía honrar por santo ó por siervo de Dios. Y preguntado una vez, por qué se afligía tanto de ello, pues él no lo deseaba ni procuraba, respondió: «*Que temía la cuenta que había de dar á Dios por ello, siendo él tan otro de lo que se pensaba.*» Con ser mansísimo y que parece que no se sabía enojar con nadie, una vez que en cierto camino un hermano suyo le quiso dar la toalla para enjugar las manos con alguna ceremonia que olía á lo pasado, se enojó grandemente con él y mostró con gestos y palabras su sentimiento. La poca estimación que hacía de la grandeza y nobleza de su linaje, comparada con la de la virtud, se puede echar de ver por lo que dijo en una ocasión. Sacáronle en una enfermedad la sangre de un brazo muy dañada, que al momen-

to se corrompió, y mirándola un hermano de sangre ilustre que se halló al tiempo de la sangría le dijo:

«Si la sangre de los duques y de los reyes no es más limpia que esta, ¿cómo se estima tanto, valiendo tan poco?» Respondióle el bienaventurado Francisco: «Yo os certifico, Hermano, que el que más limpia y esclarecida la tiene, puede y debe sentir lo que sentía y decía un ilustre y sabio Rey (1): «¿Qué provecho me viene á mí de mi sangre, pues voy caminando para la corrupción?» Y aun pluguiese al Señor Eterno que la sangre que el mundo tiene por muy limpia no estuviese en los ojos de Dios más podrida que la que veis en esas escudillas, y los que de ella se precian no tienen otro remedio sino sangrarse y vaciarse de ella y preciarse de la de Cristo crucificado y rociar sus almas con ella, amando la Cruz y deseando derramar la sangre y morir por amor del que por nuestro amor murió.» Huía de los lugares y ocasiones donde había de ser estimado y honrado, y aunque hubiese de rodear por los caminos ó tener incomodidad de posada y padecer su salud, se holgaba de ello á trueque de no recibir tal honra. Encubría con maravillosa humildad lo que había sido en el siglo, y trataba con tan grande llaneza con todos, que no había rastro ni memoria de lo pasado, antes quería parecer en su trato un hombre más bajo y de menos suerte que los otros con quien trataba, hablando con tanta llaneza con las personas de cuenta que le venían á visitar, como si él fuera inferior á todos (que tal era la estima que de sí tenía), y algunas veces, que forzosamente se había de hablar de cosas de aquellos tiempos, por no decir: cuando yo era Duque ó Marqués ó Virrey, solía disfrazarlo con una tan discreta manera de hablar, que bien mostraba el poco caso que hacía de la grandeza del mundo y lo mucho que estimaba la bajeza de la santa Religión.

Cuando llegó á Lisboa la primera vez que fué á Portugal, le envió luego á visitar el rey D. Juan con un caballero de su casa, que se llamaba Pedro Carballo, el cual comenzó á hablar con el bienaventurado Padre Francisco llamándole señoría y preguntándole si venía cansado del camino, respondióle el santo Padre con mucha gracia: «*Cansado vengo, pero más lo estoy de esa señoría.*» Y otra vez, curándole en la misma Lisboa de un golpe que se había dado en la cabeza, un cirujano del Rey diciéndole

(1) Ps. XXIX.

que su señoría tenía grande herida, respondió el bienaventurado Padre: «*Harto mayor es la que siento con esta señoría.*» Yendo en otra ocasión á visitar una hija del marqués de Cerralbo, que era monja en las Descalzas de Madrid, él la trató de reverencia y ella á él de señoría. Díjola entonces el siervo de Dios con mucha humildad y gracia, que se podía haber olvidado de la señoría como él se había acordado de la reverencia. Recibiendo en Valladolid una carta que un señor le enviaba con este sobrescrito: «Al ilustrísimo y reverendísimo,» tomó una pluma y borró la palabra ilustrísimo, diciendo que lo que allí quedaba escrito era su propio título, pues era *Irreverendísimo* en grado superlativo.

Para tres cosas solamente se servía de los títulos pasados, que todas ellas mostraban su grande humildad y devoción. La primera, en decir que él era ya muerto; porque en Gandía están instituídas muchas misas perpetuas y capellanías por los Duques difuntos, las cuales también se decían por él, y que pues diciéndolas le contaban entre los muertos, con mucha razón se podía él tener por tal. La segunda, cuando veía que no se admitían en la Compañía fácilmente algunos que deseaban entrar en ella, solía decir: «De sólo esto hallo que me sirvió haber sido Duque, pues por serlo me recibieron en la Compañía luego que lo pedí; porque si esto no fuera, ¿qué talento ó qué partes tenía yo, para ser admitido en ella? y por esto doy gracias á Dios, que puso algo en mí que para esta entrada me sirviese.» La tercera era cuando llegaba de camino á algún pueblo y queriendo decir misa, por ser tarde y no conocerle, no querían darle recaudo, entonces daba licencia á sus compañeros que dijesen quién era por no quedarse sin misa.

Y con la buena gracia y afabilidad que tenía, decía: «*Ahora es tiempo (si os parece) de pedir el auxilio del brazo seglar, pues aquí no vale el eclesiástico.*» De esta misma humildad nacía el congojarse tanto, y afligirse algunas veces que le quisieron hacer Cardenal, y le ofrecieron el Capelo (como queda dicho), porque no hay hombre tan ambicioso, que así codicie y procure cualquier honra ó dignidad como el santo Padre la huía y repudiaba; porque se tenia por indigno de ella y deseaba entrañablemente vivir y morir como pobre y humillado en la Religión. Envióle á llamar el Príncipe de España desde Tordesillas, para que viese y consolase á la reina Doña Juana, su abuela, que estaba allí molestada con larga dolencia, y al tiempo que se despedía el Príncipe, se

le ofreció que deseaba saber en qué le pudiese hacer merced, y mostrarle la voluntad que tenía de hacerle gusto, y el santo Padre le dijo, que ya él tenía pensado de suplicar á su Alteza, le otorgase una singular merced que mucho le consolaría. Díjole el Príncipe: «Declaradme qué cosa es, y conoceréis la voluntad con que os he hablado.» — «Lo que yo humildemente suplico á vuestra alteza (dijo el santo Padre), es que ni ahora, ni en ningún tiempo me encargue ninguna iglesia, ni me nombre para ninguna dignidad eclesiástica; porque además de mi notoria insuficiencia, no habría cosa en el mundo que más molesta y enojosa se me pudiese mandar, que sacarme del estado de mi pobreza y religión, en que á nuestro Señor me tengo dedicado.» Quedó el Príncipe maravillado y edificado de que se le diese tan nueva petición, porque las que le daban cada día tantas personas eran bien diferentes de esta. Con todo eso, desde allí á pocos días, el Príncipe negoció por medio del Cardenal legado Pogio que se le diese un Capelo. Y para ofrecérselo de parte de Su Santidad le habló, sucediendo lo que ya hemos dicho, se dejó de poner en ejecución por no contristar su humilde espíritu.

Estando en la ciudad del Puerto, tuvo el dedo pulgar de la mano derecha muy malo y perdido por un gran golpe que recibió. Alegróse de ello grandemente por entender que había de quedar imposibilitado de escribir, y por consiguiente, de ser más superior, y así mirando á su dedo maltratado, decía: «En este dedo, reconozco el dedo de Dios.» No solamente huía la honra (como habemos dicho), pero buscaba su abatimiento y menosprecio, y cuanto más le hallaba, más se alegraba y regocijaba su espíritu en el Señor. Porque, ¿qué otra cosa querían decir tantos y tan admirables ejemplos de humildad en este santo Padre? ¿El pedir limosna por las calles con unas alforjas al cuello? ¿El juntar los niños para que oyesen la doctrina cristiana, con una campanilla? ¿El servir en la cocina y refectorio? ¿El fregar tantas veces, el partir la leña que se había de quemar, el andar en las obras con unas angarillas y otras esporteando tierra, como le aconteció en la fundación del colegio de Córdoba? ¿El besar los pies á sus Hermanos tan á menudo como él lo hacía, y otras cosas todas de grande humildad que en su vida quedan referidas?

Estando en el colegio de Coimbra, y siendo Comisario general de la Compañía en toda España, y por consiguiente, en aquel reino y provincia, se trataba como el menor de todos los Her-

manos, y muy de propósito se quiso informar de la persona que tenía cuidado de los estudios de aquel colegio del modo que había de tener en leer la clase ínfima de los niños, donde se aprenden los primeros principios de Gramática, con deseo de poder leer esta clase en algún colegio de la Compañía. En Evora se juntaron los Padres y hermanos del colegio, un viernes (como es de costumbre), á la plática espiritual que había de hacer el mismo San Francisco, el cual la comenzó diciendo: *Que mejores eran obras que palabras*. Y luego se hincó de rodillas. y muy despacio y con grande humildad fué beseando los pies uno á uno, de todos, derritiéndose todos en lágrimas de admiración y confusión. Estando en la ciudad del Puerto á la hora que comían los hermanos, tomó una vez, entre otras, las llaves de la puerta y comenzó á hacer oficio de portero, siendo también entonces, comisario general; trujeron de limosna un puerco muerto, el santo Padre le tomó y sin decir nada á nadie se lo echó á cuestas y lo subió por una escalera estrecha y bien alta. Cuando se supo en casa, maravilláronse los Padres y extrañáronselo, y dijéronle que cómo se había atrevido á tanto, y él respondió: «*¿Qué maravilla es que un puerco lleve á otro?*» (1). Que es semejante á lo que en la historia del Monte Casino se escribe del bienaventurado Carlo Magno, rey de Alemania, el cual, habiendo dejado el reino á Pipino su hermano, vino á Roma en tiempo de Zacarías Papa, y se hizo monje de San Benito y vivió en el Monte Casino, con tan extraño ejemplo de humildad y bajeza, que vino á guardar las ovejas por obediencia de su abad. Y un día, como una oveja coja no pudiese seguir á las otras, la tomó y la llevó sobre sus hombros con extraordinaria alegría. Lo mismo hizo también algunas veces el humilde Padre Francisco, porque cuando salía á pedir limosna en Simancas le daban algunos corderos y él se los echaba al hombro, viniendo cargado con ellos por las calles públicas, aun en tiempo que acertó á estar en aquel lugar la princesa Doña Juana, gobernadora de España, con sus damas y los caballeros de su casa. Otra vez, públicamente se puso un odre de vino á cuestas, y fué cargado con él. Porque en la casa de Dios, cuanto el hombre más se humilla y las cosas que hace por su amor son más viles, tanto son más gloriosas para el que las hace, y tanto más admira-

(1) Navel. Gen., XXVI.

bles para el que las ve, cuanto el que las hace fué mayor señor. Otra vez, estando también en el Puerto, haciendo oficio de portero, llegó uno que pretendía entrar en la Compañía, enviado de Sevilla de los nuestros, para que el santo Padre, como comisario, le recibiese. Estaba junto á la portería un gran montón de estiércol y dijo el bienaventurado Padre al que le pedía entrar en la Compañía: «*Porque no estemos aquí holgando limpiemos esto.*» Y comenzó á llevar espuertas de estiércol hasta que lo acabó y quedó limpio todo; tanta era su inclinación á ejercicios de humildad. En otras ocasiones se salía á barrer la calle, y en Barcelona llevó en una ocasión por las plazas de aquella ciudad un jumento cargado, con grande maravilla y espanto de todos los que le habían visto pasear aquellas mismas calles con la majestad de Virrey. Y en otra ocasión, acordándose de la grandeza antigua, por recompensarla con alguna humildad, anduvo las calles de Barcelona, los pies descalzos, porque antes las había andado en carroza, lo cual fué un acto de suma edificación. En los caminos que hacía solía hacer que los mozos de mulas se sentasen con él á la mesa y no les dejaba hacer su oficio, sino él mismo se llevaba su mula á la caballeriza, la desenfrenaba y ataba, y hacía otras cosas semejantes que había de hacer el mozo.

Tenía grande respeto á los religiosos de cualquiera religión, y cuando los encontraba por la calle, él era el primero á quitarse el bonete y hacerles reverencias, y decía que en el hábito de religión consideraba él y reverenciaba el servicio que aquella religión hacía á nuestro Señor y á su Iglesia. Siendo General de la Compañía y estando en Roma, fué el Padre Fray Lamberto Sps, religioso de San Francisco, como él mismo lo decía con gran admiración, á hablar á San Francisco de Borja, y no pudiendo por las personas graves y otras muchas gentes que acudían á su celda, se enfadó y dijo al portero: «Terrible cosa es que no se dé lugar á un religioso para hablar al Padre Francisco, habiendo ya venido tres ó cuatro veces»; y con esto se fué. Entró el portero en la celda del santo y contóle lo que pasaba, de lo cual tuvo grande sentimiento por parecer había escandalizado á aquel religioso, aunque sin culpa suya; y luego salió de casa y vino tras de él al convento donde vivía el religioso, y habiéndosele llamado, en viéndole le saludó el santo Padre Francisco con mucho amor, y le dijo que quería ver su celda.

Llevóle á ella, y en entrando cerró la puerta, dejando fuera al compañero, y luego se le derribó postrado en tierra, queriéndole besar los pies y pidiéndole perdón de la dilación y rogándole muchas veces le pisase la boca postrado así como estaba en tierra. Díjole más el santo: que si muchas veces rehusaba que le viesen era por un achaque que tenía, y desabrochándose la sotana y un juboncillo que traía, le mostró el pecho y el estómago y vió que en la barriga tenía un doblez de la carne y pellejo y éste se le llenaba de ventosidad algunas veces y ponía en grande trabajo. De lo cual quedó el religioso bien corrido y confuso de ver que un hombre de su calidad y General de su religion hiciese actos de tanta humildad. Otra vez, en otra ocasión, subiendo el Santo por una escalera le dijo al compañero que iba detrás de él el Padre Fr. Lamberto, y al punto que le oyó, bajó unos diez ó doce escalones y echándose á sus pies le pidió la bendición, quedando aquel religioso muy admirado y confuso de tan rara humildad en persona tan grande. Otra vez fué á la casa de un señor con quien siendo seglar había tenido un desabrimiento aunque ligero; viéndole se le echó á los piés y le pidió perdón con gran humildad, de lo cual quedó atónito aquel caballero.

Avisáronle que cierto juez eclesiástico había condenado á galeras un burlador que se fingía ser el santo Padre Francisco. Confundióse de esto mucho el siervo de Dios y maravillábase que siendo él tan grande pecador hubiese hombre tan ciego que tomase su nombre por parecer bueno, y decía: «*Si aquel mereció galeras por haber tomado prestado mi nombre por pocos días, ¿qué mereceré yo que tengo el nombre y las obras tan dignas de condenación?*»

Otra vez le dieron en Simancas un plato de livianos cocidos con un poco de agua y sal, y después que hubo comido un poco apartó el plato; díjole el Padre Bustamante: «Esto debe de estar mal guisado;» respondió el santo padre: «No, bueno está;» y como el Padre Bustamante lo probase y lo hallase tan mal guisado y desabrido, dijo: «¿Cómo puede vuestra reverencia decir eso con verdad?» Aquí sonriéndose el santo Padre Francisco, dijo: «*¡Oh, Padre, si hubiésedes probado del infierno!*»

Estando en Madrid solía llevar con sus propias manos las sobras de la comida á los pobres, no solamente á los que acudían á la portería, pero también fuera de casa. Refiere el Padre Virgilio Cepari que una vez, llevando debajo del manteo una olla ó

puchero con carne para una pobre enferma que vivía camino de palacio, vió venir un grande acompañamiento de caballeros y señores, y preguntando él á su compañero qué acompañamiento era aquel, le fué dicho que era el duque de Gandía D. Cárlos, hijo del Padre Francisco de Borja, el cual había ido á palacio con todos aquellos señores, para besar la mano á su Majestad, por una merced que le había hecho. Cuando supo el siervo de Dios que venía el Duque, su hijo, con tanta grandeza, sacó luego de debajo del manteo su olla y descubierto se la puso sobre la cabeza y de esta manera la llevaba por medio de la calle, triunfando del mundo y de todas sus honras. Cuando el duque D. Carlos llegó cerca de su santo padre se apeó del caballo y con la cabeza descubierta y grande sumisión le dijo: «Deme vuestra excelencia esa olla, que yo la llevaré.» Recibió gran disgusto el beato Padre, cuando se oyó tratar de excelencia, porque sentía mucho que le tratasen con títulos de seglares y respondió al Duque: «Yo hago mi oficio; haced vos el vuestro é idos con esos caballeros que os están esperando.» Entonces el Duque, haciendo una profunda reverencia y despidiéndose de su santo padre, tornó á subir á caballo y prosiguió su camino, quedando admirados todos aquellos señores de la humildad de aquel santo varón.

Estando otra vez en Alcalá de Henares, llevaba, vestido de una sotana parda, una olla á los pobres de la cárcel, que por ser grande le ayudaba su compañero á llevarla. Encontróle de esta manera el Almirante de Castilla, que en aquella sazón estaba en Alcalá, el cual, muy admirado, le hizo grande cortesía, apeándose del caballo, y mandó á sus pajes que quitasen la olla al santo varón y ellos la llevasen adonde quisiese; mas el siervo de Dios no lo quiso consentir, diciendo que aquello le pertenecía á él, que tenía por oficio ser humilde y pobre religioso, quedando el Almirante muy edificado de tan profunda humildad. Estando en Sevilla, no reparaba delante de la mayor nobleza de aquella ciudad en ir cargado con un cántaro de agua por las calles y plazas más públicas. Vino otra vez á visitarlo á nuestro colegio el príncipe de Eboli Rui Gómez. Llamó luego el portero al siervo de Dios Francisco, que estaba entonces barriendo, diciéndole como le buscaba el príncipe de Eboli. Fué luego el beato Padre á la portería y díjole: «Espere un poco vuestra excelencia, que estaba barriendo y no he acabado aún de barrer lo que me toca». Así lo hizo el Príncipe, edificado de su humildad y obediencia.

En un camino que hizo el bienaventurado Padre, llegó tarde á una ciudad de España, donde le recibió un grande señor pariente suyo, con gran majestad y aparato, en su propia casa: las salas muy aderezadas, la cama muy rica y muchos pajes que le sirviesen; mas encubriendo el santo varón el sentimiento que tenía de verse tratado con aquella grandeza, pidió á los pajes que le dejasen solo, como que quería acostarse, y en despidiéndolos, él se salió de aquella casa y se fué derecho al hospital á dormir entre los pobres. A la mañana acudieron los criados de aquel caballero á la cámara donde pensaban que había dormido, y como se tardaba mucho, llamaron, y viendo que no respondía en mucho tiempo, entraron, y no hallándole allí, le buscaron por todas partes, hasta que sabiendo que estaba en el hospital, fué allá aquel príncipe y se quejó cortesmente del santo Padre, de haberle hecho aquel disfavor. El cual le respondió: «Si me hubiera vuestra señoría tratado como á un pobre religioso, como lo soy, no me hubiera salido de su casa; pero como me quiso vuestra señoría tratar como á un caballero, víneme á buscar lugar proporcionado con mi profesión»; y no hubo remedio de volver á las casas de aquel señor, hasta que le aseguraron le tratarían á su gusto, en un aposento retirado y pobre. Cuando iba á hablar á algún señor, ó presidente, esperaba en la antesala como los demás, aguardando la vez que le tocaba, ó después de todos. Entre tanto, se asentaba entre los criados de los que estaban allí, como si fuera uno de ellos, hasta que saliendo el señor acompañando á alguno le echaba de ver, y con gran honra le metía dentro y reñía á sus pajes por no haberle avisado. En todas las cosas se trataba como el menor de todos y se tenía por tal, como se podrá echar de ver por lo que escribió en una carta desde Oñate á los nuestros de la provincia de Portugal, en la cual dice, entre otras cosas, esta sentencia: *Vuestro Padre Simón Rodríguez y también Padre mío, será carta viva y os contará mejor todo lo que toca á aqueste vuestro indigno y mínimo hermano, mínimo digo, porque todo lo que él es se avecina á la nada. Porque por lo demás, bien veo que en la santa humildad no merezco nombre de menor, sino antes de mayor, como fué Caín; porque yo soy aquel que mató á Abel, cuyos sacrificios eran aceptos. Yo soy mayor como Esaú, qne fué cazador, y yo no sólo fuí cazador de las fieras, sino de las almas que enlacé y cogí como en red, para entregarlas al demonio. Finalmente,*

*no soy menor como Benjamín, sino uno de los hermanos mayores que vendieron á José. Digo estas cosas, hermanos en Cristo carísimos, para que tengáis misericordia de vuestro hermano y con tanto mayor cuidado roguéis al Señor por mí, para que quiera Dios que sea de tal manera mínimo, que sea contado entre los mínimos del Reino de los cielos.—Francisco, pecador.*

En los sermones que hacía le pesaba mucho del aplauso, porque le tuvo grande y era infinito el concurso de gente que acudía á oirle: mas él gustaba más de predicar donde hiciese más provecho y fuese su predicación más humilde, por ser menos los predicadores que á tal género de sermones se aplican. Y así se iba cuando estuvo en Madrid á predicar á las mujeres de la casa pública, que se recogían para esto antiguamente en el Hospitalico que decían de San Ginés, y Dios favorecía su humildad, porque fueron muchas las que convirtió. Una vez que le fué á oir Doña Brianda de Guzmán fueron cuatro las que convirtió y luego envió aquella señora por unos platos de plata de su casa y los entregó para dar principio á sus dotes. Donde retrató muy bien este siervo de Dios su profunda humildad, fué en el tratado que hizo de la propia confusión, intitulado *Colirio espiritual*, en el cual recogió tan copiosa materia y tan admirables sentencias para confundirse y humillarse uno, que el Padre Miguel de Torres, juzgándole por utilísimo al mundo, le persuadió le dejase imprimir para bien universal de todos.

## CAPÍTULO II

### Su extremada pobreza.

Al paso de su humilde espíritu fueron las demás virtudes; porque cuanto él más se abatía y hundía debajo de la tierra, tanto más altas ramas echó con más sazonados frutos de heroicas obras. Hija de la verdadera humildad es la virtud de la santa pobreza, en la cual se esmeró mucho el santo Padre Francisco. Porque conociendo esta rica joya y preciosa margarita, no dudó dar por ella su hacienda y dejar los Estados y grandezas que poseía para alcanzarla. Vió con los ojos de la fe la bienaventuranza, engastada con la pobreza, que se toma voluntariamente por Cristo, y oyó la voz del soberano Maestro, que desde el monte predicaba y nos persuadía que los pobres de espíritu

son bienaventurados, y con esto deseó ser verdadero pobre de Cristo y lo supo ser, vivir y morir como pobre favorecido del Señor. Desde que tuvo uso de razón fué devoto del glorioso Patriarca San Francisco y después que entró en religión creció esta su devoción y comenzó á amar y reverenciar más el espíritu de la pobreza que en este Santo tan aventajadamente resplandeció. Y aunque por las causas que dijimos en su lugar no se vistió del hábito de San Francisco, pero vistióse de tal manera del espíritu de su pobreza, que desde el día que se hizo religioso no tuvo en su poder moneda de ninguna suerte. Y era cosa que ponía admiración en una persona que había sido tan rica y gastado tanta hacienda, ver que no conocía el valor de las monedas.

En todas sus cosas daba muestras de verdadero pobre y de perfecto amador de esta virtud: en su vestido, en su comida, en su cama y aposento y aun en las cosas más menudas, como en el papel que gastaba para sus sermones, en el fuego que se le hacía en alguna necesidad y en cosas semejantes. Él mismo se remendaba el vestido. Una vez le envió el Duque su hijo un vestido de limosna, por tener gran necesidad de él; mas porque era menos pobre, no le quiso admitir, sino tornársele á enviar. Otra vez la marquesa de Alcañices, su hija, le envió cantidad de ropa blanca, no quiso tomar nada de ella, sino enviarla toda á los pobres del hospital. No había acabar con él que tomase unos zapatos nuevos (y acaecióle servirse de unos dos años) ni unas calzas nuevas. Y queriendo un día su compañero enganarle con unas que la marquesa de Pliego le había mandado hacer en Montilla, en tiempo que hacía mucho frío, poniéndoselas antes de levantar en lugar de las viejas, no le valió, porque el santo Padre hizo que se las volviese. Su sotana y manteo estaban ordinariamente muy viejos y raídos, aborreciendo como la muerte traer vestido nuevo.

No escribía más de los apuntamientos y autoridades de los sermones que había de predicar, y para escribirlos no tomaba papel blanco y limpio, sino las cubiertas y sobras de las cartas viejas, y allí ponía sus apuntamientos y también escribía sus libros, como se ve ahora en Roma, por conservar aquel espíritu tan arraigado en su alma de la perfecta pobreza. Y de estos mismos papelejos usaba para escribir los billetes que enviaba de negocios á diversas partes y personas. Y decía que un billete de

dos dedos de papel escrito de su mano le ahorraba dos horas de tiempo, que había de gastar en una visita; y que la escritura de esta manera era fiel mensajero que no le trastocaba el recaudo, como se suele hacer cuando se envía de palabra. El cual uso se escribe también del emperador Julio César.

El rosario traía ensartado en una cuerda de vihuela, y la preciosa crucecita que le dejó por rica prenda de su memoria su tía sor Francisca de Jesús, como joya enviada allá del cielo, la traía colgada al cuello de otra cuerda de vihuela. Habiendo pedido le hiciesen un relicario de latón, porque se lo hicieron de plata no lo quiso recibir. Un bonetillo que por abrigo le hacían traer en la cabeza, debajo del bonete de paño, era de un simple bocací negro. El ceñidor conque se ceñía la sotana nunca le quiso traer sino de un orillo del paño. En su aposento, ni para él, ni para otro ninguno que le entrase á visitar, aunque fuesen grandes, embajadores ó cardenales, no había silla de cuero ni de respaldo, sino de costillas de palo, como las usan los muy pobres aldeanos. Y á esta traza eran las demás cosas de su uso, y una vez que dió un *Agnus* para aderezar, porque le echaron un cerquillo de plata no le quiso recibir.

Con haber nacido el santo Padre en Gandía, lugar caluroso y marítimo, por padecer frío y pobreza juntamente traía en los más fríos lugares de Castilla la Vieja un vestido tan sencillo y pobre, que mostraba bien que más le servía de cubrir que de abrigar el cuerpo. Y cuando le decían que era dañoso y peligroso andar tan desabrigado, respondía que ya de adelantado se había abrigado y regalado.

Estaba en Tordesillas el año de 1554 enfermo en la cama, y llegó allí el Padre Doctor Hernando de Solier á pedirle que le recibiese en la Compañía. Quedó maravillado de verle en un palacio tan abundante y proveido y en casa de sus hijos, enfermo en la cama, sin otro abrigo, ni aderezo, ni colgadura, ni regalo que una pobre camilla y la cabeza arrimada á una pared desnuda y fría; díjole: «¿Cómo, Padre, no siente vuestra paternidad mucho daño con tanto desabrigo y desnudez en tal tiempo?» El santo Padre respondió: «No tengáis lástima á mi cuerpo, que bien se ha entregado á regalos, y ya es tiempo que lo pague.»

Cuando iba á pedir limosna, de mejor gana comía los mendrugos y pedazos de pan que él ú otros traían, que el pan en-

tero que se ponía á la mesa. En sus caminos, por largos y trabajosos que fuesen, y por mucha falta que tuviese de salud, no consentía que se llevase para su persona ni una sábana limpia, temiendo que esto sería en perjuicio de la santa pobreza. Sus mismos compañeros decían que muchas veces le vieron dormir en algunos pajares á teja vana en tiempo de frío, y entrando el viento por muchas partes, con tanta alegría y regocijo que les ponía espanto y confusión. Su fieltro y capa aguadera, así en invierno como en verano, era su manteo doblado y cubierto al revés, por no gastarle tanto, y por maravilla sufrió que le hiciesen calzar botas, ú otra defensa de la lluvia. Decía que harta defensa era un sombrero para el sol y para el agua, y con esto no pocas veces llegaba á las posadas empapado en agua y penetrado de frío, y su alegría era cuando, llegando de esta manera, no hallaba buen recado en la posada.

En ninguna enfermedad, ni tiempo recio y frío que hubiese, permitió que en su cama ó aposento se colgase cosa de abrigo, pareciéndole que era gran regalo una esterilla que se clavaba en su cabecera. Finalmente, en todas sus cosas se mostraba verdadero imitador de aquel Señor y Rey de gloria, que siendo tan rico se hizo tan pobre, para que nosotros fuésemos ricos con su pobreza. Y hubo algunos que, admirados y movidos principalmente de esta humildad y pobreza del santo Padre Francisco, se determinaron de seguirle y entrar en la Compañía, como lo hicieron.

No solamente lo que pertenecía á su persona olía todo á este espíritu de pobreza, pero aun lo que tocaba á los otros de la Compañía, á lo menos á los principios cuando entró en ella, las casas é iglesias que él hacía labrar para la Compañía eran muy pobres. Lo cual no solamente era por la pobreza que había y poca facultad para mayores edificios, sino porque esta estrechura y viles fábricas eran muy conformes á su espíritu. Y cuando alguna persona, ó algún fundador de la casa de la Compañía, hacía suntuoso edificio, le pesaba, y le moderaba cuanto él podía. Y estando en Plasencia, en el palacio del Obispo, se salió de él, y con notable peligro de su salud y vida se pasó al nuevo cuarto del colegio, que por ser acabadas de levantar las paredes manaban agua. Y diciéndose en la ciudad que el bienaventurado Padre Francisco había tenido revelación que las casas obispales se querían caer, y por eso se salía de ellas, él, que lo supo, respon-

dió: «No temí yo la caida de las casas del Obispo, sino la caida de la pobreza en la Compañía». Porque vió que un hermano sacó de un estuche unas tijeras para cortar el bramante de unas cartas, le dijo muy admirado: «¡Jesús, hermano! ¿y osáis traer estuche? si yo lo trujera entendiera que Dios me dejaría de su mano y mataría á todos los de casa». La ermita que labró en Oñate, la casa de probación de Simancas y otras obras que hizo todas eran por extremo pobres, al talle de su espíritu. El cual resplandecía y era tanto más agradable y admirable en el santo Padre, cuanto más era lo que había dejado en el mundo. Porque se echaba bien de ver que lo que en otro pudiera ser miseria, ó poquedad, ó falta de ánimo y estrechura de corazón, en él era menosprecio del mundo, imitación de Cristo y un vivo y entrañable deseo de vestirse de su desnudez y vivir y morir como él vivió y murió.

Por este amor de la pobreza huía de los lugares y ocasiones donde no podía dejar de ser honrado y tratado como señor, aunque fuese con notable detrimento de su salud y del reposo de su fatigado cuerpo; y con ser él tan humilde y pobre y con desear que todos tuviesen gran humildad, era juntamente tan prudente que pedía que cada uno usase de esta virtud sin desquiciarle del decoro y obligación de su calidad y estado, y así viendo una vez que un hermano suyo carnal, que le acompañaba en un largo camino, con demasiado deseo de servirle, se entraba en la cocina de las posadas y le ponía la mesa, le envió á decir con otra tercera persona que le rogaba que á él le tratase como á un simple y pobre religioso, pues no era más que esto, y que de sí se acordase que era hijo del duque de Gandía y que se dejase de aquellas humildades, que eran indignas de su persona y estado. Si bien esto dijo el siervo de Dios, no tanto porque le desagradase la humildad de su hermano cuanto porque le molestaba mucho el cuidado que de su salud y regalo tenía. Pasando una vez por Baza en ocasión en que estaba allí el duque D. Carlos, su hijo, en sabiendo que venía su santo padre le salió al camino á recibir con grande acompañamiento de muchos caballeros; mas encontrándolos el siervo de Dios, les pidió por amor del Señor le dejasen ir solo como pobre religioso, afligiéndose tanto de aquella honra y rehusándola con tanta porfía, que le hubieron de dejar, y él se entró solo en el lugar y aposentó en el hospital; fué después á ver al Duque, mas no hubo remedio de que comiese con él, y así se tornó al hospital; pero

porque no tenía que comer, con sus alforjas al hombro, se fué por el lugar á pedirlo de limosna y por el amor de Dios, y habiéndosela dado en algunas partes, se volvió muy contento al mismo hospital: entonces llegó una comida muy cumplida y regalada que le enviaba el Duque; mas el santo Padre no la quiso tomar, diciendo que ya se habían acabado los regalos para él, y comiendo sólo los mendrugos que había recogido de limosna, hizo repartir la otra comida entre los pobres. En este ejemplo, no sólo su gran pobreza, sino su mucha humildad y mortificación resplandecen.

## CAPÍTULO III

### **Su rara obediencia.**

Es también la humildad raíz de la virtud de la obediencia, y así de su profunda humildad nació la perfecta obediencia que tuvo el santo Padre Francisco á nuestro Señor y á los ministros de Dios, que en su nombre le gobernaban. Solía llamar á la obediencia barca segura donde el religioso, por este mar tempestuoso navega al puerto tranquilo de la eternidad y, aunque duerma y repose, no deja de navegar prósperamente y hacer camino de noche y de día. En todas sus acciones tenía presente á Cristo nuestro Redentor, y procuraba imitar las virtudes que nos dejó consagradas con su ejemplo, pero particularmente aquella perfectísima é inestimable obediencia, con la cual, siendo Rey de los ángeles, quiso ser súbdito de los hombres, y por no perderla perdió la vida (como dice San Bernardo) hecho obediente al Padre Eterno hasta la muerte, y muerte de cruz. Cobraba tan gran respeto á sus superiores, que no solamente le duraba el tiempo que ellos lo eran, sino también después que lo dejaban de ser, solamente porque lo habían sido. Cuando estaba en España y recibía cartas de nuestro Padre San Ignacio, antes de que las abriese se hincaba de rodillas y hacia un poco de oración, suplicando á nuestro Señor que le diese gracia para oir y cumplir la obediencia de su superior, que en aquellas cartas le enviaba, y como si del cielo le viniera aquella obediencia, así se gozaba con ella y la cumplía. Sabiendo San Ignacio esta prontitud y obediencia del santo Padre Francisco, no le escribía absolutamente: «Haced esto», sino «acá se nos ofrece que este negocio se podría guiar de esta manera; pero

vos que estáis al pie de la obra lo veréis mejor», remitiéndole el juicio y elección libre de los medios que se hubiesen de tomar. Pero aunque se le daba esta libertad, por maravilla el Padre San Francisco usaba de ella, ni se desviaba un punto de de lo que San Ignacio le escribía, si no era en cosa tan evidente que por estar él tan lejos no la podía adivinar. Porque lo que para otros religiosos es una expresa obediencia, eso era para el santo varón cualquier significación de la inclinación de su superior.

Fué tan grande el respeto y obediencia que tuvo á nuestro Padre San Ignacio, y tan vivo el deseo de obedecerle y vestirse en todas las cosas de su espíritu, que estando una vez en cierta recreación muy honesta y provechosa para la convalecencia de una larga y peligrosa enfermedad que había tenido, diciéndole un Padre con descuido: «Nuestro bendito Padre Ignacio no gustaba de esta manera de recreación en la Compañía», luego la dejó y no bastó ninguna cosa de las que se dijeron para que la llevase adelante; pareciéndole que, pues nunca (á sabiendas) se había apartado de los dictámenes de su Padre en Cristo, no era justo desviarse de ellos por un entretenimiento que tan fácilmente le podía dejar. Siendo en España Comisario general hizo otro acto de obediencia, no muy diferente del pasado, y fué que en el jardín de Simancas salieron antes de tiempo unas vistosas clavellinas de Indias, y pareciéndole bien al santo Padre Francisco, y habiendo de enviar un recaudo á Valladolid á un príncipe que allí estaba, quísole también enviar aquellas florecitas con algunas espirituales y devotas consideraciones, sacadas de la consideración del Criador, que aun en aquellas flores era tan maravilloso, y estando ya para partir un Hermano con este recaudo, llegó el Padre Nadal, que acertó estar allí en Simancas y dijo: «Yo no enviara estas clavellinas á este Príncipe, porque no piense que dándole esta nonada le pedimos otra cosa de más precio.» Bien sabía el siervo de Dios Francisco que no había que temer aquel inconveniente, porque era más práctico del estilo de la corte que el Padre Nadal y conocía mejor á la persona á quien lo enviaba, y sabía también que el Padre Nadal, ni era su Superior, ni le podía poner leyes, antes era su súbdito en aquella ocasión; pero considerando que aquel Padre en otro tiempo fué su Superior, le tuvo tal respeto, que sin tardar un credo rompió la carta y escribió otra sin mención de clavellinas,

y esto todo con una paz y suavidad, como si de nuestro Padre San Ignacio le viniera aquel aviso. Este mismo respeto y espíritu de obediencia para con sus superiores hacía que cuando ellos ordenaban alguna cosa que no era tan á gusto de algunos ó no les parecía tan á propósito, el santo Padre Francisco (á quien tocaba la ejecución de aquella obediencia) la guisaba de tal manera que no hubiese queja, ó ya que hubiese alguna cayese sobre él y no sobre sus superiores. No solamente tuvo este respeto el bienaventurado Padre á los que eran superiores ó lo habían sido, pero también á los otros que eran superiores, aunque no lo fuesen suyos, cuando estaban en las casas donde ellos lo eran. Aconteciόle algunas veces, antes que fuese Comisario general en España, pasar por algún colegio y rogarle el Rector de él que predicase, y responderle que lo haría si el Rector, como Superior, se lo mandase, y en efecto lo hacía, queriendo antes ser mandado que rogado, por dar en todo ejemplo de verdadera humildad y obediencia. Había ordenado nuestro Padre San Ignacio que en las cosas que tocaban á su salud el santo Padre Francisco obedeciese á su compañero, que era un hermano que se llamaba Melchor Marcos (porque era tan fervoroso el santo Padre en sus penitencias y tan enemigo de sí mismo, que no miraba por sí y tenía necesidad de este freno para no perder en pocos días la salud). Fué cosa de admiración ver cuán puntual era en obedecer á este hermano, y la humildad con que le preguntaba si haría esto ó aquello; y si le daban alguna cosa para su salud, luego preguntaba si lo mandaba el hermano Marcos, y si acaso este hermano se ausentaba por algunos días, dejaba otro en su lugar y ordenábale lo que había de dar al santo Padre Francisco. Dadle esto, y decidle que yo lo dejé así ordenado; porque sabía que sola esta voz y sombra de Superior que dejaba le bastaba para que el santo Padre no se apartase de su voluntad. Y no solamente en su comer, sino también en las otras cosas que pertenecían á su salud, le obedecía como si fuera Superior suyo.

Estando en Lisboa algo indispuesto, le envió la reina Doña Catalina un recaudo para que fuese luego á palacio porque le quería hablar. Llamó el santo Padre Francisco al hermano Marcos y díjole el recaudo que le enviaba la Reina, para que él viese lo que había de responder y hacer. Pareció al hermano que no tenía el siervo de Dios disposición para ir aquel día, y esto se dió por respuesta y se hizo como el hermano lo había ordenado. La

misma obediencia guardaba con el cocinero, cuando le iba á servir á la cocina. Una vez, estando en Valladolid en la cocina, le llegó un recaudo de la princesa Doña Juana, que le mandaba que luego fuese á palacio. Llevóle el recaudo el portero y díjole el santo Padre que lo diese al cocinero para que él viese lo que se había de hacer, porque él estaba á su obediencia. Oyólo el cocinero y dijo: «Vaya, Padre, y vuélvase luego, que nos hará falta si se detiene, y dígale á su Alteza como está ocupado en la cocina y luego le dejará venir.» De la misma manera que el simple hermano se lo mandó lo cumplió el santo varón, porque habiendo brevemente satisfecho á lo que la Princesa quería de él, le pidió licencia para volverse luego, y le contó lo que el hermano cocinero le había ordenado, y la Princesa se la dió, quedando su Alteza y las demás personas que lo supieron admiradas y edificadas de ver la obediencia con que el religioso Padre y santo y discreto cortesano había ejecutado lo que aquel simple hermano con tanta llaneza le había ordenado.

Otra vez le mandó el hermano cocinero que sacase agua de la noria y que la trujese con dos cántaros de cobre. Hízolo así, y como por su flaqueza no pudiese llevar los dos cántaros y estuviese un poco parado, topóle un hermano y rogóle que á él se los diese, porque él los llevaría. No quiso el santo Padre, diciendo que el hermano cocinero era su amo y le había mandado que los llevase. Y porfiando el hermano que á lo menos le diese el uno, jamás lo consintió porque le había mandado que los llevase juntos. Solía decir que esperaba en nuestro Señor que tres cosas principalmente conservarían y acrecentarían la Compañía. La primera, la oración y uso de los santos Sacramentos. La segunda, las contradicciones y persecuciones. La tercera, la perfecta obediencia. Y daba la razón, porque la primera cosa nos junta y ata con Dios; la segunda nos despega de la vanidad y amor del siglo, y la tercera nos hermana y traba entre nosotros mismos, y nos une con nuestras cabezas.

Aunque era maravillosa su obediencia para con todos los Superiores (como habemos dicho), pero en las cosas que tocaban á la Sede Apostólica fué tan extremada y perfecta que los que la vieron no podían acordarse de ella sin grande admiración. Y tuvo particular consuelo en la última dolencia, por ver que moría en servicio de la Sede Apostólica y en aquella jornada que había hecho por su obediencia.

No sé si debo atribuir á la obediencia ó á la paciencia, ó (lo que es más cierto) á entrambas, aquella admirable constancia con que sufrió y obedeció al primer Superior de la Compañía que tuvo en Oñate, el cual, como consigo mismo era riguroso y gran trabajador, así quiso llevar al santo Pradre Francisco por sus mismos pasos. Dábale larga rienda para sus penitencias y asperezas y no le iba á la mano en sus fervores, antes le incitaba á mayores cosas que sus fuerzas buenamente podían llevar. Hacíale trabajar con la angarilla muchas horas y traer piedra y cal y otros materiales para la obra. Y el santo Padre, con una mansedumbre y santa simplicidad, le obedecía, como si aquel Superior fuera un ángel enviado del cielo para gobernarle. Porque por este camino le quería el Señor probar y labrar, y dárnosle por dechado y espejo de perfecta obediencia; como hizo á San Bernardo, sujetándole á la obediencia de un hombre que le afligía y atormentaba, y le curaba con cosas contrarias para su salud. No solamente al Papa y á los superiores espirituales era tan obediente, mas el mismo respeto guardaba á los temporales, como lo eran sus príncipes y los gobernadores que regían la república en lo temporal, porque mirando en ellos á Dios, los tenía presentes en sus oraciones, rogando cada día por ellos, y obedeciéndolos con humilde reconocimiento, según el consejo de San Pablo. Y procuraba que sus hijos y cuantos en sangre le tocaban acudiesen á esta obligación en todas las ocasiones, deseando que aunque fuesen seglares obedeciesen á su príncipe como si fuesen religiosos, como se verá en un solo ejemplo que sobre esto diré. El año 1556 llegó á España la nueva de la porfiada guerra que en los confines de Francia y Flandes traían los dos poderosos reyes, D. Felipe de España y Enrique de Francia, y que el rey D. Felipe enviaba á llamar gente de España. Hallóse en aquella sazón el santo Padre Francisco en Avila, dando calor á los principios del colegio que allí se hacía, y envió á llamar á todos sus hijos y hermanos, que brevemente se pudieron allí juntar, por no estar muy lejos; y como ellos se vieron llamar, cosa que el santo Padre nunca hizo, ni antes, ni después, se maravillaron y esperaban con deseo de saber qué sería la causa. Cuando el santo Padre les tuvo juntos les dijo: «El rey D. Felipe nuestro señor está casi rodeado de sus enemigos en Flandes; yo os he juntado para deciros que no tendré por mi sangre la que no fuere á ofrecerse y derramarse en su servicio.»

## CAPÍTULO IV

### Su alta oración y tierna devoción.

Pues fué tan humilde y tan pobre obediente el santo Padre Francisco, como habemos visto, no es maravilla que el Señor le haya regalado y enriquecido tanto con sus divinos dones. Entre los cuales fué muy principal y como la raíz y fuente manantial de los demás el don que le comunicó tan admirable de la oración y devoción, como por lo que en el discurso de esta historia habemos escrito se manifiesta, y por lo que diremos en este capítulo más particularmente se verá. Tenía gran cuenta con la pureza y limpieza de su corazón, como medio muy proporcionado para alcanzar el trato y familiar comunicación con Dios. El cual más perfectamente se da á las almas más puras, por estar más dispuestas para recibir el rayo de la divina luz. Para alcanzar esta pureza no dejaba pasar día ninguno sin examinar muchas veces su conciencia y confesarse sacramentalmente dos veces, una por la mañana para decir misa, y otra de noche para ir á dormir. Y era de tan delicada conciencia, que muchas veces en lo que confesaba no hallaban sus confesores qué absolver. Pero como su alma era esclarecida con los rayos de la divina luz, veía los átomos de sus imperfecciones, y estaba siempre temerosa que hubiese falta donde no la había. Que es propio de almas puras y de temerosa conciencia, porque saben que la vista de Dios es muy delicada y sutilísimo el peso de justicia y que los cielos no son limpios delante de su acatamiento. El Padre Dionisio Vázquez, que confesó al siervo de Dios muchos años, escribe de la pureza de su conciencia estas palabras: «Demás de las dos veces que se confesaba cada día, en cualquier hora del día que su temerosa alma sintiese ó temiese un remordimiento de algún defecto ó descuido, por ligero que fuese, luego, sin esperar á la confesión de la noche, se iba al aposento de su confesor y se reconciliaba, y las culpas eran tales, que yo, que le oí sus confesiones en España y Roma más de nueve años, puedo delante de nuestro Señor afirmar que en todo este tiempo no solamente no vi en su conciencia sombra de pecado mortal, pero ni cosa que claramente conociese ser digna de reprensión, como decir una liviana y jocosa mentira, un destemplarse en las

palabras ó en el comer, una palabra de jactancia ó ligera de murmuración ó cosa semejante. No quiero por esto decir que no pecaba venialmente, que bien sé que siete veces cada día cae el justo, y que no hay hombre que no peque y que todos ofendemos en muchas cosas, y que si dijéremos que no tenemos pecados nos engañaríamos y deslizaríamos de la verdad. Y sé que el hombre, por más limpio y santo que sea, tiene trabajo si en el rigor de su justicia Dios entra con él en juicio y no en blandura de su clemencia y misericordia. Pero quiero decir que nunca le conocí culpa que claramente lo fuese á mis ojos. Y para mí era singular argumento de su continua oración y actual presencia de Dios ver cuán sutil y delicadamente pesaba los pensamientos y los movimientos de su corazón y que la escobilla del examen de la conciencia no se le caía de la mano, como hombre por cuya alma entraban los rayos de la divina luz, que le mostraban los átomos y pelitos de las imperfecciones. Y como bien entendía cuán delicada es la vista de Dios y cuán sutil el peso de su justicia, y que los cielos no son limpios delante de él».

Con el uso continuo de la oración vino á hacer un hábito de hallar á Dios en todas las cosas, de manera que parecía que todos los lugares le servían de oratorio y los negocios de recogimiento y materia para la misma oración. Estudiando la primera parte de la *Summa* de Santo Tomás, compuso unas letanías de todos los artículos de ella, aprovechándose de la doctrina de aquel glorioso doctor para su memoria y devoción, en las cuales se reconoce su grande piedad y afecto devotísimo. Y como de todas las cosas hacía materia de oración y tenía á Dios presente, la primera letanía era de los Atributos divinos; la segunda, del Misterio de la Santisima Trinidad en común y de cada una de las tres personas divinas en particular; la tercera, de los Ángeles santos; la cuarta, del Misterio de la Encarnación del Verbo, que contenía la unión de su persona divina á la naturaleza humana; la quinta, de las virtudes y gracias dadas á Cristo; la sexta, de la Anunciación y Concepción de nuestro Redentor; la séptima. de los Misterios de la vida de Cristo, comenzando desde su bautismo; la octava, de la Pasión del Señor; la nona, del Misterio de la resurrección, la décima, de su gloriosa Ascensión; la undécima, del Santísimo Sacramento, muy á la larga; la duodécima, del bien del ánima criada y es en hacimiento de gracias; la penúltima, de los beneficios hechos al ánima en darle las vir-

tudes morales, las cardinales y las teologales infusas. La última, del ánima gloriosa y bienaventurada. Son tales todas, que quien las leyere quedará espantado de la piedad, devoción y santidad de este siervo de Dios, que halló tales invenciones para pintar con el estudio la oración.

De todas las cosas sacaba motivos para buscar á Dios y tratar con Él; cualquier trabajo que sabía del prójimo, público ó particular, luego le encomendaba á Nuestro Señor. Y siempre que le venía á la memoria alguna persona, luego hacía oración por ella. Cuando venía fiesta de algún Santo que tuviese octava, repartía por los días de ella sus virtudes para imitarlas. Y alguna vez notaba veinticuatro virtudes de algún Santo, para meditarlas é imitarlas en las veinticuatro horas del día. Cada año hacía particular fiesta y tenía singular recogimiento el día que hizo los votos, que hizo la profesión solemne ó recibió algún particular beneficio de la mano de Dios. Y eran tantas estas memorias que casi una alcanzaba á la otra. En estos días pedía con mucho afecto perdón de los pecados, daba gracias por los beneficios recibidos, proponía mejorarse y renovaba su espíritu suplicando á nuestro Señor y á los Santos le ayudasen para esto. El día de San Felipe y Santiago, cien veces al día se arrodillaba y hacía oración; para imitar en esto á Santiago el Menor, del cual dicen algunos tenía esta devoción como San Bartolomé. También era para este siervo de Dios muy festivo el día en que murió nuestro Padre San Ignacio, con no estar entonces declarado por bienaventurado; pero con todo eso celebraba su memoria como de Santo y pedía á nuestro Señor le diese á él gracia para imitarle y gobernar la Compañía con semejante prudencia y con igual afabilidad á la del Padre Laínez.

Cuando andaba caminos, aunque se cansaba con los trabajos é incomodidades de ellos, todavía se holgaba de caminar, porque no tenía quien le estorbase ni inquietase su oración. Los montes y los ríos y los campos le servían de despertadores y mensajeros de Dios, para conocerle, amarle y alabarle más en todas sus criaturas. El mismo gusto tenía de estar enfermo. Si la ocupación era alguna plática y conversación de seglares que no podía excusar, dejándolos á ellos en ella, él entraba dentro de sí y tenía á Dios tan presente como si estuviera en alguna profunda y alta contemplación; porque el cuerpo estaba con ellos y su corazón y espíritu con Dios. Aunque tenía casi continua ora-

ción y andaba en la actual presencia de Dios en todos tiempos y lugares, con particularidad oraba á cada hora del día, sin pasársele ninguna que no orase en ella, y en un librito de sus sentimientos espirituales hay muchos afectos y luces del cielo que nuestro Señor le comunicaba en las veinticuatro horas del día, de donde se colige que su sueño nunca llegaba á hora entera; pero adonde él más se regalaba era en la oración larga, intensa y sosegada que hacía cuando despertaba después de la media noche. La cual hacía con tan gran sosiego, que las cinco ó seis horas que duraba le parecían un cuarto de hora, y salía tan encendido el rostro de ella como una brasa.

Con ser tan sujeto y obediente al hermano Marcos, su compañero, como en el capítulo pasado queda referido, todavía cuando estaba en oración engolfado en sus fervorosos y amorosos coloquios con el Señor, algunas veces se detenía tanto, que el Hermano, temiendo que no le hiciese daño á su salud, daba golpes y le decía que acabase, y el santo Padre le respondía: «Un poco más, hermano Marcos, un poco más.» Porque estaba tan asido y abrazado con Dios, que parecía que no podía soltarle y desasirse de él. Andaba algunas veces tan transportado y absorto en Dios, que no parecía que estaba el alma donde estaba su cuerpo.

Estaban en su aposento sus compañeros y algunas veces hablaban entre sí tan alto como si el santo Padre no estuviera presente; y como si realmente no lo estuviera, así se había con ellos, sin hacer muestra alguna de sentimiento, ni de oir cosa de las que ellos hablaban, y esto les daba más libertad para hablar, porque sabían que aunque el cuerpo estaba con ellos, no lo estaba su espíritu. Otras veces, aunque estuviese con personas graves y de respeto, se elevaba y olvidaba de sí y de lo que se estaba tratando, y no podía hacer otra cosa ni estaba más en su mano, especialmente si algunos seglares querían meter pláticas impertinentes y de conversación, porque entonces (como dijimos) no estaba atento á lo que platicaban; y avisándole algunos Padres que caía en falta por esta causa y que algunas veces no venía bien lo que decía con lo que se trataba, respondía que más quería que le tuviesen por necio que perder tiempo, pareciéndole que era tiempo perdido todo lo que no se empleaba en Dios ó por Dios. Una vez, estando con el obispo de Plasencia, que le había venido á visitar, al mejor tiempo se levantó y bajó la esca-

lera como que le iba á acompañar, quedándose el Obispo con el Padre Araoz y ambos maravillados de verle tan elevado.

Amaba mucho á los que eran amigos de oración y mortificación y holgaba de tenerlos cabe sí algún tiempo y después los empleaba en el gobierno de la Compañía, para que se enseñasen y pegasen aquel saludable y necesario espíritu á los demás. Entre día se escabullía todas las veces que podía de los negocios y se iba á hacer oración delante del Santísimo Sacramento. Y cuando salía fuera de casa se entraba en las iglesias que le venían á mano para adorarle.

Era muy devoto de la Pasión del Señor y cada día hacía memoria y daba particulares gracias al Señor por las siete veces que derramó su sangre por nosotros, cuando le circuncidaron, cuando oró en el huerto, cuando le azotaron, cuando le pusieron la corona de espinas, cuando le desnudaron impiamente en el monte Calvario, estando las vestiduras pegadas á sus carnes y las arrancaron violentamente, cuando le enclavaron en la cruz y cuando le rasgaron el pecho con la lanza. Dando al Señor gracias por esto, le pedía que este derramamiento de sangre fuese para oirle y concederle particulares cosas que le suplicaba. Pedía asimismo él tuviese siete dolores en su corazón: el primero, de sus pecados; el segundo, de haber conocido tan tarde á Dios; el tercero, de las llagas de Cristo; el cuarto, de sus propias llagas, que causaron sus pecados; el quinto, de compasión del prójimo; el sexto, de ver la soledad de Cristo, á quien siguen tan pocos; el séptimo, de no haber muerto por el mismo Cristo. Veneraba, asimismo, fuera de las cinco llagas de los pies, manos y costado, las de las espaldas y pecho. En las siete horas canónicas tenía particular atención á varios pasos de la Pasión, absorto todo en la inmensa caridad de su Redentor Jesucristo. Llevábasele también los ojos el Niño Jesús en los brazos de su bendita Madre, y con grande afecto decía: «Por mí le traía la Virgen Santísima y anduvo cargada con su Hijo; para mí se aparejaba aquella sangre purísima del Niño tierno; por mí crece; para mi bien es toda su vida».

Llegó á muy alto grado de contemplación unitiva y afectiva y en ella se regalaba y abrasaba su espíritu y se encendía cada día más en el amor de su amado. Aquí era su descanso, aquí sus abrazos, aquí sus gozos, amando con gozo al Señor y gozándose de amarle. En levantándose, la primera cosa que hacía era arro-

dillarse y besar tres veces la tierra, para acordarse que era polvo y tierra y hacer gracias al Señor porque se había hecho hombre y muerto por los hombres, y suplicarle que le llevase para sí. Estimaba grandemente las reliquias de los Santos y procuraba que fuesen guarnecidas y adornadas lo más ricamente que podía. Porque decía que el oro y las perlas y las piedras preciosas en ninguna cosa se podían mejor emplear que en servicio y culto de su Criador y de sus amigos los Santos. Cuando veía ó tenía en la mano alguna santa reliquia se enternecía y con un sentimiento entrañable de su corazón, decía: «¡Oh santas prendas, dadas de Dios al mundo para alivio de nuestro destierro y esperanza de nuestro galardón! Vendrá tiempo que sea fin de los tiempos y medido con la eternidad en que os vestiréis ¡oh santos huesos! de la hermosura de la gloria y juntamente con vuestras almas resplandeceréis como el sol y vuestro trono será sobre las estrellas del firmamento.» De esta misma devoción procedió el uso que introdujo en la Compañía de repartir al principio de cada mes los Santos que caen en él, para hacerles aquel mes algún particular servicio y pedirles alguna señalada merced, teniéndoles por intercesores y abogados delante del Señor. El cual uso se le pegó del que había en casa de sus padres y con él fué criado.

Era devotísimo de las sagradas imágenes de Cristo y de los Santos, y á ellas juntamente con las santas reliquias, tenía en suma veneración: y ordenó que los hermanos novicios de San Andrés en Monte Caballo, de Roma, tuviesen imprentas de imágenes y que sacasen estampas de seda y papel y metal, en grandísimo número, porque se llevasen y repartiesen por todo el mundo. Y así envió el siervo de Dios desde Roma innumerables estampas de diferentes formas y maneras á las Indias Orientales y Occidentales, al Japón, á Alemania, Polonia, España y á las demás provincias. Y todo esto era para avivar la devoción en los católicos y para criar en la Compañía un espíritu en todo contrario al de los herejes, que sienten mal de nuestra piedad y espíritu de nuestra religión evangélica. Supo que en la iglesia de Santa María, la mayor de Roma, estaba la misma imagen de la Madre de Dios, que el Evangelista San Lucas pintó de su propia mano. Vínole grande deseo de tener su verdadero y vivo retrato y alcanzó con ruegos del cardenal San Carlos Borromeo (á cuyo cargo estaba aquella iglesia) que él pudiese hacer retratar esta imagen, de mano de un gran pintor de Roma. Y aunque los canó-

nigos pusieron grandes estorbos porque no se sacase el retrato de su imagen, pudo tanto la devota oración y perseverancia del santo Padre, que vino á tener la imagen como la deseaba, y la puso en un devoto oratorio, donde ordinariamente él decía misa en la casa profesa de Roma, donde por devoción de la imagen de la Santísima Virgen Nuestra Señora se comunicase á los fieles, hizo sacar algunos retratos en lienzos y tablas, de mano de un excelente artífice romano, y enviólos por rico y precioso presente á los Príncipes con quien más se comunicaba y sabía él que lo estimarían en lo que era razón, como fueron el rey católico de España D. Felipe, la emperatriz Doña María y la princesa Doña Juana, sus hermanas, el rey D. Sebastián y la reina Doña Catalina, su abuela. Envió asimismo el retrato de esta santa imagen á algunas casas de la Compañía.

También fué muy devoto de Nuestra Señora de Loreto, donde deseó vivir toda su vida, y en una ocasión le pagó la Virgen Santísima su devoción, porque habiendo estado seis meses muy malo con calentura y sin mejoría, se determinó así como estaba, hacerse llevar á aquel gran santuario, para agradecer, como él decía, antes de morirse los singulares beneficios que por medio de la Madre de Dios había recibido. Y aunque otros contradecían esta jornada, temiendo que se quedaría muerto en el camino, vióse por el efecto que fué inspiración de Dios, porque al paso que se iba acercando á Loreto, á ese paso le fué faltando la calentura, hasta que habiendo andado treinta millas, quedó bueno y sano, con lo cual el siervo de Dios, muy reconocido á la Virgen, decía que por su intercesión y ruegos le había nuestro Señor alargado la vida, para que tuviese tiempo de enmendarse y disponerse mejor. En otras muchas ocasiones mostraba el entrañable afecto y devoción que tenía á la Virgen Santísima, deseando que todos le tuviesen como medio muy proporcionado para su salvación y aprovechamiento espiritual, temiendo mucho que no sucediese mal á los que les faltaba esta importantísima devoción, y así, como advirtiese que unos novicios no habían escogido á la Madre de Dios por protectora y amparo con el fervor que otros, temiendo mucho de su perseverancia, encargó al maestro de novicios que cuidase de ellos con particular solicitud y vigilancia. Parece que profetizaba el santo varón lo que había de suceder, porque todos aquellos novicios faltaron en su vocación, ó por haber sido ella poco fundada, ó ellos muy desagrade-

cidos y tan poco devotos á la que les había de alcanzar el don de la perseverancia.

A la contemplación tenía el Santo Padre por el último fin de sus espirituales ejercicios, por ser la que hace unión entre Dios y el alma, y ella la trae como testigo de todas sus acciones, sin perderla de vista. Y decía que esta contemplación es el alto sitial y trono donde se sienta el alma á hallar la paz de su descanso y reposo con Dios; y después de preferir y anteponer la vida mixta á la contemplativa y activa, como el todo á sus partes, comparando las dos partes entre sí, decía que la contemplación es la hermosa Raquel, que enamora los ojos del luchador y vencedor Jacob, y que es la que ve á Dios con más claros y lindos ojos que su hermana Lía, que es la vida activa, ocupada exteriormente. Y que aunque Raquel, por su soledad y recogimiento, á los principios es tenida por estéril, y Lía por fecunda y fructuosa, pero que al fin sale la contemplación, como otra Raquel, con dos tan amables hijos, José y Benjamín, que son el claro conocimiento y el entrañable amor de Dios, á los cuales su padre Jacob, ama, regala y estima mucho más que á todos los multiplicados hijos de Lía. Agradábale aquella tan verdadera, como provechosa sentencia de los Padres antiguos, la cual la declaraba y extendía, diciendo que la alta contemplación es la excelente parte que escogió y nunca perderá María; porque si bien comienza en la tierra, se perficionará en el cielo, lo cual no alcanzará la hacendosa Marta con su acción sola, porque en el cielo, ni habrá necesidades, ni ignorancias de que se compadezca y procure remediar; mas nunca faltará la vista y amor de Dios, en que se cebe y emplee el alma, contemplando y gozándose de amar, y amando su gozo. Finalmente, comparaba esta oración y contemplación á la hermosa Abisag Simanitide, virgen honestísima, que sola se halló en Israel, digna y bastante para sustentar el calor y virtud del envejecido David, porque el hombre que ha servido á Dios y llega á la vejez, viene á no poder ejercitarse en las obras de la vida activa, con penitencias, peregrinaciones, enseñanza y remedio de los prójimos, ni puede sustentar el calor de su devoción con semejantes obras que hacía en su mocedad; pero susténtala y avívala con la pura y casta Abisag, amando, orando y contemplando y gozándose de los bienes que Dios tiene y goza, para lo cual no le es impedimento la vejez.

De la consideración del infierno sacaba grandes incentivos de

amor de Dios, y aquello que á otros causaba espanto, terror y tristeza, le era al santo Padre Francisco causa de alegría y amor fervoroso. Pero ¿de qué manera? Considerábase ya muerto y que por sus pecados salía del juicio de Dios condenado al infierno, que sus culpas merecían. Y consideraba que llegaba al lugar donde estaba una grande escuadra de almas atormentadas. Preguntaba: «¿Por cuántos pecados están ardiendo estas almas aquí?», y oyendo que por diez pecados mortales, decía él: «Mucho más he yo ofendido y merecido»; y pasando adelante veía él otras almas ser con mayor rigor castigadas, y de éstas también se informaba del número y calidad de sus delitos y conocía que aún merecía mucho peor lugar y mayor castigo que aquel. Y de esta manera iba bajando más y más y confundiéndose delante de todos los condenados, hasta llegar al lugar de Judas y Lucifer. Y parecíale que él por sus pecados é ingratitud merecía muchos mayores tormentos que ellos, y que pertenecía á la justicia divina fabricar para él un nuevo infierno. Y parecíale que le decían: «Aquí has de quedar con Judas»; y él daba por esto gracias á Dios y reconocía que usaba de mucha blandura y misericordia con él, pues merecía más que aquello. Luego le decían que volviese al lugar donde eran atormentados aquellos que primero vió estar por diez pecados, y regocijábase mucho por esta nueva misericordia; y luego le iban sacando los ángeles del infierno y puesto en el purgatorio, le decían que allí estaría hasta el día del universal juicio y que después subiría á gozar de Dios. Aquí era su gozo incomparable y se tenía por dichosísimo por verse escapado de eterna condenación. Y luego tras esta estación le llevaba un ángel con esta embajada del cielo: «Dios te hace gracia de ablandar aún esta sentencia y se contenta con que estés cien años enclavado con gravísimos dolores y afrenta en una cruz.» Y decía: «Vamos, ángel, vamos luego; de muy buena gana estaré cien años y mil años.» Aquí oía una dulcísima voz que le hablaba: «Vuélvete, Francisco, á la vida y vive entre tus hermanos, y sirve á Dios, y ten firme esperanza, que si bien sirvieres, alcanzarás eterna misericordia.» Aquí se deshacía en amor de Dios; aquí se encendía todo con inmenso regocijo; aquí se ofrecía á morir mil muertes y padecer mil martirios y los deseaba y eficazmente los pedía á Dios, conociéndose obligado á eternos servicios y agradecimientos, y de esta manera sacaba el amor de la consideración del infierno.

## CAPÍTULO V

### La devoción que tenía en la misa y con el Santísimo Sacramento del Altar.

La devoción del santísimo Cuerpo del Señor fué admirable en el santo Padre Francisco, y no hay hombre tan goloso y amigo de manjares delicados, cuanto él lo era de este manjar celestial. El cual (como dijimos) ningún día dejó de recibir, sano ni enfermo, hasta que de esta vida le sacó nuestro Señor. Y por no carecer de este celestial regalo, el viernes y sábado santo hacía los divinos oficios, aunque entre año, por estar más recogido, no solía decir misa cantada. Cuando iba de camino, por no carecer de este pan de vida, rodeaba una y dos leguas si era menester, para poder decir misa, ó se quedaba en alguna venta la noche antes, aunque fuese con poco abrigo y provisión, si aquello le venía á cuenta para trazar su jornada el día siguiente, de manera que la pudiese decir. Estando en Évora oprimido de la enfermedad y con una modorra mortal y sueño tan profundo que para despertarle era menester darle tormentos, á la hora de comulgar ni había dormir ni descuidarse un punto, de manera que parecía que aunque la carne estaba flaca y enferma, el espíritu estaba sano y robusto y deseoso de su bien. Su ordinario estilo en decir misa era no detenerse en ella desde el principio hasta el ofertorio y prefacio; mas llegando allí proseguía con tanta pausa y espacio hasta haber consumido, que en los dos mementos de los vivos y de los muertos se llevaba su hora entera.

Y lo que en otro sacerdote causara pesadumbre y molestia en los circunstantes, en el santo Padre Francisco causaba consuelo y devoción á todos, porque ya le conocían y sabían cuán regalado era de nuestro Señor y sacaban materia de oración y compunción, porque parecía á los que estaban presentes á su misa que les alcanzaba parte de aquella suavidad y misericordia de que el sacerdote participaba.

Para la misa se preparaba muchas horas con oración, examen de conciencia y confesión sacramental, acordándose que Cristo nuestro Señor lavó los pies á sus discípulos antes que instituyese este divinísimo Sacramento. Y porque podía esto servir para aviso y doctrina y consuelo espiritual de muchos sacerdotes que dicen misa, y no menos de los que la oyen cada día, me

pareció que debía poner aquí lo que el Santo Padre solía hacer, pedir y negociar con la divina Majestad en este altísimo Sacramento y soberano misterio, donde tan consolado y ayudado era de su misericordia. Mientras se revestía los ornamentos sagrados se miraba á sí mismo como un lobo vestido con la piel de oveja; luego hacía comparación de aquellas vestiduras preciosas, á las pobres y afrentosas con que Jesucristo fué vestido en su Pasión, á las sogas con que le ataron y á la Cruz. Y considerando la virtud de las vestiduras de Cristo, decía con aquella piadosa mujer del Evangelio: «*Si tetigero tantum fimbriam vestimenti ejus salvavero.*» Cuando iba al altar se acordaba de las amenazas que echó nuestro Señor en el *Exodo* á los que se llegasen al monte donde estaba un ángel que le representaba, y al sacerdote que allá subiese, con lo cual concebía grande reverencia y temor santo. En el *Introito* y la *Gloria* se maravillaba que siendo tan abominable pecador hubiese de cantar en tierra ajena el cántico del Señor y de los ángeles, juzgando que su boca inmunda no le merecía pronunciar. Al decir las oraciones se confundía de verse medianero é intercesor de las almas, quien con su mala vida y ejemplo las había escandalizado y sido lazo de perdición. La misma confusión tenía de leer la Epístola, pronunciando la doctrina del cielo y sabiduría de Dios quien había leído en el mundo en cátedra de pestilencia, y que hubiese de promulgar el Evangelio el que con su vida y obras le había contradicho. Al ofertorio se llenaba de empacho en pensar con qué cara ofrecería el homicida á un Padre amoroso el hijo que con crueldad y traición hubiese matado y rogaba humildemente al Padre Eterno que por su infinita bondad admitiese aquella ofrenda de tan maldito pecador. Cuando se llegaba á la Consagración, todo se conmovía y estremecía, como si realmente oyera de la boca del Salvador aquella sentencia: «*Ecce apropinquavit hora, et filius hominis tradetur in manus pecatorum,*» juzgando que él era el mayor pecador, á cuyas manos se entregaba el Hijo de la Virgen, con lo cual se enternecía sobremanera. En llegando á decir: «*Memento Domine famulorum famularumque tuarum,*» etc., se hacía presente á Jesucristo nuestro Señor como si real y presencialmente estuviera ante sus ojos pendiente y clavado en la cruz en el Calvario, y mirando sus llagas una á una, con amor, dolor y ternura entrañable iba repartíendo por todas cinco aquellas personas y aquellas necesidades que le deseaba enco-

mendar. Primeramente mirando la llaga de la mano derecha, decía en su corazón con afecto compasivo: «Dios mío y Redentor del mundo: en esa mano llagada pongo y os encomiendo al romano Pontífice, vuestro Vicario y nuestro Pastor dado á la Iglesia de vuestra mano, y juntamente con él os encomiendo los Cardenales y Prelados que tienen repartido el gobierno de las almas de vuestros fieles, y también os encomiendo á todos los eclesiásticos y santas religiones. Lo que os pido y suplico para todo este estado de la Iglesia es que les deis gran celo de la salud de las almas que rigen, y caridad, y humildad, y castidad, y oración, y sabiduría, para que ellos se salven y acierten á gobernar á sus ovejas; gobernadlos vos á ellos. ¡Oh buen Pastor! enseñad y dad santidad á este estado, de manera, que aprovechándose de vuestra luz, sea él luz de vuestro pueblo, antorcha que arda en sí y dé claridad á todos. Esto os pido, por la sangre que de esa mano, Señor mío, derramaste». Vuelto á la llaga de la mano izquierda, decía: «En la llaga, Redentor mío, de esta mano, os pongo y encomiendo á todos los príncipes cristianos, y á sus gobernadores, y ministros, y justicias, y pues les habéis puesto la vara de la justicia en sus manos, dadles el celo, la fortaleza, la prudencia y la paz entre sí y la victoria contra vuestros enemigos, y entre todos los príncipes, os suplico particularmente por los católicos, el emperador D. Carlos y el príncipe D. Felipe, su hijo. Y que pues en la tierra tanto los habéis aventajado, colméis en ellos vuestras grandes misericordias, aparejándoles coronas en vuestra gloria vos que reináis para siempre.

»En la llaga de ese pie derecho os encomiendo, dulcísimo Jesús, todas aquellas personas que ahora están en vuestra gracia y viven en caridad y por ella, según la presente justicia, tienen derecho al reino eterno; á éstos dad perseverancia en el bien, acrecentamiento en las virtudes y perfecto celo de vuestra gloria, para que se animen á encender en sus prójimos el fuego que en ellos arde de vuestra caridad.

»En la llaga del pie izquierdo os entrego, Señor mío, á todos cuantos están cautivos del demonio y en estado de condenación por el miserable estado de pecado mortal y ausencia de vuestra gracia. Para esto, oh soberano Médico, os pido la espiritual medicina, el perdón y la misericordia. Y pues ellos no tienen pies para ir á vos, ni fuerzas para desasirse de sus cadenas, llegue vuestra poderosa mano y virtud y los méritos de esa sangre, para

despertar su sueño, dar luz á sus tinieblas; véanse y conozcan su miseria y llamen á las puertas de vuestra clemencia y hagan de su parte lo que deben, pues vos tanto hacéis de la vuestra para reducirlos y salvarlos.»

Luego, por no ser él el peor librado, se deseaba entrar en la llaga del costado de Cristo y allí se ponía con todos aquellos por los cuales aquel día celebraba y por otras necesidades suyas y ajenas, y aquí se detenía más tiempo.

Ofrecía también aquel tremendo sacrificio, por cuanto Cristo nuestro Redentor le ofreció en el mismo instante que fué concebido y en el último que expiró. Al alzar la hostia pedía sentir los tormentos que Cristo sintió cuando fué alzado en la cruz, y en mirar y tocar el cáliz se abrasaba en deseos de derramar su sangre por Cristo y decía en su corazón: «*Quis mihi det ut moriar pro te*» No se pueden declarar los tiernos y admirables sentimientos que tenía cuando tocaba la hostia consagrada, por lo cual rogaba al santo Simeón y á San José, y mucho más á la Santísima Virgen, que trujeron á Cristo, siendo niño, en los brazos, que le enseñasen cómo le había de tratar y con qué respeto y reverencia tocar. A veces se pasmaba de horror cuando pensaba lo que sucedió á Hoza, que se atrevió á tocar el Arca y de repente se cayó muerto. Otras veces pensaba con gran dulzura cómo el Cordero de Dios se había puesto en manos del lobo, para que el lobo se entregase en manos del Cordero, y tantas veces se ofrecía al Señor cuantas le tomaba en sus manos, deseando sentir aquel dolor y compasión que tuvieron en el monte Calvario San Juan evangelista, la Magdalena y la misma Virgen Santísima. Otras veces, siempre que tocaba la hostia deseaba sentir la virtud del saludable contacto del Señor, que le diese las gracias y dones que le pedía. Muchísimas veces pedía á la Virgen Santísima le alcanzase gracia para tratar y reverenciar aquellos divinos misterios, como ella los reverenciaba después que Cristo nuestro Señor subió á los cielos. Mientras tenía estas consideraciones, principalmente en la consagración, le daba un temblor del cuerpo tan extraordinario y con tanta abundancia de lágrimas, que era fuerza por eso decir misa en secreto en una capilla retirada, lo cual le duraba hasta consumir.

Después de haber consagrado y llegado el memento de los difuntos, presentaba delante de Jesucristo nuestro Señor, las almas detenidas y atormentadas en el purgatorio, y con gran

sentimiento de compasiva caridad, decía á su Redentor: «Señor y Dios mío, estas almas criaturas son vuestras, hechas á vuestra imagen y semejanza; redimidas fueron con esta sangre preciosísima, que delante de mí tengo; creyeron en Vos, amaron os y sirvieron os, y partieron de esta vida mortal en vuestra gracia y en estado de salvación. Para estas almas tenéis, desde vuestra eternidad, aparejadas las sillas y coronas de vuestra gloria. Pues siendo esto así, ¿qué diré, Señor? Justo es vuestro castigo en ellas, yo lo confieso, y ellas lo conocen; mas ¡oh misericordia infinita! yo os suplico, por aquel amor con que por ellas en la cruz moristeis y os ofrecisteis en holocausto al Padre Eterno, que abreviéis el plazo de sus penas y las paséis á gozar de vuestra gloria.»

Aquí luego rogaba en particular por las almas á quien se conocía más obligado, y luego por aquellas que más necesidad de intercesión tenían, ó más faltas estaban de quien por ellas intercediese y satisfaciese. Cuando comulgaba y recibía el Cuerpo y Sangre del Señor, era como si al momento hubiese él de morir y ser juzgado del mismo Cristo, y considerando cómo sepultado el Señor las piedras del sepulcro le guardaron fielmente, se confundía y abatía debajo de las piedras, porque no había él sabido guardar á su Señor, y rogábale que cerrase y sellase su corazón, como el sepulcro, y le guardase y defendiese de sí mismo para que no le ofendiese.

Todas las misas que él podía decir, sin faltar á las principales fiestas de los santos, eran de la Santísima Trinidad, de cuyo inefable Misterio era devotísimo, á imitación de su Padre San Ignacio. Acabada la misa, era la acción de gracias de un grande rato de rodillas, é inmoble, la cual no dejara él de hacer por ninguna persona que le esperase, ni por ningún negocio temporal. A veces se estaba tanto tiempo, que era necesario hacerle como por fuerza levantar y sacarlo de allí. Elevábase algunas veces tanto en la misa, que le inquietaban y tiraban de la casulla para que pudiese proseguir.

Para gozar más á sus solas del Señor y enviar suspiros al cielo, tenía en la casa de Roma un aposentillo muy estrecho sobre el altar mayor, y lo mismo procuraba siempre en las otras casas y colegios donde había de residir. Este rincón era su refugio y guarida; á este nido volaba siempre que se podía escapar del tráfago y tropel de los negocios; allí se elevaba y trasportaba

en Dios y en suaves éxtasis enagenado de sus sentidos, gozaba de los dulces abrazos de su Criador.

Esta devoción al Santísimo Sacramento fué muy antigua en el santo varón, por lo cual, siendo duque de Gandía, hizo agregar la Cofradía del Santísimo Sacramento de la iglesia mayor de Gandía, á la archicofradía de Roma, del mismo misterio en la Minerva; y con esta ocasión introdujo en Gandía la comunión general cada mes, comulgando entonces casi todo el pueblo; siendo en esta devoción el primero de todos el mismo Duque. Hizo tanto bien, que cuando se llevase el Viático á los enfermos, se tocase primero la campana por una hora entera, para que los ocupados se pudiesen desocupar para irle á acompañar, y él lo hacía primero que nadie, enviando también de su casa cuatro pajes con hachas, que fuesen alumbrando. Y aconteciósele algunas veces oir la campana una legua del lugar, y al punto dejaba todo y corría á Gandía para acompañar á su Señor, lo cual hacía con singular reverencia y devoción, y dejaba luego buena limosna á los pobres enfermos, imitando en esto al duque D. Juan, su padre. Tenía gran devoción con el Viático, y deseaba expirar al punto en que le recibiese en su última enfermedad, por lo menos que lo último que hiciese en esta vida fuese una comunión espiritual. Admiraba en este beneficio del Viático la suma benignidad de Cristo, como de un Rey tan amoroso que, no contento con alzar el destierro y llamar á un desterrado de su reino, él mismo en persona fuese por él. Con este santo pensamiento se enternecía mucho. Siempre que salía de casa visitaba primero al Santísimo Sacramento, pidiéndole licencia y juntamente su favor para agradarle en aquella salida. Cuando volvía de fuera iba de la misma manera á visitar luego al Santísimo Sacramento, y examinar delante de Él cómo se había habido mientras estaba fuera, porque todas sus delicias eran estarse con este Señor y admirar y agradecer un extremo de amor tan grande como nos mostró en este divino misterio.

## CAPÍTULO VI

### Su grande mortificación y áspera penitencia.

La alteza de la contemplación de este siervo de Dios se puede echar de ver por el rigor de su mortificación, porque con mucha razón tuvieron los santos por sospechosa la ora-

ción que no tiene por hermana y compañera la mortificación, porque si se dejan vivos los apetitos y no vencidas las pasiones, ¿cómo podrá ser la oración humilde, casta, mansa, encendida de amor de Dios y vencedora de los enemigos del alma? Esta filosofía tenía bien entendida el santo Padre Francisco, de cuyas penitencias y perpetua mortificación en esta historia algunas veces hemos hablado, y en él fué tanto más admirable cuanto se había criado en mayor regalo. Pero pues vamos contando aquí algunos ejemplos de sus virtudes, no es razón que pasemos en silencio los que en esta virtud tan importante de su mortificación fueron más ilustres. Cuando le alababan alguna persona como santa y perfecta, decía: «*Serálo si es mortificada*». Tenía su cuerpo por capital enemigo, y nunca quiso hacer paz ni treguas con él; y buscaba y hallaba siempre en qué maltratarle, y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudadan á afligirle. Si el sol le fatigaba caminando en el estío, decía: «*¡Oh, cómo nos ayuda bien el amigo!*» Y lo mismo decía del hielo y del aire y de la lluvia en el rigor del invierno, y del dolor de la gota y del corazón y de los que le perseguían y murmuraban. Considerando muy de ordinario cómo estaría uno que estuviese atado á una cadena con un león feroz, cómo desearía que desjarretasen al león y le ayudasen á él para que no le hiciera la fiera pedazos, si hallase una espada, cómo la tendría siempre en la mano para defenderse de tan cercano enemigo, «yo soy éste, decía, que estoy atado al hombre viejo, que como bravo león quiere comerse mi alma, y tengo necesidad de velar, pedir siempre ayuda, estar siempre con la espada de la cruz y mortificación en la mano para desjarretar á tan cercano enemigo, porque aquellos que no se afligen ni quieren mortificar sus gustos, son semejantes al que se viese despedazar de un león y no quisiere que nadie tocase al león.» Otras veces se consideraba como los niños de Babilonia en un horno ardiendo, al cual daban fuego el mundo y la carne, y decía que siempre había necesidad de tener continuamente en la boca el cántico de *Benedicite*; otras veces se consideraba rodeado de muchos enemigos que, ya unos, ya otros, continuamente le combatían. Armado, pues, con semejantes consideraciones, no perdía ocasión de vencerse, mortificarse y afligirse; no se contentaba con llevar con maravillosa paciencia y sufrimiento los trabajos y los dolores de las enfermedades que padecía, pero buscaba maneras para acrecen-

tarlos, añadiendo dolores á dolores y penas á penas. Las purgas, por amargas que fuesen, las bebía á sorbos, como si fueran una escudilla de sustancia; las píldoras amargas las mascaba y deshacía entre los dientes y las traía en la boca muy despacio; de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos, y crucificaba su carne. Preguntóle una vez su compañero por qué lo hacía así y se maltrataba de aquella manera; respondió con grande confusión: «Pague esta bestia lo que ha holgado y los gustos que ha tomado en las cosas de esta vida, y acuérdese de la hiel amarga que se dió en la cruz al Redentor del mundo.»

Estando el siervo de Dios en Simancas, un hermano estudiante novicio, que era cocinero, quiso regalarle con algún guisado hecho de su mano. Salió á la huerta y cogió de las hierbas que había, y entre ellas buena cantidad de ajenjos sin conocerlos, y de ellos y de las demás hierbas hizo un guisado y púsole con grande contento delante del santo Padre Francisco, diciendo: «Coma esto vuestra reverencia que yo he guisado de mi mano;» en comenzando á comer de ello, sintió el santo varón la amargura de los ajenjos, y bajando sus ojos con gran mesura, sin mostrar disgusto ninguno, comió buena parte de las hierbas; y el cocinero le preguntaba: «Padre, ¿no estaba bueno el guisado?» El santo Padre le respondió: «*Cierto, hermano, que ha días que no he comido cosa más á mi propósito.*» Como levantasen el plato, quisieron los hermanos probar lo que había quedado, y hallaron lo que era. Corrido el cocinero fuese á echar á los pies del siervo de Dios, pidiéndole perdón, y él con mucha blandura, sonriéndose, le dijo: «Andad, Dios os bendiga, que ninguno en esta casa ha acertado tan bien como vos á darme lo que yo he menester.» Dando la limosna á los pobres en la portería de nuestra casa, vió á uno muy asqueroso, llagado y sucio, que estaba comiendo muy grosera y puercamente una escudilla de lentejas muy tosca. Causóle al siervo de Dios toda esta junta de cosas algún asco, pero él con gran valor, por vencer en sí toda repugnancia, cogió lo que al pobre le sobró y se lo comió con gran devoción.

Yendo una vez con el Padre Bustamante, llegaron á una posada donde no hubo para dormir sino un aposentillo estrecho, con dos jergones de paja. Acostáronse los dos, y el Padre Bustamante, por su vejez y por ser fatigado de asma, no hizo en toda la noche sino toser y escupir, y pensando que escupía hacia la

pared, acertó á escupir en el santo Padre Francisco, y muchas veces en el rostro. El santo varón no habló palabra, ni se mudó, ni desvió por ello. A la mañana, cuando el Padre Bustamante vió de día lo que había hecho de noche, quedó en gran manera corrido y confuso, y el santo Padre Francisco no menos alegre y contento, y para consolarle le decía: «No tenga pena de esto, Padre, que yo le certifico que no había en el aposento lugar más digno de ser escupido que yo.» Solía decir á su hermana Sor Juana de la Cruz, abadesa de las Descalzas de Madrid: «Hermana, el buen ejercicio de nuestro estado es ponernos á punto de morir veinticuatro veces al día, para ser de los que dice el apóstol: *Mortui estis, etc.* Yo me hallo ahora muy bien, que puedo decir: *Quotidie morior.*»

Decía que cuando consideraba las penas del purgatorio no le espantaban tanto por ser penas como por no poderse con ellas merecer, y que si se pudiera con ellas merecer, como se puede merecer en esta vida con las obras penales y de penitencia, no las temería, y por ventura desde luego las pidiera á nuestro Señor. Decía también que viviera desconsolado, si supiera que la muerte le había de tomar en día que no hubiese hecho alguna penitencia y mortificado sus sentidos, y así él andaba en perpetua vela, haciendo guerra á su carne. Y por mucho que procuraba que los que andaban con él no entendiesen que tomaba este castigo voluntario, no podía todas veces encubrirlo tanto que no lo echasen de ver. Porque notaban que traía pelados los aladares, de arrancarse los cabellos, y que algunas veces ponía arena y chinillas en los zapatos, para que andando le lastimasen los pies, y que cuando por los caminos no podía ser sentido, tomaba en las posadas sus disciplinas; tenía ciertos artificios para sacarse sangre con dolor y se daba muchos pellizcos; y que en el estío se iba muy despacio por el sol y por la nieve y hielo en el invierno, y otras cosas como estas, que daban á entender el afecto y cuidado que tenía de su mortificación.

Siendo Virrey en Cataluña y después General de la Compañía en Roma, tenía con su llave cerrados los cilicios y disciplinas que usaba, y los paños con que limpiaba la sangre que se sacaba; los cilicios eran tan ásperos y rigurosos que causaban horror y admiración, y fuera de eso traía una cinta ó cadena de hierro sobre sus carnes desnudas que le afligía mucho. De tener tantas horas al día la boca cosida con la tierra en su larga ora-

ción, vino á perder las muelas y después á encancerársele la boca, de manera que si no se remediara con tiempo en breve se acabara su peregrinación. También tuvo las espaldas desolladas de los azotes y tan molidas y maltratadas que se le pudrían, y él mismo vino á tener escrúpulo de ello: y decía que confiaba en el Señor que le habría ya perdonado los excesos y rigores de que había usado para castigarse porque los había hecho con buen celo y con deseo de agradarle, que es cosa que también algunos Santos hicieron y después temieron. Aun siendo Duque acostumbraba á disciplinarse tan fuertemente que el aposento donde esto hacía estaba lleno de sangre, por más que él procuraba recogerla en algunos paños. Crecieron mucho estos rigores después que entró en la Compañía, y algunas veces que le escucharon siendo General llegaban y pasaban de ochocientos azotes los que se daba. Su abstinencia fué rara, como habemos visto, y desde que fué Duque fué grande ayunador, y en las cuaresmas eran los ayunos de pan y agua tres veces en la semana. Al fin vino á enflaquecerse tanto como lo significa aquel pedazo de su misma piel que le sobró, y la doblaba dos palmos sobre el estómago, siendo antes tan grueso que para llegar á comer tenía hecha en la mesa una gran cavidad como media luna.

A la penitencia llamaba camino real del pecador para el cielo. Una vez, rogado é importunado mucho en Oñate por algunos Padres muy hijos y queridos suyos que les dijese algo de sus penitencias, en cierta ocasión les dijo: «Que sin duda á él le sería amarga y desabrida la comida el día que no castigase su cuerpo con una buena disciplina»; y era tan riguroso en tomarla, como hemos dicho, pues algunas veces acontenció á su compañero contar ochocientos y más azotes, y no bastaba darle muchos golpes y hacerle señal para que no pasara adelante y dejase la disciplina de las manos, y así no es maravilla que dejase todo el suelo bañado en sangre y salpicadas las paredes. Otra vez dijo que no le regalasen hasta que hubiese alcanzado de Dios una cosa que le pedía, y era que los regalos le fuesen tormentos y los trabajos regalo. Y viendo á la condesa de Lerma, su hija, fatigada de dolores y que se quejaba, dijo: «Dalos Dios á quien no los quiere, y á quien los desea no se los da.»

Cuando no podía excusar en sus caminos de posar en casa de algún señor, procuraba en la mesa comer (si podía) lo que comiera en su refectorlo. Otras veces dormía en la tierra desnuda.

Fué tan grande el deseo y perseverancia que tenía de mortificarse, que habiendo por sus enfermedades continuas de estómago y aprietos de corazón y grandes flaquezas dejado de comer manjares cuaresmales más de veinte años por orden expresa de los médicos, que le dijeron que se moriría si los comiese, quiso hacer una prueba de sí, que aunque pareció al principio muy dificultosa y casi imposible, al parecer de los médicos, todavía su determinación y oración se la hizo fácil, porque sabiendo que la santidad del Papa Pío V, siendo más viejo que él, ayunaba los advientos y las cuaresmas y vigilias entre año, y que dejaba de comer carne, se determinó de seguir su santo ejemplo, y pospuesto cualquier peligro de salud que le pudiese suceder, se privó de la carne una cuaresma, comiendo solamente un poco de pescado, y viendo que no le había hecho notable daño, lo llevó adelante las otras cuaresmas, advientos y días de ayuno ó de abstinencia que manda la Iglesia entre año, quedando todos los que conocían su complexión y enfermedades maravillados del ánimo y determinación que tuvo y del buen suceso que nuestro Señor le dió. Mucho más era lo que deseaba padecer y mortificarse que lo que se mortificó, con ser en todo cuanto podía, por lo cual con deseos procuraba suplir lo que le faltaba de fuerzas. Y así, cuando en sus enfermedades le sangraban, iba considerando la sangre que salió de las manos y pies de Cristo nuestro Señor en la cruz y ofrecíale de corazón toda la que le quedaba á él y su vida, suplicándole que le diese gracia para ponerla por su amor en el martirio.

## CAPÍTULO VII

### Tuvo muy mortificados los afectos de carne y sangre.

No es maravilla todo lo que hasta aquí hemos dicho de la mortificación de este siervo fiel de Jesucristo y perfecto imitador suyo; respecto de lo que ahora diremos, porque su mortificación, no solamente era de asperezas y penitencias corporales, sino mucho más de sus pasiones y afectos, y echábase bien de ver el cuidado que tenía de mortificarlos y la victoria que había alcanzado de sí mismo, por el despegamiento que tuvo de todo lo que le tocaba en carne y sangre, que por ser afecto natural y con el cual nacemos todos, y estar tan arraigado en nuestras entrañas, el religioso que sabe vencerle y medirle con sólo el amor espiritual de

la caridad que el Señor nos enseña, tiene andado mucho y es señal que ha ya vencido, ó que vencerá fácilmente las otras pasiones que no son tan naturales ni tan vehementes como ésta, porque (como admirablemente dice San Gregorio), muchos hay que después de haber dejado sus haciendas y todo cuanto poseían en el siglo, y lo que es más, á sí mismos, despreciándose y teniéndose en poco, y hollando con igual constancia la prosperidad y la adversidad, se hallan atados con el vínculo del amor del deudo y sangre, y queriendo indiscretamente cumplir con esta obligación, vuelven con el afecto de carne y parentesco á las cosas que ya tenían dejadas y olvidadas, con menosprecio y victoria de sí mismos, y amando más de lo que deben á sus deudos, se ocupan en las cosas exteriores, de manera que se apartan del que es Padre de su corazón. Porque muchas veces vemos que algunos que por lo que á ellos toca carecen de los deseos de esta vida y que con la profesión y con la obra han desamparado el siglo, están tan asidos al desordenado afecto y amor de sus parientes, que por ellos entran en las audiencias y tribunales y se enredan en los pleitos y marañas de las cosas terrenales, y dejan la libertad de la paz y quietud interior y se engolfan de nuevo en los negocios seglares, que habían ya dejado. Todo esto es de San Gregorio (1).

No es pecado amar al deudo porque es deudo, antes hay obligación de amarle por este respeto más que á otro que no lo es; pero si este amor se funda solamente en la naturaleza, no es amor propio del cristiano y mucho menos del religioso, pues todos los hombres, aunque sean inhumanos y bárbaros, quieren bien á sus hijos y á los que están conjuntos consigo en naturaleza. Pero el cristiano, y más el religioso, ha de subir de punto este amor natural como dice el mismo San Gregorio (2), y apurarle como en el crisol con el fuego del amor divino y cercenar del todo lo que le puede dañar y apartar del amor del sumo bien, y amar á los suyos, no tanto porque la naturaleza le inclina á amarlos, como porque Dios le manda que los ame y amarlos para lo que él los ama, y quiere que nosotros los amemos, y así el mismo San Gregorio en el mismo lugar añade estas palabras: «Aquel buscará al Señor más familiarmente, que por su amor desea no conocer á los que conoce según la carne, porque el cono-

(1) Lib. VII in Job, c. 14.
(2) Homil. XXVII.

cimiento de Dios se menoscaba cuando se reparte y desagua en el conocimiento de la carne; por tanto, el que quiere allegarse de verdad á Dios apártese de sus deudos y parientes, porque de esta manera los amará tanto más sólidamente cuanto estuviese más despegado del afecto frágil y quebradizo del parentesco carnal y más varonilmente los menospreciare por amor del Señor». Y más abajo: «De tal suerte debemos compadecernos de las necesidades de nuestros deudos, que la compasión no ablande ni estorbe el rigor de nuestra intención ni el afecto que arde en nuestras entrañas nos aparte de nuestro santo propósito. Porque no debemos creer que los Santos no aman á sus deudos (que sí aman); pero con el amor espiritual vencen y sobrepujan al amor carnal y le templan y moderan con tal discreción que no declinan, ni se desvían un punto del camino derecho y seguro de su perfección».

Así lo hacía el santo Padre Francisco, el cual desde que inclinó sus oídos para oir la voz de Dios, que le mandaba que se olvidase de su pueblo y de la casa de su padre, se olvidó de tal manera de sus hijos, hermanos y deudos y de las leyes y respetos del mundo, que parecía que había nacido y criádose toda su vida en religión, porque ni en sus palabras, ni en su trato había rastro ni cosa que tuviese sabor al olor de lo que antes había sido en el siglo. El verle tan despegado de su carne y sangre causaba á los extraños gran maravilla y á sus deudos sentimiento. Pero así los que se quejaban como los que se maravillaban tenían materia de edificarse y alabar al Señor, que en una tan feliz memoria como era la del santo Padre Francisco, hubiese puesto tanto olvido de las cosas á que el afecto natural tanto nos inclina. Y entendían que este descuido nacía del solícito cuidado que tenía de trocar la tierra por el cielo, y por el Criador la criatura. En una carta que escribió de Roma el año 1566, á 8 de Abril, al Padre Araoz, hablando de aquel despegamiento que tenía á los suyos, dice estas palabras: «No dejo de amarlos y de rogar por ellos como debo, y quizá es más acepta la oración cuanto menos tiene de carne; muera, muera, que de su muerte sale la vida».

Estando en las casas de la Reina, supo el fallecimiento de su hija sor Dorotea, á la misma hora que ella expiró en el convento de Santa Clara de Gandía, y estuvo con la misma paz y serenidad como si fuera extraña. Pero no es tanto de maravillar que

él no sintiese pena de la muerte de una hija suya, que en tan tierna edad y con tan vivos y encendidos deseos de su perfección había acabado su destierro é ídose á gozar de los regalos de su dulcísimo Esposo Jesucristo; más admiración pone lo que le aconteció con la muerte de la condesa de Lerma, Doña Isabel, su hija, la cual fué dotada de raras virtudes y gracias naturales y muy querida de su padre, porque estando en Valladolid, y yendo á palacio, le manifestó nuestro Señor, estando en la misma calle, que repentinamente era pasada de esta vida, y luego cerró los ojos del cuerpo y abrió los del alma y estuvo como un credo en oración, diciéndola un responso, y siguió su camino. Llegado á palacio trató con mucha serenidad con la Princesa los negocios que llevaba, y despidiéndose de ella, le dijo: «Ruegue vuestra alteza á Dios por el alma de su sierva y querida Doña Isabel, que ahora supe que se nos ha ido á la otra vida repentinamente». Turbóse la Princesa, y díjole: «¿Y cómo es nueva esa para dármela tan de paso? ¿Y no hay más sentimiento en el padre de la muerte de tal hija?» «Señora—respondió el santo Padre,—como la teníamos prestada y vino por ella su dueño, ¿qué podemos hacer sino volverla alegremente y darle muchas gracias por el tiempo que nos la dejó y no quejarnos porque nos la quitó, especialmente habiéndola librado de tan mal mundo, y mejorádola y llevádola el Señor á gozar de sí á las moradas eternas, como yo espero de su misericordia?» Volvió al colegio, dijo misa por ella, y este fué y no mayor su sentimiento. El mismo día vino el condestable de Castilla á visitar al santo Padre y á darle el pésame de la muerte de su hija, y como le vió tan sereno y tan sin pena, movido de alguna indignación, le dijo: «¿Es posible, señor, que no sienta vuestra señoría la falta de tal hija y en tal edad, doliéndome á mí en el alma su muerte?»

Respondióle el santo Padre: «Señor, el día que Dios me llamó á su servicio y me pidió el corazón, se lo deseé entregar tan enteramente, que ninguna criatura le pudiese turbar ni viva ni muerta.» Y conforme á esto solía decir dos cosas, cuando sucedían casos adversos. La una, no se os dé nada por nada. La otra, hase alzado Dios con su gloria. Pues si no, ¿qué hay que temer? Diciendo un día misa en el oratorio de la misma condesa de Lerma, el Conde, su yerno, puso en el altar una tabla en que estaba retratada al vivo la duquesa Doña Leonor de Castro, mujer que había sido del santo Padre, pero disfrazada con nombre de

Santa Catalina. Hizo esto el Conde por ver si la memoria de la Duquesa difunta hacía algún sentimiento en aquel corazón en que estaban tan muertos los hijos y deudos vivos. Acabada la misa preguntó su compañero al siervo de Dios qué pintura era aquella. Y él le dijo que era el retrato de la duquesa Doña Leonor, y que no había causado en su alma más alteración que si nunca la hubiera visto, sino para encomendarla á Dios. Y añadió: «Avise al Conde que se contente de tenerla en su aposento y no la ponga más en el altar, aunque de Leonor la haya hecho Catalina.»

No poco se edificó la santidad del Papa Pío IV en una cosa que se ofreció en Roma, en que el siervo de Dios mostró cuán descarnado estaba del amor de sus hijos. Porque sabiendo que el Papa le tenía gran voluntad y que buscaba ocasiones para hacerle merced, nunca se pudo acabar con él que suplicase á Su Santidad que dispensase con D. Alvaro de Borja, su hijo, para que se casase con su sobrina, hija de su hermana Doña Juana de Aragón, que había heredado el marquesado de Alcañices. Vino á oídos del Papa que D. Alvaro (para quien se pedía la dispensación) era hijo del bienaventurado Padre Francisco, y que el mismo santo Padre no le quería hablar en cosa de tanta calidad y que tanto importaba á su hijo, y pareciéndole cosa muy nueva y extraña, le mandó llamar para informarse, si era verdad lo que se le había dicho.

Vino el siervo de Dios muy descuidado de pensar que Su Santidad le quería preguntar lo que le preguntó, y después que le respondió la verdad y dijo cómo D. Alvaro era su hijo, maravillándose mucho el Papa, le dijo: «¿Pues cómo es posible que no nos hayáis dicho siquiera una palabra sobre este negocio, sabiendo, como sabéis, nuestra voluntad y el deseo que tenemos de mirar por vos y por tódas las cosas que os tocan?» «Yo, Padre Santo, respondió el santo varón Francisco, aunque he sido importunado de muchas partes que suplicase á vuestra Santidad diese la dispensación á D. Alvaro, nunca lo he podido acabar conmigo. Porque tengo por cierto que si ha de ser para servicio de nuestro Señor, que vuestra Santidad se la dará sin mi suplicación ni intercesión. Y si juzgare otra cosa, antes tengo yo de suplicar á vuestra Santidad que no se la dé, como se lo suplico. Porque más obligación tengo yo de mirar por la conciencia de vuestra Santidad y por el buen nombre de esta Santa Sede, que

por todos los haberes é intereses temporales de mis hijos.» Muy contento y edificado quedó el Papa con esta respuesta del santo varón; pero queriendo favorecerle, le preguntó: «Pues ¿qué os parece que hagamos?» «Paréceme, Padre Santo, dijo el siervo de Dios, que pues dos tíos pretenden casarse con la Marquesa, su sobrina, el uno primo hermano del padre y el otro hermano de la madre, y para poderlo hacer piden ambos dispensación á vuestra Santidad cada uno por su parte, que se la conceda á ella, para que escoja y tome por marido al que quisiere de los dos, porque con esto se cumplirá con ambas partes, y la Marquesa se casará libremente con el que de los dos le diere más gusto.»

Quedó el Papa no menos admirado que edificado de ver al santo Padre Francisco tan desarraigado de todo lo que era su carne y sangre y tan prudente y circunspecto en sus palabras y obras. Pero no por esto siguió en esto su parecer, antes le dijo que quería dispensar con D. Alvaro para que se casase con su sobrina, porque era servicio de Dios y de su Iglesia que él favoreciese á su persona y á todas las que le tocaban. Y que pues él de tantas maneras servía á la Sede apostólica y se olvidaba de sus hijos por amor de Dios, era justo que Su Santidad por su respeto los amparase y tomase debajo de su protección. Por este medio de la sequedad y despegamiento de su padre alcanzó mejor D. Alvaro su pretensión, porque el mismo Señor que movía al santo Padre Francisco á hacer lo que hizo, movió también á Su Santidad á conceder lo que el Santo Padre no le quería suplicar, para darnos en lo uno ejemplo de lo que los religiosos debemos hacer, y enseñarnos en lo otro que, teniendo nosotros cuidado del servicio de Dios y de la edificación de nuestros prójimos por su amor, el mismo Dios le tendrá de nosotros y todas nuestras cosas. Otro caso semejante le sucedió con el emperador Carlos V, cuando le fué á visitar la segunda vez á Yuste, suplicando al César favoreciese al Almirante de Aragón en un pleito que tenía contra el duque de Gandía, hijo del mismo santo Padre, como ya hemos referido. No quiero dejar de añadir aquí lo que le sucedió siendo seglar, en que mostró mucho cuánto más podía con él la razón y la necesidad de su prójimo que el afecto de la carne y sangre. Tratábase un pleito en el Consejo Real, sobre mucha hacienda, entre el duque D. Francisco y la duquesa doña Francisca, su madrastra, que había quedado viuda del duque D. Juan, su padre, con muchos hijos

de aquel segundo matrimonio. El duque D. Francisco ni gustaba del pleito ni se holgaba de que se trajese; pero no podía acabar con la duquesa doña Leonor que se desistiese de él. Parecíale á esta señora que con segura conciencia ella no podía dejar perder tanta hacienda con agravio de sus hijos. Un día llegó á Santa Clara el Duque, y llamando á sor Francisca, su tía, le dijo: «¡Oh Madre, y qué buenas nuevas tengo, y qué alegre estoy! Que en el Consejo Real han dado sentencia contra mí, y en favor de la duquesa doña Francisca, mi señora.»—«¿Pues de esto se alegra tanto vuestra señoría?—dijo sor Francisca.»—«Sí, y con razón, dijo el Duque, porque mis hijos no tienen tanta necesidad como mi señora, y siempre me inclinaba yo á desear esto.» Pero esta alegría no la osó mostrar á la duquesa doña Leonor, porque estaba muy de la parte de sus hijos. De esta manera se conformaba con las cosas que le sucedían contrarias y á los ojos del mundo adversas. En suma, lo que se puede decir de las penitencias y mortificaciones de este siervo de Dios es que, como otro San Pablo, después que le llamó nuestro Señor á su servicio, no dió oídos á la carne y sangre. Y las llagas de su Señor Jesucristo, si no las traía en el cuerpo, como San Francisco de Asís, las traía en su corazón, no gloriándose en otra cosa sino en la cruz de Cristo.

## CAPÍTULO VIII

### Su grande caridad y blandura.

ALABA con razón el glorioso San Jerónimo (1) á San Ejupeiro, obispo de Tolosa, porque ayunando y no comiendo él, daba de comer á los otros, y se afligía más con el hambre de sus prójimos que con la que él mismo padecía. Esto mismo podemos decir con verdad del bienaventurado Padre Francisco, que consigo era áspero y severo y con los otros muy blando y suave. Y puesto caso que á los que le tocaban en sangre, porque los miraba como á parte de sí mismo, no mostraba tanto cariño ni regalo (como en el capítulo pasado se dijo), pero á ellos y á todos los demás amaba con un tierno y espiritual amor, y cuando para bien de sus almas le habían menester, hallaban en él entrañas de verdadero padre, y para sus necesidades

(1) Epist. IV, ad Rust. Mona.

y fatigas, alivio, remedio y consuelo; porque aun siendo seglar fueron grandes las obras de misericordia que ejercitó, y daba con tan grande gusto las limosnas, que todas las noches aparejaba una suma de dinero que al otro día por la mañana había de repartir á los pobres; poníala debajo de la almohada ó de lo que tenía por cabecera, como si no pudiese tener reposo en otra cosa sino en la caridad, para que su lecho fuese semejante al de Salomón, del cual se escribe: *Medium charitate constravit.* Todos sus súbditos sabían que era tanta su caridad que podían seguramente descubrirle sus pechos y descargar en él sus aflicciones, trabajos y cuidados, así del cuerpo como del ánima, y que no se enfadaría ni cansaría por cosa que le dijesen. De esta suavidad nacía la manera tan paternal y blanda que tenía en el trato con sus súbditos en el mandarles lo que les ordenaba. Porque por maravilla les decía haced esto ó aquello, sino por caridad que hagáis tal ó tal cosa: ¿os atreveríades á ir á tal parte? ¿Halláisos para esta misión? ¿Paréceos que podíades leer tal cátedra? Pensado he de ocuparos en tal oficio ó negocio, pero quiero saber de vos primero, lo que os parece; y con otros semejantes modos, que todos eran argumento de su dulzura. En sabiendo que alguno de sus súbditos é hijos estaba afligido y desalentado, luego se ponía á pensar lo que él podría hacer para alentarle y mejorarle en toda virtud y perfección.

Cuando algún súbdito suyo caía en alguna falta ligera ó descuido, su más áspera reprensión era decirle: «Dios os haga santo, hermano; ¿cómo hicisteis ó como dijisteis esto?» Pero si la falta era grave y pedía más satisfacción no la dejaba sin castigo; mas para que se llevase mejor, él mismo llamaba al que había faltado, y con entrañas y amor de padre se ofrecía á hacer penitencia por él. Y con esta caridad y blandura robaba y ablandaba los corazones de sus hijos, y hacía que la pena, no solamente sirviese para escarmiento y pago de la culpa, sino principalmente para compungir y trocar el corazón y cortar las raíces de las caídas. Imitaba también la condición y bondad de Dios en el perdonar, porque después de esta satisfacción y enmienda no se acordaba ni trataba más de las culpas pasadas, como también lo hacía nuestro Padre San Ignacio, á quien quería imitar en todo.

Decía que el siervo de Dios no debía hacer cuenta que tenía una sola cabeza y dos ojos y dos manos, sino que todas las cabezas y manos y ojos de sus prójimos eran suyos, para sentir los

trabajos de ellos y remediar sus necesidades, como si fuesen propias. Porque esto es ser miembros de un mismo cuerpo y compadecerse y alegrarse con los que padecen y se alegran, y hacer lo que dice el Apóstol San Pablo que él hacía, que es enfermar con el que está enfermo y afligirse con el afligido. Maravillábase el santo Padre Francisco de los superiores que andan á buscar particulares modos para mortificar á los religiosos que están debajo de su obediencia y gobierno, como si la misma religión, y la vida que en ella se profesa, no fuese una perpetua mina y fuente manantial de mortificaciones. Decía que más debía el buen Superior buscar invenciones para aliviar y facililar á sus religiosos la cruz que llevaban, por serlo (que ni es pequeña, ni con fuerzas humanas se podría llevar si Dios no los favoreciese con la especial gracia), que no para hacerla más áspera y dura de lo que ella es, aunque el ayudar y probar al súbdito para su aprovechamiento y aumento en la vía espiritual conforme á su necesidad y á la caridad y prudencia paternal es cosa loable y ejercicio usado santamente en las bien instituídas religiones. Era el Padre Juan González en aquellos principios Rector del colegio de la Compañía en Valladolid, buen religioso y varón de probada virtud y devoción; mas era de un natural grave y severo, y porque un hermano se reía mucho algunos días en el refectorio, le reprendió ásperamente y le llamó inmortificado y aseglarado, que no sabía irse á la mano y vencer la risa con la razón. Esto le dijo el buen Padre, pareciéndole necesario para reprimirle la tentación de la risa.

Y aunque el pobre Hermano le certificaba que no estaba en su mano y que hacía grandes esfuerzos para no reirse, todavía le decía el Padre Juan González que era liviandad y falta de espíritu y de mortificación, y de no andar dentro de sí ni traer la presencia de Dios en su alma. Aconsejábale que meditase en la agonía de la muerte y en las penas del infierno y en la Pasión del Señor, y que con esto no se reiría. Sobre esto él estuvo demasiadamente severo, y el Hermano afligido y desconsolado; pero la bondad y suavidad de Dios puso su mano enseñando al uno lo que en sus largos años aun no había aprendido, y consolando al otro de esta manera: Acababa el día siguiente el dicho rector de vestirse los ornamentos sagrados para salir á decir misa á la iglesia, cuando al salir de la sacristía le vino cierta memoria á la imaginación, que le movió á risa repentinamente y

con tal violencia, que sin poderla vencer se hubo de volver á la sacristía. Y por más contemplaciones que buscó, y aunque probó á usar los remedios que había dado al Hermano, no bastó cosa para templar el ímpetu del reir, y así se desnudó sus ornamentos y se quedó aquel día sin decir misa é hizo penitencias y dióse á sí mismo las reprensiones que dió antes al Hermano; pero con todo esto, el segundo día, queriendo salir á decir misa, le aconteció lo mismo y el tercero también. Todos estos días quedó privado de la misa, pero más abiertos los ojos para no condenar á su Hermano tan ligeramente y para no ser tan incrédulo á lo que le afirmaba de su poca ó ninguna culpa.

Fuese al santo Padre Francisco, y contándole lo que le había sucedido con el Hermano y á él en el tiemqo de la misa, pidióle remedio y consejo. El santo Padre se sonrió y declaróle cómo fué castigo blando de nuestro Señor; que le diese muchas gracias porque no le permitió venir aquella tentación en medio de la misa y delante del pueblo, como él lo merecía, por contristar á aquel pobre Hermano, y aconsejóle que fuese á él y en el refectorio públicamente conociese su culpa y le pidiese perdón, y que con esta humildad y satisfacción cesaría todo. Fué así que se le quitó á él la tentación de la risa y quedó avisado para otras cosas de allí en adelante, que no le sirvieron poco, y reconoció su cura después de Dios á la santa prudencia del santo Padre Francisco.

Llególe á hablar cuando salía de casa cierto hombre que estaba en necesidad. Al punto que la conoció el siervo de Dios dijo á su compañero que fuese volando á su aposento y tomase un manteo nuevo que le había enviado una marquesa y que lo diese á aquella persona, diciendo que á él no le venía bien traer manteo nuevo, pues había escogido estado de pobreza. No es maravilla que hiciese esto siendo religioso, pues cuando era duque y llegó otro á pedirle limosna mandó luego al mayordomo que se la diese, el cual, enfadado que diese tantas limosnas, respondió que no tenía qué darle. Mandó luego el piadoso duque que una fuente de plata que estaba allí la vendiese para darle limosna, diciendo: «Tomad esta fuente, que no es mía, sino de los pobres, y así haced dinero de ella para darles lo que es suyo.» Cuando vino á Roma, siendo duque, el año santo, si en el camino encontraba algún pobre á pie, fuera de darle limosna, se apeaba él de su mula y le hacía subir en ella y él iba á pie sirvién-

dole de mozo de mulas, con harta fatiga suya, por no estar enseñado á andar á pie. De esta manera iba hasta llegar donde daba de comer al pobre y le servía, ejercitando con él toda misericordía, como si fuera el mismo Cristo.

La blandura de este siervo de Dios no estaba sólo en ser riguroso y molesto á sus prójimos y hacerles bien, sino también en sufrir que le fuesen otros molestos á él y llevar sus males, porque es gran parte de la caridad la paciencia y sufrir faltas ajenas. Cuando llegó el siervo de Dios á Lisboa estaba aposentado en Jobregas en la casa que allí tenía la reina Doña Catalina junto al mar, convaleciendo de una grave enfermedad: allí le envió la Reina una redoma de cristal llena de agua destilada de la flor de la canela, traída de las islas Molucas y tenida en grande estima, que decían los médicos ser singular remedio para las grandes frialdades y flatos, que tan perdido le tenían el estómago y la salud. Quebró este frasco de cristal un Hermano que servía al santo Padre, por descuido, y perdióse todo el precioso licor, y esparcióse un fragantísimo olor por toda la casa, y como le sintió el santo Padre, preguntó qué olor era aquél tan grande. El Hermano, con mucha confusión y pena, le dijo el desperdicio del agua de la flor de canela, y como el siervo de Dios le sintió turbado y penado, le dijo con rostro muy alegre: «¿Pues eso os da pena? No importa, que como sin esa medicina he pasado hasta ahora, podré pasar de aquí adelante.» Esta paz y suavidad le era ordinaria al santo varón con todos y en todas las ocasiones.

Estaba un día el siervo de Dios en Simancas haciendo una plática grave y provechosa sobre el camino de la vida espiritual y modo de alcanzar las perfectas virtudes. Hallábanse á este razonamiento presentes el Maestre de Montesa, hermano del santo Padre, y otros caballeros y muchos Padres y Hermanos de la Compañía, y en el mayor fervor de la plática, trayendo el santo Padre una similitud para confirmar con ejemplo lo que iba diciendo, se levantó en pie un Hermano de los coadjutores temporales muy simple, y quitándose el bonete dijo: «Padre, á mí se me ofrece otra comparación muy buena para eso que vuestra reverencia dice.» El santo varón, con gran paz y reposo, le dijo: «Yo me holgaré de oirla; dígala, Hermano», y él salió con una cosa muy conforme á su rudeza, aunque no mala, y acabándola le dijo el bienaventurado padre: «¿Tiene otra cosa que

decir?» Y respondiendo el Hermano que no, le dijo el siervo de Dios: «Pues siéntese, que muy bien ha dicho.» Y él prosiguió su razonamiento con maravillosa disimulación y sosiego, y nunca después reprendió al simple Hermano ni le quiso advertir que aquel tiempo y lugar era para oir y callar, pero otros se lo avisaron para que otra vez fuese más considerado.

Fué también grande ejemplo de su afabilidad y blandura el que mostró con un caballero principal de España, el cual, por haber sido maltratado en un encuentro que tuvo con un pariente cercano del beato Padre Francisco, no osaba parecer en España: llegó á Roma y entróse por las puertas del santo Padre, y cerrando tras sí la puerta del aposento, se le hincó de rodillas, y con abundancia de lágrimas le dijo: «Yo, señor, soy el desdichado D. Fulano, y como vuestra paternidad sabe, ando desterrado de mi tierra natural por no parecer ante las gentes que me conocen. Vengo á pedir á vuestra paternidad que, como consuela y esfuerza á los otros, me consuele y esfuerce á mí, y me aconseje qué haré para no perder mi alma, ya que la honra con lo demás está perdida.» Tuvo el bienaventurado Padre grandísima compasión, y con demostración de doloroso sentimiento le abrazó y lloró con él, y le consoló y ofreció todo su favor é intercesión con Dios y con los hombres para su sosiego y contento, asegurándole que si él con su sangre y vida le pudiera reparar el daño y menoscabo, la pusiera para su remedio. Regalóle en casa y sirvióle cuanto le fué posible, y luego le persuadió que se recogiese algunos días é hiciese una general confesión de toda su vida, porque, purificada su alma con Dios, ó nuestro Señor le restituiría todo su contento, ó le daría paz y paciencia en sus trabajos, con que los llevase con merecimiento y alegría, tomándolos por penitencia y fructuosa satisfacción de sus culpas. Fué esta blandura y regalo del santo Padre gran parte de consuelo y remedio de aquel afligido caballero, el cual salió de allí admirado de la benignidad y caridad del siervo de Dios. Esta dulzura y caridad del santo Padre para con sus prójimos manaba como de su fuente de aquel amor tan fino y perfecto que él tenía para con Dios, en el cual y por el cual y para el cual él los amaba, y cuanto era mayor el fuego del amor que ardía en el pecho del santo Padre para con el Señor, tanto eran más vivas y más encendidas las llamas que salían de él para con sus hermanos.

¿Pues quién podrá explicarse la caridad que tuvo para con Dios? Él que se la dió sólo lo sabe. Pero por lo que hizo y padeció por Él, podemos rastrear algo de ella, y no menos por el deseo afectuoso y encendido que tenía de morir por su amado, pues según la doctrina de Cristo nuestro Señor, en ninguna cosa se descubren más los quilates y fineza de la caridad, que en dar la vida por su amigo. Escribió el Padre Diego Laínez, General de la Compañía, á todas las provincias de España que los que tuviesen eficaces deseos de ofrecer á nuestro Señor sus vidas entre los gentiles de las Indias, ó de emplearse en enseñar á los niños la gramática en estas partes de Europa, se lo escribiesen á Roma.

Era entonces el santo Padre Francisco Comisario general en España, y puesto que la carta de su General no hablaba con él, quiso responder por sí y escribióle otra de su propia mano, que por declarar en ella el deseo que nuestro Señor le daba de derramar su sangre por Él la quiero yo poner aquí por sus mismas palabras que son las que siguen:

«Vuestra Paternidad manda á los hermanos de la Compañía que le declaren sus deseos de ir á Indias y de leer las ínfimas clases de gramática á los niños. Yo, Padre, aunque no tengo salud para la larga jornada de Indias, ni talento suficiente para enseñar á nadie todavía, digo que Dios nuestro Señor me hace gracia de darme muy particular y entrañable deseo de morir derramando la sangre por la verdad católica y en servicio de la santa Iglesia. Los medios para conseguir este mi deseo yo no los sé, y los que se me ofrecen los tengo por sospechosos por salir de mi cabeza. Y soy tan miserable que tras este deseo del martirio me hallo con tan flaca virtud, que aun no puedo sufrir un mosquito, si no es con gran favor de nuestro Señor. Pido por caridad á vuestra Paternidad que le ofrezca este deseo por mí y le suplique le dé eficacia y efecto si de ello es servido; ó que á lo menos haga que á mí me sea otra muerte y otro martirio verme morir sin morir derramando la sangre por Él. Heme aquí, Padre; heme aquí; plegue al Señor de dar el *Perficere* como ha dado el *Velle*.—De Valladolid 29 de Julio de 1559.»

Fué muy ardiente el celo que tenía de la salvación de las almas, sin perder ocasión de ayudarlas cuanto podía, aun por los caminos y lugares donde estaba de paso, haciéndoles pláticas espirituales y doctrinas, exhortando á todos á la virtud, y para que

el fruto fuese más general, hacía convocar los lugares circunvecinos, como le aconteció una vez que pasó por el Estado de Alcañices.

## CAPÍTULO IX

### Cómo usaba de severidad en algunos casos.

No faltaba, en medio de esta mansedumbre y condición blanda, el celo de la justicia y la severidad, cuando conocía ser necesario echar mano del rigor. Y así, después de haber usado de la blandura con amorosos medios, conforme á su natural inclinación y costumbre, cuando éstos no aprovechaban volvía la hoja y no consentía que por flojedad y falsa misericordia se quedasen los daños sin remedio y al malo se le diese ocasión de ser peor. De este celo nació el ejemplar y famoso castigo que hizo de tantos bandoleros siendo Virrey en Cataluña, yendo él por su persona á prender los que turbaban y escandalizaban el reino, y colgando un día cuarenta y cinco por los mismos caminos que ellos tenían infamados y teñidos de sangre de inocentes. Y cuando algún criado de su casa con juegos, liviandades ó enemistades daba mal ejemplo, si avisado y reprendido no corregía sus pasos, sin respeto ni compasión le castigaba hasta venir á echarle de su casa, aunque le hiciese mucha falta y tuviese de él notable necesidad. Decía que aquél era el pie, la mano y el ojo que nuestro Maestro y Redentor nos manda en su Evangelio desmembrar del cuerpo, cuando nos es causa de escándalo.

Y siendo Comisario en España, porque un Rector de un colegio era algo áspero de condición y no trataba á sus súbditos con la blandura que él deseaba y acostumbraba, le envió á llamar, haciéndole caminar muchas leguas, y llegado, le dió una severa reprensión por su aspereza, y acabándosela de dar, le mandó que luego á la hora se tornase á su colegio sin que se detuviese más allí. Y las últimas palabras fueron: «Si yo os parezco muy riguroso en esto que ahora uso con vos, aprovechaos de ello, y considerad lo que todo el año sentirán vuestros súbditos cuando vos lo sois con ellos y ved que esta aflicción que vos tenéis un rato los aflige á ellos siempre por vuestra condición.» Fué cosa de admiración el provecho que en aquel Padre hizo esta severidad, porque le mudó Dios en otro hombre del que era primero, en cuanto á la blandura y mansedumbre.

Yendo de camino, vió que un hermano que iba con él habló con alguna mayor libertad á una persona de lo que le parecía al santo Padre que convenía, y en saliendo de la posada llamó al hermano y con rostro severo y celo religioso, le dijo: «¿A vos os parece que por andar caminos y posar en ventas y mesones tenéis licencia de desviaros de aquella modestia y perfecta religión que en un colegio de la Compañía se suele y debe guardar? Pues yo os certifico que si andáis conmigo os cumple ser muy recatado y modesto, como si en un estrecho noviciado estuviésedes, y si no lo hacéis así os prometo de dejaros en el primer colegio donde llegáremos.» Porque unos lectores de la Compañía leyeron y defendieron algunas opiniones nuevas y no conformes á la común y recibida doctrina, así en la filosofía como en la teología escolástica (aunque lo que enseñaron no era mala doctrina), les quitó el oficio de lectores, porque decía que quien inventa novedades y curiosidades en la filosofía y las sustenta con pertinacia, otro día se desmandará en materias sagradas y querrá defender sus novedades, aunque se atreviese algún escándalo de ello. Lo mismo usó con predicadores que con indiscreto celo pasaban de la debida modestia en sus reprensiones públicas, especialmente si se desmandaban contra los Prelados ó personas públicas. A estos tales predicadores, ó les quitaba los púlpitos, ó á lo menos ordenaba que por algún tiempo no predicasen en ciudades, sino en aldeas ó lugares comunes, porque allí fuesen gastando los aceros y perdiendo los bríos demasiados, y después volviesen á los pueblos grandes con más moderación. Mas porque muchas veces los delicados hijos del siglo se sienten demasiado y se quejan sin justa causa del predicador que les dice las verdades que no les convienen, no se movía el santo Padre luego que se le quejaban del predicador, á descomponerle. Primero examinaba y sacaba en limpio si la culpa estaba en el que reprendió ó en las delicadas orejas de los que son demasiadamente sensibles.

Era áspero y riguroso un superior de la Compañía, y queriendo el santo Padre Francisco (que era ya General en ella) remediar esto sin nota ni ignominia de aquel Padre (que aunque se dejaba llevar de aquella natural falta, era gran siervo de Dios y ejemplar religioso), halló y usó de este medio, que sin descomponerle ni quitarle el cargo que tenía le envió á mandar que ninguna cosa de importancia ordenase sin el consejo y parecer de

dos Padres que le nombró, muy prudentes y moderados. Con esto, aquel Padre quedó con su oficio y nombre de superior, y juntamente se le ataron las manos para que no se descuidase en dejarse llevar de su condición, y así estuvo atraillado hasta que se le acabó el tiempo de su oficio.

Enviaba desde Roma por Visitador de una provincia á un Padre muy prudente y ejercitado en cargos, al cual él amaba y estimaba mucho, y el Visitador, por sus enfermedades y flaqueza continua de cabeza, siendo el tiempo muy caluroso, quería llevar un quitasol que le hiciese sombra contra el rigor del sol, como lo suelen usar por aquellas tierras, en los grandes calores, los que caminan. Súpolo el bienaventurado Padre Francisco, y mandóle decir que no llevase aquella prevención contra el sol. Pero que si su flaqueza de cabeza era tanta que temiese algún gran daño de caminar en aquel tiempo, dejase el camino y el oficio, que por menor inconveniente tenía que la provincia por entonces se quedase sin Visitador que introdujese en ella aquel uso de quitasoles, porque si comenzaba por necesidad se proseguiría sin ella por el ejemplo de un Visitador que en todo lo demás era tan ejemplar y merecía ser estimado.

Entró, estando en Roma, á visitar un Padre enfermo en el colegio Romano, que era uno de los antiguos y principales de la Compañía y Procurador general de ella, y en aquella enfermedad tomaba por orden de los médicos recias medicinas para sudar. Vió el santo Padre que tenía cubierta la cama con un pabellón de lienzo viejo por el calor necesario y porque los mosquitos le tenían pintado todo el rostro como de viruelas. Con todo esto, le envió luego á decir que le rogaba que aunque su necesidad fuese grande, como entendía que lo era, quitase el pabellón de la cama porque era cosa que él no había visto en la Compañía y que no se holgaría que en su tiempo se comenzase, pues á algunos parecía regalo, y por ventura otros sin tanta necesidad se aprovecharían de él con su ejemplo, y que pues en todo le daba bueno, le diese también en esto.

## CAPÍTULO X

### Cómo se hubo con sus injuriadores.

Aunque para todos sus prójimos tenía el bienaventurado Padre Francisco las entrañas que habemos dicho, pero mostrábalas particularmente y ejercitaba más su caridad con los que decían mal de él y le perseguían. A los tales llamaba bienhechores, por el bien que hacen los enemigos á los que persiguen, aunque no le pretendan hacer. Nunca se le oyó palabra contra ellos, ni para descargo suyo, ni consentía que en su presencia se dijese ni se hablase cosa que pudiese desdorar el crédito de los que le calumniaban. Y si no podía defender la obra excusaba la intención diciendo: «Él piensa que acierta, y su celo es bueno; no hay que culparle.» Otras veces decía: «Más es lo que mis pecados merecen, y si en algo yerran yo suplico al Señor que los perdone.» Era cosa maravillosa ver la serenidad y alegría que tenía cuando se levantaban contra él algunos nublados y cuán seguro estaba en medio de la tempestad. Porque algunas tormentas y contradicciones muy graves padeció, con las cuales le ejercitó y probó el Señor (como suele á sus grandes siervos y amigos), las cuales, después de haberle probado, el mismo Señor sosegó y le sacó á puerto seguro y tranquilo, como hemos dicho. No solamente con palabras ejercitaba el santo Padre la caridad y modestia con sus adversarios, pero mucho más con las obras, cuando se le ofrecía ocasión y ellos tenían necesidad de su favor, como lo hizo en algunos casos graves.

Estando el siervo de Dios en un lugar llamado la casa de la Reina, se puso un domingo á oir un sermón que un religioso predicaba en presencia del condestable de Castilla y de la duquesa de Frías y los condes de Oforno y de otros muchos caballeros. El predicador estaba sentado en una silla arrimada al altar mayor, y el santo Padre Francisco se sentó á sus pies en una grada del altar porque no le pudieran quitar aquellos señores de su humilde lugar. El religioso, como si no llevara otra cosa estudiada y como si su Evangelio fuera de aquel argumento, se entró en la materia de la obligación que Dios tiene puesta á los padres de mirar por el bien de los hijos y de criarlos en severidad y castigo porque no se desvíen de la virtud. Y de este lugar universal des-

cendió en particular á reprender ásperamente al Padre San Francisco que le tenía á sus pies, por haber dado sus rentas y Estado á un hijo de pocos años y dejádole en tanta abundancia y libertad, y que Dios le demandaría á él estrecha cuenta de todos los trabajos, revueltas y alborotos del reino de Valencia. Y sobre esto fué tan demasiado, que aquellos señores estuvieron movidos á hacerle callar, y acabado el sermón le riñeron gravemente. Pero lo que el siervo de Dios hizo fué irse al religioso acabada la misa mayor y llevóle á comer consigo, dándole con mucha humildad la mano derecha y la cabecera de la mesa, y después de comer lo apartó á un cuarto y le dijo: «Yo, Padre, agradezco mucho á vuestra reverencia lo que hoy me ha dicho, y creo ciertamente que en reprenderme y condenar mis obras ha agradado á nuestro Señor, porque sin duda es más lo que yo merezco oir. Pero holgaríame que vuestra reverencia me dijese de dónde sabe que si yo quedara en el siglo, con el hábito y estado que tenía antes, no hiciera cosas peores y más escandalosas que las que han sucedido. Yo, Padre, en mi resolución y mudanza seguí el consejo de mi Redentor Jesucristo, que estima y remunera al que por su amor desprecia las piquezas y Estados é hijos y abraza la pobreza y cruz en que por nosotros él expiró. Y como entendí que al otro mozo no le consintió aguardar la muerte de su padre para que dilatase entrar en su escuela hasta darle sepultura, me pareció que yo no estaba obligado á esperar á morir para desamparar el siglo por amor suyo y para hacerme discípulo (aunque indigno) de su escuela. Pero con todo eso, si en lo que hago ó en lo que ahora digo escandalizo á vuestra reverencia, yo le pido por reverencia de Dios que me perdone, que no permite la razón que haya entre nosotros división ni disgustos siendo hermanos y siervos de un mismo Señor». Dichas estas razones, se le arrodilló á sus pies, procurando besárselos, y el buen religioso hizo lo mismo, y desde allí quedaron muy conformes y amigos, y el predicador conoció que en lo que había dicho contra el santo Padre faltó y erró como mal informado, y que llevaba una buena afición de la paciencia y humildad y caridad del santo varón Francisco de Borja. Doña Isabel, su tía, cuando hizo profesión en Santa Clara de Gandía y se llamó Sor Francisca de Jesús, hizo donación y renunciación de la mitad de los Estados de Sesa y Gandía en el santo Padre Francisco, su sobrino, que en aquella sazón era niño, para que con los de su padre los heredase. Sucedió

que siendo ya Duque estaba oyendo un sermón en este monasterio de Santa Clara, que predicaba un religioso, y Sor Francisca le oía también con sus monjas, y no sé á qué propósito el predicador saltó de la materia de su Evangelio á reprender ásperamente á las monjas que entrando en religión dejan á sus parientes los bienes temporales y en ellos renuncian sus rentas y Estados, para que los gasten en pompas, edificios, cazas, músicas y caballos. «Mucho mejor (dice) dispensárades vos vuestros bienes repartiéndolos entre los pobres, que no los profanarán, como lo hacen estos seglares.» Todo el auditorio entendió que la represión tiraba al Duque y á su tía Sor Francisca, la cual, como prudente y que sabía que lo que hizo de sus rentas y Estados ni fué sin maduro consejo de muchos letrados religiosos ni se pudo excusar, no hizo caso de lo que el predicador voceó una hora. Mas el temeroso Duque, no solamente no se indignó contra el que en público, sin entender lo que decía, le dió aquella mano, pero quísose aprovechar del sermón y formó escrúpulo de dispensar más aquellas rentas que de su tía gozaba, y antes de irse á comer, aunque era el mediodía y ya las monjas estaban en su refectorio, envió á llamar á su tía, porque tenía necesidad de comunicar cierto negocio luego con ella. Y ella, maravillada de que á tal hora la hiciese el Duque salir fuera de su refectorio, salió al locutorio y dícele: «¿Qué hay, señor, que á tal hora viene vuestra señoría?»

«Madre mía, dice el duque, ya ha oído lo que el Padre hoy nos ha predicado á nosotros dos. Cierto, yo conozco que él tiene razón, que vuestra reverencia dió esta hacienda á quien la emplea mal y desperdicia. El vínculo hecho en la casa no le podremos desatar, pero las rentas y todo el usufructo yo espero que se gastará mejor que hasta aquí. Luego, después de comer, vendrán aquí mi contador y tesorero; vuestra reverencia les ordene cómo y dónde quiere que se gasten esas rentas, y como lo ordenare y dispusiere se hará sin falta, que yo desde hoy más alzo de ellas la mano para todos los días que viviere. Y cuanto fuere en mí procuraré que el marqués haga lo mismo cuando sucediere en el Estado. Y con esto á lo menos se excusará que nos digan en los púlpitos que disipamos la hacienda de los pobres.» Rióse sor Francisca, y dijo: «Hijo y señor mío, no hay para qué hacer caso de eso, ni vuestra señoría tenga escrúpulo por lo que este Padre ha dicho, que yo sé bien que cuantas religiosas esta-

mos en este convento, no acertaríamos á emplear esta hacienda *tan bien* y tan en servicio de Dios como vuestra señoría la gasta. Y yo recibiría mucho disgusto y pesadumbre si más en esta materia se hablase. Váyase á comer, que Dios y yo tenemos muy fiel tesorero y despensero en vuestra señoría.»

Un teólogo de mucha autoridad y opinión de doctrina desde el púlpito y desde la cátedra se mostró muy áspero y acedo contra el santo Padre Francisco y contra la Compañía; calló á todo el bienaventurado Padre, y aunque fuera parte por hacerle callar, aguardó en silencio y aspereza á que Dios le cerrase la boca, como lo hizo, porque desde á pocos días un grande de España, por ciertas palabras que aquel teólogo en su deshonor había dicho, le quiso maltratar de palabras y aun de obra. Pero avisado de ello el bienaventurado Padre Francisco, se puso de por medio y aplacó el grande y libró de un manifiesto peligro de la vida al que tan públicamente había murmurado de él, dejándole con esto muy obligado.

Otro predicador famoso y de ilustre sangre se hizo grande amigo del santo Padre Francisco en la corte, y en su púlpito y en las conversaciones alababa y ensalzaba la Compañía de tal modo que ya parecía demasía. Pidió este predicador al santo Padre que le favoreciese con los príncipes para que entrase á servir en la casa real con título honroso. Hízolo así el siervo de Dios, y por intercesión suya fué proveído en un oficio lustroso en la casa del rey. Pero pareciéndole al sobredicho que aquel cargo que se le dió no respondía á sus esperanzas, sangre y merecimientos, se salió de la corte indignado y fuese á otras partes, donde volvió la hoja, y de predicador y pregonero del santo Padre y de la Compañía, se mostró enemigo y perseguidor pública y particularmente, con no pequeña admiración de las gentes, que veían de una misma boca salir cosas tan contrarias, y escribió al santo Padre Francisco cartas muy injuriosas, llamándole en ellas ingrato y deshonrabuenos, que no sabía favorecer sino á ruines y á modorros. Estas eran sus palabras. Mas á todo esto calló el santo varón y ordenó que ninguno de la Compañía respondiese, sino que esperasen á que Dios respondiese por la verdad y justicia, como siempre lo suele hacer. No pasó largo tiempo, que volviendo este teólogo á la corte para predicar allí contra el santo Padre lo que fuera de ella había predicado, le prendieron públicamente por el santo oficio de la Inquisición y

le penitenciaron de manera que nunca más tuvo licencia de subir en púlpito ni tuvo libertad para hablar.

Otro tercer teólogo murmuraba del santo Padre y decía mil males y escarnios de sus devociones y de su llaneza y blandura. Pagóle esta enemistad el siervo de Dios, en que levantándole desde algunos días á este teólogo una notable infamia, le defendió el santo Padre y con toda su industria y fuerzas le ayudó y restituyó en su honra y autoridad. Tanto podía en aquel pecho generoso y cristiano la caridad y la ley de la perfección evangélica que obliga á dar bien por mal.

## CAPÍTULO XI

### Su admirable prudencia.

Si á todas las virtudes morales acompaña la prudencia, bien se echa de ver que fué muy insigne la de este santo varón, pues floreció con tan heroicas virtudes; y la prudencia verdadera y soberana que tuvo el santo Padre Francisco en ninguna cosa resplandece más que en aquella sabia y generosa determinación que hizo en renunciar todos los bienes y contentos temporales que poseía, por alcanzar los tesoros y fidelidad perdurable que esperaba. Porque no lo renunciara si no conociera la vileza y bajeza de lo que dejaba, y estima y precio de lo que por ello le habían de dar. A esta divina prudencia no llega la corta vista de la humana sabiduría, si con la lumbre de la fe y resplandor de la gracia no se deshace primero la obscuridad conque esta misma sabiduría y prudencia humana está ofuscada. Cuando venían á entrar en la Compañía algunas personas regaladas, y que no acababan de resolverse para romper con el mundo por niñerías y cosillas de aire, que á los principios suelen asombrar más que las grandes á los soldados nuevos y bisoños, con gran prudencia condescendía con ellos, hasta que con la mayor luz y espíritu que el Señor les daba iban cobrando fuerzas y haciéndose más animosos y robustos, como se puede ver por los ejemplos que aquí diré.

Llamaba Dios con fuertes toques á un caballero, hijo de un señor de estos reinos, para que asentase debajo de su estandarte real y siguiese en la religión su sagrada milicia. Rendíase él á la voz del Señor, y no reparaba en otras cosas más importantes y más dificultosas; sólo no se acababa de resolver por pare-

cerle que no podía vivir en religión sin un paje que le descalzase y ayudase á vestir. Supo esto el santo Padre y díjole que, si no tenía otra dificultad, él le daría, no un paje, sino un Hermano religioso que le sirviese. Con este ofrecimiento entró el caballero en la Compañía. Diéronle un Hermano, sirvióle ocho días, quedó corrido de sí, conoció cuán vana y falsa era aquella sombra que se le ponía delante, y no solamente no quiso después servirse del Hermano, pero él mismo servía á todos y les besaba los pies y se los quería descalzar, haciéndose esclavo de todos el que antes no podía vivir sin paje en la religión.

Otro caballero, inspirado también del Señor, deseaba entrar en la Compañía, y tragaba todas las demás dificultades, si no es el no vestirse cada día camisa limpia. Ofrecióle el siervo de Dios que todas las veces que se la quisiese vestir se la darían. Con esto se allanó y entró en la Compañía; mas en pocos días trocó las delicadas holandas en ásperos cilicios, riéndose de sí mismo y de los vanos asombros y cocos conque el demonio le quería espantar y divertir de sus santos propósitos.

A otro sacerdote, letrado y rico, que entró en la casa de Simancas, se le angustió el corazón de ver la pobreza y estrechez y desabrigo de los aposentillos que allí tenían los novicios. Conoció el santo Padre su turbación, y mandóle dar el mejor aposento de la casa, y alhajarle de la ropa que el mismo letrado había traído de su casa. Hízose así; pero como el letrado vió aquella alegría y contento tan grande conque los novicios pasaban en medio de su pobreza, luego se avergonzó de sí mismo y se salió de aquel aposento aderezado y se pasó á otro de los ordinarios, procurando de allí adelante ser el más observante de su instituto y el más pobre de todos.

Tenía particular cuenta con los que enviaba de la Compañía á misiones ó para dar principio á algún colegio, por lo que importa que se asienten bien los cimientos de cualquier edificio, y que los que han de edificar con más libertad á los prójimos sean más recogidos y aprovechados para sí. Y solía decir que nunca quedaba contento de la misión que hacía, sino cuando le dolía mucho, y el dolor era apartar de sí á los que eran tales como él los escogía y enviaba á semejantes empresas. A estos tales ante todas cosas encomendaba que por muchas y graves que fuesen las ocupaciones, ningún día privasen á sus almas de su mantenimiento y del fruto de la santa oración.

Procuraba con especial cuidado (imitando en esto á nuestro Padre San Ignacio) que no se enseñasen en la Compañía opiniones nuevas y curiosas, no solamente en la sagrada teología (donde son más peligrosas y se debe seguir la doctrina más sólida y más común de los santos), pero tampoco en la filosofía, porque de ella no deslizasen y diesen los nuestros en otros mayores y más importantes inconvenientes.

La misma vigilancia ponía en que los predicadores predicasen con espíritu y hablasen al corazón á los oyentes y tratasen de los Superiores eclesiásticos y temporales, con mucho miramiento y recato en sus sermones. Y enseñaba que cuando el predicador mezcla alguna justa reprensión, ha de ser de manera que huela á compasión y no á indignación. Porque lo uno compunge y ablanda, y lo otro irrita y exaspera el corazón del que es reprendido. Para hacer esto bien, decía el santo Padre, que cuando él reprendía en sus sermones se imaginaba que se reprendía á sí mismo. Porque con esto lo hacía con eficacia y con compasión. Tenía particular don de consejo, y así deseaban muchos saber su parecer y le consultaban. El rey D. Felipe II, lo hizo en cosas de grande importancia y pertenecientes al gobierno de sus reinos. Una vez le escribió preguntándole quién le parecía más á propósito para presidente de Castilla. El Santo le respondió, que si había de ser caballero seglar, que el marqués de Mondéjar; si letrado y alguno de los consejeros, que el licenciado Figueroa Maldonado; si prelado eclesiástico, que el cardenal Espinosa. Aprobó tanto el rey esta elección, que uno tras otro los hizo á todos tres presidentes de Castilla, siguiendo en todo el consejo del prudente y santo varón.

Consultaron con el bienaventurado Padre Francisco los superiores de algunas provincias donde había pestilencia, lo que harían para no faltar á la caridad de los prójimos, ni poner en manifiesto peligro las vidas de sus súbditos. Y él les respondió que en descubriéndose la pestilencia, el Provincial de cada provincia se informase particularmente de los que en ella voluntariamente se quisiesen ofrecer al peligro de ayudar á los heridos de peste, y que de éstos escogiese los que juzgase ser necesarios conforme á la grandeza y necesidad del pueblo; teniendo mira á que los que quedasen en él, fuesen muy probados en virtud y de buena y robusta complexión y de ánimo grande y no temeroso, y que no hiciesen notable falta en la Compañía, si Dios los llevase

en aquel ministerio; y dió otras órdenes muy provechosas é importantes, para que los que quedasen pudiesen más fácilmente cumplir con aquel oficio de caridad y ser socorridos de otros Hermanos suyos si fuese menester, y los demás no peligrasen ni arriesgasen sin necesidad sus vidas. Con estos avisos que dió el santo Padre, quedaron muchos Padres y Hermanos de la Compañía en algunas ciudades de España y de Italia, que con la peste eran visitadas de la mano del Señor, para consolar y ayudar á los necesitados. Murieron muchos de ellos con grande edificación de los pueblos y aumento y premio de su caridad. La cual en esta obra resplandece tanto, que antiguamente los santos y fieles tuvieron y honraron como á mártires á los que por ayudar y socorrer á sus hermanos morían en ella, como lo vemos en el *Martirologio romano* y en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio.

Llamaba sabios de Dios á los Hermanos legos que en la Compañía se llaman coadjutores temporales, cuando con santa simplicidad y humilde obediencia hacían sus oficios y oraban devotamente. Con éstos trataba de buena gana y decía que muchas veces les enseña Dios por sí mismo lo que no alcanzan los sabios del mundo con mucho estudio. Decía que el discreto Superior no ha de gobernar á todos sus súbditos de una misma manera, ni medirlos con la misma medida, sino hacer lo que hace un buen soldado, que según el tamaño del arcabuz le echa mayor ó menor carga. Cuando oía contar alguna miserable caída de alguna persona que parecía grave y segura, considerándose á sí y la flaqueza humana, solía decir: «*Basta ser hombre.*»

Cierta persona rica y de no buena fama hacía copiosas limosnas, sin pedírselas, á un colegio de la Compañía. Preguntaron al santo Padre Francisco los de aquel colegio si era bien recibir las tales limosnas. Respondió el siervo de Dios que pues Dios nuestro Señor había sustentado á los Santos Elías, profeta, y Pablo, ermitaño, por medio de un cuervo que les traía cada día la comida, que no se extrañasen ellos de recibir la limosna que el mismo Señor les enviaba para su sustento aunque fuese por mano de aquel que parecía cuervo y ave de rapiña; antes confiasen que por medio de aquellas y otras limosnas Dios le daría gracia para que saliese de pecado y que ellos también con sus oraciones le ayudasen para que de cuervo se hiciese paloma. Maravillábase mucho y con grande ponderación reprendía á los que ponen su honra en quitar la de sus prójimos y quiebran la

amistad y aun pierden la caridad y lastiman sus corazones y sueltan sus lenguas por una cosa tan vana como son las cortesías; y deseaba que para excusar los inconvenientes que se siguen de esto se pusiese tasa y moderación en los títulos y cortesías que deben usar unos con otros, como se pone precio á las mercaderías y cosas que se venden en la república; y él era tan liberal en esto, que deseaba saber la honra que cada uno pretendia de él, para dársela. Y cuando no la sabía, siempre echaba por lo más honrado y seguro queriendo antes faltar en esto por carta de más que de menos.

Queriendo un Hermano mortificarse é imitar á San Francisco y á otros Santos, salió un día del refectorio desnudo disciplinándose rigurosísimamente. Hallóse presente el santo Padre Francisco é hízole dar una severa penitencia y el mismo santo Padre le reprendió diciendo: «Los ejemplos de los Santos todos se deben reverenciar, mas no todos imitar. Y no es virtud hacer todo aquello en que el hombre siente repugnancia por vencerla, pues puede ser que alguna repugnancia nazca de virtud como buen fruto de buen árbol.» Decía que la religión y la vida que los religiosos profesan, si se guarda exactamente y con la perfección que se debe, es una continua cruz y un perpetuo ejercicio de abnegación y mortificación. Y que por esto los superiores deben más procurar de aliviar á sus súbditos esta carga que no hacérsela más pesada buscando nuevos y particulares modos para mortificarlos; aunque también deben probarlos y hacerlos más robustos conforme á la necesidad y fuerzas de cada uno, lo cual debe pesar el buen Superior con el peso de la prudente caridad.

Encomendó el santo Padre Francisco á un Padre que tuviese cargo de un colegio de la Compañía por algunos días; mas como aquel Padre entendió que serían pocos aquellos días, tomó el negocio muy sobre peine y como de prestado. Súpolo el santo varón y dióle una reprensión, diciéndole: «Así lo habéis de hacer aunque sea por ocho días como si el cargo hubiese de ser perpetuo, que cualquiera flojedad y remisión es dañosa en los que gobiernan, y en un punto se suele perder lo que se ha ganado en muchos días.»

Era constante en lo que comenzaba y cumplía la palabra que daba sin faltar un punto, si no era cuando temía que de cumplirla se siguiese alguna ofensa de nuestro Señor ó daño del prójimo,

porque si esto intervenía cesaban todos los otros respetos. Y á un Prelado principal de España (1) que le dijo que después que se desnudó de Duque se le olvidaba ser caballero en el cumplir de la palabra, le respondió con gran humildad y celo cristiano de esta manera: «Señor, la palabra dada al hombre, por grande que sea, ha de ser como la amistad, que llegue hasta el altar y no más. Primero di yo mi palabra á Dios de no ofenderle, que no á vuestra señoría de hacer esto que me manda; y mejor y más antiguo título tiene Dios para pedirme la palabra, que no vuestra señoría; y así, como á mejor y más antiguo acreedor, le pagaré á él primero. Cuando yo esto prometí á vuestra señoría, no tenía el inconveniente que ahora se descubre, y, mudadas las circunstancias de los negocios, se deben mudar los consejos que sobre ellos se toman». En varias ocasiones tenía respuestas muy prudentes y agudas, como se habrá visto en esta historia, principalmente para divertir las honras que le hacían, en lo cual era muy ingeniosa y prudente su santa humildad. Una vez le forzaron á que se pusiese unos zapatos nuevos, y el Hermano zapatero que se los calzó, por la reverencia que tenía de su santidad, después de haber cumplido con su oficio le besó los pies, sin poderlo estorbar el siervo de Dios; éste, sólo dijo con gracia y prudencia: «Pues, hermano, ¿es bueno enamorarse y pagarse tanto de sus obras, que haga eso?» Á este modo tenía muy prudentes dichos con que mostraba grande afabilidad y defendía á su mucha humildad.

## CAPÍTULO XII

### Otras admirables virtudes de este siervo de Dios.

Tenía el siervo de Dios todas las virtudes tan hermanadas, que aun las que parecían diversas las juntaba por singular privilegio en no pequeño grado de perfección, y así se vieron en él una excelente prudencia, como hemos visto, junto con grande sencillez y candor de ánimo. Y si con gran razón alaba San Ambrosio á San Satiro, su hermano, que con ser varón prudente, era juntamente sencillo y cándido y no cabía en su pecho sospecha de ningún mal contra la buena opinión de su prójimo, esta misma loa con gran verdad podemos dar al santo Padre Fran-

(1) En la oración fúnebre.

cisco, pues también supo acompañar la simplicidad de la paloma con la prudencia de la serpiente, como nos manda que lo hagamos Cristo nuestro Redentor. Y aunque los sabios del mundo suelen decir que la malicia es la hiel de la prudencia, no hay duda sino que cuando la prudencia se halla sin esta hiel, es más pura y más loable y perfecta.

Tuvo extraño cuidado de no admitir en su alma juicio ni vehemente sospecha de pecado ajeno. Y decía que siendo tan secreto el corazón del hombre y la intención que tiene en sus obras, y tan grande y profunda nuestra ignorancia, y tantos y tan sutiles los engaños del demonio, y viendo nosotros por experiencia que muchas veces no nos entendemos, y que aun en las cosas propias y que nos parecen claras y evidentes nos engañamos, debemos estar muy recatados en creer ó juzgar las faltas ajenas. Decía que quería antes ser engañado que tener mala sospecha de nadie en su corazón; y así lo hacía, con efecto, aunque diversos hombres le engañaron fingiendo ser lo que no eran. Y era esta virtud más admirable en el prudente Padre, por haberse criado en la corte, donde hay tantos artificios y engaños, y por haber sido señor y Virrey y conocido, por experiencia, cuán estragado está el mundo y cuán poco hay que fiar de él; pero todo esto no bastaba para hacerle perder su santa simplicidad y sospechar mal de nadie. Decía que la santa sencillez no tiene doblez ni artificios, ni jamás pretende dejar engañado á su prójimo, que se fía que le hablan sin cautelas y conforme á esta doctrina; el sí de este santo varón era sí, y el no era no, como lo hicieron los Santos y todos los amigos de la verdad.

Sería cosa muy larga si quisiésemos ir por todas las virtudes del santo Padre Francisco, y referir aquí los ejemplos particulares de ellas. ¿Quién podrá explicar su mansedumbre, tan maravillosa que nunca se le oyó palabra descompuesta, ó declarar aquella ternura de corazón y compasión que tuvo de los afligidos, el cuidado de consolar á los tristes, de esforzar á los flacos, de animar y alentar á los que estaban gravemente tentados? Porque cuanto era para consigo áspero y riguroso, tanto era blando y benigno para con los otros (como dijimos). ¿Pues qué diré del celo de la justicia, siendo seglar? ¿Y de la severidad cuando siendo Superior en la religión, veía que la suavidad no aprovechaba? ¡Qué vigilancia tenía tan extraña que no se entrasen en la Compañía el regalo y la relajación ni cosa que la pu-

diese desdorar ó debilitar y menoscabar su rigor! Y de tal manera templaba y envolvía esta severidad y celo santo con la dulzura y benignidad, que el rigor era suave y la suavidad rigurosa cuando era menester. ¿Qué diré de la honra que hacía á los buenos? ¿En cuánta estimación tenía á los virtuosos y también á los doctos? Y por juntarse uno y otro en el Padre Maestro Fray Jerónimo Pérez, de la Órden de Nuestra Señora de la Merced, catedrático de Vísperas de Valencia y que había sido Vicario general de su Órden, varón de singulares partes de prudencia, virtud y letras, le amó mucho y le trató con amistad y familiaridad muchos años, y envió á llamar para que leyese en su Universidad de Gandía, y el Padre Maestro le correspondió y dedicó al Santo los dos primeros tomos de los que escribió sobre las partes de Santo Tomás, que están impresos en Valencia el año 1548, y tomó por su cuenta tan santa obra de leer y enseñar la teología en aquella Universidad. No quiero tratar de su honestidad, tan rara, que estando en casa de su misma hija la condesa de Lerma no consintió que ella le bañase con un poco de leche los pies, que tenía hinchados y atormentados con recios dolores de gota. Pero no parece que es de maravillar que después de ser religioso no dejase llegar á su cuerpo ninguna mujer, aunque fuese su propia hija, el que algunas veces, siendo mozo y gentilhombre y cortesano, se vestía de cilicio cuando había de visitar alguna señora, y muy de ordinario traía una cota de malla á raíz de las carnes, no por defenderse de otro enemigo más que de sí mismo; y se conservó en su virginal pureza hasta que tomó el estado del santo matrimonio, lo cual encarece mucho el gran doctor de la Iglesia San Jerónimo, alabando á un caballero principal y gran señor, llamado Nebridio, por estas palabras (1): «*Así fué honesto y amador de castidad, que vino virgen al tálamo de su esposa.*» Y más abajo: «*¿Quién ha entrado en el horno del Rey de Babilonia que no haya sido abrasado? ¿Qué mozo hay que haya dejado la capa en manos de la señora egipcia, como lo hizo José? ¿Quién no se espantará de aquellas palabras del apóstol* (2): *Veo en mis miembros otra ley que repugna la ley de mi ánima, y que me cautiva y sujeta á la ley del pecado que está en mis miembros? Cosa maravi-*

(1) Epist. ad Salvín.
(2) Rom., VII.

*llosa, que habiendo sido criado en el palacio, y compañía y en una misma escuela con los Emperadores, á cuya mesa y regalo sirve la tierra y el mar, y todo el mundo, en la abundancia de todas las cosas y en la flor de su edad, haya vivido con mayor vergüenza y honestidad que si fuera una purísima doncella, sin que nadie tuviese ocasión de murmurar ni decir de él cosa que oliese á liviandad.*» Hasta aquí son palabras de San Jerónimo.

Esto es lo que de las virtudes del santo Padre Francisco me ha parecido decir, dejando otras muchas cosas que pudiera añadir si quisiera alargar y extender esta historia. Mas yo me determino pasarlas en silencio, porque ó son cosas que tocan á su linaje y Estado, y á lo que él hizo como gran señor, y esto es fuera de mi intento (que es escribir su vida como de un insigne y santo varón, que por haber menospreciado y hollado su propia grandeza, merece con mejor título el nombre de Grande que poseyendo la que en el mundo le daba), ó porque, aunque son cosas de virtud, son del mismo jaez que otras que quedan referidas, las cuales son tantas y tan copiosas, que en ellas hallará el cristiano lector un vivo retrato de la vida cristiana y perfecta; el caballero para su estado y el religioso para el suyo. Porque si miramos atentamente al santo Padre Francisco, y le desenvolvemos desde que nació ¡qué niñez tan agradable y reposada hallaremos en él! ¡qué juventud tan florida y honesta! ¡qué prudencia en la edad madura! ¡qué seso en los consejos! ¡qué cordura en los gastos! ¡qué templanza en el favor! ¡qué fidelidad y amor á sus príncipes! ¡qué modestia para con sus iguales! ¡qué deseo y cuidado de hacer bien á todos! ¡qué conocimiento y estima de lo que es verdadera honra y de lo que no es más que sombra de honra y grandeza! En él aprenderá el caballero mancebo las ocupaciones que debe tener y las armas con que se ha de defender de los asaltos de Satanás y de las blanduras de su carne. Los señores casados verán con qué cuidado deben criar sus hijos con nobles y santas costumbres. Los grandes conocerán en qué consiste la verdadera honra y autoridad. Los privados de los reyes sabrán cómo han de emplear el favor y gracia que tienen en honrar la virtud y en amparar los desamparados y hacer beneficio á la república. Los que gobiernan aprenderán á no tener otro blanco ni otro fin en su gobierno sino el bien de los que están á su cargo, pues para esto se los ha Dios encomendado.

También entenderán las personas regaladas y que en el mundo tienen levantados puestos, que sin faltar á la obligación de su estado y grandeza pueden, con la gracia del Señor, vivir virtuosa y santamente. Y que debajo de la seda y gala, tiene Dios quien le sirva y agrade con espíritu de penitencia y humildad, como hablando de Nebridio lo dice San Jerónimo de esta manera: «*No dañó á Nebridio, siendo soldado, la sobrevestidura de púrpura y el cinto militar, ni la copia de tantos criados y cortesanos que le acompañaban. Porque debajo de aquel hábito servía á otro Señor. José en la pobreza, y en las riquezas igualmente, dió prueba de sus virtudes, y siendo esclavo y siendo señor mostró que su ánima era libre, y con ser en Egipto la segunda persona después de Faraón y andar vestido con las insignias de rey, agradó á Dios de tal manera, que sobre todos los Patriarcas fué padre de dos tribus. Daniel y sus tres compañeros así administraban los tesoros de Babilonia, que con el traje y hábito de fuera servían á Nabucodonosor, y con el corazón á Dios. Mardocheo y Hector, entre la púrpura y sedas y joyas, vencieron con humildad la soberbia y fueron de tan grandes merecimientos que siendo cautivos vinieron á mandar á sus vencedores*». Todo esto es de este glorioso doctor, lo cual con verdad se puede también decir del santo Padre Francisco, pues estando aún en el siglo y en el resplandor de la Corte, y casado y mozo, vivió con el recogimiento y cristiandad que en el discurso de su vida habemos hasta aquí contado. Para que ninguno desmaye, ni por lo que parece de fuera juzgue de los quilates de la virtud, sino por lo que da Dios al alma y está encubierto muchas veces debajo de aquel velo engañoso que vemos. Y con haber sido tan recogida y honesta la vida del bienaventurado Padre Francisco en el siglo, le dejó, ó por los peligros grandes que le parecía había en él para salvarse, ó porque no hallaba contento y hartura en sus grandezas, ó porque el Señor le llamaba para mayores cosas y quería con el ejemplo de este santo Padre enseñar y persuadir á todos los que son amigos de sus gustos y apetitos y con tanta ansia y desvelo van á caza del deleite y de la honra, y del cargo, y del mejor lugar, y de la privanza de sus príncipes, y beben los vientos, y se desentrañan por subir y valer más que otros, y ponen toda su felicidad en tener abundancia de estos bienes perecederos de la tierra, que por más qne alcancen todo lo que

pretenden (que es cosa que á muy pocos ó á ninguno se concede en esta vida), no por eso serán más dichosos ni más bienaventurados. Porque por crecer los bienes, no menguará la codicia, y siendo ellos bienes falsos y aparentes no pueden dar al alma verdadero contentamiento y seguridad, sino sólo aquel sumo é infinito bien que es nuestro primer principio y último fin y el centro de nuestras ansias y deseos.

Esto es lo que principalmente pueden aprender los cortesanos y caballeros en las virtudes del santo Padre Francisco. Esto les enseñó cuando dió de mano á todo lo que poseía por abrazarse en la cruz con Cristo y hallar en él sólo hartura y estable y perpetua felicidad. Y aunque parece mucho lo que él hizo, porque son pocos los que lo hacen; pero si bien lo miramos, todo es nada lo que hacemos por alcanzar aquella bienaventurada eternidad. Y con razón dijo el gran Padre San Antonio Abad: «Ninguno mirando al mundo diga que dejó mucho, porque toda la amplitud y grandeza de la tierra, si se compara con la inmensidad de los cielos, es muy pequeña y casi nada.» ¿Y si todo el mundo es como un punto, el que deja un Estado y señorío, qué deja? Especialmente, pues, deja bienes que con la muerte (quiera ó no quiera) los ha de dejar, y por ellos le dan bienes perdurables y eternos. Deja bienes pintados y falsos y recibe bienes macizos y verdaderos. Deja tierra y danle cielo; déjase á sí por Dios, y Dios se le da á sí mismo, como admirablemente dice San Bernardo, escribiendo á una señora rica é ilustre, que quería dejar el mundo (1): «*Pequeñas son las cosas*, dice el Santo, *que dejáis perecederas y de la tierra, y las que buscáis son grandes, eternas y del cielo. Más diré, y diré la verdad, dejáis las tinieblas y entráis en la luz; salís del mar tempestuoso y os acogéis al puerto; de un cautiverio miserable pasáis á una dichosa libertad, y finalmente, trocáis la muerte por la vida. Pues hasta ahora, habiendo vivido por vuestra voluntad, y no por la voluntad de Dios, y por vuestras leyes, y no por la ley de Dios, viviendo érades muerta.*» Todas estas son palabras de San Bernardo. Muy bien conocía y estimaba el santo varón esta verdad y la agradecía al Señor. Y en prueba de esto, yendo un día por Roma, habiendo de pasar junto á un caballo regalado, le dijeron que se apartase porque aquel caballo no le tirase al-

(1) Epist. CXIV.

guna coz, y él con mucha gracia respondió: «*Bendito sea Dios, que me ha librado de caballos y caballeros.*» Pues los religiosos ¡qué dechado tan acabado y perfecto de todas las virtudes tenemos en las virtudes del beato Padre Francisco! ¡qué de luces y resplandores para conocer y estimar la excelencia de nuestro estado! ¡qué de llamas y ardores para abrasarnos en el amor del Señor que nos le dió! ¡qué humildad tan profunda y verdadera la de este siervo del Señor! ¡qué menosprecio del mundo y de sí! ¡qué amor de la santa pobreza! ¡qué obediencia tan sencilla y perfecta! ¡qué oración tan continua, sosegada y devota! ¡qué mortificación y aspereza tan extraña! ¡qué caridad tan encendida y deseosa de derramar la sangre por Dios! ¡qué cuidado y solicitud de acudir á todas las necesidades del prójimo, por el mismo Dios! ¡cuán desarraigado y descarnado estaba de su carne y sangre! ¡qué prudencia tuvo, acompañada de una admirable simplicidad! ¡qué paciencia y alegría en sus persecuciones y trabajos! ¡qué constante perseverancia en la gloriosa empresa que tomó! ¡cuán innumerables y heroicas fueron las demás virtudes con que el Señor enriqueció al santo Padre Francisco! Porque todas resplandecieron en él, y nos enseñan la felicidad de nuestro dichoso estado y el contentamiento que debemos tener en él, y nos convidan y llaman á la perfección. Era tan grande el conocimiento que tenía de la merced que Dios le había hecho en llamarle á la Religión, que después que dejó el mundo jamás le vino pensamiento de pesarle por haberle dejado. Y solía decir: «Si el estado religioso se pudiese dar á probar como el vino, no habría hombre, por grande señor que fuese, que no se hiciese religioso, tomado de la suavidad de este sagrado licor. Mas porque no se puede probar la felicidad de la sagrada Religión sino después de haber entrado en ella, muchos huyen de su bien, espantados de la pobreza y aspereza exterior de aquel santo estado, porque no ven las riquezas y favores interiores con que el Señor regala las ánimas de los que con cuidado le sirven en él.» El Señor nos dé gracia para que le sigamos y nos aprovechemos de este espejo que nos puso delante, enmendando nuestras faltas é imitando las virtudes de este bienaventurado Padre y alabando á la divina bondad que nos le dió.

# LIBRO QUINTO

## CAPÍTULO PRIMERO

### Cómo ilustró nuestro Señor con milagros al santo Padre Francisco, y en particular cómo expelía á los demonios.

Las virtudes de los santos son sus mayores milagros, por lo cual dice San Eulogio que no nos debemos maravillar tanto de sus obras milagrosas, cuanto de las virtuosas, porque mayor cosa es que resucitar un muerto, vivir uno muerto al mundo; mayor cosa es que dar vista á los ciegos, conocerse á sí; mayor cosa es que pisar las víboras y mandar á los demonios, humillarse á todos, sufrir con paciencia sus injuriadores, amar á Dios por sí mismo. Todos estos actos de virtudes en los siervos de Dios, tanto son mayores milagros que los otros corporales, cuanto en sí son más espirituales y cuanto su efecto es mayor, pues por ellos, como dice San Gregorio, no se resucitan cuerpos, sino almas. Y los milagros corporales sólo pueden mostrar que el hombre es santo, pero no le hacen santo; mas los milagros espirituales de excelentes obras de virtud, mucho más hacen á uno santo que lo muestran, si bien son más ciertos indicios de la santidad y gracia que los otros milagros visibles que admiran los sentidos. Pero con todo eso suele Dios de todas maneras dar á entender lo que se agrada en sus siervos, no sólo mostrando su santidad con obras de excelentes virtudes, sino confirmándola con maravillas de extraordinarios sucesos sobre el poder y fuerza de la naturaleza. Y así, pues, hizo la divina bondad tan santo á este siervo suyo como muestran sus heroicas virtudes; de modo que con igual razón se puede decir de él lo que San Bernardo de San Malachías, Obispo: «*Magnum miraculum, quod ipse fecit, ipse fuit*». Que el mayor milagro que

hizo fué él mismo. Quiso también nuestro Señor confirmar la opinión de su santísima vida con algunos acontecimientos raros sobre el curso de las causas naturales, por lo cual, ya que hemos dicho algo de sus grandes virtudes, trataremos de sus milagros, cuya memoria y fama sirvió para autorizar más la de su grande y maravillosa santidad, si bien los que no creen que hay santidad donde no ven milagros de estas cosas sobrenaturales, merecen oir la reprensión que á sus semejantes dió Cristo nuestro Señor: «La mala y adúltera casta se anda á pedir milagros y señales». Mas para que se tapen estas bocas y para edificación y consuelo de los buenos (que no por vana curiosidad, ni por incredulidad, sino por la mayor gloria de Dios, que resplandece en las obras maravillosas de sus siervos, lo desean saber) cumpliremos también con los que estas señales sobrenaturales quieren saber del santo Padre Francisco, poniendo en esta historia algunos ejemplos, en los cuales se conocerá claramente que aquel soberano Señor, que es sobre toda naturaleza, ilustraba y honraba á este su siervo sobre todo curso y orden natural y sobre toda humana sabiduría.

Quiero empezar por el poder que tuvo en los demonios y el temor que ellos le tenían, á los cuales el siervo de Dios confundía y ahuyentaba con su profunda humildad. Leváronle una vez un hombre endemoniado que otros no habían podido sanar, y rogáronle que hiciese oración por él y le dijese el Evangelio de San Marcos. Díjolo, y luego que le tocó la cabeza y pronunció aquellas palabras: «*In nomine meo daemonia ejicient,*» quedó el hombre libre, y los que estaban presentes maravillados, alabando al Señor por ello y atribuyendo aquel efecto á las oraciones del santo Padre Francisco. Pero él quedó tan corrido y confuso, que les dijo: «No hay por qué nos maravillemos que el demonio huya de mí, porque ¿quién es tu enemigo?, el que es de tu oficio. Pues si yo he hecho oficio de demonio y sido tropiezo de las almas, ¿qué maravilla es que siendo ambos de un oficio, se aparte el demonio de mí como de su enemigo?» Otra vez, estando el santo Padre en Medina del Campo, y tratándose de esto, se paró muy colorado y dijo: «Aunque eso fuese así, ¿qué maravilla sería que habiendo yo hecho tanto tiempo la voluntad del demonio, hiciese él una vez la mía en irse de aquel hombre?» Y aunque él pudiera muy bien librarse de aquella admiración y alabanza que le daban con atribuir á la virtud de las palabras del

santo Evangelio aquel efecto, todavía, como buscaba y hallaba en todas las cosas su confusión, quiso buscarla también en esto.

El Padre Antonio de Alarcón, fué dotado de nuestro Señor de particular gracia en conocer espíritus y en lanzar demonios, y por su medio y oración obró Dios grandes maravillas. Este religioso Padre decía que para librar los endemoniados hallaba manifiesto favor del cielo invocando al Padre Francisco de Borja, y que los malos espíritus se fatigaban mucho en oirle nombrar, y también temblaban en los cuerpos de los oprimidos de ellos.

Procuró el demonio muchas veces inquietar al santo Padre y espantarle en su oración. Unas veces se le aparecía como ximio feo, haciéndole cocos, otras como un gigante negro y con otros visajes y figuras ridículas ó espantosas. Una vez, acabada la oración, estando en Valladolid, salió el santo Padre del aposento santiguándose, y como sobresaltado preguntó al Hermano Marcos si él había visto un terrible demonio, grande y muy negro, que andaba por allí. Y luego que esto dijo, se sosegó y quedó como corrido, por si acaso había tenido algún temor al enemigo, que sin la voluntad y permisión del Señor no puede quitarnos un cabello ni un hilo de la ropa. Otra vez, preguntándole un Hermano si le había dado pena un demonio que había visto andar por la noche y aquella mañana por su aposento, el santo varón, con los ojos bajos, respondió: «Sabed, Hermano, que permite Dios al demonio que algunas veces se muestre visible á los pecadores para su espanto y castigo, y á los justos para su ejercicio y mayor merecimiento.» Estando una vez en la iglesia haciendo oración delante del Santísimo Sacramento, le cayeron sobre la cabeza los balustres que estaban en las gradas del altar, y él se estuvo quedo y puestas las rodillas en el suelo y levantadas las manos en su oración, sin alterarse ni moverse, hasta que algunas personas que vinieron le hallaron de aquella manera y le levantaron.

Apareciósele y molestóle otras muchas veces el demonio; mas el siervo de Dios, no haciendo caso de él, con humildes dichos le confundía y echaba de sí. Estábase una vez confundiendo en su meditación delante de todas las criaturas, y oyó una voz sensible que le decía: «Confúndate también delante de mí.» Y conociendo que el autor de ella era el demonio, dijo muy presto: «Sí haré, y con gran razón, pues tú, malaventurado, por un pecado de soberbia perdiste á Dios y ardes y arderás para siempre en el

infierno, y yo, que he cometido tantos pecados contra mi Señor, aún no estoy ardiendo en él.» Otra vez, estando en oración, sintió que el demonio andaba revolviendo su aposento para estorbarle y divertirle, y él le echó de allá con estas tan humildes palabras: «No me espanto que no huyas ni te apartes de mí, antes hay mucha razón para que estemos juntos, pues tanto tiempo comimos en una mesa y en un plato.» Las cuales palabras aquel soberbio espíritu no pudo sufrir, y así se partió de él.

Estando el santo Padre Francisco un día en el hospital con los pobres, se le apareció el demonio en figura humana, y le dijo: «¿Qué hacéis vos aquí? ¿Cómo siendo quien sois no os avergonzáis de estar entre esta canalla?» Y conociendo quién era le respondió: «Mucho más me maravillo yo de ti que, siendo tan soberbio como eres, te pones á hablar con un hombre tan vil y tan pecador como yo.» No fué menester más para que el demonio, corrido, desapareciese luego como humo.

Siendo el siervo de Dios duque de Gandía, una noche, después de haber despedido todos sus criados, y quedándose solo, se estuvo algunas horas en oración, la cual acabada, se fué á dormir un poco, mas halló en su penitente lecho al demonio en figura de negrillo, el cual se reía del siervo de Dios cuando le decía que se levantase de allí, mas haciendo el santo la señal de la cruz y diciendo: «Vete de ahí, malaventurado, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», luego desapareció el mal espíritu y se fué corrido. Lo cual no sucedió una vez sola. Antes que fuese Superior el santo Padre, tomando el demonio la figura de su Rector, se le apareció y le dijo cómo estaba ya resuelto de echarle de la Compañía, porque era muy inútil para sus ministerios y estaba tan enfermo, y con grande imperio le dijo que se fuese á su casa. Era tan humilde el siervo de Dios que lo creyó, porque aunque tenía luz grande del cielo y un admirable don de discernir espíritus, y echaba de ver luego las asechanzas de Satanás, pero en esta ocasión, porque habló el demonio tan conforme á lo que él sentía de sí, no fué maravilla no descubriese sus engaños tan presto. Congojóse grandemente, aunque confesaba su inutilidad y ser por demás en la religión; pero nuestro Señor le sacó presto de esta pena, hablándole el verdadero Rector, y certificándole cuán lejos estaban él y todos los demás superiores de una cosa tan desatinada é injusta.

# CAPÍTULO II

## Da salud milagrosa al siervo de Dios Padre Cristóbal Rodríguez.

Por la guerra que hacía al infierno y al demonio el siervo de Dios Francisco, hizo muchas maravillas en los que servían á nuestro Señor en el bien de las almas, para que, teniendo salud, expeliesen de ellas los demonios, lo cual tenía por mayor milagro que expelerlos de los cuerpos. Y así dió salud milagrosa al apostólico Padre Cristóbal Rodríguez. Fué este siervo de Dios un varón de singular celo, doctrina y santidad de vida, á quien la Compañía encomendó muchos cargos, y el Sumo Pontífice negocios de grande importancia. El era tan humilde que, siendo superior de los nuestros, Rector de Valladolid y Viceprovincial de las dos provincias de Castilla y Toledo, que eran entonces una, y hombre estimadísimo, se iba con una sotana vieja á trabajar en la obra que se hacía, como el más humilde jornalero, llevando ladrillo, yeso y cal, y aunque venían grandes caballeros y señores de la corte á comunicar con él negocios gravísimos, no por eso mudaba de vestido ni se limpiaba, quedando ellos muy edificados de su rara humildad y desprecio del mundo. Empleó la mayor parte de su vida en grandes misiones é importantísimas, como ya en otro lugar hemos significado. Envióle (como dijimos) el Sumo Pontífice á Egipto á reducir los cophtos y á su patriarca Alejandrino, donde convirtió muchos herejes, turcos y renegados, y trabajó no menos que padeció, y todo fué mucho, concurriendo nuestro Señor á su celo con casos milagrosos.

Después fué enviado á los montes Apeninos y á Calabria, con potestad de Inquisidor, á corregir muchos herejes uvaldenses y luteranos, donde le favcreció nuestro Señor tanto que extirpó totalmente la herejía, mostrándose en todo maravilloso, no menos en las obras que en la paciencia. De esto sólo diré un caso, por intervenir en su consuelo nuestro santo Francisco de Borja. Estando el Padre Cristobal Rodríguez en Monteleón, empezó á hacer tales obras, que no pudiendo sufrir el demonio la guerra capital que le hacía este esforzado capitán y soldado de Cristo, procuró impedir el fruto que en todas partes obraba. Prendióle un ministro real, quitándole la patente y facultades que tenía de

la Inquisición, y le remitió preso á la ciudad de San Severo. Envióle con muchas guardas y soldados, como si fuera menester mucha violencia, á quien no deseaba de esta vida sino la cruz de su Señor Jesucristo y muchos trabajos, grillos y prisiones por su amor y padecer persecución por la justicia, y así le quiso nuestro Señor cumplir parte de sus deseos y tratarle como verdadero siervo suyo, ejercitándole en paciencia, para que no sólo mereciese haciendo, sino sufriendo también. Cuando se vió preso el santo varón, no le cabía el corazón en el pecho de puro gozo y consolación de su espíritu. No había para él cosa más gloriosa que aquella ignominia, ni de más gusto que aquella molestia. No temía más sino que había de ser breve su prisión. Estaba contentísimo de que le hubiese venido aquel trabajo sin haber dado para él ocasión alguna, y sólo por obedecer á la Silla Apostólica y hacer la causa de Dios. De lo cual tomaron fácilmente ocasión los ministros reales, pareciéndoles iba contra su jurisdicción. Y para esto, arrebatadamente, sin informarse de la autoridad que traía ni del fin que pretendía el siervo de Dios, tomaron resolución tan notable. Viéndose el santo varón en lo que tanto deseaba, escribió al Padre Diego Laínez, su General, dándole cuenta de lo que pasaba, pero suplicándole no se apresurase en hacer que saliese de la prisión, sino que le dejase allí algún tiempo para ejercitarle en su paciencia, porque él estaba muy contento con padecer algo por su Redentor. Era tan grande en esto su deseo, que cuando llegó preso junto á San Severo, porque los soldados no le habían echado grillos ni esposas por la mucha reverencia que les causaba la santidad del Padre, les pidió encarecidamente le cargasen de hierro y echasen grillos; decíales: «Hermanos míos, yo en ninguna manera me tengo de huir, ni me moveré de donde me pusiéredes. Pero porque entramos en una ciudad de mucha gente, y así no sabéis lo que podrá suceder, siquiera por vuestra seguridad, pues os han de pedir cuenta de mí, haced conmigo lo que hacéis con otros presos y echadme esposas en las manos, asegurándome muy bien con fuertes prisiones.» Pero cuanto más se lo pedía el siervo de Dios, más se satisfacían ellos de su grande santidad.

En esta ocasión le escribió San Francisco de Borja, dándole el parabién de verse preso por Cristo, significándole la santa envidia que le tenía. Decía que había echado de ver en aquel favor que Dios le había hecho, cuán agradable era á sus divinos

ojos, pues estando trabajando tan fielmente en su viña y santo servicio se había dignado de permitir padeciese persecución y contumelia por su nombre, dándole el jornal que en esta vida suele dar á los buenos y diligentes operarios, como lo hizo con San Pablo, para doblar después el premio en la otra vida de sus fervorosas obras y mucha paciencia. Llamábale muy dichoso de haber sido digno de padecer por la justicia y cumplir en su persona y cuerpo con el Apóstol lo que faltaba á las pasiones de Cristo, aunque fué tan copiosa su Redención. Exhortábale á que se gozase con la esperanza de una abundantísima cosecha que había de ocasionar su persecución, como se fertilizan los campos con las lluvias, aunque espanten las nubes con sus truenos. Tenían un mismo espíritu estos dos santos Padres, y así se hablaban con este lenguaje del Evangelio que no entienden los del mundo.

No había menester el preso este consuelo, porque eran cortas todas las persecuciones y trabajos del mundo para lo que él deseaba padecer. De San Severo fué remitido el Padre Cristóbal á Nápoles, adonde estaba el Virrey, el cual, no sólo quedó satisfecho de su inocencia, sino muy edificado de su gran modestia, pues teniendo comisión y potestad muy amplia de la Inquisición de Roma, y fuera de esto, habiéndole hecho su Vicario para las cosas de la fe todos los Obispos en cuyas diócesis entraba, nunca quiso usar de esta potestad, sino que cuando era menester se aprovechaba de los Ministros y Vicarios ordinarios, á los cuales remitía la ejecución de todo, contentándose él con sólo hacer oficio de predicador y teólogo, refutando las herejías y exhortando á la enmienda de los vicios; procurando no ofender á nadie, sino hacer bien á todos; templando cuanto podía la severidad de los inquisidores, y dando él en su persona admirables ejemplos de rigor y penitencia, especialmente de abstinencia, de que suele el pueblo maravillarse más, en la cual fué extremado. Con esto y con las cartas que recibió el Virrey de Roma y de varias ciudades y muchos Obispos de Italia, y el fruto grande que publicaban todos había hecho en todas partes el siervo de Dios, quedó muy pesaroso el Virrey de lo que se había hecho con él, y honrándole mucho le suplicó que tornase á hacer lo que hacía, pues era en tanto bien del reino, mandando á todos los señores magistrados que le favoreciesen y ayudasen en todo, poniendo graves penas á los que le pusiesen algún estorbo; con lo cual se

partió más animado el santo varón, saliendo á proseguir su labor y á perseguir los herejes para atraerlos al amoroso gremio de la Iglesia.

Pues á este Padre tan importante y frutuoso en la Iglesia mandó el bienaventurado Padre Francisco que hiciese una jornada que había de ser del servicio de Dios. Estaba á la sazón el Padre Cristóbal enfermo; mas deseoso de obedecer, y confiado en la santidad del santo varón Francisco que sería poderoso con sus oraciones y merecimientos á recabarle de nuestro Señor repentina salud, respondió que estaba entonces impedido por razón de la enfermedad que tenía, pero que le mandase con todo eso ir, que al punto se partiría así como estaba. Hízolo así el amigo de Dios, Francisco, y no solamente le obedeció el enfermo, pero parece que también el mismo Dios, porque al punto se levantó el Padre Cristóbal bueno y sano y fuerte, y cumplió con su jornada y obediencia, como se lo habían mandado, lo cual se refiere en su vida, que está en la *Historia del colegio de Alcalá.*

## CAPÍTULO III

**Con sólo mandarlo da salud milagrosa al Padre Hernando de Solier y sana á un niño.**

Voy añadir aquí lo que le sucedió con el Padre doctor Hernando de Solier por tener alguna semejanza con el caso referido. Yendo á predicar el bienaventurado Padre, se pasó por el aposento del dicho Padre Solier, que estaba muy enfermo en la cama, y así en pie le preguntó cómo estaba, á lo cual contestó el enfermo: «Como nuestro Señor quiere; esperando estoy el accidente de la terciana.»—«¿Para qué la espera?» dijo el bienaventurado Padre Francisco. «Mejor será no esperarla», replicó el enfermo; «mande vuestra reverencia á la terciana que no venga y no la esperaré más.»—«Sea así en nombre de nuestro Señor, dice el santo Padre: terciana, no acudáis más á Solier.» Él lo mandó y Dios lo cumplió, porque sin más accidente se levantó el enfermo loando al Padre de las misericordias, Dios nuestro Señor, y toda su vida reconoció y contó este milagro que se hizo con él por la palabra de su siervo Francisco.

Túvose asimismo por gran maravilla y efecto de obediencia intimada por el santo Padre, que estando muy malo el Padre Juan Juárez, le envió el siervo de Dios á fundar á Sevilla. El

buen Padre le obedeció, y fué cosa notable que luego sanó, sirviéndole los trabajos, las incomodidades y necesidades que padeció de eficaces medicamentos para cobrar salud. Todo esto ayudaba mucho para que todos obedeciesen á su santo Superior con mayor prontitud y amasen á superior tan santo con mayor afecto y estimación de su grande santidad.

También fué cosa maravillosa lo que le sucedió con un niño. Estaba en Valladolid un niño de un año, hijo de una principal señora de aquella Corte, y llegó á punto que ningún médico le daba esperanzas de vida según su arte. Envió la desconsolada madre á rogar al santo Padre Francisco (que era su Padre de confesión) que se llegase á su casa, el cual halló al niño sin pulso ni movimiento y rodeado en su cama de muchas señoras, las cuales viéndole entrar dijeron: «Ya, Padre, esto es hecho.» El se llegó junto al niño, y puestas las rodillas en tierra, se recogió á su oración mental y enclavó los ojos en el niño, y habiéndose detenido de esta manera un buen espacio de tiempo con gran silencio y atención de los circunstantes que le veían el rostro encendido como brasas, el niño comenzó á rebullirse y abrir los ojos, y el santo Padre se levantó y dijo á la triste madre, que le tenía ya por muerto: «Vuestra señoría se alegre y dé gracias á Dios, que se sirve dejárnosle acá por ahora.» Y luego, continuando su plática, trató del grande agravio que se hace á un niño cuando estando para morir importunamos á Dios que nos le deje en esta vida. Porque esto, dice, no es otra cosa que sacarle de la seguridad y cierta salvación de su alma, que está con la inocencia y gracia bautismal, y ponerle en medio de las olas embravecidas del mundo, con tanto peligro de salvarse después, en tantas ocasiones de pecados. Movida la madre del enfermo de esta plática, dijo: «Pues, Padre mío, siendo esto así, aunque yo amo á esta criatura como á sólo hijo varón que Dios me ha dejado en esta vida, pero más amo á su alma y su salud eterna que á su vida temporal ni mi consuelo; yo le ofrezco á nuestro Señor; haga su Majestad de él lo que fuese servido, y si le quiere llevar luego al cielo, no le importunemos, ni le pongamos en ese peligro.»—«No es menester más, dice el santo Padre Francisco, sino que dejemos hacer á nuestro Señor según su beneplácito, el cual es que este niño se nos quede por ahora acá, y cuando esto nos asegura, tengamos gran confianza que como Padre de misericordias también nos asegurará que le quiere para darle la vida eterna, y de esto

nos da buenas señales.» Esto pasó entonces, y después de algunos años, Dios le llevó mancebo de esta vida, y como de ello dieron testimonio sus confesores y sus domésticos y amigos, vivió y murió con tales señales de su salud eterna que dejó viva confianza que ya goza de su gloria. Casi todo lo referido son palabras del Padre Dionisio Vázquez.

## CAPÍTULO IV

### Sana con cosas contrarias al Padre Dionisio Vázquez.

Cristo, nuestro Redentor, para mostrar la verdad de su doctrina, lo confirmó con varios géneros de milagros. Y para mostrar más su omnipotencia, unas veces los hacía con sólo su palabra, otras con aplicar cosas inútiles ó contrarias para la sanidad que quería conceder, como hizo con aquel ciego á quien dió vista ap'icándole lodo en los ojos. Este poder también ha comunicado á algunos grandes siervos suyos, y entre ellos, como no el menor, al beato Padre Francisco, porque, como acabamos de decir, con sólo mandar á la calentura que no volviese al Padre Solier no volvió, obedeciendo la enfermedad á la voz del siervo del Señor. Y ahora veremos cómo aplicando, no sólo cosas inútiles, pero aún dañosas, dió salud á otro, y lo testifica el mismo á quien le sucedió, en la vida que escribió de este siervo de Dios.

Partió el bienaventurado Padre de Plasencia para Portugal con el Padre Dionisio Vázquez, y pocas leguas más adelante de Plasencia, de dormir una noche en un suelo que casi manaba en agua, salteó al Padre Dionisio un horrible dolor en un hombro que le hacía dar gritos, sin poder sosegar un momento. Túvole compasión el santo Padre Francisco, y con pena de verle así padecer en un mesón, mandó que se bañase una toalla muy bien en una fuente de agua fría que allí había, y que así bañada se la pusiesen en el lugar del dolor, y con su bendición se la pusieron. Y siendo cosa cierta que aquel remedio era naturalmente contrario, y más para doblar que para aliviar el dolor, pues se añadía frío á frío y humedad á humedad, fué nuestro Señor servido de mostrar que su virtud no está atada á los humanos remedios, sino que para su voluntad todas las cosas son aptos instrumentos de lo que quiere obrar, y así al momento que el paño se puso se quitó el dolor de tal manera, que á la hora se pudo poner en camino y nunca más sintió dolor. Lo cual es mucho de

considerar, para confirmación de que esta maravilla fué efecto del poder de Dios y no suceso natural, porque aunque pudiese causar la toalla mojada con agua fría alguna alteración, de suerte que se derritiese el humor que ocasionase el dolor, no pudo quitarle tan de todo punto que no volviese, y más irritada aquella parte con la nueva humedad que se le añadía á la que había sido ocasión del mal.

El santo Padre Francisco, por disimular el milagro, mandó sin reparar en ello, aplicar alguna cosa que pareciese remedio. Pero Dios nuestro Señor, para mostrar más su santidad y merecimientos, dispuso que se cerrase tanto los ojos, que mandase aplicar por remedio lo mismo que había de engrandecer más aquella maravilla.

## CAPÍTULO V

**Sana otros enfermos, y alcanza de Dios que dé una enfermedad al duque del Infantado, y en reconociéndose quítasela luego.**

Muchos fueron de la Compañía, y fuera de ella, los enfermos que por oraciones del siervo de Dios, Francisco de Borja, cobraron entera salud. Entre otros casos, no es digno que nos olvidemos de lo que pasó el año de 1557. Cayó en grave dolencia, en Plasencia, el P. Francisco Briones, que aún entonces no era sacerdote, y por la violencia de las fiebres los médicos desconfiaban de su vida. Entró á visitarle el santo Padre Francisco, y preguntándole cómo se hallaba, le dijo el enfermo: «Padre mío, yo me voy mi camino; encomiende vuestra reverencia mi alma al Señor».—«Así lo haré, dijo el bienaventurado Padre, y también le suplicaré que os sane de esa enfermedad; y no hayáis miedo de morir de esta vez, que brevemente os levantaréis». Y así lo cumplió nuestro Señor. Otras dos veces sucedió lo mismo al P. Briones con el santo Padre Francisco. Pero no es más quitar enfermedades á los dolientes que darlas á los sanos. Y así diré aquí cómo recabó también esto de nuestro Señor su siervo Francisco, cuando convenía para su mayor gloria divina. Llegando á Guadalajara el santo Padre, halló allí á D. Iñigo de Mendoza, duque del Infantado, en mucho rompimiento y discordia con el conde de Saldaña, su hijo heredero, al cual había quitado el habla, y de ello se temía escándalo y aun peligro muy grande. Suplicó y amonestó el santo Padre al Duque olvidase el

enojo y hablase con su hijo; pero hallóle, no solamente difícil, sino también con mucha sequedad le dió á entender que le hacían gran pesar en hablarle en aquella materia, y con esto le despidió, y él se fué á caza.

Mas el santo varón se recogió á oración para recabar de nuestro Señor lo que no había podido alcanzar del Duque, al cual, en saliendo al campo, le salteó á deshora una desapoderada fiebre que le derribó y le puso gran temor de muerte. Dióle luego en el alma, porque le acusaba su propia conciencia que le venía del cielo aquel castigo, por no haber oído los ruegos de un tan gran siervo de Dios, que le aconsejaba su bien, y por no haber arrostrado á la paz que Dios tanto encarga. Conocida la enfermedad y su raíz, envió á la misma hora á rogar con mucho comedimiento al santo Padre que le visitase, y teniéndole cerca de sí, con mucha humildad le pidió perdón y dijo que él se holgara mucho de haber hecho por virtud lo que entonces sería necesidad. Pero que pues Dios nunca cierra sus oídos al pecador que le llama con humildad y verdad, le rogaba que él no los cerrase á sus ruegos y que le alcanzase la salud que le había quitado, y con esto ofreció de hacer todo lo que le ordenase. Consolóle y animóle el bienaventurado Padre, y fuese á decir misa por él. Sintióse luego libre y sano el duque del Infantado y cumplió con grande voluntad lo que había prometido, quedando muy agradecido al santo varón, y reconoció toda su vida el beneficio recibido. Todo esto se sacó del Padre Dionisio Vázquez, y el Padre Ribadeneira confirma lo mismo en la vida pequeña.

## CAPÍTULO VI

**Deseando el Padre Bartolomé de Bustamente lo que el Santo Padre Francisco quería para sí, le da nuestro Señor una recia enfermedad y dolor, y sana por las oraciones del siervo de Dios.**

Otro caso notable sucedió en Simancas en que por las oraciones del siervo de Dios Francisco, dió nuestro Señor una recia calentura al Padre Bartolomé de Bustamante y por las mismas se la quitó. Si bien la causa de esto no fué semejante á la del suceso pasado, donde por no obedecer ni conformarse el duque del Infantado con el parecer del santo varón, le dió aquella congojosa calentura. Pero el Padre Bustamante fué por quererse conformar con él. El caso fué este, como lo refiere el Padre

Dionisio: Dióle en Simancas una devoción al Padre Bartolomé de Bustamante de rogar al santo Padre Francisco que afectuosamente suplicase á Dios nuestro Señor le concediese á él todo lo que el bienaventurado Padre le pedía para sí. «Yo lo haré de voluntad», dice el santo Padre Francisco, y fuese á su oración á negociar para su amigo y compañero lo que le rogaba, y dentro de tres horas le sobrevino al Padre Bustamante una fuerte calentura, con tan terrible dolor de cabeza, que le parecía que agudos clavos por toda ella le atravesaban. Apenas era llegado este accidente, cuando conoció la causa y raíz de su daño, y el claro desengaño con que Dios le mostraba que era mayor su atrevimiento para pedir trabajos que la fuerza y virtud para llevarlos; conociendo esto, envió á rogar al bienaventurado Padre que luego le fuese á ver, que se moría con intolerables dolores. Entrando por la puerta del enfermo, el santo varón le dice con rostro muy afable y risueño: «Pues, Padre Bustamante, ¿cómo va? ¿qué mal es éste tan repentino?» —«¡Oh, Padre mío, dice el fatigado viejo, yo conozco que soy un atrevido y soberbio en osar pedir la carga que no puedo llevar! No hay en mí virtud para tanto dolor; por reverencia de Dios que le suplique me quite el dolor de la cabeza, que ni temo la calentura ni la muerte, sino morir rabiando; que si dura lo que ahora siento, temo que se me turbará el juicio, y sin conocimiento ni memoria de Dios, no sé que paciencia tendré ni qué fin haré.»—«Tenga, Padre, buen ánimo, le dijo el santo varón, que buen Dios tenemos y no prueba más de lo que nos basta. No morirá ahora, que aun le quedan muchos años para trabajar, satisfacer y merecer.»

Salióse con esto, y puesto él en su oración, se le quitó al enfermo todo el mal. Era después entretenimiento verle contar al buen Padre Bustamante cómo se confundió de haber deseado y pedido para sí lo que pedía el santo Padre Francisco, que eran dolores y tormentos y padecer martirio por amor de Dios. Imitaba en esto grandemente el santo varón al apóstol San Pablo, que no se gloriaba en otra cosa sino en la cruz de su Redentor Jesucristo, deseando vivir crucificado y ser varón de dolores, padeciendo mucho por su Redentor. Esta es la sabiduría del cielo, esta la ciencia de los Santos, estimar los trabajos y aborrecer los gustos de esta vida, por lo cual dijo el Sabio que llevó la providencia divina al justo por caminos derechos y dióle ciencia de los Santos y le honró en trabajos, y llenó sus trabajos. Y así

como tan justo el humilde Padre Francisco le llevó nuestro Señor por el camino derecho de la imitación de Cristo, y le dió la ciencia de los Santos, con que saben conocer el precio de los trabajos, honrándole con ellos, como en el discurso de esta historia se podrá ver, y él estaba tan gustoso con sus penas, que las deseaba; pero este privilegio no se concede á todos.

## CAPÍTULO VII

**Despeñándose el Padre Bustamante, hace oración por él el siervo de Dios, y queda bueno y sano.**

Fué el Padre Bartolomé de Bustamante compañero del santo Padre Francisco, como habemos dicho, y muy querido de él por su mucha virtud, y así tuvo muchas ocasiones en que experimentar lo mucho que podían con nuestro Señor sus oraciones, y si en el caso pasado le valieron la salud, en el que ahora diremos le valieron la vida. Cuando fué la primera vez á Portugal el bienaventurado Padre Francisco, por el deseo que tenían de verle aquellos Reyes, llevó por compañero al Padre Bustamante. Prosiguiendo su camino llegaron á una sierra muy áspera y fragosa que llaman de los Siete Pallares y está de la otra parte del río Mondejo, y no lejos de la ciudad de Coimbra. Caminando, pues, por esta sierra, iba el siervo de Dios Francisco delante, recogido y absorto en su oración, y el Padre Bustamante le seguía rezando el rosario de Nuestra Señora que llevaba en las manos. Al pasar de un paso muy estrecho y peligroso, resbaló la cabalgadura en que iba el Padre Bustamante, y comenzó á rodar por unos riscos y por un tan espantoso despeñadero, que sólo mirarle ponía grima. El buen viejo para todo lo demás perdió los sentidos, sino para invocar á grandes voces los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Oyó el Padre San Francisco las voces de su compañero y las de unos hombres que viéndole caer dieron grandes gritos, y volviendo los ojos, vió rodar por aquella cuesta abajo al Padre Bustamante, ya encima, ya debajo de su mula, y fijados los ojos en el cielo, dijo con gran devoción y ternura: «Jesús te ayude; defiéndele, Padre de las misericordias.» Al mismo punto que esto dijo, se detuvo la cabalgadura en un lugar tan resbaladizo y dificultoso para hacer allí pie, que causó no pequeña admiración á los que lo vieron. Hallóse el Padre Bustamante con el rosario en las manos y él y la cabalgadura sin le-

sión alguna, y con unas sogas le sacaron ciertos caminantes de aquella profundidad donde estaba, alabando todos al Señor porque le había librado de tan manifiesto peligro. Él atribuía después esta misericordia de Dios á la intercesión de su bendita Madre, á la cual él llamó en su socorro, y cuyo rosario iba rezando y nunca soltó de las manos, y después de ella, á la oración del santo Padre Francisco, cuya santidad tenía muy conocida, y creía que eran sus oraciones muy poderosas delante de Dios, para alcanzarle aquel beneficio de no haberse hecho pedazos. Es tan sabido y auténtico todo esto, que no es necesario especificar de dónde se tomó.

## CAPÍTULO VIII

### Restituye los dientes que se habían caído á un predicador.

Aunque para ejercitar su paciencia y mansedumbre quiso el Hijo de Dios restituir la oreja á Malco, uno de los soldados que más atrevidamente salieron á prenderle, cuando estaba en la oración del Huerto, tuvo fuera de eso esta acción de Cristo un grande misterio en favor de la palabra divina que entra por la oreja, significándonos su importancia con restituirla á su enemigo y más habiendo sido cortada por uno que había escogido por predicador y supremo maestro de su celestial doctrina, dando á entender que á ninguno habían de privar los predicadores de la palabra de Dios. También fué favor de la misma palabra divina que dispusiese Dios por medio de un serafín los labios de Isaías para ser predicador de su pueblo. Hízose la promulgación del Evangelio, según el apóstol San Pablo, del oído de los pueblos y de la predicación de los Apóstoles. Y así como la sementera se hace habiendo quien arroje la semilla y buena tierra que la recoja, así también la semilla de la palabra divina, como pide las orejas de los oyentes que la recojan, pide boca de los predicadores que la siembren. Por lo cual se alaban en el *Libro de los Cantares* la boca y los dientes de la Esposa, por ser necesarios para la predicación y conversión del mundo, y no sin gran misterio de lo que vamos hablando compara el Espíritu Santo los dientes de los predicadores á las manadas de ovejas, que parece comparación menos proporcionada, si no es por lo que vamos diciendo y por la correspondencia que debe haber de los que oyen para recibir la palabra divina y los que la predican pa-

ra sembrarla, porque así como para que la sementera sea buena es necesario esté dispuesta la tierra, la cual no puede tener mejor disposición que cuando rebaños de ovejas han estado en ella y fecundádola con su estiércol, así es necesario que haya quien la siembre con sazón. Y por esto se juntan en la comparación dicha la sazón del que predica con la que recibe la tierra de las manadas de ovejas. Estaba muy persuadido de la importancia de esto el siervo de Dios Francisco, y así como su Señor Jesucristo restituyó la oreja á uno que tenía necesidad de oir la palabra divina, él con la virtud del mismo Señor restituyó los dientes á quien la debía predicar. El caso fué que en una jornada que hizo el santo Padre llevaba un compañero que era gran predicador, al cual se le cayeron dos dientes estando comiendo, y estaba muy congojado por la falta que le habían de hacer para proseguir con su predicación. Pero presto le consoló el siervo de Dios Francisco, porque tomando los dientes caídos los puso en su lugar y afirmó con los dedos, con lo cual le quedaron muy firmes y buenos, según consta de las informaciones para su canonización, como también lo que escribiremos en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO IX

**Obra dos milagros con sus hijas, la condesa de Lerma y la marquesa de Alcañices, y hácelas dejar las galas.**

JUNTARÉ con el suceso pasado otro que aconteció muy semejante con la condesa de Lerma, su hija, si bien otros lo atribuyeron á la marquesa de Alcañices, Doña Juana de Aragón, hija también del mismo santo Padre, el cual solía comer con sus hijos algunas veces, aunque raras, para darles santos consejos y ganarlos para Dios, pues para el mismo fin lo hizo Jesucristo aun con los publicanos y fariseos, en cuyas casas se dignaba comer por tener mejor ocasión de convertirlos.

Estando, pues, un día comiendo el siervo de Dios con sus hijos, se le cayó un diente á su hija la Condesa, de lo cual se afligió mucho, así por el dolor que le dió tan de repente, como por la fealdad con que había de quedar sin él, porque era muy hermosa. Pero tomando el santo Padre el diente con sus manos, dijo con mucho agrado, como despreciando y notando la vanidad de las mujeres en la estima que hacen de la hermosura: «Qué fea

quedará la Condesa sin este diente!» Entristecióse la hija, y teniéndola lástima, la dijo: «Llegaos acá, no os aflijáis», y alzando los ojos al cielo, y luego bajándolos, le puso el diente en el lugar de donde se le había caído, diciéndole: «Este por lo menos no os faltará, comed;» comió la Condesa, muy maravillada, con todos los presentes, y prosiguió sin caerse el diente, antes quedándole muy fijo, fuerte y firme la encía, sin caérsele en toda su vida. Afirman que aún después de muerta, habiéndole de mudar su cuerpo á otra parte, hallaron los dientes de la calavera todos caídos, si no es aquél, que después de muchos años estaba fijo en su lugar.

Esta blandura del siervo de Dios para con sus hijas, era por ganarlas y disponerlas, para que ganándolas la voluntad recibiesen mejor los consejos que las daba para que despreciasen las vanidades mujeriles, porque los más milagros del santo Padre eran por algún fruto espiritual. Si dió salud al Padre Cristóbal Rodríguez, fué por la grande falta que haría á muchas almas, por ser varón apostólico. Si libró de la muerte, cuando se despeñó, al Padre Bustamante, fué para el bien que hizo después en la Compañía y en España, donde asentó la provincia de Andalucía en grande observancia. Si alcanzó de Dios una enfermedad al duque del Infantado, fué para que se reconociese. Si dió dientes al predicador, fué para que no perdiese el fruto que hacía en las almas, cuyo bien deseaba y procuraba el celoso Padre en todas sus obras. Y así lo procuró en las maravillas que hizo con sus hijas, como se verá por este caso: Estaba muy mala la marquesa de Alcañices, de una grave enfermedad, y acabándola de dar el Viático, dijo la hija á su padre: «Señor, que me muero, encomiéndeme á nuestro Señor.» El santo le respondió: «Si me prometéis dejar las galas y no leer libros de caballerías, yo lo haré» (era esta señora muy aficionada á esto). Respondió la Marquesa: «Yo lo prometo así.» Hizo luego allí oración el siervo de Dios, aunque brevemente, y luego la dijo: «No temáis, que no moriréis de esta enfermedad, antes viviréis más que yo, aunque poco, y así fué, que no vivió más que dos años después de la muerte de su santo padre.

## CAPÍTULO X

### Visitando los hospitales sana á los enfermos.

La humildad y caridad eran las virtudes que más tenían poseído el corazón del siervo de Dios, Francisco, yéndosele el alma tras todo ejercicio suyo. Pero mucho más cuando en una obra se juntaban y ejercitaban entrambas, porque aunque para humillarse no se siguiese otro bien sino su desprecio solamente, no perdía ocasión de hacerlo, teniendo por bastante fruto de su trabajo el de su mayor abatimiento, por imitar más á Jesucristo. Ni cuando se le ofreció ocasión de hacer bien á su prójimo, principalmente el espiritual, faltaba á ello, aunque por esta causa fuese honrado. Mas cuando en una obra hallaba ser de humildad y juntamente de caridad, era su gozo cumplido, teniendo por grande ganancia hallar en una sola pieza estas dos preciosísimas joyas, y así se inclinaba más á los ejercicios de la Compañía, que eslabonan entre sí estas dos virtudes, como era visitar los hospitales, servir en ellos y ayudar á los enfermos en la salud de sus almas, primero, y después en la de los cuerpos. Sólo diré lo que sucedió en Madrid, y cómo mostró nuestro Señor lo que le agradaba su caridad humilde conque ejercitaba oficio de tanta piedad. Estando en aquel lugar iba los viernes y sábados al hospital de Antón Martín á confesar y consolar los enfermos y hacerles fervorosas pláticas, y no contentándose con la ayuda espiritual que les daba, les servía en cosas muy humildes. Él mismo, con grande caridad, lavaba con vino las asquerosas llagas de los enfermos, y con su propio pañuelo las limpiaba y enjugaba, y luego, con gran afabilidad y agrado, les cortaba las uñas. Semejante oficio hacía con los pies, los cuáles lavaba á los pobres con singular humildad, y con igual devoción se los besaba. Y porque no quedase buen oficio que les pudiese hacer, él mismo les quitaba el cabello, dándole habilidad para ello no otra arte que la de su gran caridad. Aquí le sucedió que, como San Pedro, por ser pobre, no diese plata ni oro, pues no la tenía, á los pobres, sino sólo la salud, así también el pobre y humilde Padre daba sanidad á los enfermos, no plata ni oro, de que se había privado por Jesucristo, renunciando su Estado y grandeza.

En este hospital había una enferma llamada María de Ba-

rrasa, que por espacio de tres meses había tenido una pierna con grandísimos dolores. Mas cuando estaba ya tan desesperada de remedio, que al día siguiente se la habían de cortar, pasando por junto á su cama el siervo de Dios Francisco, reverenciando en él su grande santidad y esperando que sería poderoso para alcanzar la salud, pues tan de veras servía á aquel Señor que es todopoderoso, le pidió le pusiese la mano sobre la pierna mala. Movido el siervo de Dios á compasión, lo hizo así, poniendo su mano sobre la ropa que la cubría, diciendo: «No será nada, hermana.» Concurrió el brazo poderoso de Dios donde puso su siervo la mano, y al punto le salió á la doliente un hueso de la canilla, que era el que causaba aquellos dolores y había dañado la pierna, y sintiéndose ya buena la enferma, excusó que hiciesen en ella la carnicería que había determinado el cirujano de cortársela, quedando todos muy admirados, y dando gracias á Dios, decían que aquel Padre era grande santo, pues tenía tal virtud del cielo. Este milagro maravilló á los hombres, pero á los ángeles más admiraba la humildad de quien le obró, que se tenía por el mayor pecador y más vil hombre del mundo, y se trataba como tal. Como andaba el santo varón tan despreciado, llegó á él un hombre y le preguntó si era el sacristán. Respondió el siervo de Dios con mucha humildad y modestia: «No lo soy, señor, aunque lo parezco; pero véngase conmigo, que yo le llevaré adonde está.» Y así lo hizo el humilde Padre, con singular afabilidad y agrado. Todo esto consta en los procesos de su canonización.

## CAPÍTULO XI

### Provee milagrosamente de comida á los colegios pobres.

La confianza en Dios que tenía el santo varón, se experimentó en varias ocasiones, en las cuales asimismo mostró nuestro Señor la providencia particular que tiene de los suyos, y cómo se cumple que á los que buscan el reino de Dios y su justicia, se les darán todas las cosas, y que el que tiene cuenta de dar de comer á las avecillas del campo, no la dejará de tener de sus siervos. De lo cual diremos en este capítulo algunos casos particulares. En el noviciado de Simancas, les faltaba un día todo lo necesario para su mantenimiento, porque ni pan, ni otra cosa, ni con qué comprarlo había en casa. Venida la hora de llamar al

refectorio, dijeron al santo Padre Francisco, la estrechura en que estaban, y él preguntó: «¿No hay algo que poner á la mesa, aunque sea muy poco?» Respondióle que sí; mas que siendo cerca de cuarenta personas, apenas tenían lo necesario para seis. «Llamad (dice él), y siéntense como suelen, y repartid entre todos lo que hubiere en tanto que Dios provee». Siéntanse echada su bendición y al mismo punto llegó un hombre á la portería con una acémila cargada de pan y de la vianda necesaria y todo bien aderezado, de manera que se pudo luego servir á la mesa; venía de fuera de Simancas, pero no quiso decir de dónde ni quién lo enviaba. Lo mismo acaeció en Valladolid, que faltándoles un viernes del todo la comida, ordenó el bienaventurado Padre Francisco que se pusiese á la mesa cualquiera cosa que tuviesen, y no hubo otra cosa sino hierbas cocidas. Mas comenzando á comerlas, llegó de fuera bastante provisión para todos, la que llevaban en una grande cesta, y aunque no supieron quién lo enviaba, conocieron que era particular providencia de Dios, y dándole muchas gracias, comieron y sobró que dar á los pobres en abundancia.

A los principios del colegio de Sevilla pasaron aquellos Padres, juntamente con grandes trabajos, mucha necesidad y pobreza, así porque no eran conocidos como por disimular ellos todo lo que podían la falta de lo temporal y estrechura en que estaban. Era un día á las once de la mañana, cuando se solía tocar la campana para ir al refectorio, y faltaba para su comida todo lo necesario; ni con que comprarlo tenían. Y el mismo día habían llegádoles otros nuevos Padres que venían de fuera. El Padre Juan Suárez, que era el rector, hallándose confuso con este aprieto, se fué al santo Padre Francisco y le dijo: «Padre, ¿qué haré? ¿tocaremos á comer, que es ya hora?»—«Pues ¿por qué me pregunta á mí eso?» dice el santo Padre; y él le replicó: «Dígolo, porque si llamamos y se sientan no tenemos cosa que darles á comer, ni àun manteles para cubrir la mesa, que quepan los que han hoy venido.» Compúsose el bienaventarado Padre un poco, como recogiéndose en oración, y luego le miró el rostro con alegre semblante diciendo: «Llamad, Padre como soléis, á comer, con vuestra campana, pues la hora lo pide, y fiad en Dios.» Fué el Rector á tocar su campana, y al mismo tiempo oyó llamar á la portería, y abriéndola, halló un hombre de los que suelen llevar cargas que traía una grande cesta cubierta; y

con él venía un honrado escudero que dió el recaudo, diciendo que una señora les enviaba aquella limosna; y desenvolviendo la cesta, hallaron dentro todo el recaudo para su comida abundantemente, y aún sobraba para convidar ellos á otros pobres; y fuera de la comida enviaba aquella devota señora manteles y servilletas y una caja con muchos cuchillos de mesa, en lo que se vió haberlos querido nuestro Señor proveer maravillosamente de cuanto de presente tenían falta. Contaron luego esto al santo Padre Francisco, el cual dijo: «Todas éstas son lecciones que Dios nos da para que aprendamos á tener firme esperanza que mientras nosotros, como fieles siervos y ministros de su Iglesia y Evangelio, hiciéremos nuestro deber, nunca jamás nos consentirá su providencia faltar lo necesario ni para el alma, ni para el cuerpo.» Son palabras estas del Padre Ribadeneira, y lo mismo confirman los demás escritores de la vida del santo Padre Francisco.

## CAPÍTULO XII

### Convierte con sus oraciones á un gran pecador.

La conversión de las almas, dice San Juan Crisóstomo que es mayor milagro que la resurrección de los cuerpos, y así añadiremos ahora algunas particulares historias en que mostró el bienaventurado Padre Francisco de Borja cuán poderosas eran sus oraciones para con Dios, pues por ellas pudo resucitar almas. Cuando el siervo de Dios andaba por Castilla estaba en la corte de aquel reino un caballero comendador algo descuidado de sí y desviado de los derechos caminos que llevan á la vida, el cual, pasando un día por la iglesia de San Antonio donde estaban los Padres de la Compañía, y viendo que entraba y salía mucha gente, preguntó dónde acudía aquel tropel de hombres, y como oyó decir que aquella era la iglesia de los Padres de la Compañía y que la gente iba á oir el sermón del Padre San Francisco y que tenían jubileo, dijo el caballero: «Dios me guarde mi seso; antes me quedaré sin indulgencia que entrar en la casa de estos demonios»; diciendo otras cosas semejantes de hombre apasionado. No faltó quien supo esto y lo contó al santo Padre Francisco juntamente con los desórdenes de su vida. Teniéndole el siervo de Dios gran compasión, determinó irle á visitar, y haciendo primero ocho días de oración y dicien-

do todos ellos misa por él, fué á verle; y aunque cuando oyó decir que le buscaba el santo Padre se le sobresaltó el corazón, turbándose con aquella visita, no pudo perderle el respeto ni dejar de recibirle con todo comedimiento. Con su vista y larga plática le mudó Dios nuestro Señor de tal manera que se puso y resignó todo en las manos y voluntad del santo Padre y le quedó sobremanera devoto y muy aficionado, y lo fué siempre. El siervo de Dios le persuadió que hiciese una confesión general de toda su vida, y de allí adelante confesó y comulgó cada semana é hizo muchas y ejemplares obras de virtud, edificación y penitencia, hasta que fué nuestro Señor servido de llevarle de esta vida. Toda esta relación es del Padre Dionisio Vázquez, en la vida que escribió de este siervo de Dios. Largo sería si quisiéramos contar todas las personas señaladas que con los sermones y comunicación del santo Padre corrigieron sus vidas en la corte y los que por su ejemplo y consejo se recogieron á acabar sus días en diversas religiones.

La grandeza que fué esta gracia de convertir almas no la quiero comentar con otras palabras que las que dice Ricardo Victorino, que son las siguientes: «No sé si puede el hombre recibir de Dios cosa más grande en esta vida; no sé si puede en ella hacer Dios gracia mayor al hombre que concederle que por su ministerio los hombres perversos se muden á mejor vida y que los hijos del demonio se hagan hijos de Dios. Acaso le parecerá á alguno que es más resucitar muertos; pero ¿por ventura será cosa mayor resucitar la carne que ha de tornar á morir que el ánima que ha de vivir para siempre? ¿Por ventura será más volver la carne á los contentos del mundo que restituir al alma á los grados del cielo? ¿Por ventura será cosa mayor restituir á la carne los bienes que se pasan y que han de perecer otra vez, que volver al alma los bienes eternos y que han de durar eternamente? ¡Oh, qué género de dote es este, cuán grande dignidad recibir de Dios tal gracia! No debía la esposa de Dios recibir de su esposo otro dote, ni convino al esposo dar otro dote á su esposa, sino que por la gracia de adopción pueda engendrar para Dios muchos hijos, y de los hijos de ira é hijos del infierno escribirlos por herederos del cielo.» Todo esto es de Ricardo.

## CAPÍTULO XIII

**Reduce con sus oraciones al obispo de Plasencia.**

No fué caso menos maravilloso lo que sucedió en Plasencia y refiere el Padre Dionisio. Era obispo de aquella principal y rica iglesia de Plasencia, y en ella muy antiguo, don Gutierre de Carbajal, el cual en los tiempos pasados había tenido fama que en sus cosas no se preciaba tanto de eclesiástico, ni se acordaba de la dignidad que profesaba, cuanto de la nobleza y pundonor de caballero que heredó de sus padres. Sacóle por pleito su Cabildo que estuviese obligado á dar predicadores á su iglesia, y por tenerlos á su contento deseó que algunos Padres de la Compañía lo comenzasen. Escribió con un su capellan al santo Padre Francisco, rogándole que en todo caso le enviase media docena de Padres que diesen principio á un colegio y comenzasen á predicar en su obispado, y que si él mismo los pudiese llevar le sería doblado beneficio.

Holgóse el siervo del Señor de esta nueva ocasión de servir á Dios y tomar por su amor aquel trabajo. Partió para Plasencia y con él algunos escogidos Padres, á los cuales acogió el Obispo con muestras de gran contento, y aunque no quisieron, los hizo aposentar en el mejor cuarto de sus casas con una bastante capilla para predicar y oir confesiones, mientras se edificaba nueva iglesia y morada, que se comenzó luego con mucha diligencia, é hízose el colegio tan suntuoso como ahora se ve acabado. Comenzó el Obispo á tratar muy familiarmente con el santo Padre y con los compañeros que con él fueron. Y como este Prelado era de escogido entendimiento y claro juicio, fué cautamente mirando y considerando los pasos, el trato y la vida y pláticas y ejercicios de aquella nueva gente que tenía en su casa hospedada, creciendo cada día la admiración y estima que hacía de ella su alma; mas en esto y en el contentamiento de haberlos traido y en procurar que ninguna cosa de lo temporal les faltase, ponía todo su cuidado, sin pasar más adelante. Pero más alta tenía puesta el bienaventurado Padre su mira, más adelante encaminaba sus deseos, porque con afecto y ansia entrañable procuraba que se ganase para Dios el alma de tan liberal huésped y deseábale pagar en una finísima y preciosíma moneda el bueno y amoroso acogimiento con que los recibió y tenía en su

casa, negociándole á él con el Rey de la gloria una rica mansión en los eternos palacios. Para alcanzarle esto dióse muy de propósito á ayudar á aquella alma delante del divino acatamiento con oración, lágrimas, ayunos, disciplinas, y aplicó á este fin todos los sacrificios y penitencias, así suyas como de todos los Padres que estaban con él, que ya era un buen número y casi entero colegio. Continuóse un mes entero esta oración y diligencias sin aflojar ningún día el santo Padre la oración y afectuosos suspiros y gemidos, y no hallaba reposo ni alivio en su corazón, hasta que una mañana, que sería una hora antes del mediodía, salió de su oratorio á la sala donde le esperaban los Padres Martín Gutiérrez y Dionisio Vázquez (que no poco se maravillaban cómo tardaba tanto en salir de la oración, porque ni había dicho misa ni rezado las horas canónicas de la mañana), y mirándole cómo salía con el rostro encendido y los ojos como unas llamas de fuego, aunque no era aquella vez la primera que salía de su oración inflamado el rostro, pero nunca tanto como entonces se le había echado de ver; con aquel exceso mirólos el santo Padre, y con una alegría que le salía del fondo de su alma y se le conocía exteriormente, dijo:

«¡Oh, Padres míos! dad gracias á la divina bondad, que el Señor de la gloria me ha otorgado la conversión del obispo don Gutierre, y muy en breve veréis las maravillas de Dios en él.» Pasaron muy pocos días y el Obispo trató tan de veras y tan de propósito de la salud de su alma que admiró á los de su casa y á todos los que de fuera de ella le habían conocido, porque les parecía otro hombre y otro espíritu en su conversación, pláticas y ocupaciones y obras de verdadero cristiano y perfecto prelado. Recogióse en su pueblo de Zaraicejo con dos Padres de la Compañía: dióse allí muchos días á oración, lágrimas y penitencias; recogió todo el discurso de su larga vida y repasó con amargura de su corazón todos sus años, y yendo meditando los espirituales ejercicios se confesó generalmente de toda su vida con muestras de verdadera contrición y deseos de su salud.

Mandó luego pregonar públicamente, así en Plasencia como en los otros pueblos de su obispado, que cualquiera persona que de él ó de sus criados y oficiales tuviese alguna queja ó pretendiese alguna satisfacción, acudiese á los jueces árbitros que él señaló para que lo determinasen y satisfaciesen. Los cuales jueces fueron el doctor Juan de Ayora, su provisor, que luego fué

obispo de Oviedo, y dos Padres de la Compañía, uno teólogo y otro canonista, en cuyo poder depositó muchos millares de ducados para que libremente de ellos satisfaciesen á los querellantes, según hallasen de justicia ó equidad serles debido.

Demás de esto reformó el Obispo su casa y familia y gastos, quedóse con seis capellanes de vida recogida y ejemplar, á los cuales sentaba á su mesa y leíase en ella lección sagrada, y era tan moderada la mesa, que parecía más de religioso que de Obispo. Pacificóse con su Cabildo y con otros con quien solía tener trabadas diferencias; hacía aquella penitencia exterior que sus años cargados y su quebrantada salud podía llevar. Miró mucho por sus ovejas y proveyólas en lo espiritual y en lo temporal del conveniente remedio, y esto, no sólo en Plasencia, más por todo el obispado envió quien diese doctrina y limosnas á los necesitados, y siendo un año de gran carestía y hambre, daba de comer abundantemente dentro de su propia casa á más de trescientos pobres, y vino á llegar el número á setecientos, y hallábase presente el mismo Obispo al tiempo que les repartían la comida, y ordenábalos y sosegábalos entre tanto que los Padres de la Compañía les enseñaban y hacían decir la doctrina cristiana y se informaban si estaban confesados y comulgados, como eran obligados por el precepto de la santa madre Iglesia.

Mas como entró el tiempo caluroso y achacoso, y se temió que tantos pobres juntos podrían inficionar la salud de la ciudad, el Obispo los mandó repartir por los lugares de la comarca y les enviaba el sustento con Padres de la Compañía que llevaban para esto gran suma de dineros. El Padre Doctor Hernando de Solier llevó mil ducados para sólo la villa de Trujillo, que está en aquella diócesis, y los distribuyó á los pobres de aquel pueblo. Ocupándose el buen Obispo en estas y semejantes obras de mucha edificación, le pasó á mejor vida el Señor, como lo confiamos de su misericordia, para que se cumpliese lo que al beato Padre le fué prometido en su oración, y todos quedaron alegres con las prendas de esta esperanza, porque era aquel Prelado amado universalmente por su valor, liberalidad, prudencia y afabilidad.

## CAPÍTULO XIV

**Asistiendo á la muerte de la reina Doña Juana de España, pide á nuestro Señor la dé juicio para salvarse.**

Otros muchos fueron los que por oraciones del santo Padre reformaron sus vidas y alcanzaron la salvación eterna, porque sus merecimientos para con Dios eran grandes y su oración muy ardiente y fervorosa, porque salía de aquel pecho que tenía abrasado en amor de Dios y en deseos de la salud de los prójimos, de la cual era celosísimo. Mas entre otros sucesos que callo, no quiero dejar de decir uno que fué para toda España de consuelo y aun para toda Europa de edificación, y para el santo Padre muy glorioso, porque le concilió gran autoridad y opinión de santo para con todos, por ser la persona con quien sucedió tan pública, que fué la reina Doña Juana, la cual fué hija de los Reyes Católicos, madre del emperador Carlos V y mujer del rey D. Felipe I, hijo del emperador Maximiliano I y primer archiduque de Austria que vino á reinar en España. Era esta Princesa de mucho valor y amaba en extremo á su marido, con quien estuvo casada en Flandes, donde él era señor natural de aquellos estados, que entonces estaban muy poderosos y florecientes, y tenía otros muchos y grandes en Alemania; de suerte que cuando heredó los reinos de España dudó de venir á ella, como se escribe en su historia; ni á su mujer la reina se le daba mucho de volver á su patria, porque la amaba mucho menos que á su marido. Mas en el camino la pesó de haber salido de Flandes por haberse visto en peligro manifiesto de la vida, porque en una terrible tempestad que se levantó en la mar tuvo por cierto ser ahogada y anegada; mas estuvo con tanto valor esperando la muerte, que se vistió para esto los más preciosos vestidos que tenía y se puso las más preciosas galas y joyas que traía.

De esta manera con hábito real aguardaba la última ola que la sepultase en el Océano juntamente con todos los de su navío. Mas la que llevaba con tanto ánimo y juicio su propia muerte no pudo llevar la de su marido sin que perdiese el ánimo y el juicio. Sucedió que el primer año que tomaron estos Príncipes la posesión de su reino de España, murió, cuando menos se pensaba, el rey D. Felipe, mozo hermosísimo y gallardo y de otras

partes excelentes y amables, mostrando al mundo con su muerte lo poco que hay que fiar de las dichas humanas. Sintió tanto su muerte la reina Doña Juana, su mujer, que de pena y dolor perdió el juicio, del cual quedó siempre privada, por lo cual su hijo Carlos V tomó la posesión del reino y le gobernó como su señor natural, y á la Reina guardaron en Tordesillas, sin salir de allí por muchos años que le duró la vida, ni haber tenido intervalo su locura. En la última enfermedad, de que murió, movida á compasión la princesa de Portugal Doña Juana, madre del rey D. Sebastián, que entonces gobernaba á Castilla, y estimaba en mucho la santidad del Padre San Francisco, le mandó que fuese á asistir á la muerte de la Reina, como lo escriben el P. Fray Prudencio de Sandoval en la historia de Carlos V, y el P. Nicolás Orlandino en la historia de la Compañía.

Llegó el siervo de Dios á hablar cosas de Dios y consolarla con santas palabras; pero la locura la tenía tan poseída como siempre, y á juicio de los que la habían asistido, más que otras veces. El siervo del Señor, lastimado de ver morir aquella Princesa con tanto olvido y enfado de las cosas divinas, la encomendó á nuestro Señor, y confiado en que le había de oir, dijo á la Reina: «Señora, vuestra Majestad se está muriendo; pida á Dios perdón de sus pecados, y á mí que en su nombre haga la protestación de la fe, que por la fuerza de la enfermedad no lo puede hacer vuestra Majestad». Á esta voz volvió en sí la Reina: con pasmo de todos los presentes, y dijo con mucho juicio, «Pues empezad á decir vos el símbolo de la fe». Hízolo así el santo Padre, y la Reina lo iba repitiendo y añadiendo de suyo algunas cosas del símbolo Niceno, hasta que le acabó con mucho seso, y al fin dijo: «Amén», con mucha devoción. Luego, dándole un crucifijo, lo besó devotamente, repitiendo esto muchas veces, y también con una imagen de nuestra Señora, mandando muy á menudo que se las aplicasen para adorarlas, besarlas y regalarse con ellas. Todo esto fué tan extraordinario en la mala disposición que tenía á la Reina su demencia, tan nuevo y sin esperanza, que causó gran contento en todos sus reinos, y singular en su hijo el emperador Carlos V y su nieto el rey de Inglaterra, que entonces era el príncipe de España D. Felipe, que después fué Rey de ella, segundo de este nombre. No pudo recibir la Reina el Viático por estar con vómitos, y después de recibida la Extremaunción, murió en viernes santo. Esta muerte,

así como causó gran gozo en el pueblo, así fué atribuída de todos á las oraciones del Padre San Francisco, estimándole mucho más de allí adelante por santo y siervo de Dios.

## CAPÍTULO XV

### Va el bienaventurado Padre Francisco, acompañado de Cristo, á convertir un caballero.

El caso que ahora quiero decir es de igual desconsuelo que ejemplo, para que teman todos perder la vergüenza á Dios en el pecar, no les suceda tan mal que caigan en semejante obstinación á la que ahora contaré conforme á lo que se dice en las informaciones del santo varón Francisco de Borja para su canonización. Fué el caso muy particular y tremendo lo que aconteció al siervo de Dios pasando por una ciudad de estos reinos, donde estaba una persona muy principal y de cuenta, muy enfermo y cercano á la muerte, el cual había sido hombre de vida muy perdida y estragada, y estando en aquel paso estaba tan duro y rebelde de emplear el poco tiempo que le quedaba de vida en satisfacer con verdadera penitencia por sus culpas, que ninguna otra cosa tenía más olvidada, sin haber remedio de que se quisiese confesar, antes despidiendo con aspereza y muestras de enfado á todas las personas que de eso le trataban y á los recuerdos que personas espirituales cuidadosas de la pérdida de su alma le daban. Tuvo noticia de este peligro San Francisco de Borja, y pareciéndole que ya corría por cuenta suya mirar por aquella alma para que no se perdiese, fué á consultar su remedio y el modo que en esto tendría con Dios nuestro Señor, y poniéndose en fervorosa oración delante de un Cristo crucificado, vió que el Cristo alzó la cabeza y que desde la cruz le hablaba, diciendo: «Ve al enfermo que yo mismo en persona asistiré á él de enfermero y de médico, mientras le persuades que se confiese.» Fué con esto el santo á casa de aquel hombre, y á vista de Jesucristo, que allí estaba, le dijo muchas cosas, procurando con fuertes razones persuadirle á que se confesase. Pero él tan obstinado que ni á las inspiraciones del que allí tenía presente, ni á las palabras del santo se quiso rendir y sujetar. Con lo cual Cristo nuestro Señor, que iba en traje de médico, se despidió blandamente y dejó al santo Padre continuando su persuasión al enfermo. Pero viendo que no podía hacer mella en él, y que antes cre-

cía su dureza, se determinó volver á Cristo crucificado á suplicarle nuevas mercedes para que no se perdiese aquel hombre; hizo más fervorosa oración ante él, y Cristo nuestro Señor, viendo tan afligido al santo, le dijo desde la cruz: «Para que eches de ver cómo deseo la salud espiritual de aquesa alma, llévame allá al enfermo.» Tomó al momento el Cristo que tenía delante y fué volando á la casa de aquel caballero, y echando la gente fuera, se quedó con él á solas, y poniéndole delante el Cristo, comenzó de nuevo á decirle muchas razones de que se volviese á él, de que tuviese confianza. Pero el miserable hombre, no haciendo caso de cuanto le decía el siervo de Dios, comenzaron todas las llagas de Cristo á correr sangre, y no bastando esto, le habló desde la cruz y alegó lo que le costaba aquella alma y lo mucho que por ella había hecho, y ni aun bastando esto, desclavó el Cristo un brazo de la cruz, y metiendo la mano en la llaga del costado, sacó un puñado de sangre y se la arrojó al rostro de aquel desventurado, dándole la sentencia que pues aquella sangre se había derramado para su salvación y él no quería aprovecharse de ella, fuese para su eterna condenación. Entonces el miserable, diciendo grandes blasfemias contra Dios que le condenaba, expiró entregando su alma en manos de los crueles verdugos los demonios, ejecutores de la divina sentencia. El santo Padre tomó el Crucifijo y se volvió á su casa, con la admiración y suspensión que tal caso pedía y puede imaginarse.

## CAPÍTULO XVI

### Sale sangre de las reliquias que parte el siervo de Dios y de un Lignum Crucis que echó en el agua delante de la princesa Doña Juana de Portugal.

En los secretos de la naturaleza uno es muy particular el verter sangre los cadáveres, ó delante de sus enemigos ó en presencia de sus amigos y parientes que amaban al muerto, como no pocas veces se ha visto. Semejantes prodigios han acontecido milagrosamente de hacerse alguna demostración con sangre, vertiéndola en algunos casos delante de hombres impíos y otras veces á la presencia de hombres santos, y aun cuando es esto efecto natural en los cadáveres, es dificultosísimo dar de ello razón. Pero cuando es efecto milagroso y de la gracia, no es tan dificultoso hallar alguna causa. Por lo menos en dos sucesos de este

género que sucedieron al bienaventurado Padre Francisco de Borja, como se testifican en las informaciones para su canonización, todos lo atribuyeron á la devoción y respeto con que trataba las reliquias, que era con tanta fe y veneración, que ellas dieron demostración de su piedad con las maravillas que ahora contaré. Estando mala en Valladolid la princesa doña Juana, hija del emperador Carlos V y gobernadora entonces de España, afligida con unas tercianas, envió á llamar al bienaventurado Padre Francisco de Borja, del cual tenía tan grande concepto y estima como hemos dicho; díjole que ella tenía mucha fe y confianza de que poniendo en un vaso de agua una reliquia de *Lignum Crucis*, que su padre le había dado, y bebiendo de ella, se le quitaría la terciana, y que el santo Padre pusiese la reliquia en el agua. Él se excusó cuanto pudo con su mucha humildad; pero no pudiendo resistir más á la fuerza y mandato de la princesa, hincado de rodillas y haciendo oración, echó la santa reliquia en el agua, y luego al punto se volvió en color de sangre, tanto que la princesa no se atrevió á beberla, quedando muy maravillada de tan gran novedad, no menos edificada de ver la devoción del santo Padre, que todo resuelto en lágrimas se estaba enterneciendo con su Dios como autor de aquella maravilla, la cual no paró aquí, porque queriendo la serenísima princesa dar al santo Padre Francisco una reliquia del pellejo de San Bartolomé, que había sido del Emperador su padre, cortándola el siervo de Dios, con estar tan seca, cayó una gota de sangre sobre el lienzo de holanda que estaba debajo, atribuyendo todos estos milagros á la santidad y devoción del siervo del Señor.

Los filósofos naturales atribuyen á simpatía ó antipatía de las cosas el derramamiento natural de sangre delante de algunas personas. Esta misma causa se podía acomodar á los casos presentes, porque la mortificación y cruz espiritual que traía siempre el siervo de Dios se conformaba con una sobrenatural y admirable simpatía con la cruz de su Señor Jesucristo, á cuya imitación estaba crucificado al mundo, porque, como quien era de Cristo, según el apóstol, crucificó todos sus apetitos, concupiscencias y deseos. Ni dejaba de haber correspondencia con el martirio de San Bartolomé, que murió desollado, haberse él despojado y desnudado de sí tan totalmente que no tenía nada suyo, ni aun la propia voluntad. Y si á San Bartolomé quitaron de

sus carnes el pellejo, él quitó á su piel las carnes, habiéndose en la abstinencia y rigor de vida enflaquecido tanto, que le sobraba el pellejo y se le revolvía al cuerpo. No es maravilla que esta mística y espiritual simpatía tuviese mayor fuerza que cualquiera otra natural y se demostrase con tan notables prodigios.

## CAPÍTULO XVII

**Es dotado de un insigne don de profecía, con el cual previene muchos daños.**

No sólo con el don de milagros, sino con el de profecía ilustró nuestro Señor á su siervo y le hizo venerable á todos; fué muy señalado en el espíritu profético, porque le descubría Dios, como á tan gran amigo suyo, las cosas más secretas y ocultas y que estaban por venir. Aquí diré algunos daños que previno con este espíritu de profecía de que nuestro Señor le había dotado. Estando en Lisboa convaleciente en el palacio de Enxóbregas, que es del rey, á la ribera del río Tajo y de aires sanos y frescos, fué una tarde á visitar un convento de frailes de San Francisco que estaba allí cerca y también mira á la mar. Estando con los religiosos, y el cielo muy sereno, dijo con espíritu profético (según se vió) á los Padres que los que tenían sus celdas en el cuarto que estaba hacia el mar retirasen aquella noche los libros que tenían en ellas y sus personas, porque si el mar se enojaba entraría por las ventanas y los maltrataría. Algunos de ellos se rieron, no haciendo caso; pero otros lo creyeron y cumplieron su mandato. Vino la noche, y hubo tan grande tempestad que entró el agua por las ventanas de las dichas celdas, y vino mucha gente de la ciudad á socorrer á los frailes que en ellas se habían quedado, por no haber dado crédito á lo que el Santo les había dicho. Hasta hoy hay memoria en aquel convento de este caso, teniéndole por gran milagro, y al Santo desde entonces en mayor veneración. Saliendo de este convento se fué á palacio, y estando dentro comenzó el santo varón á dar gran priesa á sus compañeros que le sacasen luego de aquella casa, y que ninguno de ellos y de los criados de la Reina que estaban con él y le servían aquella noche quedase allí, y que los de la Compañía se fuesen á la casa de San Roque de Lisboa. Los compañeros y los criados de la Reina, como no sabían la causa de esta priesa y repentina determinación, pensaron que

era el ser el santo Padre tan amigo de la pobreza y enemigo de regalos, y que por eso deseaba salir de la casa y servicio real y estar entre sus pobres Hermanos (y esta debía de ser la causa principal). Hiciéronle instancias que se entretuviese algunos días para que tuviese más salud, ó á lo menos que esperase hasta la mañana. Pero el bienaventurado Padre no consintió que hubiese dilación ninguna, antes insistió con gran firmeza que se partiesen luego y que ninguno de ellos quedase allí aquella noche, y así se hizo. Fué esta inspiración é instinto particular de Dios, porque aquella misma noche súbitamente se levantó aquella tan brava y horrible tormenta, que las naos poderosas de la India, que estaban amarradas con fuertes cables, se desamarraban y se encontraban y hacían pedazos entre sí. Y si el santo Padre se estuviera con sus compañeros en la casa del rey de Enxóbregas, sin duda hubieran padecido mucho aquella noche. Esta tempestad fué la que vino desde los últimos términos de la India Oriental, y trujo de allá aquel pestilencial catarro que, comenzando aquella noche en Lisboa, cundió por gran parte de Europa y se llevó de esta vida gran número de gentes en Septiembre del año de 1557. En otro camino que hizo en tiempo de gran frío con algunos de sus hijos, cuando llegaron al lugar ellos hicieron una gran lumbre, mientras el siervo de Dios se había retirado á un aposento para tratar con Dios solo. El fuego creció de manera que se pegó á la casa, sin echarlo ellos de ver ni el compañero del bienaventurado Padre; pero revelóselo el Señor á su siervo, el cual salió luego de su retiro avisándoles lo que pasaba, y así remediaron el daño para que no acabase de abrasarse toda la casa. Y porque viene á propósito quiero añadir aquí cómo otra vez, yendo camino de Andalucía el Padre San Francisco, se topó con Suero de Vega, hijo de Juan de Vega, que á la sazón era presidente del Consejo Real de Castilla. Llegaron ambos una tarde á una posada, adonde el santo Padre se retiró á un aposento á tener su oración, como lo acostumbraba, y Suero de Vega se quedó con sus criados al fuego de una chimenea en otro aposento más afuera. Estando allí en sus pláticas bien descuidados, salió el siervo de Dios á deshora, diciendo á voces: «¡Oh, señores! ¿Aquí están? Sálganse luego». Los que esto oyeron, aunque no veían por qué, se salieron luego tras el santo Padre, y apenas habían salido cuando se cayó una parte de la casa con espantoso estallido. Por donde se ve la providencia que Dios

nuestro Señor tiene de sus siervos, y cómo gobierna los corazones de ellos, unas veces descubriéndoles lo que ha de ser, y otras sin que ellos entiendan el secreto de sus altos consejos. Testifican todo lo referido el P. Dionisio Vázquez y el P. Ribadeneira, en la vida pequeña del Santo, y también el P. Virgilio Cepati.

## CAPÍTULO XVIII

### Revélale nuestro Señor la muerte y salvación del marqués de Alcañices y otras cosas tocantes á sus hijos y nietos.

Como encomendaba á nuestro Señor su gran siervo Francisco á todas las personas del mundo, y en él no era desordenada la caridad, no posponía á sus deudos y familia en sus oraciones, aunque no los adelantaba en el afecto, pues tan despegado le tenía de ellos, como hemos visto, y así lo que le faltaba de favorecerlos para con los reyes y cosas de la tierra lo suplía con interceder por ellos con el Rey del cielo. Y oíale tanto el Señor, que le comunicaba aun lo que había de suceder á los suyos. Y así, estando bien lejos de su privanza, el marqués de Denia, su nieto, que fué después duque de Lerma y gran privado de Felipe III, rey de España, se lo profetizó el santo Padre, diciéndole cómo había de poder mucho y subir á una gran privanza, como después lo vió cumplido todo el mundo. Y estando dudando el mismo Marqués antes de casarse si imitaría al duque de Gandía entrándose religioso, le dijo que Dios se quería servir de él en otro estado para negocios del bien público. Dijo también mucho antes de la muerte de tres hijos suyos, que murieron en diversos tiempos, y todo sucedió en la hora y modo como el siervo de Dios había profetizado. Una vez comiendo con sus hijos les dijo: «Mirad bien, hijos míos, lo que os digo; acordaos bien de ello. Uno de los que estamos aquí en ésta mesa ha de morir de repente antes de muchos años. Y así, estad todos alerta y dispuestos, mirando siempre cómo vivís.» Sucedió así, que estando hilando la condesa de Lerma, su hija, dando en esto ejemplo á las señoras, diciendo: «¡Jesús! ¡Jesús!», se quedó muerta. Estando un día el beato Padre en casa de su hermana Doña Margarita de Borja, con otros hijos y parientes suyos, que se habían juntado para verle y oirle, sacó su hermana dos hijas que tenía y un hijo, para que el Santo les echase su bendición. Preguntóle el siervo de Dios si tenía más hijos. Respondió Doña Margarita que tenía otra niña chiquita, que no

era para nada, ni valía para cosa, sino para ser monja. Trujéronla luego mal vestidilla y con un habitillo de San Francisco. En viéndola el Santo, dijo con el espíritu profético de que Dios le había dotado: «No será esta niña monja, sino muy señora y heredera única de vuestra casa y la querréis mucho, aunque ahora no la queréis tanto.» Amaba la madre mucho á las dos hijas mayores llamadas Angela y Juana y al hijo que tenía por nombre Francisco. Sucedió que de allí á poco murieron las dos hermanas en el espacio de ocho días y el hermano dentro de un año, y luego su padre; con lo cual vino á quedar heredera y señora de la casa la hija postrera, llamada Doña Ana de Borja y Portugal, la cual casó con el duque de Pastrana y fué muy querida de su madre. Mayor felicidad pronosticó en el caso siguiente: D. Juan Enríquez, marqués de Alcañices y marido de una hija del siervo de Dios, cayó malo en Valladolid, y á la sazón estaba su mujer en Toro y con ella el Santo Francisco de Borja; pidióle encomendase á Dios á su marido. Dijo misa el Santo por él, y acabada, dijo á la Marquesa, su hija, que el Marqués, su marido, estaba ya en el cielo, porque cuando había empezado á decir la misa había expirado, y cuando la había acabado, había sabido que estaba en buena parte, de lo cual quedó admirada la Marquesa, su hija, y después el día siguiente se supo que el dicho Marqués había muerto en aquella misma hora que había dicho misa el santo varón.

También andando en Valladolid por la calle le reveló nuestro Señor la muerte de la condesa de Lerma, su hija, y empezó luego á decirla un responso. En oyendo el compañero que sin propósito empezaba á decir «*Requiem aeternam*», le preguntó que á quién encomendaba á nuestro Señor, respondiendo el bienaventurado Padre que á su hija la condesa de Lerma, que acababa de morir en aquel punto.

## CAPÍTULO XIX

### Dice otras cosas con espíritu profético.

Ahora diremos otras cosas de las muchas que supo y dijo el siervo de Dios Francisco con espíritu profético. Estando el santo Padre el año de 1552 en Oñate, llegó un lacayo de don Carlos, su hijo, el duque de Gandía, que se llamaba Sansón, y criado antiguo de aquella casa, con la nueva del nacimiento de D. Francisco de Borja, su hijo primogénito y sucesor, y antes que

el lacayo hablase y le diese las cartas que traía, le dijo el santo Padre: «Seáis bien venido, Sansón; ¿cómo queda Francisquito?» Turbóse en gran manera el lacayo, porque se había dado mucha priesa por traer la nueva el primero y ganar las albricias, y dijo: «¿De dónde sabe vuestra señoría que hay Francisquito en el mundo? ¿Quién me ha ganado las albricias, que gran diligencia he puesto en no perderlas?»—«No perderéis, dijo el santo Padre, que yo os diré tres Ave Marías y escribiré al Duque que os las dé, que bien las merecéis.»

Cuando el emperador Carlos V le mandó ir á Portugal, antes de llegar á la ciudad de Évora, cayó enfermo de una tan recia fiebre y modorra pestífera que le llegó casi al punto de la muerte. Hacíanse no solamente en nuestro colegio, mas en todas las casas de religiones de aquella ciudad, muchas oraciones por su salud, y en la iglesia mayor plegarias y procesiones, porque así lo había mandado el Infante Cardenal. Pasó el mal tan adelante que los médicos que le curaban en el colegio de Évora le tenían y lloraban ya por muerto. Mas el santo Padre, que se gobernaba por otras reglas y aforismos más ciertos que los de Hipócrates y Galeno, dijo al protomédico y á un hermano que le curaban viéndolos llorar: «¿De qué sirven esas lágrimas? ¿Dejaré yo de morir por eso, si Dios quiere sacarme de este destierro? Pues yo os digo que nos falta mucho que caminar y trabajar en esta jornada, porque aún no está madura ni sazonada la fruta para presentarse delante los ojos del Rey soberano. Y más os digo, que de aquí á cuatro días partiremos para Lisboa con el favor del Señor.» Quedaron admirados de estas palabras los dos, porque naturalmente veían que era imposible lo que el bienaventurado Padre decía. El día siguiente le purgaron y sintió notable mejoría con la purga. Desde á tres días llegaron los criados y oficiales de la reina Doña Catalina, los cuales le envió luego que supo su enfermedad con orden que se le llevasen á Lisboa en estando para ello. Y así se partió el día siguiente de Évora para Lisboa y se cumplió lo que el mismo santo varón había dicho. Lo referido consta de los procesos de su canonización y de algunos autores de su vida.

## CAPÍTULO XX

### Otras profecías de personas de la Compañía.

Vino un caballero mozo y principal á Simancas para entrar en la Compañía; halló tal mortificación y pobreza que se le angustió el corazón y dijo que si allí quedaba aquella noche sería la postrera de su vida; pero si querían que quedase quedaría aunque supiese morir. El santo Padre le despidió con blandura y dijo á los hermanos: «Dejadle ir, que no es llegada su hora; llegará y volverá, aunque tiene ahora esta flaqueza, con mayor fortaleza.» Y fué así, porque al cabo de algunos años el mismo caballero se desnudó de las rentas y dignidad eclesiástica que gozaba, y perdiendo el miedo á la pobreza de Simancas, se entró en la Compañía y acabó su vida en ella con gran ejemplo de virtud y edificación.

A su antiguo compañero, el Hermano Marcos, le dijo que, pasado él de esta vida, iría el Hermano Marcos á las Indias, y en ellas trabajaría en servicio de Dios, cosa que decía el Hermano que jamás le había pasado por el pensamiento, ni desearla ni procurarla. Pero luego que el Padre Everardo, sucesor del santo Padre Francisco, fué electo General, envió á este Hermano al Perú, y allá trabajó mucho en el divino servicio, como se lo había el bienaventurado Padre anunciado.

Un caballero mancebo, natural de Portugal, habiendo estado en la Compañía muchos años, tentado y vencido del deseo de libertad, fué á Roma al santo Padre Francisco, que era General de la Compañía, y con ruegos importunos y favores de grandes personas del mundo le hizo instancia para que le diese libertad, dejándole absuelto de los votos simples hechos en la Compañía. Detúvole el santo Padre y procuró sosegarle algunos meses; mas como la tentación estaba arraigada y criada en el alma, no fué parte ni el consejo ni los medios que se tomaron para su quietud. Y porque no dañase á otros, ya que él no daba esperanzas de sanar, le llamó el bienaventurado Padre un día y le dijo: «Vos, Hermano, contra todo mi juicio y voluntad, y contra la salud de vuestra alma, me forzáis á daros libertad; yo os la doy para excusar otros daños mayores. Pero avísoos que Dios os castigará severamente, y suplicadle que el castigo sea solamente en esta vida, que no será pequeña misericordia.» Fué este caballe-

ro algunos años después una furia y una hacha que en gran parte abrasó el reino de Portugal, incitando al rey D. Sebastián de Portugal á hacer aquella tan desastrosa jornada de Africa, y después de entrados en la tierra del enemigo, le animó á darle la batalla, contra el parecer de los capitanes y soldados experimentados, y este caballero, más animoso que avisado, decía á su Rey el día antes de la batalla en que se perdieron, que le hiciese tan gran merced de otorgarle las orejas del Maluco (era éste el Rey africano enemigo), y que él le prometía de comerlas con aceite y vinagre en la ensalada. Mas pagó su temeroso consejo con la sangre que derramó de su cuerpo y con quedar cautivo del Maluco, cuyas orejas pedía para su ensalada, y el que tanto procuró su libertad saliéndose del suave yugo de la religión, donde Dios le había puesto con misericordiosa mano, vino á ser privado de su libertad y esclavo de los enemigos de Dios. Y así se vió que no cayó en tierra la severa amenaza que le hizo el santo Padre Francisco.

A otro principal caballero de España que, habiendo vivido algunos años en la Compañía con buen ejemplo, retrocedió de su vocación engañado de sus parientes, y alcanzó su libertad, procuró y escribió el santo Padre desde Roma una carta llena de regalos y de temerosas amenazas si no se volvía á su nido de la religión. Decíale en ella que él se vendría á arrepentir, pero que primero gustaría la amargura del azote de Dios, herido y avergonzado de su propia carne y sangre, la cual le arrancaba de la religión por sus humanos respetos é intereses. Pocos días después que recibió este paternal aviso, los mismos hermanos y parientes que con falsos halagos le sacaron de la religión le echaron de sus casas y le infamaron con no ligero escándalo; y el pobre caballero, acosado del mundo y falto de salud, vino á desear y pedir con ansiosos ruegos la Compañía que primero desamparó, y mostraba á muchos la carta del santo Padre Francisco, que la reconocía como una profecía de sus trabajos; llevóle Dios de esta vida en la demanda y pretensión de la religión antes de ser admitido, aunque ya iba la licencia para que le acogiesen y consolasen.

Viniendo el Padre Santander de Andalucía el año 1559, encontró en Yébenes al santo Padre Francisco, que iba á la parte de donde él venía, y allí le dijo al santo Padre que Francisco de Eraso, secretario del rey católico D. Felipe, había en

Segovia comprado las casas que él procuraba para el colegio de la Compañía de Segovia, del cual era rector. El mismo Padre Santander sintiólo mucho y dijo: «¿Pues para qué iré yo á Segovia habiéndoseme desbaratado el ser del colegio, que consistía en asentarle en esas casas? ¿Y ahora, entradas en manos poderosas, quién las podrá sacar de ellas?» «Callad, dijo el santo Padre, y no desconfiéis tan presto; dejad hacer á Dios, que para él no hay manos poderosas en la tierra; id á Segovia, que todo se hará bien para gloria divina.» Esto le dijo con tal semblante, que al Padre Santander le pareció haberle dado un golpe al corazón y tuvo por cierto que así alcanzaría mejor las casas. Y fué así que luego se hubieron del mismo secretario Eraso con mucha facilidad y en ellas tiene hecho su asiento en Segovia la Compañía.

Cuando los Padres de la Compañía fueron echados ignominiosamente de Zaragoza y les apedrearon, luego que se lo contaron al siervo de Dios, respondió con espíritu profético: «Digan á esos Padres que no se desanimen, sino que guarden esas piedras para la fundación que en esa misma ciudad se ha de hacer de un colegio»; y así se cumplió. Sacóse todo esto de los Padres Ribadeneira y Dionisio Vázquez y de la *Historia de las cuatro provincias.*

## CAPÍTULO XXI

### Previene los daños de las herejías que se levantaron en Sevilla y promete grande aumento de la Compañía en aquella ciudad.

La particular luz que Dios comunicaba á su siervo Francisco y el instinto profético con que le ayudaba en su gobierno, se echó de ver en las fundaciones de colegios pobres que hacía. Basta decir aquí lo que le pasó en la fundación del colegio de Sevilla, porque en el mismo tiempo que en aquella nobilísima y poderosa ciudad el hombre enemigo por medio de sus ministros quería sembrar la cizaña de su mala y perversa doctrina, dió nuestro Señor un vivo y encendido deseo al santo Padre Francisco de enviar gente de la Compañía á Sevilla y de procurar que se fundase en ella un colegio. Fué esto de manera que no podía sosegar y que los de la Compañía, con quien el santo Padre lo trataba (viendo su ansia y solicitud y las veras con que hablaba del colegio de Sevilla), entendieron que para ello tenía particular revelación del Señor. Y después, considerando el tiem-

po y el suceso, se confirmaron más en ello, pues para esto ordenó al Padre Juan Xuárez (que á la sazón era rector del colegio de Salamanca y estaba enfermo) que fuese á Sevilla y buscase en ella alguna casita donde cupiesen una docena de Padres y las alhajas que para ellos fuesen menester, y que en teniendo las cosas á punto le avisase, porque él mismo quería ir á Sevilla y dar principio á aquel colegio, por lo mucho que entendía que Dios nuestro Señor se había de servir de él. Fué el Padre Juan Xuárez, llegó á Sevilla en Noviembre del año 1554, y con él el hermano Juan Gutiérrez. Presentóse delante del Provisor del arzobispado, que era el licenciado Cervantes de Salazar (que después murió cardenal y arzobispo de Tarragona), pidióle licencia para confesar y predicar, mostróle las bulas y privilegios de la Sede Apostólica é informóle del instituto de la Compañía, de la cual quedó el Provisor muy pagado y devoto y de allí en adelante fué gran bienhechor. Con la licencia que tuvo el Padre Juan Xuárez comenzó á ejercitar los ministerios que usa la Compañía y á predicar y confesar y visitar los hospitales y cárceles, andando de hospital en hospital, estando y durmiendo donde como á pobre le querían acoger.

Pasó muchos trabajos y fatigas y fué nuestro Señor servido que con ellas sanase de las enfermedades largas y envejecidas que tenía (que estas maravillas algunas veces obra Dios con los que por cuidar de su servicio descuidan de sí) y que la gente se le aficionase de manera que un caballero que se llamaba Hernán Ponce de León, entendiendo á lo que era venido, le ofreció unas casas suyas principales para morada de los nuestros y otros, lo que era menester para alhajarlas y proveerlas de lo necesario. Y con esto avisó el Padre Juan Xuárez al Padre San Francisco que ya estaban las cosas á punto. Partió el santo Padre luego de Plasencia para Sevilla, llevando consigo á los Padres Miguel de Torres, Bartolomé de Bustamante y Paulo Hernández. Pero cuando supo que las casas en que había de morar eran tan principales, y estaban ya aderezadas, sintiólo mucho y reprendió al Padre Juan Xuárez porque con el amor entrañable que él tenía á la pobreza deseaba en todas partes y en todas ocasiones abrazarse con ella y padecer mucho, y también porque juzgaba que cuanto más hondos cimientos de humildad y pobreza tuviese cualquier espiritual edificio, tanto más fuerte, sólida y durable sería la obra que sobre ellos se levantase. Y así, aunque por ser

cuando el santo Padre llegó á Sevilla cerca de la Pascua de Navidad, y no haber tiempo para otra cosa, se albergó en la casa que le estaba aparejada, pero luego se pasó á otra casita pobre y caediza y llena de muchas goteras, que aun en el mismo aposento del santo Padre Francisco caían y le mojaban su pobre cama y la cabeza algunas veces, con grande alegría y gusto del mismo santo varón, porque era á la medida de sus deseos. Cuando se vió con esta pobreza y descomodidad en Sevilla, alzó los ojos y las manos al cielo alabando al Señor por este regalo que le había hecho y por haber traído la Compañía á aquella insigne ciudad sirviéndose de tan bajo instrumento como él. Cuando se hubo de partir hizo una plática á los Padres y hermanos que dejaba en ella, y entre otras cosas les dijo: «Una de las cosas que me lleva consolado es que os dejo sin casa y sin que comer; pero no tengáis ninguna pena, que todo os sobrará.» El santo Padre lo dijo y Dios lo ha cumplido.

De estos tan flacos principios y raíces de pobreza y necesidad han crecido las ramas tan extendidas que ahora vemos, y los frutos tan copiosos y suaves que se han cogido por medio de los nuestros en Sevilla, en la cual tiene ya la Compañía tres casas tan principales y de tanto número de Padres, los cuales se emplean en servir y ayudar á las almas de aquella ciudad y en criar con la leche de la virtud y doctrina la juventud de ella con tanta satisfacción y edificación. Para que entendamos que el Señor que ha dado este acrecentamiento y suceso fué el que movió al Padre San Francisco á emprender cosa tan grande con tan flacos medios y en tiempos tan peligrosos, en que el demonio procuraba pegar fuego infernal y extender el incendio de sus errores en estos reinos, el cual por su misericordia apagó Dios con el celo y vigilancia del Tribunal del Santo Oficio, al cual sirvieron con gran voluntad y cuidado en aquella ocasión todas las sagradas religiones de Sevilla (como era razón) y entre ellas no poco la Compañía, por lo cual dió tanta prisa el siervo de Dios á la fundación tan arrebatada de aquel colegio, para que predicasen los nuestros, como lo hicieron, contra Constantino y los demás herejes disimulados. Afirman lo referido el Padre Ribadeneira y el Padre Dionisio Vázquez.

# CAPÍTULO XXII

## Da un libro de los Evangelios al apostólico Padre Juan Fernández, en señal de la insigne predicación del Evangelio que había de hacer.

No sólo constan las profecías de palabras, sino también de señas y obras; y los profetas Jeremías y Ezequiel no menos claramente dijeron lo por venir con voces que representaron con acciones. Por esto Jeremías anduvo cargado de prisiones, y Ezequiel, sin hablar palabra, dibujó el cerco y conquista de Jerusalén. De la misma manera el santo Padre Francisco de Borja profetizó también con señas ó símbolos, como lo solía hacer con palabras. Y así, no porque calló con la boca la excelente predicación que había de ejercitar el siervo de Dios, P. Juan Fernández, dejó de profetizarla con sus manos. Siendo este apostólico varón mozo, y yéndose á ordenar, le dió el santo Padre Francisco un libro de los Evangelios muy curiosamente aderezado, en significación de la eminencia que había de tener en la predicación del Evangelio. Sucediéndole lo que el santo profeta Ezequiel dijo de sí: «*Aperuit os meum et cibavit me volumine illo, et dixit ad me: Fili hominis venter tuus comedet et viscera tua complebuntur volumine isto, quod ego do tibi*: Abrí mi boca y apacentóme con aquel libro, y díjome: Hijo del hombre, tu vientre le comerá y se llenarán tus entrañas con este volumen que te doy»; porque verdaderamente se le llenó el alma al P. Juan Fernández de sabiduría divina, cumpliendo en su predicación lo que deseó y pretendió su santo Superior con aquel libro que le dió, de tal manera que el mismo día que se ordenó le mandó el Obispo que al día siguiente predicase en la iglesia mayor; y se le infundió tal espíritu de predicador y evangelista, cual podía tener uno escogido de Dios para este ministerio. Salió hombre santísimo, fervorosísimo y muy favorecido de Dios con muchas cosas sobrenaturales, visitas del cielo y revelaciones. Fué tan familiar con el ángel de su guarda, que se ponía con él á cantar las alabanzas divinas. Y parece que el cielo confirmó este hecho del santo Francisco de Borja, por lo menos le imitó, porque otro santo, y Francisco, trujo desde el cielo otro libro al celoso P. Juan Fernández, porque le enseñaban los bienaventurados é instruíanle en las cosas de espíritu. Apareciósele una vez San Francisco Javier lleno de gozo y dulzura; cuando le vió tan afa-

ble el P. Juan Fernández, se le arrojó á los pies y besábaselos, pidiéndole le enseñase á agradar á Dios. El Santo le abrió un libro que estaba escrito con letras de oro, encargándole el temor santo de Dios. Tanto como esto se conformaron los dos Santos Franciscos, uno en la tierra, otro desde el cielo. Y no es mucho que en favorecer la predicación y espíritu de este Padre se pareciesen, pues se parecieron ellos en un espíritu de santidad, de vida y celo de la gloria de Dios y bien de la Compañía, cuyas principales columnas fueron después de San Ignacio, su santo Patriarca. No es tampoco para callar otro regalo que recibió el mismo P. Juan Fernández de Cristo nuestro Redentor, en favor de su predicación. Una víspera de San Pedro, estándose preparando para predicar al otro día, se le apareció el Señor juntamente con San Pedro, al cual dijo el Hijo de Dios: «*Frater duc istum ad predicandum*»: que le acompañase y guiase para predicar su palabra; y verdaderamente fué muy asistido del cielo en toda su predicación con otras maravillas que en ella le sucedieron. Estando en Toro, adonde había ido á predicar desde Palencia con el Obispo de aquella iglesia, habló gravemente contra unas representaciones que allí se hacían de comediantes, que el Obispo prohibía, y amenazándolos con el castigo de Dios. El día de la degollación de San Juan, representando uno, en un entremés, la persona del bobo, los compañeros le hurtaron la comida que traía en una cestilla, y él, haciendo del despechado, hacía grandes exclamaciones invocando á Júpiter, Juno, Venus y otros semejantes demonios; y puesta una rodilla en tierra, con un puñal en la mano, llamaba la muerte, diciendo que si no venía él se mataría; mas el que representaba de burlas, cayéndose hacia atrás, quedó muerto de veras; y pensando los otros que todo esto era representación, metiéronle en la cámara de donde salían los representantes; mas queriéndole levantar, hallaron que era muerto. Divulgóse el caso, y el Padre resolvió sobre él y causó en todos un temor extraordinario, advirtiendo cómo acudía Dios á cumplir las amenazas de su siervo.

Era cosa particular que cuando estaba más debilitado, como en los últimos años de su vida, que estaba tan deshecho y descaecido con la mucha penitencia, oración y mortificación, que apenas se podía tener en pie, y para ponerle en el púlpito era necesario que le llevase su compañero en brazos, en comenzando el sermón sentía tan grandes fuerzas que los oyentes se ma-

ravillaban, y tratándole de esto, dijo algunas veces que se sentía tal que podía trastornar la Iglesia, y no es maravilla por las ayudas que Dios le daba. Pues un día, bajando por unas escaleras de casa á predicar, le apareció el apóstol San Pablo y le dijo: «*Eia, Joannes, esto bono animo; ambo enim hac horapimol concionabimur*: Ea, Juan, ten buen ánimo, que esta hora predicaremos entrambos juntos.» Y estuvo toda aquella hora consigo el santo apóstol en el púlpito, viéndolo el santo varón. Con tan buen principio y tan favorecidos progresos consumó este varón apostólico su predicación y vida santísima en mucha gloria de Dios y bien de los prójimos, porque fueron muchísimos los que por su medio alcanzaron la salvación de sus almas; y la historia de su vida es bien admirable, de la cual se sacó lo referido.

## CAPÍTULO XXIII

### Sabe la muerte de su hija y lo que pasaba en Gandía.

No sólo sabía el siervo de Dios las cosas ocultas por la distancia del tiempo, sino las escondidas al juicio humano por la distancia de lugares, como veremos en lo que ahora contaremos, para que veamos cómo Dios da parte á sus siervos de todas las partes de su sabiduría, dándoles luz de lo futuro y ausente, de suerte que lo que tiene por su inmensidad y perspicacidad les comunica por su bondad. El año 1552 hizo el santo Padre venir de Gandía á Castilla las monjas Descalzas de la primera Regla de Santa Clara, para que se plantase en estos reinos el ejemplo vivo de aquella perfecta observancia é imitación evangélica, como lo contamos en el segundo libro. Esperaban en la casa de la Reina estas religiosas, y deseaban Doña Angela Juliana de Aragón, duquesa de Frías, y Doña María de Velasco, condesa de Osorno, saber qué monjas eran las que vendrían con la abadesa Sor Francisca de Jesús, tía del bienaventurado Padre, porque á elección de esta señora quedó el nombrar las siete religiosas que la habían de acompañar, y según las Bulas Apostólicas rezaban, debían salir para esta nueva fundación. Con este deseo preguntaron estas señoras al santo Padre Francisco qué monjas entendía que traería consigo la madre Sor Francisca, y él les respondió muy mesuradamente: «Entiendo que vendrán mis dos tías, Sor Francisca de Jesús y Sor María de Jesús, y mis

dos hermanas, Sor María de la Cruz y Sor Juana Bautista, y la hermana del marqués de Denia», y de esta manera las nombró todas como si presente se hubiera hallado en el capítulo de su elección. Dicho esto se paró un poco de tiempo como pensativo y como cuando se ponía en oración, y luego dijo: «Bien holgara mi tía Sor Francisca de traer consigo á la niña, nuestra Sor Dorotea, que no la duele apartar de su lado; mas ahora las apartan por muchos años, porque á Dorotea le ha cabido otra más dichosa jornada, porque hoy, en este día, se la lleva nuestro Señor, pasándola de la tierra de los muertos á la de los vivos.» Y no mostró mayor ni más largo sentimiento el santo Padre en la muerte de aquella hija, la cual, como en el primer libro contamos, siendo niña de nueve años, viendo casar á sus hermanas con esposos de la tierra, con más alto espíritu escogió por su esposo al Señor que primero la escogió. Todo esto que el santo varón dijo se supo dentro de breves días que sucedió de la misma manera, sin haber caído en tierra cosa alguna.

Habiendo enviado el siervo de Dios á dos de la Compañía, uno á Portugal, otro á Vizcaya, y llegado él á Tordesillas, donde queriendo la condesa de Lerma, su hija, aposentarle en palacio, no le pudo sacar del hospital, dijo al Padre Bustamante, su compañero: «Sepa, Padre, que mañana llegarán aquí los dos Hermanos que enviamos á Portugal y á Vizcaya.» Y fué así que se cumplió de la manera que él lo dijo. De lo cual quedó admirado el Padre Bustamante, porque con humano espíritu ni prudencia no se podía saber que de lugares tan remotos y distantes uno del otro hubiesen de llegar dos personas con tanta puntualidad en un mismo día. Todo lo dicho refiere el Padre Dionisio Vázquez.

## CAPÍTULO XXIV

### Revélale nuestro Señor la predestinación del Padre Miguel de Torres.

Otras muchas fueron las profecías de este siervo de Dios y conocimientos de cosas ocultas y escondidas al entendimiento humano, no sólo revelándole Dios los secretos humanos, sino también los divinos, hasta el de la predestinación. El Padre Miguel de Torres, andando muy afligido y con grandes temores de su salvación, supo cómo San Francisco de Borja alcanzaba de nuestro Señor cuanto quería con tres misas que decía á la San-

tísima Trinidad, de lo cual se vieron cosas muy particulares con esta su devoción. Fuese un día al Santo y pidióle muy encarecidamente le dijese las tres misas que solía por una necesidad grande que le traía muy triste y congojado, sin decirle lo que era. El Santo las dijo, y el día que acabó la postrera acertó á toparle en un tránsito que encaraba hacia él, y así como le vió le echó los brazos, diciéndole: «Padre Miguel, dé vuestra reverencia gracias á Dios, que es de los predestinados; ya yo he dicho las tres misas; alégrese y tenga buen ánimo.» Espantóse el Padre cuando le oyó tales razones, porque á él ni otra persona no había dicho su pensamiento y aflicción, por donde echó de ver que el Señor que le había revelado lo uno, le había revelado lo otro. Fué este religioso Padre á Toledo por morador de la casa profesa, donde vivió y murió santísimamente, y sucedió que estando para expirar, bajó un globo como de nube y luz y en dando la última boqueada, que salió su santa alma del cuerpo, se fué subiendo poco á poco con ella, según se cree, dentro de aquel globo, hacia el cielo muy resplandeciente. Haciendo el cielo esta demostración tan visible, como en testimonio que se cumplía lo que el santo Padre Francisco había dicho, de que aquel bendito Padre era predestinado, aunque su vida fué tal que por sí misma daba á entender esta grandísima dicha. Desde allí adelante reverenció el bienaventurado Padre Francisco mucho más al Padre Miguel por saber de cierto que era de los escogidos de Dios para gozarle y amarle eternamente, porque á la manera que San Antonio de Padua, porque le manisfestó nuestro Señor que cierto hombre ordinario era predestinado, fué tanto el respeto que le cobró, que le reverenciaba de suerte que se hincaba de rodillas delante de él todas las veces que le encontraba, haciéndole toda sumisión y reverencia, así también el santo varón Francisco respetó mucho más al devoto Padre Miguel de Torres después que supo que era predestinado, lo cual supo con tanta certeza que dijo no podía dudar de ello. Tan satisfecho quedó de la revelación y de que era de nuestro Señor, como solían quedar los Profetas, y pudo con seguridad manifestar esta singular merced de Dios al Padre Miguel por su profunda humildad y sólida virtud. El cual quedó, después de tan alegres nuevas, mucho más humilde y deseoso de agradar á nuestro Señor, antes dijo que para él lo mismo fué decírselo como si se lo callaran, porque de la misma manera se hubo y con

igual cuidado y recato andaba, no haciendo caso para asegurarse de aquella revelación, la cual él nunca deseó que se la dijesen, y así decía: «Yo no pensaba alcanzar esto con las misas del Padre Francisco, sino que Dios hiciese merced á mi alma que fuese verdadero siervo suyo y me dejase del todo á mí.»

Pero no dejó de hacerle merced nuestro Señor en esto, porque fué muy siervo suyo y muy mortificado, muy parecido al santo Padre Francisco en la humildad y pobreza y en el gobierno de la Compañía, en la cual fué superior y provincial muchos años y el primero que fundó la provincia de Andalucía, ayudando mucho al santo Padre Francisco mientras fué comisario de España. Esta historia del Padre Miguel de Torres refieren en su vida el Padre Cristóbal de Castro, en la historia del colegio de Alcalá»; el Padre Ribadeneira en historia manuscrita de las cuatro provincias de España, y el Padre Dionisio Vázquez en la vida del mismo santo Padre Francisco de Borja.

## CAPÍTULO XXV

### Aparécele en estado glorioso la Duquesa, su mujer, y revélale nuestro Señor su salvación.

También quiso consolar nuestro Señor á su siervo con manifestarle el estado de gloria en que estaba la Duquesa, su mujer, lo cual sucedió de esta manera. Cuando vino de Roma el santo Padre el año 1551, y ordenado de sacerdote con el hábito de la Compañía, trajo consigo á D. Juan de Borja, su segundo hijo, y le tuvo en Guipúzcoa hasta que, llegado el tiempo de los estudios, le envió á la Universidad de Alcalá, donde, como hijo de su padre, dió ejemplo de virtud y honesta conversación entre los mancebos generosos que de todo el reino allí se juntaban. Sucedió en esta ocasión, cuando estaban en la provincia de Guipúzcoa, que le llamó su padre una tarde acabando de tener su oración, y cuando D. Juan llegó al aposento, el padre se estuvo llorando sobre la cama sin decirle palabra, lo cual visto por don Juan, se le acercó á la cama, que estaba húmeda de las muchas lágrimas, é hincó también en tierra las rodillas, esperando oir lo que le quería mandar. Al cabo de un breve espacio de tiempo, el santo Padre Francisco le dijo con mucho sosiego y sentimiento: «D. Juan: yo he hablado con vuestra madre, y díjome que os da de buena voluntad su bendición; dad vos de esto gracias á

nuestro Señor, que yo también se las daré por vos y por mí». Añaden algunos que dijo aquí á su hijo cómo se había de salvar.

Esto pasó algunos años después de la muerte de la Duquesa; pero porque pertenecía á la divina bondad quedando estas prendas al santo Padre de la salvación ajena aquí á su hijo cómo no le dejase suspenso de la suya propia, diré lo que muchos testigos fidedignos oyeron en Simancas decir al Padre Bartolomé de Bustamante, con estas propias palabras: «Hoy ha tenido el Padre Francisco tan alegres nuevas, que no se pueden dar mejores ni de mayor alegría á un hombre en esta vida, ni del cielo ni de la tierra.» Y diciéndole los que lo oían: «Esas nuevas no pueden ser sino de su salvación», tornó él á decir: «Basta que yo no diga más sino que es la más alta y dichosa nueva que á un hombre se puede dar.» Y no era maravilla que el santo Padre Francisco diese al Padre Bustamante parte de este divino regalo y consolación y misericordia, porque fuera de ser entonces el Padre Bustamante su confesor, le tenía el santo Padre por hombre de grande espíritu y perfección, y le veneraba en lugar de padre, así por su humildad profunda como por la mucha del Padre Bustamante. Y no es maravilla que tan gran merced no le cupiese en el pecho, sin que brotase fuera de él á comunicarla siquiera á tan buen amigo. Porque si San Francisco de Asís por semejante favor que recibió de Dios, no se pudo contener sin dar muchas voces en alabanzas divinas, ¿qué mucho que el santo Padre Francisco de Borja lo dijese á uno para que le ayudase á dar gracias á Dios y alabarle por tan particular beneficio? Lo referido hasta ahora en este capítulo testifica el Padre Dionisio Vázquez. Tuvo también revelación este siervo de Dios, de la predestinación de su hijo D. Juan de Borja, por el amor, lealtad y respeto que tuvo tan buen hijo á su padre, merecía ser premiado con eterno galardón.

## CAPÍTULO XXVI

**Cómo hizo nuestro Señor á su siervo Francisco semejante favor que á San Benito, revelándole los muchos que se habían de salvar en la Compañía de Jesús.**

No sólo favoreció nuestro Señor al bienaventurado Padre con manifestarle en particular su salvación propia y de algunos pocos de la Compañía, sino con descubrirle en general la

salvación de muchísimos. No haré á este propósito más que referir lo que se dice en el libro quinto del volumen intitulado *Imago primi saeculi Societatis Jesu, ca. 8.* Trasladaré de latín en romance sus palabras con toda fidelidad: *Había hallado al Padre Francisco de Borja puesto en oración su compañero el Hermano Marcos, y lo que raras veces había advertido, hallóle bañado en lágrimas que manaban de una singular alegría. Ruégale le descubra la causa de tan gran consuelo, y como no cesase de apretarle é instarle en ello, finalmente entendió del Padre Fráncisco esto: «Sepa, Hermano Marcos* (estas son sus palabras fidelísimamente escritas), *que Dios ama grandemente á la Compañía, y que le ha concedido la merced que antiguamente á la orden de San Benito, que en los primeros trescientos, ninguno se condene que perseverare en ella hasta la muerte.»* En confirmación de esta revelación trae el mismo autor otras que me han parecido poner aquí. Estando un religioso de familia muy observante enfermo gravemente, pero muy en su ser y juicio, inspirado de Dios, que le declaró su voluntad, mandó llamar al Padre Metres de nuestra Compañía, que era confesor del virrey de Cataluña, porque le tenía que hablar. Apenas hubo entrado donde estaba el enfermo, cuando con voz muy alegre le dijo: «¡Oh Padre, y cuán dichoso es vuestra paternidad, pues le ha cabido ser de una religión donde todos los que murieren en ella gozarán de la vida eterna! Esto me ha declarado ahora nuestro Señor y me ha mandado que lo diga públicamente.» Estaba admirado el Padre oyendo esto, y rehusando creer tan raro favor de Dios, atribuyendo por su humildad á la religión del enfermo este tan grande privilegio, porque era de rara aspereza y rigor. Mas replicó el enfermo: «Verdad, es, Padre, que de mi religión se salvan muchísimos, mas no todos; pero de la Compañía todos, porque todos cuantos perseveran en ella hásta la muerte serán predestinados.» Dice con lo mismo lo que pasó al venerable Hermano Alonso Rodríguez, el cual, entre otros regalos y celestiales favores bien extraordinarios que le hizo Dios nuestro Señor, fué uno que abrazando con los brazos de la caridad á todos sus Hermanos los de la Compañía, y deseando verlos todos en el cielo, donde alabasen juntos á su Criador por toda una eternidad, le manifestó nuestro Señor que todos ellos cuantos vivían entonces en la Compañía, si perseverasen en la religión, muriendo en su vocación, eran predes-

tinados y gozarían de la felicidad eterna. Estando también el espiritualísimo varón Padre Baltasar Alvarez llorando delante de Dios algunas imperfecciones y faltas de sus súbditos, porque los quería perfectísimos, le dijo el Señor que no se desconsolase, porque todos eran predestinados.

Ni es para pasar en silencio el testimonio de santa Teresa de Jesús que se refiere en el mismo libro. Porque estando la Santa en Córdoba arrebatada en espíritu después de haber comulgado, vió que salían del purgatorio grande muchedumbre de almas á las cuales servía como de guía y capitán una más resplandeciente y hermosa, á la cual salió al encuentro Jesucristo acompañado de muchos ángeles y la abrazó con gran benignidad. Estaba la Santa gozosísima con tal espectáculo y deseosa de saber quién era aquella alma primera tan favorecida del Hijo de Dios, lo preguntó á una de las postreras, la cual respondió: «Nuestra guía es un hermano de la Compañía de Jesús, al cual estamos muy agradecidas, porque á su virtud y oraciones debemos que seamos hoy libres de las penas del purgatorio. De la venida de Cristo no hay que maravillarse ni es cosa nueva, porque este es privilegio de los religiosos de la Compañía de Jesús, que muerto un jesuíta le salga al encuentro á recibir el mismo Jesús.» Había en aquel mismo punto muerto en el colegio de Córdoba un hermano coadjutor de singular observancia y virtud, el cual había sido sacristán por espacio de treinta años, poco más ó menos, con tan rara modestia que conociendo y distinguiendo por la voz á más de cuatrocientas mujeres devotas que acudían á nuestra iglesia, á ninguna conocía de rostro por su rara modestia.

Conforma con el caso referido otro que la misma Santa escribe en el capítulo treinta y ocho de su vida por estas palabras: «Habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando como podía encomendándole á Dios y oyendo misa de otro padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento y vile subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él: por particular sabor entendí ir su Majestad con él.»

¿Quién de la Compañía no se consolará y confirmará en su vocación con tales esperanzas y sufrirá la aspereza de la observancia religiosa con alegría, perseverando hasta el fin en su instituto y profesión? Porque aunque todo lo dicho no tenga más crédito que el que puede dar una fe humana, esta sola basta para alentar el corazón para grandes dificultades, las cuales se deben

pasar por asegurar un punto más la salvación. Sin duda que fué esta particular providencia que ha usado nuestro Señor con la Compañía, para que se conserven en su vocación los religiosos de ella, por el mayor riesgo que puede haber en esta más que en otras religiones por tener las puertas más abiertas, por razón de los que se pueden despedir, para que ninguno dé ocasión á ello. Cauteló el Señor con la significación de tan gran dicha la libertad que podían tomar algunos imperfectos, deteniéndolos con la esperanza de tan gran bien y mayor aseguración de los bienes eternos. Pero no por eso es bien que se aseguren del todo aun los más fundados y antiguos en la religión, por más que hayan profesado y vivido santamente, sino que siempre deben obrar su salvación con temor y temblor, conforme á la doctrina del Apostol. Por más profeso que sea uno puede apostatar, y cuando no apostate, puede venir á ser tan incorregible que le expelan de la religión, é irse con su profesión de cuatro votos al infierno. Y no obstante la verdad que debe tener la revelación dicha, siendo de Dios, podrá ser que haya en el infierno algunos profesos por las causas dichas. No hay que presumir seguridad hasta que se arranque el alma de las carnes, fuera que nada de lo dicho tiene apoyo infalible y que las promesas de Dios suelen ser condicionales y ser capaces de diversos sentidos sus locuciones. Sólo he querido referir lo que hallo escrito, no para que alguien presuma de su profesión y se descuide, sino para que todos tengamos gran estima de nuestra vocación y se alienten los más flacos á perseverar en ella, venciendo todas las dificultades, por asegurar más la esperanza de su salvación.

## CAPÍTULO XXVII

### Aparécensele las almas del Purgatorio y danle gracias por salir de allí por sus oraciones.

No sólo las almas bienaventuradas, sino las del purgatorio venían á visitar al siervo de Dios, porque era tanta su caridad, que no sólo á los vivos, sino á los difuntos encomendaba á nuestro Señor con grande afecto, porque así como se compadecía de las culpas de los pecadores en esta vida, así también tenía grande compasión de las penas de los justos en la otra cuando por no haber satisfecho por ellas están detenidos en el purgatorio, para que, limpios y purificados del todo, merezcan

ser presentados delante de Dios. Sentía mucho que aquellas almas santas, estando ya sin pecados, estuviesen aún en tan grandes penas; mirábalas como esposas de Dios, y así sentía más verlas en tantos dolores. Y el mismo amor de Dios con que se abrasaba le hacía sentir mucho los tormentos de sus queridas esposas, y mucho más cuando consideraba que todo cuanto padecía era sin merecimiento alguno. Y que si él tomaba á cargo satisfacer por ellas, tenía en esta vida esta ganancia de merecer mucho y agradar más á Dios. Y así, juntándose la compasión que tenía á tan rigurosas penas como padecían al acrecentamiento de su gracia y merecimientos, eran grandes las penitencias que hacía, y muchas y muy fervorosas las oraciones que por ellas ofrecía. Allegábase á esto que tenía gran deseo de que Dios fuese ensalzado y glorificado, y deseaba que todas las criaturas le glorificasen y alabasen con igual afecto que los más altos serafines, y viendo que aquellas almas afligidas en el purgatorio, por falta de quien las ayudase, no llegaban á aquel estado de bienaventuranza en que habían de alabar al Señor entre los coros de los ángeles, deseaba él con todas sus fuerzas ayudarles, para que más presto le alabasen en la gloria, y que por su medio entrasen desde luego á ser bienaventuradas, gozándose de poner en los cielos quien, mientras él estaba en este destierro de la tierra, glorificase á su Criador. Animábase mucho más á esto cuando veía que unas almas venían á pedir sus oraciones, y otras á agradecerle haber sido por ellas libres de las penas del purgatorio. Las cuales almas fueron muchas, porque con semejante afecto que San Nicolás de Tolentino procuraba su bien este siervo del Señor, y así, fuera del marqués de Alcañices, cuya muerte le fué revelada, y por una misa que dijo por él fué librado de las penas del purgatorio, el mismo santo Padre confesó al Padre Jerónimo Nadal, como escribe el P. Virgilio Cepari, que muchas ánimas eran las que se le habían aparecido y por sus oraciones habían sido libres de aquellas terribles penas del purgatorio y volado al cielo, y venían á darle las gracias de haber salido por su medio de aquella dura cárcel, prometiéndole acordarse de él en el cielo delante de Dios, de quien por una eternidad iban á gozar. Lo cual es muy de considerar para animarse los fieles á hacer mucho por las ánimas, pues ellas en el cielo no se han de olvidar de ser agradecidas á quien tanto bien las hace como sacarlas de tantas penas.

## CAPÍTULO XXVIII

**Echa el siervo de Dios Francisco mucha luz de sí.**

Como era tan grande la devoción del santo Padre Francisco, y tan familiar el trato y comunicación que tenía con Dios, no es maravilla que el mismo Señor se le comunicase tanto y que imprimiese en su ánima los efectos de esta comunicación y algunos rastros de su luz, como por lo que en esta historia habemos dicho se puede haber visto, y por lo que aquí diremos se entenderá mejor. Era tal la composición de su rostro y la devoción y mesura que resplandecía en él, que algunos Padres graves de la Compañía, cuando se hallaban tibios y sin devoción, se iban adonde estaba el santo Padre, y sin hablarle palabra, de sólo verle volvían compungidos y con el espíritu encendido y blando para con Dios. Escriben todos los historiadores de su vida, que estando una vez en Medina del Campo de rodillas en oración en su aposento, entró el P. Jerónimo Ruiz de Portillo (que era Rector del colegio y después fué el primer Provincial de la Compañía en el Perú) y vióle rodeado de una maravillosa luz y su rostro muy resplandeciente. Lo mismo le aconteció al Padre doctor Ayala en Berlanga, porque entrando á prima noche donde el santo Padre estaba orando, lo vió todo cercado de resplandor y la pieza con mayor claridad que si en ella estuvieran muchas hachas ardiendo, no habiendo en el aposento otra ninguna luz. Y juntamente vió que de su rostro echaba unos como rayos de gran resplandor. Estos resplandores causaban efectos admirables en los que los veían, y una persona se movió por ellos tanto, que subió á tan gran punto de perfección como testificó el Padre Luis de Valdivia en el dicho que depuso sobre la santidad del santo Padre Francisco y está en los procesos de su canonización y me pareció poner aquí. Juró que yendo desde la ciudad de Santiago de Chile, donde la Compañía tiene un colegio, del que él era Rector y juntamente Viceprovincial, fué á la ciudad de la Concepción, donde estaban los Padres de la Compañía en misión, que eran el Padre Gabriel de Vega y el Padre Hernando de Aguilera. En esta ciudad moraba una señora viuda de casi setenta años de edad, llamada Doña Catalina de Miranda, natural de España, de un lugar que se llama Villanueva de la Serena; mujer santa y por tal tenida de todos, y que el gobernador Mar-

tín García de Loyola le informó al Padre Valdivia de su santidad. Confesábala y tratábala el Padre Gabriel de Vega, religioso muy prudente y siervo de Dios, y díjole que comunicase y tratase á esta alma, porque gustaría más de que se informase de ella misma que no informarle él, porque comunicadas y oídas sus cosas, tratarían los dos algunas cosas acerca de su gran virtud. Con esto, el Padre Luis de Valdivia la hizo llamar. Ella vino y le dió cuenta muy por menudo de su vida para gloria de Dios. Y para que el Padre Vega con la dirección de su Superior la pudiese mejor guiar, él y ella pidieron al Padre Valdivia la confesase; hízolo, y conoció en ella una gran pureza de alma de toda su vida, sin culpa mortal, y que por muchos años había tenido otra mayor pureza de veniales deliberados, un amor ardiente y estático á Dios nuestro Señor y una fe tan viva que sus palabras parecían luces en cualquiera cosa que hablaba. Su confianza en Dios era tan firme que con su oración alcanzaba del mismo Señor cuanto le pedía, y á veces cosas milagrosas. Su humildad era profunda, el rendimiento á sus confesores grande, la penitencia corporal era para sus fuerzas exceso á la prudencia humana, porque traía un cilicio de sogas de cerdas, cogidas unas con otras, de media vara de largo, fajado por el cuerpo, sin jamás quitárselo; ayunaba muchos días y los que no ayunaba comía un poco de vaca cocida con agua y sal, sin otra cosa en la olla. Y á la noche hacía colación todo el año con una cosa muy tenue y no bebía vino. Ponía amor á la penitencia, viéndola en tanta edad tan penitente. El trato con nuestro Señor era tan continuo, que muchos años había que á las doce de la noche despertaba, y con sólo decir estas palabras: «El Padre es mi Criador, el Hijo mi Salvador, el Espíritu Santo mi Consolador», luego se arrebataba y encendía su alma en tan ferviente amor de Dios, que cada día estaba en éxtasis y fuera de sus sentidos hasta que amanecía, y quedaba tan sin fuerzas que parecía milagro el vivir, porque no tenía más que los huesos. Y preguntándola qué sentía, dijo con mucha humildad que le parecía no era lenguaje que se habla con palabras criadas el que ella hablaba, y era así, porque todo era amor. Hase apoyado tanto la virtud de esta sierva de Dios, para dar á conocer la virtud de nuestro santo Padre Francisco, porque preguntándola el dicho Padre Valdivia cuáles fueron los principios de tanta pureza y de tanto amor á la virtud, le dijo que había sido el santo Padre Francisco de Borja, en Sevilla, y

que había ya más de cuarenta y cuatro años, donde siendo doncella, que venía en compañía de Doña Marina, mujer del gobernador D. Pedro de Valdivia, para embarcarse y pasar á las Indias, fué á oir misa á la Compañía de Jesús y salió á decirla el santo Padre Francisco, y al volver al *Dominus vobiscum*, vió resplandecer su rostro con unos rayos de luz celestiales, y admirada de aquello y preguntando quién era aquel Padre, le dijeron que era el duque de Gandía, que había dejado su grandeza por servir á Dios y que era un gran santo. Desde entonces (dijo) propuso con gran firmeza no hacer pecado mortal en toda su vida y le quedó un olor tan suave de aquella santidad, con una afición muy singular á buscar la perfección y santidad para su alma, como la buscó y procuraba alcanzar, y sintióse en sí misma trocada; y que se fué á confesar luego á Santo Domingo y contó al confesor este caso, y él le dijo: «No me espanto de lo que decís, porque ese Padre ha dado grande ejemplo al mundo en estos tiempos con su mudanza; encomendad á Dios esta religión, que es nueva, para que Dios la conserve.» Desde entonces dijo que rezaba cada día cinco *Pater noster* con cinco *Ave Marías* por la Compañía de Jesús, y pedía á nuestro Señor que antes que ella muriese los viese en Chile, y así se lo concedió. Añadió más el dicho Padre Luis de Valdivia, que le dijo el Padre Fray Ignacio de Loyola, obispo del Paraguay, siendo fraile descalzo, antes de ser Obispo, que él había tratado muchas siervas de Dios en muchas partes del mundo, pero que ninguna llegaba á esta, que era una de las escondidas Teresas de Jesús ó Catalinas de Sena, que se guardaban para el día del juicio para confusión de todos estados. Equivalentes razones le dijo otro Padre descalzo que la trató, la cual murió en Lima santamente. Todo lo cual redunda en alabanza de San Francisco de Borja, pues de su santidad se originó la de esta sierva de Dios.

## CAPÍTULO XXIX

**Conoce con luz sobrenatural dónde está el Santísimo Sacramento y tiene grandes arrobamientos. Abresele el cielo.**

MAYOR era y más maravillosa la luz sobrenatural que el Señor daba á su siervo Francisco para conocer dónde estaba el Santísimo Sacramento, porque le aconteció no pocas veces entrar en alguna iglesia donde ardía lámpara ante alguna custodia y de-

cir el santo Padre que no estaba allí el Santísimo Sacramento. Y otras, donde no había muestras de estar allí el Señor, decía que allí estaba. Y siempre se hallaba ser verdad lo que él decía. Fueron muchas las veces que se trasportó y elevó en la contemplación de las cosas divinas, quedando sin uso de los sentidos, por estar todas las fuerzas de su alma ocupadas en su Dios y viviendo entre los hombres como fuera de los hombres y aun de su mismo cuerpo, como se podrá echar de ver por este caso: Iba un día en coche con otros caballeros que iban con él, y espantándose los caballos, echaron á correr á toda furia y tan desenfrenadamente que, temiendo ser todos muertos, ó despeñados, ó arrastrados de los caballos, saltaron como pudieron del coche por verse libres de tan evidente peligro. Sólo el siervo de Dios no sintió nada, porque enajenado de sí, se estuvo en oración tan sosegado como si estuviera en su retiro, sin inquietarle ni despertarle de aquella quietud divina los grandes golpes que dió el coche, ni el estruendo de las ruedas y caballos, ni la grita de la gente. Tan fuertemente estaba su espíritu abrazado con Dios, que no le pudieron apartar de él tantos contrarios, ni supo lo que había pasado. El compañero que acudía á barrer y aderezar el aposento solía aguardar al tiempo que se recogía en oración el siervo de Dios, porque entonces estaba en tan alta contemplación que no le podía estorbar por más ruido que hiciese, y no sintiéndole el santo Padre no le podía estorbar á él que le barriese el aposento. Acontecía también estar muchos hablando en su cámara, sin oir él cosa alguna. Cuando era Duque solía en Gandía irse algunas noches con un vasallo suyo, hombre de gran bondad, llamado Ginés Molto, á tener oración, como que iban á tomar el fresco, y se subían á un torreón de la muralla que cae hacia Santa Clara. Allí se estaban alabando á Dios á vista del cielo hasta las doce de la noche. Subía la oración del siervo de Dios Francisco con tal fervor, que penetraba los cielos, los cuales una vez se le abrieron patentísimamente, viéndolo también Ginés de Molto, y estuvo el cielo abierto por espacio de más de media hora, donde vió y oyó el santo varón los decretos que no alcanza lengua humana á explicar; y por la parte donde se abrió el cielo salió un grande rayo de luz. El cual sin duda fué señal de que el Señor aceptaba el sacrificio agradable que le ofrecía de su corazón humilde y puro y, según él, de Dios, mirando su divina Majestad este holocausto como miró el de Abel. En la misa tuvo grandes

arrobamientos y una vez en particular, que empezó á decirla á las diez de la mañana y á la hora de vísperas no había acabado, y yendo á comer á las cuatro de la tarde, al primer bocado se quedó otra vez arrobado, hasta que le mandaron por obediencia que volviese en sí.

Bien podría yo alargarme en esta materia y contar otras muchas cosas maravillosas de visitaciones, visiones, revelaciones y regalos que el Señor comunicó al santo Padre Francisco y obró por medio de su oración, y alegar de ellas testimonios graves y dignos de fe; pero déjolo de hacer porque me parece que estas cosas que habemos referido y las que quedan sembradas en su vida bastan para que entendamos los grandes merecimientos de este bienaventurado Padre y lo que el Señor le regalaba, como porque aunque estos regalos y favores que el Señor hace á sus siervos, son admirables y se deben reverenciar, pero no son señal necesaria para declarar la santidad que hay en ellos ni mérito de ella. Y por eso no debemos poner tanto los ojos en estos favores de Dios como en las sólidas y heroicas virtudes con que los Santos eran templos vivos del mismo Dios y resplandecían para nuestro ejemplo en la tierra, porque las virtudes son las que debemos imitar y los milagros admirar. Las virtudes nos deben servir de estímulos para bien obrar, y estotros regalos del Señor de motivos para conocer y estimar y alabar más su bondad, que con tanta liberalidad se comunica y derrama á los que halla dignos de sí.

# LIBRO SEXTO

## CAPÍTULO PRIMERO

**Desea el siervo de Dios renunciar el cargo de General de la Compañía.**

Con todos estos resplandores de obras, maravillosas ilustraciones, y lo que más es, heroicas virtudes, lucía el siervo de Dios Francisco como un clarísimo sol, influyendo en todos los de la Compañía ejemplos santísimos, edificándola con su vida, gobernándola con su cuidado, ayudándola con sus oraciones y adelantándola en todo. Habiendo ya llegado á ser fruto sazonado de la sangre de Cristo para ser presentado en la gloria al Padre de las misericordias, como presto lo fué, y veremos en este último libro, que será de la última jornada que hizo en esta vida y la que hizo al cielo, y lo mucho que nuestro Señor le esclareció después de muerto, hasta ser honrado en la Iglesia como siervo verdadero de Dios. Sólo á él, como era tan humilde y estaba tan poco satisfecho de sí mismo, siempre le parecía que no hacía lo que debía á Dios y á la Compañía y que estaba mal el gobierno en sus manos, y que puesto en las de cualquiera otro ganaría mucho la Compañía. Ayudaba también para esto el verse ya viejo y muy cargado de enfermedades, y que con la multiplicación de los colegios y aumento de la Compañía, cada día se hacía más pesada la carga del gobierno. Sentía mucho el andar consumido y anegado en el golfo de infinitos cuidados que por razón de su oficio no podía excusar, y que le faltaba tiempo para su oración cuando él juzgaba que más le había menester. Por estas razones, y por acordarse que nuestro Padre San Ignacio y el Padre Diego Laínez, sus predecesores, habían intentado dejar el cargo que tenían de Prepósitos Generales, se determinó de ha-

cer él también sus diligencias para renunciar el mismo cargo y procurar que se hiciese elección de nuevo General. Porque decía él: «Si aquellos santos Padres, que tenían tanto espíritu y tantos otros dones de Dios para llevar sobre sus hombros el peso de la Compañía, no le pudieron sufrir, aun en el tiempo que era más tolerable, ¿qué debo hacer yo, que de mil leguas no me puedo comparar con ellos, y llevo más pesada carga que ellos llevaban?» Habiéndose, pues, encomendado para este fin muy de corazón á nuestro Señor, y dicho muchas misas sobre ello, juntó sus asistentes y les propuso el deseo que tenía de convocar la Compañía á congregación general para renunciar el cargo que la misma Compañía le había encomendado. «Porque yo (dijo) me veo viejo, enfermo y cansado sobremanera, y á mi parecer imposibilitado para pasar adelante con esta carga que tantos años he llevado sobre mis fuerzas. Porque si aun para las cosas que cada día se ofrecen aquí dentro de Roma ellas no bastan, y falta tiempo y quietud, ¿quién podrá resistir al ímpetu y á las ondas que de tantas y tan varias partes embisten en mí y me ahogan? Por esto, después de haberlo pensado mucho y encomendado á nuestro Señor, me he determinado de proponer á vuestras reverencias este negocio, como á verdaderos Padres y Hermanos carísimos, y personas que Dios me ha dado para mi consejo y dirección, y rogarles (como se lo ruego y encargo por reverencia del Señor) que me ayuden á ello y me den algún tiempo para aparejarme y morir en paz, libre del ahogamiento y tropel de tantos cuidados. Para esto he pensado de convocar la Compañía, y llamar á congregación general, para que en ella se haga elección de persona que la pueda y sepa regir. Pues de ello recibirá la Religión beneficio y mi espíritu regalo, y el Señor de todos será más glorificado.» No vinieron los Padres asistentes en lo que el santo Padre Francisco les propuso, antes le dijeron que no tratase de ello, porque no se podría hacer sin grave detrimento de la Compañía; que su celo era bueno, pero que la ejecución sería dificultosa y contraria á la voluntad de Dios, el cual le había llamado y puesto en aquel lugar, y favorecídole maravillosamente con el acrecentamiento y fruto de la Compañía, y provecho y gusto de sus súbditos y edificación y satisfacción de los de fuera. Que no era su trabajo menos meritorio y acepto á Dios nuestro Señor que lo sería su oración retirada y su propia quietud, ni mejor aparejo para morir el mirar por sí y por su

descanso que el emplearse totalmente en hacer perfectamente el oficio que Dios le había encargado, y que se acordase que nuestro Padre San Ignacio y el Padre maestro Laínez, con haber deseado y procurado tanto descargarse del peso y gobierno de la Compañía, nunca habían podido salir con su intento ni aun querido juntar para ello congregación general, porque entendieron el daño que recibiría la Compañía en juntarla y que no alcanzarían en ella lo que deseaban. Y que lo mismo le avisaban á él, y que la Compañía no consentiría que renunciase el cargo que con tanta conformidad le había dado y ahora deseaba que llevase adelante. Con esto se sosegó, viendo cerradas las puertas á su pretensión y que no podría salir con lo que su humilde espíritu con tantas ansias deseaba y había procurado.

## CAPÍTULO II

### Envíale el Papa Pío V á España y Francia.

Servíase tanto Dios de su siervo Francisco, que mientras él trataba de dejar el cargo para retirarse y ocuparse con más quietud en su aprovechamiento propio, el Señor disponía otra cosa de él y quería que llevase la carga de General y añadirle otra sobrecarga de una larga y trabajosa peregrinación, de la cual fué esta la ocasión. Por este tiempo Selim, gran turco, hizo guerra á la república de Venecia, y por mar y por tierra cercó á Famagosta y Nicosia, que eran las más principales fuerzas del reino de Chipre, y las entró y tomó, matando con grande crueldad y bárbara fiereza á los que valerosamente se habían defendido, y por no poder más resistir se habían rendido á sus capitanes sobre su fe y palabra. Con esta victoria quedó el tirano señor del reino de Chipre (que los venecianos tantos años habían poseído), muy insolente y ufano y la cristiandad muy afligida y temerosa. A esta causa el Papa Pío V, como Padre universal y pastor vigilantísimo, á suplicación de la misma república veneciana, procuró que para resistir al común enemigo se uniesen las fuerzas de los príncipes cristianos y que se hiciese una liga entre Su Santidad y el católico rey de España D. Felipe y la misma república de Venecia, como se hizo, declarando por capitán general de ella al Sr. D. Juan de Austria, que también lo era de la armada de su hermano el rey D. Felipe.

A esta empresa envió Su Santidad muchos Padres de la

Compañía y por cabeza y superior de todos al Padre doctor Cristóbal Rodríguez (de quien arriba se ha hecho mención), al cual y á los demás que iban con él, al tiempo que fueron á tomar la bendición de Su Santidad para partirse á la armada, les dijo el Papa estas palabras: «Decid al Sr. D. Juan de nuestra parte que vaya con buen ánimo y muy confiado en Dios y que procure que no haya deshonestidades ni juegos al fiado en la armada, y que no dude de dar la batalla porque Dios le dará la victoria. Y decidle de nuestra parte que Nos lo decimos.» Como el Papa lo dijo, así lo hizo nuestro Señor y se sirvió mucho de los nuestros en esta gloriosa jornada, principalmente del Padre Cristobal Rodríguez, que con sus oraciones y espíritu apostólico y muchas veces profético, hizo obras maravillosas, y certificado del cielo de la victoria, animó mucho á los soldados. Pero para confirmar más la Liga que ya estaba hecha y concluida y acrecentarla con nuevas fuerzas de otros reyes y príncipes, determinó Su Santidad enviar al cardenal Alejandrino, su sobrino, por legado al rey católico de España y al rey cristianísimo de Francia y al de Portugal, para tratar con ellos este negocio tan importante de la Liga y otros de gran servicio de nuestro Señor y bien de toda la cristiandad, y puso los ojos en la persona del santo Padre Francisco, para que acompañase en esta jornada al legado y le sirviese con su autoridad y prudencia y ayudase á tratar con los reyes los negocios de que iba encargado. Pero porque temió que la edad y poca salud no darían lugar al bienaventurado Padre para tomar trabajo de tan larga jornada, le mandó llamar y le dió parte de su propósito y deseo y le preguntó si tendría fuerzas para tomar el trabajo de aquel camino, en compañía del cardenal su sobrino.

Respondió el santo Padre á esta pregunta con mucha humildad, besando los pies á Su Santidad por la confianza que tenía de su persona sin merecerlo, y diciéndole que él enfermo estaba, pero no de manera que le estorbase el obedecer en esta y en cualquiera otra cosa, por dificultosa que fuese, que Su Santidad le quisiese mandar, y que ningún consuelo mayor podría tener á la partida de esta vida que haberla perdido por obediencia de Su Santidad y servicio de aquella santa Silla. Quedó el Papa muy pagado de la devoción y prontitud del santo Padre Francisco, é hizo algunas demostraciones de ello, y dióle parte de los negocios que se habían de tratar y declaróle su voluntad y

deseo. Y con su bendición, en el fin de Junio del año de 1571, le envió con el Legado á España, adonde llegaron en el fin del mes de Agosto del mismo año.

Estaba tan acepto y estimado este santo varón en Roma por su mucha santidad y prudencia, que dijo el Cardenal Paleoto al Arzobispo de Zaragoza D. Tomás de Borja, hermano del santo Padre Francisco, cómo deseaban muchos Cardenales hacerle Papa, y que lo harían en habiendo Sede vacante; y así, que procurase estuviese entonces en Roma. Pero Dios nuestro Señor dispuso las cosas con esta jornada más conforme á los deseos del humilde Padre, sacándole de Roma en esta ocasión para que en su ausencia muriese el Sumo Pontífice Pío V, y fuese electo otro, y no estuviese su siervo Francisco al riesgo que estuvo su antecesor, el P. Diego Laínez, de ser electo Papa, á lo cual no menos repugnara el santo Padre Francisco que repugnó el Padre Laínez. Dejó en Roma por Vicario general al P. Jerónimo Nadal, y llevó consigo al P. Polanco y al P. Diego Mirón, con otros Padres que venían á España y le acompañaron, con lo cual hubo gente bastante para que ordenase el santo varón que hubiese oración continua por todo el camino, remudándose por horas los que la habían de tener. Entrados en Cataluña, vino á recibir al Legado, por parte del católico rey D. Felipe, D. Fernando de Borja, hijo del mismo santo Padre, el cual dió á su padre una carta que le traía del Rey su señor, que era de este tenor:

«Reverendo y devoto Padre: Enviando á D. Fernando de Borja á visitar al Cardenal Alejandrino, he querido escribiros con él y avisaros del recibo de vuestra carta de 2 de Junio y agradeceros mucho el cuidado y voluntad con que habéis hecho proveer de los doce religiosos de vuestra Compañía para la Nueva España, y deciros que he holgado grandemente de entender vuestra venida y holgaré asimismo de veros, como os lo dirá D. Fernando, á quien he mandado que os visite de mi parte y me avise de vuestra salud.—De San Lorenzo 25 Agosto 1571.»

También le escribieron otros grandes señores y privados del Rey; entre ellos el Cardenal D. Diego de Espinosa, Obispo de Sigüenza, Presidente del Consejo Real de Castilla é Inquisidor general (que en aquella sazón era muy favorecido del Rey) escribió al santo Padre la carta que, para que mejor se entienda cuán bien recibida fué su venida en Castilla, me ha parecido poner aquí y es la que sigue:

«Reverendísimo Padre: Todo lo que vuestra Paternidad dice en su carta de 4 de Junio pretendo yo que lo debe á mi voluntad y á la particular afición con que le deseo servir y dar contentamiento. Y halo sido para mí muy grande la jornada y venida de vuestra Paternidad á estas partes, que sea muy enhorabuena y con la salud que le deseamos en ellas sus servidores, como espero se la dará nuestro Señor, por cuyo servicio se ofrece tan de buena gana á los trabajos y de cuya bendita mano se ha de esperar que resultarán de ellos los buenos efectos que me prometo yo de la mucha prudencia y santo celo de vuestra Paternidad. Y por llevar ésta el Sr. D. Fernando de Borja, que se le podrá bien creer, que huelga de hacer esta embajada, como su Majestad lo ha querido (de que yo he holgado mucho) me remito á su relación en lo demás que vuestra Paternidad de acá quisiere saber. Y al ilustrísimo señor Cardenal escribo el contentamiento que tengo de su venida y lo mucho que deseo verle para atenderle y servirle como se debe á su ilustrísima persona y á quien le envía, que nos le guarde Dios nuestro Señor, como sabe que le hemos menester, y la reverendísima persona de vuestra Paternidad para servicio suyo.—De Madrid 17 Agosto de 1571.»

En Barcelona fué recibido el siervo de Dios con gran contento de todos, festejando la ciudad su venida, admirada de ver á su antiguo Virrey tan humilde y santo, acordándose de los tiempos tan felices para ella de su gobierno y de los raros ejemplos que la dió de virtudes. Aquí le sucedió que pasando por donde estaba el Santo con otra gente un caballero muy bizarro en un hermoso caballo llevándose los ojos de todos, juzgó aquel señor que había parecido bien al santo Padre, y luego, en llegando á su casa, envió á presentarle aquel caballo muy bien aderezado. Pero el santo varón, con mucha humildad y acción de gracias, no le quiso recibir, respondiéndole que él ya no era más Duque, ni Virrey, sino un pobre religioso. Cuando supo el duque de Gandía, D. Carlos, que venía su santo Padre á España, envió un caballero, criado de su casa, á Barcelona, para que le sirviese y regalase en el camino; pero jamás quiso recibir regalo alguno, de lo cual quedó muy edificado aquel caballero, como también maravillado que estando tan achacoso no dormía en cama, sino sobre unas tablas, haciendo otras grandes penitencias y ordenando á su compañero ejercitase en él muchas mortificaciones. La primera vez que vió este caballero comer al Padre San Francisco

le quiso servir con salva; mas él dióse por agraviado y le dijo que en pena se sentase á comer con él en la mesa, aunque era criado de su casa, y así lo hubo de hacer; y como á otro día para la comida hubiese comprado un pescado regalado, no consintió el santo Padre que se pusiese á la mesa, sino que se diese á los pobres. De Barcelona tomaron el camino para Valencia. Llegando cerca de aquella ciudad, salió el duque D. Carlos de Borja, hijo del santo Padre Francisco, bien acompañado á recibir y besar la mano á su padre, y en habiéndolo hecho, el Padre le mandó que fuese á hacer reverencia al Legado.

Tras el Duque vino su hijo D. Francisco de Borja, marqués de Lombay y heredero de su casa, acompañado de la flor de la caballería de Valencia, y en viendo desde lejos al Padre San Francisco, su abuelo, se apeó con toda su gente, é hincadas las rodillas, le besó la mano y pidió su santa bendición. Y de la misma manera llegaron los otros caballeros y criados antiguos de su casa, á los cuales mandó que pasasen á besar la mano al Legado y tomar su bendición. Con la venida de estos señores y de los caballeros que los acompañaban, y con la honra que le hacían se halló el santo Padre tan atajado y confuso, que no vió la hora de escabullirse de ellos y de la otra gente que también le venía á recibir. Y así, con solos los Padres que traía en su compañía, se desvió del camino real, y por sendas secretas se entró en Valencia y se vino á su colegio de la Compañía, donde los de ella le estaban aguardando. Pero vino luego á visitarle el patriarca D. Juan de Ribera, arzobispo de aquella ciudad, y toda la nobleza de la ciudad, y juntamente recibió cartas de muchos señores de España, en que le significaban el contento universal de su venida y cuánto se alegraban estos reinos con su presencia. Y verdaderamente, todos deseaban verle, por ver, como decían á un duque Santo.

Aunque no se detuvo en Valencia más de cuatro días, y venía fatigado del camino, fué tan grande la instancia que el Patriarca y los de la ciudad de Valencia le hicieron que predicase en la iglesia mayor, que no lo pudo excusar. Predicó, y fué tan grande el concurso al sermón, que el mismo santo Padre apenas pudo subir al púlpito y romper por la gente que había acudido á oirle de dentro y fuera de la ciudad, porque como nunca le habían oído, ni el santo Padre había puesto sus pies en ella después que renunció su Estado, y sabían que predicaba en otras partes, te-

nían extraordinario deseo de oirle y gozar de la doctrina de que las otras ciudades gozaban. Quedaron todos admirados de lo que oyeron en el sermón y vieron en el púlpito. De Gandía, asimismo, y de toda su comarca vinieron muchos á ver á su antiguo señor, y cuando de más cerca no podían, procuraban verle en el patio de la casa y en la calle por donde pasaba, pidiéndole todos su bendición. Edificó también aquí en Valencia la gran humildad del siervo de Dios, porque habiéndose ordinariamente escapado al tiempo de la comida del Legado, no pudo un día, por lo cual el Legado le forzó á que comiese con él. Y así, ya que no lo pudo excusar, se puso en el último lugar, y estando siempre en pie y descubierta la cabeza, comía así por su grande humildad como por dar á entender á todos la reverencia que se debe á los príncipes eclesiásticos, principalmente á los legados de la Sede Apostólica, pues él siendo entonces General de la Compañía, y habiendo sido en el siglo tan gran señor, los respetaba de aquella manera. Otros actos de grande respeto y humildad ejercitaba con el mismo Legado, y en una procesión que se hizo pública le llevaba la falda el santo Padre Francisco, y descubierta siempre la cabeza. Salió el legado de Valencia para Madrid, y el bienaventurado Padre siempre le acompañó hasta cerca de Villarejo de Fuentes. Allí torció un poco el camino por ver la casa de probación que en aquella villa tiene la Compañía, y consolar con su vista y animar con sus dulces y santas palabras á los novicios que había en ella. Hízole gran recibimiento D. Juan Pacheco de Silva, señor del Villarejo y fundador de aquella casa de probación. Consolóse en extremo él y Doña Jerónima de Mendoza, su mujer, y todos los demás de dentro y de fuera de nuestra casa con su vista, y luego se partió y alcanzó al Legado. Con el cual, el día de San Miguel de Septiembre, entró en la corte, saliendo á recibir al legado con las ceremonias acostumbradas el rey D. Felipe. Mostró mucho contento su Majestad de ver al santo Padre Francisco, y le abrazó y regaló y le favoreció mucho y trató algunos negocios de mucho servicio de nuestro Señor demás de los que el siervo de Dios traía encomendados aparte de Su Santidad y de los que venían principalmente á cargo del Legado, en los cuales el santo Padre intervenía como principal consejero del mismo Legado y como ministro de Su Santidad. Habiéndose concluído estos negocios con satisfacción del Rey y del Legado y queriendo pasar á Portugal, envió el bienaventurado Padre

Francisco al Rey una crucecita de la misma cruz en que Cristo nuestro Redentor murió. Llevósela el marqués de Denia, su yerno (que era de la cámara de su Majestad), con un billete escrito de su mano que decía así:

«Envío á Vuestra Majestad una crucecita que es una parte de la misma en que por nuestro amor el Hijo de Dios muriendo redimió al mundo. Parecióme que la más alta de todas las reliquias me obligaba á ponerla en el más solemne templo que hay en el mundo, cual es el que Vuestra Majéstad para gloria de Dios y de su gran mártir San Lorenzo edifica. Y que la misma cruz ayudará á llevar la que no se excusa con el peso de tantos reinos, que sin el amor y sabor de la cruz no se podría llevar. El pecador que envía á Vuestra Majestad la cruz tendrá por su descanso que Vuestra Majestad le tenga por fiel capellán y siervo, que siempre suplica al eterno Señor por la salud y acrecentamiento de Vuestra Majestad, pues éste se emplea todo en acrecentar la santa Iglesia para gloria del que la gobierna desde el cielo.»

Mucho se alegró el Rey con la cruz y con el billete del bienaventurado Padre Francisco, y respondióle otro de su mano, con estas palabras: «El marqués vuestro yerno me dió ahora vuestro billete y el leño de la santa Cruz, con que he holgado mucho, así por ser cosa tanto de estimar y más para quien tanto la ha menester (como vos muy bien decís), como por venir de vuestras manos, donde no se perderá el fruto de ella. Plegue á Dios en las mías no se pierda, sino que sea para que se emplee todo en su servicio, y aunque sé el cuidado que vos tenéis siempre de pedírselo, os encargo ahora que lo llevéis adelante y tan particularmente como veis que es menester; y con esto me pagaréis la voluntad que siempre os he tenido y tengo.» Esto escribió el rey católico, y aunque el marqués de Denia le llevó los testimonios auténticos de ser aquella crucecita del madero de nuestra redención, quiso el Rey que el santo Padre Francisco le diese uno firmado de su mano en que la tenía por tal; diciendo su majestad que este solo testimonio del Padre Francisco (aunque no hubiese otros) era suficiente para creerlo. Hízole su majestad muchas honras por la estimación que tenía de su santidad, por lo cual en el bautismo del príncipe D. Fernando, que fué en esta ocasión, gustó que le llevase un buen trecho en los brazos el santo Padre Francisco.

El tiempo que estuvo en la corte de Castilla fué muy visitado de todos los grandes y señores de ella, y tuvo tantas ocupaciones que no le dejaban respirar, haciéndole todos grandes honras y diciendo grandes alabanzas de su mucha santidad. De suerte que en la honra que le hicieron en Barcelona, Valencia y Madrid y toda España, recompensó bien nuestro Señor la humillación que en ella tuvo diez años antes. Y pues salió de España por mandado del Papa con descrédito suyo por parecer á algunos que fué más huída que partida, ordenó nuestro Señor que volviese á España también por mandado del Papa, con grande honor y crédito suyo y honra y respeto que le tuvieron los inquisidores. Acudieron también los superiores de las provincias y colegios de la Compañía que pudieron venir de todas partes de España, para ver al que tanto amaban y reverenciaban y tratar con él los negocios de sus casas y provincias. Y aunque el tiempo era corto y ocupado, todavía el santo varón los oyó y despachó con mucha consolación de sus almas y provecho de sus súbditos. Y en todo este camino procuró pasar (aunque de paso) por los más colegios que pudo, para consolar y animar á sus hijos con su presencia y con sus palabras y proveer lo que podía conforme á la brevedad del tiempo que tenía para hacerlo, con grande consuelo y satisfacción de todos.

## CAPÍTULO III

### Parte á Portugal y Francia.

HABIENDO concluído con el rey católico D. Felipe los negocios que traía el Legado, partieron para Portugal. Llegado á Lisboa, fué el bienaventurado Padre Francisco recibido del rey Don Sebastián y de la reina Doña Catalina, su abuela, y del infante Cardenal D. Enrique con grande amor y favor extraordinario. Y demás de servir en aquella corte al Legado en sus negocios (como lo había hecho en la de Castilla) trató otros negocios particulares que el Papa y el rey D. Felipe le habían encargado, sirviéndose el santo Padre de D. Juan de Borja, su hijo, que á la sazón era embajador del mismo rey D. Felipe en Portugal. Como era el siervo de Dios tan amador de la pobreza, traía unas calzas viejísimas y todas llenas de remiendos, y aunque en Madrid y en otras partes se las quisieron quitar, no se pudo recabar con él. Lo mismo procuraron en Portugal, mas no

lo pudo nadie alcanzar; hasta que sabiéndolo el infante D. Enrique, le envió á mandar que tomase otras, y que en aquello obedeciese. Así lo hizo por el respeto que tenía aún á sólo el nombre de obediencia. De Lisboa volvieron á Madrid, y habiendo estado pocos días en ella, tomaron su camino para Francia, acompañándolos hasta la raya D. Fernando de Borja, por orden del Rey católico, que quiso que á la entrada y á la salida de estos reinos acompañase y sirviese el hijo á su padre, y él lo hizo con el cuidado y diligencia que á tal padre se debía, el cual á la despedida le comulgó de su mano y le dió su bendición, y le dijo algunas palabras muy sentidas y de grande amor y ternura, exhortándole á la virtud y á tener más cuenta con Dios y con sus leyes que con todo lo que contra ellas ofrece, promete y establece el mundo. Díjole: «Dos cosas, D. Fernando, he guardado para decíroslas esta hora, que Dios sabe si habrá otra para que las podáis oir de mí. La una toca á vuestra alma para la vida eterna, y la otra al cuerpo para la vida presente y temporal. Del alma os encargo mucho que, como bueno y fiel hijo de Dios, tengáis mucho cuidado de nunca apartaros del estado de la gracia y amor de vuestro Criador, por ninguna cosa que en el mundo se os ofrezca, y de esto os preciad más que de ninguna nobleza, ni riqueza, ni salud, ni favor humano, porque sin comparación son más los títulos que os obligan á esto y con que Dios os tiene prendado, que no todas las leyes del mundo. Y este Señor, á quien tanto debéis, siéndole agradecido y obediente siervo, os pagará mejor vuestros servicios que todos los príncipes del mundo. Y esto os digo con gran confianza que Dios nuestro Señor me da de vuestra salvación. Lo segundo, os digo que aunque la residencia de la corte no parece que os ha lucido mucho los años pasados, correrán otros vientos adelante, y espero que de Dios y de los hombres seréis ayudado y favorecido. Y aunque se os haga tarde no desconfiéis, porque no os saldrá la suerte en blanco, ni tendréis envidia á vuestros iguales. Fiad de Dios y sedle vos fiel, y él os dé su bendición é id con la de vuestro Padre». Y tomándole D. Fernando la mano y la bendición, se volvió á la corte, y ninguna cosa de las que su padre le dijo le salió incierta. También acompañó al siervo de Dios Francisco el P. Juan Xuárez hasta Miranda de Ebro, y desde allí le hizo volver, y á la despedida le dijo: «Yo, P. Juan Xuárez, apenas llegaré vivo á Roma, y pasado yo de esta vida, seréis otra vez Pro-

vincial de Castilla»; lo cual luego sucedió como el santo Padre lo dijo y allí en Miranda, antes que enviase el P. Juan Xuárez, aceptó y aprobó la fundación del colegio y casa de noviciado que daba á la Compañía en su pueblo de Villagarcía Doña Magdalena de Ulloa, la cual deseaba asentar allí una principal memoria perpetua de muchas obras de misericordia por sí y por su marido Luis Quijada, y que esta memoria quedase á cargo de la Compañía, juntamente con el insigne colegio que le dejaba.

Y aunque muchos ponían dificultad en que se aceptase esta fundación en aquel pueblo, el santo varón la recibió con mucho gusto y dijo que esperaba que aquella casa de Villagarcía sería un seminario y principio de cosas grandes y de mucho servicio de Dios y socorro espiritual y corporal de muchas gentes. Ya lo vemos cumplido como el siervo de Dios lo vió y dijo antes que se comenzase ni aceptase por él.

Entraron y caminaron por Francia el Legado y su compañía con menos paz, seguridad y quietud que la que había hallado por España. Porque en España en todas partes reinaba la pureza de la religión católica, la reverencia á la santa Iglesia y á sus ministros, la obediencia y amor á sus príncipes, la justicia y seguridad en los caminos poblados y despoblados, que son efectos de la observancia de la verdadera religión. Mas en Francia no había sino armas, latrocinios, rebeliones y desobediencias á sus reyes, causados de la desobediencia que los herejes tienen á Dios y sembraban por el reino. Estaban las iglesias desiertas en algunas partes y arruinadas, y los católicos perseguidos y oprimidos de los herejes. Y finalmente, hallaron aquel poderoso y cristianísimo reino ardiendo en vivas llamas de guerras y discordias, abrasándose y consumiéndose con lastimoso incendio que el demonio por medio de los herejes, sus ministros, había en él emprendido y atizado. Sintió el santo Padre Francisco notable tristeza de este espectáculo y acrecentábasele cada día más; porque queriendo decir misa en algunas iglesias, las hallaba (como dije) destruídas y asoladas y maltratadas las imágenes, y el celo y la caridad del Señor despedazaban sus entrañas y afligían su espíritu. Su cuerpo asimismo padecía del gran frío y del poco abrigo y reparo, y con esto comenzó á enflaquecerse y á perder notablemente aquella poca salud que tenía.

Todavía llegaron por las Carnestolendas á Bles, donde estaba el rey de Francia Carlos IX y la reina Catalina, su madre, los

cuales acogieron amorosamente al bienaventurado Padre Francisco y le honraron mucho, porque el santo Padre se detuvo en el camino, de manera que llegó á Bles dos días después del Legado. Salió el Rey con gran acompañamiento de á caballo á recibir al santo varón, haciéndole el Rey y su madre la Reina tales honras y favores cuantos se pudo imaginar. No le quiso hablar la Reina, sino que se sentase en una silla junto á su estrado. El santo Padre hizo á los reyes un razonamiento exhortándolos con vivas razones á conservar en su reino la fe católica, mostrándoles que si ella se perdía también se perdería el mismo reino, y dándoles otros avisos y sanos consejos todos enderezados al mismo fin, los cuales oyeron los reyes con mucha atención y muestras de agradecimiento, rogándole que los encomendase á Dios nuestro Señor en sus oraciones y que le suplicase que alzase mano del castigo de aquel reino, que estaba tan fatigado y dividido. La Reina madre mostró gran deseo de tener el rosario que el siervo de Dios traía en la cintura, y se lo pidió, é hizo tanta instancia en ello, que se lo hubo de dar con grande confusión y mortificación del humilde Padre, y la Reina le estimó como preciosa reliquia.

Con esto y con haber tratado el Legado los negocios públicos, se partieron de la corte de Francia para Italia, y llegaron á un lugar donde queriendo el santo Padre decir misa el día de la Purificación de Nuestra Señora, no halló sino un templo yermo y asolado que tenía solo un altar de piedra en pié. El frío era extremado y el siervo de Dios ya venía flaco y traspasado del hielo; pero no queriendo ningún día dejar de decir misa (porque con este pan de vida se sustentaba su espíritu), se puso á decirla. Luego le salteó un recio accidente de frío y calentura, la cual le causó no tanto el rigor del tiempo, cuanto la impresión que le hizo el ver aquel templo tan arruinado y el considerar la miserable caída de un reino en otro tiempo tan piadoso y dichoso y las injurias de Dios y de su santa esposa la Iglesia. Este sentimiento fué tan entrañable y doloroso, que dentro de su corazón gemía y daba voces á Dios, y le decía con el santo rey David (1): «Dios mío, entrado se han las gentes en vuestra heredad, ensuciado han vuestro santo templo.» Y con el Profeta Elías (2): «Se-

(1) Ps. LXXVIII.
(2) III, Reg., XIX.

ñor, vuelto han atrás del concierto que tenían hecho con vos, destruído han vuestros altares y pasado vuestros profetas á cuchillo.»

Diez años antes, estando el santo Padre Francisco en Roma, escribió al Padre Pedro de Ribadeneira, de nuestra Compañía, una carta á Sicilia, en la cual, hablando de las cosas de Francia (que aun en aquel tiempo estaban muy trabajosas), dice las palabras que quiero poner aquí para que se vea la luz del cielo que tuvo este santo varón, y que los males, especialmente de las herejías, si no se atajan con fuego cunden como cáncer y como el mismo fuego crecen cada día más. Y también para que se entienda el quebranto y congoja que tendría su corazón, viendo con los ojos las calamidades de aquel reino y el naufragio y ruina de la religión católica, que estando ausente de sólo oirle tanto le lastimaba y consumía. Dice, pues, así: «En lo de Francia hay diversas opiniones: unos lo tienen por muy mejorado, otros temen que es sobresanado y que después se mostrará peor la llaga; otros tienen por bueno el entretener el enfermo para poderle hacer remedios. Yo sospecho, Padre mío, que si el Señor ha de mirar nuestros pecados, *Quod non relinquetur lapis super lapidem.* Y que si ahora dice: *Descenam et videbo, etc.*, ¡ay de nosotros si él mira en ello! ¡Oh, qué cosas se verán! porque si no se ven, no es sino porque él hace del que no lo ve, y vengo ya á temer tanto el disimular que he miedo que es tanto mayor castigo cuanto menos conocido. ¿Quién duda sino que sería misericordia *in chamo, et freno maxillas eorum constringere* á trueque de que no anduviesen los hombres tan desenfrenados y tan sin vergüenza, como si no estuviera Dios en todas las cosas dándoles el ser para que le den al hombre? Y el miserable convirtiéndolo todo en su daño. *Ignorans nescit stultus quod ad vincula trabatur.* Y así tiene por bienaventuranza la disimulación, no entendiendo que es mayor castigo en cuanto atesora la ira en el día del juicio. *Sed quorsum haec?* Ellos se lo verán. *Cum perierint peccatores, videbis.* ¡Oh, cómo será cosa de ver la falsa esperanza y seguridad que ahora se prometen con el horrible espanto, *a rescentibus hominibus prae timore!* El gustar de ser vistos con el morir por esconderse debajo los montes, el parlar de ahora con el callar de entonces. *Cum perierint peccatores, videbis, et ut dictum est.*» Pero volvamos á lo que dejamos y prosigamos el camino del santo Padre.

# CAPÍTULO IV

## Va á Roma muy enfermo.

Tan debilitado y flaco quedó el siervo de Dios que desde aquel día de la Purificación nunca más se pudo tener en pie. Hízose llevar como pudo hasta San Juan de Morian (que es una villa en el Estado de Saboya), en donde se detuvo algunos días, porque el mal le apretó fuertemente. Enviáronle los duques de Saboya cuando supieron su enfermedad médicos y medicinas y regalos y criados de su casa que le sirviesen y trujesen á Turín; lo cual hicieron con mucho cuidado, aunque con gran dificultad, por haber de pasar el puerto áspero de Mons Senis, que en aquella sazón era dificultoso de pasar. En Turín fué tan regalado que, no pudiendo su humilde espíritu sufrir aquel tratamiento de su persona, se determinó de salir de allí y no hacer caso de su necesidad corporal. Y así, aunque era Semana Santa y le importunaron mucho que estuviese en Turín á lo menos las fiestas de Pascua para cobrar algunas fuerzas, nunca lo pudieron acabar con el siervo de Dios, porque el amor de la santa pobreza y su encogimiento y modestia religiosa pudieron más con él que los deseos y ruegos de los que se lo pedían y querían regalar y curar. Embarcóse en una barca bien aderezada que el Duque le dió, y por el río Pó (que es muy grande y caudaloso) se fué á tener la Pascua á un lugar pequeño, dos jornadas de Turín, donde estuvo en la cama muy malo. Allí le decían cada día misa y recibía el cuerpo de Cristo nuestro Redentor, como lo acostumbraba en todas sus enfermedades. Pasada la octava de Pascua, se tornó á embarcar en el mismo Pó, camino de Ferrara, adonde llegó en otras cuatro jornadas, habiéndole enviado el duque don Alonso de Este, su primo, un bergantín muy en orden y muy proveído de todo lo necesario para su enfermedad. Llegó tan fatigado del mal y del trabajo del largo camino, que le fué forzoso detenerse algunos meses en Ferrara, adonde el Duque (por la benevolencia y conjunción de la sangre que con el santo Padre tenía, y por el respeto y opinión grande de su santidad y por la protección que él y su padre desde sus principios tuvieron de la Compañía), fué maravilloso el cuidado que tuvo en hacerle curar, regalar y servir, como si fuera su propio padre. Y para poderlo

hacer mejor tuvo medios para persuadir al bienaventurado Padre que se dejase llevar á una casa suya de grande recreación y frescura, y por más que él lo repugnó (deseando estarse en su pobre colegio de la Compañía y diciendo al Duque resolutamente que si le trataba de aquella manera y no como á un simple religioso, aunque estuviese al cabo de la vida, se saldría de allí y se iría á una aldea como hizo en Turín), no pudo al fin resistir á las razones que los médicos y los mismos de la Compañía le dieron y á la fuerza que el Duque le hizo. Decíanle todos que estaba obligado en conciencia á dejarse curar, porque su vida se le iba por horas acabando y estaba colgada de un hilo, y que no era suya, sino de la Religión y de la Iglesia, que le tenía empleado en su servicio. No se contentó el Duque con las diligencias y con los remedios naturales que se buscaron y aplicaron para dar salud al santo Padre Francisco, pero mandó que se tomasen los sobrenaturales y divinos de oraciones y misas y otras plegarias que se hacían en Ferrara.

Mas como el santo Padre entendió que el Señor le llamaba y se llegaba el tiempo deseado de su última partida, pidió al Duque y á los Padres de la Compañía con grande instancia que le dejasen partir luego á Roma antes que se le acabase la vida, porque deseaba morir en aquella santa ciudad y en la casa de la Compañía donde habían muerto los dos Padres Generales sus predecesores por su devoción y porque así convenía á la misma Compañía. Vista su resolución y que los médicos afirmaban que naturalmente no podía ya vivir muchos días, el Duque condescendió con su petición é hizo poner una camilla dentro de su litera y en ella al santo Padre y dióle criados que le acompañasen y sirviesen por el camino. El cual quiso el siervo de Dios que fuese por Nuestra Señora de Loreto para despedirse en aquella su última jornada de aquella morada devotísima donde el eterno Hijo de Dios comenzó á ser morador del mundo en nuestra carne mortal. De Loreto á gran priesa y más de lo que su flaqueza pedía se hizo llevar á Roma, temiendo no se le acabase la vida antes de llegar á ella. Venía siempre de noche y de día metido en su litera, sin salir jamás de ella. Y cuando supo que había ya entrado dentro de los muros de Roma, dijo con grande alegría de su espíritu: «*Nunc dimutis ferrum tuum Domine.*» É hizo gracias á nuestro Señor porque había perdido la salud y acababa la vida en obediencia de la santa Sede apostólica y cumplimiento del

cuarto voto solemne que había hecho en su profesión y no menos por haberle librado tantas veces de las dignidades y grandezas á que el mundo había procurado levantarle para derribarle del estado de pobreza en que su divina mano le había puesto. Acompañaba al santo Padre Francisco su hermano don Tomás de Borja, que después fué arzobispo de Zaragoza, y pasando por Santa María del Pópulo le pidió que hiciese parar la litera y estorbase que no llegase á ella alguno. Volvió luego el siervo de Dios los ojos hacia la iglesia, y puestas sus manos juntas con gran reverencia, hizo por espacio de media hora oración, con gran regalo de su espíritu, y acabada ella se vino á la casa profesa, donde fué recibido con grande amor de todos.

## CAPÍTULO V

### Su dichosa muerte.

HABÍA ya fallecido la santidad del Papa Pío V, cuando el santo Padre Francisco llegó á Roma, y con su muerte se cortó el hilo á muchos negocios graves é importantes, que resultaban de aquella legacía y jornada para gran servicio de Dios. Había sucedido en la Silla de San Pedro el cardenal Hugo Boncompaño, que en su asunción se llamó Gregorio XIII, varón de grandes letras y de rara y madura prudencia. Visitóle luego el cardenal Aldrobandino, sobrino del nuevo Pontífice, y otros muchos Cardenales y señores seglares y Embajadores de los Reyes y Príncipes cristianos. Deseó el bienaventurado Padre poder informar al nuevo Pontífice de algunas cosas que dejaba en buenos términos y tratadas con el Rey católico y sus ministros, de las cuales se pudieran seguir muy buenos y grandes efectos de paz entre las potestades eclesiástica y seglar. Pero como venía tan exhausto y consumido cuando llegó á Roma, que no faltaba sino expirar, no pudo hablar con Su Santidad, que estaba en Tívoli (que está como á seis leguas de Roma), ni darle parte de lo que deseaba, sino solamente enviar al Padre Luis de Mendoza, para suplicar á Su Santidad que le enviase su bendición y con ella indulgencia plenaria y perdón de sus pecados. Envióle Su Santidad su bendición y lo demás que el santo Padre Francisco le suplicó, con grandes muestras de amor y sentimiento, y dijo que la Iglesia perdía en él un fiel ministro y firme columna. Y porque acudieron á visitarle los dos días que vivió solos des-

pués que llegó á Roma tantos Cardenales y Embajadores de los Reyes que allí estaban, les rogó que le dejasen, porque ya no era tiempo sino de tratar con Dios. Recibió los Sacramentos de la santa Iglesia, respondiendo él mismo con entrañable devoción á las oraciones de la extremaunción y á la invocación de los Santos. Rogáronle mucho los Padres asistentes que dejase nombrado Vicario general, y no quiso, por imitar en esto á los dos Generales sus antecesores, que tampoco lo habían querido nombrar. Después pidió que no le visitasen más, ni tratasen de negocios, por estar más desocupado para negociar con Dios. Y así se quedaron solos con él, para asistir á la enfermedad, D. Tomás de Borja, su hermano, y el padre vicario Nadal y otros dos de la Compañía. Pidióle uno de ellos que para consolación de todos se dejase retratar; mas llevólo muy mal el siervo de Dios, sin haber remedio de venir en ello. Estuvo después suspenso en altísima contemplación por espacio de algunas horas, tan enagenado de los sentidos, que entendían los había ya perdido y juntamente el habla. Pero de allí á poco, en despertando de su dulce éxtasis, comenzó á hablar diciendo: «Perdónenme, Padres y Hermanos, por amor de Dios.» Y llegándose á él D. Tomás de Borja llorando, el siervo de Dios le dijo que no llorase, porque tenía muy firme esperanza en nuestro Señor que no tenía por qué ser llorado. Esto dijo por la seguridad que tenía de su salvación, de la cual tenía ya revelación del cielo. Acercóse el mismo D. Tomás al santo varón para besarle la mano y pedirle su bendición, y el bienaventurado Padre le dijo estas palabras:

«Padre é hijo mío, mirad que os encomiendo que seáis buen ministro de la iglesia que Dios os ha de encargar, porque os ha conservado la vida el Señor para haceros Prelado en su santa Iglesia.» Pidióle luego D. Tomás que echase su bendición á todos sus hermanos, hijos y parientes. Respondió el santo varón: «Decidme uno por uno sus nombres, que yo los iré encomendando á nuestro Señor.» Nombró primero D. Tomás á D. Carlos, duque de Gandía, hijo mayor del beato Padre, luego á los demás sus hijos y nietos, y por todos rogó á nuestro Señor y bendijo uno á uno. Luego encargó y encomendó mucho á D. Tomás á todos los que le sirvieron mientras fué Duque y en aquel último viaje. Tan agradecido era como todo esto el siervo de Dios. Entró luego en las agonías de la muerte, y deseando mucho los Padres tener al-

gún vivo retrato suyo, metieron de nuevo un pintor en el aposento, el cual, escondido detrás de dos Padres, le copiase; pero estaba tan en sí el siervo de Dios, que aprovechó poco aquella disimulación para que no le echase de ver, y apretando la mano á D. Tomás para mostrar su sentimiento, se volvió al otro lado para impedir que le retratasen, mostrando mucha pena de que con él se hiciese semejante cosa, y así por no afligirle más echaron de allí al pintor. Con lo cual, muy consolado el siervo del Señor y haciendo fervorosos actos de amor de Dios, entregó en sus divinas manos aquel espíritu dichoso que tanto procuró la gloria de su Criador. Fué su muerte después de media noche entre el último día de Septiembre y primero de Octubre del año 1572, siendo de edad de sesenta y dos años y treinta y ocho días. Luego que expiró se encomendaron en sus oraciones los religiosos de casa, como de un tan gran Santo, como lo tenían conocido y visto por sus ojos, que entonces tenían llenos de lágrimas. Lo mismo hizo después D. Tomás, su hermano, porque no le dió lugar antes el sentimiento y llanto que tuvo por la muerte de tal hermano. Tuvo curiosidad el mismo D. Tomás de ver aquel pellejo sobrado del vientre, que le daba vuelta y ceñía, y queriendo levantar la sábana con que estaba cubierto el santo cadáver, se le quedó como tullido y pasmado el brazo derecho sin poder alzar la sábana, lo cual le sucedió tres veces, como se dice en las informaciones de su canonización.

Hízose su entierro el primer día de Octubre en nuestra iglesia, con tan extraordinario concurso, que se despoblaba toda Roma para venir á verle y reverenciarle, viniendo juntamente con todo el pueblo los Cardenales, Prelados y señores que había en aquella santa ciudad, por la gran opinión que tenían todos de su santidad. Los mismos Cardenales y Obispos llegaban con gran devoción y le besaban los pies. Su cuerpo fué enterrado, con gran sentimiento de los nuestros y de los de fuera, en la iglesia antigua de la Compañia, junto á los cuerpos de San Ignacio de Loyola, primer fundador y Prepósito General de la Compañía, y del Padre Maestro Diego Laínez, que fué el segundo Prepósito General. Después de muerto se ha aparecido á algunas personas como ciudadano del cielo, y fué tan agradecido á su antiguo amigo Ginés Moltó, que en la hora de la muerte vino del cielo á asistirle con otros muchos Santos, con cuya vista muy consolado partió de esta vida á la eterna.

## CAPÍTULO VI

### La disposición de su persona y costumbres y libros que dejó escritos.

La persona de este siervo de Dios fué muy bien dispuesta. Era alto de cuerpo, el rostro largo y hermoso, blanco y colorado, de buenas facciones y proporcionados miembros, la frente ancha, la nariz algo larga y aguileña, los ojos grandes, que tiraban á zarcos, la boca pequeña y los labios colorados. Siendo mozo fué muy grueso de cuerpo; pero con los grandes ayunos y extremadas penitencias se enflaqueció en poco tiempo de tal manera, qne el pellejo quedó tan flojo y arrugado que no parecía pellejo de aquel cuerpo, sino de otro después de vaciado, y le doblaba sobre el estómago casi un geme, como un jubón ó ropa que se traslapa una parte sobre otra, y *él ponía debajo del doblez un áspero cilicio.* Mas aunque las muchas y ásperas penitencias destruyeron la salud al santo Padre Francisco, no le trocaron la buena, alegre y afable condición, que ésta siempre la tuvo. Fué de vivo y presto ingenio, pero maduro y sosegado, de entendimiento claro y capaz, de juicio reposado, de feliz memoria. Desde niño fué modestísimo y honestísimo y apartado de gente liviana y distraida. Era hombre de pocas y sustanciales palabras, enemigo de vanos cumplimientos y mucho más de lisonjas, las cuales ni él las decía ni de buena gana las oía. Cuando le alababan cortaba el hilo de la plática, pero con prudente y comedida disimulación. Aunque presumía bien de todos, fiaba de pocos sus secretos y de menos los espirituales de su ánima, y solamente de los que tenía ya conocidos por larga familiaridad y experiencia, á los cuales daba larga mano y facultad en las cosas que les encomendaba. Holgábase más de ser engañado que de sospechar de nadie que le quería engañar. Con su buen ingenio y con el estudio que puso alcanzó una más que mediana suficiencia de letras, especialmente de las sagradas, en las cuales se ejercitaba más, y por medio de la oración y meditación nuestro Señor se la acrecentaba y con su luz le ilustraba el entendimiento. De manera que en sus pláticas y sermones se echaba de ver que los conceptos que decía eran más comunicados liberalmente de Dios que sacados de los libros.

Grande fué la dilatación y amplificación que tuvo la Compa-

ñía por medio del Padre San Francisco antes y después que fué Prepósito general. Por lo cual, así como los romanos llamaron á Camilo II Rómulo, así también se podía llamar este siervo de Dios segundo Ignacio, porque si San Ignacio la fundó, él la aumentó, ilustró y defendió, y se le podían aplicar, conforme á las palabras del Apóstol: «*Ignacio plantó, Francisco regó, pero Dios fué el que dió el aumento.*» Porque primeramente en España, luego que dejó su Estado y se manifestó por de la Compañía, comenzó á arrojar tan esclarecidos rayos de santidad que con su resplandor la dió á conocer y por aquí vinieron muchos á estimarla y aficionarse á ella y á desear tenerla cabe sí. Demás de esto, en los siete años que fué Comisario General de las provincias de España é India Oriental, todos los colegios que se fundaron en ella lo fueron por sus manos. Y aunque los aceptaron San Ignacio y el Padre Laínez (porque siendo Generales se comenzaron y con su autoridad se constituyeron), pero el instrumento que el Señor tomó y la mano de que se sirvió para la ejecución y cumplimiento de las fundaciones de estos colegios fué el santo Padre Francisco, al cual los Padres Generales remitían estos negocios, y él con su gran crédito y prudencia los concluyó. Y así, desde el año 1554, que el santo Padre Francisco comenzó á ser Comisario General, hasta el de 1561, en que por haber ido á Roma lo dejó de ser, todos los colegios que en este espacio de tiempo se comenzaron ó acabaron en las provincias de España podemos decir con verdad que se deben á él en la forma que se ha dicho. Y no menos el aumento que tuvieron en este mismo tiempo los que antes estaban comenzados. Mas siendo ya General se extendía aún mucho más la Compañía en las islas de la Madera y Terceras, en el Perú y Nueva España, y en estos dos reinos tan espaciosos se instituyeron dos provincias de nuevo y en ellas muchos colegios, como queda declarado. De manera que habiendo nuestro Padre San Ignacio dejado doce provincias de la Compañía cuando murió, y diez y siete el Padre maestro Laínez, el santo Padre Francisco añadió esotras dos del Perú y de la Nueva España.

Escribió, siendo aún Duque, algunos tratados espirituales, los cuales, por haber parecido bien y ser provechosos para los que comienzan la vida espiritual y desean caminar á la perfección, se imprimieron y andan impresos en latín con grande aprobación y loa de personas muy doctas y graves. Estos tratados son

seis. El primero es un sermón sobre aquellas palabras de San Lucas en el capítulo diez y nueve: *Ut appropincuavit Jesus videns Civitatem, flevit super illam,* etc. El segundo un tratado intitulado: *Espejo de las obras del cristiano.* El tercero se llama *Collyrio espiritual.* El cual enseña muy en particular cómo se puede y debe confundir el hombre, de cualquier estado que sea, con la consideración de todas las cosas. El cuarto es un modo de aparejarse para recibir la sagrada comunión. El quinto es un ejercicio espiritual para conocer el hombre. El sexto es un discurso y explicación sobre el himno: *Benedicite omnia opera Domini Domino.* Los cuales tratados he querido especificar aquí para que se sepa que estos son suyos y legítimos. Demás de estos seis tratados del santo Padre Francisco (que, como dijimos, andan impresos en latín) se imprimieron en Valencia las letanías que hizo de las partes y sentenciarios de Santo Tomás, donde con gran piedad y devoción resumió toda la Teología. Escribió también algunas otras obras de mucho espíritu y doctrina que andan de mano. Entre éstas están un tratado de las perfecciones y excelencias que dió Dios al ánima de Jesucristo nuestro Señor desde el instante de su concepción santísima hasta que expiró en la Cruz; la explicación de los Trenos y Lamentaciones de Jeremías, que leyó en Valladolid y en Alcalá; un ejercicio de las tres potencias; una oración larga del propio conocimiento; las meditaciones de la Pasión del Señor por las siete horas canónicas, impresas en español é italiano. Fuera de esto, también otras meditaciones sobre todos los Evangelios del adviento y cuaresma y domingos y fiestas del año. Los cuales salieron más de la aljaba de su oración y meditación que de la lección de otros autores delicados, y son como unas saetas enarboladas para penetrar y traspasar los corazones de los oyentes y persuadirles el aborrecimiento del pecado y la estima y amor de la virtud. Un tratado que tiene este título: *Algunos remedios para que los siervos de Dios no teman la muerte;* el cual se imprimió en Zaragoza al fin de mi libro de *La partida á la eternidad.* También es suyo otro tratado de los avisos que deben guardar los predicadores del santo Evangelio, para hacer fruto en sí y en los otros, el cual anda impreso. Es también de suma prudencia y religión una carta pastoral que escribió siendo General á los de la Compañía, la cual está impresa entre las epístolas de los generales y retrata bien en ella su grande espíritu y devoción. Escribió también una

prudentísima instrucción de un caballero cristiano, la cual tradujo en italiano Vicencio Bundio y se imprimió en Venecia. Fuera de esto escribió un tratado de la confesión. Item la doctrina de un caballero. Item avisos espirituales. Y también otros avisos para leer la Sagrada Escritura. Item algunas oraciones muy devotas, un sermón que predicó en Valencia, un ejercicio de adviento que es meditación de las tres potencias de Cristo, que está impreso en el libro de ejercicios de devoción del Real Monasterio de las monjas Descalzas de Madrid. Otro ejercicio para buscar la presencia de Dios.

## CAPÍTULO VII

### Hace después de muerto muchos milagros.

Aunque toda la vida de este glorioso Santo fué milagrosa y en ella obró innumerables virtudes y no pocos milagros que bastaban para acreditar su grande santidad, con todo eso, como Dios nuestro Señor le ha querido honrar en su Iglesia, ha continuado después de muerto las mismas demostraciones, obrando muchas maravillas en favor de aquellos que imploraban la ayuda de su siervo. De las cuales recogeremos aquí algunas que sacaremos de los procesos de su canonización.

Francisca de Milán, criada de Doña Francisca de Aragón, estando en casa del príncipe de Esquilache, cayó enferma de un gran dolor de costado, y tan fuerte, que al segundo día la desahuciaron los médicos y haciéndola muchos remedios con todos empeoraba. Estando ya muy al cabo la mandaron los médicos echar unas ventosas. Mientras se preparaban, se transportó y se le apareció un Padre de la Compañía y la dijo se encomendase á San Francisco de Borja, y que pidiese su reliquia y se la aplicase con devoción, que con esto estaría buena sin ser menester otro remedio. Despertó dando voces, aunque no había estado totalmente dormida, porque estando con la visión estaba oyendo cómo se preparaban las ventosas para echárselas; pero ella empezó á decir que la trujesen la reliquia de San Francisco de Borja, que no eran menester ventosas, ni quiso dejárselas echar, diciendo que con ella tendría salud, como se lo había dicho un Padre de la Compañía de Jesús que se le había aparecido, y dió las señas diciendo que era un Padre alto, carilargo, entrecano, un poco descolorido y que le vió con los ojos corporales y que la

causó uaa gran devoción y novedad de consuelo y de fe de que había de sanar, que de ello no podía dudar. Trujéronla luego la reliquia, por ver el grande afecto de corazón con que la pedía, y encomendándose muy de veras al Santo, se la pusieron. Al punto se la quitó todo el mal, quedando buena y sana, y todos maravillados. Trujéronla después un retrato del Santo de cuando era mozo, y dijo no era aquel el que ella había visto; trujéronle otro de cuando era religioso y en viéndole dijo que aquel era el que se le había aparecido, sin haber visto antes pintura semejante de este glorioso Santo.

En un monasterio de monjas, en la ciudad de Recanate, á una legua de Nuestra Señora de Loreto, llamado Castelnovo, y es de la regla y título de San Benito, aunque sujeto al Ordinario, había una monja de casa noble de aquella ciudad, por nombre Justina Andici, de edad veinte años, muy observante y ejemplar. Esta, con ocasión de leer el libro de San Francisco de Borja, del cual le dió noticia el Padre Rector de nuestro colegio de aquella ciudad, que la confesó algunas veces, quedó tan devota de la santidad y vida del Santo, que le escogió por particularísimo patrón y abogado, invocándole en todas sus necesidades y especialmente en la de su enfermedad, que había cinco ó seis meses que la tenía en la cama sin poderse levantar de ella sin ayuda de cuatro monjas por lo menos, por tener los miembros como muertos y la una pierna encogida del todo y con una hinchazón en ella debajo de la rodilla que la atormentaba continuamente con los demás dolores del cuerpo. Sucedió que estos dolores crecieron más que nunca la noche de San Pedro Mártir, y tanto, que la hubo de pasar toda en vela. Sintiéndose tan gravemente apretada de los dolores y sin remedio de medicinas, acudió á Dios por medio de su devoto San Francisco de Borja, diciéndole: «Santo mío y abogado mío, si vos no me ayudáis con Dios en esta mi aflicción y trabajo, yo confieso que no puedo más.» Apenas acabó de decir esto, cuando oyó una voz que le dijo: «Justina, levántate y vete al coro, donde están aguardando las demás monjas para cantar *Maitines.*» Espantóse la monja sobremanera de oir aquella voz, y más de lo que le decía. Estando en aquella turbación y pensando qué podría ser aquello, oyó segunda voz que la dijo: «¿Cómo no te levantas y vas á *Maitines* con las demás monjas que están esperando en el coro, pues estás sana?» Oída esta segunda voz, extendió naturalmente la mano al lugar de aquella hincha-

zón, y no hallando rastro de ella, probó á extender el pie, y viendo que le extendía sin ninguna dificultad, se confirmó en la verdad de la voz y que estaba sana. Luego se levantó sin ayuda de nadie y se vistió ella sola, y se fué con grandísima agilidad al coro, donde estaban las demás monjas. Las cuales, cuando la vieron entrar tan fácilmente, muy admiradas, empezaron á dudar si era ella, y hallando que sí, la abrazaron con grandísimo consuelo de todas, y ella, con lágrimas de alegría, comenzó á contar el caso cómo nuestro Señor la había curado en aquel punto por intercesión de su devoto San Francisco de Borja. Publicóse el milagro por la mañana por toda la ciudad, en la cual era muy pública y sabida la enfermedad de la monja Justina, y vino á noticia del cardenal Araceli, obispo de ella. El cual, como lo oyó, quiso ir en persona (como fué) al monasterio y vió la monja que dos días antes, visitando aquel monasterio, la había visto en la cama de la enfermedad sobredicha, y para más certeza la hizo andar en su presencia por toda la pieza del locutorio, una y dos veces, y viendo por sus ojos la facilidad con que andaba sin rastro de haber estado enferma, la preguntó la causa, y ella le respondió todo lo referido, é hizo tomar el caso por fe y testimonio, llamando también al médico que la curaba, el cual, atestiguando de la calidad de la enfermedad, y de cómo aquella salud repentina no pudo ser de causa natural, ni de medicina, sino divina y milagrosa, quedaron todos admirados y muy devotos al Santo y dando mil gracias á Dios.

En la villa de Gandía, Juana de Burgos, mujer de Giraldo de Prados, torcedor de seda, estando enferma de una hinchazón que se le hizo sobre el pecho izquierdo, le dijo una vecina que San Francisco de Borja había hecho un milagro en aquel lugar, y que se encomendase á él y alcanzaría salud. Encomendóse al Santo y prometióle de ir nueve días á la Compañía de Jesús á visitar su imagen, que está en una capilla, porque le diese salud. Comenzó la novena, y al octavo día, á las nueve de la mañana, antes de ir á la iglesia, fué su marido á llamar al cirujano para que se la abriese. Entre tanto, la mujer se pasó en casa de una vecina, y estando hablando de cómo tantos remedios como le habían hecho no le habían aprovechado nada, ni se le había abierto, dijo que cada día que iba de la novena á visitar al Santo, le pedía que se le abriese la hinchazón, porque temía que el cirujano, con hierro se la abriese. Estando en esta plática, el mal

que tenía en el pecho se lo mostró á dicha vecina, llamada Esperanza Arnau; y estándolo entrambas á dos mirando, se abrió el pecho. Y para que se eche de ver que era cosa milagrosa, no se abrió por donde tenía la hinchazón, sino más abajo, por donde tenía la carne buena y sana, y por allí salió toda la materia y quedó la hinchazón totalmente deshecha. Viniendo el cirujano, y espantado del suceso, dijo la enferma que le había hecho Dios aquella singular merced por la intercesión de San Francisco de Borja, teniéndolo todos por gran milagro, y no menos por haberse cerrado la abertura sin poner ungüento ni otra medicina alguna, sino que ella por sí misma se cerró y quedó el pecho enteramente bueno y sano.

Vino el Arzobispo de Valencia, por orden de Su Santidad, á Gandía, á hacer la información de la vida y milagros de San Francisco de Borja. Con esta ocasión fué nuestro Señor servido de dar salud á un enfermo, el cual estuvo muy apretado de un accidente de piedra y flujo de orina, que le tenía confirmado por muchos años, el cual le vino á poner en peligro de muerte, para la cual le confesó el Padre Gaspar Garrigas, de la Compañía de Jesús, que era confesor de D. Baltasar de Borja, obispo que fué de Mallorca. Estando, pues, aquejado en la cama de esta enfermedad de piedra, la cual tenía tan crecida, que era como un grande huevo, y aplicándole muchos y varios remedios, ninguno hallaba en ellos y estaba ya desahuciado. Sucedió en esta sazón que fueron á su casa á tomar el dicho de su mujer, acerca de la santidad de vida y milagros de San Francisco de Borja. Lo cual hecho, después de haberse ido el notario y los demás que venían para ello, preguntó el enfermo á su mujer qué hombres eran aquellos, y qué buscaban. Ella respondió lo que era, y él, enterándose de todo, cobró grande afición al Santo, al cual invocó toda aquella noche, repitiendo en ella continuamente:

«San Francisco de Borja, pues hacéis tantos milagros con los extraños, bien me podéis dar salud á mí, que estoy en vuestra tierra». Con estos deseos y petición pasó toda la noche, sin dormir en ella más que un cuarto de hora, con grandes dolores, causado así de aquel tumor é hinchazón que se le había hecho en la vía, como del continuo flujo de orina, que le acaecía por espacio de año y medio haberse de levantar de la cama más de cincuenta veces de noche, y otras tantas al día. De todo esto se halló libre de improviso al amanecer. Y el médico

y cirujano afirmaron ser cosa milagrosa, porque demás de ser los accidentes de suyo incurables, lo eran mucho más por ser hombre, y de más de sesenta años. Dejó de hacer la deposición de este milagro por entonces, temiendo no se le hubiese quitado por breve tiempo; pero pasado un año, que fué el de 1618, viendo que totalmente había experimentado estar bueno y sano, la quiso hacer, y hablando del caso lloraba de consuelo, dando gracias á Dios y al Santo. El enfermo se llamaba Francisco Soliva, el cirujano Juan Peinado y el médico que le curaba era el doctor Francisco Viñolas.

## CAPÍTULO VIII

### Sana de calenturas.

El Hermano Marcos, que, como hemos dicho, fué compañero del beato Padre Francisco, dió una escofia suya á D. Francisco de Borja, marqués de Lombay y nieto del mismo Santo. Cayó mala una hija de Bautista Calvete, hombre honrado y buen cristiano de Gandía, cuya madre era hija de Gabriel de Llanos, mayordomo del duque de Gandía D. Carlos. Estando, pues, muy al cabo la enferma, poniéndole la escofia del santo Padre sanó luego; así lo testificó el marqués D. Francisco y la misma marquesa de Lombay, Doña Juana de Velasco, que envió la dicha escofia á la madre de la niña para que se la pusiese. En la Nueva España, en el colegio de Guajaca, el año 1596, estando un Hermano enfermo, muy fatigado de unas cuartanas y aguardando la calentura, que ya había enviado sus aposentadores, que eran el frío, desabrimiento y tristeza, un Padre de la Compañía le dijo que mandase á la calentura que no viniese, y el Hermano enfermo le respondió, que á él como á sacerdote le tocaba el mandarlo. Entonces dijo el Padre: «Eso sería si yo tuviese la virtud y potestad que tuvo el Padre San Francisco de Borja.» Aquí el enfermo dijo: «Pues mande vuestra reverencia, en nombre del Padre San Francisco, á la cuartana que no venga, y no vendrá». Mandólo el Padre, y la cuartana no vino más.

Á la reina Doña Margarita, mujer de Felipe III, después de haber parido al infante D. Carlos con un recio parto, la afligieron mucho unas tercianas muy fuertes. Trújola su confesor, el P. Ricardo Haller, de la Compañía, una reliquia de este glorioso Santo. Tomóla la piadosa Reina con mucha devoción, encomen-

dóse al Santo y pidióle mandase á la terciana que no volviese más. Así sucedió, quedando buena la Reina, sin tomarla más la calentura, con lo que se llenó palacio de alegría y devoción.

El año de 1607, por el mes de Agosto, D. Baltasar Vidal de Blanes, caballero valenciano, fué enviado del reino de Valencia por embajador de aquel reino á la corte, para ciertas cosas de importancia que había de tratar con su Majestad. Corrió la posta algunas jornadas, y del cansancio y del tiempo muy caluroso le dieron unas tercianas dobles que le fatigaron mucho, llegándole muy al cabo. Viéndose en esta apretura el seteno, y aguardando con gran congoja la terciana, se acordó de cómo el Padre Solier había alcanzado salud de otras tercianas por medio del beato Francisco de Borja, y con aquel pensamiento de lo que había leído en la vida del Santo, se encomendó á él con el mayor afecto que pudo, con lo cual fué Dios servido que no le vino más, quedando muy agradecido á su intercesor.

Magdalena García, mujer de Cristóbal Blay, vecinos y residentes en la villa de Gandía, cayó enferma de unas muy recias calenturas y con tan grande modorra, que era menester despertarla muy á menudo, y la hacían otros remedios en la cabeza, quitándola el cabello y poniéndola defensivos, y habiéndola sangrado seis veces copiosamente, vino á punto que habiendo confesado y recibido el Viático, al cabo de quince días le dió un parasismo tan grande que estuvo por cuatro horas sin habla y á todos los que allí se hallaron les pareció que se moría y así fueron volando por la Extremaunción. Estando en este aprieto la enferma, una hermana suya, que estaba presente, llamada Josefa García, mujer de Bautista Alfonso, se fué á su casa, que era allí junto, y arrodillándose delante de una imagen de papel del santo Francisco de Borja que tenía puesta en un altar, le pidió con lágrimas encarecidamente volviese el habla á su hermana y le diese salud, que si se lo concedía le prometía de ir á pie y descalza nueve días á la Compañía de Jesús, donde estaba su imagen, con gran veneración y hacerle una novena. Cuando estaba haciendo este voto tocaban en la iglesia mayor una campana grande que se acostumbra á tocar cuando alzan; y á esa misma hora vieron todos los que se hallaron presentes con la enferma que abrió los ojos y comenzó á hablar y decir Jesús. Dieron luego voces á la hermana porque estaba cerca, y la dijeron cómo en aquel punto había vuelto á sus sentidos. Entonces ella contó el

voto que acababa de hacer al bienaventurado Francisco de Borja, con lo cual todos tuvieron el caso por milagroso, porque no se podía atribuir á remedios humanos, pues aunque un poco antes que le diese el parasismo le sacaron tres copiosas escudillas de sangre, y luego en él la echaron muchas ventosas y la dieron garrote con cordeles en piernas y muslos, nunca volvió en sí, hasta que después de una larga hora se hizo el voto al Santo, y al punto por su intercesión la volvió el habla y mejoró. Y para que mejor se echase de ver haber sido milagrosa la salud de la enferma, con estar tan falta de sangre y tan flaca y debilitada, se levantó dentro de cinco días de la cama buena y sana.

En la misma villa, Luisa Ibáñez, mujer de Pedro Pérez Culla, estuvo muy apretada de calenturas y modorra con tan grande hastío que no podía atravesar bocado, tanto, que vino á punto de muerte y estuvo mandada olear. Estando así vino su marido y la puso sobre el pecho una firma del santo Padre Francisco de Borja, y prometió al Santo si la daba salud hacerle una novena á pie y descalzo y hacerle una lámpara de plata, con lo cual cesaron todos los accidentes de la enfermedad y quedó del todo buena y sana, conociendo todos ser milagro que obró Dios por la firma é intercesión del siervo de Dios. Esta es la sustancia de este milagro, porque los testigos que depusieron del caso hablan de él en su dicho encarecidamente y muy á lo largo, con particularidad y grande devoción.

## CAPÍTULO IX

### Suda una imagen del Santo cuando son perseguidos los Padres de la casa profesa de Madrid, donde está su santo cuerpo, y hace muchos milagros.

Fabróse una capilla Sebastián de Mojica Buitrón en los aposentos que tenía en Chitagoto, término de la ciudad de Tunja, en el nuevo reino de Granada, para cuyo adorno le trajo Dios á las manos, entre otras pinturas, una imagen de pincel del glorioso Padre San Francisco de Borja que un religioso de nuestra Compañía había hecho pintar por la singular devoción que al Santo tenía, el cual llevándola de un lugar á otro la perdió. Este lienzo hallóle un indio que lo vendió á Sebastián de Mojica, su singular devoto y varón no menos principal que piadoso, el cual como á una prenda de tanta estimación la colocó en su capilla

puesta en un curioso marco. Por esta santa imágen obró Dios nuestro Señor muchos milagros que el arzobispo de Santa Fe hizo averiguar, recoger y comprobar jurídicamente, como consta en los procesos originales. Sucedió que á 6 de Mayo de 1627, día de San Juan *ante Portam Latinam*, había de celebrar Sebastián de Mojica una fiesta al dicho santo evangelista, que tenía votada para alcanzar de Dios por su intercesión que librase los campos de la langosta de que suelen padecer mucho en aquella tierra. Envió tres hijos suyos pequeños y un mayordomo para que limpiasen y aseasen el altar, y andando disponiendo y acomodando el ornato de su altar D. Luis de Mojica, hijo menor del dicho Sebastián de Mojica, reparó en que la imágen del glorioso Padre San Francisco de Borja estaba sudando como quien estaba puesto en agonía, con tanta abundancia, que le corría el sudor de las sienes y frente. Sobresaltado el niño con la novedad, salió de la capilla dando voces y publicando lo que había visto. Su padre, que á la sazón estaba en el patio de aquellos aposentos, herido de un santo temor y movido de una filial reverencia, acudió luego al punto á examinar la verdad, y vió cómo las sienes y frente, mejillas y manos y todo el resto de la vestidura estaban cubiertos de unas menudas gotas de agua que parecían granos de aljofar, y con particularidad notó que por encima de las narices discurría de la frente una gota mayor que las demás, y otra semejante á ésta del ojo derecho de un Crucifijo que el Santo tiene pintado en la mano, que más parecía lágrima que gota de sudor. Notó también que de la mano izquierda, por junto al clavo, manaban cuatro gotas notables por su grandeza una después de otra. Vió juntamente que por el pecho del Santo iba corriendo hacia el lado derecho una gota mucho mayor que las otras, la cual, alargando uno de los dedos, limpió y enjugó con él, alcoholándose con ella los ojos. Pero apenas lo hubo limpiado, cuando de la misma parte luego sin detención ninguna volvió á brotar otra de mayor tamaño que la pasada. Enterado, pues, de la verdad, trató ya más de darle testigos que de averiguarla, y así mandó encender velas y hachas de cera y tocar la campana para que viniesen los convecinos y moradores de aquel campo. Mandó juntamente á dos mayordomos suyos que fuesen á dar aviso y hacer presente al Padre Fray Pedro de Zavaleta, predicador de la Orden del seráfico Padre San Francisco y cura del pueblo de Sativa y de aquella capilla. Vino apresurado el dicho

Padre, con ansia de ver tan grande milagro; y habiendo hecho oración con gran devoción y reverencia, limpió y enjugó con un lienzo limpio las gotas del sudor de toda la imágen, recelando no fuesen del agua con que se había regado la iglesia. Apenas había enjugado el sudor, cuando el lienzo, como si fuera hombre vivo y trabajado en alguna grande agonía, volvió á brotar otro tanto, y enjugándolo segunda vez, con la misma presteza que antes volvió segunda vez á cubrirse de sudor, manos, rostro, vestidura y el Crucifijo que en la mano tenía, con lo que los presentes todos quedaron atónitos y como fuera de sí viendo tan evidente y tan clara maravilla. No se atrevió entonces el Padre á enjugar tercera vez el sudor, sino revistióse y dijo solemnemente su misa, y acabada enjugó tercera vez el cuadro y enjuto le dejó, cerrando con llave su iglesia sin fiarla á otro que á sí. En esta ocasión dijo un mulato de Sebastián de Mojica que el domingo antes había visto sudar al Santo; mas que por parecerle que sería el agua bendita del *asperges* no había dicho nada. A las nueve ó diez de la noche, muy cuidadoso el Padre volvió á la iglesia, y en presencia de Sebastián de Mojica vió cómo todo el Santo estaba bañado de sudor, y recelando no fuese alguna humedad de la pared, le arrancaron de ella y vieron que el marco estaba lleno de polvo y el lienzo por las espaldas de telarañas, sin rastro ni señal alguna de humedad. Pusiéronle en el medio del altar arrimado á las palabras de la consagración, y limpiándole el sudor le dejaron, cerrando la iglesia con llave y guardándola porque no sucediese alguna novedad, y volviendo después á otro día le hallaron de la misma suerte sudando. Y por espacio de veinte y dos ó veinte y cuatro días les sucedió lo mismo con semejantes experiencias, sin que quedase nadie en todo aquel distrito que no participase de la noticia y vista de tan grande y tan dilatado portento, el cual se hizo mucho mayor con otros varios que de él se originaron y dos particulares circunstancias que éste tuvo. La primera fué, que estando Martín de Verganzo, Corregidor de los naturales del partido de Buitama, haciendo oración al Santo en su milagrosa imagen, y ofreciéndole una información que de sus milagros había hecho y remitido al Arzobispo de Santa Fe, y rogándole se diese por bien servido de su devoción y celo, la pintura del Santo, como si fuera un hombre vivo, abrió y volvió á cerrar la mano en que tenía el crucifijo, en presencia del dicho y el Padre Fray Adriano de Ribera, religioso de la seráfica familia del gran Patriarca San

Francisco, dando á entender que recibía su buena diligencia. Fué la segunda, que los presentes advirtieron en esta sazón cómo el retrato del Santo mudaba diversos colores, pareciendo, ya pálido, á modo de quien se asusta, ya encendido, como á quien sucede una desgracia, ya, finalmente, oscureciéndose una sombra que tiene pintada en uno de los lados, afectos todos de quien padece. Viendo, pues, D. Juan de Borja, Gobernador de aquel reino, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia, nieto del Santo, que todos estos prodigios denotaban sentimiento y pesar en su milagroso abuelo, dijo: «Plegue á Dios que no sude el abuelo lo que ha de padecer el nieto.» Y con esto se dispuso á lo que Dios quisiese hacer, y no le engañó su recelo, porque al cabo de veinte días murió aceleradamente. También se notó que en este mismo tiempo padecieron los Padres de la casa profesa de Madrid, donde está el cuerpo del Santo, muchas contradicciones y calumnias por haberse pasado á la plazuela de los Herradores, donde ahora está.

Apenas fué milagroso este santo retrato, cuando todos esperaron de él el remedio en sus males, y principalmente los más de casa. Y así Doña Sebastiana Mojica de Buitrón, hija del referido D. Sebastián, habiendo estado en grande riesgo de la vida de un pasmo en la cabeza de que le resultaron grandísimos dolores, sin que la medicina pudiese hallarles remedio, invocó el favor del Santo y pidió que la aplicasen una noche los lienzos con que se había enjugado el sudor de la imagen, y en poniéndoselos, al punto se sintió buena y aliviada de su mal, alcanzando la salud tan breve y milagrosamente que á la mañana se levantó de la cama en que había mucho tiempo que adolecía, sin sentir de allí adelante la menor reliquia del mal pasado.

La devoción que con este milagro cobró al Santo Ana de Oquendo, mujer de un mayordomo de Sebastián de Mojica, con lo que había oído, fué causa de que ella también pidiese le aplicasen los dichos lienzos á los brazos, porque había muchos días que los tenía embarazados sin poder usar de ellos para ninguna cosa, y juntamente padecía gravísimos dolores de cabeza. Aplicáronselos y sintió luego un grande ardor en la cabeza, brazos y cuerpo, con un sudor frío, efectos todos que por tan particulares y tan repentinos admiraron á los presentes. Ella entonces empezó á decir que le parecía tener los brazos de algodón, inmutaciones todas que indicaban la principal, pues dentro de breve rato

dijo que estaba buena, y todos lo vieron, porque movía sus brazos y los ejercitaba como si jamás los hubiera tenido impedidos. Segunda vez experimentó el singular patrocinio de su devoto, porque habiendo caido después en una sordera con que estaba casi inútil se acogió al santo Francisco de Borja, y aplicándose con mucha fe los mismos lienzos, cobró al punto perfecta sanidad.

Como iba creciendo la fama de estos milagros, crecía también el deseo de los menesterosos de que fuesen mucho más, para que, al paso que ellos creciesen, menguasen sus dolencias. Un hombre, llamado Antonio de Horozco, tenía los ojos inflamados y con grande escozor y peligro de perder la vista. Estando apretado y afligido y con mucho temor de su mal, pidió una noche al Padre Fray Pedro de Zavaleta que se los limpiase con un lienzo de los dichos. Trújole uno el Padre, y habiéndole limpiado cuando estaba con el dolor, se le quitó y dijo que ya no le escocía: durmió, y á la mañana amaneció con sus ojos muy claros y serenos sin rastro de lo pasado. Lo mismo puntualmente sucedió á otro mayordomo del dicho Sebastián, llamado Juan Gómez, en aplicándole á los ojos el lienzo.

Hechas las informaciones de todo lo dicho, se remitieron al Sr. D. Julián de Cortázar, arzobispo de Santa Fe, para que las aprobase, y su señoría ilustrísima, para proceder con maduro consejo en todo, juntó los prebendados de su iglesia, al Provisor y Vicario general de aquel arzobispado, al Provincial de nuestra Compañía, á los superiores de Santo Domingo y San Francisco y San Agustín y Rector de la Compañía y muchos varones doctos de las dichas religiones, y todos juntos, después de haberlo mirado con celo de la verdad y afecto de la Religión, unánimes y conformes juzgaron que la dicha santa imágen debía ser tenida por milagrosa, y los sucesos por sobrenaturales y fuera de la posibilidad humana. De aquí se originó tan grande devoción en el pueblo al santo Francisco de Borja, que el Arzobispo, cabildo, presidente y Audiencia real y la ciudad de Santa Fe, con voto público y común aclamación del pueblo, le eligieron por patrón de la dicha ciudad, mandando que se guardase en su día como festivo con la solemnidad que los otros que manda guardar la santa Iglesia Romana, y que en el mismo día se hiciese una procesión general, para honra del Santo, y alcanzar por su intercesión remedio de los daños que aquella ciudad

padece de los temblores de la tierra y estériles cosechas. Lo mismo hizo la ciudad de Popayan y toda aquella provincia, la cual escribió á nuestro muy santo Padre Urbano III, suplicándole procediese en su canonización. Y si en partes tan remotas obra prodigios tan grandes, correspondiendo á la fe de los que le ruegan, ¿qué esperamos hará en Madrid, donde está su sagrado cuerpo? ¿Cómo pensamos que honrará Dios las reliquias, cuando ilustra tanto un retrato? El no ser los Santos muchas veces milagrosos nace de ser nosotros poco fieles, y el no darnos mucho es porque les pedimos poco ó nada. Confíemos, pues, y pidamos, que si aquellos alcanzaron tan singulares dones por medio de un retrato, sin duda nos vendrán á nosotros muchos más por medio de su santo cuerpo. Y estemos ciertos que si va adelante nuestra fe, será nuestra petición la medida de los bienes que tan milagroso Santo puede y quiere negociar con Dios.

## CAPÍTULO X

**Confiesa su santidad el demonio; sanan por su intercesión los endemoniados y libra de tentaciones.**

Siendo virrey del Perú el príncipe de Esquilache, nieto del bienaventurado Padre, forzó Dios en la ciudad de los reyes á un endemoniado muy pertinaz á que confesase la gloria de su siervo San Francisco de Borja. Llevaron á su presencia una preciosa imágen de bulto de Cristo crucificado que le envió el Virrey con su camarero y capitán de su guarda, por ser una pieza de grande estimación y estar vinculado en su casa, por haber hablado al santo Padre Francisco de Borja poco antes de morir su mujer, dándole á escoger si quería que viviese, como hemos dicho. Habiendo metido el Crucifijo en la sala donde estaba el endemoniado sin que él le viese, empezó á hacer demostraciones de grande congoja, afligiéndose de aquella santa visita, y habiéndole mandado un sacerdote que se reportase y que de parte de aquel Señor que allí estaba crucificado por la redención del género humano, le mandaba que para gloria de Dios y edificación de los fieles le adorase, aunque el demonio al principio no quería, meneando la cabeza, al fin se humilló, y con mucha reverencia le adoró y besó los pies, poniéndolos en sus ojos y boca, y luego estuvo mirándole con grande atención sin hablar palabra alguna en todo el tiempo que allí estuvo, aunque fué

exorcizado y se le mandó que hablase, de que causó grande admiración á los presentes, entre los cuales se confirió que sin duda la causa de no haber hablado había sido por el respeto que había tenido á aquel santo Cristo que milagrosamente habló en la ocasión que hemos dicho. Y después de haber llevado la santa imagen á palacio, habló muchas cosas como quien estaba moliendo de represa. Y asimismo el día siguiente, en el cual, hallándose allí D. Juan de Verdugo, alguacil mayor de aquella corte, le dijo que había de ir á pedir á su excelencia la imagen del santo Cristo. Mas el demonio, como medroso de su vista, dijo en alta voz: «No la traigas, no la traigas.» Después de lo cual, hallándose presente el doctor Feliciano de Vega, provisor y vicario general del Arzobispado, con otra mucha gente, mandó el Previsor al bachiller Pedro Méndez, que tenía á su cargo el conjurar, tomase sobrepelliz y estola y le exorcizase é hiciese hablar para mayor gloria de Dios, y habiéndole hecho otras preguntas, se le hizo una por orden del mismo Previsor, y fué que por qué causa cuando le llevaron el santo Crucifijo no quiso hablar palabra. Respondió: «Porque no convino»; y diciéndole: «Maldito, ¿por qué no convino? que eres un embustero mentiroso», respondió: «Por reverencia de aquella imagen»; replicándole: «¿Pues qué te movió á eso? ¿qué te ha hecho esa imagen? ¿ha hablado alguna vez?», respondió: «Sí». Y diciéndole «¿A quién habló?», respondió muy alto: «A un teatino». Y reprendiéndole porque hablaba con tan poco respeto, que dijese quién era y cómo se llamaba, dijo á dos veces que se le replicó: «Allá está, en el cielo». Y tornándole á decir que dijese su nombre, dijo: «Borja». Y mandándole decir su nombre propio, dijo: «Francisco». Y preguntándole si cuando le habló era religioso ó seglar y qué estado tenía, dijo: «Seglar». Y tornando á preguntar si era soltero ó casado, dijo con enfado después de otras palabras: «Casado». Y replicándole por qué le habló y en qué ocasión, dijo: «De aflicción». Y preguntado de qué aflicción, respondió con enojo: «No lo sé». Mas diciéndole: «Dilo, perro mentiroso, que bien lo sabes, y yo te lo mando en virtud de la Santísima Trinidad», respondió: «De muerte». Y mandándole que dijese de quién era la muerte, dijo: «Sería de algún hermano ó hijo». Mas apretándole que para gloria de Dios dijese la verdad, dijo: «De su mujer». Por excusar curiosidad no se le quisieron hacer más preguntas, habiendo de todo lo dicho tomado información jurídica, esperando que por aquella santa

imagen é intercesión del Santo, que desde entonces le tomaron por abogado, había de salir, como otras veces lo ha hecho, y entre ellas huyó de una mujer. La cual porque cautivaron á un hijo suyo tuvo tan gran sentimiento, con tal cólera y despecho contra Dios, que en castigo de su pecado permitió su divina Majestad se apoderase de ella el demonio, de suerte que en más de dos meses no la dejó oir misa ni entrar en la iglesia, hasta que la aplicaron una reliquia de este siervo de Dios, ofreciéndola traerla á su capilla, porque á la mañana siguiente pudo venir á ella á oir misa, y confesando y comulgando en ella nunca más la molestó el demonio. Muchos, mientras conjuraban á endemoniados, han experimentado la fuerza que tiene la invocación de este gran siervo del Señor contra los malos espíritus, y el miedo que le tienen las potestades infernales, de las cuales triunfó tantas veces en vida. Mucho más es echar el demonio de las almas que de los cuerpos, y así diré aquí cómo libró de su tiranía á un religioso de la Compañía, el cual padeció por un día y una noche entera unas terribles tentaciones y representaciones de imaginaciones y cosas sensuales, y viéndose en grande peligro de anegarse en este mar, después de haber invocado algunos otros santos y pedir misericordia por todas las estaciones de la vida y Pasión de Cristo, no cesando la tempestad, invocó en su favor á San Francisco de Borja, y pidió á Dios por la humildad y confusión propia en que resplandeció este Santo, le librase de aquella borrasca, y el Señor, que quería glorificar en esto á San Francisco de Borja, se lo concedió, y aunque dilató el remedio hasta este punto, se serenó luego el cielo, cesaron los vientos de las tentaciones, desaparecieron las olas de aquellas imaginaciones sensuales. *Et in sermone eius silvit ventus et placavit abysum Dominus Jesus*, por la intercesión de su siervo.

## CAPÍTULO XI

### Muchos milagros con sus reliquias y estampas.

En Madrid, un niño, hijo de Francisco Pérez de Granada, cayó de una escalera abajo más de veinte escalones y se abrió la ceja derecha cosa de tres dedos, de manera que se le veía el casco; diéronle unas puntadas y dentro de dos ó tres días hizo materia. Pareciéndole al cirujano que era cura larga, lo tomó

de propósito; pero sus padres un día, habiéndose él ido, le pusieron al niño una estampa del siervo de Dios sobre la herida, con que luego quedó sano. Viniendo el día siguiente el cirujano, halló al niño y á sus padres contentos, y preguntada la causa, le dijeron que San Francisco de Borja había curado á su hijo. Quiso con todo eso ver la herida y halló el casco cubierto de la tela que tiene encima, que antes estaba rota, y tanto, que naturalmente no pudiera en tan breve tiempo haberse cubierto el casco con aquella tela y por la materia que había hecho; pero la piel con carne quedaba abierta, y él tornó á cubrirla sin poner medicina alguna, y encomendándole al Santo, á la mañana cuando vino halló cerrada la herida de todo punto. Y así juró haber sido este caso obra milagrosa y sobrenatural, según su arte.

En la misma villa de Madrid, el año 1610, Inés Hurtado, doncella, criada de Doña Ana de Borja, princesa de Esquilache, estaba muy apretada de un recio dolor de costado y fuertes calenturas, de lo cual llegó tan al cabo, que el doctor Juan Gómez, médico de cámara de su Majestad, con otros acompañados, dijo que ya no tenía remedio sino el de Dios. Vinieron los señores y príncipes á verla, y teniéndola gran lástima, fué el príncipe don Francisco de Borja por un hueso del santo Padre Francisco, y viniendo acompañado de los condes de Villanueva y de Ficallo, les dijo á los dos con mucha resolución: «Señores condes: vengan vuestras señorías y serán testigos de este milagro que se ha de obrar por intercesión de San Francisco de Borja.» Y estando también con la Princesa otras muchas criadas delante, llegó con la santa reliquia y se la puso sobre el costado, á lo cual la enferma dió dos grandes gritos de dolor, quedando luego muy quieta y sosegada, diciendo: «Ya estoy buena, que San Francisco de Borja me ha sanado.» Y así fué, porque nunca más le vino el dolor, y sin otro remedio alguno tuvo salud entera.

A una compañera de la que acabamos de decir, llamada Doña Catalina Laso de la Vega, le dió un fortísimo mal de corazón, que le duró veintiocho horas; las doce estuvo sin habla y á medio volver, sin poder hablar, se confesó por señas. Diéronla muchos garrotes é hicieron otros remedios, y queriéndola dar unos cauterios de fuego en el cerebro, se acordó interiormente de la salud que había cobrado su compañera por la intercesión de San Francisco de Borja, y la dió gran devoción de encomendarse á él, y por señas pidió su reliquia. Trujéronla, y poniéndosela en

la garganta, al punto sintió se le había destrabado la lengua para poder decir Jesús, y estuvo luego buena y sana.

Sor María de Jesús, monja descalza en el monasterio de Santa Clara de Gandía, estando muy apretada de unas recias y largas calenturas, sanó perfectamente por milagro, encomendándose al Santo afectuosísimamente y aplicándola su reliquia, cosa que causó grande admiración y devoción con el Santo á todo el convento y hasta hoy la hay y grande memoria.

Un aprensador del Rey, llamado Joanes, tenía un hijo pequeño, al cual se le hizo en el codo de un brazo una hinchazón, que llaman lobanillo, que era como un membrillo, y tenía el brazo muy delgado por llevarse toda la substancia de él el lobanillo. Los médicos y cirujanos no se atrevían á curarlo, por parecerles que estando ya tan grande era cura muy dificultosa y peligrosa. Encomendáronle á San Francisco de Borja y pidieron al Padre León Jiménez les llevase su reliquia. Fué el Padre con ella, y tocándole con la reliquia la hinchazón, se iba reviniendo de manera que no quedó sino una señal como lenteja ó peca negra para memoria del milagro.

Estaba en esta sazón la mujer del dicho Joanes, llamada Doña Mariana Varón, á la muerte, de un flujo de sangre, que sin poderla restañar, vinieron á darla el Viático y Extremaunción. Pidió al mismo Padre la diese un pedacito de reliquia de San Francisco de Borja; dióle en un papel un poco, que sería como un cañamón, tomólo y besólo, y sin que lo viese nadie echóselo en la boca y tragólo, y encomendándose muy de veras al Santo, al punto se restañó la sangre y estuvo buena.

El año siguiente, que fué el de 1629, Andrés Alonso, guardamangel de su Majestad, tuvo una hija llamada Catalina muy apretada de una parótida que se le hizo en un lado de la garganta, y habiendo hecho muchos remedios, no aprovecharon nada. Trujéronla la reliquia del santo Padre Francisco de Borja, y tocándola estuvo luego buena y le quitaron las vendas y los demás aceites y ungüentos que en ella tenía puestos, sin rastro de lo pasado.

Quedóse la reliquia del Santo (que era una firma suya puesta en un relicario) en casa del mismo Andrés Alonso, y sucedió de allí á dos ó tres días que á su mujer, llamada Doña María de Rozas, se le puso el dedo gordo de una mano tan inflamado todo él y tan grueso que ponía admiración.

Una noche, á cosa de la una, fueron tantos los rayos y dolores que le daban, que por ningún caso podía reposar. Estando tan desasosegada, la dijeron que en casa se estaba la firma de San Francisco de Borja; si quería que se la pusiesen. Ella entonces con grande ansia pidió que se la trujesen luego. Encendieron luz, y yendo á mirar el dedo, le hallaron tan denegrido é hinchado, que daba á entender el gran mal que en él había. Sacaron la reliquia y al punto que se la aplicó reventó el dedo y empezó á salir tanta podre y sangre requemada, que llenó una escudilla. Con esto descansó, y encomendándose al Santo durmió muy bien aquella noche, y á la mañana halló su dedo muy sano sin ponerle cosa alguna.

Cobró mucha devoción toda esta casa con San Francisco de Borja, y así todos los de ella en cualquier aprieto luego acuden al Santo, y les ha sucedido conforme á su devoción, como se vió en los dos hermanos mayores é hijos de Andrés Alonso y Doña María de Rozas, porque la hija mayor, llamada Doña Francisca, habiéndosele hecho en el carrillo izquierdo una berruga muy grande y fea, se la arrancó con los dedos fuertemente para sacar la raíz también con ella, de lo cual se le hizo mucha materia y se le vino á encancerar, de manera que los cirujanos decían era cosa muy larga y que quedaría muy grande señal. Estando en esta aflicción, envió á pedir al Padre Marcos López, su confesor, que la llevase la firma; llevóla, y en aplicándosela é invocando el favor del Santo, le salió grandísima copia de materia, y sin ponerse parche ni otra cosa alguna, se cerró una gran boca que tenía y quedó sin señal alguna, como si jamás hubiera habido allí nada, lo cual sucedió el año 1630.

Sobre todo esto, el año 1631, al hijo mayor, que estaba en Alcalá y era colegial del rey, llamado el licenciado Juan Alonso, un jueves por la noche, que se contaron nueve del mes de Enero, le dió una muy recia calentura, tanto, como escribe él en su carta, que entendió que su hora era ya llegada, con un gran dolor y mal de cabeza que apenas parecía sabía de sí. Pero, como siempre solía en las ocasiones de cuidados y trabajos, encomendóse muy de veras á San Francisco de Borja. Fué cosa rara que estando en la mayor furia de la calentura y con accidentes de alguna mortal enfermedad, al punto cesó de repente, sin pasar más adelante ni quedarle rastro, como si tal no hubiera pasado, cosa que á él y á los demás colegiales causó grande

admiración y devoción. Luego lo escribió él á sus padres, pidiéndoles fuesen á su santa capilla á decirle una misa y darle gracias. En otras muchas ocasiones experimentó el favor del siervo de Dios, y así acudía á él como á su amparo y refugio en todas las cosas que se le ofrecían.

## CAPÍTULO XII

**Desea el Papa Clemente VIII que le pidan su beatificación. Tiene gran fama de santidad, y confírmase en una carta del santo varón D. Juan de Ribera, Patriarca y Arzobispo de Valencia.**

Las obras maravillosas que el Señor hacía en tantas partes por su siervo Francisco y la memoria que había de sus heroicas virtudes, fueron confirmando la fama de su grande santidad, aunque fué desde que murió verdaderamente muy crecida entre gente de grante autoridad, peso y virtud. Y dejando aparte lo que sintieron de él y le veneraron San Carlos Borromeo y Santa Teresa de Jesús, que con palabras muy honoríficas hace mención en sus libros de su grande espíritu y santidad, el Papa Clemente VIII deseó que le pidiesen su beatificación, porque fué testigo de vista de sus aventajadas virtudes, cuando antes de ser Pontífice vino á España con el Cardenal Alejandrino, y notó por todo el camino la santísima vida del bienaventurado Padre, y después de haber sido electo por Vicario de Cristo, hacía muy frecuente y honorífica mención de sus virtudes. Entre otras cosas se admiraba la constancia que tuvo en celebrar cada día, diciendo que ni el hielo, ni el estío, junto con la vejez y falta de salud y flaqueza, fueron parte en todo el camino para quitarle una sola misa. Entre otras, una vez se edificó mucho de verle celebrar en el campo con un sol tan ardiente que abrasaba las cabezas. El Papa Gregorio XIII le llamaba fiel ministro y firme coluna de la Iglesia. Con igual veneración sintieron de la santidad de este siervo de Dios muchos grandes Prelados. El Obispo de Tarazona, en la vida que escribió de Santa Teresa, le llama hombre de admirable santidad. Otro Obispo de Cartagena le llamó milagro de Duques y caballeros. Y porque dejemos otros elogios de este santo varón, por ser semejantes y ser muchos los autores que le alaban y admiran, sólo quiero poner aquí una carta que sobre sus muchas virtudes escribió el espejo de Prelados y santísimo Pastor D. Juan de Ribera, Patriarca y Arzo-

bispo de Valencia, por ser testigo mayor á toda excepción, el cual en una carta que escribió á 23 de Agosto del año 1608 al Nuncio de Su Santidad dice así:

«Muy poco es lo que puedo decir de la santa y ejemplar vida del Padre Francisco de Borja, porque le traté poco, y aunque me hubiera hecho nuestro Señor merced de que le tratara mucho, también fuera poco lo que pudiera decir comparado á la idea y concepto que tengo y he tenido siempre de su santidad y al que todos están obligados tener de quien hizo una obra tan heroica que después del martirio es la más perfecta que conoce el cristianismo y la más encumbrada de cuantas enseña el Evangelio, diciendo nuestro Señor: *Si vis perfectus esse vade, et vende omnia quae habes et da pauperibus et habebis thesaurum in coelo, et veni sequere me.* Ambas cosas cumplió enteramente á vista del mundo, dando lo que tenía á los pobres, que juntamente eran siervos de Dios, edificando y dotando los conventos de religiosos y dejando lo mucho que podía gozar mientras viviera por seguir á Cristo nuestro Señor en la santa Religión. Y si bien es verdad que nuestro Señor Dios hace más estima del afecto que del censo, pero también es verdad que arguye mayor fuerza en la vocación de Dios nuestro Señor y más entera disposición y obediencia en el hombre dejar mucho que dejar poco. Y así, quien considerase lo que el Padre Francisco de Borja dejó, verá que fué mucho lo que nuestro Señor puso de su parte en esta vocación, y mucho también lo que el Padre Francisco puso de la suya en su respuesta, porque dejó la grandeza que tan conocida es en España y fuera de ella y la comodidad de vivienda, que sabemos todos los de estos reinos dejó el consuelo que naturalmente le había de resultar de la compañía de cinco hijos, tales que cada uno de ellos podía honrar una familia, como se vió en que todos fueron ocupados en ministerios muy principales del servicio y casa real; dejó dos hijas casadas con señores de los más principales de España; dejó también algunos entretenimientos de que había usado toda su vida, por tenerlos particular inclinación y afición, como era el de la música y el de la caza. De manera que considerada la sustancia de lo que dejó y las circunstancias que le acompañaban, consta que fué mucho lo que dejó, y tanto, que no tenemos noticia en nuestros tiempos, ni en algunos atrás, de vocación tan maravillosa y extraordinaria, ni que tan enteramente se ajustase al consejo

del Apóstol San Pablo: *Obsecro vos ut probetis quaesit voluntas Dei bona beneplacens et perfecta.*

»La primera vez que le vi fué en Salamanca el año 1553, algo más ó menos, y entonces le besé las manos por cumplir con lo que se debía á su persona y santidad y por suplicarle, como lo hice, que predicase el domingo de Quasimodo en el convento de San Agustín de aquella ciudad, á la fiesta que los estudiantes andaluces hacen. Esto me concedió con mucha benignidad, y así predicó, oyéndole con gran devoción el Sr. Obispo, que entonces era D. Pedro de Castro, hijo del conde de Lemos, que falleció Obispo de Cuenca, y grandísimo concurso de gente. Residía entonces, á lo que me acuerdo, en un colegio de Oñate, y llegaba á Salamanca la fama de su grande humildad y mortificación, ocupándose en ministerios de la cocina y en otros semejantes. Después le torné á ver en esta ciudad de Valencia el año 1571, en compañía del Sr. Cardenal Alejandrino, sobrino del santísimo Papa Pío V, de felice memoria. Mostró aquel santo Pontífice el crédito y reputación que tenía del Padre Francisco con entregarle su sobrino, mandándole que en todo siguiese su parecer. Predicó el Padre en el Aseo con espíritu y celo de santo y recibióse su doctrina con extraordinario aplauso. Aquí le traté algo más, aunque fueron pocos días los que el Cardenal se detuvo en Valencia. Conocí en las palabras y obras lo mismo que siempre había oído y creído. Y cuando leo la historia de su vida, escrita con mucha doctrina y piedad por el P. Pedro de Ribadeneira, doy infinitas gracias á nuestro Señor por haber conocido y tratado varón de tan raro ejemplo y santidad, y veo lo poco que puede valer cuanto se dijere de su vida; estando tan docta y exactamente escrito por el dicho P. Ribadeneira. Sólo diré que pensando algunas veces en la santidad del P. Francisco de Borja, he venido á resolverme en creer que fué muy grande y á desear merecer ser devoto suyo, considerando que no podía carecer de gran misterio haberle puesto nuestro Señor por Padre General de una religión tan esclarecida en la Iglesia católica como es la santa Compañía de Jesús, en tiempo que había de ser confirmada en su santo y prudente instituto, habiendo sido poco antes bautizada, porque no consiente la piedad cristiana creer que siendo tan particular la providencia de Dios nuestro Señor que tiene sobre las santas religiones, como de erarios públicos de doctrina y ejemplo, entregase el mucho caudal que hay de lo uno y de lo otro

en la santa Compañía á ministro que no fuese bueno, prudente y fiel. Pues así como estamos obligados á creer piadosamente que el bienaventurado Padre Ignacio fué dotado de singular gracia de Dios nuestro Señor para comenzar este santo instituto en beneficio universal de la santa Iglesia, así debemos creer que en el Padre Francisco concurrió la misma gracia para perficionarle y conservarle, siendo lo uno y lo otro igualmente obra de la mano de Dios, y de tanta mayor importancia lo segundo que lo primero, como lo mostró el incremento. También le conviene al Padre Francisco lo del real Profeta David: *Vineam de Aegypto, transtulisti ejecisti gentes et plantasti eam.* Mucho hizo el santo Padre Ignacio en buscar sarmientos para su viña; pero no hizo menos quien la libró de las persecuciones que después padeció y de los adversarios que se levantaron contra ella, hasta dejarla tan plantada y arraigada que hinchiese la tierra como hoy la vemos. Y si la piedad cristiana y prudente no permite dudar de la santidad del que engendró por la religión esta santa Compañía, tampoco permite la misma piedad dudar de la santidad del que la crió en su tierna edad y la engrandeció y exaltó. Esto hizo el Padre San Francisco. Y quien considerase que un hombre que no pudo ser gran letrado por haber llegado tarde á los estudios, ni tener larga noticia del estado sacerdotal y religioso, por haberse criado la mayor parte de su vida en grandeza y ocupaciones seglares en medio de la corte, vino á ser escogido de Dios nuestro Señor para maestro de tantos letrados y Padre de tantos varones ejercitados en perfección, y necesariamente confesará que Dios nuestro Señor puso mucho de su casa, como dijimos al principio, enriqueciendo de bienes sobrenaturales á su bendita alma, para perficionar lo que faltaba á este celestial instituto, que era el uso y ejercicio de sus santos estatutos é instituciones y la victoria de los adversarios y contradictores. El haber obrado nuestro Señor esto por medio del Padre Francisco de Borja es, en mi consideración, mayor milagro que resucitar muertos, y tanto más por haber sido con universal satisfacción y aprobación de los Sumos Pontífices, Vicarios de Jesucristo nuestro Señor, en presencia suya y de todos los del Sacro Colegio, con felicísimos progresos en virtud y letras de la Compañía, conocidos y declarados en toda la cristiandad con palabras dichas y escritas, con grande multitud de libros y con general consuelo y aprovechamiento de sus súbditos. Y así me per-

suado que cuando no hubiera prueba de otros milagros como la hay de muchos, este solo podría inclinar al Sumo Pontífice, Cabeza de la santa Iglesia católica, á canonizar este gran siervo de nuestro Señor, por beneficio y ejemplo de toda la cristiandad, lo que confío será presto, y aunque muy viejo pienso ver este día y regocijarme con los demás fieles de la Iglesia, que resulta á Dios nuestro Señor de que haya un duque canonizado, y á las religiones de tener un religioso más en el catálogo de los Santos, y al reino de Valencia de gozar de un nuevo patrón. Y si nuestro Señor no fuese servido que yo lo vea, no por eso desconfiaré de su ayuda ante la divina Majestad, antes que aceptará con mucha caridad el sacrificio que le ofrezco cada día mucho tiempo ha, encomendándome á él y pidiendo su intercesión y socorro, etc.» Todo esto es de aquel venerable Prelado.

## CAPÍTULO XIII

### Cómo se empezó á tratar de su beatificación y se despachó el rótulo para la canonización.

Con los milagros que empezó á hacer el siervo de Dios Francisco de Borja después de su dichosa muerte, crecía cada día la opinión de su santidad y la devoción de las gentes para con tan poderoso patron, la cual se extendió más particularmente en la corte de Madrid, desde el año 1607, en el cual obró Dios por su santa reliquia el milagro que ya hemos referido en la duquesa de Uceda, que por ser persona tan señalada y nuera del duque de Lerma, gran privado de Felipe III, hizo crecer mucho la opinión de santo y poderoso con Dios. Con lo cual y con otras maravillas que sucedieron en aquel mismo tiempo deseó el duque de Lerma, nieto del santo Padre, se tratase de su canonización, y todos lo tuvieron por señal de la voluntad de Dios de no querer dejar ocultada la santidad de su siervo, pues la publicaba con tantos sucesos milagrosos, para ponerle en su Iglesia sobre el candelero. Porque, como enseña Santo Tomás, no suele Dios hacer milagros por intercesión de uno después de muerto, si no es para declarar su santidad y proponerla por ejemplo en la Iglesia para que imitemos sus virtudes. Pues para cooperar con nuestro Señor en la honra que quería hacer á su siervo se impetró del Nuncio de Su Santidad en España, que en aquel tiempo era Monseñor Decio Carafa, Arzobispo de Damasco

y después fué Cardenal y Arzobispo de Nápoles, de poder hacer con su autoridad procesos de informaciones y probar las virtudes y milagros que del siervo de Dios Francisco de Borja se supiesen, y así se hicieron cuatro procesos, uno en Madrid, otro en Valencia, otro en Barcelona y el cuarto en Zaragoza, todos los cuales se enviaron á Roma. También el Cardenal de Araceli, Obispo de Recanate, hizo otro proceso para probar otros milagros sucedidos en aquella ciudad. Con esto, el año 1615, don Francisco de Castro, embajador del rey de España en Roma, dió al Papa Paulo V cartas del rey de España Felipe III y de otras muchas ciudades, universidades, Obispos y Cabildos, en las cuales suplicaban todos á Su Santidad por la canonización de aqueste siervo de Dios, y juntamente le suplicó de parte del duque de Lerma que hiciese autenticar sus virtudes y milagros con autoridad apostólica. Su Santidad, como suele, remitió la causa á la junta ó Congregación de los Cardenales, sobre los sacros Ritos. Y después de haber examinado rigurosamente la causa, resolvieron que se podían despachar las letras remisoriales, para formar los procesos con autoridad de la Sede Apostólica. Y para que se vea la madurez y consideración con que se procede en estas causas tan graves, pondré aquí el decreto que hizo la sacra Congregación, que es el siguiente:

«Habiéndose presentado en la sacra Congregación de Ritos algunos procesos hechos en España é Italia, con autoridad ordinaria, sobre la pureza de la fe, integridad de costumbres y santidad de vida y milagros del siervo de Dios Francisco de Borja, que fué duque de Gandía y después religioso profeso de la Compañía de Jesús, juntamente con muchas cartas que fueron escritas á la santidad de nuestro señor el Papa Paulo V por la Majestad católica, Obispos y Cabildos de España, por grandes, por reinos, por ciudades, por universidades sujetas al mismo Rey católico, en las cuales humildemente se suplica por la canonización de este siervo de Dios. Con una súplica presentada á Su Santidad por el Embajador de la misma Majestad católica residente en Roma en nombre del excelentísimo señor duque de Lerma, en la cual pide que Su Santidad conceda se puedan formar los procesos necesarios con la autoridad de la Silla Apostólica, las cuales cosas todas ha remitido Su Santidad á esta sacra Congregación, para que considere lo que se debe hacer. La Congregación, en la cual intervinieron los ilustrísimos y reverendí-

simos señores Cardenales Gallo, Monti, Belarmino, Mellino, Leni, Lanceloto, Pereti y Pío, después de haber visto las dichas cartas y memoriales y examinado un sumario de las cosas contenidas en los dichos procesos y probádose de ellos claramente la pureza, entereza y santidad de vida y milagros del dicho siervo de Dios Francisco de Borja, el cual en todo estado guardó una vida ejemplar y después reposó en el Señor con opinión de santidad, conforme al rescripto de nuestro Señor, ha juzgado que esta causa está en tal estado que si quiere Su Santidad se pueda conforme cometer á algunos auditores de Rota para que ellos, con autoridad de la Silla Apostólica, formen los procesos en general, y en especial para la canonización de aqueste siervo de Dios Francisco de Borja, y así lo ha declarado la Congregación hoy á 28 de Agosto de 1615.»

Habiendo hecho relación á Su Santidad de este parecer de la Congregación el eminentísimo y reverendísimo Cardenal Gallo en consistorio secreto á último de Agosto, Su Santidad aprobó la sentencia de la Congregación y ordenó que se cometiese la causa á tres auditores de Rota, los más antiguos, para que con autoridad apostólica examinasen y despachasen las letras remisoriales y compulsoriales para el dicho efecto. Lo cual se hizo á 7 de Octubre de 1615. El Papa Paulo V firmó el despacho de la comisión y señaló por jueces apostólicos en esta causa á tres auditores de Rota, que fueron monseñor Juan Bautista Coccino, decano; monseñor Francisco Sacrati, Arzobispo de Damasco, y monseñor Alonso Manzanedo, los cuales primero hicieron por sí mismos en Roma el proceso en general y después despacharon las remisorias con el rótulo en España, para formar los procesos en especial, señalando por jueces al Arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandobal, Cardenal, y al Arzobispo de Valencia, D. Isidoro de Aliaga, cada uno en su diócesis, con dos acompañados. Fué grande el consuelo general con que se recibieron en España las remisorias y rótulo para la canonización del siervo de Dios Francisco de Borja, principalmente en Madrid, donde estaba el duque de Lerma, su nieto, y el Arzobispo de Toledo, el cual venía señalado por juez, y también en Valencia, cuyo Arzobispo era el otro juez. En Madrid fué el mismo duque de Lerma el que le presentó, después de haberse hecho grandes fiestas, cuando llegó la nueva, que fué á 3 de Abril del año 1617. El día siguiente salió de palacio el duque con el

rótulo y remisoria, acompañado de más de cien caballeros muy de gala, en hermosos caballos á la jineta, con ricos aderezos de oro y plata. Iban entre ellos treinta marqueses y condes. Después se seguían diez grandes y detrás de todos iba D. Juan Stalrich, Obispo de Drago, vestido de morado y en las manos una fuente grande de plata dorada y en ella el rótulo y remisoria, que iba cubierto con un paño de tela de plata bordado y cubierto de canutillos de oro, con una cruz en medio, con sus borlas de oro colgando de los extremos. Detrás de este Prelado se seguía el duque de Lerma, tan galán á lo grave como regocijado y agradecido á la merced que Dios nuestro Señor le hacía en aquel día. Honraron este acompañamiento desde las ventanas de palacio su Majestad é hijos todo el tiempo que tardó en salir de su plaza, que es grande.

De esta manera llegó el Duque á las casas del Ayuntamiento de esta villa, que están junto á las arzobispales, adonde le aguardaban con música el corregidor y regidores de ella, los cuales le fueron acompañando. Los que fueron de la Compañía á las casas arzobispales pasaron de ciento, con los cuales anduvieron tan finos los Padres de Santo Domingo, que sin habérselo suplicado de nuestra parte fueron á nuestra casa á honrarnos y acompañarnos hasta las casas del Arzobispo, yendo entregirados con los nuestros. Y en acabando prosiguieron con el mismo orden, haciéndonos la misma honra que á la ida con grandes muestras de amor. Después del día de la presentación del rótulo se comenzaron las pruebas en las casas arzobispales, y en el proceso de ellas están examinados 116 testigos abonados de las heroicas virtudes, profecías y milagros de nuestro bienaventurado Padre Francisco de Borja en esta corte y en la villa de Alcalá de Henares y en la ciudad de Toledo, adonde se concluyó y cerró el proceso, el cual se envió á Roma en 13 de Septiembre de dicho año 1617. Uno de los mejores testigos fué el Padre Pedro de Ribadeneira, de nuestra Compañía, el cual por el año 1592 había impreso en esta corte la vida del beato Padre. Y por el año 1609, en el proceso sumario que de su santa vida se hizo en esta corte por el ilustrísimo Sr. D. Decio Carrafa, Nuncio de Su Santidad, aprobó con juramento en su deposición la dicha historia, afirmando por verdad cierta todo lo contenido en ella, y así con sólo abonar su persona y compulsar su deposición se reputó por testigo de gran consideración.

## CAPÍTULO XIV

**Trasládase su santo cuerpo y es traido á la casa profesa de Madrid.**

Entre tanto que se formaban los procesos en España se hizo en Roma la traslación del cuerpo de este siervo de Dios, y así sacándole de la sepultura de los Generales de la Compañía, donde había estado, pusieron sus reliquias muy decentemente en la sacristía de la casa profesa á los 23 de Febrero del año 1617. De allí fueron llevadas en procesión á nuestra iglesia de Jesús, aunque cerradas las puertas, hallándose presentes á esta solemnidad el eminentísimo Cardenal D. Gaspar de Borja, biznieto del santo varón, y los Padres de la Compañía que estaban en Roma. Colocóse la caja de sus santos huesos en la pared del lado del Evangelio del altar mayor, de donde fué después traido su cuerpo á Madrid á petición é instancia del duque de Lerma, su nieto, el cual nos fundó en esta corte la casa profesa, y como tenía igual devoción con su santo abuelo que poder y mano con los Príncipes, determinó traer á la iglesia de la casa profesa, que entonces estaba junto al Prado, el cuerpo del siervo de Dios Francisco. Para esto se lo pidió á nuestro Padre General, Mucio Viteleschi, que era recién electo en el oficio, el cual no pudo negárselo, habiendo primero alcanzado licencia para ello del Papa Paulo V, la cual pidió á Su Santidad el Cardenal D. Gaspar de Borja, embajador entonces de la majestad del rey D. Felipe III, quedándose con la canilla de un brazo en el sepulcro de su primera traslación, que está en la capilla mayor de nuestra casa profesa de Roma, en lugar eminente y honorífico, en el cual estaba puesto el santo cuerpo, con expresa licencia de Su Santidad, para que pudiese ser venerado de los fieles. Envióle el Rey dos mil ducados el año 1617, para que de su valor se hiciese una lámpara de plata que ardiese delante del sepulcro de su primera traslación. La entrega del santo cuerpo se hizo en Roma, en esta forma: Fueron al sepulcro los eminentísimos Sres. D. Antonio Zapata, Cardenal de la santa iglesia de Roma, y el Cardenal de Borja, acompañados de nuestro Padre General, Padres asistentes y otros muchos Padres graves en forma de procesión, con velas blancas, cantando el *Te Deum laudamus*. Abrieron el arca en que estaba, y habiéndole reverenciado con mucha devoción y dado testimonio de que era el cuerpo del bienaventurado Pa-

dre Francisco, le entregaron por mano de nuestro Padre General al Cardenal Zapata, en 22 de Abril del dicho año 1617, el cual estaba de partida para España, á quien había pedido el duque de Lerma, que ya era entonces Cardenal también de la santa Iglesia, que le trujese consigo, y así lo hizo con mucha fidelidad y decencia, hasta que entregó en España los santos huesos al duque Cardenal, y él los recibió con mucha devoción y ternura, y agradeció al Cardenal Zapata haberle traido tan inestimable tesoro. Reverenció el Rey las sagradas reliquias en el monasterio de la Encarnación, donde se descubrieron, como después también en Santo Domingo el Real, donde todos dieron testimonio que el olor y fragancia que salió de ellas parecía más del cielo que de la tierra. Después las trujo el mismo duque de Lerma á nuestra casa profesa, con grande concurso de señores, y las entregó al Padre provincial á 17 de Diciembre del año 1617.

Pusieron el santo cuerpo con extraordinario regocijo y devoción en un nicho que estaba en la pared de la capilla mayor, á la parte del Evangelio, en nuestra iglesia, dentro de las barandillas de la sagrada Comunión, adonde se guardó y reverenció con decencia y seguridad, porque estaba cerrado el nicho con dos puertas de una reja de hierro fuerte y dorada, que salía una tercia de la pared y se cerraba con dos candados dorados de diferentes llaves. Delante de estas santas reliquias ardían cuatro lámparas de plata, de las cuales las tres valían más de quinientos ducados y la otra cerca de ochocientos. De las tres primeras, la una la ofreció el cardenal Duque, la otra D. Fernando de Acebedo, Arzobispo de Burgos y Presidente de los Consejos Reales de Castilla y Cámara, y la otra D. Cárlos de Borja, duque de Villahermosa; la otra la ofreció D. Gaspar de Borja y Velasco, Cardenal de la santa Iglesia de Roma, y luego la devoción de algunas señoras de esta corte ofrecieron cirios bien grandes que pendían junto al santo cuerpo por el cual obraba Dios muchas misericordias.

## CAPÍTULO XV

### Cómo fué beatificado el siervo de Dios Francisco de Borja.

Acabados los procesos remisoriales en España, fueron enviados á Roma y presentados á los jueces de la Rota que había señalado para esta causa el Papa Paulo V, los cuales comen-

zaron á examinar la validad de ellos, y porque había sucedido á Paulo V el Papa Gregorio XV, el cual creó Cardenal á Monseñor Sacrati y fué sustituído en su lugar Monseñor Jacobo Cabalieri, que era el que seguía más antiguo en la Rota; y después de examinada la santidad y milagros del santo Padre con mucha atención y madurez, dieron la sentencia el año de 1623 que el siervo de Dios Francisco era digno de la canonización que se pedía. Cometióse el cuidado de extender la relación á Monseñor Manzanedo, á quien había ya hecho Patriarca el Papa Gregorio XV. Y el mismo año, después de la muerte del Papa Gregorio, se asentó en la Silla de San Pedro el Papa Urbano VIII, á quien los mismos auditores de la Rota hicieron en voz y presentaron por escrito la relación con la sentencia firmada de sus nombres. Su Santidad lo remitió á la Sacra Congregación de Ritos para que fuese por los Cardenales de ella revisada de nuevo y examinada la dicha relación con la sentencia que se dió en la Rota. Fué señalado de la Sacra Congregación por proponente de la causa el eminentísimo cardenal Boncompagno, el cual con particular diligencia y cuidado rehuyó los procesos, relación y sentencia y refirió muchas veces en la congregación la validad de todo, la santidad de vida y los milagros del siervo de Dios, de los cuales se dió información á algunos Cardenales de la dicha congregación, con tanta satisfacción de todos, que á 31 de Agosto del año 1624 en plena congregación declararon aquellos eminentísimos señores Cardenales que la sentencia de la Rota fué bien dada, y que estaba bien probada la validad de los procesos, la santidad de la vida y los milagros del santo Padre, y que la causa estaba en tal estado que no sólo se podía conceder la beatificación, concediéndole misa y oficio, pero que se podía canonizar. Y habiendo el eminentísimo cardenal de Monte, decano del Sacro Colegio, Prefecto de la Sacra Congregación, relatado á Su Santidad la sentencia de la Congregación, Su Santidad la aprobó y concedió que mientras se canonizase se pudiese decir el oficio y misa de este beato Padre y gran siervo de Dios en todas las iglesias y casas de nuestra Compañía y por todos los nuestros, dondequiera que estuviesen. Fuera de esto, por todas las personas eclesiásticas y en todas la iglesias del Estado de los señores de la casa de Borja y que sea el primer día de Octubre, que es el día de su dichoso tránsito, y así se dió á ello principio en Roma el mismo año de 1624. El Breve de Su Santidad es el siguiente:

*Urbano, Papa VIII, para perpetua memoria.*

Constituidos por el Señor en la silla del Príncipe de los Apóstoles, sin merecimientos algunos nuestros, condescendemos de buena gana con los piadosos deseos de los fieles con que el dador de las virtudes es honrado en sus siervos, y los ayudamos con oportunos favores. Habiéndonos, pues, pocos días ha avisado nuestro amado hijo Gaspar, del título de Santa Cruz en Jerusalén, presbítero, llamado el cardenal Borja, como nuestros venerables Hermanos Cardenales de la santa Iglesia Romana que presiden á los sacros Ritos habían examinado la causa del siervo de Dios Francisco de Borja, que primero fué duque de Gandía y después religioso profeso y tercer general de la Compañía de Jesus, por tres auditores de la Rota, á instancia de la clara memoria de Felipe III, católico rey de España, y también de los reinos del mismo rey Felipe y de sus Grandes y ciudades y universidades, y últimamente del general de la misma Compañía, y después por nuestro mandado examinada por los mismos cardenales, según nos ha hecho relación nuestro amado hijo Francisco, diácono, Cardenal de San Angel, *in foro poscium*, llamado Boncompagno, y hayan pronunciado constar suficientemente ser válidos los procesos acerca de la santidad de su vida y últimamente de sus milagros, y hayan juzgado estar en tal estado que cada y cuando se puede venir á la canonización solemne del tal siervo de Dios. Y como el sobredicho Gaspar, cardenal, y el General y presbíteros de la dicha Compañía, por el amor y devoción que con el siervo de Dios Francisco de Borja tienen, en gran manera desean que se llame beato y que se rece el oficio y se diga misa de él mientras llega el día de su canonización, Nos, queriendo cuanto con el Señor podemos acudir á los piadosos ruegos de los sobredichos Gaspar, cardenal, y General y presbíteros, y ayudándoles con especiales favores y gracias, y absolviendo á cada uno de los dichos General y presbíteros de cualquier excomunión, suspensión y entredicho y otras sentencias, censuras y penas eclesiásticas, á *iure vel ab homine*, en que por cualquier ocasión ó causa hayan caído, si en algunas de cualquier manera hayan incurrido para conseguir el efecto presente, por esta nuestra bula les damos por absueltos. É inclinados á los tales ruegos de consejo de los mismos cardenales que presiden á los sacros

Ritos con la autoridad apostólica, por la presente damos licencia y concedemos para siempre que el mismo siervo de Dios Francisco de Borja pueda ser llamado beato, y que todos los religiosos de la dicha Compañía de Jesús, en cualquier parte que estén, y en las tierras de la familia de los Borjas, todos los sacerdotes, así seglares como regulares, puedan libre y lícitamente á 1.º de Octubre, que es el día de su muerte, celebrar y decir misa y rezar el oficio de *Communi Confesorum non Pontificum*, según las rúbricas del misal y breviario romano, no obstante cualesquier constituciones y ordenaciones apostólicas y las demás á éstas contrarias. Queremos otrosí que á los traslados de estas letras, aunque impresas, como estén firmadas y selladas del secretario de la misma Compañía ó de algún escribano público ó de alguna persona constituída en dignidad eclesiástica, se dé totalmente la misma fe en juicio y fuera de él en cualquier lugar que á las presentes letras se dieran si fueran exhibidas y mostradas.

Dada en Roma en Santa María la Mayor, debajo del anillo del Pescador á 24 de Noviembre de 1624, en el segundo año de nuestro Pontificado. *V. Theatisius.*

Locus ✠ annuli. *Franciscus Sachinus, Secretarius.*

Cuando llegó la nueva de la beatificación del siervo de Dios Francisco á la corte de Madrid, donde está su santo cuerpo, fué grande el regocijo que en toda ella causó. Celebróse con extraordinaria solemnidad, que duró ocho días. A la procesión que se hizo llevando el santo cuerpo de la casa profesa al colegio de la Compañia, concurrió toda la nobleza de España, porque de sólo la familia de este santo varón iban cuarenta y seis nietos, bisnietos y rebisnietos, y en ellos catorce casas de Grandes con quienes estaba emparentado, que parece quiso Dios honrar su humilde menosprecio cometiendo á su suave providencia los aumentos y grandeza de su generosa y real sangre. Iba en una riquísima urna de plata artificiosamente labrada el cuerpo del santo Duque, y sobre los cuatro ángulos de hermosas figuras vaciadas de plata los Santos Ignacio, Francisco Javier, Luis Gonzaga y Estanislao, y en lo superior la del santo Padre Francisco de Borja. Aprecian la urna en siete mil ducados. Causó notable admiración que se labrase tan superior obra en solos veintisiete días, y por ser de tanto peso iba sobre un tablado á manera de

un carro triunfal, cubierto con ricos paños bordados, llevando los grandes de España unos listones que pendían de la urna. Honra que continuaron las tres veces que salió la procesión el almirante de Castilla, duque del Infantado, duque de Osuna, duque de Sesa, duque de Peñaranda, duque de Villahermosa, duque de Lerma, duque de Hijar, marqués de Castel Rodrigo y príncipe de Esquilache. Siguióse al santo cuerpo, vestido de pontifical, el Obispo de Barbastro, de la Orden del seráfico Padre San Francisco, y consecutivamente todos los caballeros de la nobilísima y esclarecida Orden de Santiago, en número de trescientos y más con sus mantos en forma de Capítulo, ceremonia digna de este día por gozarse en el primer caballero de su Orden que canónicamente está beatificado. Ultimamente venían los señores del Consejo Real de las Ordenes en forma de Consejo, con sus mantos, rematando el marqués de Caracena, su presidente.

El domingo siguiente por la tarde salió otra vez la procesión desde el colegio por la calle de Toledo y la plaza á la de San Ginés. Llegó al real monasterio de las Descalzas Reales, donde se llevó el santo cuerpo y estuvo dos días para consuelo de aquellas señoras religiosas, y porque se debía así á la devoción de su alteza la serenísima señora sor Margarita de Austria, como porque el santo Padre Francisco de Borja, á instancia de la princesa Doña Juana, que comunicaba con él sus intentos, fué de parecer que el monasterio que su alteza quería fundar fuese de Religiosas Descalzas debajo de la primera regla de Santa Clara. Y para esto de su monasterio de Gandía, seminario de santas religiosas (como ya hemos dicho), vino una tía del santo Padre Francisco de Borja por abadesa de las Descalzas, y después lo fué en Madrid una hermana del Santo, y actualmente entonces lo era la madre sor Juana de la Cruz y Borja, su sobrina, siendo la tercera abadesa de este real monasterio. Dióle la serenísima infanta dos blandones y una cruz de plata y la abadesa dos ángeles y dos serafines, unos y otros con sus ramilletes de gran curiosidad. La última procesión, en que restituyeron al santo cuerpo á su casa, fué aun más solemne que todas, honrando nuestro Señor la humildad de su siervo, para que se cumpliese con él su santísima palabra, que había de ser ensalzado quien se humillase por su nombre, porque fueron grandes las demostraciones y fiestas que por todos estos ocho días se hicieron, y yo dejo de referir por no alargarme más en esta historia.

## CAPÍTULO XVI

### Está reverenciado el santo cuerpo en una capilla de la Casa profesa de Madrid.

Ahora está su santo cuerpo reverenciado de todos en una capilla que se le hizo cuando se edificó la iglesia nueva de la Casa profesa, que se mudó de la calle del Prado á la plazuela de Herradores, año de 1627, á 9 de Mayo, día de San Gregorio Nazianzeno. Están los santos huesos en aquella arca de plata que dijimos, y ha obrado y obra nuestro Señor, por intercesión del beato Padre, muchas maravillas después de su beatificación, honrándole delante de la mayor grandeza del mundo, cuando él se abatió y humilló, causando particular respeto á los que visitan su capilla. En confirmación de esto, no quiero dejar de decir lo que en esta parte sucedió á Micaela de Valencia, mujer de Francisco de San Miguel y madre de un religioso de nuestra Compañía. Yendo esta señora una vez á visitar el cuerpo de San Francisco de Borja, le vino un pensamiento de si era santo aquel cuyo cuerpo iba á visitar, y andando con este pensamiento hacia la sanfa capilla, en entrando le dió un tan grande tremor, junto con una grandísima reverencia de haber allí cosa celestial y divina, que le quitó juntamente la duda de ser santo aquel cuerpo, y temblando se arrojó al suelo diciendo: «Santo bendito, creo cierto que sois santísimo y que merecéis ser reverenciado y tenido por grande amigo y privado de Dios, y como á tal me encomiendo y pido favor.» Y esta reverencia la causaba desde entonces á esta persona cada vez que entraba á visitar el santo cuerpo, aunque no ya con aquel temor, sino con una devoción y amor entrañable y con una estima grande de su santidad y confianza y satisfacción de alcanzar lo que le pedía. Lo mismo ha sucedido á otras personas, que dicen que cuando entran en la santa capilla les causa esta grande reverencia y devoción.

Dios es admirable en sus santos y en éste lo ha sido mucho, así en vida como después de muerto, cuyas reliquias con particular reverencia trujo á esta corte para poner delante de los ojos á los grandes y señores de ella á uno que dejó de ser grande de España por ser el menor en la menor religión que entonces había, el cual es más honrado por haberse hecho pequeño por Cristo que por haber heredado de sus padres la grandeza. No hay duda sino

que haya sido altísimo consejo de la sabiduría divina, que así como á esta corte, donde está la mayor nobleza de España, la ha dado por patrón un santo labrador, que es San Isidro, así también la haya dado por protector y amparo, por estar en ella tanta grandeza, un santo que la renunció toda, para que por una parte no presuman los señores de su nobleza, pues hincan la rodilla á un labrador, y por otra no desmayen pensando que les imposibilita su grandeza de conseguir grande santidad, pues tienen presente á uno de los suyos, Duque y Grande de España, á quien reverencian, no por su grandeza, sino porque supo en un tiempo usar bien de ella y en otro dejarla. No hay excusa de servir á Dios, pues este santo Padre le sirvió en todos estados, siendo niño, siendo mancebo, siendo cortesano, siendo áulico, y privado del mayor monarca, siendo casado, siendo virrey, siendo sacerdote, siendo predicador, siendo confesor, siendo superior, siendo particular y siendo General de la Compañía. Sólo para ser más santo dejó de ser señor y Grande y huyó ser cardenal y príncipe de la Iglesia. Todos los estados hallarán ejemplo en la vida de este bienaventurado Padre, y si no ejemplo, enseñanza, y Dios en todas sus virtudes gloria. Él sea bendito por todos los siglos de los siglos. Amén.

FIN

# ÍNDICE

## LIBRO SEGUNDO

Págs.



## LIBRO TERCERO

## LIBRO CUARTO



## LIBRO QUINTO

Págs.



## LIBRO SEXTO



BX 4700 Nieremberg
.F75N67 Vida de san
Francisco de Borja